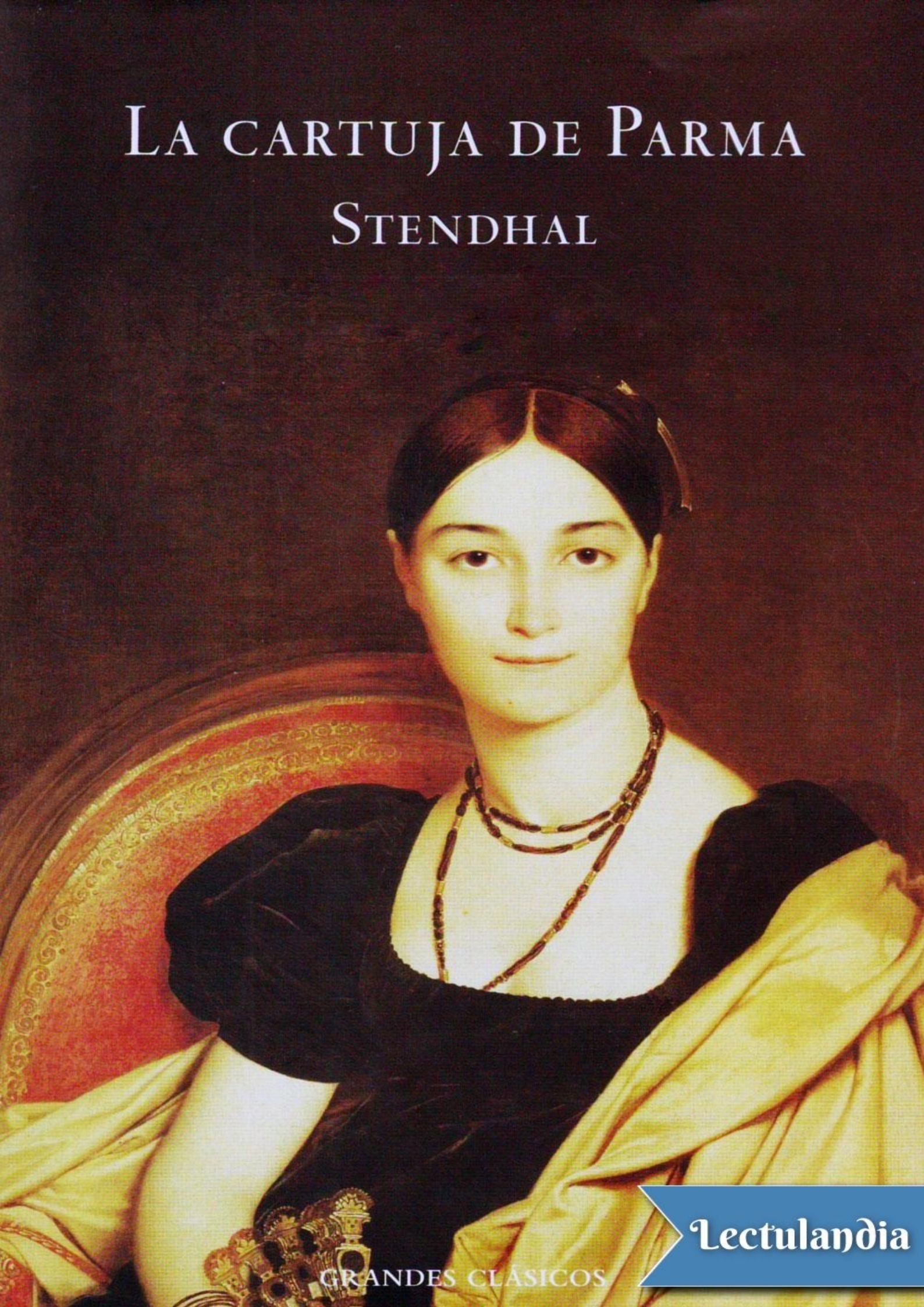
# La cartuja de Parma

## Stendhal



GRANDES CLÁSICOS

Lectulandia

La cartuja de Parma narra la historia del joven patricio italiano Fabricio del Dongo y sus aventuras durante los últimos años del dominio napoleónico en Europa. Los hechos transcurren principalmente en la ciudad de Parma y en el castillo familiar del lago de Como.
La tía de Fabricio, la fascinante Gina, duquesa de Sanseverino, y su amante, el primer ministro del ducado, Conde Mosca, urden un plan para promocionar la carrera del adorado sobrino en la corte de Parma. Gina es objeto de las proposiciones del detestable príncipe Ranuccio-Ernesto IV, al que se ha jurado rechazar con todas sus fuerzas.
Fabricio es arrestado por homicidio y encerrado en la torre Farnese de la que logra fugarse con una soga y la ayuda de Clelia, la hija de su carcelero, de la que se enamorará irremediablemente durante su estancia en la torre.

Lectulandia

Stendhal

# La cartuja de Parma

ePUB v1.2
Bercebus 24.12.11

más libros en lectulandia.com

# Advertencia

Esta novela se escribió en el invierno de 1830 y a trescientas leguas de París. Así, pues, ninguna alusión a las cosas de 1839[1].

Muchos años antes de 1830, en la época en que nuestros ejércitos recorrían toda Europa, me correspondió un boleto de alojamiento para la casa de un canónigo. Era en Padua, deliciosa ciudad italiana. Como la estancia se prolongara, el canónigo y yo nos hicimos amigos.

A finales de 1830 volví a pasar por Padua y me apresuré a ir a casa de mi buen canónigo. El canónigo no vivía ya, y yo lo sabía, pero quería volver a ver el salón en que habíamos pasado tantas veladas placenteras, tan a menudo añoradas desde entonces. Encontré al sobrino del canónigo y a la mujer del sobrino, que me recibieron como a un viejo amigo. Llegaron otras personas y no nos separamos hasta muy tarde. El sobrino mandó a buscar al café Pedroti un excelente *zambajon*[2]. Lo que nos hizo trasnochar fue sobre todo la historia de la duquesa Sanseverina, a la que alguien aludió, y el sobrino quiso contarla completa en honor mío.

—En el país adonde voy —dije a mis amigos— me será muy difícil encontrar una casa como ésta, y, para pasar las largas horas de la noche, escribiré una novela con esta historia vuestra.

—Entonces —dijo el sobrino— le voy a prestar los anales de mi tío, que, en el artículo Parma, menciona algunas de las intrigas de esta Corte en los tiempos en que la duquesa hacía y deshacía en ella. Pero tenga cuidado: esta historia no es nada moral, y ahora que en Francia hacéis gala de pureza evangélica, puede valerle fama de asesino.

Publico esta novela sin cambiar nada del manuscrito de 1830, lo que puede tener dos inconvenientes.

El primero, para el lector: como los personajes son italianos, acaso le interesen menos, porque los corazones de aquel país difieren no poco de los corazones franceses: los italianos son sinceros, gentes sencillas, y no timoratos, dicen lo que piensan; sólo accidentalmente se sienten tocados de vanidad, y entonces llega a ser una pasión y toma el nombre de *puntiglio*. Además, entre ellos la pobreza no es ridícula.

El segundo inconveniente se refiere al autor.

Confesaré que he tenido el atrevimiento de dejar a los personajes las asperezas de sus caracteres, pero, en compensación —lo declaro abiertamente—, censuro con el más moral de los reproches muchos de sus actos.

¿Por qué había de atribuirles la alta moralidad y los dones de los caracteres franceses, que aman el dinero por encima de todo y rara vez pecan por odio o por

amor? Los italianos de esta novela son aproximadamente lo contrario. Por lo demás, me parece que cada vez que avanzamos doscientas leguas de sur a norte, se puede dar una nueva novela como un nuevo paisaje. La simpática sobrina del canónigo había conocido y hasta querido mucho a la duquesa Sanseverina, y me ruega que no cambie nada de sus aventuras, las cuales son censurables.

23 enero 1839

---

[1]Siguiendo una costumbre practicada en *Rojo y negro y* en otros muchos de sus escritos —precaución de funcionario consular, innecesaria y además inútil—, Stendhal cambia aquí fechas y lugares. Como queda explicado en mi prólogo, esta novela no se éscribió en 1830 y a trescientas leguas de París, sino en 1838 y en París.

[2]Del Litto y Abravanel aclaran que se trata del *zabaione*, postre italiano hecho con vino, huevos y azúcar.

# Parte I

Gia mi fur dolci inviti a empir le carte
I luoghi ameni.
ARIOSTO, sat. IV

# I

***MILAN EN 1796***

El 15 de mayo de 1796 entró en Milán el general Bonaparte al frente de aquel ejército joven que acababa de pasar el puente de Lodi y de enterar al mundo de que, al cabo de tantos siglos, César y Alejandro tenían un sucesor.

Los milagros de intrepidez y genio de que fue testigo Italia en unos meses despertaron a un pueblo dormido: todavía ocho días antes de la llegada de los franceses, los milaneses sólo veían en ellos una turba de bandoleros, acostumbrados a huir siempre ante las tropas de Su Majestad Imperial y Real: esto era al menos lo que les repetía tres veces por semana un periodiquillo del tamaño de la mano, impreso en un papel muy malo.

En la Edad Media, los lombardos republicanos dieron pruebas de ser tan valientes como los franceses y merecieron ver su ciudad enteramente arrasada por los emperadores de Alemania. Desde que se convirtieron en *súbditos fieles,* su gran ocupación consistía en imprimir sonetos en unos pañuelitos de tafetán rosa cada vez que se celebraba la boda de alguna joven perteneciente a una familia noble o rica. A los dos o tres años de este gran momento de su vida, esta joven tomaba un «caballero sirviente»: a veces, el nombre del acompañante elegido por la familia del marido ocupaba un lugar honorable en el contrato matrimonial. Entre estas costumbres afeminadas y las emociones profundas que produjo la imprevista llegada del ejército francés había mucha diferencia. No tardaron en surgir costumbres nuevas y apasionadas. El 15 de mayo de 1796, todo un pueblo se dio cuenta de que lo que había respetado hasta entonces era soberanamente ridículo y, a veces, odioso. La partida del último regimiento de Austria marcó la caída de las ideas antiguas: llegó a estar de moda exponer la vida. Se vio que para ser feliz después de siglos de sensaciones insípidas, era preciso amar a la patria con verdadero amor y buscar las acciones heroicas. Con la prolongación del celoso despotismo de Carlos V y de Felipe II, los lombardos, sometidos, se hundieron en una noche tenebrosa; derribaron sus estatuas y, de pronto, se encontraron inundados de luz. Desde hacía cincuenta años, y a medida que la *Enciclopedia* y Voltaire fueron iluminando a Francia, los trenos de los frailes predicaban al buen pueblo de Milán que aprender a leer u otra cosa cualquiera era un trabajo inútil y que pagando con puntualidad el diezmo al párroco y contándole fielmente todos los pecados, se estaba casi seguro de obtener sitio en el paraíso. Para acabar de debilitar a este pueblo, antaño tan terrible y tan razonador, Austria le había vendido barato el privilegio de no suministrar soldados a su ejército.

En 1796, el ejército milanés se componía de veinticuatro bellacos vestidos de

rojo, que guardaban la ciudad en connivencia con cuatro magníficos regimientos de granaderos húngaros. Las costumbres eran extraordinariamente licenciosas, pero muy raras las pasiones. Por otra parte, además del fastidio de contárselo todo a los curas, so pena de perdición, incluso en este mundo, el buen pueblo milanés estaba todavía sometido a ciertas pequeñas trabas monárquicas que no dejaban de ser vejatorias. Por ejemplo, el archiduque, que residía en Milán y gobernaba en nombre del Emperador, su primo, había tenido la lucrativa idea de comerciar en trigo. En consecuencia, prohibición absoluta a los labradores de vender sus cereales hasta que Su Alteza hubiera colmado sus almacenes.

En mayo de 1796, tres días después de entrar los franceses, un joven pintor de miniaturas, un poco loco, llamado Gros[1], célebre más tarde, y que había llegado con el ejército, al oír contar en el gran café de los *Servi,* de moda por entonces, las hazañas del archiduque, que, además, era enorme, cogió la lista de los helados, rudimentariamente impresos en una hoja de un feo papel amarillo, y al dorso de la misma dibujó al obeso archiduque; un soldado francés le clavaba un bayonetazo en la tripa y, en lugar de sangre, brotaba una increíble cantidad de trigo. En aquel país de despotismo receloso, se desconocía eso que se llama chiste o caricatura. El dibujo que Gros había dejado sobre la mesa de los *Servi,* pareció un milagro bajado del cielo. Aquella misma noche lo grabaron y, al día siguiente, se vendieron veinte mil ejemplares.

El mismo día apareció en las paredes un bando anunciando una contribución de seis millones para las necesidades del ejército francés, que a raíz de haber ganado seis batallas y conquistado veinte provincias, carecía nada más que de botas, de pantalones, de guerreras y de sombreros.

El torrente de alegría y de placer que con aquellos franceses tan pobres irrumpió en Lombardía fue tan grande, que sólo los curas y algunos nobles sintieron el peso de aquella contribución de seis millones, a la que pronto siguieron otras muchas. Los soldados franceses reían y cantaban todo el día; tenían menos de veinticinco años, y su general en jefe, que tenía veintisiete, pasaba por ser el hombre de más edad de su ejército. Curiosamente, esta alegría, esta juventud, esta despreocupación respondían a las predicaciones furibundas de los frailes que llevaban seis meses anunciando desde el púlpito que los franceses eran unos monstruos, obligados, bajo pena de muerte, a incendiarlo todo y a degollar a todo el mundo. Para lo cual, cada regimiento avanzaba con la guillotina en vanguardia.

A la puerta de las chozas aldeanas se veía al soldado francés ocupado en mecer al pequeñuelo del ama de la casa, y casi cada noche, algún tambor que tocaba el violín improvisaba un baile. Las contradanzas resultaban demasiado sabias y complicadas para que los soldados, que además no las sabían, apenas pudiesen enseñárselas a las mujeres del país, y eran éstas las que enseñaban a los mozos franceses la *Monferina,*

la *Saltarina* y otras danzas italianas.

Los oficiales habían sido alojados, dentro de lo posible, en casa de las personas ricas; bien necesitados estaban de reponerse. Por ejemplo, un teniente llamado Robert recibió un boleto de alojamiento para el palacio de la marquesa del Dongo. Este oficial, un joven requisador bastante despabilado, poseía como única fortuna, al entrar en aquel palacio, un escudo de seis francos que acababa de recibir de Plasencia. Después del paso del puente de Lodi, despojó a un oficial austríaco, muerto por una granada, de un magnífico pantalón de paño completamente nuevo, y nunca prenda de vestir más oportuna. Sus charreteras de oficial eran de lana, y el paño de su guerrera iba cosido al forro de las mangas para sujetar juntos los trozos; pero ocurría algo más triste: las suelas de sus botas eran unos pedazos de sombrero igualmente tomado en el campo de batalla después de pasar el puente de Lodi. Estas suelas improvisadas iban sujetas a los zapatos mediante unas cuerdas muy visibles, de suerte que, cuando el mayordomo de la casa se presentó en el cuarto del teniente Robert para invitarle a comer con la señora marquesa, el mozo se vio en un tremendo apuro. Su asistente y él pasaron las dos horas que faltaban para aquella inoportuna comida procurando arreglar un poco la guerrera y tiñendo de negro, con tinta, las desdichadas cuerdas de las botas. Por fin llegó el momento terrible. «Nunca en mi vida me vi en tan amargo trance —me decía el teniente Robert—; aquellas damas creían que yo iba a darles miedo, y yo temblaba más que ellas. Miraba las botas y no sabía cómo andar con soltura. La marquesa del Dongo —añadió— estaba entonces en todo el esplendor de su belleza: usted la conoció, con unos ojos tan bellos y una dulzura angelical, con su hermoso pelo de un rubio oscuro que tan bien enmarcaba el óvalo de un rostro encantador. Yo tenía en mi cuarto una Herodías de Leonardo de Vinci que parecía su retrato. Quiso Dios que quedase tan impresionado por aquella belleza sobrenatural, que me olvidé de mi atavío. Desde hacía dos años, sólo veía cosas feas y míseras en las montañas de Génova. Me aventuré a decirle algo de mi asombrada admiración.

»Pero era yo demasiado consciente para detenerme mucho tiempo en cumplidos. Mientras modelaba mis frases veía, en un comedor todo de mármol, doce lacayos y ayudas de cámara vestidos con lo que entonces me parecía el colmo de la magnificencia. Figuraos que aquellos granujas llevaban botas no sólo buenas, sino con hebillas de plata. Yo veía de reojo todas aquellas miradas estúpidas clavadas en mi guerrera y quizá también en mis botas, y ello me atravesaba el corazón. Habría podido, con una sola palabra, imponer silencio a todos aquellos subalternos, pero ¿cómo ponerlos en su sitio sin correr el riesgo de asustar a las damas?; pues, según me ha contado luego cien veces, la marquesa, para armarse un poco de valor, mandó a buscar al convento, donde estaba como pensionista a la sazón, a Gina del Dongo, hermana de su marido, que fue más tarde la encantadora condesa Pietranera: en la

prosperidad nadie la superó en gracia e ingenio seductor, como tampoco la superó nadie en valor y sereno temple cuando la fortuna le fue adversa.

»Gina, que tendría a la sazón unos trece años, pero que representaba dieciocho, viva y franca como usted sabe, tenía tanto miedo de echarse a reír ante mi atuendo, que no se atrevía a comer; la marquesa, en cambio, me abrumaba de cortesías forzadas; veía bien en mis ojos ciertos destellos de impaciencia. En una palabra, yo hacía una triste figura, me tragaba el desprecio, cosa que dicen imposible en un francés. Por fin, me iluminó una idea bajada del cielo; me puse a contar a aquellas damas mi miseria y lo que habíamos padecido durante dos años en las montañas de Génova, donde nos retenían unos viejos generales imbéciles. Allí —les decía— nos daban asignados que no tenían curso en el país, y tres onzas de pan diarias. No llevaba hablando ni dos minutos, y ya la buena marquesa tenía lágrimas en los ojos y Gina se había puesto seria.

»—¡Es posible, señor teniente —exclamó ésta—: tres onzas de pan!

»—Sí; pero, en compensación, el reparto faltaba tres veces por semana, y como los campesinos en cuyas casas nos alojábamos eran todavía más misérrimos que nosotros, les dábamos un poco de nuestro pan.

»Al levantarnos de la mesa, ofrecí el brazo a la marquesa hasta la puerta del salón, y en seguida, volviendo rápidamente sobre mis pasos, di al criado que me había servido a la mesa aquel único escudo de seis francos sobre cuyo empleo hiciera tantas cuentas de la lechera.

»Pasados ocho días, cuando quedó bien comprobado que los franceses no guillotinaban a nadie, el marqués del Dongo volvió de su castillo de Grianta, en las riberas del lago de Como, donde se había refugiado con gran intrepidez al acercarse el ejército, abandonando a los azares de la guerra a su mujer, tan joven y tan bella, y a su hermana. El odio que nos tenía el tal marqués era tan grande como su miedo, lo que quiere decir que era inconmensurable; resultaba divertido verle la carota gorda, pálida y devota dirigiéndome sus cumplidos. Al día siguiente de su retorno a Milán recibí tres varas de paño y doscientos francos que me correspondieron de la contribución de seis millones; me adecenté y me convertí en el caballero de aquellas damas, pues comenzaron los bailes.»

La historia del teniente Robert fue aproximadamente la de todos los franceses; en lugar de burlarse de la miseria de aquellos bravos soldados, inspiraron piedad y se hicieron querer.

Esta época de imprevista felicidad y de embriaguez no duró más que dos años escasos; el alborozo había sido tan excesivo y tan general, que me sería imposible dar una idea del mismo a no ser con esta reflexión histórica y profunda: aquel pueblo llevaba aburriéndose cien años.

En la corte de los Visconti y de los Sforza, aquellos famosos duques de Milán,

había reinado la voluptuosidad propia de los países meridionales. Pero desde 1624[2], en que los españoles se apoderaron del Milanesado y lo dominaron como señores taciturnos, desconfiados, orgullosos y siempre temerosos de la rebelión, la alegría había huido. Los pueblos, adoptando las costumbres de sus amos, pensaban más en vengarse del menor insulto con una puñalada que en gozar del momento presente.

El loco regocijo, la alegría, la voluptuosidad, el olvido de todos los sentimientos tristes, o simplemente razonables, llegaron a tal punto desde el 15 de mayo de 1796, en que los franceses entraron en Milán, hasta abril de 1799, en que fueron expulsados por la batalla de Cassano, que se han podido citar casos de viejos comerciantes millonarios, de viejos usureros, de viejos notarios, que, durante aquel intervalo, se olvidaron de estar tristes y de ganar dinero.

Apenas unas cuantas familias pertenecientes a la alta nobleza se recluyeron en sus palacios del campo como para mostrar su desagrado contra la alegría general y la expansión de todos los corazones. Bien es verdad que a estas familias nobles y ricas les había afectado bastante la repartición de las contribuciones de guerra exigidas por el ejército francés.

El marqués del Dongo, contrariado de ver tal regocijo, fue uno de los primeros en tornar a su magnífico palacio de Grianta, más allá de Como, a donde las señoras llevaron al teniente Robert. Aquel castillo, enclavado en una situación acaso única en el mundo, en un altozano a ciento cincuenta pies sobre el sublime lago y dominando una gran extensión del mismo, había sido una plaza fuerte. La familia Del Dongo lo construyó en el siglo XV, como lo testimonian por doquier sus escudos de mármol. Todavía podían verse los puentes levadizos y los fosos profundos, bien es verdad que privados de agua; pero con aquellos muros de ochenta pies de altura y seis de espesor, el castillo estaba al abrigo de cualquier golpe de mano, y por esto tenía las preferencias del desconfiado marqués. Rodeado de veinticinco o treinta domésticos, a los que suponía fieles, al parecer porque nunca les hablaba sino con la injuria en la boca, allí le atormentaba el miedo menos que en Milán.

Este miedo no era del todo gratuito: el marqués sostenía muy activas relaciones con un espía situado por Austria en la frontera Suiza, a tres leguas de Grianta, para procurar la evasión de los prisioneros hechos en el campo de batalla, cosa que los generales franceses habrían podido tomar en serio.

El marqués dejó a su mujer en Milán, donde era ella quien dirigía los asuntos de la familia; ella la encargada de hacer frente a las contribuciones impuestas a la *casa Del Dongo*, como se dice en el país; ella la que procuraba que le fueran rebajadas, lo que la obligaba a alternar con algunos nobles que habían aceptado funciones públicas e incluso con algunos que no eran nobles pero sí muy influyentes. Sobrevino un gran acontecimiento en la familia. El marqués arregló el casamiento de su hermana Gina con un personaje muy rico y de la más encopetada estirpe, pero que llevaba el pelo

empolvado: por esta causa, Gina lo recibía a carcajadas, y al poco tiempo cometió la locura de casarse con el conde Pietranera. Era éste, sin duda, de muy buena casa y muy buen mozo, pero arruinado y, para colmo de males, partidario entusiasta de las ideas nuevas. Pietranera era además subteniente de la legión italiana, lo que enconaba las iras del marqués. Después de aquellos dos años de locura y de alegría, el Directorio de París, dándose aires de soberano bien afianzado, puso de manifiesto un odio mortal hacia todo lo que no era mediocre. Los ineptos generales que nombró en el ejército de Italia perdieron una serie de batallas en aquellas mismas llanuras de Verona, testigos, dos años antes, de los prodigios de Arcola y de Lonato. Los austríacos se aproximaron a Milán; el teniente Robert, ya jefe de batallón y herido en la batalla de Cassano, fue a alojarse por última vez en casa de su amiga la marquesa del Dongo. Los adioses fueron tristes; Robert partió con el conde Pietranera, que siguió a los franceses en su retirada hacia Novi. La joven condesa, a la que su hermano negó el pago de su legítima, siguió al ejército en una carreta.

Entonces comenzó aquella época de reacción y de retorno a las ideas antiguas, que los milaneses llamaban *i tredici mesi* (los trece meses), porque, en efecto, quiso su suerte que aquel retorno a la estupidez no durara más que trece meses, hasta Marengo. Todo lo viejo, lo devoto, lo triste, reapareció al frente de los asuntos públicos y asumió de nuevo la dirección de la sociedad; inmediatamente, los que habían permanecido fieles a las buenas doctrinas propalaron por los pueblos que a Napoleón le habían ahorcado los mamelucos en Egipto, como por tantos conceptos merecía.

Entre aquellos hombres que habían manifestado su hostilidad retirándose a sus tierras y que volvían sedientos de venganza, el marqués del Dongo se distinguía por su furia; naturalmente, su exageración le llevó a la cabeza del partido. Aquellos caballeros, muy dignos cuando no tenían miedo, pero que temblaban siempre, consiguieron rodear al general austríaco. Bastante buen hombre, se dejó convencer de que la severidad era una alta política, y mandó detener a ciento cincuenta patriotas: eran, en efecto, lo mejor que a la sazón había en Italia.

Inmediatamente fueron deportados a las *bocas de Cattaro,* y, encerrados en grutas subterráneas; la humedad, y, sobre todo, la falta de pan, hicieron buena y rápida justicia de todos aquellos tunantes.

El marqués del Dongo obtuvo un gran puesto, y como unía una sórdida avaricia a otras innumerables excelentes cualidades, se jactó públicamente de no enviar ni un escudo a su hermana, la condesa Pietranera: que, siempre loca de amor, no quería abandonar a su marido y con él se moría de hambre en Francia. La buena marquesa estaba desesperada; por fin, consiguió escamotear algunos pequeños diamantes de su estuche, que su marido le reclamaba cada noche para encerrarlo bajo su cama en una caja de hierro; la marquesa había aportado a su marido ochocientos mil francos de

dote y recibía ochenta francos al mes para sus gastos personales. Durante los trece meses que los franceses pasaron fuera de Milán, esta mujer tan tímida halló pretextos para no dejar de vestirse de negro.

Confesaremos que, siguiendo el ejemplo de muchos graves autores, hemos comenzado la historia de nuestro héroe un año antes de su nacimiento. Este personaje esencial no es otro, en efecto, que Fabricio Valserra, *marchesimo* del Dongo, como se dice en Milán. Acababa precisamente de tomarse el trabajo de nacer[3] cuando los franceses fueron expulsados, y resultaba ser, por el azar de la estirpe, el hijo segundo de aquel marqués del Dongo, tan gran señor y del que ya conocéis la cara gruesa y muy descolorida, la falsa sonrisa y el odio infinito hacia las ideas nuevas. Toda la fortuna de la casa le correspondía al primogénito, Ascanio del Dongo, digno retrato de su padre. Tenía él ocho años y Fabricio dos, cuando de pronto, el general Bonaparte, a quien todas las gentes de buena estirpe creían perdido desde hacía mucho tiempo, bajó del monte San Bernardo. Entró en Milán; este momento es todavía único en la historia; imaginaos todo un pueblo locamente enamorado. A los pocos días, Napoleón ganó la batalla de Marengo. Lo demás es inútil contarlo. El desvarío gozoso de los milaneses llegó al más alto grado; pero esta vez se mezcló con ideas de venganza: a aquel buen pueblo le habían enseñado a odiar. No tardaron en llegar los pocos que quedaban de las bocas de Cattaro; su retorno se celebró con una fiesta nacional. Las caras pálidas, los grandes ojos atónitos, los miembros enflaquecidos de aquellas pobres gentes, formaban un extraño contraste con el regocijo que se manifestaba en todas partes. Su llegada dio la señal de partida para las familias más comprometidas. El marqués del Dongo fue de los primeros en escapar a su castillo de Grianta. Los jefes de las grandes familias estaban invadidos de odio y de miedo; pero sus mujeres y sus hijos recordaban las diversiones de la primera estancia de los franceses y echaban de menos Milán y los bailes tan alegres, que inmediatamente después de Marengo se organizaron en la *Casa Tanzi*[4]. Poco tiempo después de la victoria, el general francés encargado de mantener la tranquilidad en Lombardía se dio cuenta de que todos los colonos de los nobles, todas las mujeres viejas del campo, muy lejos de pensar todavía en aquella pasmosa victoria de Marengo que había cambiado los destinos de Italia y reconquistado trece plazas fuertes en un día, no pensaban en otra cosa que en una profecía de San Giovita, el primer patrón de Brescia. Según esta palabra sagrada, las bienandanzas de los franceses y de Napoleón cesarían a las trece semanas justas de Marengo. Lo que disculpa un poco al marqués del Dongo y a todos los esquivos nobles del campo es que, realmente y sin comedia, creían en la profecía. Ninguna de aquellas personas había leído cuatro libros en su vida; hacían abiertamente sus preparativos para volver a Milán pasadas trece semanas; pero el transcurso del tiempo iba consignando nuevos triunfos para la causa de Francia. De retorno a París, Napoleón, con sabios decretos,

salvaba la revolución en el interior como la había salvado en Marengo contra los extranjeros. Entonces los nobles lombardos, refugiados en sus castillos, descubrieron que habían interpretado mal la predicción del santo patrón de Brescia: no se trataba de trece semanas, sino seguramente de trece meses. Los trece meses transcurrieron, y la prosperidad de Francia parecía ir en aumento cada día.

Saltamos los diez años de progresos y de venturas, de 1800 a 1810. Fabricio pasó los primeros en el castillo de Grianta, dando y recibiendo muchos puñetazos entre los niños campesinos del pueblo, y no aprendiendo nada, ni siquiera a leer. Más tarde, le enviaron al colegio de jesuitas de Milán. El marqués, su padre, exigió que le enseñasen latín, no por los antiguos autores que hablan siempre de repúblicas, sino por un magnífico volumen, ilustrado con más de cien estampas, obra maestra de los artistas del siglo XVII; era la genealogía latina de los Valserra, marqueses del Dongo, publicada en 1650 por Fabricio del Dongo, arzobispo de Parma. La fortuna de los Valserra fue sobre todo militar, los grabados representaban batallas, y batallas en las que siempre se veía a algún héroe de este nombre propinando magníficas estocadas. Este libro era muy del agrado del pequeño Fabricio. Su madre, que le adoraba, obtenía de cuando en cuando permiso para ir a verle a Milán, pero como su marido no le daba jamás dinero para aquellos viajes, era su cuñada, la encantadora condesa Pietranera, quien se lo prestaba. Desde que tornaran los franceses, la condesa había llegado a ser una de las mujeres más brillantes de la corte del príncipe Eugenio, virrey de Italia.

Cuando Fabricio hubo hecho la primera comunión, la condesa consiguió que el marqués, que seguía desterrado voluntariamente, le autorizara a sacar al pequeño alguna vez del colegio. Le encontró singular, inteligente, muy serio, pero un guapo mancebo que no desentonaba en el salón de una dama a la moda; por lo demás, perfectamente ignorante: apenas si sabía escribir. La condesa, que ponía en todo su carácter entusiasta, prometió su protección al director del establecimiento si su sobrino Fabricio hacía progresos extraordinarios y, a fin de curso, obtenía muchos premios. Para facilitarle los medios de merecerlos, mandaba a buscarle todos los sábados por la tarde, y muchas veces no le reintegraba a sus maestros hasta el miércoles o el jueves. Los jesuitas, aunque tiernamente amados por el príncipe virrey, estaban excluidos de Italia por las leyes del reino, y el superior del colegio, hombre hábil, midió todo el partido que podría sacar de sus relaciones con una mujer omnipotente en la corte. Se libró muy bien de quejarse de las ausencias de Fabricio, quien, más ignorante que nunca, obtuvo a fin de curso cinco primeros premios. Gracias a esto, la brillante condesa Pietranera, acompañada de su marido, general que mandaba una de las divisiones de la guardia, y de cinco o seis personajes de los más altos en la corte del virrey, asistió a la distribución de premios en el colegio de los jesuitas. El superior fue felicitado por sus jefes.

La condesa llevaba a su sobrino a todas las fiestas brillantes que imprimieron carácter al reinado demasiado breve del amable príncipe Eugenio. Le había hecho, por su propia autoridad, oficial de húsares, y Fabricio, que tenía doce años, lucía este uniforme. Un día, la condesa, prendada de su bonita estampa, pidió para él, al príncipe, una plaza de paje, lo que significaba que la familia Del Dongo se adhería al partido enemigo. Al día siguiente, tuvo que valerse de toda su influencia para conseguir que el virrey se dignase no acordarse de aquella petición, a la que sólo faltaba el consentimiento del padre del futuro paje, y este consentimiento habría sido negado con ostentación. A raíz de esta locura, que hizo estremecer al esquivo marqués, halló éste un pretexto para llevarse a Grianta al mocito Fabricio. La condesa despreciaba olímpicamente a su hermano; le consideraba un tonto triste y que sería malo si tuviera poder para ello. Pero estaba loca por Fabricio, y, al cabo de diez años de silencio, escribió al marqués reclamando a su sobrino. La carta no tuvo respuesta.

Al volver a aquel castillo formidable, construido por sus más belicosos antepasados, Fabricio no sabía otra cosa que hacer la instrucción y montar a caballo. Con frecuencia el conde Pietranera, tan loco por aquel niño como su mujer, le hacía montar a caballo y le llevaba al desfile.

Al llegar al castillo de Grianta, Fabricio, con los ojos todavía enrojecidos por las lágrimas derramadas al dejar los hermosos salones de su tía, no halló más que los mimos apasionados de su madre y de sus hermanas. El marqués estaba encerrado en su gabinete con su primogénito, el *marchesino* Ascanio. Se ocupaban en fabricar cartas cifradas que tenían el honor de ser transmitidas a Viena; el padre y el hijo sólo aparecían a las horas de comer. El marqués repetía con afectación que estaba enseñando a su sucesor natural a llevar por partida doble las cuentas de los productos de todas sus tierras. En realidad, el marqués era demasiado celoso de su poder para hablar de semejantes cosas a un hijo que era el heredero forzoso de todas sus tierras, erigidas en mayorazgo. Le empleaba en cifrar despachos de quince o veinte folios que dos o tres veces por semana hacía pasar a Suiza, de donde los encaminaban a Viena. El marqués pretendía informar a sus legítimos soberanos del estado interior del reino de Italia, que él mismo desconocía, a pesar de lo cual sus cartas tenían mucho éxito. He aquí cómo se las componía. El marqués encargaba a algún agente seguro de contar en la carretera el número de soldados de un regimiento francés o italiano que cambiara de guarnición, y, al dar cuenta del hecho a la corte de Viena, tenía buen cuidado de disminuir, lo menos en una cuarta parte, el número de los soldados presentes. Estas cartas, por lo demás ridículas, tenían el mérito de desmentir otras más verídicas, y resultaban gratas. Debido a esto, poco tiempo antes de la llegada de Fabricio al castillo, el marqués había recibido la placa de una orden importante: era la quinta que decoraba su casaca de chambelán. La verdad es que tenía el disgusto de no atreverse a ostentar esta casaca fuera de su gabinete; pero

jamás se permitía dictar un despacho sin antes revestirse de la levita bordada, guarnecida con todas sus condecoraciones. Proceder de otro modo le habría parecido una falta de respeto.

La marquesa se quedó maravillada de las gracias de su hijo. Pero había conservado la costumbre de escribir dos o tres veces al año al general conde de A*** —éste era el nombre actual del teniente Robert. A la marquesa le repugnaba mentir a las personas que amaba: interrogó a su hijo y se quedó horrorizada de su ignorancia.

«Si a mí, que no sé nada, me parece tan poco instruido, a Robert, que es tan sabio, le parecerá su instrucción absolutamente fracasada; y ahora hace falta el saber.» Otra particularidad que la sorprendió casi tanto era que Fabricio había tomado en serio todas las cosas religiosas que le habían enseñado en el convento. Aunque muy piadosa por su parte, el fanatismo de aquel niño la hizo estremecerse; «si el marqués tiene la perspicacia de adivinar este medio de influencia, va a quitarme el amor de mi hijo». Lloró mucho, y su pasión por Fabricio se hizo más fuerte aún.

La vida en el castillo, habitado por treinta o cuarenta criados, era muy triste; por eso Fabricio se pasaba los días enteros de caza o navegando en una barca por el lago. No tardó en hacer estrecha amistad con los hombres de las caballerizas; todos eran partidarios furibundos de los franceses y se burlaban abiertamente de los ayudas de cámara devotos, adictos a la persona del marqués o a la de su primogénito. El gran motivo de chanza contra estos graves personajes era que llevaban las cabezas empolvadas por prescripción de sus amos.

---

[1]Autor del retrato de Napoleón en el puente de Arcola.

[2]Del Litto aclara que los españoles se adueñaron del Milanesado en 1535, no en 1624.

[3]Stendhal emplea en varias de sus obras esta frase, tomada de *Le mariage de Figaro,* de Beaumarchais.

[4]Todo este pasaje de la novela es una exacta evocación de lo vivido por el Henri Beyle, de diecisiete–dieciocho años, según lo cuenta en su *Vida de Henry Brulard. Recuerdos de egotismo,* prol., trad y notas de Consuelo Berges, Madrid, Alianza Edit., 1975, y en su diario.

# II

*Cuando el Véspero viene a nublarnos los ojos,*
*transido de futuro, contemplo el firmamento,*
*en que Dios nos escribe, con signos nada oscuros,*
*la suerte y el destino de todas las criaturas.*
*Mirando a cada humano desde el fondo del cielo,*
*su piedad le designa, a veces, el camino;*
*con señales de astros, que son sus caracteres,*
*nos predice las cosas —las buenas, las adversas—,*
*mas los hombres, hundidos en el polvo y la muerte,*
*desdeñan la escritura de Dios, y no la leen.*

RONSARD

El marqués profesaba un odio vigoroso a las luces. Son las ideas, decía, lo que ha perdido a Italia. No sabía muy bien cómo conciliar este santo horror por la cultura con el deseo de que su hijo Fabricio perfeccionara la educación tan brillantemente comenzada con los jesuitas. A fin de correr el menor riesgo posible, encomendó al buen abate Blanès, cura de Grianta, la continuación de los estudios latinos de Fabricio. Hubiera sido necesario que el cura conociera esta lengua, pero la verdad es que era objeto de todo su desdén. Sus conocimientos en este terreno se limitaban a recitar de memoria las oraciones de su misal, cuyo sentido podía explicar, sobre poco más o menos, a sus ovejas. Pero no por esto era menos respetado y aun temido en la comarca: siempre había dicho que no era en trece semanas ni siquiera en trece meses cuando había de cumplirse la célebre profecía de San Giovita, patrón de Brescia. Cuando hablaba con amigos seguros, añadía que aquel «trece» debía ser interpretado, si se podía hablar claro (1813), de un modo que causaría el asombro de muchas gentes.

El hecho es que el abate Blanès, personaje de una honestidad y de una virtud *primitivas*, y hombre además inteligente, se pasaba las noches en lo alto de su campanario[1]: era un chalado de la astrología. Después de dedicar los días a calcular conjunciones y posiciones de astros, empleaba la mejor parte de sus noches en observarlos en el cielo. Como era pobre, no poseía más instrumento que un largo anteojo con el tubo de cartón. Fácil es suponer el menosprecio que debía de sentir por el estudio de las lenguas un hombre que se pasaba la vida investigando la época exacta de la caída de los imperios y de las revoluciones que transforman la faz del mundo. «Qué más sé yo de un caballo —le decía a Fabricio— cuando me han enseñado que en latín se llama *equus?*»

Los aldeanos temían al abate Blanès como a un gran mago; pensaba él que el miedo que les inspiraban sus manipulaciones en el campanario les impedía robar. Sus cofrades, los curas de los alrededores, muy envidiosos de su influencia, le detestaban; el marqués del Dongo le despreciaba, simplemente porque razonaba demasiado para un hombre de tan poca categoría. Fabricio le adoraba: por darle gusto, pasaba a veces tardes enteras haciendo sumas o multiplicaciones enormes. Luego subía al campanario: era éste un gran favor que el abate Blanès no había otorgado a nadie nunca; pero quería a este niño por su ingenuidad. «Si no te vuelves un hipócrita —le decía—, acaso llegues a ser un hombre.»

Dos o tres veces al año, Fabricio, intrépido y apasionado en sus placeres, estaba a punto de ahogarse en el lago. Era el jefe de todas las grandes expediciones de los chiquillos aldeanos de Grianta y de la Cadenabia. Estos niños se habían agenciado unas cuantas llavecitas, y cuando la noche era muy oscura intentaban abrir los candados de las cadenas que atan las barcas a alguna piedra grande o a algún árbol cercano a la ribera. Conviene saber que en el lago de Como la industria de los pescadores se las arregla para dejar aparejos de pesca solos a gran distancia de la orilla. El extremo superior de la cuerda va sujeto a una tablilla de corcho, y una rama de avellano muy flexible clavada en esta tablilla sostiene una campanillita que suena cuando el pez, cogido en el anzuelo, sacude la cuerda.

El gran objetivo de estas expediciones nocturnas, que Fabricio mandaba en jefe, era ir a revisar aquellos aparejos antes de que los pescadores oyeran el aviso de las campanillas. Elegían los días de temporal, y, para estas excursiones arriesgadas, se embarcaban una hora antes de amanecer. Al subir a la barca, aquellos niños creían lanzarse a los mayores peligros; era éste el lado bello de su acción; siguiendo el ejemplo de sus padres, rezaban devotamente el *Ave María*. Ahora bien; ocurría muchas veces que en el momento de zarpar y en el siguiente al *Ave María,* a Fabricio le acometía un presagio. Éste era el fruto que había sacado de los estudios astrológicos de su amigo el abate Blanès, en cuyas predicciones no creía. Según su juvenil imaginación, aquel presagio le anunciaba con certeza el bueno o el mal resultado; y como era más decidido que ninguno de sus compañeros, poco a poco toda la pandilla se habituó de tal modo a los presagios, que si en el momento de embarcar aparecía en la costa un cura o si Tom veía volar un cuervo a mano izquierda, se apresuraban a echar de nuevo el candado a la cadena del bote, y todos tornaban a meterse en la cama. Así, pues, el abate Blanès no transmitió a Fabricio su ciencia, bastante difícil; pero, sin proponérselo, le inoculó una fe ilimitada en las señales que pueden predecir el porvenir.

El marqués sabía que cualquier accidente que pudiera sobrevenir en su correspondencia cifrada podía ponerle a merced de su hermana; por eso, todos los años, por Santa Angela, santo de la condesa Pietranera, Fabricio obtenía permiso para

ir a pasar ocho días a Milán. Vivía todo el año a la espera o en la añoranza de aquellos ocho días. En tan gran ocasión, para realizar este viaje diplomático, el marqués entregaba a su hijo cuatro escudos y, como de costumbre, no daba nada a su mujer, que iba a acompañarle. Pero la víspera del viaje, salían para Como uno de los cocineros, seis lacayos y un cochero, y, todos los días de su estancia en Milán, la marquesa tenía un coche a sus órdenes y una comida de doce cubiertos.

El huraño género de vida que hacía el marqués del Dongo era indudablemente muy poco divertido; tenía la ventaja de que enriquecía para siempre a las familias que tenían la bondad de reducirse a él. El marqués, que poseía más de doscientas mil libras de renta, no gastaba ni la cuarta parte, vivía de esperanzas. Durante los trece años, de 1800 a 1813, creyó constante y firmemente que Napoleón sería derribado antes de seis meses. ¡Imagínese su entusiasmo cuando, a principios de 1813, supo los desastres de Beresina! La toma de París y la caída de Napoleón estuvieron a punto de hacerle perder la cabeza; se permitió las palabras más ultrajantes para su mujer y para su hermana. Por fin al cabo de catorce años de espera, tuvo la indecible alegría de ver entrar en Milán las tropas austríacas. Siguiendo órdenes recibidas de Viena, el general austríaco recibió al marqués del Dongo con una consideración rayana en respeto; se apresuraron a ofrecerle uno de los primeros puestos en el gobierno, y él lo aceptó como pago de una deuda. Su primogénito obtuvo un puesto de teniente en uno de los más lucidos regimientos de la monarquía, pero el pequeño no quiso aceptar en modo alguno un lugar de segundón que le ofrecían. Este triunfo, del que el marqués gozaba con una rara insolencia, duró sólo unos meses y fue seguido de un revés humillante. Nunca había tenido el talento de los asuntos públicos, y catorce años pasados en el campo entre sus criados, su notario y su médico, unidos al mal humor de la vejez que había sobrevenido, hicieron de él un hombre perfectamente incapaz. Ahora bien, en tierras austríacas, no es posible conservar un puesto importante sin poseer la clase de talento que requiere la administración lenta y complicada, pero muy razonable, de esta vieja monarquía. Los traspiés del marqués del Dongo escandalizaban a los empleados y hasta entorpecían la marcha de los asuntos. Sus manifestaciones ultramonárquicas irritaban a las gentes a quienes se quería sumir en el sueño y la incuria. Un buen día se enteró de que Su Majestad se había dignado aceptar graciosamente la dimisión de su cargo en el gobierno, y al mismo tiempo le otorgaba el nombramiento de «segundo gran mayordomo mayor» del reino lombardo–veneciano. El marqués se indignó ante la atroz injusticia de que se le hacía víctima, y él, que tanto execraba la libertad de prensa, hizo a un amigo imprimir una carta. Más aún: escribió al emperador que sus ministros le traicionaban y que todos ellos eran unos jacobinos. Hecho esto, se volvió tristemente a su castillo de Grianta. Tuvo un consuelo. Después de la caída de Napoleón, ciertos personajes poderosos en Milán hicieron apalear en la calle al conde Prina, antiguo ministro del rey de Italia y hombre

de gran mérito. El conde Pietranera expuso su vida por salvar la del ministro, que fue muerto a paraguazos, en un suplicio que duró cinco horas. Un sacerdote, confesor del marqués del Dongo, habría podido salvar a Prina abriéndole la verja de la iglesia de San Giovanni, delante de la cual se arrastraba el desdichado ministro, que hasta, por un momento, quedó abandonado en mitad de la calle; pero el cura se negó con escarnio a abrir la verja, y, al cabo de seis meses, el marqués tuvo la satisfacción de conseguirle un buen ascenso.

Execraba al conde Pietranera, su cuñado, que sin poseer ni cincuenta luises de renta tenía la osadía de vivir bastante contento, la ocurrencia de mostrarse fiel a lo que había amado toda su vida y la insolencia de predicar ese espíritu de justicia sin distinción de personas que el marqués calificaba de jacobinismo infame. El conde se había negado a incorporarse al servicio en Austria; se hizo valer esta negativa, y a los pocos meses de la muerte de Prina, los mismos personajes que habían pagado a los asesinos consiguieron que el general Pietranera fuera encarcelado. La condesa, su esposa, sacó un pasaporte y pidió caballos de posta para ir a Viena a decir la verdad al emperador. Los asesinos de Prina tuvieron miedo, y uno de ellos, primo de la condesa Pietranera, se presentó en su casa a medianoche, una hora antes de su partida para Viena, con la orden de libertad del conde. Al día siguiente, el general austríaco mandó llamarle, le recibió con toda la distinción posible y le aseguró que su pensión de retiro no tardaría en quedar resuelta en las condiciones más favorables. El bravo general Bubna, hombre de inteligencia y de corazón, parecía muy avergonzado del asesinato de Prina y del encarcelamiento del conde.

Después de esta borrasca, conjurada por el carácter firme de la condesa, ambos esposos vivieron, bien que mal, con la pensión de retiro, que, gracias a la recomendación del general Bubna, no se hizo esperar.

Por fortuna, la condesa tenía muy buena amistad, desde hacía ya cinco o seis años, con un hombre muy rico que, gran amigo también del conde, ponía a su disposición el más hermoso tronco de caballos que paseara entonces las calles de Milán, en el teatro un palco de la Scala y en el campo su castillo. Pero el conde tenía la conciencia de su bravura, el alma generosa y el genio pronto, y cuando se soliviantaba solía permitirse palabras poco convenientes. De caza un día con unos jóvenes, a uno de ellos, que había servido en distintas banderas que él, se le ocurrió bromear sobre el valor de los soldados de la república cisalpina; el conde le dio una bofetada, se batieron inmediatamente y Pietranera, que era el único de su partido entre todos los presentes, resultó muerto. Se habló mucho de aquella especie de duelo, y las personas que intervinieron en el mismo tomaron la decisión de irse de viaje a Suiza.

No entraba en las costumbres de la condesa ese valor ridículo que se llama resignación, el valor de un tonto que se deja atrapar sin protesta. Furiosa por la

muerte de su marido, habría deseado que a Limercati, aquel mozo rico y gran amigo suyo, le diera también por hacer un viaje a Suiza y pegarle un tiro o una bofetada al hombre que mató al conde Pietranera.

A Limercati le pareció este proyecto soberanamente ridículo, y la condesa se dio cuenta de que, en su alma, el amor había muerto a manos del desprecio. No obstante, acentuó sus atenciones hacia Limercati: quería exacerbar su amor y dejarle luego plantado y muerto de desesperación. Para hacer inteligible en Francia este plan de venganza, debo decir que en Milán, país muy distante del nuestro, todavía se es capaz de la desesperación de amor. La condesa, que, vestida de luto, eclipsaba con mucho a todas sus rivales, se dio a coquetear con los jóvenes más destacados, y uno de ellos, el conde N***, que siempre había dicho que el mérito de Limercati le parecía un poco pesado, un poco estirado para una mujer de tanto ingenio, se enamoró desatinadamente de la condesa. Ésta escribió a Limercati:

*¿Quiere conducirse por una vez como un hombre inteligente? Pues imagínese que nunca me ha conocido.*

*Su humilde servidora, acaso con un poco de desprecio,*

GINA PIETRANERA

Al leer esta carta, Limercati se retiró a uno de sus castillos. Encendióse su amor, enloqueció, habló de saltarse la tapa de los sesos, extremo inusitado en un país que cree en el infierno. Al día siguiente de su llegada al campo, había ya escrito a la condesa ofreciéndole su mano y sus doscientas mil libras de renta. La condesa le devolvió, por *el groom* del conde N***, la carta sin abrirla. Después de esto, Limercati pasó tres años en sus tierras, yendo cada dos meses a Milán, pero sin valor para quedarse e importunando a todos sus amigos con su exaltado amor por la condesa y con el relato circunstanciado de las bondades que en otro tiempo tuviera para él. Al principio agregaba que con el conde N*** se perdía y que aquellas relaciones la deshonraban.

La verdad es que la condesa no sentía amor alguno por el conde N***, y así se lo declaró cuando estuvo segura de la desesperación de Limercati. El conde, hombre de mundo, le rogó que no divulgara la triste verdad que acababa de confiarle: «Si tiene la extremada indulgencia de seguir recibiéndome con todas las distinciones exteriores que se otorgan al amante reinante, acaso encontraré una solución ventajosa».

Después de esta heroica declaración, la condesa no quiso seguir aceptando los caballos ni el palco del conde N***. Pero estaba habituada, desde hacía quince años, a una vida muy fastuosa, y hubo de resolver este problema tan difícil o, mejor dicho, imposible: vivir en Milán con una pensión de mil quinientos francos. Dejó su palacio, tomó dos habitaciones en un quinto piso y despidió a todos sus criados, incluso a su

doncella, que fue sustituida por una sirviente pobre y vieja. Este sacrificio era en realidad menos heroico y menos penoso de lo que a nosotros nos parece: en Milán, la pobreza no es ridícula y, en consecuencia, no se presenta a las almas aterradas como el peor de los males. Al cabo de dos meses de tan precario vivir, asediada por las continuas cartas de Limercati y hasta del conde N***, que también le proponía el matrimonio, aconteció que el marqués del Dongo, generalmente de una avaricia execrable, dio en pensar que sus enemigos podrían sacar partido de la miseria de su hermana. ¡Bueno fuera, una del Dongo verse reducida a vivir de la pensión que la corte de Viena, de la que tantas quejas tenía el marqués, concede a las viudas de sus generales!

Le escribió, pues, que en el castillo de Grianta la esperaban unas habitaciones y un trato digno de una hermana suya. El alma vivaz e inquieta de la condesa acogió con entusiasmo la idea de aquel nuevo género de vida; veinte años hacía que no habitaba en aquel castillo venerable majestuosamente encaramado entre los viejos castañares plantados en tiempos de los Sforza. «Allí —se decía— hallaré el reposo, y, a mi edad, ¿el reposo no es acaso la dicha? —como tenía treinta y un años, se creía ya llegada al momento del retiro—. Junto al lago sublime en que nací me espera por fin una vida dichosa y apacible.»

No sé si se equivocaba, pero lo cierto es que aquel alma apasionada, que acababa de rechazar con tanto garbo el ofrecimiento de dos inmensas fortunas, llevó la alegría al castillo de Grianta. Sus dos sobrinos también estaban locos de contento.

—Me has devuelto los hermosos días de la juventud —le decía, besándola, la marquesa—; la víspera de llegar tú, yo tenía cien años.

La condesa se dedicó a recorrer de nuevo con Fabricio todos aquellos encantadores lugares de las cercanías de Grianta, tan celebrados por los viajeros: la villa Melzi, a la orilla opuesta del lago, frente al castillo y que le sirve de mirador; más arriba, el bosque sagrado de los *Sfondrata*, *y* el atrevido promontorio que separa las dos partes del lago, la de Como, tan voluptuosa, y la que corre hacia Lecco, tan severa: panorama sublime y placentero que el lugar más renombrado del mundo, la bahía de Nápoles, iguala, pero no supera. La condesa revivía con embeleso los recuerdos de su primera juventud y los comparaba a sus sensaciones actuales. El lago de Como, se decía, no está rodeado, como el de Ginebra, de grandes extensiones de terreno bien cercadas y cultivadas con arreglo a los mejores métodos, cosas que recuerdan el dinero y la especulación. Aquí no veo sino colinas de desigual altura cubiertas de arboledas plantadas al azar y que la mano del hombre no ha estropeado aún forzándolas a *producir.* En medio de esas colinas de formas admirables y que se precipitan hacia el lago en pendientes tan singulares, puedo revivir toda la ilusión de las descripciones de Tasso y de Ariosto. Todo aquí es noble y tierno, todo habla de amor, nada recuerda las fealdades de la civilización. Los pueblecillos situados en las

faldas de las colinas quedan ocultos por magníficos árboles, sobre cuyas copas asoma la deliciosa arquitectura de sus bellos campanarios. Si alguna parcela cultivada, no más extensa de cincuenta pasos, interrumpe de trecho en trecho las arboledas de castaños y de cerezos silvestres, los ojos, complacidos, creen ver en estos sembrados plantas más vigorosas y más lozanas que las de otros lugares. Sobre las colinas, en cuyas cumbres aparecen ermitas que cualquiera elegiría por morada, los ojos asombrados vislumbran los picos de los Alpes, con sus nieves eternas, y su severidad austera es una oportuna imagen de las tristezas de la vida que intensifica el gozo de la voluptuosidad presente. La imaginación se siente acariciada por un tañer lejano de campanas que viene de una aldea escondida bajo los árboles; atenuada al pasar sobre las aguas, esta música cobra un matiz de dulce melancolía y de resignación, y parece decir al hombre: La vida huye: no te muestres tan difícil a la felicidad que se presenta; date prisa a gozarla. El lenguaje de aquellos parajes maravillosos, sin igual en el mundo, devolvía a la condesa su corazón de dieciséis años. No se explicaba cómo había podido pasar tanto tiempo sin contemplar el lago. «De modo que la felicidad ha venido a refugiarse en los comienzos de la vejez», se decía. Compró una barca, y Fabricio, la marquesa y ella la adornaron con sus propias manos, pues en aquella espléndida mansión carecían de dinero para todo; desde su caída en desgracia, el marqués del Dongo había acrecido su fasto aristocrático. Por ejemplo, para ganar al lago diez pasos de terreno, cerca de la famosa avenida de plátanos, junto a la Cadenabia, estaba haciendo construir un dique cuyo costo ascendía a ochenta mil francos. En el extremo del dique estaban construyendo, según los planos del famoso marqués Cagnola, una hermosa capilla de enormes bloques de granito, y en el interior de la misma, el escultor de moda en Milán estaba construyendo un panteón todo cubierto de bajorrelieves que debían representar las grandes proezas de los antepasados del marqués.

El hermano mayor de Fabricio, el *marchesino* Ascanio, quiso tomar parte en los paseos de las damas; pero su tía le echaba agua en el cabello empolvado y cada día le gastaba alguna nueva broma sobre sus seriedad. Por fin libró de la presencia de su carota gruesa y deslavazada a aquella alegre pandilla que no se atrevía a reír delante de él. Le creían espía de su padre, y había que guardarse de este déspota severo y siempre irritado desde su forzada dimisión.

Ascanio juró vengarse de Fabricio.

Un día les sorprendió una tempestad que les puso en peligro. Aunque tenían poquísimo dinero, pagaron espléndidamente a los dos barqueros para que no dijesen nada al marqués, que había manifestado ya su descontento de que llevaran a sus dos hijas. Volvieron a correr otra tormenta. En este hermoso lago, son terribles y repentinas: de las dos gargantas de las montañas situadas en opuesta dirección, surgen de pronto grandes ráfagas de viento y empiezan a luchar sobre las aguas. La condesa

quiso desembarcar en medio del huracán y de los truenos, se prometía un espectáculo grandioso encaramada, en mitad del lago, en una roca aislada y no más grande que una habitación pequeña, asediada por las olas furiosas. Pero al saltar de la barca cayó al agua. Fabricio se arrojó a salvarla, y ambos se vieron arrastrados a bastante distancia. Seguramente no es agradable ahogarse, pero el aburrimiento había quedado desterrado del castillo feudal. La condesa se apasionó por el carácter primitivo y por la astrología del abate Blanès. El poco dinero que le quedara después de adquirir la barca fue empleado en comprar un pequeño telescopio de ocasión, y, casi todas las noches, la condesa iba con sus sobrinas y con Fabricio a acomodarse en la terraza de una de las torres góticas del castillo. Fabricio era el sabio de la compañía, y allí pasaban varias horas muy alegres, lejos de los espías.

Hay que confesar que algunos días la condesa no dirigía la palabra a nadie; se la veía pasear bajo los altos castaños, absorta en sombrías añoranzas; era demasiado inteligente para no sentir a veces el fastidio de no tener con quién comunicar sus ideas. Pero al día siguiente reía como la víspera. Eran las lamentaciones de la marquesa, su cuñada, lo que suscitaba aquellas impresiones sombrías en un alma tan activa por naturaleza.

—¿Es que vamos a pasar lo que nos queda de juventud en este triste castillo? — exclamaba la marquesa.

Antes de llegar su cuñada, no tenía ni siquiera el valor de echar de menos otra vida.

Así vivieron todo el invierno de 1814 a 1815. Por dos veces, y a pesar de su pobreza, la condesa fue a pasar unos días a Milán; se trataba de ver un sublime *ballet* de Vigano en el teatro de la Scala, y el marqués no prohibía a su mujer acompañar a la condesa. Cobraban los trimestres de la pequeña pensión, y era la pobre viuda del general cisalpino la que prestaba algunos cequíes a la riquísima marquesa del Dongo. Estas escapadas eran encantadoras; invitaban a comer a algunos viejos amigos y se consolaban riendo de todo como verdaderos niños. Esta alegría italiana, llena de *brío* y de espontaneidad, hacía olvidar la tristeza sombría que las miradas del marqués y de su primogénito expandían en torno a ellos en Grianta. Fabricio, que tenía apenas dieciséis años, desempeñaba muy bien el papel de jefe de la casa.

El 7 de marzo de 1815, las damas estaban de retorno, desde la antevíspera, de un delicioso viajecito a Milán. Se paseaban por la hermosa avenida de plátanos, recientemente prolongada hasta la misma orilla del lago. Apareció una barca, procedente de la parte de Como, e hizo unas señales singulares. Un agente del marqués saltó al dique: Napoleón acababa de desembarcar en el Golfe–Juan. Europa tuvo la inocencia de sorprenderse de este acontecimiento, que no sorprendió en absoluto al marqués del Dongo, escribió a su soberano una carta llena de efusión del alma: le ofrecía sus talentos y varios millones y le repetía que sus ministros eran unos

jacobinos que estaban de acuerdo con los conspiradores de París.

El 8 de marzo, a las seis de la mañana, el marqués, investido de sus insignias, escribía, dictado por su primogénito, el borrador de un tercer despacho político; lo copiaba solemnemente con su hermosa letra perfilada, en un papel que llevaba en filigrana la efigie del soberano. En aquel mismo momento, Fabricio se hacía anunciar a la condesa Pietranera.

—Me marcho —le dijo—; voy a reunirme con el emperador, que es, también, rey de Italia; ¡quería tanto a tu marido! Pasaré por Suiza. Esta noche, en Menagio, mi amigo Vasi, el mercader de barómetros, me ha dado su pasaporte; ahora dame tú unos napoleones, pues sólo tengo dos; pero, si es necesario, iré a pie.

La condesa lloraba de alegría y de angustia.

—¡Dios mío, cómo se te ha ocurrido esa idea! —exclamaba apretándole la mano a Fabricio.

Se levantó y sacó de su armario de ropa blanca, donde la tenía cuidadosamente escondida, una bolsita adornada de perlas: era lo único que poseía en el mundo.

—Toma —dijo a Fabricio—, pero, ¡por el amor de Dios!, que no te maten. ¿Qué nos quedaría a tu desventurada madre y a mí si nos faltases tú? En cuanto al éxito de Napoleón, es imposible, querido; ya sabrán nuestros caballeros acabar con él. ¿No has oído hace ocho días en Milán la historia de los veintitrés proyectos de asesinato, todos tan bien planeados y de los cuales sólo por milagro escapó? Y eso que entonces era omnipotente. Y ya has visto que no es el deseo de liquidarle lo que falta a nuestros enemigos; desde su partida, Francia no era ya nada.

La condesa estaba vivamente emocionada al hablar a Fabricio de los destinos de Napoleón.

—Al permitirte que vayas a reunirte a él, le sacrifico lo más querido que poseo en el mundo —le decía. A Fabricio se le humedecieron los ojos, lloraba abrazando a la condesa, pero su resolución de partir no vaciló ni por un instante. Explicaba con emoción a aquella amiga tan querida todas las razones que le determinaban, y que nosotros nos tomamos la libertad de hallar muy divertidas.

—Ayer tarde, a las seis menos siete minutos, estábamos de paseo, como sabes, a la orilla del lago, por la avenida de los plátanos, más abajo de la Casa Sommariva, y caminábamos hacia el sur. Primero vi a lo lejos la embarcación que venía de Como trayendo tan gran noticia. Cuando estaba yo mirando aquel barco sin pensar en el emperador y envidiando simplemente la suerte de los que pueden viajar, de pronto me sentí transido de una emoción profunda. El barco atracó, el agente habló a mi padre, cambió éste de color y nos llevó aparte para anunciarnos «la terrible noticia». Yo me volví a mirar al lago sin otro objeto que ocultar las lágrimas de alegría que me inundaron los ojos. De pronto, a una altura inmensa y a mi derecha, vi un águila, el pájaro de Napoleón: volaba majestuosa en dirección a Suiza y, por tanto, a París.

También yo, me dije al instante, atravesaré Suiza con la rapidez del águila e iré a ofrecer a ese gran hombre muy poca cosa, pero al fin y al cabo lo único que puedo ofrecerle: el concurso de mi débil brazo. Quiso darnos una patria y amó a mi tío. En seguida, cuando aún no había perdido de vista al águila, por un efecto singular se secaron mis lágrimas; y la prueba de que esta idea viene de lo alto es que en el mismo instante, sin discutir, tomé mi decisión y vi los medios de realizar este viaje. En un abrir y cerrar de ojos, todas las tristezas que, como sabes, me emponzoñan la vida, sobre todo los domingos, quedaron disipadas como por un soplo divino. Vi la gran imagen de Italia levantándose del fango en que los alemanes la tienen sumida; extendía sus brazos, martirizados y todavía medio cargados de cadenas, hacia su libertador. Y yo, dije, hijo todavía desconocido de esta madre desventurada, partiré: iré a morir o a vencer junto a ese hombre señalado por el destino y que quiso lavarnos del desprecio con que nos miran hasta los más esclavos y los más viles de los habitantes de Europa.

»¿Sabes? —añadió en voz baja aproximándose más a la condesa y echando llamas por los ojos—, ¿recuerdas ese castaño joven que mi madre plantó con sus propias manos el invierno de mi nacimiento, junto a la fuente grande en nuestro bosque, a dos leguas de aquí?: antes de hacer nada he querido ir a verle. La primavera no está aún muy adelantada —me decía—; pues bien: si mi árbol tiene hojas, será para mí una señal. Yo también debo salir del estado de modorra en que languidezco en este triste y frío castillo. ¿No te parece que estos viejos muros ennegrecidos, hoy símbolos y antaño medios de despotismo, son una verdadera imagen del triste invierno? Para mí, son lo mismo que el invierno para el árbol.

»¿Lo creerás, Gina?: ayer tarde, a las siete y media, llegaba yo a mi castaño; ¡tenía hojas, unas preciosas hojitas bastante grandes ya! Las besé sin hacerles daño. Cavé la tierra con respeto en tomo al árbol querido. En seguida, transido de un arrebato nuevo, atravesé la montaña; llegué a Menagio; necesitaba un pasaporte para entrar en Suiza. El tiempo había volado. Era ya la una de la mañana cuando me encontré a la puerta de Vasi. Creía que tendría que llamar mucho tiempo para despertarle; pero estaba levantado con tres amigos suyos. A la primera palabra mía, me interrumpió: “¡Vas a reunirte con Napoleón!” y se colgó a mi cuello. Los otros me abrazaron con entusiasmo. “¡Por qué estaré casado!”, se lamentaba uno de ellos.

La condesa Pietranera se había puesto pensativa: creyó que debía oponer algunas objeciones. Si Fabricio hubiera tenido alguna experiencia de la vida, habría notado muy bien que la propia condesa no creía en las buenas razones que se apresuraba a oponerle. Pero, a falta de experiencia, tenía decisión. No se dignó siquiera escuchar las razones. La condesa se limitó fácilmente a conseguir que al menos comunicara a su madre el proyecto.

—¡Se lo dirá a mis hermanas, y esas mujeres me traicionarán sin querer!

—exclamó Fabricio con una especie de orgullo heroico.

—Hable usted con más respeto —dijo la condesa sonriendo en medio de sus lágrimas— del sexo que ha de hacer su fortuna: pues a los hombres les será siempre antipático; es demasiado fogoso para las almas prosaicas.

La marquesa lloró mucho al enterarse del extraño proyecto de su hijo; no era sensible a aquel heroísmo e hizo todo lo posible por retener al muchacho. Cuando se convenció de que nada en el mundo, excepto los muros de una cárcel, podrían impedirle partir, le dio el poco dinero que poseía; luego recordó que tenía desde la víspera ocho o diez diamantitos, cuyo valor ascendería acaso a diez mil francos, que el marqués le había confiado para que los montaran en Milán. Las hermanas de Fabricio entraron en el cuarto de su madre cuando la condesa estaba cosiendo los diamantes en la casaca de viaje de nuestro héroe; Fabricio devolvía a aquellas pobres mujeres sus míseros napoleones. Las hermanas se entusiasmaron tanto con su proyecto y le abrazaban con una alegría tan estrepitosa, que Fabricio cogió en la mano unos diamantes que faltaban todavía por coser y se dispuso a salir inmediatamente.

—Me traicionaréis sin querer —dijo a sus hermanas—. Como tengo tanto dinero, no es necesario que cargue con trapos: se encuentran en todas partes.

Besó a aquellas personas que tan queridas le eran y se fue inmediatamente sin querer entrar en su habitación. Caminó tan deprisa, siempre temeroso de que le persiguieran a caballo, que aquella misma noche entraba en Lugano. A Dios gracias, se encontraba en una ciudad suiza, y ya no temía ninguna violencia de los gendarmes pagados por su padre. Desde este lugar, le escribió una bella carta, debilidad de niño que exacerbó la ira del marqués. Fabricio tomó un caballo de posta y pasó el San Gotardo. El viaje fue rápido, y entró en Francia por Pontallier. El emperador estaba en París. Aquí comenzaron las cuitas de Fabricio; había partido con la firme intención de hablar al emperador: nunca se le había ocurrido pensar que fuese tan difícil. En Milán veía al príncipe Eugenio todos los días dos veces y hubiera podido dirigirle la palabra. En París iba todas las mañanas al patio del palacio de las Tullerías para estar presente cuando Napoleón pasaba revista; pero nunca logró acercarse al emperador. Nuestro héroe creía que todos los franceses estaban tan conmovidos como él por el extremo peligro que corría la patria. En la mesa redonda del hotel en que se alojaba no ocultó sus proyectos ni su entusiasta adhesión al emperador; se encontró con jóvenes de una simpatía seductora, más entusiastas aún que él y que a los pocos días le habían robado todo el dinero que poseía. Menos mal que, por pura modestia, no había hablado de los diamantes que le diera su madre. La mañana en que, después de una orgía, se dio cuenta clara de que le habían robado, compró dos hermosos caballos, tomó como criado a un antiguo soldado, palafrenero del que se los vendió y, con mucho desprecio por los jóvenes parisienses que tan bien hablaban, partió para el

ejército. Lo único que sabía sobre el mismo es que se concentraba hacia Maubeuge. Apenas llegado a la frontera, le pareció ridículo estarse en una casa calentándose ante una buena chimenea mientras los soldados vivaqueaban. Por más que le dijera su criado, que no carecía de buen sentido, corrió a meterse imprudentemente en los vivaques de la vanguardia en la frontera, en la carretera de Bélgica. Apenas llegado al primer batallón acampado junto a la carretera, los soldados se pusieron a mirar a aquel mozo burgués en cuyo atuendo no había nada que recordase el uniforme. Caía la noche y hacía un viento frío. Fabricio se acercó al fuego y pidió hospitalidad por lo que fuera. Los soldados se miraron extrañados, sobre todo ante la idea de pagar, y le dejaron con bondad un sitio junto al fuego. Su criado le preparó un cobijo. Pero transcurrida una hora, el ayudante del regimiento pasó junto al campamento, y los soldados fueron a contarle la llegada de aquel extranjero que hablaba un mal francés. El ayudante interrogó a Fabricio, y éste le habló de su entusiasmo por el emperador con un acento muy sospechoso, en vista de lo cual, el suboficial le rogó que le acompañara a ver al coronel, instalado en una granja vecina. El criado de Fabricio se aproximó con los dos caballos. Parecieron producir una impresión tan viva al suboficial, que inmediatamente cambió de idea y comenzó a interrogar también al criado. Éste, antiguo soldado, adivinando en seguida el plan de campaña de su interlocutor, habló de las altas protecciones con que contaba su amo, añadiendo que no habrían de «birlarle» sus magníficos caballos. Inmediatamente, un soldado requerido por el ayudante le echó mano; otro soldado se hizo cargo de los caballos, y, con aire severo, el ayudante ordenó a Fabricio que le siguiera sin replicar.

Después de hacerle caminar a pie una legua, en medio de una oscuridad que resultaba más profunda por el contraste de las hogueras que por doquier iluminaban el horizonte, el ayudante entregó a Fabricio a un oficial de la gendarmería, quien, con tono grave, le pidió sus papeles. Fabricio exhibió el pasaporte que le acreditaba como comerciante de barómetros «transportando su mercancía».

—¡Se necesita ser brutos! —exclamó el oficial—; ¡esto pasa de la raya! Interrogó a nuestro héroe, que habló del emperador y de la libertad en los términos más entusiastas, lo cual produjo una risa loca al oficial de la gendarmería.

—¡Vamos, hombre, no eres muy listo que digamos! —exclamó—. ¡Es un poco gordo que se atrevan a mandarnos barbilampiños como tú!

Y por más que dijera Fabricio, quien se despepitaba explicando que en realidad no era comerciante de barómetros, el oficial le mandó a la cárcel de B***, una pequeña ciudad de las cercanías adonde nuestro héroe llegó a eso de las tres de la mañana, rabiando de ira y muerto de hambre.

Fabricio, primero atónito, furioso luego, sin comprender absolutamente nada de lo que le ocurría, pasó treinta largos días en aquella miserable prisión; escribía carta tras carta al comandante de la plaza, y era la mujer del carcelero, una hermosa flamenca

de treinta y seis años, la que se encargaba de hacerlas llegar a su destino. Pero como no tenía el menor deseo de que fusilaran a un mocito tan lindo y que, además, pagaba bien, echaba al fuego todas sus misivas. Por la noche, ya muy tarde, se dignaba ir a escuchar las lamentaciones del cautivo; había dicho a su marido que el barbilindo tenía dinero, en vista de lo cual el prudente carcelero le había dado carta blanca. La mujer hizo uso de la licencia y recibió unos napoleones de oro, pues el ayudante no le había quitado más que los caballos, y el oficial de la gendarmería no le había confiscado nada. Una tarde del mes de junio Fabricio oyó un fuerte cañoneo bastante lejano.

¡Por fin se combatía! El corazón le saltaba de impaciencia. Oyó también mucho ruido en la ciudad; en efecto, se estaba operando un gran movimiento, y tres divisiones atravesaban B***. Cuando, a eso de las once de la noche, la mujer del carcelero vino a compartir sus penas, Fabricio estuvo más seductor aún que de costumbre; luego, cogiéndole las manos:

—Hágame salir de aquí, y juraré por mi honor que he de volver a la cárcel en cuanto acabe la batalla.

—¡Todo eso son pamplinas! ¿Tienes *monises?* —Fabricio se quedó desconcertado; no comprendía la palabra *monises.*

La carcelera, viendo aquel gesto, juzgó que las aguas habían bajado, y en vez de hablar de napoleones de oro como había pensado, habló sólo de francos.

—Mira —le dijo—; si puedes dar un centenar de francos, pondré un doble napoleón sobre cada ojo del cabo que va a venir a relevar la guardia esta noche. Así no podrá verte salir de la cárcel, y si su regimiento tiene que escapar hoy, aceptará.

El trato quedó rápidamente concluido. La carcelera consintió hasta en esconder a Fabricio en su cuarto, de donde podría evadirse más fácilmente a la mañana siguiente.

Al otro día, antes del alba, la mujer dijo toda enternecida a Fabricio:

—Queridito mío, eres todavía demasiado joven para ese antipático oficial: créeme, no te empeñes en eso.

—¡Pero cómo! —repetía Fabricio—, ¿es un delito querer defender a la patria?

—Basta. Recuerda siempre que te he salvado la vida; tu caso era bien claro: te habrían fusilado. Pero no se lo digas a nadie, pues nos harías perder nuestro puesto a mi marido y a mí; sobre todo, no repitas nunca ese cuento burdo de un joven noble de Milán disfrazado de comerciante de barómetros: es demasiado tonto. Escúchame bien: voy a darte la ropa de un húsar que murió antes de ayer en la cárcel; abre la boca lo menos posible; pero en fin, si un sargento te interroga de modo que no tengas más remedio que contestar, di que te has quedado enfermo en casa de un aldeano que te recogió por caridad cuando estabas tiritando de fiebre en una cuneta de la carretera. Si no se conforman con esta respuesta, añade que vas a incorporarte a tu regimiento. Acaso te detengan por el acento: entonces dirás que eres del Piamonte, que eres un

recluta que se quedó en Francia el año pasado, etcétera.

Por primera vez después de treinta días de ira, Fabricio comprendió la explicación de todo lo que le pasaba: le tomaban por espía. Examinó la cuestión con la carcelera, que aquella mañana estaba muy tierna; por fin, mientras ella, armada de una aguja, le achicaba los vestidos del húsar, Fabricio contó su historia muy claramente a aquella mujer toda pasmada. Por un instante le creyó; ¡tenía un aire tan inocente y estaba tan guapo vestido de húsar!

—Ya que tienes tan buena voluntad por batirte —le dijo por fin medio convencida —, debías haberte enrolado en un regimiento al llegar a París. No tenías más que convidar a beber a un sargento.

La carcelera añadió muchos buenos consejos para lo sucesivo, y por fin, al apuntar el alba, sacó a Fabricio de su casa, después de hacerle jurar mil veces que jamás pronunciaría su nombre, pasara lo que pasara. Tan pronto como Fabricio se vio fuera de la pequeña ciudad, marchando gallardamente con el sable de húsar bajo el brazo, le acometió un escrúpulo. «Heme aquí —se dijo— con el uniforme y la hoja de ruta de un húsar muerto en la cárcel, adonde le había llevado, según dicen, el robo de una vaca y de unos cubiertos de plata. Soy, como quien dice, su mismo ser… y ello sin quererlo ni preverlo en modo alguno. El presagio es claro: me esperan grandes sufrimientos relacionados con la prisión.»

No hacía ni una hora que Fabricio había dejado a su bienhechora, cuando la lluvia comenzó a caer con tal fuerza, que el nuevo húsar apenas podía andar, embarazado por unas botazas que no estaban hechas para él. Se encontró con un campesino montado en un mal penco. Compró el caballo explicándose por señas, pues la carcelera le había recomendado hablar lo menos posible, por causa de su acento.

Aquel día, el ejército, que acababa de ganar la batalla de Ligny, estaba en plena marcha hacia Bruselas; era la víspera de la batalla de Waterloo. Hacia el mediodía, mientras seguía lloviendo a cántaros, Fabricio oyó el tronar del cañón; este gozo le hizo olvidar por completo los horribles momentos de desesperación que acababa de sufrir por aquel encarcelamiento tan injusto. Caminó hasta muy entrada la noche y, como comenzaba a ser un poco precavido, fue a alojarse en la casa de un campesino muy apartada de la carretera. El aldeano aseguraba llorando que se lo habían quitado todo; Fabricio le dio un escudo y el campesino encontró avena. «Mi caballo no es bonito —se dijo Fabricio—; pero no importa, podría caerle en gracia a algún ayudante», y se fue a dormir a la cuadra junto a él. Al día siguiente, una hora antes de amanecer, Fabricio estaba ya en la carretera, y a fuerza de caricias consiguió hacer tomar el trote a su caballo. A eso de las cinco oyó el tronar del cañoneo: eran los preliminares de la batalla de Waterloo.

[1]Proust, que en varios momentos de su obra manifiesta su gran estimación por Stendhal, señala curiosamente cómo Beyle, en momentos transcendentales, eleva a sus grandes personajes a las alturas fisicas naturales (como Sorel cuando, buscando un paréntesis a sus luchas de amor y de orgullo en Verrières, «llega a la cumbre de la alta montaña que dibuja al norte el valle del Doubs», y como aquí Fabricio y el cura Blanès en la elevada atalaya de este campanario.

# III

Fabricio no tardó en encontrarse con unas cantineras, y la viva gratitud que sentía por la carcelera de B*** le indujo a dirigirles la palabra; preguntó a una de ellas dónde estaba el cuarto regimiento de húsares, al cual pertenecía.

—Mejor harías en no apresurarte tanto, soldadito —le dijo la cantinera, impresionada por la palidez y los hermosos ojos de Fabricio—. No tienes todavía la mano bastante firme para los sablazos que se van a dar hoy. Si al menos tuvieras un fusil, no digo que no pudieras soltar tu bala como otro cualquiera.

Este consejo desagradó a Fabricio; pero en vano acuciaba a su caballo: no podía ir más deprisa que la tartana de la cantinera. De cuando en cuando, el tronar del cañón parecía aproximarse y les impedía entenderse, pues Fabricio estaba tan entusiasmado y tan gozoso que había reanudado la conversación. Cada palabra de la cantinera aumentaba su entusiasmo haciéndoselo comprender. Excepto su verdadero nombre y su huida de la cárcel, acabó por contárselo todo a aquella mujer que parecía tan buena. Ella estaba muy pasmada y no comprendía absolutamente nada de todo lo que le contaba aquel soldadito tan guapo.

—Ya caigo —exclamó con aire de triunfo—: usted es un joven paisano enamorado de la mujer de algún capitán del cuarto de húsares. Su enamorada le habrá regalado el uniforme que lleva, y va detrás de ella. Como Dios está en los cielos, usted no ha sido soldado en su vida; pero como es un mozo valiente, desde el momento en que su regimiento está en fuego, quiere presentarse y no pasar por cobarde.

Fabricio asintió en todo: era el único medio que veía de recibir buenos consejos. «No sé nada de la manera de comportarse estos franceses —se decía—, y si no me guía alguien, me las arreglaré para que me metan otra vez en chirona y me roben el caballo.»

—En primer lugar, hijo mío —le dijo la cantinera, que iba haciéndose cada vez más amiga suya—, confiesa que no tienes veintiún años; a todo tirar, tendrás diecisiete.

Era verdad, y Fabricio lo confesó de buen talante.

—Entonces, no eres ni siquiera un recluta; total, que son únicamente los lindos ojos de la madama lo que te lleva a que te rompan los huesos. ¡Peste, y no le da vergüenza! Si todavía te queda alguno de esos napoleones que ella te ha dado, lo primero que tienes que hacer es mercarte otro caballo; mira cómo empina tu penco las orejas cuando ronca el cañón un poco cerca; es una caballería de labrador que te costará el pellejo en cuanto estés en línea. Ese humo blanco que ves allá, por encima del seto, son fuegos de pelotón, hijo mío. Conque prepárate a un buen susto cuando oigas silbar las balas. Tampoco harías mal en comer un bocado mientras todavía te

queda tiempo.

Fabricio siguió este consejo, y, ofreciendo un napoleón a la cantinera, le rogó que se cobrase.

—¡No es una compasión ver esto! —exclamó la mujer—; ¡el pobre zagal ni siquiera sabe gastar su dinero! Merecerías que después de agarrar tu napoleón, arreara a *Cocotte* a su mejor trote: ¡a ver cómo podías seguirme con tu penco! ¿Y qué ibas a hacer, pobrecico, si me vieras salir de estampía? Entérate de que cuando zumba el cañón no se debe enseñar nunca oro. Toma —continuó—, ahí tienes dieciocho francos con cincuenta céntimos, y el desayuno te cuesta franco y medio. Dentro de poco tendremos caballos en venta. Si el animal es pequeño, darás por él diez francos, y en ningún caso más de veinte, aunque fuera el caballo de los cuatro hijos de Aymon.

Acabado el almuerzo, la cantinera que seguía perorando, fue interrumpida por una mujer que avanzaba a través de los campos y que en aquel momento atravesaba la carretera.

—¡Eh —le gritó la mujer—, eh, Margot! Tu sexto ligero está a la derecha.

—Tengo que dejarte, hijo mío —dijo la cantinera a nuestro héroe—; pero la verdad es que me das lástima; ¡te tengo ley, demonio! No sabes nada de nada, y te van a despabilar, ¡como hay Dios! Vente conmigo al sexto ligero.

—Ya comprendo que no sé nada —repuso Fabricio—, pero quiero batirme y estoy decidido a ir para allá, hacia esa humareda blanca.

—¡Mira cómo empina las orejas tu rocín! En cuanto esté allí, por poca fuerza que tenga, te forzará la mano, se pondrá a galopar y sabe Dios a dónde te llevará. ¿Quieres hacerme caso? Pues mira, en cuanto te juntes con los soldaditos, agénciate un fusil y una cartuchera, ponte junto a los soldados y haz exactamente lo que ellos. Pero, Dios mío, apuesto a que no sabes ni siquiera romper un cartucho.

Fabricio, aunque muy picado, tuvo que confesar a su nueva amiga que había acertado.

—¡Pobre criatura!, le van a matar en seguida, ¡como hay Dios! No tienes más remedio que venirte conmigo —prosiguió la cantinera con aire de autoridad.

—Pero yo quiero batirme.

—También te batirás; ¡pues anda!, el sexto ligero es de los buenos, y hoy hay tarea para todos.

—Pero ¿llegaremos pronto a su regimiento?

—En un cuarto de hora todo lo más.

«Recomendado por esta excelente mujer —se dijo Fabricio—, mi ignorancia de todo no me hará pasar por un espía, y podré batirme.» En este momento, el tronar del cañón fue siendo más intenso y continuo. «Es como un rosario», pensó Fabricio.

—Ya se empieza a distinguir el fuego de pelotón —observó la cantinera arreando

a su caballito, que parecía muy animado por el fuego.

La cantinera tornó hacia la derecha y tomó un atajo por mitad de los prados; había un pie de barro; la pequeña tartana estuvo a punto de quedarse allí embarrancada. Fabricio empujó la rueda. Su caballo se cayó por dos veces. Pasado un trecho, el camino, menos encharcado, quedó reducido a una vereda entre el césped. No había Fabricio caminado quinientos pasos, cuando su penco se paró en seco: era un cadáver atravesado en la vereda lo que horrorizaba al caballo y al jinete.

El semblante de Fabricio, muy pálido por naturaleza, tomó un tinte oliváceo muy pronunciado; la cantinera, después de mirar al muerto, dijo como hablando consigo misma: «No es de nuestra división». Luego, alzando los ojos hasta nuestro héroe, rompió a reír.

—¡Anda, anda, hijito! —exclamó—, ¡toma caramelos!

Fabricio estaba yerto. Lo que más le impresionaba era la suciedad de los pies del cadáver, que estaba ya despojado de sus botas y al que sólo habían dejado un mal pantalón todo manchado de sangre.

—Acércate —le dijo la cantinera—, bájate del caballo; tienes que acostumbrarte. Mira —exclamó—, le dieron en la cabeza.

Una bala, que había entrado por la nariz y salido por la sien opuesta, desfiguraba el cadáver de un modo espantoso; había quedado con un ojo abierto.

—Apéate, pues —repitió la cantinera—, y dale un apretón de manos a ver si te lo devuelve.

Sin vacilar, aunque a punto de entregar el alma de pura repugnancia, Fabricio se apeó del caballo, tomó la mano del cadáver y la sacudió con fuerza. Luego se quedó como aniquilado; sentíase sin fuerzas para volver a montar. Lo que más le horrorizaba era aquel ojo abierto.

«La cantinera va a creerme un cobarde», se decía con amargura. Pero se daba cuenta de que le era imposible hacer un movimiento: se habría caído al suelo. Este momento fue horroroso, Fabricio estuvo a punto de desmayarse por completo. La cantinera lo notó, saltó rápidamente de su pequeña tartana y le ofreció, sin decir palabra, una copa de aguardiente, que él se bebió de un trago. Pudo montar de nuevo en su rocín y continuó el camino sin decir palabra. La cantinera le miraba de vez en cuando con el rabillo del ojo.

—Ya te batirás mañana, hijito —acabó por decirle—, hoy te quedarás conmigo. Ya ves que tienes que aprender primero el oficio de soldado.

—Al contrario, quiero batirme inmediatamente —exclamó nuestro héroe con un aire sombrío que la cantinera juzgó buena señal. El ruido del cañón era cada vez más intenso y parecía acercarse. Los cañonazos comenzaron a formar como un bajo continuo; ningún intervalo separaba un disparo de otro, y sobre este bajo continuo, que recordaba el ruido de un torrente lejano, se distinguían muy bien los fuegos de

pelotón.

En este momento, el camino se internaba en un bosque. La cantinera vio tres o cuatro soldados de los nuestros que corrían hacia ella a toda la velocidad de sus piernas; saltó ligera de su tartana y corrió a guarecerse a quince o veinte pasos del camino. Se acurrucó en un agujero que acababa de dejar un grueso árbol arrancado de cuajo. «¡Bueno —se dijo Fabricio—, ahora veremos si soy un cobarde!» Se detuvo al pie del cochecillo abandonado por la cantinera y tiró de sable. Los soldados no hicieron caso de él y pasaron corriendo por el bosque, a la izquierda de la carretera.

—Son de los nuestros —dijo tranquilamente la cantinera volviendo toda sofocada a su tartana—. Si tu caballo fuera capaz de galopar, te diría: ve hasta el final del bosque y mira si hay gente en el llano.

Fabricio no esperó a que se lo dijera dos veces, arrancó una rama de álamo, le quitó las hojas y se puso a dar latigazos al caballo. El rocín tomó el galope un momento, pero tornó en seguida a su trotecillo acostumbrado. La cantinera había puesto su caballo al galope.

—¡Párate, párate! —le gritaba a Fabricio. Al poco rato, los dos estaban ya fuera del bosque. Llegados al borde de la llanura, oyeron un formidable estrépito; el cañón y la mosquetería tronaban por doquier a la derecha, a la izquierda, detrás. Y como el bosquecillo de que salían ocupaba una loma de ocho o diez pies de altura sobre el llano, veían bastante bien un sector de la batalla; pero, en fin, no había nadie en el prado lindante con el bosque. Este prado acababa, a unos mil pasos de distancia, en una larga fila de sauces muy frondosos; por encima de los sauces se veía una humareda blanca que a veces se elevaba al cielo en espiral.

—¡Si por lo menos supiera dónde está el regimiento! —decía perpleja la cantinera —. No se debe atravesar ese gran prado por derecho. A propósito, tú —dijo a Fabricio—, si ves un soldado enemigo, pínchale con el sable, no te vayas a entretener en arrearles sablazos.

En este momento, la cantinera vislumbró a los cuatro soldados de que acabamos de hablar: salían del bosque al llano que está a la derecha de la carretera. Uno de ellos iba a caballo.

—Esto es lo que tú necesitas —dijo la cantinera a Fabricio—. ¡Eh, eh! —gritó al que iba a caballo—, ven aquí a beber un trago de aguardiente.

Los soldados se acercaron.

—¿Dónde está el sexto ligero? —exclamó la cantinera.

—A cinco minutos de aquí, pasado ese canal que bordean los sauces; por cierto que el coronel Macon acaba de caer muerto.

—¿Quieres cinco francos por el caballo, tú?

—¡Cinco francos!, tú bromeas, madrecita: ¡un caballo de oficial que voy a vender en cinco napoleones antes de un cuarto de hora.

—Dame un napoleón —dijo la cantinera a Fabricio. Luego, acercándose al jinete, le dijo—: Apéate vivo, ahí tienes un napoleón.

El soldado se apeó. Fabricio saltó alegremente a la silla; la cantinera retiró el pequeño portamantas que llevaba encima el penco.

—¡Vamos, ayudadme! —dijo a los soldados— ¡Así dejáis trabajar a una dama!

Pero apenas el caballo sintió en sus lomos el portamantas, empezó a encabritarse, y Fabricio, que montaba muy bien, necesitó de toda su fuerza para sujetarle.

—¡Buena señal! —dijo la cantinera—: el señor no está acostumbrado a las cosquillas del portamantas.

—¡Un caballo de general! —exclamó el soldado que le había vendido—, un caballo que vale diez napoleones como nada.

—Toma veinte francos —le dijo Fabricio, que no cabía en sí de gozo al ver entre sus piernas un caballo que se movía con nervio.

En este momento, una bala de cañón vino oblicua a la hilera de sauces, y Fabricio presenció el curioso espectáculo de todas aquellas ramitas volando como segadas por una hoz.

—Ahí tienes el cañón que se acerca —le dijo el soldado tomando sus veinte francos.

Serían las dos de la tarde. Fabricio estaba todavía en el arrobamiento de aquel espectáculo curioso, cuando un grupo de generales, acompañados por una veintena de húsares, atravesó al galope uno de los ángulos de la extensa pradera a cuya orilla se hallaba nuestro héroe; su caballo relinchó, se encabritó dos o tres veces seguidas, dio unos violentos cabezazos contra la brida que le retenía.

«¡Pues vamos allá!», se dijo Fabricio.

El caballo, dejado a su aire, partió vientre a tierra, y fue a unirse a la escolta que seguía a los generales. Fabricio contó cuatro sombreros bordados. Al cabo de un cuarto de hora, por algunas palabras que le dijo un húsar vecino, Fabricio comprendió que aquél era el célebre mariscal Ney. Hubiera dado todo lo del mundo por saberlo; pero recordó que no debía hablar. La escolta se detuvo para pasar un ancho canal lleno de agua por la lluvia de la víspera; estaba bordeado por grandes árboles y limitaba por la izquierda la pradera a cuya entrada había Fabricio adquirido el caballo. Casi todos los húsares se habían apeado; la orilla del canal se alzaba a pico y era muy resbaladiza, el agua se encontraba a tres o cuatro pies más abajo del nivel de la pradera. Fabricio, distraído por su alegría, pensaba más en el mariscal Ney y en la gloria que en su caballo, el cual, muy excitado saltó al canal e hizo saltar el agua a una considerable altura. El provocado chaparrón empapó de arriba abajo a uno de los generales, que renegó: «¡Demonio con el maldito animal!». Fabricio se sintió profundamente ofendido por esta injuria. «¿Puedo exigirle reparación?», se preguntó. Entretanto, para probarle que no era tan torpe, quiso hacer subir a su caballo a la

orilla opuesta del canal; pero ascendía a pico a cinco o seis pies de altura. No tuvo más remedio que renunciar. Para desquitarse remontó la corriente, con el caballo sumergido hasta la cabeza, hasta que encontró una especie de abrevadero; por esta pendiente suave ganó fácilmente el otro lado del canal. Fue el primer hombre de la escolta que llegó, y se puso a trotar muy orgulloso a lo largo de la orilla: en el fondo del canal, los húsares se debatían bastante apurados, pues en cierto lugar el agua tenía una profundidad de cinco pies. Dos o tres caballos cogieron miedo y quisieron nadar, produciendo un tremendo chapoteo. Un sargento se dio cuenta de la maniobra que acababa de hacer aquel barbilindo, de una traza tan poco militar.

—¡Volved atrás, hay un abrevadero a la izquierda! —gritó. Y poco a poco fueron pasando todos.

Al llegar a la otra orilla, Fabricio se había encontrado con los generales solos. El ruido del cañón le pareció más atronador. Apenas pudo oír al general, tan bien remojado por él, que le gritaba al oído:

—¿De dónde has sacado ese caballo?

Fabricio estaba tan azorado, que contestó en italiano:

—*L'ho comprato poco fa.* (Le he comprado hace un momento.)

—¿Qué dices? —le gritó el general.

Pero el ruido llegó a ser tan horrísono en este momento que Fabricio no pudo contestarle. Confesaremos que en este momento nuestro héroe era muy poco héroe. Sin embargo, el miedo venía en él en segundo lugar; lo que le trastornaba sobre todo era aquel ruido que le hacía daño en los oídos. La escolta se puso a galopar; atravesaban un gran terreno cultivado, al otro lado del canal, y aquel campo estaba cubierto de cadáveres.

—¡Los uniformes rojos, los uniformes rojos! —gritaban gozosos los húsares de la escolta. Al principio Fabricio no entendió de qué se trataba, pero luego observó que, en efecto, casi todos los cadáveres estaban vestidos de rojo. Un detalle le produjo un estremecimiento de horror: observó que muchos de aquellos desgraciados uniformes rojos vivían aún; seguramente gritaban pidiendo socorro, pero nadie se detenía a socorrerlos. Nuestro héroe, muy humano, hacía los más difíciles esfuerzos porque su caballo no pisara a ningún uniforme rojo. La escolta se detuvo. Fabricio, que no ponía demasiada atención en su deber de soldado, seguía galopando sin dejar de mirar a algún desventurado herido.

—¡Quieres parar, barbilindo! —le gritó el sargento.

Fabricio se dio cuenta de que estaba veinte pasos delante y a la derecha de los generales, y precisamente en la dirección que ellos seguían con sus catalejos. Al volver a ponerse a la cola de los demás húsares que se habían detenido unos pasos más atrás, vio al más grueso de aquellos generales hablando a su vecino, también general, en tono de autoridad y casi de reprimenda; juraba. Fabricio no pudo contener

la curiosidad, y, a pesar del consejo de no hablar que le diera su amiga la carcelera, compuso una frasecita bien francesa y bien correcta, y dijo a su vecino:

—¿Quién es ese general que regaña al otro?

—¡Pardiez, el mariscal!

—¿Qué mariscal?

—¡El mariscal Ney, zopenco! ¡Anda éste!, ¿dónde has servido hasta ahora?

Fabricio, aunque muy susceptible, no pensó en vengarse del insulto; contemplaba, embelesado en una admiración infantil, a aquel famoso príncipe del Moscowa, al valiente de los valientes.

De pronto, partieron al galope. Al cabo de unos momentos, Fabricio vio a veinte pasos una tierra arada que estaba removida de una manera extraña. El fondo de los surcos estaba lleno de agua, y la tierra, muy húmeda, que formaba la cresta de los surcos volaba en pequeños fragmentos negros a tres o cuatro pies de alto. Fabricio observó al pasar este curioso fenómeno; en seguida tornó a pensar en la gloria del mariscal. Oyó un grito seco junto a él; eran dos húsares que caían alcanzados por las balas de cañón; cuando los miró, quedaban ya a veinte pasos de la escolta. Lo que le pareció horrible fue un caballo todo despanzurrado que se debatía en la tierra labrada, con los pies enredados en sus propias entrañas: quería seguir a los demás. La sangre corría por el barro.

«¡Ah, heme por fin en fuego! —se decía Fabricio—. ¡He visto la guerra! —repetíase con satisfacción—. Ya soy militar.» En aquel momento, la escolta avanzaba vientre a tierra, y nuestro héroe comprendió que eran las balas de cañón lo que hacía volar la tierra por doquier. En vano miraba hacia el lado de donde venían las balas; veía la humareda blanca de la batería a una distancia enorme, y en medio del tronar uniforme y continuo de los disparos del cañón, le parecía oír descargas mucho más cercanas. No entendía nada de lo que pasaba.

En este momento, los generales y la escolta bajaron a un sendero lleno de agua bordeado por una pendiente de cinco pies.

El mariscal se detuvo y tornó a mirar con el anteojo. Esta vez, Fabricio pudo verle a su gusto; le encontró muy rubio, con una cabeza grande y pelirroja. «En Italia no tenemos caras como ésta —se dijo—. Nunca yo, tan pálido y con el cabello castaño, seré así», añadió con tristeza. Para él, estas palabras querían decir: Nunca seré un héroe. Miró a los húsares, todos menos uno tenían bigotes rubios. Si Fabricio miraba a los húsares de la escolta, ellos le miraban a su vez. Aquellas miradas le sonrojaron, y, para disipar su turbación, volvió la cabeza hacia el enemigo. Eran unas líneas muy dilatadas de hombres rojos; lo que más le extrañó es que aquellos hombres parecían muy pequeños. Sus largas filas, que eran regimientos o divisiones, no le parecían más altas que setos. Una línea de jinetes rojos trotaba en dirección al camino en pendiente que el mariscal y la escolta seguían ahora al paso, chapoteando en el barro. El humo

impedía distinguir nada en la parte hacia la cual avanzaban; de vez en cuando, algunos hombres al galope se destacaban sobre aquel humo blanco.

De pronto, vio Fabricio que, del lado del enemigo, venían galopando vientre a tierra. «¡Ah, nos atacan!», se dijo; luego vio que dos hombres hablaban al mariscal. Uno de los generales que le acompañaban partió al galope en dirección al enemigo, seguido de dos húsares de la escolta y de los cuatro hombres que acababan de llegar. Después de pasar todos un arroyo, Fabricio se encontró junto a un sargento que tenía trazas de buen muchacho. «Tengo que hablar con éste —se dijo— acaso así dejarán de mirarme.» Lo pensó un buen rato.

—Señor —dijo por fin—, es la primera vez que asisto a una batalla; pero, ¿es esto una verdadera batalla?

—Así parece. Pero ¿y usted quién es?

—Soy hermano de la mujer de un capitán.

—Y ¿cómo se llama ese capitán?

Nuestro héroe se vio en un terrible apuro; no había previsto esta pregunta. Por fortuna, el mariscal y la escolta partieron de nuevo al galope.

«¿Qué nombre francés diré?», pensó. Por fin recordó el del dueño del hotel en que se había alojado en París. Emparejó su caballo con el del sargento y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡El capitán Meunier!

El otro, entendiéndole mal a causa del ruido del cañón, le contestó:

—¿Ah, el capitán Teulier? ¡Pues ha muerto!

«¡Bravo! —se dijo Fabricio—: el capitán Teulier; habrá que hacerse el afligido.»

—¡Oh, Dios mío! —exclamó, y adoptó un gesto compungido.

Habían salido ya del camino escondido y atravesaban un pequeño prado. Marchaban agachados, pues estaban otra vez expuestos a las balas de cañón; el mariscal se dirigió a una división de caballería. La escolta estaba rodeada de cadáveres y de heridos; pero aquel espectáculo ya no causaba tanta impresión a nuestro héroe; tenía otra cosa en qué pensar.

Mientras la escolta estaba detenida, divisó el cochecillo de una cantinera, y su cariño hacia este respetable cuerpo fue más fuerte que todo; echó, pues, al galope en pos de ella.

—¡Ven aquí, so…! —le gritó el sargento.

«¿Qué puede hacerme?», pensó Fabricio. Y siguió galopando hacia la cantinera. Cuando le metió espuela al caballo, tenía cierta esperanza de que fuera aquélla su buena cantinera de la mañana; los caballos y las tartanas se parecían mucho, pero la propietaria era muy distinta, y nuestro héroe le vio una traza poco amable. En el momento de abordarla, Fabricio oyó que decía: «¡Era un guapo mozo!». Un nuevo espectáculo muy desagradable esperaba aquí al bisoño soldado: estaban cortando una

pierna a un coracero muy gallardo de cinco pies y diez pulgadas de estatura. Fabricio cerró los ojos y bebió cuatro copas de aguardiente seguidas.

—¡Vaya, bien que te despachas, mequetrefe! —exclamó la cantinera.

El aguardiente le dio una idea: tengo que ganarme la benevolencia de mis camaradas, los húsares de la escolta.

—Venga el resto de la botella —dijo a la cantinera.

—Pero, ¿sabes que este resto de la botella cuesta diez francos un día como hoy?

Volvió a galope a la escolta.

—¡Ah, nos traes un trago! —exclamó el sargento—; ¿para eso desertabas? Echa para acá.

Circuló la botella. El último que la tomó la tiró al aire después de haber bebido.

—¡Gracias, compañero! —le gritó a Fabricio.

Todos los ojos le miraron con benevolencia. Estas miradas le quitaron de encima un peso de cien libras; era uno de esos corazones de fabricación muy delicada que necesitan el afecto de quienes les rodean. ¡Por fin no le miraban mal sus compañeros, ya había un lazo entre ellos! Fabricio respiró profundamente; luego, con una voz ya libre, dijo al sargento:

—Y si el capitán Teulier ha sido muerto, ¿dónde podré encontrar a mi hermana?

Se creía un pequeño Maquiavelo pronunciando Teulier en lugar de Meunier.

—Eso lo sabrás esta noche —le respondió el sargento.

La escolta reanudó la marcha y se dirigió hacia las divisiones de infantería. Fabricio se sentía completamente ebrio, había bebido demasiado aguardiente y se balanceaba un poco en la silla. Recordó muy a propósito unas palabras que le repetía el cochero de su madre: «Cuando se ha empinado el codo, hay que mirar por entre las orejas del caballo y hacer lo que haga el vecino». El mariscal se detuvo mucho tiempo con unos cuerpos de caballería a los que ordenó cargar, pero durante una hora o dos, nuestro héroe no tuvo conciencia clara de lo que pasaba en torno suyo. Se sentía muy cansado, y cuando su caballo galopaba, el jinete subía y bajaba en la silla como un trozo de plomo.

De pronto gritó el sargento a sus hombres:

—¡No veis al emperador, so…!

Inmediatamente la escolta profirió un estentóreo «¡viva el emperador!». Fácil es suponer con qué avidez abrió los ojos nuestro héroe, pero sólo vio un grupo de generales que galopaban, seguidos, también ellos, de una escolta. Los cascos de los dragones, con sus largas crines colgantes, le impidieron distinguir los rostros. « ¡Y pensar que por culpa de esas malditas copas de aguardiente no he podido ver al emperador en el campo de batalla!» Esta reflexión le despejó completamente.

Volvieron a bajar a un camino inundado de agua. Los caballos pararon a beber.

—Pero ¿es el emperador el que ha pasado por aquí? —preguntó a su vecino.

—¡Pues claro!: el que no llevaba uniforme bordado. Pero, ¿no le has visto? —le contestó el compañero con benevolencia.

Buenas ganas le entraron a Fabricio de galopar tras la escolta del emperador y agregarse a la misma. ¡Qué dicha hacer de verdad la guerra junto a aquel héroe! Precisamente a eso había venido a Francia. «Soy muy dueño de hacerlo —se dijo—, pues al fin y al cabo, para el servicio que estoy desempeñando no tengo otra razón que la voluntad de mi caballo que se echó a galopar en pos de estos generales.»

Lo que le determinó a quedarse fue la buena acogida que le hacían los húsares, sus nuevos camaradas; comenzaba a creerse amigo íntimo de todos los soldados con los que galopaba desde hacía unas horas. Veía entre ellos esa noble amistad de los héroes de Tasso y de Ariosto. Si se unía a la escolta del emperador, tendría que adquirir nuevos conocimientos, acaso le recibieran mal, pues aquellos jinetes eran dragones, y él llevaba el uniforme de húsar, como todos los que acompañaban al mariscal. La manera como le miraban hacía feliz a nuestro héroe; hubiera hecho cualquier cosa por sus camaradas, estaba en las nubes. Todo tenía un nuevo aspecto para él desde que se encontraba rodeado de amigos. Se moría de ganas de hacer preguntas. «Pero estoy un poco mareado —se decía—; debo acordarme de la carcelera.» Al salir del camino, vio que la escolta no estaba ya con el mariscal Ney. El general a quien seguían era alto, delgado, con el rostro enjuto y el mirar terrible.

Aquel general no era otro que el conde de A***, el teniente Robert del 15 de mayo de 1796. ¡Qué alegría le hubiera dado ver a Fabricio del Dongo!

Hacía ya tiempo que Fabricio no veía volar la tierra en partículas negras por efecto de las balas. Llegaron a retaguardia de un regimiento de coraceros. Oyó claramente el chocar de los cascos de metralla contra las corazas y vio caer varios hombres.

El sol estaba ya muy bajo e iba a ponerse tras el horizonte, cuando la escolta, saliendo de un camino hondo, subió una pequeña pendiente de tres o cuatro pies para entrar en un terreno arado. Fabricio oyó muy cerca un ruido ligero y singular. Volvió la cabeza, cuatro hombres habían caído con sus caballos; tres de ellos hacían todavía algún movimiento convulsivo; el cuarto gritaba: «¡Sacadme de debajo del caballo!». El sargento y dos o tres soldados se habían apeado para socorrer al general, que, apoyándose en su ayudante de campo, intentaba dar algunos pasos y alejarse del caballo, que se debatía en el suelo y coceaba furioso.

El sargento se acercó a Fabricio. Simultáneamente, oyó decir, muy cerca, a sus espaldas: «Es el único que puede todavía galopar». Sintió que le cogían por los pies y se los levantaban, al mismo tiempo que le sostenían por debajo de los brazos; tiraron de él por la grupa del caballo y le dejaron resbalar hasta el suelo, donde cayó sentado.

El ayudante de campo tomó el caballo de Fabricio por la brida; el general, ayudado por el sargento, montó y salió al galope, seguido inmediatamente por los seis

hombres que quedaban. Fabricio se levantó furioso y echó a correr detrás de los jinetes gritando: «¡Ladri!, ¡ladri!» (¡Ladrones!, ¡ladrones!).

Resultaba gracioso correr detrás de los ladrones en medio de un campo de batalla.

La escolta y el general, conde de A***, no tardaron en desaparecer tras una hilera de sauces y se halló ante un cauce muy profundo. Atravesado éste, tornó a jurar al ver de nuevo, aunque a una gran distancia, al general y a la escolta, que se perdían entre los árboles. «¡Ladrones!, ¡ladrones!», gritaba ahora en francés. Desesperado, mucho menos por la pérdida de su caballo que por la traición, se dejó caer al borde de una cuneta, muerto de cansancio y de hambre. Si su hermoso caballo se lo hubiera quitado el enemigo, no le habría importado; pero lo que le partía el corazón era verse traicionado por aquel sargento al que tanto quería y por aquellos húsares que consideraba como hermanos. No podía consolarse de semejante infamia, y, apoyada la espalda en un olmo, lloró amarguísimas lágrimas. Se le iban disipando uno a uno todos aquellos hermosos sueños de amistad caballeresca y sublime, como la de los héroes de la *Jerusalén libertada.* Ver llegar la muerte no es nada cuando se está rodeado de almas heroicas y afectuosas, de nobles amigos que le aprietan a uno la mano en el momento del último suspiro, ¡pero cómo conservar el entusiasmo en medio de unos viles forajidos! Fabricio exageraba, como todo hombre indignado. Transcurrido un cuarto de hora en la debilidad de las emociones tiernas, observó que las balas de cañón comenzaban a llegar a la hilera de árboles a cuya sombra meditaba. Se levantó y trató de orientarse. Examinó aquellas praderas limitadas por un largo canal y por la hilera de frondosos sauces, le pareció reconocer el terreno. Un cuerpo de infantería atravesaba el cauce y entraba en la llanada, a un cuarto de legua de distancia. «Estaba a punto de dormirme —se dijo—; hay que procurar no caer prisionero.» Y se echó a caminar muy de prisa. A medida que iba avanzando, se tranquilizó; reconoció el uniforme; los regimientos que había temido que le cortaran el camino eran franceses. Atajó hacia la derecha para alcanzarlos.

Después del dolor moral de haber sido tan indignamente traicionado, sentía ahora otro más vivo a cada instante: tenía un hambre horrible. Grande fue, pues, su alegría cuando, después de andar, o más bien de correr durante diez minutos, vio que el cuerpo de infantería, que iba también muy de prisa, se detenía como para tomar posición. Al cabo de unos minutos, se encontró en medio de los primeros soldados.

—Camaradas, ¿podríais venderme un trozo de pan?

—¡Mira éste, nos toma por panaderos!

Estas palabras y la chunga general de que fueron seguidas acabaron de desalentar a Fabricio. ¡Conque la guerra no era ya aquel noble y común arrebato de almas generosas que él se había imaginado por las proclamas de Napoleón! Se sentó, o más bien se dejó caer en el césped; estaba palidísimo. El soldado que le había hablado y que se había detenido a diez pasos para limpiar el cañón de su fusil con el pañuelo, se

acercó y le arrojó un trozo de pan; luego, viendo que no lo recogía, el soldado le puso un trocito en la boca. Fabricio abrió los ojos y comió aquel pan sin fuerzas para hablar. Cuando al fin buscó con los ojos al soldado, para pagarle, se halló solo; los soldados más próximos estaban ya a cien pasos y seguían caminando. Se levantó maquinalmente y se puso a seguirlos. Se internó en un bosque; iba a caerse muerto de fatiga y buscaba con los ojos un sitio cómodo; de pronto, con enorme alegría, reconoció primero el caballo, luego la tartana y por fin a la cantinera de la mañana. Ésta corrió hacia él y se quedó aterrada de su aspecto.

—Camina un poco más, hijito —le dijo—. ¿Pero estás herido?… ¿Y tu precioso caballo? —Mientras hablaba así le conducía hacia su cochecillo, al cual le hizo subir sosteniéndole por debajo de los brazos. Apenas acomodado en la tartana, nuestro héroe, aniquilado de cansancio, se durmió profundamente[1].

---

[1]Véase en mi prólogo la explicación de esta criptográfica nota.

# IV

Nada fue bastante a despertarle, ni los tiros de fusil disparados muy cerca del cochecillo, ni el trote del caballo, hostigado por la cantinera a latigazos. El regimiento, atacado de improviso por oleadas de caballería prusiana, después de haber creído en la victoria durante todo el día, se batía en retirada, o más bien, huía en dirección a Francia.

El coronel, un mozo apuesto y atildado que acababa de reemplazar a Macon, fue herido de un sablazo; el jefe de batallón que le sustituyó en el mando, un anciano con el pelo blanco, mandó hacer alto al regimiento.

—¡J*** j[1] —increpó a los soldados—, en tiempo de la república, no echábamos a correr hasta que no nos obligaba el enemigo… ¡Defended hasta la última pulgada de terreno y dejaos matar! —vociferó jurando—; ¡ahora es ya el suelo de la patria lo que quieren invadir esos prusianos!

El cochecillo se paró; Fabricio se despertó de pronto. El sol se había puesto hacía ya rato; Fabricio se quedó muy sorprendido al ver que era ya casi de noche. Los soldados corrían de un lado a otro en una confusión que chocó mucho a nuestro héroe; le pareció que tenían un aire muy desanimado.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó a la cantinera.

—Nada, que nos han zumbado, hijito, que nos acribilla la caballería de los prusianos, nada más. El bruto del general creía que era la nuestra. Vamos, de prisa, ayúdame a arreglar la rienda de *Cocotte,* que se ha roto.

Unos disparos de fusil partieron a diez pasos de distancia. Nuestro héroe, repuesto y despabilado, se dijo: «Pero la verdad es que yo no me he batido en toda la jornada; lo único que he hecho es escoltar a un general».

—Tengo que batirme —dijo a la cantinera.

&mdahs;¡Estáte tranquilo, ya te batirás!, ¡y más de lo que quisieras! Estamos perdidos.

—¡Aubry, hijo mío —gritó a un cabo que pasaba—, mira de vez en cuando dónde está la tartana!

—¿Va usted al combate? —dijo Fabricio a Aubry.

—¡No, voy a ponerme los zapatos de charol para ir al baile!

—Voy con usted.

—¡Te recomiendo al chiquillo húsar! —gritó la cantinera—; el burguesillo tiene alma.

El cabo Aubry caminaba sin decir palabra. Ocho o diez soldados le alcanzaron corriendo; los llevó detrás de una gruesa encina rodeada de zarzas. Llegado allí, los colocó sin decir palabra, en la linde del bosque, formando una línea muy dilatada: estaban por lo menos a diez pasos de distancia uno de otro.

—¡Bueno, muchachos! —habló el cabo por primera vez—, no vayáis a hacer fuego antes de recibir la orden: acordaos de que no tenéis más que tres cartuchos.

«Pero ¿qué pasa?», se preguntaba Fabricio. Por fin, cuando se quedó solo con el cabo, le dijo:

—Yo no tengo fusil.

—Lo primero ¡cállate! Ve por allí: a cincuenta pasos del bosque, encontrarás alguno de esos pobres soldados que acaban de caer bajo los sables prusianos; cogerás su cartuchera y su fusil. Pero no vayas a despojar a un herido; coge el fusil y la cartuchera de uno que esté bien muerto, y date prisa, no te vayan a alcanzar los tiros de los nuestros.

Fabricio se alejó corriendo y volvió en seguida con un fusil y una cartuchera.

—Carga el fusil y ponte detrás de ese árbol. Sobre todo, no se te ocurra tirar hasta que yo te lo ordene… ¡Rediós! —exclamó el cabo interrumpiéndose—, ¡si ni siquiera sabe cargar el arma!… —Mientras ayudaba a Fabricio, continuó su lección—. Si un jinete enemigo viene al galope hacia ti para atacarte, da la vuelta al árbol y no dispares más que a quemarropa, cuando le tengas a tres pasos: tienes casi que tocarle el uniforme con la bayoneta… ¡Tira ese espadón! —exclamó—; ¡no ves que te va a hacer caer, canastos! ¡Vaya unos soldados que nos dan ahora!

Y diciendo y haciendo, le quitó el sable y lo arrojó con rabia lejos.

—Vamos, limpia la piedra del fusil con tu pañuelo. Pero, ¿has disparado alguna vez un tiro?

—Soy cazador.

—¡Menos mal! —continuó el cabo con un hondo suspiro—. Sobre todo, no vayas a tirar antes de que yo te lo ordene. —Y se alejó.

Fabricio estaba entusiasmado: «¡Por fin voy a batirme de veras —se decía—, a matar a un enemigo! Esta mañana nos largaban sus balas de cañón, y yo no hacía otra cosa que exponerme a que me mataran: oficio de tonto».

Miraba en todas direcciones con ardiente curiosidad. Al cabo de un momento, oyó disparar muy cerca siete u ocho tiros. Pero como no recibía orden de tirar, se estaba quieto detrás de su árbol. Era casi de noche. Le parecía estar «a la espera», en la caza de osos, en la montaña de la Tramezzina, más arriba de Grianta. Se le ocurrió una idea de cazador: cogió un cartucho de la cartuchera y sacó la bala. «Si le veo —se dijo—, es preciso que no le falle.» Y metió esta segunda bala en el cañón del fusil.

Oyó disparar dos tiros muy cerca de su árbol. Simultáneamente, vio pasar al galope un jinete vestido de azul. «No está a tres pasos —se dijo—, pero a esta distancia le tengo seguro.» El jinete cayó con su caballo. Nuestro héroe se creía de caza, y corrió muy contento hacia la pieza que acababa de abatir. Estaba ya junto a su hombre, que le pareció moribundo, cuando, con increíble rapidez, dos jinetes prusianos se echaron sobre él enarbolando el sable. Fabricio escapó hacia el bosque

como una centella; para correr mejor, tiró el fusil. Los jinetes prusianos estaban ya a tres pasos cuando alcanzó un vivero de pequeñas encinas, no más gruesas que un brazo y muy derechas, que limitaba el bosque. Aquellos arbolillos detuvieron un momento a los jinetes, pero pasaron sin embargo y se lanzaron a perseguir a Fabricio en un claro del bosque. Ya estaban otra vez a punto de alcanzarle, cuando Fabricio consiguió escabullirse por entre siete u ocho voluminosos árboles. En este mismo instante, casi le chamuscó la cara el fogonazo de cinco o seis disparos que partieron de muy cerca. Bajó la cabeza. Cuando la levantó, se encontró frente al cabo.

—¿Has matado al tuyo? —le preguntó el cabo Aubry [2].

—Sí, pero he perdido el fusil.

—Fusiles no faltan. Eres un buen tipo; a pesar de tu pinta de simplaina, te has ganado bien el jornal, y en cambio estos soldados acaban de fallar a los dos que te perseguían y venían derechos hacia ellos; yo no los veía. Ahora lo que hay que hacer es salir a escape, el regimiento debe de estar a la mitad de un cuarto de legua, y, además, hay un pedacito de pradera en donde podemos formar en semicírculo.

Sin dejar de hablar, el cabo caminaba rápido a la cabeza de sus diez hombres. A doscientos pasos, entrando en la pequeña pradera de que había hablado el cabo, encontraron a un general herido transportado por su ayudante de campo y por un asistente.

—Me va a dar cuatro hombres —dijo al cabo con voz muy apagada—; hay que llevarme a la ambulancia: tengo la pierna rota.

—¡Vete a hacer puñetas! —contestó el cabo—, tú y todos los generales. Hoy habéis traicionado al emperador.

—¡Qué es eso! —exclamó furioso el general—, ¿desobedeces mis órdenes? ¿Sabes que soy el general conde B***, comandante de tu división? —etc.

El general hizo frases. El ayudante de campo se lanzó sobre los soldados. El cabo le dio un bayonetazo en el brazo y aligerando el paso siguió adelante con sus hombres.

—¡Ojalá estuviesen todos como tú —repetía el cabo entre juramentos—, con los brazos y las piernas rotos! ¡Banda de granujas! ¡Todos vendidos a los Borbones y traidores al emperador!

Fabricio escuchaba con estupor esta tremenda acusación.

A eso de las diez de la noche, el pequeño pelotón alcanzó el regimiento a la entrada de un pueblo grande de calles muy estrechas; pero Fabricio observó que el cabo Aubry evitaba hablar a ningún oficial.

—¡Imposible avanzar! —exclamó el cabo.

Todas las calles estaban atestadas de infantería, de caballería y sobre todo de armones de artillería y de furgones. El cabo intentó pasar sucesivamente por tres de aquellas calles; pero a los veinte pasos había que detenerse. Todo el mundo juraba,

todo el mundo se enfurecía.

—¡También aquí manda algún traidor! —exclamó el cabo—; si el enemigo tiene el talento de rodear el pueblo, quedamos copados aquí como conejos. Seguidme vosotros.

Fabricio miró. No había más que seis soldados con el cabo. Por una puerta cochera que hallaron abierta entraron en un amplio corral; de aquí pasaron a una cuadra, y de ésta, a una huerta. Durante un rato anduvieron extraviados de un lado a otro. Pero, al fin, pasaron una empalizada y se encontraron en un extenso campo de centeno. En menos de media hora, guiados por los gritos y el confuso rumor, llegaron a la carretera general, al otro lado del pueblo. Las cunetas de aquella carretera estaban llenas de fusiles abandonados; Fabricio eligió uno. Pero la carretera, aunque muy ancha, estaba de tal modo atestada de fugitivos y de vehículos, que apenas si, en media hora de tiempo, habían avanzado quinientos pasos el cabo y Fabricio. Decían que aquella carretera conducía a Charleroi. Cuando daban las once en el reloj del pueblo, decidió el cabo:

—Vámonos otra vez a campo traviesa.

El pequeño pelotón había quedado reducido a tres soldados, el cabo y Fabricio. Cuando les separaba ya un cuarto de legua de la carretera general:

—Yo no puedo más —declaró uno de los soldados.

—Y yo tampoco —dijo el otro.

—¡Vaya una noticia! —exclamó el cabo—. En esas estamos todos; pero obedecedme, y no os pesará.

Vio cinco o seis árboles a lo largo de una pequeña acequia que atravesaba un gran campo de trigo.

—¡A los árboles! —dijo a sus hombres—. ¡Acostaos ahí! —añadió cuando hubieron llegado—, y sobre todo no hacer ruido. Pero antes de dormirnos, ¿quién tiene pan?

—Yo —dijo uno de los soldados.

—Venga —ordenó el cabo con aire magistral.

Partió el pan en cinco trozos y se quedó con el más pequeño.

—Un cuarto de hora antes de amanecer —dijo mientras comía—, tendréis encima a la caballería enemiga. Aquí, de lo que se trata es de no caer bajo los sables. Con la caballería, un hombre solo está perdido en estas grandes llanadas; pero en cambio, cinco pueden salvarse: quedaos conmigo bien unidos, no tiréis más que a quemarropa, y mañana por la noche me comprometo a llevaros a Charleroi.

El cabo los despertó una hora antes del alba y les hizo renovar la carga de sus fusiles. En la carretera general continuaba el estrépito; había durado toda la noche: era como el rumor de un torrente lejano.

—¡Huyen como carneros! —dijo Fabricio al cabo con aire ingenuo.

—¡Quieres callarte, mequetrefe! —dijo el cabo indignado.

Y los tres soldados que, con Fabricio, componían todo su ejército, le miraron con gesto iracundo, como si hubiera dicho una blasfemia. Había insultado a la nación.

«¡Esto sí que es fuerte! —pensó nuestro héroe—; ya he observado esto mismo en la gente del virrey de Milán: ¡qué van a huir! Con estos franceses no se puede decir la verdad cuando ésta ofende su vanidad. Pero en cuanto a su gesto feroz, me importa un pito, y he de demostrárselo.» Seguía caminando a quinientos pasos de aquel torrente de fugitivos que cubría la carretera general. A una legua de allí, el cabo y su tropa atravesaron un camino que desembocaba en la carretera, y en el cual había muchos soldados acostados. Fabricio compró un caballo bastante bueno que le costó cuarenta francos, y entre los muchos sables sembrados por doquier, eligió cuidadosamente uno grande y recto. «Puesto que dicen que hay que pinchar —se dijo —, éste es el mejor.» Equipado de esta suerte, puso su caballo al galope y alcanzó en seguida al cabo, que se había adelantado. Se apoyó en los estribos, puso la mano izquierda en la vaina de su gran sable recto y dijo a los cuatro franceses:

—Esos que huyen por la carretera general son un rebaño de carneros… corren como carneros asustados.

Fabricio recalcaba inútilmente la palabra «carneros»: sus camaradas no se acordaban ya de que una hora antes se habían enfadado por aquella palabra. Aquí se revela uno de los contrastes entre el carácter italiano y el francés; el francés es sin duda mejor: resbala sobre los acontecimientos de la vida y no guarda rencor.

No ocultaremos que Fabricio quedó muy satisfecho de sí mismo después de haber hablado de «carneros». Seguían adelante conversando. A dos leguas de allí, el cabo, siempre, muy extrañado de no ver la caballería enemiga, dijo a Fabricio:

—Tú eres nuestra caballería: galopa hacia la granja aquella; que se divisa sobre el cerro; pregunta al dueño si quiere «vendernos» algo para almorzar. Dile que no somos más que cinco. Si vacila, adelántale cinco francos de tu bolsillo; pero no tengas cuidado, ya le quitaremos esa moneda blanca después de haber comido.

Fabricio miró al cabo; vio en él una seriedad imperturbable y el verdadero aire de la superioridad moral. Obedeció. Todo ocurrió como lo había previsto el comandante en jefe, con la sola diferencia de que Fabricio insistió para que no le quitaran a viva fuerza al campesino los cinco francos que le había anticipado.

—El dinero es mío —dijo a sus camaradas—; yo no pago por vosotros, sino por la avena que ha dado a mi caballo.

Fabricio pronunciaba tan mal el francés, que sus camaradas creyeron ver en sus palabras un tono de superioridad; se sintieron vivamente ofendidos, y desde entonces se coció en su mente un duelo para el fin de la jornada. Le encontraban muy diferente a ellos, y esto les molestaba[3]; Fabricio, en cambio, comenzaba a tomarles mucho afecto.

Llevaban ya dos horas caminando sin decir nada, cuando el cabo, mirando a la carretera general, exclamó con un arrebato de alegría:

—¡Ahí está el regimiento!

Llegaron en un vuelo a la carretera, pero, ¡ay!, en torno al águila no había más de doscientos hombres. Fabricio descubrió a la cantinera. Iba a pie, tenía los ojos enrojecidos y lloraba a intervalos. Fabricio buscó en vano la pequeña tartana y a *Cocotte.*

—¡Pillados, perdidos, robados! —exclamó la cantinera respondiendo a las miradas de nuestro héroe. Éste, sin decir palabra, se apeó del caballo, le tomó de la brida y dijo a la cantinera:

—¡Monte!

La cantinera no se hizo de rogar.

—Acórtame los estribos —dijo.

Una vez bien acomodada en el caballo, se puso a contar a Fabricio todos los desastres de la noche. Después de un relato infinitamente largo, pero ávidamente escuchado por nuestro héroe, que, a decir verdad, no comprendía nada de nada, pero sentía un tierno afecto por la cantinera, ésta añadió:

—¡Y decir que son los franceses los que me han pillado, maltratado, arruinado!…

—¡Cómo!, ¿no han sido los enemigos? —exclamó Fabricio con un aire ingenuo, que hacía encantador su hermoso rostro grave y pálido.

—¡Qué tonto eres, pobrecito mío! —dijo la cantinera sonriendo en medio de sus lágrimas—; pero a pesar de eso, eres muy simpático.

—Y ahí donde le veis, se ha cargado a su prusiano —añadió el cabo, que en medio de la baraúnda general estaba por casualidad al otro lado del caballo montado por la cantinera—. Pero es orgulloso —añadió el cabo…

Fabricio hizo un gesto.

—¿Y cómo te llamas? —continuó el cabo—. Pues, en fin, si hay informe, quiero nombrarte.

—Me llamo Vasi —contestó Fabricio con una cara muy rara—; digo *Boulot* —añadió rectificando vivamente.

Boulot era el nombre del titular de la hoja de ruta que le había dado la carcelera de B***; la antevíspera había examinado con atención el documento sin dejar de caminar, pues comenzaba a reflexionar un poco y ya no se asombraba tanto de las cosas. Además de la hoja de ruta del húsar Boulot, conservaba como oro en paño el pasaporte italiano mediante el cual podía recabar el noble nombre de Vasi, vendedor de barómetros. Cuando el cabo le tildó de orgulloso, estuvo a punto de contestar: «¡Yo orgulloso!; ¡yo, Fabricio Valserra, *marchesino* del Dongo, que consiente en llevar el nombre de un Vasi, vendedor de barómetros!».

Mientras se hacía estas reflexiones y se decía: «Tengo que recordar que me llamo

Boulot, o cuidado con la cárcel con que la suerte me amenaza», el cabo y la cantinera habían cruzado unas palabras sobre él.

—No me llaméis curiosa —le dijo la cantinera, ya sin tutearle—; si le pregunto es por su bien. ¿Quién es usted de verdad?

Fabricio no contestó al principio; meditaba en que nunca encontraría amigos más leales para pedirles consejo, y tenía una apremiante necesidad de ser aconsejado. «Vamos a entrar en una plaza militar; el gobernador querrá saber quién soy, y la cárcel será conmigo si mis respuestas descubren que no conozco a nadie en el cuarto regimiento de húsares cuyo uniforme llevo.» En su calidad de súbdito de Austria, Fabricio conocía toda la importancia que hay que dar a un pasaporte. Los miembros de su familia, aunque nobles y devotos, aunque pertenecientes al partido del vencedor, habían sufrido vejación más de veinte veces por causa de sus pasaportes; no le ofendió, pues, en modo alguno la pregunta de la cantinera. Pero como, antes de responder, buscaba las palabras francesas más claras, la cantinera, picada de una viva curiosidad, añadió para animarle a hablar:

—El cabo Aubry y yo le daremos buenos consejos para su gobierno.

—No lo dudo —contestó Fabricio—. Me llamo Vasi y soy de Génova; mi hermana, famosa por su belleza, se ha casado con un capitán. Como no tengo más que diecisiete años, me llamó a su lado para que viera Francia y me formara un poco; no hallándola en París y sabiendo que estaba en este ejército, me vine para acá y la he buscado inútilmente. Los soldados, extrañados de mi acento, me hicieron detener. Entonces yo tenía dinero; le di algo a un gendarme y me entregó una hoja de ruta y un uniforme y me dijo: «Escapa, y júrame que no pronunciarás mi nombre».

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la cantinera.

—He dado mi palabra —repuso Fabricio.

—Tiene razón —aprobó el cabo—; el gendarme es un granuja, pero el camarada no debe nombrarle. ¿Y cómo se llama ese capitán, el marido de su hermana? Sabiendo su nombre podremos buscarle.

—Teulier, capitán del cuarto de húsares —contestó nuestro héroe.

—¿De modo —adivinó el caporal con bastante perspicacia— que, por causa del acento, los soldados le tomaron por espía?

—¡Palabra infame! —exclamó Fabricio, con los ojos brillantes—. ¡Yo que amo tanto al emperador y a los franceses! Este insulto es lo que más me ha ofendido.

—No hay tal insulto, en eso está equivocado, el error de los soldados era muy natural —replicó con gravedad el cabo Aubry.

Y le explicó con mucha pedantería que en el ejército hay que pertenecer a un cuerpo y llevar uniforme, sin lo cual es muy natural que le tomen a uno por espía —El enemigo nos echa muchos espías —concluyó—; todo el mundo traiciona en esta guerra.

Por fin Fabricio vio claro; comprendió por primera vez que, de todo lo que le había ocurrido desde hacía dos meses, la culpa era suya.

—Pero el pequeño tiene que contárnoslo todo —dijo la cantinera, cuya curiosidad estaba cada vez más despierta. Fabricio obedeció. Cuando hubo terminado, la cantinera dijo al cabo con aire grave:

—En realidad este zagal no tiene nada de militar; ahora que estamos vencidos y traicionados, vamos a hacer una guerra muy mala. ¿Por qué se va a hacer romper los huesos *gratis pro Deo?*

—Y ni siquiera sabe cargar el fusil —añadió el cabo—, ni en doce tiempos ni a voluntad. Fui yo el que le cargué el tiro que mató al prusiano.

—Además, enseña su dinero a todo el mundo —prosiguió la cantinera—; se lo robarán todo en cuanto no esté ya con nosotros.

—El primer suboficial de caballería que encuentre —confirmó el cabo— le requisa a beneficio suyo para que le pague el trago, y a lo mejor le enrolan para el enemigo, pues todo el mundo traiciona. El primero que llegue le ordenará que le siga, y él le seguirá. Más le valdrá entrar en nuestro regimiento.

—¡Eso sí que no, cabo, si me lo permite! —exclamó vivamente Fabricio—, se va mucho mejor a caballo. Además, si no sé cargar un fusil, en cambio ya ha visto que sé manejar un caballo.

Fabricio quedó muy orgulloso de este pequeño discurso. No vamos a reproducir la larga discusión que, sobre el destino futuro de Fabricio, tuvo lugar entre el cabo y la cantinera. Fabricio observó que aquellas gentes repetían tres o cuatro veces las circunstancias de su historia: las sospechas de los soldados, el gendarme que le vendió una hoja de ruta y un uniforme, la manera como la víspera había ido a formar parte de la escolta del mariscal, el emperador visto al galope, el caballo birlado, etc.

Con una curiosidad de mujer, la cantinera insistía una y otra vez en el modo como fue desposeído del hermoso caballo que ella le había hecho comprar.

—Sentiste que te cogían por los pies, te sacaron suavemente por la cola del caballo, te sentaron en el suelo…

«¿Para qué repetir tantas veces —se decía Fabricio— lo que ya nos sabemos de memoria los tres?» Ignoraba todavía que en Francia es así como la gente de pueblo trata de captar las ideas.

—¿Cuánto dinero tienes? —le preguntó de pronto la cantinera.

Fabricio no vaciló en contestar; estaba seguro de la nobleza de alma de aquella mujer: éste es el lado bueno de Francia.

—Deben de quedarme treinta napoleones de oro y ocho o diez escudos de cinco francos.

—¡Entonces tienes el campo libre! —exclamó la cantinera—; sal de este ejército en derrota; apártate hacia un lado, toma la primera carretera un poco despejada que

encuentres a la derecha; arrea duro a tu caballo, siempre alejándote del ejército. Cuando estés a ocho o diez leguas y ya no veas soldados, toma la posta y vete a descansar ocho días y a comer chuletas en alguna buena ciudad. No se te ocurra decir a nadie que has estado en el ejército: los gendarmes te echarían mano como desertor, y aunque seas un mocito muy simpático, hijo mío, no eres todavía lo bastante astuto para contestar a los gendarmes. En cuanto estés vestido de paisano, rompe tu hoja de ruta en mil pedazos y vuelve a tomar tu verdadero nombre: di que eres Vasi. ¿Y de dónde debe decir que viene? —preguntó al cabo.

—De Cambrai del Escalda: es una buena ciudad pequeñita, ¿sabes?, en la que hay una catedral y Fénelon.

—Eso es —asintió la cantinera—; no digas que has estado en la batalla, no nombres para nada B*** ni al gendarme que te vendió la hoja de ruta. Cuando quieras volver a París, ve primero a Versalles, y pasa la barrera de París por aquella parte, a pie y como quien va de paseo. Cose tus napoleones en el pantalón; y, sobre todo, cuando tengas que pagar algo, no enseñes más dinero que el que hace falta. Lo que me da pena es que te van a enredar, te van a timar todo lo que tienes. ¿Y qué vas a hacer luego sin dinero, tú que no sabes manejarte?

La buena de la cantinera habló así mucho tiempo; el cabo apoyaba sus consejos con signos de cabeza, ya que no hallaba modo de meter baza. De pronto, aquella multitud que cubría la carretera avivó, primero, el paso; luego, en un abrir de ojos, atravesó la cuneta que bordea la carretera a la izquierda y echó a correr a la mayor velocidad posible.

—¡Los cosacos, los cosacos! —fue el grito general.

—¡Toma tu caballo! —exclamó la cantinera.

—¡Dios me libre! —protestó Fabricio—; ¡galope!, ¡escape!, se lo regalo. ¿Quiere que le dé para comprar otro cochecillo? La mitad de lo que tengo es suyo.

—¡Toma tu caballo, te digo! —gritó la cantinera impaciente y haciendo ademán de apearse.

Fabricio tiró del sable.

—¡Téngase bien! —le gritó, y dio dos o tres sablazos de plano al caballo, que salió al galope detrás de los fugitivos.

Nuestro héroe miró a la carretera; antes se aglomeraban en ella tres o cuatro mil individuos, apretados como campesinos en procesión; después de pronunciada la palabra «¡cosacos!», no vio una sola persona; los fugitivos habían abandonado *shakos*, fusiles, sables, etc. Fabricio, muy pasmado, subió a un campo, a la derecha del camino, a una altura de veinte o treinta pies. Oteó la carretera en ambas direcciones, examinó la llanada y no vio traza de cosacos. «¡Qué franceses estos! —se dijo—. Puesto que debo ir hacia la derecha —pensó—, vale más que me ponga en camino ahora mismo; quién sabe si esas gentes tenían, para correr, una razón que yo

ignoro.» Cogió un fusil, comprobó que estaba cargado, removió la pólvora del fulminante, limpió la piedra, eligió una cartuchera bien provista y miró en todas direcciones. Estaba completamente solo en medio de aquella llanura antes tan llena de gente. Allá, en la lejanía, alcanzaba a ver aún a los fugitivos que corrían sin parar y comenzaban a perderse detrás de los árboles. «¡Esto sí que es raro!», se dijo. Y recordando la maniobra realizada la víspera por el cabo, fue a sentarse en mitad de un trigal. No quería alejarse de aquellos parajes, porque aún abrigaba la esperanza de volver a encontrar a sus buenos amigos la cantinera y el cabo Aubry.

Acomodado entre los trigos, comprobó que sólo le quedaban dieciocho napoleones en vez de treinta como pensaba; pero poseía aún algunos diamantes que había escondido en el forro de las botas de húsar cuando esperaba su liberación en el cuarto de la carcelera de B***. Ocultó también los napoleones lo mejor que pudo, mientras reflexionaba en aquella desaparición tan repentina. «¿Será esto —se decía— un mal presagio para mí?» Lo que más le preocupaba era no haber hecho esta pregunta al cabo Aubry: «¿He asistido a una verdadera batalla?». Le parecía que sí, y hubiera sido para él el colmo de la felicidad haber estado seguro de este hecho.

«Pero —se dijo— he asistido con el nombre de un preso, llevando en mi bolsillo la hoja de ruta de un preso; más aún: vistiendo su uniforme. Esto es fatal para el futuro: ¿qué diría el abate Blanès? ¡Y ese desdichado Boulot ha muerto en la cárcel!» Fabricio hubiera dado cualquier cosa por saber si el húsar Boulot era realmente culpable; reuniendo sus recuerdos, le parecía que la carcelera de B*** le había dicho que el húsar fue encarcelado no sólo por unos cubiertos de plata, sino también por haber robado una vaca a un aldeano y maltratado a éste. Fabricio no dudaba que algún día daría con sus huesos en la cárcel por un delito relacionado de algún modo con el del húsar Boulot. Pensaba mucho en su amigo el cura Blanès. ¡Qué no hubiera dado por poder consultarle! Luego recordó que no había escrito a su tía desde que abandonó París. «¡Pobre Gina!», se dijo, con lágrimas en los ojos. De pronto oyó muy cerca un ligero ruido: era un soldado sujetando con el bridón tres caballos que parecían muertos de hambre y, libres del freno y de la brida, la saciaban en el trigo. Fabricio se alzó de los trigales como una perdiz. El soldado se asustó. Nuestro héroe se dio cuenta y cedió al placer de jugar por un instante el papel de húsar.

—¡Uno de esos caballos es mío, granuja! —exclamó—, pero, vaya, te daré cinco francos por haberte tomado el trabajo de traérmelo hasta aquí.

—¿Te burlas de mí? —repuso el soldado.

Fabricio le apuntó a seis pasos de distancia.

—¡Suelta el caballo, o te achicharro!

El soldado sacudió el hombro con intención de empuñar el fusil que llevaba en bandolera.

—¡Si te mueves, eres muerto! —exclamó Fabricio abalanzándose hacia él.

—Bueno, déme los cinco francos y coja uno de los caballos —dijo, confuso, el soldado, después de echar una mirada hacia la carretera, que estaba completamente desierta.

Fabricio, sosteniendo en alto el fusil con la mano izquierda, arrojó con la derecha tres monedas de cinco francos.

—Apéate o eres muerto… Ponle la brida al negro y lárgate con los otros… Si te mueves, te dejo seco.

El soldado obedeció rezongando. Fabricio se aproximó al caballo y se enrolló la brida al brazo izquierdo, sin perder de vista al soldado que se alejaba lentamente. Cuando le vio a unos cincuenta pasos, saltó ágil sobre el caballo. Apenas encaramado en él y cuando todavía buscaba con el pie el estribo derecho, oyó silbar muy cerca una bala: el soldado le había soltado un tiro. Fabricio, loco de ira, se lanzó al galope tras el soldado, que huía a todo correr; al cabo de un momento, le vio galopando en uno de los dos caballos. «Bueno, ya está fuera de alcance», se dijo. El caballo que acababa de comprar era magnífico, mas parecía terriblemente hambriento. Fabricio se dirigió de nuevo a la carretera general, que seguía desierta, la atravesó y puso el caballo al trote con el propósito de llegar a una pequeña loma que se alzaba a la izquierda; tenía la esperanza de descubrir desde allí a la cantinera; pero ya en la cima del cerro, no vio, en una legua larga de distancia, más que unos cuantos soldados dispersos. «¡Está escrito que no he de volver a verla —se dijo suspirando—; buena mujer!» Se dirigió a una granja que se veía a lo lejos, a la derecha de la carretera. Sin apearse del caballo y después de pagar adelantado, mandó dar avena a su caballo, tan hambriento que mordía el pesebre. Al cabo de una hora, Fabricio seguía de nuevo al trote la carretera general, siempre con la vaga esperanza de volver a encontrar a la cantinera, o, al menos, al cabo Aubry. Sin dejar de avanzar y oteando en todas direcciones, llegó a un río fangoso atravesado por un puente de madera bastante angosto. Pasado el puente, a la derecha de la carretera, había una casa aislada que ostentaba la enseña de *El Caballo Blanco.* «Comeré aquí», se dijo. A la otra cabecera del puente, vio a un oficial de caballería con el brazo en cabestrillo. Estaba a caballo y tenía un gesto muy apesadumbrado. A diez pasos de él, tres soldados de caballería llenando sus pipas.

—¡Me parece que estos hombres —se dijo Fabricio— quieren comprarme el caballo más barato aún de lo que me ha costado a mí!

El oficial herido y los tres jinetes desmontados le miraban llegar y parecían esperarle. «Debería no pasar el puente y seguir por la orilla derecha del río, éste es el camino que me indicaría la cantinera para salir del apuro… Sí —continuó diciéndose nuestro héroe—; pero si huyo, mañana me sentiré muy avergonzado. Por otra parte, mi caballo tiene buenos remos, y el del oficial debe de estar cansado; si intenta desmontarme, saldré al galope.» Mientras se hacía estos razonamientos, Fabricio

contenía al caballo y avanzaba lo más despacio posible.

—¡Acérquese de una vez, húsar! —le gritó el oficial en tono autoritario. Fabricio avanzó unos pasos y se detuvo. —¿Piensa quitarme el caballo?

—gritó.

—Nada de eso; siga para acá.

Fabricio miró al oficial; tenía el bigote blanco y la traza más honrada del mundo. El pañuelo que le sostenía el brazo izquierdo estaba lleno de sangre, y llevaba la mano derecha envuelta también en un trapo ensangrentado. «Son los de a pie los que van a echar mano a la brida de mi caballo», se dijo Fabricio; pero, al verlos de cerca, observó que también los de a pie estaban heridos.

—En nombre del honor —le dijo el oficial, que llevaba charreteras de coronel—, quédese aquí de centinela y diga a todos los dragones, cazadores y húsares que vea que el coronel Le Baron está en esta hospedería y les ordena que vengan a concentrarse a sus órdenes.

El viejo coronel tenía un gesto abrumado de pesar; desde las primeras palabras, había conquistado a nuestro héroe, el cual le contestó con muy buen sentido:

—Soy muy joven, señor, para que me hagan caso; necesitaría una orden suya escrita.

—Tiene razón —convino el coronel mirándole fijamente—; escribe la orden, La Rose, tú que tienes una mano derecha.

Sin decir palabra, La Rose sacó del bolsillo una libreta de pergamino, escribió una líneas y, arrancando la hoja se la entregó a Fabricio. El coronel le repitió la orden, añadiendo que, a las dos horas de guardia, sería relevado, como era justo, por uno de los tres jinetes heridos que le acompañaban. Dicho esto, entró en la venta con sus hombres. Fabricio les miraba alejarse, inmóvil en el extremo del puente de madera: tanto le había impresionado el dolor sombrío y silencioso de aquellos tres personajes.

«Parecen unos genios encantados», se dijo. Por fin abrió el papel doblado y leyó la orden así concebida:

*El coronel Le Baron, del 6.° de dragones, al mando de la 2.a brigada de la 1.a división de caballería del 14.° cuerpo, ordena a todos los jinetes, dragones, cazadores y húsares no pasar el puente y acudir a mis órdenes a la posada de El Caballo Blanco, junto al puente, donde se halla su cuartel general.*

*En el cuartel general, junto al puente de la «Santa», 19 de junio de 1815.*

*Por el coronel Le Baron, herido en el brazo derecho, y por orden suya, el sargento*

LA ROSE

Fabricio llevaba apenas media hora de centinela en el puente, cuando vio llegar

seis cazadores montados y tres a pie. Les comunicó la orden del coronel.

—Ya volveremos —dijeron cuatro de los cazadores.

Y pasaron el puente a trote largo, mientras Fabricio hablaba a los otros dos. Durante la discusión, que se iba animando, los tres hombres a pie pasaron el puente. Uno de los dos cazadores montados que quedaban acabó por pedir que le mostrara la orden y se la llevó diciendo:

—Voy a enseñársela a los compañeros para que vuelvan; espéralos a pie firme.

Y partió al galope, seguido de su camarada. Todo esto pasó en un abrir de ojos.

Fabricio, furioso, llamó a uno de los soldados heridos que se asomó a una ventana de *El Caballo Blanco.* Este soldado, al que Fabricio vio galones de sargento, bajó y le gritó acercándose:

—¡Sable en mano!, está de guardia.

Fabricio obedeció, y luego dijo:

—Se han llevado la orden.

—Están de mal humor por lo de ayer —repuso el otro con aire tétrico—. Voy a darle una de mis pistolas; si vuelven a forzar la consigna, dispare al aire; acudiré yo, o el propio coronel.

Fabricio había notado muy bien un gesto de sorpresa en el sargento cuando le dijo que le habían llevado la orden; comprendió que era un insulto personal para él y se prometió no dejarse burlar de nuevo.

Armado de una pistola de arzón del sargento, Fabricio estaba otra vez con orgullo en su puesto, cuando vio acercarse siete húsares montados. Se había colocado cerrando el paso del puente; les comunicó la orden del coronel y se mostraron muy contrariados; el más atrevido intentó pasar. Fabricio, siguiendo el sabio precepto de su amiga la cantinera, que la víspera por la mañana le había aconsejado pinchar y no golpear, baja la punta de su sable y hace ademán de dar una estocada al que acaba de forzar la consigna.

—¡Vaya, nos quiere matar, el mequetrefe! —exclamaron los húsares—, ¡como si no nos hubieran matado bastante ayer!

Todos a un tiempo tiraron de sable y acometieron a Fabricio. Nuestro hombre se dio por muerto, pero se acordó de la sorpresa del sargento y no quiso que le despreciaran de nuevo. Retrocedía hacia el puente sin dejar de tirar estocadas. Ofrecía una vitola tan graciosa manejando aquel enorme sable recto de caballería, demasiado pesado para él, que los húsares se dieron cuenta en seguida de la clase de enemigo que tenían enfrente; entonces trataron, no de herirle, sino de cortarle el uniforme sobre el cuerpo. Fabricio recibió tres o cuatro sablazos ligeros en el brazo. En cuanto a él, siempre fiel al precepto de la cantinera, lanzaba con toda su alma cuantas estocadas podía. Por desgracia, una de ellas hirió a un húsar en la mano. Furioso éste de verse tocado por semejante soldado, respondió con una estocada a fondo que

alcanzó a Fabricio en la parte superior del muslo. El golpe fue más eficaz porque el caballo de nuestro héroe, lejos de esquivar la refriega, parecía gustar de ella y arrojarse sobre los asaltantes. Éstos, al ver correr la sangre de Fabricio por su brazo derecho, temieron haber ido demasiado lejos y, empujándole hacia el parapeto izquierdo del puente, partieron al galope. Cuando Fabricio tuvo un momento de respiro, disparó al aire su pistola para advertir al coronel.

Cuatro húsares montados y dos a pie, del mismo regimiento que los otros, se dirigían hacia el puente, del que aún les separaban unos doscientos pasos, cuando Fabricio disparó. Miraban muy atentamente lo que pasaba en el puente, e imaginando que Fabricio había tirado sobre sus camaradas, los cuatro de a caballo se lanzaron hacia él al galope y sable en alto: aquélla era una verdadera carga. El coronel Le Baron, avisado por el tiro de pistola, abrió la puerta de la hostelería y se precipitó hacia el puente en el momento en que los húsares llegaban al galope; él mismo les intimó la orden de detenerse.

—¡Aquí ya no hay coronel que valga! —exclamó uno de ellos, y echó adelante con su caballo.

El coronel, exasperado, interrumpió la reprimenda que les estaba dirigiendo y, con su mano derecha herida, asió la rienda del caballo.

—¡Deténte, mal soldado! —dijo al húsar—; te conozco: eres de la compañía del capitán Henriet.

—¡Bueno, pues que el capitán mismo me dé la orden! El capitán Henriet cayó muerto ayer —añadió sarcástico—, ¡y vete al diablo!

Diciendo estas palabras, intenta forzar el paso y empuja al viejo coronel, que cae sentado al suelo. Fabricio, que se hallaba a dos pasos en el puente, de cara a la hostería, hostiga a su caballo y, mientras el del asaltante derriba con el pecho al coronel, que no suelta la rienda, Fabricio, indignado, lanza al azar una estocada a fondo. Por fortuna, el caballo del húsar, atraído hacia el suelo por la brida que el coronel seguía sujetando, hace un movimiento de costado, gracias al cual la larga hoja del sable de caballería de coraceros que tenía Fabricio resbaló a lo largo del chaleco del húsar. Furioso éste, se vuelve y tira con todas sus fuerzas una estocada que le corta la manga a Fabricio y penetra profundamente en su brazo. Nuestro héroe cae al suelo.

Uno de los húsares desmontados, al ver en tierra a los dos defensores del puente, aprovecha el momento, salta sobre el caballo de Fabricio e intenta adueñárselo lanzándose al galope por el puente.

El sargento, al salir de la hostería, había visto caer a su coronel y le creía gravemente herido. Corre tras el caballo de Fabricio y hunde la punta de su sable en los riñones del ladrón. Desplómase éste, y los húsares, que no ven en el puente más que al sargento a pie, pasan al galope y desaparecen rápidamente. El que iba a pie

huye a campo través.

El sargento se acercó a los heridos. Fabricio se había levantado ya; le dolía poco, pero perdía mucha sangre. El coronel se incorporó más lentamente; estaba aturdido por el golpe, pero no había recibido ninguna herida.

El húsar herido por el sargento se estaba muriendo.

—¡El diablo le lleve! —exclamó el coronel—. Pero —añadió dirigiéndose al sargento y a los otros dos jinetes que acudían— atended a este muchacho al que tan inoportunamente he expuesto. Voy a quedarme en el puente yo mismo para ver de parar a esos frenéticos. Llevad a ese joven a la posada y vendadle el brazo con una de mis camisas.

---

[1] Lo que aquí puso Stendhal como interjección es la letra F. (inicial de *foutre*, equivalente aproximadamente a la nuestra que empieza por J).

[2] Este cabo Aubry es, con ligeras variantes, el capitán Burelviller, protector de Henri Beyle cuando, a los diecisiete años, pasó el San Bernardo con las tropas expedicionarias de Napoleón, según él mismo cuenta en el final de *Vida de Henry Brulard.*

[3] Para gustar hay que ser como los demás, dice Stendhal con frecuencia refiriéndose a sí mismo o a alguno de sus personajes, sobre todo a Julián Sorel: era demasiado diferente, no podía gustar.

# V

Toda esta aventura no había durado un minuto. Las heridas de Fabricio no eran nada; le vendaron el brazo con unas tiras hechas de la camisa del coronel. Quisieron prepararle una cama en el primer piso de la hostería.

—Pero mientras yo estoy aquí —dijo Fabricio al sargento— bien mimadito en el primer piso, mi caballo se aburrirá solo en la cuadra y se me irá con otro amo.

—¡No está mal para un recluta! —aprobó el sargento. Y le mulleron un lecho de paja limpia en el mismo pesebre al que estaba amarrado su caballo.

Fabricio no se despertó hasta que, al amanecer del día siguiente, le sacaron del sueño unos estrepitosos relinchos de los caballos. La cuadra estaba llena de humo. Al principio, Fabricio no comprendió todo aquel alboroto, ni siquiera sabía dónde se hallaba. Por fin, medio asfixiado por el humo, se le ocurrió que la casa estaba ardiendo; en un momento montó a caballo y salió de la cuadra. Levantó la cabeza; el humo salía a borbotones por las dos ventanas que había sobre la cuadra; una humareda negra formaba torbellinos encima del tejado. Por la noche habían llegado a la hostería de El Caballo Blanco un centenar de fugitivos; todos gritaban y juraban. Los cinco o seis que Fabricio pudo ver de cerca le parecieron completamente borrachos; uno de ellos intentó detenerle y le gritaba: «¿A dónde vas con mi caballo?».

Cuando ya estaba a un cuarto de legua, Fabricio volvió la cabeza; nadie le seguía; la casa estaba envuelta en llamas. Reconoció el puente, pensó en su herida y sintió el brazo apretado por las vendas y muy caliente.

«¿Qué habrá sido del viejo coronel? Dio su camisa para vendarme el brazo.» Nuestro héroe gozaba aquel día de una gran calma; la sangre perdida le había depurado de todo lo romancesco de su carácter.

«¡Vista a la derecha —se dijo—, y escapemos!» Siguió tranquilamente el curso del río, que, después de pasar bajo el puente, corría a la derecha de la carretera. Recordaba los consejos de la cantinera. «¡Qué cariñosa! —pensaba—, ¡qué carácter tan franco!»

Al cabo de una hora de camino, se sintió muy débil. «Creo que voy a desmayarme —se dijo—; si pierdo el sentido, me robarán el caballo y acaso la ropa, y con la ropa, el tesoro.» Ya no tenía fuerzas para conducir el caballo y procuraba sostenerse en equilibrio, cuando un aldeano, que estaba cavando en un campo junto a la carretera, notó su palidez y se acercó a ofrecerle un vaso de cerveza y pan.

—Al verle tan pálido, pensé que era un herido de la gran batalla —le dijo el campesino.

Nunca socorro tan oportuno. Cuando Fabricio se puso a masticar el trozo de pan negro, los ojos comenzaban a dolerle al mirar. Ya un poco repuesto, dio las gracias.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

El campesino le informó de que a una distancia de tres cuartos de legua se hallaba el pueblo de Zonders, donde le cuidarían muy bien. Fabricio llegó a aquel pueblo casi sin saber lo que hacía y no pensando más que en no caerse del caballo. Vio una gran puerta abierta y entró: era la *Venta de la Almohaza.* Acudió presurosa la ventera, mujer bonachona y enorme, que se apresuró a requerir ayuda, con la voz alterada por la compasión. Dos mozuelas ayudaron a Fabricio a apearse; apenas descendió del caballo, se desmayó completamente. Llamaron a un cirujano; le hizo una sangría. Aquel día y los siguientes, Fabricio apenas se dio cuenta de lo que le hacían; dormía casi constantemente.

En el puntazo del muslo amenazaba un absceso considerable. Cuando estaba en su juicio, recomendaba que atendieran a su caballo y repetía a menudo que pagaría bien, lo que ofendía a la ventera, buena mujer, y a sus hijas. Llevaba quince días admirablemente cuidado y comenzaba a volver a su ser, cuando un día observó que sus hospederas tenían un aire muy turbado. En seguida entró en su cuarto un oficial alemán; le contestaban en una lengua que él no entendía, pero notaba que hablaban de él. Se hizo el dormido. Transcurrido algún tiempo, cuando pensó que el oficial se habría marchado ya, llamó a sus hospederas.

—¿Verdad que ese oficial acaba de inscribirme en una lista como prisionero?

La mesonera asintió con lágrimas en los ojos.

—Pues bien, en mi dolmán hay dinero —exclamó incorporándose en la cama—; cómpreme ropa de paisano, y esta noche me marcho en mi caballo. Ya me salvó la vida una vez amparándome cuando iba a caer moribundo en medio de la calle; sálvemela otra vez proporcionándome los medios de ir a reunirme con mi madre.

Las hijas de la mesonera se echaron a llorar. Temían por Fabricio, y como apenas entendían el francés, se acercaron a su cama para hacerle preguntas. Discutieron en flamenco con su madre, pero a cada instante, volvían hacia nuestro héroe los enternecidos ojos. Fabricio creyó comprender que su huida podía comprometerlas gravemente, pero que estaban decididas a correr el riesgo. Les dio las gracias con efusión y juntando las manos.

Un judío de la comarca les proporcionó un traje completo, pero cuando, a eso de las diez de la noche, llegó con él, las muchachas, comparando el traje con el dolmán de Fabricio, se dieron cuenta de que había que achicarlo muchísimo. Inmediatamente pusieron manos a la obra; no había tiempo que perder. Fabricio señaló unos napoleones escondidos en el uniforme y rogó a sus hosteleras que se los cosieran en el traje que acababan de comprar. Le habían traído también un magnífico par de botas nuevas. Fabricio no vaciló en rogar a aquellas excelentes muchachas que cortaran las botas a lo húsar por el lugar que les indicó, y en el forro de las nuevas quedaron bien ocultos los brillantitos que le quedaban.

Por un efecto singular de la pérdida de sangre y de la debilidad consiguiente, Fabricio había olvidado casi por completo el francés; se dirigía en italiano a sus hosteleras, que hablaban un dialecto flamenco, de suerte que tenían que entenderse casi por señas. Cuando aquellas mozuelas, por lo demás perfectamente desinteresadas, vieron los diamantes, su entusiasmo hacia el joven creció todavía más: le creían un príncipe disfrazado. Aniken, la más pequeña y la más inocente, le besó sin remilgos. Fabricio, por su parte, las encontraba encantadoras, y hacia la medianoche, cuando el cirujano le permitió tomar un poco de vino en consideración al camino que se disponía a emprender, casi le daban ganas de no marcharse. «¿Dónde voy a estar mejor que aquí?», decía. No obstante, a eso de las dos de la mañana se vistió. Al salir de su cuarto, la excelente mesonera le comunicó que el oficial que unas horas antes había venido a inspeccionar la casa se había llevado el caballo de Fabricio.

—¡Ah, canalla! —exclamó Fabricio jurando—, ¡a un herido!

No era bastante filósofo el mancebo italiano para recordar lo que le había costado a él mismo aquel caballo.

Aniken le dijo llorando que habían alquilado un caballo para él; la mocita hubiera preferido que no se marchara. Los adioses fueron tiernos. Dos mozallones, parientes de la mesonera, encaramaron a Fabricio en la silla; en el camino le iban sosteniendo sobre el caballo, en tanto que un tercero, que precedía al convoy a unos centenares de pasos, vigilaba por si había en el camino alguna patrulla sospechosa. Al cabo de dos horas de marcha, se detuvieron en casa de una prima de la hostelera de *La Almohaza.* Por mucho que se empeñara Fabricio, no hubo manera de que los mozos que le acompañaban se avinieran a dejarle; alegaban que ellos conocían mejor que nadie los pasos por los bosques.

—Pero mañana por la mañana, cuando se conozca mi huida y no os vean en el pueblo, vuestra ausencia va a comprometeros —les decía Fabricio.

Reanudaron el camino. Por fortuna, cuando llegó el día, una niebla espesa envolvía la llanura. A eso de las ocho de la mañana llegaron a una pequeña ciudad. Uno de los mozos se adelantó a ver si habían robado los caballos de la posta. El maestro de postas había tenido tiempo para ocultarlos y agenciarse para sus cuadras unos cuantos fementidos pencos. Trajeron dos caballos de las tierras pantanosas en que estaban escondidos y a las tres horas, Fabricio estaba ya instalado en un cochecillo de mala muerte, pero tirado por dos hermosos caballos de posta. Había recuperado algunas fuerzas. El momento de la separación de los dos mozos, parientes de la mesonera, fue de lo más patético, pese a todos los pretextos amables que Fabricio pudo hallar, no consiguió en modo alguno que aceptasen dinero.

—En su situación, señor, lo necesita usted más que nosotros —contestaban invariablemente los excelentes muchachos.

Por fin partieron, portadores de cartas en las que Fabricio, un poco reconfortado con la agitación del camino, había procurado expresar a sus hosteleras todo lo que por ellas sentía. Fabricio escribía con lágrimas en los ojos, y, sin ninguna duda, la carta dirigida a Aniken tenía un matiz amoroso.

En el resto del viaje no pasó nada de particular. Al llegar a Amiens, le dolía mucho el pinchazo del muslo. El cirujano de aldea no se había preocupado de drenar la herida, y, a pesar de las sangrías, se había formado pus. Durante los quince días que Fabricio pasó en la hostelería de Amiens, regentada por una familia cumplimentera y codiciosa, los aliados invadieron Francia y Fabricio se transformó casi en otro hombre: tantas y tan profundas fueron sus reflexiones sobre las cosas que acababan de ocurrirle. Sólo en un punto seguía siendo un niño: lo que había visto, ¿era una batalla?[1], y en segundo lugar, esta batalla, ¿era Waterloo? Por primera vez en su vida, conoció el placer de leer, esperaba siempre hallar en los periódicos o en los relatos de la batalla alguna descripción que le permitiera reconocer los lugares que él había recorrido en la escolta del mariscal Ney, y luego con el otro general. Durante su estancia en Amiens escribió casi cada día a sus buenas amigas de *La Almohaza*. Tan pronto como se vio curado se encaminó a París; en su antiguo hotel halló veinte cartas de su madre y de su tía suplicándole que volviera inmediatamente. Una última carta de la condesa Pietranera tenía cierto tono enigmático que le inquietó mucho y que le sacó por completo de sus tiernos ensueños. Una sola palabra bastaba para hacerle prever las mayores desgracias, y su imaginación se encargaba en seguida de pintarle estas desgracias con los detalles más horribles.

«Guárdate bien de firmar las cartas que escribas para darnos noticias tuyas —le decía la condesa—. A tu regreso, no debes venir directamente al lago de Como: deténte en Lugano, en territorio suizo.» Debía llegar a esta pequeña ciudad con el nombre de Cavi; en la hostería principal hallaría al criado de la condesa, el cual le indicaría lo que había de hacer. Su tía terminaba con estas palabras: «Oculta, por todos los medios posibles, la locura que has hecho, y, sobre todo, no lleves contigo ningún papel impreso o escrito; en Suiza estarás rodeado de los amigos de Santa Margarita*. Si tengo bastante dinero —continuaba la condesa—, enviaré a alguien a Ginebra, al *Hotel de las Balanzas*, y conocerás detalles que no puedo escribir, pero que debes saber antes de llegar aquí. Pero, por el amor de Dios, no sigas ni un día más en París; te reconocerían nuestros espías». La imaginación de Fabricio se lanzó a figurarse las cosas más fantásticas, y ya no pudo hallar otro placer que el de tratar de adivinar qué sería aquello tan importante que su tía tenía que comunicarle. Dos veces fue detenido en su camino a través de Francia, pero supo salir del paso. Debió tales molestias a su pasaporte italiano y a aquella extraña condición de vendedor de barómetros que no se avenía bien con su cara tan joven y con su brazo en cabestrillo.

Por fin, llegó a Ginebra, donde encontró a aquel hombre enviado por la condesa,

el cual le contó de su parte que la policía de Milán había recibido una denuncia contra Fabricio acusándole de haber ido a llevar a Napoleón proposiciones acordadas para una vasta conspiración organizada en el ex reino de Italia. «Si no hubiera sido éste el objeto de su viaje —decía la denuncia—, ¿para qué tomar un nombre supuesto?» Su madre trataba de probar la verdad; es decir, primero, que nunca había salido de Suiza; segundo, que había abandonado el castillo de improviso como consecuencia de una riña con su hermano mayor.

Este relato produjo en Fabricio un sentimiento de orgullo. «¡Haber sido una especie de embajador de Napoleón! —se dijo—; ¡haber tenido el honor de hablar a ese gran hombre!: ¡Pluguiera a Dios!» Recordó que su séptimo abuelo, el nieto del que llegó a Milán acompañando a Sforza, tuvo el honor de ser decapitado por los enemigos del duque, que le sorprendieron cuando iba, camino de Suiza, a presentar proposiciones a los cantones leales y reclutar soldados. Veía con los ojos del alma la estampa de aquel hecho, que figuraba en la genealogía de la familia. Fabricio, al interrogar al criado, dejó escapar, indignado, un detalle que la condesa le había ordenado expresa y reiteradamente que callara. Era Ascanio, el hermano mayor de Fabricio, quien le había denunciado a la policía de Milán. Estas crueles palabras produjeron a nuestro héroe casi un acceso de locura. Para ir de Ginebra a Italia se pasa por Lausanne; quiso partir a pie inmediatamente y caminar así diez o doce leguas, a pesar de que la diligencia de Ginebra a Lausanne tenía la salida dos horas más tarde. Antes de salir de Ginebra, increpó, en uno de los tristes cafés del país, a un joven que le miraba, según él, de una manera extraña. Nada más cierto: el joven ginebrino, flemático, razonable y sin otro pensamiento que el del dinero, le creía loco; Fabricio había echado al entrar miradas furibundas en todas direcciones, y luego vertió sobre su pantalón la taza de café que le sirvieron. En esta querella, el primer impulso de Fabricio fue completamente del siglo XVI: en lugar de hablar de duelo al mozo ginebrino, tiró de puñal y se lanzó hacia él para clavárselo. En aquel momento de pasión, Fabricio olvidó cuanto había aprendido sobre las reglas del honor, y volvía al instinto, o, mejor dicho, a los recuerdos de la primera infancia.

El hombre de íntima confianza que le esperaba en Lugano aumentó el furor de Fabricio dándole a conocer nuevos detalles. Como en Grianta querían a Fabricio, nadie hubiera pronunciado su nombre, y a no ser por el bonito proceder de su hermano, todo el mundo habría fingido creer que estaba en Milán, y jamás la policía de esta ciudad se habría dado cuenta de su ausencia.

—Seguramente los aduaneros tienen sus señas —le dijo el enviado de su tía—, y si siguiéramos la carretera general, le detendrían en la frontera del reino lombardo–veneciano.

Fabricio y sus acompañantes conocían hasta los menores senderos de la montaña que separa Lugano del lago de Como. Se hicieron pasar por cazadores, es decir, por

contrabandistas, y como eran tres y con unas caras bastante resueltas, los aduaneros con quienes se tropezaron no pensaron más que en saludarlos. Fabricio se las arregló para no llegar al castillo hasta medianoche; a esta hora, su padre y todos los criados de cabeza empolvada estaban acostados hacía ya largo rato. Descendió fácilmente al hondo foso y penetró en el castillo por el ventanillo de un sótano: allí le esperaban su madre y su tía; en seguida acudieron sus hermanas. Pasó mucho tiempo en efusiones de cariño y de lágrimas, y apenas comenzaban a hablar razonablemente, cuando la primera claridad de la aurora vino a advertir a aquellos seres que se consideraban desgraciados que el tiempo volaba.

—Espero que tu hermano no habrá sospechado tu llegada —le dijo la condesa Pietranera—; desde su bonita proeza apenas le he hablado, cosa de que su amor propio me ha hecho el honor de mostrarse muy ofendido. Anoche, a la hora de cenar, me digné dirigirle la palabra: necesitaba un pretexto para disimular una desatinada alegría que podía inspirarle sospechas. Luego, cuando me di cuenta de que estaba muy ufano de esta supuesta reconciliación, aproveché su alegría para hacerle beber más de la cuenta, y de seguro no habrá pensado en alguna emboscada para continuar su oficio de espía.

—Tendremos que esconder a nuestro húsar en tus habitaciones —advirtió la marquesa—; no puede marcharse en seguida; en este momento no somos lo bastante dueñas de nuestra razón, y es preciso buscar la mejor manera de burlar a esa terrible policía de Milán.

Fue aceptado este plan; pero el marqués y su primogénito observaron que aquel día la marquesa estaba todo el tiempo en las habitaciones de su cuñada. No hemos de detenernos a describir las efusiones de cariño y de alegría en que pasaron la jornada aquellas felicísimas criaturas. Los corazones italianos se sienten mucho más atormentados que los nuestros por las sospechas y por las ideas desatinadas que les sugiere una imaginación fogosa, pero, en compensación, sus alegrías son mucho más intensas y más duraderas. Aquel día la condesa y la marquesa habían perdido por completo la razón. Fabricio tuvo que repetir el relato de todas sus peripecias, y por fin resolvieron ir a ocultar en Milán la alegría común, pues les pareció sumamente difícil sustraerse por más tiempo a la policía del marqués y de su hijo Ascanio.

Tomaron la barca de la casa para ir hasta Como: obrar de otra manera habría sido despertar mil sospechas. Pero al llegar al puerto de Como, la marquesa recordó que había olvidado en Grianta unos papeles en extremo importantes: se apresuró a mandar a los barqueros en busca de los papeles olvidados, y estos hombres no pudieron hacer ninguna observación sobre la manera como aquellas dos damas empleaban el tiempo en Como. Apenas llegadas, alquilaron al azar uno de esos carruajes que esperan al cliente junto a esa gran torre medieval que se alza por encima de la puerta de Milán. Partieron inmediatamente, sin dar siquiera tiempo a

que el cochero pudiera hablar con nadie. A un cuarto de legua de la ciudad, encontraron a un joven cazador conocido de aquellas damas, el cual, por complacencia y en vista de que no las acompañaba ningún hombre, se prestó a servirles de caballero hasta las puertas de Milán, a donde él se dirigía en su excursión de caza. Todo iba bien, entretenidas las damas en la más alegre conversación con el joven viajero, cuando en un recodo que hace la carretera para contornear la encantadora colina y el bosque de San Giovanni, se abalanzaron a la brida de los caballos tres gendarmes de paisano.

—¡Oh, mi marido nos ha traicionado! —exclamó la marquesa, y se desmayó. Un sargento que se había quedado un poco alejado se acercó dando traspiés y dijo con una voz que parecía salir de la taberna:

—Lamento mucho la misión que tengo que cumplir, pero queda usted detenido, general Fabio Conti.

Fabricio creyó que el sargento se burlaba de él llamándole *general.* «Ya me las pagarás», se dijo. Observaba a los gendarmes disfrazados y acechaba el momento favorable para saltar del coche y escapar a través de los campos.

La condesa trató de sonreír, y dijo al sargento:

—Pero, querido sargento, ¿a este niño de dieciséis años le toma usted por el general Conti?

—¿No es usted la hija del general? —preguntó el sargento.

—Repare en mi padre —repuso la condesa señalando a Fabricio. A los gendarmes les entró una risa loca.

—Enseñen sus pasaportes sin discutir —ordenó el sargento picado por el regocijo general.

—Estas damas no llevan nunca pasaportes para ir a Milán —declaró el cochero con empaque frío y filosófico—; vienen de su castillo de Grianta. Ésta es la señora condesa Pietranera, y esta otra la señora marquesa del Dongo.

El sargento, muy desconcertado, se alejó un poco, a la cabeza de los caballos, y celebró consejo con sus hombres. Como la conferencia se prolongara ya más de cinco minutos, la condesa Pietranera rogó a aquellos señores licencia para que el coche avanzara unos pasos en busca de la sombra, aunque no eran más que las once de la mañana, el calor era sofocante. Fabricio, que miraba atentamente en todas direcciones buscando el medio de escaparse, vio llegar por un sendero que atravesaba el campo hacia la carretera general, toda llena de polvo, a una joven de catorce o quince años que se enjugaba tímidamente las lágrimas con el pañuelo. Caminaba a pie entre dos gendarmes de uniforme, y, a tres pasos de ella, también entre dos gendarmes, avanzaba un hombre alto y enjuto con los solemnes aires de dignidad de un prefecto siguiendo una procesión.

—¿Dónde los habéis encontrado? —preguntó el sargento, completamente ebrio

en este momento.

—Escapando a través de los campos, y sin trazas de pasaporte.

El sargento pareció perder la cabeza por completo: se hallaba frente a cinco prisioneros en lugar de los dos que necesitaba. Se alejó un corto trecho, dejando sólo a un hombre para custodiar al prisionero de empaque majestuoso, y otro para pedir que los caballos avanzasen.

—Quédate —dijo la condesa a Fabricio, que ya había saltado del carruaje—, todo se va a arreglar.

Oyeron gritar a un gendarme:

—¡No importa!, como no tienen pasaportes, son buena presa de todos modos.

El sargento no parecía tan decidido; el nombre de la condesa Pietranera le inquietaba un poco: había conocido al general, de cuya muerte no estaba enterado. «El general no es un hombre que deje de vengarse si detengo indebidamente a su mujer», se decía.

Durante esta deliberación, que fue larga, la condesa había entrado en conversación con la mocita que estaba a pie en medio del polvo de la carretera junto a la calesa; la había impresionado su belleza.

—Te va a hacer daño el sol, niña. Ese soldado tan bueno —añadió dirigiéndose al gendarme apostado a la cabeza de los caballos— tendrá a bien permitirte subir a la calesa.

Fabricio, que estaba paseando en torno al coche, ayudó a la mocita a subir. Ésta había puesto ya el pie en el estribo, apoyando su brazo en el de Fabricio, cuando el hombre imponente que se hallaba a seis pasos del carruaje gritó con una voz muy gruesa por querer ser más digna:

—¡Quédese en la carretera y no suba a un carruaje que no le pertenece! Fabricio no oyó esta orden: la mocita, en vez de subir a la calesa, quiso bajar del estribo, y como Fabricio seguía sosteniéndola, la joven cayó en sus brazos. Sonrió él, ella se sonrojó vivamente y ambos se miraron todavía un instante cuando ya la muchacha se había desprendido de sus brazos.

«Sería una deliciosa compañera de prisión —se dijo Fabricio—; ¡qué profundidad bajo su frente! Seguramente sabría amar.»

El sargento se aproximó con un empaque autoritario.

—¿Cuál de estas damas se llama Clelia Conti?

—Yo —dijo la joven.

—Y yo —exclamó el caballero de edad— soy el general Fabio Conti, chambelán de S.A.S. monseñor el príncipe de Parma; paréceme harto inconveniente que a un hombre de mi calidad se le persiga como a un bandolero.

—Cuando se disponía a embarcar anteayer en el puerto de Como, ¿no mandó a paseo al inspector de policía que le pedía el pasaporte? Pues bien, hoy el inspector de

policía le impide pasearse.

—Yo había zarpado ya con mi barca y tenía prisa porque el tiempo amenazaba tormenta; un hombre sin uniforme me gritó desde el muelle que volviera al puerto, le dije mi nombre y seguí mi viaje.

—Y esta mañana huyó usted de Como.

—Un hombre como yo no saca pasaporte para ir de Milán a ver el lago. Esta mañana, en Como, me dijeron que sería detenido en la puerta: salí a pie con mi hija; esperaba encontrar en el camino algún carruaje que me llevara a Milán, donde mi primera visita será por cierto para quejarme al general que manda la provincia.

El sargento pareció aliviado de un gran peso.

—¡Pues bien!, general, queda usted detenido y soy yo el que voy a conducirle a Milán. ¿Y usted quién es? —dijo a Fabricio.

—Mi hijo —contestó la condesa—, Ascanio, hijo del general de división Pietranera.

—¿Sin pasaporte, señora condesa? —observó el sargento mucho más suave.

—A su edad, nunca lo ha llevado todavía; no viaja nunca solo, va siempre conmigo.

Durante este diálogo, el general Conti representaba con los gendarmes la dignidad cada vez más ofendida.

—¡Menos conversación! —le interrumpió uno de ellos—, queda detenido, y se acabó.

—Se dará por muy contento —dijo el sargento— con que le permitamos alquilar un caballo de algún campesino; de otro modo, a pesar del polvo y del calor, y de su grado de chambelán de Parma, irá muy bien a pie en medio de nuestros caballos.

El general comenzó a jurar.

—¡Basta de palabras! —cortó el gendarme—. ¿Dónde está tu uniforme de general? ¿Acaso no puede cualquiera decir que es general?

El general estaba cada vez más furioso. Mientras tanto, en la calesa iban mucho mejor los asuntos.

La condesa manejaba a los gendarmes como si fueran sus criados. Acababa de dar un escudo a uno de ellos para ir a comprar vino y, sobre todo, agua fresca a una casita que se veía a doscientos pasos de allí. Ya había tenido tiempo de calmar a Fabricio, que se quería escapar a todo trance por los bosques que cubrían la colina. «Tengo buenas pistolas», decía. La condesa consiguió del irritado general que dejase a su hija montar en la calesa. El general, que gustaba hablar de él y de su familia, aprovechó la ocasión para hacer saber a aquellas damas que su hija tenía sólo doce años, pues había nacido el 27 de octubre de 1803; pero tenía tanto juicio que todo el mundo la creía de catorce o quince.

Un hombre completamente vulgar, decían a la marquesa los ojos de la condesa.

Gracias a ésta todo se arregló al cabo de una hora de discusión.

Un gendarme que de pronto se dio cuenta de que tenía que hacer en el pueblo vecino, alquiló su caballo al general Conti cuando la condesa le dijo que se le pagarían diez francos. Sólo el sargento custodió al general; los demás gendarmes se quedaron bajo un árbol acompañados de cuatro enormes botellas de vino, una especie de pequeñas *damajuanas,* que el gendarme había traído con ayuda de un campesino. Clelia Conti fue autorizada por el digno chambelán a aceptar, para volver a Milán, un asiento en la calesa de aquellas damas, y a nadie se le ocurrió detener al hijo del bravo general Pietranera. Transcurridos los primeros momentos dedicados a la cortesía y a los comentarios sobre el pequeño incidente que acababa de ocurrir, Clelia Conti observó el matiz de entusiasmo con que una dama tan hermosa como la condesa hablaba a Fabricio; estaba segura de que no era su madre. Le llamaron singularmente la atención ciertas repetidas alusiones a algo heroico, audaz, peligroso en grado sumo que aquel joven había hecho recientemente; mas, con toda su inteligencia, Clelia no pudo adivinar de qué se trataba.

Miraba con asombro a aquel héroe tan joven cuyos ojos parecían vivir aún todo el fuego de la acción. En cuanto a él, estaba un poco impresionado por la belleza singular de aquella niña de doce años, y sus miradas le sonrojaban.

Una hora antes de llegar a Milán, Fabricio dijo que iba a ver a su tío, y se despidió de las damas.

—Si llego a salir con bien —dijo a Clelia—, iré a ver los hermosos cuadros de Parma. ¿Se dignará entonces recordar este nombre: Fabricio del Dongo?

—¡Muy bien! —observó la condesa—. ¡Vaya una manera de guardar el incógnito! Señorita, dígnese recordar que esta mala persona es mi hijo y se llama Pietranera y no Del Dongo.

Muy avanzada la noche, Fabricio entró en Milán por la puerta *Renza,* que conduce a un paseo de moda. El envío de los dos criados a Suiza había agotado las pobres economías de la marquesa y de su hermana; por fortuna, a Fabricio le quedaban aún unos napoleones y uno de los diamantes, que decidieron vender.

Aquellas damas eran muy queridas y conocían a toda la ciudad; los personajes más considerables del partido austríaco y devoto fueron a hablar en favor de Fabricio al barón Binder, jefe de la policía. Aquellos caballeros no concebían —afirmaban— cómo se podía tomar en serio la escapada de un niño de dieciséis años que se pelea con un hermano mayor y deserta de la casa paterna.

—Mi oficio consiste en tomarlo todo en serio —respondió suavemente el barón Binder, hombre prudente y triste.

Estaba organizando aquella famosa policía de Milán y se había comprometido a prevenir una revolución como la de 1746, que arrojó de Génova a los austríacos. Esta policía de Milán, que luego llegó a ser tan célebre por las aventuras de los señores

Pellico y Andryane, no fue precisamente cruel: se limitaba a ejecutar razonablemente y sin piedad unas leyes severas. El emperador Francisco II quería que se obrara por el terror sobre aquellas imaginaciones tan osadas[2].

—Dadme día por día —repetía el barón Binder a los protectores de Fabricio— la indicación *probada* de lo que ha hecho el joven *marchesino* Del Dongo, comencemos por el momento de su salida de Grianta, el 8 de marzo, hasta su llegada, ayer por la noche, a esta ciudad, donde está escondido en una de las habitaciones del departamento de su madre, y estoy dispuesto a tratarle como al más gentil y más travieso de los jovenzuelos de la ciudad. Si no podéis facilitarme el itinerario de ese mancebo durante todas las jornadas transcurridas desde su salida de Grianta, por ilustre que sea su linaje y por mucho que yo respete a los amigos de su familia, ¿no es mi deber ordenar que le detengan? ¿No debo tenerle recluido hasta que me haya probado que no fue a llevar mensajes a Napoleón de parte de algunos descontentos que puede haber en Lombardía entre los súbditos de Su Majestad Imperial y Real? Observad además, caballeros, que si el joven Del Dongo llega a justificarse en este punto, será al menos culpable de haber pasado al extranjero sin pasaporte regularmente expedido, y encima, tomando un falso nombre y haciendo uso a sabiendas de un pasaporte a nombre de un simple trabajador, es decir, de un individuo perteneciente a una clase muy inferior a la suya.

Esta declaración, cruelmente razonable, fue acompañada de todas las muestras de deferencia y de respeto que el jefe de la policía debía a la alta alcurnia de la marquesa del Dongo y a la de los importantes personajes que acudían a interceder por ella.

La marquesa cayó en la desesperación cuando le comunicaron la respuesta del barón Binder.

—¡Van a detener a Fabricio! —exclamó llorando—; y una vez en la cárcel, ¡Dios sabe cuándo saldrá! ¡Su padre renegará de él!

La condesa Pietranera y su cuñada celebraron consejo con dos o tres amigos íntimos, y, por más que le dijeron, la marquesa se obstinó en que su hijo se ahuyentara aquella misma noche.

—Pero ya ves —le decía la condesa— que el barón Binder sabe que tu hijo está aquí; ese hombre no es malo.

—No, pero quiere agradar al emperador Francisco.

—Pero si creyera útil para su carrera meter a Fabricio en la cárcel, ya lo habría hecho; y hacerle escapar es demostrar al barón una desconfianza ofensiva.

—Pero confesarnos que sabe dónde está Fabricio es lo mismo que decirnos: ¡Ponedle a salvo! No, yo no viviré mientras pueda estar siempre pensando: ¡dentro de un cuarto de hora, mi hijo puede estar entre cuatro muros! Cualquiera que sea la ambición de Binder —añadía la marquesa—, cree útil para su posición personal en este país manifestar atenciones especiales hacia un hombre del rango de mi marido, y

veo una prueba de ello en esta singular franqueza con que confiesa que sabe dónde puede encontrar a mi hijo. Es más, el barón tiene la condescendencia de detallar las dos faltas de que Fabricio es acusado según la denuncia de su indigno hermano, y explica que ambas culpas implican pena de cárcel: ¿no es lo mismo que decirnos que si preferimos el destierro, la elección es cosa nuestra?

—Si eliges el destierro —repetía siempre la condesa—, no volveremos en la vida a ver a tu hijo.

Fabricio, presente en toda esta conversación, coincidía decididamente con uno de los antiguos amigos de la marquesa, ahora consejero en el tribunal formado por Austria, en el parecer de tomar el portante; y en efecto, aquella misma noche salió del palacio en el carruaje que conducía al teatro de La Scala a su madre y a su tía. El cochero, del cual desconfiaban, fue, como de costumbre, a pasar un rato a la taberna, y mientras el lacayo, hombre seguro, guardaba los caballos, Fabricio, disfrazado de aldeano, bajó del carruaje y salió de la ciudad. Al día siguiente por la mañana pasó la frontera con la misma forma y a las pocas horas estaba instalado en una finca que su madre poseía en el Piamonte, cerca de Novaro, precisamente en Ramagnano, donde fue muerto Bayardo.

Fácil es figurarse qué atención prestaron al espectáculo desde su palco de La Scala aquellas damas. Sólo habían ido para poder consultar a varios amigos pertenecientes al partido liberal y cuya aparición en el palacio del Dongo hubiera podido ser mal interpretada por la policía. En el palco quedó acordado hacer una nueva gestión cerca del barón Binder. No se podía pensar en ofrecer dinero a aquel magistrado perfectamente honrado, y además nuestras damas estaban muy pobres: habían obligado a Fabricio a llevarse todo lo que quedaba del producto del diamante.

Pero era muy importante conocer la definitiva decisión del barón. Los amigos de la condesa le recordaron a cierto canónigo Borda, un joven muy gallardo que en otro tiempo había querido hacerle la corte, y con procedimientos bastante feos; al no poder salirse con su empeño, había denunciado su amistad con Limercati al general Pietranera, lo que le valió ser despedido como un miserable. Este canónigo jugaba ahora al tarot con la baronesa Binder, y, naturalmente, era íntimo amigo del marido. La condesa se decidió a dar el paso, horriblemente penoso, de ir a ver al canónigo, y a la mañana siguiente, muy temprano, antes de que saliera de su casa, se hizo anunciar.

Cuando el criado único del canónigo pronunció el nombre de la condesa Pietranera, la emoción de aquel hombre fue tan grande que casi perdió el usó de la palabra; no pensó en reparar el desorden de un atuendo casero, muy sencillo.

—Que pase, y márchate —dijo con voz apagada. Entró la condesa; Borda cayó de rodillas.

—Ésta es la posición en que un desventurado loco debe recibir sus órdenes —dijo a la condesa, que aquella mañana, en su sencillo atavío que tendía a disimular su

personalidad, tenía un atractivo irresistible. El profundo disgusto del destierro de Fabricio, la violencia que se hacía para presentarse en casa de un hombre que había obrado con ella tan traicioneramente, todo se sumaba para dar a su mirada un increíble brillo—. En esta posición quiero recibir sus órdenes —exclamó el canónigo — pues sin duda alguna tiene algún servicio que pedirme; de otro modo, no habría honrado con su presencia la pobre morada de un desdichado loco; en otro tiempo, trastornado de amor y de celos, este loco, cuando se convenció de que no podía agradarla se condujo con usted como un cobarde.

Estas palabras eran sinceras, y tanto más hermosas cuanto que el canónigo gozaba ahora de gran poder; a la condesa la emocionaron tanto, que la hicieron llorar; en un instante, el enternecimiento y un poco de esperanza sucedieron a la humillación y al temor que le helaban el alma. Rápidamente, pasó de un estado de ánimo muy desventurado a otro casi feliz.

—Bésame la mano —dijo al canónigo ofreciéndosela— y levántate. (Conviene advertir que en Italia el tuteo indica la buena y franca amistad lo mismo que otro sentimiento más tierno.) Vengo a pedirte gracia para mi sobrino Fabricio. Esta es la pura verdad y sin el menor artificio, tal como se le dice a un viejo amigo. A los dieciséis años y medio acaba de cometer una insigne locura. Estábamos en el castillo de Grianta, a orillas del lago de Como. Una tarde, a las siete, un barco llegado de Como nos trajo la noticia del desembarco del emperador en el puerto de Golfe–Juan. A la madrugada siguiente, Fabricio partió para Francia, después de procurarse el pasaporte de un vendedor de barómetros llamado Vasi. Como no tiene precisamente la traza de un vendedor de barómetros, apenas había caminado diez leguas en Francia, fue detenido por su aspecto distinguido; sus efusiones entusiastas en mal francés resultaban sospechosas. Al cabo de algún tiempo, pudo escaparse y llegar a Ginebra; mandamos a alguien a su encuentro a Lugano…

—Es decir, a Ginebra —interrumpió el canónigo sonriendo.

La condesa acabó la historia.

—Haré por usted cuanto sea humanamente posible —prometió el canónigo con efusión—; me pongo enteramente a sus órdenes. Llegaré hasta la imprudencia. Dígame qué debo hacer cuando esta pobre sala quede privada de la celestial aparición que hace época en la historia de mi vida.

—Vaya a decir al barón Binder que quiere a Fabricio desde que vino al mundo, que ha visto nacer a este niño cuando frecuentaba nuestra casa y, en fin, que en nombre de la amistad que el barón le concede, le suplica que movilice a todos sus espías para comprobar, si, antes de salir para Suiza, tuvo Fabricio la menor entrevista con esos liberales a quienes vigila su amigo. Por poco bien servido que sea, el barón verá que aquí se trata únicamente de una verdadera fantasía juvenil. Ya sabe que, en mis bonitas habitaciones del palacio Dugnani, tenía yo las estampas de las batallas

ganadas por Napoleón: mi sobrino aprendió a leer en los pies de estos grabados. Desde los cinco años, mi pobre marido le explicaba estas batallas; le poníamos en la cabeza el casco de mi esposo; el niño arrastraba su gran sable. Pues bien, un buen día se entera de que el dios de mi marido, de que el emperador está otra vez en Francia, y parte en pos de él como un loco, pero no vio cumplido su afán. Pregunte a su barón con qué pena quiere castigar este momento de ofuscación juvenil.

—Olvidaba una cosa —exclamó el canónigo—, verá que no soy completamente indigno del perdón que me otorga. Aquí está —prosiguió buscando en la mesa entre sus papeles—, aquí está la denuncia de ese infame *coltorto* (hipócrita); vea: está firmada por *Ascanio Valserra del Dongo, y* es lo que ha dado lugar a todo este asunto. La tomé ayer tarde en las oficinas de la policía, y fui a La Scala con la esperanza de encontrar a alguien de los que van habitualmente a su palco, para, por medio suyo, hacerle conocer esta denuncia. Una copia de la misma está en Viena hace tiempo. He aquí el enemigo con el que habremos de luchar.

El canónigo leyó la denuncia con la condesa, y quedó convenido que aquel mismo día le enviaría una copia por una persona segura. La condesa volvió al palacio del Dongo con el corazón contento.

—Imposible ser más caballero que ese antiguo sinvergüenza —dijo a la marquesa —. Esta noche en La Scala, a las once menos cuarto, por el reloj del teatro, despediremos a todo el mundo de nuestro palco, apagaremos las bujías, cerraremos la puerta, y a las once vendrá el canónigo en persona a decirnos lo que ha podido hacer. Esto es lo menos comprometedor para él que hemos podido hallar.

El canónigo era muy inteligente: no faltó a la cita, y se mostró de una bondad perfecta y de una franqueza que no se encuentra casi nunca más que en los países en que la vanidad no domina todos los demás sentimientos[3]. Su denuncia de la condesa al general Pietranera, su marido, era uno de los grandes remordimientos de su vida, y ahora encontraba un medio de abolir este remordimiento.

Cuando aquella mañana salió de su casa la condesa: «Es amante de su sobrino», se dijo con amargura, pues no estaba curado. «¡Con lo orgullosa que es, venir a mi casa!… Cuando murió el pobre Pietranera, la condesa rechazó con horror mis ofrecimientos, aunque muy correctos y muy bien presentados por el coronel Scotti, su antiguo amante. ¡La hermosa Pietranera vivir con mil quinientos francos! —añadía el canónigo paseando excitado por su habitación—. ¡Y luego ir a habitar en el castillo de Grianta con un abominable *secatore*, ese marqués del Dongo!… ¡Ahora se explica todo! En realidad, ese mancebo Fabricio está colmado de atractivos: alto, apuesto, un semblante siempre alegre… y mejor aún: cierto mirar cargado de dulce voluptuosidad… una fisonomía estilo Correggio —añadía el canónigo con amargura.

»La diferencia de edad… no excesiva… Fabricio nació después de la entrada de los franceses, creo que hacia el 98; la condesa tendrá veintisiete o veintiocho años, no

cabe ser más bella, más adorable. En este país fértil en bellezas, ella las vence a todas: a la Marini, a la Gherardi, a la Ruga, a la Aresi, a la Pietragrua[4]… Las gana a todas. Vivían los dos felices, escondidos a orillas de ese bellísimo lago de Como, cuando al mancebo se le ocurrió partir en pos de Napoleón… ¡Todavía quedan almas en Italia, hagan lo que hagan! ¡Ah, patria querida! No —continuaba aquel corazón inflamado por los celos—, imposible explicar de otro modo esta resignación a vegetar en el campo con la desazón de ver todos los días, en todas las comidas, ese horrible rostro del marqués del Dongo, y, además, esa infame fisonomía blanducha del *marchesino* Ascanio, que será peor que su padre. Bueno, pues la serviré sinceramente. Al menos tendré el placer de verla de otro modo que al final de mi anteojo.»

El canónigo Borda explicó muy claramente el asunto a aquellas damas. En el fondo, Binder tenía las mejores disposiciones; estaba encantado con que Fabricio hubiera tomado el portante antes de las órdenes que pudieran llegar de Viena, pues el tal Binder no tenía poder para decidir nada, y esperaba órdenes para este asunto como para todos. Enviaba cada día a Viena la copia exacta de todos los informes, y luego esperaba.

Era preciso que en su destierro en Romagnano, Fabricio hiciera lo siguiente:

1.° No dejar de ir a misa cada día; tomar por confesor a un hombre inteligente, adicto a la causa de la monarquía, y no confesarle, en el tribunal de la penitencia, más que sentimientos irreprochables.

2.° No frecuentar a ningún hombre con fama de inteligente, y, cuando llegara la ocasión, hablar de la rebeldía con horror y como de una cosa no permitida en ningún caso.

3.° No dejarse ver nunca en el café; no leer jamás otros periódicos que las gacetas oficiales de Turín y de Milán; en general, mostrar despego por la lectura, y sobre todo no leer ninguna obra impresa después de 1720, exceptuando, todo lo más, las novelas de Walter Scott.

4.° En fin —añadió el canónigo con un poco de malicia—, convenía sobre todo que hiciese la corte a alguna de las bellas mujeres del país, de la clase noble, bien entendido; esto demostrará que no tiene el genio sombrío y descontento de un conspirador en ciernes.

Antes de acostarse, la condesa y la marquesa escribieron a Fabricio dos cartas interminables en las cuales le explicaban con una ansiedad encantadora todos los consejos dados por Borda.

Fabricio no tenían ningún deseo de conspirar: amaba a Napoleón y, en su calidad de noble, se creía nacido para ser más afortunado que otro cualquiera, y encontraba ridículos a los burgueses. Nunca había abierto un libro desde el colegio, donde sólo

leyó los amañados por los jesuitas. Se instaló a alguna distancia de Romagnano, en un magnífico palacio, una de las obras maestras del famoso arquitecto San–Micheli; pero desde hacía treinta años estaba deshabitado, de suerte que llovía en todas las habitaciones, y no cerraba ni una sola ventana. Se apoderó de los caballos del hombre de negocios y los montaba sin reparo todo el día; no hablaba y reflexionaba. El consejo de tomar una amante en una familia *ultra* le pareció agradable, y lo siguió al pie de la letra. Eligió por confesor a un sacerdote joven e intrigante que aspiraba a ser obispo (como el confesor de Spielberg)*; pero caminaba tres leguas a pie y se rodeaba de un misterio que creía impenetrable para leer *Le Constitutionnel,* que le parecía sublime: «¡Esto es tan hermoso como Alfieri y Dante!», exclamaba a menudo; Fabricio se parecía a la juventud francesa en que se ocupaba mucho más seriamente de su caballo y de su periódico que de su amante de ideas sanas. Pero en esta alma ingenua y firme no había lugar aún para *la imitación de los demás,* y no se hizo amigos en la sociedad del importante pueblo de Romagnano; su sencillez pasaba por altanería: no sabían cómo definir aquel carácter.

—*Es un segundón descontento de no ser mayorazgo* —dijo el cura.

---

[1]«He visto lo poco que se puede ver de una batalla, es decir, nada», había escrito Stendhal en una carta a Domenico Fiore.

*Pellico ha hecho europeo este nombre: es el de la calle de Milán, donde están los palacios y las prisiones de la policía.

[2]Stendhal habla aquí con personal conocimiento de causa. Por esta misma época vivió él en Milán *las maneras* de la «famosa policía de Milán» y, curándose en salud, se volvió a París («antes de los asesinatos», escribía en una carta) después de fraternizar siete años con los liberales *carbonari* que conspiraban contra la dominación austríaca.

[3]Esto de la vanidad como característica consustancial de los franceses lo repite Stendhal obsesivamente en sus obras y a cada paso en ésta. Es una de sus simplificaciones definitorias de las notas predominantes en las gentes de cada país: la vanidad (¡y la bravura!) en los franceses, la nobleza (y el honor, ¡cómo no!) en los españoles, la hipocresía en los ingleses, la pasión y la espontaneidad en los italianos…

[4]Angiola Pietragrua fue un encendido amor juvenil de Stendhal. Le nació a los diecisiete años, en su primera expedición napoleónica a Milán, y se *realizó* en el segundo, cuando tenía veintiocho. Algo sobre estos amores se puede encontrar en el prólogo de mi edición de *Del Amor,* cit., y más en mi libro *Stendhal,* Madrid, Aguilar, 1962.

*Véanse las curiosas memorias de Andryani, entretenidas como cuento y que permanecerán como Tácito.

# VI

Confesaremos con sinceridad que los celos del canónigo Borda no eran del todo injustificados: a su regreso de Francia, Fabricio le pareció a la condesa Pietranera como un extranjero muy guapo al que hubiera conocido mucho en otro tiempo. Si él le hubiese hablado de amor, ella le habría amado; ¿no sentía ya por su conducta y por su persona una admiración apasionada y, por decirlo así, sin límites? Pero Fabricio la besaba con tal efusión de inocente gratitud y de puro afecto, que la condesa se habría causado horror a sí misma si hubiera buscado otro sentimiento en aquel cariño casi filial. «En el fondo —se decía la condesa—, algunos amigos que me han conocido hace seis años en la corte del príncipe Eugenio pueden encontrarme todavía bonita y hasta joven, más para él soy tina dama respetable… y, si he de decirlo todo sin miramientos para mi amor propio, una mujer madura.» La condesa se hacía ilusiones sobre la época de la vida a que había llegado, pero no al modo de las mujeres vulgares. «Por otra parte, a su edad —añadía—, se exageran un poco los estragos del tiempo; un hombre más avanzado en la vida… »

La condesa, que estaba paseándose por su salón, se detuvo ante un espejo; luego sonrió. Conviene saber que desde hacía algunos meses, el corazón de la condesa Pietranera experimentaba serios ataques, y por un singular personaje. Poco después de salir Fabricio para Francia, la condesa, que sin confesárselo a sí misma enteramente, comenzaba a pensar mucho en él, había caído en una profunda melancolía. Todas sus ocupaciones le parecían aburridas y, si se permite la expresión, insípidas; se decía que Napoleón, que quería atraerse a sus pueblos de Italia, tomaría a Fabricio como ayudante de campo. «¡Se ha perdido para mí! —exclamaba llorando —, no le veré más; me escribirá, pero ¿qué seré yo para él dentro de diez años?»

En estas disposiciones hizo un viaje a Milán, donde esperaba encontrar noticias más directas de Napoleón y quién sabe si, por carambola, noticias de Fabricio. Sin confesárselo, aquella alma activa comenzaba a cansarse de la vida monótona que llevaba en el campo. «Esto es tratar de no morir, pero no es vivir. ¡Ver cada día esas cabezas empolvadas, el hermano, el sobrino Ascanio, los criados! ¿Qué serían sin Fabricio los paseos por el lago?» No tenía otro consuelo que la amistad de la marquesa. Pero, desde hacía algún tiempo, esta intimidad con la madre de Fabricio, de más edad que ella y desesperada de la vida, comenzaba a serle menos agradable.

Tal era la singular situación de la condesa Pietranera: ausente Fabricio, esperaba poco del porvenir; su corazón estaba necesitado de consuelo y de algo nuevo. En Milán, se apasionó por la ópera de moda; iba a encerrarse sola, durante largas horas, en La Scala, en el palco del general Scotti, su antiguo amigo. Los hombres a quienes procuraba encontrar por conseguir noticias de Napoleón y de su ejército, le parecían vulgares y ordinarios. Al volver a su casa, improvisaba en el piano hasta las tres de la

mañana. Una noche, en La Scala, en el palco de una amiga suya, al que acudió buscando noticias de Francia, le presentaron al conde Mosca, ministro de Parma. Era un hombre agradable y que habló de Francia y de Napoleón en términos muy propios para sugerir a su corazón nuevas razones para esperar o para temer. Tornó a aquel palco al día siguiente; aquel hombre inteligente volvió también, y todo el tiempo que duró el espectáculo la condesa le habló con gusto. Desde la partida de Fabricio, no había pasado una noche tan animada como aquélla. Aquel hombre que la entretenía, el conde Mosca della Rovere Sorezana, era entonces ministro de la Guerra, de Policía y de Finanzas del famoso príncipe de Parma, Ernesto IV, tan célebre por sus severidades que los liberales de Milán llamaban crueldades. Mosca tendría cuarenta o cuarenta y cinco años, facciones acusadas, ningún tono de hombre importante y un aire sencillo y alegre que predisponía a favor suyo; habría estado todavía muy bien si una extravagancia de su señor no le indujera a llevar la cabeza empolvada como garantía de buenos sentimientos políticos. Como en Italia no se siente apenas el temor de herir la vanidad, se llega fácilmente a un tono de intimidad y a hablar de cosas personales. El correctivo de esta costumbre consiste en no volver a verse cuando uno se siente ofendido:

—Pero ¿por qué lleva la cabeza empolvada, conde? —díjole la condesa Pietranera la tercera vez que le veía—. ¡Llevar la cabeza empolvada un hombre como usted, simpático, joven aún y que ha hecho con nosotros la guerra de España!

—Pues porque yo no robé nada en esa España, y no hay más remedio que vivir. Estaba borracho de gloria; unas palabras lisonjeras del general francés Gouvion–Saint–Cyr, que nos mandaba, era entonces todo para mí. A la caída de Napoleón, resultó que mientras yo me comía mi hacienda a su servicio, mi padre, hombre de imaginación y que me veía ya general, estaba construyéndome un palacio en Parma. En 1813 me encontré por toda fortuna un gran palacio sin terminar y una pensión.

—Una pensión. ¿Tres mil quinientos francos, como mi marido?

—El conde Pietranera era general de división. La pensión mía, la de un pobre jefe de escuadrón, no ha pasado nunca de ochocientos francos[1], y para eso no me la pagaron hasta que fui ministro de Finanzas.

Como en el palco no había nadie más que la dama de opiniones muy liberales a que pertenecía, la conversación continuó con la misma franqueza. El conde Mosca, interrogado, habló de su vida en Parma.

—En España, a las órdenes del general Saint–Cyr, afronté los tiros para alcanzar la cruz y luego un poco de gloria; ahora me visto como un personaje de teatro para ganar un gran tren de vida y unos miles de francos. Una vez en esta especie de juego de ajedrez, molesto por las insolencias de mis superiores, me propuse ocupar una de las primeras jerarquías, y lo he conseguido. Pero mis días más felices siguen siendo los que, de vez en cuando, puedo venir a pasar en Milán; aquí pervive aún o al menos

me lo parece, el corazón de vuestro ejército de Italia.

La franqueza, la *disenvoltura* con que hablaba este ministro de un príncipe tan temido, incitó la curiosidad de la condesa; juzgando por su título, habría creído encontrarse con un pedante inflado de petulancia, y veía un hombre que se avergonzaba de su puesto. Mosca le había prometido facilitarle todas las noticias de Francia que pudiera recoger, en el mes precedente a Waterloo; esto era en Milán una gran indiscreción; entonces se trataba para Italia de ser o no ser; todo el mundo en Milán estaba enfebrecido de esperanza o de temor. En medio de esta agitación universal, la condesa hizo preguntas sobre un hombre que hablaba con tanto desparpajo desde un cargo tan envidiado y que era su único recurso.

Le contaron cosas muy curiosas y de una singularidad interesante. «El conde Mosca della Rovere Sorezana —le dijeron— va a ser pronto primer ministro y favorito declarado de Ranucio Ernesto IV, soberano absoluto de Parma, y, además, uno de los príncipes más ricos de Europa. El conde habría llegado ya a esta posición suprema si hubiera querido adoptar un porte más solemne: dicen que el príncipe le amonesta a menudo en este sentido.

»—¿Qué le importan mis maneras a Vuestra Alteza —responde con libertad el ministro—, si desempeño bien vuestros asuntos?

»La suerte de ese favorito —añadían— no deja de tener algunas espinas. Hace falta ser grato a un soberano, sin duda hombre de buen juicio e inteligente, pero que, desde que ha subido al trono absoluto, parece haber perdido la cabeza y muestra, por ejemplo, miedos dignos de una mujercilla.

»Ernesto IV sólo es valiente en la guerra. En el campo de batalla, se le ha visto veinte veces conducir una columna al ataque como un bravo general, pero desde la muerte de su padre Ernesto III, ya en sus Estados, en los que tiene, por desgracia, un poder sin límites, se puso a declamar como un loco contra los liberales y la libertad. Luego se ha figurado que le odiaban, y por fin, en un momento de mal humor, hizo ahorcar a dos liberales, acaso poco culpables, aconsejado en esto por un miserable llamado Rassi, una especie de ministro de justicia.

»Desde este momento fatal, la vida del príncipe cambió; se le ha visto atormentado por los temores más extraños. No tiene todavía los cincuenta, y el miedo le ha empequeñecido de tal modo, que en cuanto se habla de los jacobinos y de los proyectos del comité dirigente de París, se le pone la cara de un viejo de ochenta años; vuelve a los terrores imaginativos de la primera infancia. Su favorito, Rassi, fiscal general (juez supremo), no tiene otra influencia que la del miedo de su amo, y en cuanto teme por aquélla se apresura a descubrir alguna nueva conspiración de las más negras y de las más quiméricas. Treinta imprudentes se reúnen para leer un número de *Le constitutionnel:* Rassi los declara conspiradores y los manda presos a la famosa ciudadela de Parma, terror de toda Lombardía. Como es muy alta —ciento

ochenta pies, según dicen—, se la ve de muy lejos en medio de la llanura inmensa, y la forma física de esta prisión, de la que se cuentan cosas horribles, la erige en reina, por el miedo, de toda la llanura que se extiende de Milán a Bolonia.»

—¿Querrá creerlo? —decía a la condesa otro viajero—. Por las noches, en el tercer piso de su palacio guardado por ochenta centinelas que cada cuarto de hora aúllan una frase entera, Ernesto IV está temblando en su cuarto. Con todas las puertas cerradas con diez cerrojos, y con las habitaciones vecinas, tanto arriba como abajo, llenas de soldados, todavía tiene miedo de los jacobinos. Si cruje una tabla del entarimado, el príncipe se precipita a empuñar sus pistolas y cree que algún liberal está escondido debajo de la cama. Inmediatamente se ponen en funcionamiento todas las campanillas del palacio, y un ayudante de campo va a despertar al conde Mosca. Llegado al palacio, el ministro de policía se guarda muy bien de negar la conspiración; al contrario: sólo con el príncipe y armado hasta los dientes, registra todos los rincones del departamento, mira debajo de las camas y, en una palabra, se entrega a una serie de actos ridículos propios de una vieja. Todas estas cosas hubieran parecido muy viles al mismo príncipe en los tiempos más afortunados en que hacía la guerra y no había matado a nadie sino a tiros. Como es hombre muy inteligente, se avergüenza de estas precauciones; le parecen ridículas hasta en el momento en que se entrega a ellas, y el origen de la inmensa influencia del conde Mosca es que éste pone en juego toda su habilidad para que el príncipe no tenga nunca que sonrojarse en su presencia. Es él, Mosca, quien en su calidad de ministro de Policía, insiste en mirar debajo de los muebles, y, según dicen en Parma, hasta en los estuches de los contrabajos. Y es el príncipe el que se opone a esto, burlándose de su ministro por su excesivo celo. «Esto es como un reto —le contesta el conde Mosca—; pensad en las coplas satíricas con que nos abrumarían los jacobinos si dejásemos que os mataran. No es sólo vuestra vida lo que defendemos: es nuestro honor.» Pero parece que el príncipe no se deja engañar más que a medias, pues si a alguno se le ocurre decir en la ciudad que en el palacio han pasado la noche en vela, el gran fiscal Rassi envía a la ciudadela al bromista de mala sombra; y una vez en esta mansión tan alta y tan bien ventilada, como dicen en Parma, hace falta un milagro para que vuelvan a acordarse del preso. Precisamente porque es militar y porque en España escapó veinte veces pistola en mano, en medio de las emboscadas, el príncipe prefiere el conde Mosca a Rassi, mucho más flexible y más servil. Sobre esos desdichados presos de la ciudadela se guarda el rigurosísimo secreto, y se cuentan mil historias sobre ellos. Los liberales aseguran que, por un invento de Rassi, los carceleros y los confesores tienen orden de convencerles de que todos los meses, aproximadamente, uno de ellos es conducido a la muerte. Ese día, a los presos se les permite subir a la explanada de la inmensa torre, a ciento ochenta pies de altura, y desde allí ven desfilar un cortejo con un espía que desempeña el papel de un pobre diablo conducido a la muerte.

Estos cuentos, y otros muchos del mismo estilo y de no menor autenticidad, interesaban vivamente a la condesa Pietranera; al día siguiente preguntaba detalles al conde Mosca, y le gastaba bromas muy agudas. Le encontraba divertido, y le decía que en el fondo era, sin duda alguna, un monstruo. Un día, al volver a su alojamiento, el conde se dijo: «Esa condesa Pietranera no sólo es una mujer encantadora, sino que cuando paso la velada en su palco, llego a olvidar ciertas cosas cuyo recuerdo me punza el corazón».

«Aquel ministro, a pesar de su aire ligero y sus maneras brillantes, no tenía un alma a *la francesa;* no sabía *olvidar* las penas. Cuando en su cabecera había una espina, no tenía más remedio que romperla y gastarla a fuerza de clavarse en ella sus miembros palpitantes.» Pido perdón por esta frase, traducida del italiano.

Al día siguiente de tal descubrimiento, el conde halló que, a pesar de los asuntos que le ocupaban en Milán, el día resultaba enormemente largo; no podía estar tranquilo en parte alguna, y cansó a los caballos de su carruaje. A eso de las seis, montó a caballo para ir al Corso; tenía alguna esperanza de encontrar allí a la condesa Pietranera; al no hallarla, recordó que a las ocho se abría el teatro de La Scala; entró en él y no vio ni diez personas en aquella sala inmensa. Le dio cierta vergüenza permanecer allí. «¿Es posible —se dijo— que a los cuarenta y cinco años cumplidos haga yo tonterías de las que se ruborizaría un teniente? Por fortuna nadie las sospecha.» Salió del teatro y procuró matar el tiempo paseando por las calles tan bonitas que rodean el teatro de La Scala. En ellas los cafés están rebosantes de gente. Delante de los cafés, multitud de curiosos sentados en sillas en medio de la calle toman helados y critican a los paseantes. El conde era un paseante notable, por lo cual tuvo el gusto de ser reconocido y abordado. Tres o cuatro importunos, de ésos a los que no se puede despachar con viento fresco, aprovecharon la ocasión para pedir audiencia a un ministro tan poderoso. Dos de ellos le entregaron memoriales; el tercero se contentó con dirigirle consejos muy largos sobre su conducta politica.

«No se duerme uno —dijo—, cuando se es tan inteligente[2], y no se pasea uno cuando se es tan poderoso.» Volvió a entrar en el teatro y se le ocurrió tomar un palco tercero; desde allí podría mirar, sin que nadie lo notara, al palco segundo al que esperaba ver llegar a la condesa. Dos horas de espera bien cumplidas no le parecieron demasiado largas al enamorado; seguro de no ser visto, se entregó con delicia a su locura.

«¿Acaso la vejez —se decía— no consiste ante todo en no ser ya capaz de estas puerilidades deliciosas?»

Por fin apareció la condesa. Armado de sus gemelos, la examinaba con arrobo: «Joven, brillante, ligera como un pájaro —se decía—, no tiene veinticinco años. Y su belleza es su menor encanto: ¿dónde, sino en ella, encontrar esa alma siempre sincera, que nunca obra *con prudencia,* que se da toda entera a la impresión del

momento, que no pide sino ser arrastrada por alguna cosa nueva? Concibo las locuras del conde Nani».

El conde Mosca se daba excelentes razones para su locura: tantas, que ya no pensaba en otra cosa que en conquistar la felicidad que veía bajo sus ojos. No las hallaba tan buenas cuando llegaba a considerar su edad y los cuidados, a veces muy tristes, que ocupaban su vida. «Un hombre inteligente que deja de serlo por el miedo me proporciona una gran vida y mucho dinero por ser ministro suyo; pero si mañana se le ocurre despedirme, me quedo viejo y pobre, es decir, lo más despreciado que existe en el mundo; ¡buen partido que ofrecer a la condesa Pietranera!» Aquellos pensamientos eran demasiado negros, y tornó a la condesa; no se cansaba de mirarla y, para pensar mejor en ella, no bajaba a su palco.

«Me dicen que sólo aceptó a Nani para dejar plantado a ese imbécil de Limercati, que no quiso avenirse a dar una estocada o hacer dar una puñalada al asesino de su marido. ¡Yo me batiría veinte veces por ella!», exclamaba el conde con arrebato. Consultaba a cada instante el reloj del teatro, que, con cifras resplandecientes de luz sobre un fondo negro, advertía a los espectadores cada cinco minutos la hora a que les era permitido llegar a un palco amigo. El conde se decía: «Yo no podría pasar más que una hora, a lo sumo, en su palco, porque soy un amigo muy reciente; si me quedo más tiempo, llamo la atención y, gracias a mi edad y, sobre todo, a esta maldita cabeza empolvada, tendré el aire atractivo de un Casandro»[3]. Pero de pronto le decidió una reflexión: «Si se le ocurriera dejar su palco para hacer una visita, bonita recompensa para la avaricia con que me economizo este placer». Estaba ya levantado para bajar al palco en que veía a la condesa; de pronto se sintió casi sin ganas de presentarse ante ella. «¡Ah, esto sí que es delicioso! —exclamó, riéndose de sí mismo y parándose en la escalera—. Es un verdadero caso de timidez; hace veinticinco años que no me ha ocurrido cosa semejante.»

Entró en el palco haciendo casi un esfuerzo sobre sí mismo, y aprovechándose, como hombre inteligente, del accidente que le ocurría, no procuró en absoluto aparentar naturalidad o lucir su ingenio lanzándose a algún relato divertido; tuvo el valor de mostrarse tímido, y puso su talento en dejar entrever su turbación sin resultar ridículo. «Si lo toma a mal —se decía—, estoy perdido para siempre. ¡Habráse visto, tímido con el pelo empolvado y que, a no ser por la ayuda de los polvos, aparecería gris! Pero en fin, como la cosa es cierta, no puede ser ridícula más que en el caso de que yo la exagere o la exhiba como trofeo.» La condesa se había aburrido tanto en el castillo, frente a las cabezas empolvadas de su hermano, de su sobrino y de algunos abrumadores personajes de ideas sanas, vecinos de las cercanías, que no volvió a ocuparse ya del peinado de su nuevo adorador.

Escudada así la condesa contra la carcajada de la aparición, sólo se mostró atenta a las noticias de Francia que Mosca tenía siempre para ella en secreto al llegar a su

palco. Sin duda inventaba. Discutiéndolas con él, aquella noche observó la condesa su mirada, que era bella y bondadosa.

—Me imagino —le dijo— que en Parma, en medio de sus esclavos, no tendrá esa mirada amable; lo echaría todo a perder y les daría alguna esperanza de no ser ahorcados.

La total ausencia de empaque en un hombre que pasaba por ser el primer diplomático de Italia, pareció singular a la condesa; hasta le encontró ciertos atractivos. En fin, como hablaba bien y con calor, no le chocó a la condesa Pietranera que el ministro de Parma juzgara oportuno asumir por una noche, y sin consecuencias, el papel de galán.

Fue un gran paso, y no poco peligroso; por fortuna para el ministro, que en Parma no tropezaba con bellezas esquivas, hacía muy pocos días que la condesa llegara de Grianta: su ingenio estaba aún como entumecido por el tedio de la vida campestre. Casi había olvidado la ironía, y todas esas cosas propias de una vida elegante y ligera tomaron para ella como un matiz de novedad que las hacía sagradas; no estaba en disposición de burlarse de nada, ni siquiera de un enamorado de cuarenta y cinco años y tímido. Ocho días más tarde, la temeridad del conde habría podido recibir una acogida muy distinta.

En La Scala es costumbre no prolongar más de veinte minutos esas pequeñas visitas que se hacen a los palcos. El conde pasó toda la velada en aquel en que tenía la dicha de encontrar a la condesa Pietranera. «¡Es una mujer —se decía— que me devuelve todas las locuras de la juventud!» Pero se daba perfecta cuenta del peligro. «Mi calidad de pachá omnipotente a cuarenta leguas de aquí, ¿hará que se me perdone esta tontería?; ¡me aburro tanto en Parma!» No obstante, cada cuarto de hora hacía el firme propósito de marcharse.

—Hay que confesar, señora —dijo sonriendo a la condesa—, que en Parma me muero de tedio, y debe serme permitido que me embriague de placer cuando lo encuentro en mi camino. Debe, pues, permitirme que, sin consecuencias, y por una noche, haga cerca de usted el papel de enamorado. Por desgracia mía, dentro de pocos días estaré muy lejos de este palco que me hace olvidar todas las contrariedades y hasta —dirá usted— todas las conveniencias.

Pasados ocho días de esta visita monstruo al palco de La Scala, y como consecuencia de varios pequeños incidentes cuyo relato acaso pareciera largo, el conde Mosca estaba completamente loco de amor, y la condesa pensaba ya que la edad no debía ser un obstáculo cuando el caballero resultaba agradable. Así estaban las cosas, cuando Mosca fue requerido por un correo de Parma. Dijérase que su príncipe tenía miedo a estar solo. La condesa tomó a Grianta; como su imaginación no decoraba aquel bello lugar, le pareció desierto. «¿Me habré aficionado a ese hombre?», se decía. Mosca escribió con toda naturalidad; la ausencia le había quitado

la fuente de todos sus pensamientos; sus cartas eran entretenidas, y por una pequeña singularidad que no fue mal interpretada, para evitar los comentarios del marqués del Dongo, que no gustaba de pagar portadores de cartas, el conde enviaba unos correos que echaban las suyas en Como, en Lecco, en Varese, o en cualquiera otra de las pequeñas y encantadoras ciudades de los alrededores del lago. Aspiraba con esto a que el correo le llevara las respuestas y lo consiguió.

No tardaron los días de correo en ser un acontecimiento Para la condesa; le traían flores, frutas, pequeños regalos sin valor, pero que le hacían ilusión, lo mismo que a su cuñada. El recuerdo del conde iba unido a la idea de su gran poderío; la condesa se interesaba ahora por todo lo que se decía de él; hasta los liberales rendían homenaje a sus talentos.

La causa principal de la mala reputación del conde era que pasaba por jefe del partido *ultra* en la corte de Parma, y que el partido liberal tenía a la cabeza a una intrigante capaz de todo, incluso de triunfar: la marquesa Raversi, inmensamente rica[4]. El príncipe tenía mucho cuidado de no desanimar a aquel de los dos partidos que no estaba en el poder; sabía muy bien que él sería siempre el amo, hasta con un ministerio salido de los salones de la marquesa Raversi. Se contaban en Grianta mil detalles de estas intrigas: la ausencia de Mosca, al que todo el mundo juzgaba como un ministro de gran talento y un hombre de acción, permitía no pensar en la cabeza empolvada, símbolo de todo lo aburrido y triste; era un detalle sin consecuencias, una de las obligaciones de la corte, en la que, por lo demás, desempeñaba el conde tan lucido papel.

«Una corte es cosa ridícula —decía la condesa—, pero divertida; es como un juego que interesa, pero que impone sus reglas. ¿Acaso se le ha ocurrido a nadie rebelarse contra la ridiculez de las reglas del *piquet?* Y no obstante, una vez que uno se ha acostumbrado a las reglas, resulta agradable dar capote al adversario.»

La condesa pensaba a menudo en el autor de tantas cartas amables; el día en que recibía alguna era agradable para ella; tomaba su barca e iba a leerlas en los bellos parajes del lago, en la *Pliniana,* en *Befan,* en el bosque de los *Sfondrata.* Estas cartas parecían consolarla un poco de la ausencia de Fabricio. Al menos no podía impedir que el conde estuviese muy enamorado; antes de transcurrir un mes, la condesa pensaba en él con una amistad tierna. Por su parte, Mosca obraba casi de buena fe cuando le ofrecía presentar la dimisión, dejar el ministerio y pasar la vida con ella en Milán o en otro lugar cualquiera.

«Tengo cuatrocientos mil francos —añadía—, lo que por lo pronto nos producirá quince mil libras de renta.» «¡Otra vez un palco, caballos, etc.!», se decía la condesa; eran sueños agradables. Las sublimes bellezas del lago de Como tornaban a encantarla de nuevo. Iba a soñar en sus riberas con aquel retorno de una vida brillante y singular que, contra todas las apariencias, volvía a ser posible para ella. Se veía ya

en el Corso, en Milán, dichosa y alegre como en tiempos del virrey. «¡Podría volver para mí la juventud, o al menos la vida activa!»

A veces, su fogosa imaginación le ocultaba las cosas, pero nunca se producían en ella esas ilusiones voluntarias que urde la cobardía. Era por encima de todo una mujer de buena fe consigo misma. «Si soy ya un poco madura para hacer locuras —se decía —, la envidia, que se forja ilusiones como el amor, puede emponzoñarme la vida en Milán. Después de la muerte de mi marido, mi pobreza noble tuvo éxitos, afianzados con mi desdén de dos grandes fortunas. Mi pobre condesito Mosca no tiene la vigésima parte de la opulencia que ponían a mis pies esos dos imbéciles de Limercati y Nani. La raquítica pensión de viuda, trabajosamente obtenida, los criados despedidos —cosa que produjo impresión—, el pisito en el quinto que atraía veinte carrozas a la puerta: todo esto constituyó en otro tiempo un espectáculo singular. Pero por mucha que fuera mi habilidad, tendré momentos desagradables, si, con la sola fortuna de mi pensión de viuda, vuelvo a vivir en Milán con el pequeño desahogo burgués que pueden darnos las quince mil libras que le quedarán a Mosca después de dimitir. Una poderosa objeción que la envidia convertirá en un arma terrible, es que el conde, aunque separado de su mujer desde hace mucho tiempo, es casado. Esta separación se conoce en Parma, pero en Milán será nueva, y me la achacarán a mí. Conque mi precioso teatro de La Scala, mi divino lago de Como… ¡adiós, adiós!»

Pese a todas estas previsiones, si la condesa hubiera tenido la más modesta fortuna, habría aceptado el ofrecimiento de dimisión de Mosca. Se creía una mujer madura, y la corte le daba miedo; pero, aunque parezca inverosímil aquende los Alpes, el conde habría presentado la dimisión con entusiasmo. Al menos consiguió hacérselo creer así a su amiga. En todas sus cartas solicitaba, con una exaltación cada vez mayor, una segunda entrevista en Milán. Le fue concedida.

—Jurarle que siento por usted una loca pasión —le decía la condesa un día en Milán— sería mentir; ¡qué más quisiera yo que amar hoy, a los treinta años cumplidos, como amaba a los veintidós! ¡Pero he visto caer tantas cosas que me parecían eternas! Siento por usted la más tierna amistad, tengo en usted una confianza sin límites y es usted, entre todos los hombres, el que yo prefiero.

La condesa se creía completamente sincera; pero el final de esta declaración encerraba una pequeña mentira. Acaso si Fabricio lo hubiera querido, se habría impuesto a todo en su corazón. Pero Fabricio no era más que un niño a los ojos del conde Mosca. Éste llegó a Milán tres días después de la partida del atolondrado joven para Novaro, y Mosca se apresuró a hablar en su favor al barón Binder. El conde pensó que el destierro era cosa irremediable.

No había llegado solo a Milán; llevaba en su carruaje al duque Sanseverina–Taxis, un lindo viejecillo de sesenta y ocho años, gris y rizoso el pelo, muy correcto, muy atildado, inmensamente rico, pero no lo bastante noble. Fue su abuelo, no más

lejos, quien amasó millones en el oficio de arrendatario general de las rentas del Estado de Parma. Su padre logró que le nombraran embajador del príncipe de Parma en la corte de ***, como resultado del siguiente razonamiento: «Vuestra Alteza otorga treinta mil francos a su enviado en la corte de ***, el cual hace en la misma una figura muy mediocre. Si Vuestra Alteza se digna concederme ese cargo, aceptaré seis mil francos de honorarios. Mis gastos en la corte de *** no rebasarán nunca los cien mil francos anuales, y mi administrador enviará cada año veinte mil francos a la caja de Asuntos Exteriores de Parma. Con esta cantidad, se podrá enviar a mi lado al secretario de embajada que se quiera, y yo no mostraré nunca empeño por conocer los secretos diplomáticos, si los hay. Mi objeto es dar lustre a mi casa, todavía nueva, y enaltecerla con uno de los grandes cargos del país».

El duque actual, hijo de este embajador, cometió la torpeza de mostrarse semiliberal, y desde hacía dos años estaba desesperado. En tiempos de Napoleón perdió dos o tres millones por su obstinación en permanecer en el extranjero, y, no obstante, desde el restablecimiento del orden en Europa, no pudo conseguir cierto gran cordón que decoraba el retrato de su padre; la falta de esta insignia le hacía languidecer.

En el punto de intimidad que, en Italia, sigue el amor, no había ya lugar a ninguna objeción de vanidad entre los dos amantes. Fue, pues, perfectamente sencillo el tono con que el conde Mosca dijo a la mujer que adoraba:

—Tengo dos o tres planes de conducta que ofrecerle, todos bien combinados; no pienso en otra cosa desde hace tres meses.

»1.° Presento la dimisión y vivimos como unos buenos burgueses en Milán, en Florencia, en Nápoles, donde usted quiera. Tenemos quince mil libras de renta, independientemente de los beneficios del príncipe, que durarán más o menos.

»2.° Se digna venir al país en que yo puedo algo, compra una finca, Sacca, por ejemplo, con una casa encantadora, en medio de un bosque que domina el curso del Po; de aquí a ocho días puede tener firmado el contrato de venta. El príncipe la incorporará a su corte. Pero aquí surge una inmensa objeción. Será bien recibida en esa corte. A nadie se le ocurrirá rechistar ante mí; por otra parte, la princesa se cree desgraciada, y acabo de hacerle algunos servicios a intención de usted, pero recordaré una objeción capital: el príncipe es muy devoto, y, como usted sabe, la fatalidad quiere que yo sea casado. De aquí se deduce una serie de inconvenientes de detalles. Usted es viuda, un bonito título que convendría cambiar por otro, y éste es el objeto de mi tercera proposición.

»3.° Se podría hallar un nuevo marido menos incómodo. Pero, en primer lugar, habría que encontrarle de edad avanzada, pues ¿por qué había usted de negarme la esperanza de reemplazarle algún día? Pues bien, he arreglado este asunto singular con el duque Sanseverina–Taxis, que, naturalmente, ignora el nombre de la futura

duquesa. Lo único que sabe es que le hará embajador y le dará la gran condecoración que ostentaba su padre y que no tenerla le hace el más infortunado de los mortales. Fuera de esto, el duque en cuestión no es demasiado imbécil; encarga a París sus trajes y sus pelucas. No es en modo alguno un hombre de maldades *premeditadas;* cree en serio que el honor consiste en poseer esa condecoración y se avergüenza de su fortuna. Hace un año vino a proponerme fundar un hospital para obtener esa condecoración; yo me burlé de él, pero él no se ha burlado de mí cuando le he propuesto una boda; naturalmente, mi primera condición ha sido que jamás volvería a poner los pies en Parma.»

—Pero ¿sabe usted que eso que me propone es muy inmoral? —observó la condesa.

—No más inmoral que todo lo que se hace en nuestra corte y en otras veinte. Lo cómodo del poder absoluto es que lo santifica todo a los ojos de los pueblos; ahora bien, no existe lo ridículo cuando nadie lo nota. Durante veinte años, nuestra política va a consistir en tener miedo a los jacobinos, ¡y qué miedo! Cada año nos creeremos en vísperas del 93. ¡Ya oirá —así lo espero— las frases que yo hago sobre esto en mis recepciones! ¡Es magnífico! Todo lo que pueda atenuar un poco este miedo será *soberanamente moral* para los nobles y para los devotos. Ahora bien, en Parma, todo el que no es noble o devoto está en la cárcel o haciendo el equipaje para ingresar en ella; tenga la seguridad de que esa boda no parecerá extraña entre nosotros hasta el día en que yo caiga en desgracia. Esta combinación no significa una canallada para nadie, y, a mi juicio, eso es lo esencial. El príncipe, de cuyo favor hacemos oficio y mercancía, no ha puesto más que una condición a su consentimiento: que la futura duquesa sea noble de linaje. El año pasado, mi cargo me ha valido, contándolo todo, ciento siete mil francos: mi renta ha debido de ser en conjunto de ciento veintidós mil francos; he colocado veinte mil en Lyon. En fin, elige: primero, una gran vida basada en ciento veinte mil francos que gastar, lo que en Parma equivale por lo menos a cuatrocientos mil en Milán, pero con esta boda que le da el nombre de un hombre aceptable y al que sólo verá en el altar; segundo, la pequeña vida burguesa con quince mil francos en Florencia o en Nápoles, pues soy de su parecer, ha sido demasiado admirada en Milán; aquí la envidia nos perseguiría, y acaso consiguiera importunarnos. La vida a lo grande en Parma tendrá, creo, algunos matices de novedad, incluso para usted, que ha visto la corte del príncipe Eugenio; sería prudente conocerla antes de cerrarnos la puerta de la misma. No crea que trato de influir sobre su opinión. En cuanto a mí, mi elección está bien decidida: prefiero vivir en un cuarto piso con usted a continuar solo esta vida a lo grande.

La posibilidad de tan raro matrimonio fue discutida cada día entre los dos amantes. La condesa conoció en el baile de La Scala al duque Sanseverina–Taxis, que le pareció muy presentable. En una de las últimas conversaciones, Mosca resumió así

su proposición:

—Hay que tomar un partido decisivo si queremos pasar alegremente el resto de nuestra vida y no ser viejos antes de tiempo. El príncipe ha dado su aprobación; Sanseverina es un personaje más bien aceptable; posee el palacio más hermoso de Parma y una fortuna inmensa; tiene sesenta y ocho años y una pasión desatinada por la gran condecoración; pero hay una gran mancha en su vida: en otro tiempo pagó diez mil francos por un busto de Napoleón hecho por Canova. Su segundo pecado, que le matará si usted no acude en su ayuda, es haber prestado veinticinco napoleones a Ferrante Palla[5], un loco de nuestro país, pero hombre de cierto genio, que después condenamos a muerte afortunadamente en rebeldía. Ese Ferrante hizo en su vida doscientos versos inigualables; ya se los recitaré: es tan hermoso como Dante. El príncipe envía a Sanseverina a la corte de ***, Sanseverina se casa con usted el día de su partida, y el segundo año de su ausencia, que él llamará su embajada, recibe la condecoración sin la cual no puede vivir. Será para usted como un hermano en modo alguno desagradable; firma de antemano todos los papeles que yo quiera, y además le verá poco o nunca, como guste. No desea otra cosa que no mostrarse en Parma, donde le estorban su abuelo el recaudador y su pretendido liberalismo. Rassi, nuestro verdugo, pretende que el duque ha estado suscrito en secreto *a Le Constitutionnel* por intermedio del poeta Ferrante Palla, y esta calumnia ha sido durante mucho tiempo un serio obstáculo para el consentimiento del príncipe.

¿Por qué había de ser culpable el historiador que sigue fielmente los menores detalles del relato que le han hecho? ¿Es culpa suya que los personajes, seducidos por pasiones que, desgraciadamente para él, no comparte, incurran en actos profundamente inmorales? Verdad es que cosas como éstas ya no se hacen en un país en que la única pasión que sobrevive a todas las demás es el dinero, un medio de vanidad.

Tres meses después de los acontecimientos consignados hasta aquí, la duquesa Sanseverina–Taxis asombraba a la corte de Parma por su amabilidad fácil y por la noble serenidad de su talento; su casa era, sin comparación, la más agradable de la ciudad. Esto es lo que el conde Mosca había prometido a su señor. Ranucio Ernesto IV, el príncipe reinante, y la princesa, su esposa, a los que fue presentada por dos de las más altas damas del país, le dispensaron una acogida muy honrosa. La duquesa sentía curiosidad por conocer a aquel príncipe, dueño de la suerte del hombre a quien ella amaba; quería serle grata, y lo consiguió con exceso. Se encontró con un hombre de elevada estatura, pero un poco grueso; su pelo, sus bigotes, sus enormes patillas, eran de un rubio muy hermoso según los cortesanos; en otra parte, habrían provocado, por su color desvaído, la innoble palabra de estopa. En medio de una cara muy gruesa, emergía apenas una pequeñísima nariz casi femenina. Pero la duquesa observó que para percibir todos estos elementos de fealdad, había que ponerse a

detallar los rasgos del príncipe. En conjunto, daba la impresión de un hombre inteligente y de un carácter firme. El porte del príncipe, su continente, no carecían de majestad, pero a menudo procuraba imponer a su interlocutor; entonces se turbaba él mismo y comenzaba a balancearse casi sin parar de una pierna a otra. Aparte de esto, Ernesto IV tenía un mirar penetrante y dominador; los ademanes de sus brazos eran nobles, y sus palabras, a la vez mesuradas y concisas.

Mosca había advertido a la duquesa que el príncipe tenía en el gran gabinete de audiencias un retrato de Luis XIV en pie y una mesa muy bella de *Scagliola* de Florencia. La imitación le pareció patente; saltaba a la vista que el príncipe buscaba la mirada y la palabra noble de Luis XIV y se apoyaba en la mesa de *Scagliola* procurando adoptar el gesto de José II. Pronunciadas las primeras palabras que dirigió a la duquesa, el príncipe se sentó, a fin de darle la ocasión de hacer uso del taburete que correspondía a su rango. En esta corte, las duquesas, las princesas y las esposas de los grandes de España son las únicas que se sientan; las otras damas esperan a que el Príncipe o la princesa las inviten a hacerlo, y, para marcar la diferencia de las categorías, estas augustas personas se cuidan siempre de dejar pasar un pequeño intervalo antes de invitar a las damas no duquesas a sentarse. A la duquesa le pareció que, en ciertos momentos, la imitación de Luis XIV resultaba un poco excesiva en el príncipe; por ejemplo, en la manera de sonreír con bondad sin dejar de levantar mucho la cabeza.

Ernesto IV llevaba un frac de moda venido de París; de esta ciudad, que aborrecía, le enviaban todos los meses un frac, una levita y un sombrero. Pero, por una extraña mezcolanza de indumentaria, el día en que recibió a la duquesa, llevaba pantalón rojo, medias de seda y zapatos muy abotinados, cuyos modelos pueden verse en los retratos de José II.

Recibió con amabilidad a la duquesa Sanseverina, le dijo cosas ingeniosas y finas; pero la duquesa observó que no se excedía en la buena recepción.

—¿Sabe por qué? —le dijo el conde Mosca a la salida de la audiencia—. Porque Milán es una ciudad más grande y más bella que Parma. Recibiéndola como yo creía y como él me había hecho esperar, habría temido parecer un provinciano en éxtasis ante las gracias de una hermosa dama llegada de la capital. Seguramente le contraría también una particularidad que no me atrevo a decirle: el príncipe no ve en su corte ninguna mujer que pueda compararse a usted en belleza. Éste ha sido ayer, al acostarse, el único tema de su conversación con Pernice, su primer ayuda de cámara, que es muy amable conmigo. Preveo una pequeña revolución en el protocolo. Mi mayor enemigo en esta corte es un mentecato que se llama el general Fabio Conti. Imagínate un original que ha hecho la guerra acaso un solo día en su vida y que se apoya en esto para imitar el continente de Federico el Grande. Además, se esfuerza también en reproducir la afabilidad noble del general La Fayette, y esto porque es el

jefe del partido liberal (¡Dios sabe qué liberal es!).

—Conozco a ese Fabio Conti —dijo la duquesa—, le he visto cerca de Como disputando con los gendarmes —y contó la pequeña aventura que acaso recuerde el lector.

—Algún día sabrá, señora mía, si su inteligencia consigue penetrar las profundidades de nuestra etiqueta, que las jóvenes no aparecen en la corte hasta que se casan. Pues bien, el príncipe profesa un patriotismo tal por la superioridad de su ciudad de Parma sobre todas las demás, que yo apostaría que va a encontrar un medio de hacer que le sea presentada la pequeña Clelia Conti, hija de nuestro La Fayette. Es sin duda encantadora y hasta hace ocho días pasaba por ser la criatura más bella de los estados del príncipe.

»No sé —continuó el conde— si los horrores que los enemigos del soberano han propalado a cuenta suya habrán llegado al castillo de Grianta; le han presentado como un monstruo, como un ogro. La verdad es que Ernesto IV tenía muchas pequeñas virtudes, y puede añadirse que, de haber sido invulnerable como Aquiles, habría continuado siendo el modelo de los potentados. Pero en un momento de fastidio y de cólera, y también un poco por imitar a Luis XIV cuando mandó decapitar a no sé qué héroe de la Fronda que fue descubierto viviendo tranquila e insolentemente en una finca cercana a Versalles, cincuenta años después de la Fronda, Ernesto IV hizo que ahorcaran en un día a dos liberales. Parece ser que aquellos imprudentes se reunían en días fijos para hablar mal del príncipe y dirigir al cielo ardientes votos, porque la peste viniera a Parma y los librara del tirano. La palabra *tirano* quedó probada. Rassi llamó a esto conspirar; hizo que los condenaran a muerte, y la ejecución de uno de ellos, el conde L***, fue atroz. Esto ocurrió antes de mi tiempo. Desde ese fatal momento —añadió el conde bajando la voz—, el príncipe sufre accesos de miedo *indignos de un hombre,* pero que son la única fuente del favor de que yo dispongo. Sin el miedo soberano, yo tendría una clase de mérito demasiado brusco, demasiado áspero para esta corte, en la que abundan los imbéciles. ¿Creerá usted que el príncipe mira debajo de las camas de sus habitaciones antes de acostarse y gasta un millón —que en Parma es como cuatro millones en Milán— para tener una buena policía?; Y aquí tiene usted, señora duquesa, al jefe de esta horrible policía. Por la policía, es decir, por el miedo, he llegado yo a ministro de la Guerra y de Finanzas, y como el ministro del Interior es mi jefe nominal, por cuanto tiene la policía en sus atribuciones, he procurado esta cartera al conde Zurla–Contarini, un imbécil, bestia de carga del verdugo, que se da el gusto de escribir ochenta cartas cada día. Esta misma mañana he recibido una en la que el conde Zurla–Contarini ha tenido la satisfacción de escribir de su puño y letra el número 20.715.

La duquesa Sanseverina fue presentada a la triste princesa de Parma, Clara Paolina, que, porque su marido tenía una amante (una mujer bastante bonita, la

marquesa Balbi), se creía la persona más desgraciada del mundo, y esto la había convertido acaso en la más fastidiosa. La duquesa se encontró con una mujer muy alta y muy flaca, que no tenía treinta y seis años y representaba cincuenta. Si la princesa no se hubiera abandonado, su rostro, regular y noble, habría podido pasar por bello, aunque un poco deslucido por unos ojos redondos que apenas veían. Recibió a la duquesa con una timidez tan marcada, que algunos cortesanos enemigos del conde Mosca tuvieron la osadía de decir que la princesa parecía la dama presentada, y la duquesa la soberana. La duquesa, sorprendida y casi desconcertada, no sabía cómo dar con los términos adecuados para colocarse en un plano inferior al que la princesa tomaba para sí misma. Para dar alguna tranquilidad a aquella pobre princesa, que en el fondo no carecía de inteligencia, la duquesa no halló nada mejor que entablar y prolongar una larga disertación sobre botánica. La princesa era realmente muy docta en este ramo; poseía hermosos invernaderos con muchas plantas tropicales. La duquesa, tratando, con toda sencillez, de salir del paso, se ganó para siempre a la princesa Clara Paolina, que, después de haberse mostrado tan tímida y azorada al comienzo de la audiencia, al final de la misma se sintió tan a sus anchas, que, contra todas las reglas de la etiqueta, aquella primera audiencia duró lo menos cinco cuartos de hora. Al día siguiente, la duquesa mandó comprar plantas exóticas y aparentó ser una gran aficionada a la botánica.

La princesa se pasaba la vida con el venerable padre Landriani, arzobispo de Parma, hombre de ciencia, incluso hombre inteligente, y sumamente honrado, pero que presentaba un cuadro singular, sentado en su silla de terciopelo carmesí (era un derecho privativo de su cargo), frente al sillón de la princesa, rodeada de sus damas de honor y de sus dos damas de *compañía.* El viejo prelado, con su largo pelo blanco, era todavía más tímido, si ello es posible, que la princesa; se veían todos los días, y todas las audiencias comenzaban por un silencio de un cuarto de hora largo. Esto fue lo que dio lugar a que la condesa Alvizi, una de las damas de compañía, hubiera llegado a ser una especie de favorita, porque tenía el arte de animarlos a hablarse y de hacerlos romper el silencio.

Para terminar las presentaciones, la duquesa fue recibida por S. A. S. el príncipe heredero, personaje de más alta estatura que su padre y más tímido que su madre. Era muy fuerte en mineralogía y tenía dieciséis años. Enrojeció mucho al ver entrar a la duquesa y se quedó tan desconcertado, que no se le ocurrió ni una palabra que decir a aquella hermosa dama. Era muy guapo y se pasaba la vida en los montes, martillo en mano.

Cuando la duquesa se levantó para poner fin a aquella silenciosa audiencia:

—¡Dios mío, qué hermosa es usted, señora! —exclamó el príncipe heredero. La dama presentada no encontró demasiado de mal gusto esta exclamación.

Dos o tres años antes de la llegada de la duquesa Sanseverina a Parma, la

marquesa Balbi, dama de veinticinco años, podía pasar aún por el modelo más perfecto de *lo bonito italiano.* Ahora seguía teniendo los ojos más hermosos del mundo y los gestos más graciosos; pero, vista de cerca, tenía la piel surcada de arruguitas finas que la hacían parecer una joven vieja. Desde cierta distancia, por ejemplo en el teatro, todavía resultaba una belleza, y los espectadores del patio encontraban que el príncipe tenía muy buen gusto. Pasaba todas las noches en casa de la marquesa Balbi, pero muchas veces sin abrir la boca, y el ver al príncipe tan aburrido había hecho adelgazar extraordinariamente a la pobre mujer. Presumía de gran sutileza y sonreía siempre con malicia; tenía los dientes más hermosos del mundo, y como carecía de seso, quería suplir con una sonrisa pícara lo que no expresaban sus palabras. El conde Mosca decía que era este continuo sonreír, mientras bostezaba interiormente, lo que le producía tantas arrugas. La Balbi intervenía en todos los asuntos, y el Estado no hacía ni un negocio de mil francos sin que hubiera un recuerdo para la marquesa (tal era la honesta frase en Parma). Según el rumor público, había colocado seis millones de francos en Inglaterra, pero su fortuna, en verdad de origen reciente, no llegaba en realidad a millón y medio de francos. Precisamente para ponerse al abrigo de sus astucias y para tenerla en su dependencia, se había hecho nombrar el conde Mosca ministro de Finanzas. La única pasión de la marquesa era el miedo transformado en sórdida avaricia: «Moriré en la miseria», decía a veces al príncipe, al que indignaban tales palabras. La duquesa observó que la antesala, resplandeciente de dorados, del palacio de la Balbi, estaba alumbrada por una sola vela chorreando sobre una mesa de mármol precioso, y las puertas del salón aparecían ennegrecidas por los dedos de los lacayos.

—Me ha recibido —dijo la duquesa a su amigo— como si esperase de mí una gratificación de cincuenta francos.

La continuidad de los éxitos de la duquesa fue un poco interrumpida por el recibimiento que le hizo la mujer más lista de la corte, la célebre marquesa Raversi, intrigante consumada que estaba a la cabeza del partido opuesto al del conde Mosca. Tenía mucho empeño en derribarle, mucho más desde hacía unos meses, porque era sobrina del duque Sanseverina, y temía que las gracias de la nueva duquesa atentaran a su herencia.

—La Raversi no es una mujer desdeñable —decía el conde a su amiga—; hasta tal punto la considero capaz de todo, que me separé de mi mujer únicamente porque se obstinaba en tomar por amante al caballero Bentivoglio, uno de los amigos de la Raversi.

Esta dama, gran virago de cabello muy negro, que se distingue por los diamantes que lleva desde la mañana y por el colorete que le embadurna las mejillas, se había declarado de antemano enemiga de la duquesa y, al recibirla en su casa, se propuso comenzar ya la guerra. El duque de Sanseverina, en las cartas que escribía de ***,

parecía de tal modo encantado de su embajada, y sobre todo de la esperanza de la gran condecoración, que su familia temía que dejara una parte de su fortuna a su mujer, a la que colmaba de pequeños regalos. La Raversi, aunque regularmente fea, tenía por amante al conde Balbi, el hombre más guapo de la corte: en general, lograba cuanto se proponía.

La duquesa llevaba un gran tren de vida. El palacio Sanseverina había sido siempre uno de los más suntuosos de la ciudad de Parma, y el duque, con motivo de su embajada y de su futura gran orden, gastaba mucho dinero en embellecerlo: la duquesa dirigía las reformas.

El conde había acertado: a los pocos días de la presentación de la duquesa, llegó a la corte la joven Clelia Conti, la habían hecho canonesa. Con el fin de parar el golpe que este favor podía significar en apariencia contra la privanza del conde, la duquesa dio una fiesta con el pretexto de inaugurar el parque de su palacio, y con sus seductoras maneras erigió en reina de la fiesta a Clelia, a la que llamaba su amiguita del lago de Como. Su inicial apareció en todos los transparentes[6]. La joven Clelia, aunque un poco pensativa, estuvo simpática hablando de la pequeña aventura del lago y de su viva gratitud. Se decía que era muy devota y muy amiga de la soledad.

—Apostaría —decía el conde— que es lo bastante inteligente para avergonzarse de su padre.

La duquesa cultivó la amistad de esta muchacha, sentía inclinación por ella, no quería parecer celosa y la llevaba a todas sus fiestas; en fin, practicaba el sistema de atenuar todos los odios de que era objeto el conde.

Todo sonreía a la duquesa; la divertía aquella existencia de corte en la que amenazaba siempre la tormenta; le parecía que empezaba de nuevo a vivir. Estaba tiernamente ligada al conde, que se sentía literalmente loco de felicidad. Esta agradable situación le había dado una perfecta sangre fría para todo lo que afectaba únicamente a sus intereses de ambición. En consecuencia, a los dos meses escasos de haber llegado la duquesa, obtuvo el nombramiento y los honores de primer ministro, que se aproximan mucho a los que se rinden al propio soberano. Ejercía un poder absoluto sobre el ánimo de su señor, y de ello se tuvo en Parma una prueba patente que impresionó a todo el mundo.

Al sudeste de Parma, y a diez minutos de distancia, se alza la famosa ciudadela, tan renombrada en Italia, con su gran torre, de ciento ochenta pies de altura, que se divisa de muy lejos. Esta torre construida según el modelo del mausoleo de Adriano, en Roma, por los Farnesio, nietos de Paulo III, a comienzos del siglo XVI, es tan dilatada, que sobre la explanada en que termina se ha podido construir un palacio para el gobernador de la ciudadela y una nueva prisión llamada la torre Farnesio. Esta prisión, construida en honor del primogénito de Ranucio Ernesto II, que llegó a ser el amante amado de su madrastra, tiene fama de bella y singular en el país. La duquesa

tuvo la curiosidad de verla. El día de su visita hacía en Parma un calor asfixiante, y allá arriba, en aquella posición tan elevada, halló el aire fresco, lo que le produjo tal encanto que pasó allí varias horas. Se apresuraron a abrirle las salas de la torre Farnesio.

La duquesa encontró en la explanada de la gran torre a un pobre liberal preso, que estaba allí gozando la media hora de paseo que les conceden cada tres días. Cuando volvió a Parma, como no tenía aún la discreción necesaria en una corte absoluta, habló de aquel hombre que le había contado toda su historia. El partido de la marquesa Raversi aprovechó estas palabras de la duquesa y las difundió mucho, esperando que molestaran al príncipe. En efecto, Ernesto IV solía repetir que lo esencial era sobre todo herir la imaginación de las gentes.

—*Siempre* es una gran palabra —decía—, y más terrible en Italia que en ninguna otra parte.

En consecuencia nunca jamás había concedido gracia. A los ocho días de su visita a la fortaleza, la duquesa recibió una carta de conmutación de pena, firmada por el príncipe y por el ministro, con el nombre en blanco. El preso cuyo nombre escribiera la duquesa obtendría la restitución de sus bienes y el permiso de ir a pasar en América el resto de sus días. La duquesa escribió el nombre del preso que le había hablado. Desgraciadamente, aquel hombre resultó ser una especie de canalla, un alma débil: por sus declaraciones había sido condenado a muerte el famoso Ferrante Palla.

La singularidad de esta gracia elevó a lo sumo las ventajas de la posición de la duquesa Sanseverina. El conde Mosca estaba loco de felicidad. Fue ésta una hermosa época de su vida, y ejerció una influencia decisiva en los destinos de Fabricio. Seguía éste en Romagnano, cerca de Novaro, confesándose, cazando, sin leer y haciendo la corte a una mujer noble, como lo prescribían sus instrucciones. A la duquesa seguía contrariándola esta última necesidad. Otra señal, que no significaba nada para el conde, era que, hablando con él de todas las cosas con la mayor franqueza, como si pensara en voz alta en su presencia, nunca hablaba de Fabricio sin pensar antes en medir sus palabras.

—Si usted quiere —le decía un día el conde—, escribiré a ese simpático hermano que tiene en el lago de Como y, con un poco de trabajo para mí y para mis amigos de ***, obligaré a ese marqués Del Dongo a pedir gracia para su gentil Fabricio. Si es cierto, y me guardaré muy bien de dudarlo, que Fabricio vale un poco más que esos mancebos que pasean sus caballos ingleses por las calles de Milán, ¡qué vida mejor que la que a los dieciocho años no hace nada y tiene la perspectiva de no hacer nunca nada! Si el cielo le hubiera concedido una verdadera pasión por cualquier cosa, aunque fuera por la pesca a caña, yo la respetaría; pero, ¿qué va a hacer en Milán, aun después de obtenido el indulto? A cierta hora, montará un caballo encargado a Inglaterra; a otra, la desocupación le llevará a casa de su querida, a la que amará

menos que a su caballo… Pero si tú me lo ordenas, yo trataré de procurar a tu sobrino ese género de vida.

—Yo quisiera que fuese militar —dijo la duquesa.

—¿Aconsejaría usted a un soberano que confiase un puesto que algún día puede llegar a tener cierta importancia, a un joven, primero, susceptible de entusiasmo; segundo, que muestra ese entusiasmo por Napoleón hasta el punto de ir en pos de él a Waterloo? No tendríamos liberales que temer, es cierto, pero los soberanos de las antiguas familias no podrían reinar sino casándose con las hijas de los mariscales. Así, la carrera militar para Fabricio es la vida de la ardilla en una jaula giratoria: mucho movimiento para no moverse del sitio. Tendrá el disgusto de verse postergado por todas las devociones plebeyas. La primera cualidad en un joven de hoy —es decir, acaso durante cincuenta años, mientras nos dure el miedo y no sea restablecida la religión— consiste en no ser inclinado al entusiasmo y en no tener talento.

»He pensado una cosa, pero una cosa que, por lo pronto, va a suscitar su airada protesta y me va a dar a mí trabajos infinitos durante más de un día: se trata de una locura que quiero hacer por usted. Pero dígame, si lo sabe, qué locura no haré yo por obtener una sonrisa suya.

—¿Y qué es ello? —inquirió la duquesa.

—Pues que en el arzobispado de Parma hemos tenido tres nombres de su familia: Ascanio del Dongo, que escribió en 16… ; Fabricio en 1699, y un segundo Ascanio en 1740. Si Fabricio quiere entrar en la prelatura y distinguirse por virtudes de primer orden, le hago obispo de cualquier sitio y luego arzobispo aquí, suponiendo que continúe mi influencia. La objeción seria es ésta: ¿seré yo ministro el tiempo suficiente para realizar ese bonito plan que requiere varios años? El príncipe puede morir, o puede tener el mal gusto de despedirme. Pero en fin, es el único medio que tengo de hacer por Fabricio algo digno de usted.

Discutieron mucho tiempo; esta idea repugnaba profundamente a la duquesa.

—Vuelva a demostrarme que cualquier otra carrera es imposible para Fabricio.

El conde lo demostró.

—Le apena renunciar al brillante uniforme —añadió—; pero en eso no veo qué pueda hacer yo.

Al cabo de un mes que la duquesa había pedido para reflexionar, se rindió suspirando a los cuerdos proyectos del ministro.

—O montar muy almidonado un caballo inglés en cualquier gran ciudad —repetía el conde—, o tomar un estado que no desdice de su alcurnia; no veo término medio. Por desgracia, un noble no puede hacerse ni médico ni abogado, y éste es el siglo de los abogados. Recuerde siempre, señora mía —repetía el conde—, que usted proporciona a su sobrino, por las calles de Milán, la suerte de los jóvenes de su edad que pasan por los más afortunados. Una vez obtenido el perdón, le da quince, veinte,

treinta mil francos, poco importa, puesto que ni usted ni yo pretendemos hacer economías.

La duquesa era sensible a la gloria, no quería que Fabricio fuera un simple derrochador; volvió al plan de su amante.

—Observe —le dijo el conde— que yo no pretendo hacer de Fabricio un sacerdote ejemplar como se ven tantos. No, él es ante todo un gran señor; podrá seguir siendo, si le parece, perfectamente ignorante, y no por eso dejará de ser obispo y arzobispo, si el príncipe continúa considerándome hombre útil.

»Si sus órdenes se dignan elevar mi proposición a decreto inmutable —añadió el conde—, no conviene en modo alguno que Parma vea a nuestro protegido en una posición poco brillante. Su fortuna chocaría después si se le conociera aquí de simple sacerdote; en Parma sólo debe aparecer con las *medias violeta* y el tren de vida adecuado. Todo el mundo adivinará que su sobrino ha de ser obispo, y a nadie le extrañará.

»Si quiere hacerme caso, enviará a Fabricio a cursar la teología y a pasar tres años en Nápoles. Durante las vacaciones de la academia eclesiástica, irá, si quiere, a visitar París y Londres, pero no se dejará ver nunca en Parma.

Estas palabras produjeron a la duquesa una especie de estremecimiento. Envió un correo a su sobrino y le dio una cita en Plasencia. Huelga decir que este correo era portador de todos los medios pecuniarios y de todos los pasaportes necesarios.

Llegado el primero a Plasencia, Fabricio corrió al encuentro de la duquesa y la besó con efusiones de cariño que la hicieron llorar. Se felicitó ésta de que el conde no estuviera presente; desde la época de sus amores, era la primera vez que experimentaba sensación parecida.

A Fabricio le conmovieron mucho y luego le afligieron los planes que la duquesa había forjado con respecto a él; había tenido siempre la esperanza de que, una vez arreglado el asunto de Waterloo, acabaría por ser militar. Una cosa impresionó a la duquesa y acentuó más aún la opinión romancesca que se había formado de su sobrino: se negó terminantemente a llevar una vida de café en una de las grandes ciudades de Italia.

—¡Imagínate en el Corso de Florencia o de Nápoles —le decía la duquesa— con unos caballos ingleses de pura sangre! Para la noche, un carruaje, un bonito piso, etcétera —e insistía con delicia en la descripción de esta felicidad vulgar que Fabricio rechazaba con desdén. «Es un héroe», pensaba la duquesa.

—Y después de diez años de esa agradable vida, ¿qué habré hecho? —objetaba Fabricio—, ¿qué seré? Un joven *maduro* que tendrá que ceder el paso al primer lechuguino adolescente que debute en el gran mundo, montando también él un caballo inglés.

Fabricio comenzó asimismo por rechazar en redondo el partido de la Iglesia;

habló de irse a Nueva York, de hacerse ciudadano y soldado republicano en América.

—¡Qué error el tuyo! No tendrás guerra y volverás a caer en la vida de café, sólo que sin elegancia, sin música, sin amores —replicó la duquesa—. Créeme, para ti, como para mí, sería una triste vida la de América[7].

Le explicó el culto del *dios* dólar y ese respeto que hay que tener a los artesanos de la calle, que lo deciden todo con sus votos. Volvieron a la solución de la Iglesia.

—Antes de rebelarte —le dijo la duquesa—, comprende bien lo que el conde te pide: no se trata en modo alguno de ser un pobre cura más o menos ejemplar y virtuoso, como el abate Blanès. Recuerda lo que fueron tus tíos los arzobispos de Parma; vuelve a leer las noticias de sus vidas, en el suplemento de la genealogía. Ante todo, conviene a un hombre de linaje ser un gran señor, noble, generoso, protector de la justicia, destinado de antemano a colocarse a la cabeza de su orden… y sin hacer en toda su vida más que una sola vileza, pero ésta muy útil.

—¡De modo que todas mis ilusiones que se las lleve el viento! —decía Fabricio suspirando profundamente—, ¡el sacrificio es duro! Confieso que no había reflexionado en ese horror por el entusiasmo y la inteligencia, incluso puesto a su servicio, que en lo sucesivo va a reinar en los dominios de los soberanos absolutos.

—Piensa que una proclama, que una fantasía del corazón precipita al hombre entusiasta en el partido contrario al que sirvió toda la vida.

—¡Mi entusiasmo! —repitió Fabricio—, ¡extraña acusación!; ¡ni siquiera soy capaz de enamorarme!

—¿Cómo? —exclamó la duquesa.

—Cuando tengo el honor de hacer la corte a una belleza, incluso de buen linaje y devota, no puedo pensar en ella más que cuando la veo.

Esta confesión impresionó de singular manera a la duquesa.

—Te pido un mes —continuó Fabricio— para despedirme de madame C***, de Novaro y, lo que es más difícil aún, de los castillos en el aire de toda mi vida. Escribiré a mi madre, que será lo bastante buena para ir a verme a Belgirate, en la ribera piamontesa del lago Mayor, y dentro de treinta y un días estaré de incógnito en Parma.

—¡Líbrate bien de hacerlo! —exclamó la duquesa. No quería que el conde Mosca la viera hablar con Fabricio.

Los mismos personajes volvieron a verse en Plasencia. Esta vez, la duquesa estaba muy excitada: había estallado en la corte una tormenta; el partido de la marquesa Raversi veía ya seguro el triunfo, era posible que el conde Mosca fuese reemplazado por el general Fabio Conti, jefe de lo que se llamaba en Parma el *partido liberal*. Excepto el nombre del rival que crecía en el favor del príncipe, la duquesa se lo contó todo a Fabricio. Discutió de nuevo las perspectivas de su porvenir, incluso la posibilidad de que le faltara la omnipotente protección del conde.

—¡Voy a pasar tres años en la academia eclesiástica de Nápoles! —exclamó Fabricio—; pero, puesto que debo ser ante todo un joven gentilhombre, y puesto que tú no me obligas a llevar la vida severa de un seminarista virtuoso, esta permanencia en Nápoles no me asusta en modo alguno; no será una vida peor que la de Romagnano; la buena sociedad de la comarca comenzaba a tildarme de jacobino. En mi destierro he descubierto que no sé nada, ni siquiera latín, ni siquiera ortografia. Tenía el propósito de rehacer mi educación en Novara, y con mucho gusto estudiaré teología en Nápoles: es una ciencia complicada.

La duquesa estaba encantada.

—Si nos echan —le dijo—, iremos a verte a Nápoles. Pero, puesto que aceptas hasta nueva orden el partido de las medias violeta, el conde, que conoce bien la Italia actual, me ha encargado de recomendarte una idea. Puedes creer o no en lo que te enseñen, *pero no hagas jamás ninguna objeción.* Figúrate que te explican las reglas del juego del *whist:* ¿se te ocurriría oponer objeciones a las reglas del *whist?* Le he dicho al conde que eras creyente, y se ha congratulado de ello: es cosa útil en este mundo y en el otro. Pero, si crees, no caigas en la vulgaridad de hablar con horror de Voltaire, de Diderot, de Raynal ni de todos esos locos de franceses precursores de las dos cámaras. Procura que rara vez esos nombres acudan a tu boca, pero en fin, cuando llegue el caso, habla de esos señores con una tranquila ironía; hace tiempo que han quedado refutados y sus diatribas no tienen ya ninguna eficacia. Cree ciegamente cuanto te digan en la academia. Piensa que habrá gentes encargadas de tomar nota fiel de tus menores objeciones; te perdonarán cualquier pequeña intriga galante, con tal de que esté bien llevada, pero no una duda: con la edad, la intriga acaba, pero la duda va en aumento. Parte de este principio en el tribunal de la penitencia. Llevarás una carta de recomendación para un obispo que es el factótum del cardenal arzobispo de Nápoles; sólo a él debes confesarle tu escapada a Francia y tu presencia, el 18 de junio, en los alrededores de Waterloo. Pero abrevia mucho, atenúa esa aventura, confiésala únicamente para que no puedan reprocharte el haberla ocultado. ¡Eras tan joven entonces!

»La segunda norma que el conde te recomienda es ésta: si se te ocurre alguna idea brillante, una réplica que cambie el curso de la conversación, no cedas a la tentación de lucirte, guarda silencio: las gentes perspicaces ya verán tu ingenio en tus ojos. Tiempo tendrás de mostrarlo cuando seas obispo.

Fabricio comenzó su vida en Nápoles con un carruaje modesto y cuatro criados, unos buenos milaneses que le había enviado su tía. Al cabo de un año de estudios, nadie diría que era un hombre inteligente: le consideraban como un gran señor estudioso, muy espléndido, pero un poco libertino.

Aquel año, muy divertido para Fabricio, fue terrible para la duquesa. El conde estuvo tres o cuatro veces a dos dedos de su perdición; el príncipe, con más miedo

que nunca, porque aquel año estaba enfermo, creía que alejándole se liberaba de la odiosidad de las ejecuciones realizadas antes de entrar el conde en el ministerio. Rassi era el favorito predilecto que quería conservar por encima de todo. Los peligros del conde le valieron la adhesión apasionada de la duquesa; ya no pensaba en Fabricio. Para dar una justificación a su posible retiro discurrieron que el aire de Parma, realmente un poco húmedo, como el de toda Lombardía, era muy nocivo para su salud. Por fin, después de varios intervalos de disfavor, que llegaron para el conde, primer ministro, hasta pasar a veces veinte días enteros sin ver a solas a su señor, Mosca venció. Hizo nombrar al general Fabio Conti, el supuesto liberal, gobernador de la ciudadela donde se encerraba a los liberales juzgados por Rassi. «Si Conti se muestra indulgente con sus presos —decía Mosca a su amiga—, caerá en desgracia como un jacobino que por sus ideas políticas olvida sus deberes de general; si se muestra severo y despiadado —y creo que se inclinará más bien a este lado—, deja de ser el jefe de su propio partido y se enajena a todas las familias que tienen a alguno de los suyos en la ciudadela. Ese pobre hombre sabe tomar un aire muy almibarado de respeto cuando se acerca al príncipe; es capaz de cambiar de traje cuatro veces al día, de discutir muy bien una cuestión de protocolo, pero no tiene cabeza para seguir el difícil camino que le podría salvar; y en todo caso, aquí estoy yo.»

Al día siguiente del nombramiento del general Fabio Conti, que cerraba la crisis ministerial, se supo que Parma tendría un periódico ultramonárquico.

—¡Cuántas querellas va a suscitar ese periódico! —decía la duquesa.

—La dirección de ese periódico, cuya idea es acaso mi obra maestra —replicaba el conde sonriendo—, me la dejaré quitar poco a poco, a pesar mío, por los ultrafuribundos. He hecho asignar buenos emolumentos a los puestos de redactor. Van a llover de todas partes solicitudes para tales puestos; esto nos entretendrá un mes o dos, y se olvidarán los peligros que acabo de correr. Ya están en turno los graves personajes P*** y D***.

—Pero ese periódico será intolerablemente absurdo.

—Así lo espero —replicaba el conde—. El príncipe lo leerá cada mañana y admirará la doctrina de quien lo ha fundado, que soy yo. En cuanto a los detalles, le agradarán o le molestarán; este trabajo le llevará dos horas, y con eso nos encontramos. El periódico se creará problemas, pero cuando lleguen las quejas serias, dentro de ocho o diez meses, ya estará por completo en manos de los ultrafuribundos. Será ese partido que me importuna el que tendrá que responder, y yo plantearé objeciones contra el periódico, en el fondo, prefiero cien absurdos atroces a un solo ahorcado. ¿Quién se acuerda de un absurdo pasados dos años del número del diario oficial? En cambio, los hijos y la familia del ahorcado me consagrarán un odio que durará tanto como yo y acaso abreviará mi vida.

La duquesa, siempre apasionada por algo, siempre en activo, nunca ociosa, tenía más talento que toda la corte de Parma; pero carecía de paciencia y de impasibilidad para triunfar en las intrigas. No obstante, había llegado a seguir con pasión los intereses de las diversas camarillas, e incluso comenzaba a tener influencia personal cerca del príncipe. Clara Paolina, la princesa reinante, rodeada de honores, pero prisionera de la más rancia etiqueta, se consideraba la más desdichada de las mujeres. La duquesa Sanseverina le hizo la corte y se propuso probarle que no era tan desgraciada. Conviene saber que el príncipe sólo veía a su esposa en la comida, que duraba treinta minutos, y el soberano pasaba semanas enteras sin dirigir la palabra a Clara Paolina. La duquesa Sanseverina intentó cambiar todo esto; entretenía al príncipe, con tanta mayor eficacia cuanto que la duquesa había sabido conservar toda su independencia. Aunque hubiera querido, no habría podido nunca no ofender a ninguno de los mentecatos que pululaban en aquella corte. Era ésta una radical incapacidad de su parte que le valía la execración de los cortesanos vulgares, todos condes o marqueses y con una renta media de cinco mil libras. Se dio cuenta de este inconveniente desde el primer día, y se consagró exclusivamente a agradar al príncipe y a su mujer, que dominaba absolutamente al príncipe heredero. La duquesa sabía entretener al soberano y aprovechaba la extraordinaria atención que éste prestaba a sus más triviales palabras para ridiculizar a los cortesanos que la odiaban. Desde las torpezas que Rassi le había hecho cometer —y las torpezas de sangre no se reparan nunca—, el príncipe tenía miedo algunas veces y se aburría a menudo, lo que le había llevado a la triste envidia; se daba cuenta de que él no se divertía apenas, y se ponía muy hosco cuando le parecía que los demás se divertían; la presencia de la felicidad le enfurecía. «Es preciso ocultar nuestros amores», dijo la duquesa a su amigo, e hizo suponer al príncipe que estaba muy poco enamorada del conde, hombre por lo demás tan estimable.

Este descubrimiento proporcionó a Su Alteza un día feliz. De vez en cuando, la duquesa dejaba caer algunas palabras sobre su propósito de tomarse cada año unos meses de vacaciones para visitar Italia, que no conocía; iría a ver Nápoles, Florencia, Roma. Ahora bien, nada tan desagradable para el príncipe como esta apariencia de deserción; una de sus debilidades más marcadas era precisamente ésta: todo lo que pudiera ser atribuido a menosprecio por su ciudad le dolía en el alma. Comprendía que no tenía ningún medio para retener a la duquesa Sanseverina, y la duquesa Sanseverina era, con mucho, la mujer más brillante de Parma. Cosa única dada la pereza italiana: las gentes de las tierras circundantes iban a la ciudad por asistir a *los jueves* de la duquesa; eran verdaderas fiestas; casi siempre había en ellas algo nuevo y picante. El príncipe se moría de ganas de asistir a uno de aquellos jueves, pero ¿cómo hacer? ¡Ir a casa de un simple particular! ¡Ni su padre ni él habían hecho jamás semejante cosa!

Llegó un jueves lluvioso y frío. Durante toda la noche, oía el príncipe los carruajes que hacían trepidar el pavimento dirigiéndose a casa de la duquesa Sanseverina. Tuvo un momento de impaciencia: ¡los demás se divertían, y él, príncipe soberano, señor absoluto, que debía divertirse más que nadie en el mundo, se aburría! Tocó la campanilla; acudió el ayudante de campo; hizo falta tiempo para apostar una docena de hombres seguros en la calle que conducía del palacio de Su Alteza al palacio Sanseverina. Por fin, al cabo de una hora que pareció un siglo al príncipe y en el transcurso de la cual estuvo veinte veces tentado a arrostrar los puñales y a salir sin ninguna precaución, apareció en el primer salón de la duquesa Sanseverina. Un rayo que hubiera caído no habría producido sorpresa parecida. En un abrir de ojos y a medida que el príncipe avanzaba, se iba haciendo en aquellos salones tan ruidosos y alegres un silencio de estupor; todos los *ojos*, fijos en el príncipe, se abrían desmesuradamente. Los cortesanos parecían desconcertados; sólo la duquesa no mostró asombro alguno. Cuando por fin recuperaron el uso de la palabra, la gran preocupación de todas las personas presentes fue decidir esta importante cuestión: ¿Había sido advertida de esta visita la duquesa, o fue sorprendida como todo el mundo?

El príncipe se divirtió, y se verá el carácter, muy del primer impulso, de la duquesa, y el gran poder que le habían valido aquellos vagos propósitos de ausencia diestramente insinuados.

Cuando la duquesa salió a despedir al príncipe, que le dirigía palabras muy lisonjeras, se le ocurrió una idea singular y tuvo el atrevimiento de decírsela con la mayor sencillez y como si fuera una cosa de lo más natural.

—Si Vuestra Alteza Serenísima se dignara dirigir a la princesa tres o cuatro de esas encantadoras frases que me prodiga a mí, me haría mucho más feliz que diciéndome aquí que soy bonita. No quisiera yo por nada del mundo que la princesa pudiera ver con malos ojos la insigne prueba de favor con que acaba de honrarme Vuestra Alteza.

El príncipe la miró fijamente y replicó en tono seco:

—Paréceme que soy libre de ir adonde me plazca.

La duquesa enrojeció.

—Sólo quería —replicó al instante— no exponer a Su Alteza a un paseo inútil, porque este jueves será el último. Pienso ir a pasar unos días en Bolonia o en Florencia.

Cuando volvió a entrar en sus salones, todo el mundo la creía en lo sumo del favor, y acababa de atreverse a lo que nunca se atreviera nadie en Parma. Hizo una seña al conde, el cual dejó su mesa de *whist* y siguió a la duquesa a un rinconcito alumbrado, pero solitario.

—Lo que ha hecho usted es temerario —le dijo—, yo no se lo habría aconsejado;

pero en los corazones bien prendados —añadió sonriendo—, la felicidad acrece el amor, y si usted se va mañana por la mañana, yo la sigo mañana por la noche. El retardo me lo impone únicamente esa obligación del ministerio de Finanzas de que he cometido la tontería de encargarme; pero en cuatro horas de tiempo bien empleadas se pueden despachar muchas cajas. Volvamos, querida mía, y representemos la fatuidad ministerial con toda libertad, como si nada ocurriera; es acaso la última representación que damos en esta ciudad. Si se cree desafiado, el hombre es capaz de todo: lo llamará hacer un ejemplo. Cuando se marche esta gente, trataremos de los medios de ponerla a cubierto por esta noche; lo mejor sería quizá partir inmediatamente para su casa de Sacca, junto al Po, que tiene la ventaja de estar sólo a media hora de distancia de los Estados austríacos.

El amor y el amor propio de la duquesa gozaron un momento delicioso, miró al conde, y a sus ojos asomaron las lágrimas. ¡Un ministro tan poderoso, rodeado de una multitud de cortesanos que le abrumaban de homenajes iguales a los que él dirigía al propio príncipe, dejarlo todo por ella y con tanta naturalidad!

Cuando volvió a los salones, estaba loca de alegría. Todo el mundo se inclinaba ante ella.

«¡Cómo cambia el gozo a la duquesa! —decían los cortesanos por doquier—, no parece la misma; por fin ese alma romana y superior a todo se digna apreciar el favor exorbitante que acaba de otorgarle el soberano.»

Al final de la velada, el conde se acercó a la duquesa.

—Tengo que darle una noticia.

Las personas que la rodeaban se alejaron.

—El príncipe, al volver a palacio, se ha hecho anunciar a su esposa. ¡Imagínese la sorpresa! «Vengo a contarle —le dijo— una velada muy agradable que he pasado en casa de la Sanseverina. Me ha rogado ella misma que le describa cómo ha arreglado el viejo palacio.» Y el príncipe se sentó y se puso a describir los salones de usted. Ha pasado veinticinco minutos con su esposa, que lloraba de alegría; con toda su inteligencia, no ha podido encontrar ni una sola palabra para sostener la conversación en el tono ligero que su Alteza se dignaba darle.

El príncipe no era hombre malo, por más que dijesen los liberales de Italia. Verdad que había hecho encarcelar a no pocos de ellos, pero era por miedo, y repetía a veces como para consolarse de ciertos recuerdos:

«Más vale matar al diablo que no que el diablo nos mate». Al día siguiente de la velada de que acabo de hablar, estaba muy contento, porque había realizado dos buenas acciones: ir al *jueves* y hablar a su mujer. A la hora de comer, le dirigió la palabra; en fin, aquel jueves de la duquesa Sanseverina produjo una revolución doméstica que resonó en toda Parma; la Raversi se quedó consternada, y la duquesa gozó una doble alegría: había podido ser útil a su amante y le había hallado más

enamorado que nunca.

—¡Todo por una idea muy imprudente que se me ocurrió! —decía al conde—. Sin duda viviría más libre en Roma o en Nápoles, pero ¿encontraría allí un juego tan apasionante? Seguramente no, mi querido conde; y usted me hace feliz.

---

[1]Un detalle autobiográfico más: la pensión que le quedó a Stendhal cuando, como él mismo cuenta, «cayó con Napoleón en 1814». Véase *Vida de Henry Brulard. Recuerdos de egotismo*, ed. cit.

[2]Alusión a la fábula de La Fontaine *Le gland et la citrounille*. (Aclaración tomada de las ediciones de Del Litto y de Abravanel.)

[3]Este nombre, que Stendhal repite más de una vez en *La Cartuja*, es el de uno de los personajes más o menos bufos de la *Comedia del arte* italiana, que más adelante tendrá cierta actuación importante en esta novela.

[4]No es sólo aquí donde Stendhal se *libera* de su condición de liberal para ver o poner cualidades loables o notables en un personaje «ultra» y deleznables en un personaje liberal. Creo que es en *Recuerdos de egotismo* donde dice: «Liberal yo mismo encontraba a los liberales soberanamente tontos».

[5]Abravanel, coincidiendo con Del Litto, da por seguro que Stendhal noveliza en este extraordinario personaje a un Ferrante Pallavicino del siglo XVIII que figura en *Voyage en Italie*, de Lalande. Por mi parte, me permito encontrarle cierto parecido con el Crisóstomo de nuestro *Don Quijote*, aunque sólo sea el de surgir de la espesura forestal al encuentro apasionado de su amada (que, desde luego, no se parece nada a la Sanseverina). Véase en el correspondiente apéndice cómo analiza y exalta Balzac a este gran personaje.

[6]Del Litto aclara que se trata de «unos cuadros de gasa o de papel engrasado o barnizado detrás de los cuales se ponían luces».

[7]Stendhal manifiesta frecuentemente, en varias de sus obras y de su correspondencia, su repulsión por «aquella triste vida de América» (ya entonces los franceses, como otros europeos, aceptaban que los Estados Unidos se arrogaran para ellos solos el nombre —igualmente indebido de todo el continente). También insiste su aristocratismo temperamental, en cierta contradicción con su «liberalismo», en su escasa simpatía por la democracia del «sufragio universal» del pueblo. Pero hay que aclarar, en su descargo, que cuando arremete contra este «sistema», Stendhal no tiene del «pueblo» el concepto que es corriente hoy. Para él el pueblo es, entre otras cosas, el pequeño burgués, enamorado del dinero, «el tendero de la esquina». Y cuando presencia entusiasmado «las jornadas de Julio», que en las barricadas del pueblo parisiense derribaron al Borbón Luis XVIII, por quien Stendhal sentía furiosa

repulsión, escribe: el pueblo es admirable cuando *il est en colère*.

# VII

Con pequeños detalles tan insignificantes como el que acabo de contar habría que llenar la historia de los cuatro años siguientes. Todas las primaveras, la marquesa iba con sus hijas a pasar dos meses al palacio Sanseverina o a la finca de Sacca, a orillas del Po. Allí vivían momentos muy agradables y hablaban de Fabricio; pero el conde no quería permitirle nunca ni una sola visita a Parma. La duquesa y el ministro tuvieron que reparar algunas ligerezas, pero, en general, Fabricio seguía con bastante cordura la línea de conducta que le habían señalado: un gran señor que estudia teología y que no tiene que apoyarse precisamente en su virtud para avanzar en su carrera. En Nápoles le nació una viva afición al estudio de la antigüedad y hacía excavaciones; esta pasión había casi reemplazado a la de los caballos. Vendió los corceles ingleses para continuar sus excavaciones en Miseno, donde había encontrado un busto de Tiberio[1], joven aún, que fue a ocupar un lugar entre los más hermosos restos de la antigüedad. El hallazgo de aquel busto fue casi el placer más vivo que encontró en Nápoles. Tenía un alma demasiado superior para imitar a los demás jóvenes y, por ejemplo, para representar con cierta seriedad el papel de enamorado. Seguramente no le faltaban amantes, pero no eran gran cosa para él, y, a pesar de su edad, podía decirse que Fabricio no conocía el amor. Por eso mismo era más amado. Nada le impedía obrar con la más elegante calma, pues para él una mujer joven y bonita era siempre igual a otra mujer joven y bonita, con la sola diferencia de que la última le parecía siempre la más incitante. Una de las damas más admiradas en Nápoles hizo locuras en su honor durante el último año de su estancia en esta ciudad; esto le divirtió al principio, pero acabó por aburrirle hasta tal extremo que una de las satisfacciones de su partida fue el verse libre de las atenciones de la encantadora duquesa de A***. En 1821, salió pasablemente de todos los exámenes; su director de estudios recibió una cruz y un regalo, y Fabricio suspiró por visitar por fin aquella ciudad de Parma en la que tanto había pensado. Era ya *monsignore* y tenía cuatro caballos en su carruaje; en la última posta antes de Parma tomó sólo dos y, ya en la ciudad, mandó parar ante la iglesia de San Juan. Allí se hallaba la suntuosa tumba del arzobispo Ascanio del Dongo, su bisabuelo, autor de la *Genealogía latina.* Oró al pie de la tumba y luego se fue a pie al palacio de la duquesa, que no le esperaba hasta unos días más tarde. Había mucha gente en su salón; no tardaron en dejarla sola.

—¡En fin!, ¿estás contenta de mí? —le dijo echándose en sus brazos—. Gracias a ti, he pasado cuatro años bastante dichosos en Nápoles, en lugar de aburrirme en Novara con mi amante autorizada por la policía.

La duquesa no volvía de su asombro: de haberle encontrado en la calle, no le hubiera reconocido, le pareció lo que era en realidad, uno de los hombres más guapos de Italia; tenía sobre todo una fisonomía encantadora. Cuando le enviara a Nápoles

no aparentaba más que un intrépido domador de caballos; la fusta que llevaba siempre a la sazón parecía inherente a su personalidad; ahora tenía el porte más noble y mesurado ante los extraños, y en la intimidad, la duquesa encontraba en él el mismo fuego de su primera juventud. Era un diamante que no había perdido nada al ser pulimentado.

No había transcurrido una hora de la llegada de Fabricio, cuando sobrevino el conde Mosca, un poco demasiado pronto. El mozo le habló en tan buenos términos de la cruz de Parma otorgada a su profesor y de su vivo reconocimiento por otros beneficios de que no se atrevía a hablar con igual claridad, todo con tan perfecta mesura, que, a la primera ojeada, el ministro le juzgó favorablemente.

—Este sobrino —dijo en voz baja a la duquesa— está hecho para dar lustre a todas las dignidades a que usted quiera elevarle.

Hasta el momento, todo iba de maravilla, pero cuando el ministro, muy satisfecho de Fabricio y hasta entonces atento únicamente a sus hechos y gestos, miró a la duquesa, le vio unos ojos singulares. «Este joven causa aquí una impresión extraña», se dijo. Fue una amarga reflexión. El conde había cumplido la *cincuentena,* palabra cruel y cuya plena resonancia acaso sólo pueda sentirla un hombre perdidamente enamorado. Era muy bueno, digno de ser amado, fuera de sus severidades como ministro[2]. Pero aquella dura palabra, la *cincuentena,* ponía un tinte negro sobre toda su vida y habría sido capaz de hacerle cruel por su propia cuenta. En los cinco años transcurridos desde que decidió a la duquesa a trasladarse a Parma, la duquesa le había suscitado celos a menudo, sobre todo en los primeros tiempos, pero nunca le dio motivo real de queja. Hasta creía, y tenía razón, que sólo con el designio de asegurarse mejor su corazón había recurrido la duquesa a ciertas apariencias de especial amistad por algunos apuestos galanteadores de la corte. Estaba seguro, por ejemplo, de que había rechazado los homenajes del príncipe; éste había llegado en cierta ocasión a decir una frase instructiva.

—Pero si yo aceptase los homenajes de Vuestra Alteza —le dijo la duquesa riendo—, ¿con qué cara osaría volver a presentarme ante el conde?

—A mí me sería casi tan violento como a usted. ¡Mi querido amigo el conde! Pero es un inconveniente muy fácil de arreglar, y ya he pensado en ello: el conde iría a pasar en la ciudadela el resto de sus días.

La súbita llegada de Fabricio produjo a la duquesa tal arrebato de alegría, que no se le ocurrió pensar en el efecto que sus ojos podrían causar al conde. La impresión fue profunda, y las sospechas, irremediables.

Fabricio fue recibido por el príncipe a las dos horas de llegar. La duquesa, previendo el buen efecto que esta audiencia *impromptu* tenía que producir en el público, la había solicitado desde hacía ya dos meses: era un favor que elevaba a Fabricio desde el primer momento a la más destacada posición, y se alegó como

pretexto que sólo estaría en Parma de paso, para ir a ver a su madre al Piamonte. En el momento en que un billetito encantador de la duquesa hizo saber al príncipe que Fabricio esperaba sus órdenes, Su Alteza se aburría. «Voy a ver —se dijo— a un santito insignificante, una cara vulgar o taimada.» Ya el comandante de la plaza había dado cuenta de la primera visita al sepulcro del tío arzobispo. El príncipe vio entrar a un mancebo alto y apuesto al que, de no ser por las medias moradas, habría tomado por un joven oficial.

Esta pequeña sorpresa disipó el tedio: «Aquí tenemos un mozo —se dijo— para el que van a pedirme sabe Dios qué favores: todos los que estén en mi mano. Acaba de llegar y debe de estar emocionado, voy a hacer con él un poco de política jacobina; veremos cómo responde».

Después de las primeras palabras amables por parte del príncipe:

—Decidme, *monsignore,* ¿son felices los pueblos de Nápoles? ¿Aman a su rey?

—Alteza Serenísima —contestó Fabricio sin vacilar ni un instante—, al pasar por las calles, he admirado el excelente aspecto de los soldados de los diversos regimientos de S. M. el rey; la buena sociedad es respetuosa, como debe serlo, con sus soberanos; pero confieso que jamás en la vida he tolerado que las gentes de baja condición me hablaran de otra cosa que del trabajo por el cual les pago.

«¡Diablo! —se dijo el príncipe—, ¡vaya un pájaro bien aleccionado! Es el talento de la Sanseverina.»

Interesado en el juego, el príncipe empleó toda su habilidad para hacer hablar a Fabricio sobre tan escabroso tema. El mozo, crecido ante el peligro, tuvo la suerte de hallar respuestas admirables:

—Hacer ostentación de amor a su rey es casi una insolencia —decía—; es una obediencia ciega lo que le debemos.

Tanta prudencia estuvo a punto de irritar al príncipe. «Parece que nos llega de Nápoles un hombre de talento, y a mí no me gusta esta casta de gente; un hombre inteligente, por más que marche por los buenos principios, y aun de buena fe, siempre resulta de algún modo primo hermano de Voltaire y de Rousseau.»

El príncipe se sentía como desafiado por las maneras tan convenientes y las respuestas tan inatacables del joven recién salido del colegio: en seguida adoptó un tono bondadoso y pasando en pocas palabras a los grandes principios de las sociedades y del gobierno, recitó, adaptándolas al momento, unas cuantas frases de Fénelon que en su infancia le habían hecho aprender de memoria para las audiencias públicas.

—Estos principios le sorprenden, joven —dijo a Fabricio (le había llamado *monsignore* al comenzar la audiencia y pensaba darle el mismo tratamiento al despedirle, pero en el transcurso de la conversación le parecía más hábil, más adecuado a las frases patéticas, interpelarle con un ligero apelativo amistoso)—; estos

principios le sorprenden, joven; confieso que no se parecen gran cosa a los *empalagosos sermones del absolutismo* —tal fue su expresión— que se leen cada día en mi diario oficial… ¡Pero por Dios!, ¿a santo de qué le cito esas cosas?; esos escritores de periódico son para usted completamente desconocidos.

—Perdone Vuestra Alteza; no sólo leo el diario de Parma, que me parece bastante bien escrito, sino que sostengo, como él, que todo lo que se ha hecho desde la muerte de Luis XVI, en 1715, es a la vez que un crimen una estupidez. El supremo interés del hombre es su salvación; en esto no ha lugar a dos puntos de vista, pues esa dicha es para toda la eternidad. Las palabras *libertad, justicia, felicidad de los más,* son infames y criminales: dan a las almas el hábito de la discusión y de la desconfianza. Una cámara de diputados *desconfía* de lo que las gentes llaman *el ministerio.* Una vez contraído este hábito fatal de la *desconfianza,* la flaqueza humana lo aplica a todo; el hombre llega a desconfiar de la Biblia, de las órdenes de la Iglesia, de la tradición, etc.; desde este momento, está perdido. Aun en el supuesto, horriblemente falso y criminal, de que esta desconfianza hacia la autoridad de los príncipes *designados por Dios* diera la felicidad durante los veinte o treinta años de vida que cada uno de nosotros puede pretender, ¿qué es medio siglo o un siglo entero comparado con una eternidad de suplicios?, etc.

Se veía en el tono de Fabricio que procuraba presentar sus ideas de manera que fueran lo más fácilmente asequibles para el auditor; resultaba patente que no estaba recitando una lección.

Al poco rato, el príncipe renunció a lidiar con aquel mozo, cuyas maneras simples y graves le desagradaban.

—Adiós, *monsignore* —le dijo bruscamente—, ya veo que se da una excelente educación en la academia eclesiástica de Nápoles, y es muy natural que cuando esos buenos preceptos caen en una inteligencia tan notable se obtengan resultados brillantes. Adiós —y le volvió la espalda.

«No le he caído en gracia a este bruto», se dijo Fabricio.

«Ahora falta por ver —pensó el príncipe cuando se quedó solo— si este lindo mozo es capaz de apasionarse por algo; en ese caso sería completo… No es posible repetir con más talento las lecciones de la tía. Me parece estar oyéndola. Si hubiera una revolución en mis Estados, sería ella la que redactara el *Monitor,* como antaño la San Felice en Nápoles. ¡Pero la San Felice, pese a sus veinticinco años y a su belleza, murió en la horca! Una advertencia para las mujeres de talento.» El príncipe se equivocaba creyendo a Fabricio discípulo de su tía: las personas inteligentes que nacen en el trono o muy cerca del mismo pierden en seguida toda finura de tacto; proscriben en torno suyo la libertad de conversación, que diputan ordinariez; no quieren ver sino caretas y pretenden juzgar de la belleza de la tez. Y lo gracioso es que se creen con gran tacto. En este caso, por ejemplo, Fabricio creía, poco más o

menos, todo lo que acabamos de oírle, verdad es que no pensaba ni dos veces al mes en todos estos grandes principios. Tenía gustos vivos, era inteligente, pero creía.

El gusto por la libertad, la moda y el culto de *la felicidad* de los más, manía del siglo diecinueve, no eran para él otra cosa que una *herejía* que pasará como las demás, pero después de matar muchas almas, de la misma manera que la peste mata muchos cuerpos cuando reina en una comarca. Y a pesar de todo esto, Fabricio leía con delicia los periódicos franceses, y hasta cometía imprudencias por conseguirlos.

Al volver Fabricio, muy desconcertado de su audiencia en palacio, contó a su tía las diversas fintas del príncipe.

—Es preciso —le dijo la duquesa— que vayas inmediatamente a visitar al padre Landriani, nuestro excelente arzobispo; ve a pie, sube callandito la escalera, haz el menor ruido posible en las antesalas; si te hacen esperar, mejor, ¡mil veces mejor!, en fin, sé *apostólico.*

—Ya comprendo —dijo Fabricio—, nuestro hombre es un Tartufo.

—Nada de eso, es la virtud en persona.

—¿Incluso después de lo que hizo —repuso Fabricio muy pasmado— cuando el suplicio del conde Palanza?

—Sí, amigo mío, incluso después de todo eso: el padre de nuestro arzobispo era un empleado del ministerio de Finanzas, un burguesillo, y esto lo explica todo. Monseñor Landriani es un hombre de inteligencia viva, extensa, profunda; es sincero, ama la virtud: estoy segura de que si volviera al mundo un emperador Decio, sufriría el martirio como el Poliuto de la ópera que nos dieron la semana pasada. Éste es el lado bueno de la medalla, y he aquí el reverso: cuando se ve en presencia del soberano, o simplemente del primer ministro, le deslumbra tanta grandeza, se turba, se ruboriza; le es materialmente imposible decir no. De ahí las cosas que ha hecho y que le han valido esa horrible reputación en toda Italia; pero lo que no se sabe es que cuando la opinión pública le iluminó sobre el proceso del conde Palanza, se impuso como penitencia vivir a pan y agua durante trece semanas, tantas como letras hay en el nombre de *Davide Palanza.* Tenemos en esta corte un canalla sumamente inteligente llamado Rassi, juez supremo o fiscal general, que, cuando la muerte del conde Palanza, embrujó al padre Landriani. En la época de las trece semanas de penitencia, el conde Mosca, por piedad y un poco por astucia, le invitaba a comer una y hasta dos veces por semana: en tales ocasiones, el pobre arzobispo comía como todo el mundo, pues habría creído que había algo de rebelión y jacobinismo en hacer ostensible una penitencia por una acción aprobada por el soberano. Pero se sabía que, por cada comida en que su deber de súbdito le había obligado a comer como todo el mundo, se imponía una penitencia de dos días enteros a pan y agua.

»Monseñor Landriani, espíritu superior, sabio de primer orden, no tiene más que un flaco: *el afán de ser amado.* Así, pues, enternécete mirándole, y, a la tercera visita,

ámale enteramente. Esto, unido a tu linaje, te valdrá en seguida su adoración. No te muestres sorprendido si te acompaña hasta la escalera; muéstrate acostumbrado a tales modos: es hombre que ha nacido de rodillas ante la nobleza. Por lo demás, sé sencillo, apostólico; nada de ingenio, nada de lucimiento, nada de rapidez en las réplicas; si no le asustas, gustará de tu trato; piensa que es necesario que por su propio impulso te nombre gran vicario suyo. El conde y yo nos mostraremos sorprendidos y hasta contrariados por tan rápido ascenso; esto es cosa esencial con el soberano.

Fabricio fue enseguida al arzobispado; por fortuna, el ayuda de cámara del buen prelado, un poco sordo, no oyó el nombre *Del Dongo, y* anunció a un sacerdote joven llamado Fabricio; el arzobispo estaba con un cura de costumbres poco ejemplares al que había llamado para amonestarle. Se hallaba, pues, en el trance, muy penoso para él, de echar una reprimenda, y quería despachar de una vez tan desagradable deber. Esto fue causa de que hiciera esperar tres cuartos de hora largos al nieto del gran arzobispo Ascanio del Dongo.

No es fácil describir sus excusas y su desolación cuando, después de acompañar al cura hasta la segunda antesala y al preguntar a aquel hombre que esperaba *en qué podía servirle,* vio las medias moradas y oyó el nombre de Fabricio del Dongo. La cosa pareció tan divertida a nuestro héroe, que ya desde esta primera visita se arriesgó a besar la mano al prelado en un arranque de ternura. Había que oír al arzobispo repetir con desesperación: «¡Un Del Dongo esperar en mi antesala!». Se creyó obligado a contarle, a manera de excusa, toda la anécdota del cura, sus culpas, sus respuestas, etc.

«¡Es posible —se decía Fabricio al volver al palacio Sanseverina— que sea éste el hombre que hizo acelerar el suplicio del conde Palanza!»

—¿Qué piensa Vuestra Excelencia? —dijo sonriendo al conde Mosca al verle entrar en casa de la duquesa. (El conde no quería que Fabricio le llamara Excelencia.) — Caigo de las nubes; no sabía yo nada del carácter de los hombres; si no conociera su nombre, habría apostado que no es capaz de ver matar una mosca.

—Y habrías ganado —repuso el conde—, pero cuando está en presencia del príncipe, o simplemente en presencia mía, no sabe decir no. La verdad es que para producir todo el efecto, he de llevar el gran cordón amarillo sobre el uniforme; viéndome vestido de frac, se atrevería a contradecirme, y por eso para recibirle me pongo siempre un uniforme. No hemos de ser nosotros los que destruyamos el prestigio del poder: ya se encargan de demolerlo bastante aprisa los periódicos franceses*; la manía respetuosa* vivirá apenas tanto como nosotros, y tú, sobrino, sobrevivirás al respeto. ¡Tú ya serás un hombre cualquiera!

Fabricio gustaba mucho de la compañía del conde: era el primer hombre superior que se había dignado hablarle sin comedia. Además tenían una afición común, la de

las antigüedades y las excavaciones. Al conde, por su parte, le halagaba la extraordinaria atención con que le escuchaba el mozo; pero había un inconveniente capital: Fabricio se alojaba en el palacio Sanseverina, se pasaba la vida con la duquesa, dejaba traslucir con toda inocencia que esta intimidad le hacía feliz, y Fabricio tenía unos ojos, una tez y una lozanía desesperantes.

Desde hace tiempo, Ranucio Ernesto IV, que rara vez tropezaba con mujeres esquivas, estaba ofendido de que la virtud de la duquesa, bien conocida en la corte, no hiciera una excepción en su favor. Ya hemos visto que el ingenio y la presencia de ánimo de Fabricio le habían molestado desde el primer día. No le agradó el extraordinario afecto que la tía y el sobrino se demostraban sin ningún disimulo; prestó oídos con suma atención a los comentarios de sus cortesanos, que fueron infinitos. La llegada de aquel mancebo y la audiencia tan extraordinaria que había obtenido constituyeron durante mucho tiempo la comidilla y el asombro de la corte. Todo esto sugirió al príncipe una idea.

Había un simple soldado de su guardia que soportaba el vino de manera admirable; se pasaba la vida en la taberna y daba cuenta del espíritu del elemento militar directamente al soberano. Carlone no sabía escribir, a no ser por lo cual habría ascendido tiempo hacía. Tenía la consigna de estar todos los días en palacio cuando el reloj principal daba las doce de la mañana. El príncipe acudió en persona, un poco antes del mediodía, a disponer de cierto modo la persiana de un entresuelo que daba a la estancia en que se vestía Su Alteza. Poco después de dar las doce, tornó al mismo entresuelo y halló en él al soldado. El príncipe llevaba en el bolsillo una hoja de papel y una escribanía, y dictó al soldado la carta siguiente[3]:

*Vuestra Excelencia tiene mucho talento, y seguramente debemos a su sagacidad el ver el país tan bien gobernado. Pero, mi querido conde, éxitos tan notables no dejan nunca de suscitar alguna envidia, y mucho me temo que la gente se ría un poco a costa suya, si su sagacidad no adivina que cierto mancebo ha tenido la fortuna de inspirar, acaso sin quererlo, un amor de los más singulares. Ese feliz mortal no tiene, según dicen, más que veintitrés años, y lo que complica la cuestión, querido conde, es que usted y yo tenemos mucho más del doble de esa edad. Por la noche, a cierta distancia, el conde es encantador, vivaz, hombre de ingenio, con todos los atractivos posibles; pero por la mañana, en la intimidad, bien miradas las cosas, el recién llegado debe de ser más seductor. Ahora bien, nosotras, las mujeres, gustamos mucho de esa lozanía juvenil, sobre todo cuando hemos pasado de los treinta. ¿Pues no se habla ya de fijar en nuestra corte a ese seductor adolescente mediante algún buen cargo?¿ Y cuál es la persona que más a menudo habla de esto a Vuestra Excelencia?*

El príncipe cogió la carta y dio dos escudos al soldado.

—Aquí tienes tu paga —le dijo muy serio—; o un silencio absoluto con todo el mundo, o el calabozo más profundo y más húmedo de la ciudadela.

El príncipe tenía en su escritorio una colección de sobres con las direcciones de la mayor parte de las personas de su corte, escritos por el mismo soldado que pasaba por no saber escribir, y que no escribía ni siquiera sus informes policíacos. El príncipe eligió el que necesitaba.

Al cabo de unas horas, el conde Mosca recibió una carta por correo; se había calculado la hora en que podría llegar, y cuando el cartero, al que habían visto entrar con una carta en la mano, salió del palacio del ministerio, Mosca fue llamado a presencia de Su Alteza. Nunca se vio al favorito dominado por tan negra tristeza; para saborearla mejor, el príncipe exclamó al verle:

—Necesito expansionarme charlando de cosas indiferentes con el amigo, y no despachar con el ministro. Esta tarde me duele horriblemente la cabeza, y además se me ocurren ideas tristes.

Huelga decir el humor abominable que padecía el primer ministro, conde Mosca de la Rovere, cuando le fue permitido dejar a su augusto señor. Ranucio Ernesto IV era sumamente hábil en el arte de torturar un corazón, y yo podría traer aquí, sin demasiada injusticia, la comparación del tigre que gusta de jugar con su presa.

El conde se hizo conducir a su casa al galope; gritó, sin detenerse, que no permitieran pasar a nadie, mandó decir al *auditor* de servicio que le dejara libre (un ser humano al alcance de su voz le resultaba insoportable) y se apresuró a encerrarse en la gran galería de pinturas. Una vez allí, pudo al fin entregarse a toda su furia; pasó toda la noche a oscuras, paseándose sin tino, como un hombre que ha perdido el juicio. Procuraba imponer silencio a su corazón para concentrar toda la fuerza de su cerebro en el examen de la decisión que debía tomar. Sumido en tales angustias que hubieran inspirado lástima a su más cruel enemigo, se decía:

«El hombre que aborrezco se aloja en casa de la duquesa, pasa con ella todo el tiempo. ¿Procuraré hacer hablar a una de sus criadas? Nada más peligroso: ¡es tan buena!, ¡paga tan bien!, ¡la adoran de tal modo! (¿Y quién, Dios mío, no la adora?) He aquí el problema —proseguía con rabia—. ¿Debo dejar adivinar los celos que me devoran, o no hablar del asunto? Si me callo, no se recatarán de mí. Conozco a Gina; es mujer que se deja llevar siempre del primer impulso; su conducta es imprevista hasta para ella misma; cuando quiere trazarse un plan de antemano, se embarulla, porque siempre, en el momento de la acción, se le ocurre una idea nueva, la sigue con arrebato como la mejor del mundo y lo echa a perder todo.

»Si no digo una palabra de mi martirio, no se recatan lo más mínimo de mí y veo todo lo que puede pasar…

»Sí, pero si hablo suscito otras circunstancias: doy lugar a las reflexiones,

prevengo muchas cosas horribles que pueden ocurrir… Quizá le aleje (el conde respiró), y en ese caso, tengo casi ganada la partida, aunque se enfadara en el primer momento, ya la calmaría yo… y después de todo, nada más natural que tal enfado… le quiere como a un hijo desde hace quince años. Aquí radica toda mi esperanza: *como a un hijo.*.. pero no le había visto desde la escapada a Waterloo, y, al volver de Nápoles es otro hombre, sobre todo para ella. *¡Otro hombre!* —repetía con rabia—, y este otro hombre es seductor; tiene sobre todo esa expresión ingenua y tierna y ese mirar sonriente que promete tanta felicidad. ¡Y esos ojos! La duquesa no debe de estar acostumbrada a encontrarlos en nuestra corte… Aquí son reemplazados por el mirar torvo o sardónico. Yo mismo, agobiado por los negocios públicos, y que sólo por mi influencia reino sobre un hombre que quisiera ponerme en ridículo, ¿qué mirada he de tener muchas veces? ¡Ah, por mucho que me vigile, son sobre todo mis ojos lo que debe parecer más viejo en mí! ¿Acaso mi alegría no anda siempre muy cerca de la ironía?… Diré más —hay que ser sincero—, ¿no deja mi alegría entrever, como cosa muy próxima, el poder absoluto… y la maldad? ¿No me digo a veces a mí mismo, sobre todo cuando me irritan: puedo cuanto quiero?, y aun añado una estupidez: debo ser más dichoso que otro cualquiera, puesto que poseo lo que no tienen los demás, el poder soberano en las tres cuartas partes de las cosas… En fin, seamos justos: el hábito de esta idea debe de dañar mi sonrisa… debe de darme un aire de egoísmo… de egoísmo satisfecho… ¡Y cuán encantadora es su sonrisa!: exhala la felicidad fácil de la primera juventud, y la produce».

Por desgracia para el conde, aquella noche hacía calor, un calor asfixiante, que anunciaba tormenta; un tiempo, en una palabra, de esos que en este país llevan a las resoluciones extremas. ¿Cómo reproducir todos los razonamientos, todas las consideraciones que se le ocurrían, todos los aspectos y maneras de ver las cosas que, durante tres mortales horas, torturaron a este hombre apasionado? Al fin venció el partido de la prudencia únicamente como resultado de esta reflexión: «Probablemente estoy loco; creyendo razonar, no razono, lo único que hago es dar vueltas buscando una posición menos cruel, y paso sin verla junto a alguna razón decisiva. Puesto que me ciega el tremendo dolor, sigamos la regla, aprobada por todas las personas sensatas, que se llama *prudencia.*

»Por otra parte, una vez pronunciada la palabra fatal: *celos*, mi papel queda definido para siempre. En cambio, si no digo nada hoy, puedo hablar mañana, sigo dueño de todo.» La crisis era demasiado fuerte; de haber durado, el conde se habría vuelto loco. En un momento de alivio, paró su atención en la carta anónima. ¿De quién podía ser? Le distrajo recorrer diversos nombres y trazar un juicio sobre cada uno. Por fin, el conde recordó cuando, al final de la audiencia, vino a decir: «Sí, querido amigo, hemos de convenir en que los placeres y las ocupaciones de la ambición más afortunada, incluso del poder sin límites, no son nada junto a la dicha

íntima que dan las relaciones de ternura y de amor. Yo soy hombre antes que príncipe, y cuando tengo la fortuna de amar, mi amante dirige al hombre y no al príncipe». El conde relacionó aquel momento de felicidad maligna con esta frase de la carta: «Debemos a su profunda sagacidad el ver el país tan bien gobernado». «¡Esta frase es del príncipe! —exclamó—; en un cortesano sería de una imprudencia gratuita; la carta es de Su Alteza.»

Resuelto este problema, la pequeña alegría producida por el placer de adivinar quedó pronto borrada por la cruel reaparición de los encantadores dones de Fabricio. Fue como un enorme pie aplastando de nuevo el corazón del desdichado.

«¡Qué importa de quién pueda ser el anónimo! —exclamó—; el hecho que me denuncia existe de todos modos. Este capricho puede cambiar mi vida —se dijo como para disculpar su estado de locura—. Si le ama de cierto modo, en el primer impulso se va con él a Belgirate, a Suiza, a cualquier rincón del mundo. Es rica, y aunque tuviera que vivir con unos cuantos luises al año, ¿qué le importa? ¿No decía, no hace aún ni ocho días, que su palacio, tan bien decorado, tan suntuoso, la aburría? ¡Esa alma tan joven necesita la novedad! Su impulso la arrastrará antes de haber reparado en el peligro, antes de haber pensado en compadecerme. ¡Y eso que soy tan desventurado!», exclamó el conde echándose a llorar.

Se había jurado no ir aquella noche a casa de la duquesa, pero no pudo mantener su propósito; jamás habían sentido sus ojos tanta sed de mirarla. A eso de medianoche se presentó en su palacio; la encontró sola con su sobrino; a las diez había despedido a todo el mundo y mandado cerrar su puerta.

En presencia de la tierna intimidad que reinaba entre aquellos dos seres y de la pura alegría de la duquesa, una horrible dificultad no prevista surgió ante el conde; no había pensado en ella durante toda su larga deliberación en la galería de pinturas: ¿cómo ocultar sus celos?

No sabiendo a qué pretexto acudir, explicó que aquella noche había hallado al príncipe muy prevenido contra él, contradiciendo todas sus aserciones, etc.[4]. Tuvo el dolor de ver que la duquesa no le escuchaba apenas ni prestaba ninguna atención a unos detalles que todavía la antevíspera la habrían llevado a infinitas disquisiciones. El conde contempló a Fabricio, ¡jamás aquel hermoso rostro lombardo le había parecido tan puro y tan noble! Fabricio prestaba más atención que la duquesa a las dificultades que él contaba.

«Realmente —se dijo—, esta cabeza une a la extremada bondad la expresión de cierta alegría ingenua y tierna que resulta irresistible. Parece decir: lo único serio en el mundo es el amor y la felicidad que el amor da. Y al mismo tiempo, si surge cualquier detalle en que sea necesaria la inteligencia, su mirada se despierta, nos asombra y nos deja confundidos.

»Para él todo es sencillo, porque todo lo ve desde arriba. ¡Dios santo!, ¿cómo

luchar con semejante enemigo? Y después de todo, ¿qué es la vida sin el amor de Gina? ¡Con qué arrobo parece escuchar las encantadoras ocurrencias de este ingenio tan joven y que a una mujer debe de parecerle único en el mundo!»

Una idea atroz acometió al conde como un calambre: «¿Y si le apuñalara delante de ella y luego me matara?».

Dio una vuelta por la estancia sosteniéndose apenas sobre las piernas, pero apretando convulsivamente con la mano el mango de su puñal. Ninguno de los dos prestaba atención a lo que pudiera hacer. Dijo que iba a dar una orden al lacayo, y ni siquiera le escucharon; la duquesa reía tiernamente de una frase que acababa de dirigirle Fabricio. El conde se acercó a una lámpara del salón y miró si la punta de su puñal estaba bien afilada. «Hay que mostrarse amable y perfecto de maneras con este mozo», se dijo volviendo nuevamente hacia ellos.

Enloquecía; le pareció que se besaban allí mismo, delante de sus ojos.

«Es imposible, en mi presencia —se dijo—; mi razón desvaría. Es preciso calmarse; si me muestro violento, la duquesa es capaz, por simple irritación de vanidad, de irse con él a Belgirate; y una vez allí, o durante el viaje, el azar puede sugerir una palabra que dará nombre a lo que sienten el uno por el otro; y en seguida, en un momento, todas las consecuencias.

»La soledad hará definitiva esa palabra, y, por otra parte, una vez lejos de la duquesa, ¿qué va a ser de mí?; y si, después de superar tantas dificultades por parte del príncipe, vuelvo a mostrar en Belgirate mi rostro viejo y preocupado, ¿cuál será mi papel entre dos criaturas locas de felicidad?

»Aquí mismo, ¿qué soy yo sino el *terzo incomodo* (esta hermosa lengua italiana está hecha especialmente para el amor)? *¡Terzo incomodo!*» (un tercero presente que incomoda) ¡Qué dolor para un hombre inteligente darse cuenta de que está haciendo un papel execrable y no tener fuerzas para levantarse y marcharse! El conde iba a explotar, o por lo menos a dejar traslucir su dolor por su descompuesta fisonomía. Cuando en una de sus vueltas por el salón, llegó junto a la puerta, escapó diciendo en un tono bondadoso e íntimo:

—¡Adiós, hijos!

«Hay que evitar la sangre», se dijo a sí mismo.

Al día siguiente de esta horrible velada, después de pasar toda la noche ya detallándose las ventajas de Fabricio, ya entregándose a horribles arrebatos de cruelísimos celos, al conde se le ocurrió la idea de llamar a un joven ayuda de cámara suyo, este mozo cortejaba a una mozuela llamada Chekina, que era la doncella favorita de la duquesa. Por fortuna, el mozo era muy ordenado en su conducta, incluso codicioso, y deseaba un empleo de conserje en uno de los edificios públicos de Parma. El conde ordenó a este hombre que hiciera venir inmediatamente a Chekina, su amante. El mozo obedeció y al cabo de una hora el conde se presentó de

pronto en la habitación en que la moza se encontraba con su galán. El conde los asustó a los dos dándoles una importante cantidad de oro, y luego dirigió estas pocas palabras a la trémula Chekina, mirándola a los ojos:

—¿Tiene amores la señora duquesa con *monsignore?*

—No… —repuso la moza tomando su resolución al cabo de un momento de silencio—, no, *todavía no,* pero *monsignore* le besa a menudo las manos a la señora duquesa, verdad es que riendo, pero con entusiasmo.

Este testimonio lo completaron cien respuestas a otras tantas preguntas furibundas del conde; su tumultuosa pasión hizo ganar bien ganado a aquellas pobres gentes el dinero que les arrojó. Acabó por creer lo que le decían y se sintió menos desgraciado.

—Si alguna vez la señora duquesa sospecha esta conversación —dijo a Chekina —, mando a tu amante a pasar veinte años en la fortaleza, y cuando le vuelvas a ver tendrá el pelo blanco.

Pasaron algunos días durante los cuales Fabricio perdió a su vez toda su alegría.

—Te aseguro —decía a la duquesa— que el conde Mosca me tiene antipatía.

—Peor para Su Excelencia —contestó Gina con cierta irritación.

No era éste el verdadero motivo de inquietud que había borrado la alegría de Fabricio. «La posición en que el azar me coloca es insostenible —se decía—. Estoy completamente seguro de que ella no hablará jamás: una palabra explícita la horrorizaría como un incesto. Pero si una noche después de una jornada imprudente y loca, se le ocurre hacer examen de conciencia; si piensa que he podido adivinar la inclinación que parece tomarme, ¿qué papel será el mío a sus ojos?: exactamente el del *casto Giuseppe* (proverbio italiano que alude al papel ridículo de José con la mujer del eunuco Putifar).

»¿Dar a entender con una bonita confidencia que no soy capaz de amor serio?; no poseo el suficiente dominio para enunciar este hecho de modo que no se parezca como dos gotas de agua a una impertinencia. Sólo me queda el recurso de una gran pasión dejada en Nápoles; en este caso, volver a esta ciudad por veinticuatro horas; es una solución prudente, pero, ¿vale la pena? Quedaría aún un amorío de ínfima clase en Parma; esto podría disgustarla; pero sobre todo es preferible al horrible papel del hombre que no quiere adivinar. Esta última solución podría, ciertamente, comprometer mi porvenir; habría que atenuar el peligro a fuerza de prudencia y comprando la discreción.» Lo más cruel en medio de todos estos pensamientos era que Fabricio quería realmente a la duquesa mucho más que a nadie en el mundo. «¡Hay que ser muy torpe —se decía con rabia— para temer hasta tal punto no poder convencer de lo que es tan cierto!» La falta de habilidad para salir de aquella posición le puso taciturno y disgustado.

«¿Qué sería de mí, Dios santo, si tuviera que romper con la única persona del mundo que me inspira un afecto apasionado?» Por otra parte, Fabricio no podía

decidirse a malograr una felicidad tan deliciosa con unas palabras indiscretas. ¡Había tantos encantos en su posición! ¡Era tan dulce la amistad íntima de una mujer tan encantadora, tan bonita, tan dulce! Atendiendo a otros aspectos más vulgares de la vida, ¡su protección le procuraba una posición tan agradable en aquella corte cuyas grandes intrigas, gracias a ella que se las explicaba, le divertían como una comedia! «Pero en cualquier momento puede despertarme un rayo —se decía—. Si esas veladas tan tiernas, tan alegres, pasadas casi a solas con una mujer tan incitante, vinieran a parar a algo mejor, creería hallar en mí un amante; me exigiría arrebatos, locuras, y yo seguiría sin poder ofrecerle más que un afecto vivísimo, pero sin amor; la naturaleza me ha privado de este género de locura sublime. ¡Cuántos reproches he tenido que soportar por esto! Todavía me parece estar oyendo a la duquesa de A***, ¡y yo me reía de la duquesa! Creería que me faltaba amor por ella, cuando es el amor el que me falta a mí; no querrá nunca comprenderme. Muchas veces, después de una de esas anécdotas de la corte que ella cuenta con esa gracia loca que sólo ella posee en el mundo, muy necesaria además para mi instrucción, le beso las manos y a veces la mejilla. ¿Qué voy a hacer si esta mano aprieta la mía de cierto modo?»

Fabricio frecuentaba las casas más importantes y menos alegres de Parma. Dirigido por los hábiles consejos de la duquesa, hacía la corte sabiamente a los dos príncipes, padre e hijo, a la princesa Clara Paolina y a monseñor el arzobispo. Los éxitos que cosechaba no le consolaban del miedo horrible de enemistarse con la duquesa.

---

[1]Otro episodio autobiográfico: Stendhal alivia en parte el plúmbeo aburrimiento de su consulado en Civitavecchia practicando, guiado por Donato Bucci, su único amigo allí, el deporte de las excavaciones. Encontró —o más bien lo compró a un campesino— precisamente un busto de Tiberio.

[2]Esta duplicidad o este desdoblamiento de la personalidad —hombre privado, humano, por un lado, hombre público, político o de negocios, por otro— lo pone Stendhal en varios de sus personajes principales: en este conde Mosca, en el marqués de la Mole de *Rojo y negro,* en el padre del protagonista de *Lucien Leuwen y* en otros.

[3]Unas líneas antes se dice «Carlone no sabía escribir». Abravanel explica la contradicción de que ahora el príncipe le dicte esta carta, deduciendo, lógicamente, que el significado de la frase anterior es que Carlone «pasaba por no saber escribir».

[4]Como ya se ha podido ver y se verá en lo sucesivo, Stendhal corta con mucha frecuencia el hilo de sus párrafos, sean de diálogo o de soliloquio, con el *bajonazo* expositivo de un «etcétera» (a veces repetido y aun triplicado).

# VIII

Resulta, pues, que al cabo de un mes escaso de su llegada a la corte, Fabricio se hallaba ya sumido en todas las preocupaciones de un cortesano, y la amistad íntima que era la felicidad de su vida estaba emponzoñada. Una noche, torturado por sus pensamientos, salió de aquel salón de la duquesa en que representaba sin quererlo el papel de un amante reinante. Deambulando al azar por la ciudad, pasó junto al teatro y lo vio iluminado. Entró. En un hombre de su hábito, era ésta una imprudencia gratuita que se había propuesto evitar en Parma, al fin y al cabo una pequeña ciudad de cuarenta mil habitantes. Verdad es que desde los primeros días se había desprendido de sus vestiduras oficiales; por la noche, cuando no iba a alguna reunión de la más alta sociedad, vestía simplemente de negro como un hombre de luto.

En el teatro tomó un palco tercero para que no le vieran. Representaban *La locandiera,* de Goldini. Se puso a contemplar la arquitectura de la sala, sin dirigir apenas los ojos a la escena. Pero el numeroso público prorrumpía en carcajadas a cada momento; Fabricio posó los ojos en la artista que hacía el papel de la invitada, y la encontró graciosa. Miró con más atención y le pareció verdaderamente atractiva y, sobre todo, de gran naturalidad: era una muchachita ingenua que se reía la primera de las cosas que Goldoni ponía en su boca y que a ella misma parecían causarle gran asombro. Preguntó cómo se llamaba y le dijeron que «Marietta Valserra».

«¡Ah! —pensó—, ha tomado mi nombre; es curioso.» A pesar de sus proyectos, no dejó el teatro hasta el fin de la representación. Al día siguiente volvió; al cabo de tres días, conocía ya la dirección de la Marietta Valserra.

La noche misma del día en que se había procurado esta dirección con bastante trabajo, observó que el conde le ponía una cara encantadora. El pobre amante celoso, que hacía esfuerzos penosísimos por mantenerse en los límites de la prudencia, había hecho espiar los pasos del joven, y su aventura del teatro le complacía mucho. ¿Cómo pintar la alegría del conde cuando, al día siguiente de aquel en que consiguió mostrarse amable con Fabricio, supo que éste, medio disfrazado con una larga levita azul, había subido al miserable alojamiento que la Marietta Valserra ocupaba en el cuarto de una vieja casa detrás del teatro? Su contento fue aún mayor cuando se enteró de que Fabricio se había presentado con un nombre falso y tenía el honor de provocar los celos de un bravucón llamado Giletti que en la ciudad desempeñaba los terceros papeles de criado y en los pueblos bailaba en la cuerda floja. Este noble amante de la Marietta vociferaba injurias contra Fabricio y aseguraba que iba a matarle.

Las compañías de ópera están formadas por un *impresario* que enrola aquí y allá los tipos que puede pagar o que halla libres, y el elenco reunido al azar dura una temporada o todo lo más dos. No ocurre lo mismo con las *compañías de cómicos* de

la legua: sin dejar de correr de ciudad en ciudad y cambiando de residencia cada dos o tres meses, forman no obstante una especie de familia cuyos miembros se quieren o se odian. En estas compañías hay parejas formales y a los caballeretes de las ciudades donde la compañía va a representar no les es fácil desunirlas. Esto precisamente le ocurría a nuestro héroe: la pequeña Marietta le quería bien, pero tenía un miedo horrible de Giletti, que pretendía ser su único dueño y la vigilaba de cerca. Aseguraba en todas partes que mataría a *monsignore,* pues había seguido a Fabricio y consiguió descubrir su nombre. El tal Giletti era por cierto el ser más feo del mundo y el menos hecho para el amor: desmesuradamente alto, horriblemente flaco, muy picado de viruelas y un poco bizco. Por lo demás, con muchas habilidades de su oficio, solía irrumpir entre bastidores, donde estaban reunidos sus camaradas, haciendo la rueda sobre los pies o sobre las manos, o cualquier otra graciosa payasada. Triunfaba en los papeles en que el actor tiene que aparecer con la cara enharinada o dar bastonazos a tutiplén. Este ilustre rival de Fabricio cobraba treinta y dos francos mensuales de honorarios y se creía muy rico.

Al conde Mosca le pareció volver de las puertas del sepulcro cuando sus investigadores le dieron la certeza de todos estos detalles. Recuperó el humor simpático; se mostró más alegre y ameno que nunca en los salones de la duquesa y se guardó muy bien de decirle nada de la pequeña aventura que le devolvía a la vida. Hasta tomó precauciones para que tardara lo más posible en enterarse de lo que pasaba. Tuvo, en fin, el valor de escuchar a la razón que le gritaba en vano desde hacía un mes que, cuando el mérito de un amante palidece, este amante debe hacer un viaje.

Un asunto importante le condujo a Bolonia, y los correos de gabinete le llevaban dos veces al día, más que los papeles importantes de sus negociados, noticias de los amores de la pequeña Marietta, de la furia del terrible Giletti y de las andanzas de Fabricio.

Uno de los agentes del conde pidió varias veces *Arlequín, esqueleto y tarta,* uno de los éxitos de Giletti (sale de la tarta en el momento en que su rival Brighella la empieza y le apalea); esto fue un pretexto para hacerle llegar cien francos. Giletti, acribillado de deudas, se guardó bien de hablar de esta buena suerte, pero se volvió de un orgullo pasmoso.

El pasatiempo de Fabricio se convirtió en una cuestión de amor propio (¡ya a su edad las contrariedades le habían reducido a buscar *pasatiempos!).* La vanidad le llevaba al teatro; la mocita trabajaba muy alegremente y le divertía; al salir del teatro estaba enamorado por una hora. El conde volvió a Parma ante la noticia de que Fabricio corría peligros reales; Giletti, que había sido soldado en el magnífico regimiento de dragones de Napoleón, hablaba seriamente de matar a Fabricio, y estaba tomando medidas para huir en seguida a Romaña. Si el lector es muy joven, se

escandalizará de nuestra admiración por este hermoso rasgo de virtud. Fue en realidad un poco heroico el esfuerzo que hubo de hacer el conde para volver de Bolonia, pues, al fin y al cabo, muchas mañanas, su tez aparecía muy marchita, ¡y Fabricio tenía tanta lozanía, tanta serenidad! ¿Quién hubiera pensado en reprocharle la muerte de Fabricio, ocurrida en su ausencia, y por una causa tan estúpida? Pero el conde era una de esas almas raras para quienes representa un remordimiento eterno una acción generosa que pudieron realizar y que no realizaron; por otra parte, no podía soportar la idea de ver triste a la duquesa, y por culpa de él.

A su llegada, la encontró silenciosa y triste. He aquí lo que había ocurrido: Chekina, la doncella, atormentada por los remordimientos y midiendo la magnitud de su falta por la enormidad de la suma que recibió por cometerla, había enfermado. Una noche, la duquesa, que la quería, subió a su cuarto. La mozuela no pudo resistir esta prueba de bondad; rompió a llorar, quiso devolver a su señora lo que le quedaba de la suma recibida y tuvo en fin el valor de confesarle las preguntas que le hiciera el conde y sus propias respuestas. La duquesa se dirigió a la lámpara, la apagó y dijo a Chekina que la perdonaba, pero a condición de que no diría jamás una palabra de aquella extraña escena a nadie del mundo. «El pobre conde —añadió en un tono ligero— teme el ridículo; todos los hombres son así.»

La duquesa se apresuró a bajar a sus habitaciones. Apenas encerrada en su cuarto, se deshizo en lágrimas; era horrible la idea de que pudiera tener amores carnales con Fabricio, al que viera nacer. Y no obstante, ¿qué significaba su conducta?

Ésta era la primera causa de la negra melancolía en que el conde la encontró. Llegado éste, la duquesa tuvo accesos de impaciencia contra él y contra Fabricio; hubiera querido no volver a verlos, ni a uno ni a otro, la irritaba el papel, ridículo a sus ojos, que representaba Fabricio con la pequeña Marietta; pues el conde se lo había dicho todo como un verdadero enamorado incapaz de guardar un secreto. No podía la duquesa acostumbrarse a tal desgracia: su ídolo tenía un defecto. Por fin, en un arranque de buena amistad, pidió consejo al conde; fue para él un momento delicioso y una buena recompensa del gesto noble que le había hecho volver a Parma.

—¡Eso no tiene ninguna importancia! —dijo el conde sonriendo—; los jóvenes quieren poseer a todas las mujeres, y al día siguiente ya no piensan más en el asunto. ¿No tiene que ir a Belgirate, a ver a la marquesa del Dongo? Pues que vaya en seguida. Durante su ausencia, yo rogaré a la compañía de los cómicos que se vayan a otra parte con sus talentos, y pagaré los gastos de viaje; pero no tardaremos en verle enamorado de la primera mujer bonita que le salga al paso: esto es lo normal, y yo no quisiera considerarlo de otro modo… Si hace falta, haga que le escriba la marquesa.

Esta idea, propuesta en el tono de una perfecta indiferencia, fue un rayo de luz para la duquesa; tenía miedo de Giletti. Aquella noche, el conde anunció, como por casualidad, que salía un correo para Viena pasando por Milán. Tres días después,

Fabricio recibía una carta de su madre. Se puso en camino muy contrariado por no haber podido todavía, gracias a los celos de Giletti, aprovecharse de las excelentes intenciones que Marietta le transmitía por una «mamacia», una vieja que le servía de madre.

Fabricio se encontró con su madre y una de sus hermanas en Belgirate, importante pueblo piamontés, en la orilla derecha del lago Mayor; la orilla izquierda pertenece al Milanesado, y por consiguiente a Austria. Este lago, paralelo al de Como, orientado también de norte a sur, está a unas veinte leguas más al oeste. El aire de las montañas, el panorama majestuoso y tranquilo del soberbio lago que le recordaba aquel otro en que había pasado su infancia, todo contribuyó a transformar en dulce melancolía la preocupación de Fabricio, muy próxima a la ira. El recuerdo de la duquesa se le presentaba ahora impregnado de una dulzura infinita; le parecía que, de lejos, sentía por ella el amor que no había sentido por ninguna mujer; nada le hubiera sido más penoso que verse separado de ella para siempre, y en tales disposiciones, si la duquesa se hubiera dignado acudir a la menor coquetería, habría conquistado aquel corazón; por ejemplo, oponiéndole un rival. Pero lejos de tomar una resolución tan decisiva, se reprochaba vivamente que su pensamiento no se apartara nunca de los pasos del joven viajero. Reprobaba en sí misma como una cosa abominable aquello que ella seguía llamando una fantasía; aumentó sus atenciones hacia el conde, y éste, seducido por tales gracias, no escuchaba a la sana razón que prescribía un segundo viaje a Bolonia.

La marquesa del Dongo, reclamada por la boda de su hija mayor, a la que casaba con un duque milanés, no pudo dedicar más que tres días a su hijo tan amado; nunca le había encontrado tan tierno y cariñoso. En la melancolía que se iba apoderando progresivamente del alma de Fabricio, se le había ocurrido una idea extraña y casi ridícula. ¿Nos atreveremos a decir que quería consultar al abate Blanès? Este excelente anciano era completamente incapaz de comprender las cuitas de un corazón reclamado por pasiones pueriles y casi iguales en fuerza; por otra parte, harían falta ocho días para hacerle solamente entrever todos los intereses a los que Fabricio tenía que atender en Parma; pero mientras pensaba en consultarle, Fabricio revivía la frescura de sus sensaciones de los dieciséis años. ¿Puede creerse? Fabricio no quería simplemente hablarle como a un hombre de buen juicio, como a un amigo fiel; el objeto de este viaje, y los sentimientos que agitaron a nuestro héroe durante las cincuenta horas que duró, son de tal modo absurdos, que seguramente, para el interés del relato, valdría más suprimirlos. Temo que la credulidad de Fabricio le prive de la simpatía del lector; pero en fin, así era: ¿por qué favorecerle a él más bien que a cualquier otro? No he favorecido ni al conde Mosca ni al príncipe[1].

En fin, Fabricio —pues todo hay que decirlo—, acompañó a su madre hasta el puerto de Laveno, ribera izquierda del lago Mayor, ribera austríaca, a donde llegó a

eso de las ocho de la noche. (El lago se considera país neutral, y no se exigen pasaportes a los que desembarcan en tierra.) Pero apenas llegada la noche, Fabricio desembarcó en aquella misma orilla austríaca, en medio de un bosquecillo que avanza entre las ondas. Había alquilado una *sediola,* una especie de tílburi campestre y rápido, con ayuda del cual pudo seguir, a quinientos pasos de distancia, el coche de su madre; iba disfrazado de criado de la *casa Del Dongo,* y a ninguno de los numerosos empleados de la policía o de la aduana se le ocurrió pedirle el pasaporte. A un cuarto de legua de Como, donde la marquesa y su hija tenían que detenerse para pasar la noche, tomó un sendero a la izquierda que bordeando la aldea de Vico, desembocaba en seguida en una pequeña carretera recientemente construida en el límite extremo del lago. Era ya medianoche, y Fabricio podía confiar en no encontrarse con ningún gendarme. Los árboles de los bosquecillos que el camino atravesaba a cada paso dibujaban el negro contorno de sus copas sobre un cielo estrellado, pero velado por una ligera bruma. Una profunda calma trascendía de las aguas y del cielo. A Fabricio le ganó el alma aquella belleza sublime; se detuvo y se sentó sobre una roca que se internaba en el lago, formando como un pequeño promontorio. El silencio universal sólo era turbado, a intervalos iguales, por la suave onda del lago que venía a morir sobre la playa. Fabricio tenía un alma italiana; pido perdón por él: este defecto, que le hará menos simpático, consistió principalmente en esto: la vanidad era en él accidental y pasajera, y la sola presencia de la belleza sublime le producía una tierna emoción y limaba la arista áspera y dura de sus penas. Sentado sobre la roca aislada, sin tener ya que mantenerse en guardia contra los agentes de la policía, cobijado por la noche profunda y el ancho silencio, dulces lágrimas le humedecieron los ojos, y gozó allí la más fácil y completa felicidad que gustara desde hacía mucho tiempo.

Resolvió no mentir nunca a la duquesa, y precisamente porque la quería hasta la adoración en aquel momento, se juró no decirle jamás *que la amaba.* Nunca pronunciaría a su lado la palabra amor, puesto que la pasión que así se llama era ajena a su corazón. En el entusiasmo de generosidad y de virtud que le hacía feliz en aquel momento, decidió decírselo todo en la primera ocasión: jamás había conocido el amor. Una vez bien tomada esta valerosa resolución, se sintió como liberado de un enorme peso. «Me dirá quizá algo sobre Marietta; pues bien, no veré nunca más a Marietta», se respondía a sí mismo con alegría.

El calor asfixiante que había reinado durante el día comenzaba a ceder ante la brisa matinal. Ya el alba dibujaba con tenue resplandor los picos de los Alpes que se alzaban al norte y al oriente del lago de Como. Sus moles, blancas de nieve, incluso en junio, se destacaban sobre el claro azul de un cielo siempre puro en aquellas grandes alturas. Una estribación de los Alpes que se adelanta al sur hacia Italia feliz separa las vertientes del lago de Como de las del lago de Garda. Fabricio seguía con los *ojos* todas las estribaciones de aquellas montañas sublimes; la luz creciente de la

aurora, disolviendo la ligera bruma que se elevaba del fondo de las gargantas, iba dibujando los valles que separan las alturas.

Fabricio había reanudado su camino; rebasó la colina que forma la península de Durini, y por fin apareció a su vista el campanario del pueblo de Grianta donde tantas veces observara las estrellas con el abate Blanès.

«¡Cuán grande era mi ignorancia en aquel tiempo! —se decía—. No comprendía ni siquiera el latín ridículo de los tratados de astrología que hojeaba mi maestro y creo que los respetaba especialmente porque, como no entendía más que algunas palabras sueltas, mi imaginación se encargaba de prestarles un sentido, y el más fantástico posible.»

Poco a poco su ensoñación fue tomando otro giro. ¿Habrá algo de real en esa ciencia? ¿Por qué había de ser distinta de las otras? Algunos imbéciles y aun personas perspicaces convienen entre ellos que saben *el mexicano,* por ejemplo, y a este título se imponen a la sociedad, que los respeta, y hasta a los gobiernos que los pagan. Les colman de favores precisamente porque carecen de inteligencia, y el poder no tiene que temer que subleven a los pueblos y cultiven lo patético con ayuda de los sentimientos generosos. Por ejemplo, el padre Bati, al que Ernesto IV acaba de conceder cuatro mil francos de pensión y la cruz de su orden por haber reconstruido diecinueve versos de un ditirambo griego.

«Pero, Dios mío, ¿tengo verdaderamente el derecho de juzgar ridículas estas cosas? ¿Soy yo quien debo quejarme? —se dijo de pronto parándose—; ¿no acaba de ser otorgada esta misma cruz a mi profesor de Nápoles?» Fabricio experimentaba un sentimiento de profundo malestar: la hermosa exaltación de virtud que acababa de hacer palpitarle el corazón se transformaba ahora en el vil placer de entrar a la parte en un robo. «En fin —se dijo con los ojos apagados de un hombre descontento de sí mismo—, puesto que mi alcurnia me da el derecho de aprovecharme de esos abusos, sería por mi parte una insigne necedad no aceptar mi parte; pero que no se me ocurra criticarlos en público.» Estas disquisiciones no carecían de razón, pero Fabricio había caído de las alturas de felicidad sublime a que había llegado una hora antes. La idea del privilegio había secado esa planta, siempre tan delicada, que se llama felicidad.

«Si no se puede creer en la astrología —prosiguió, tratando de aturdirse—; si esta ciencia es, como las tres cuartas partes de las demás ciencias no matemáticas, una reunión de tontos entusiastas y de hipócritas listos y pagados por aquellos a quienes sirven, ¿a qué se debe que yo piense tan a menudo y con emoción en una circunstancia fatal? En otro tiempo salí de la cárcel de B***, pero con el uniforme y la guía de un soldado preso por justa causa.»

La razón de Fabricio no consiguió llegar más lejos; giraba de mil modos en torno a la dificultad sin poder superarla. Era todavía demasiado joven; en sus momentos de ocio, su alma se entregaba con delicia a gustar las sensaciones producidas por

circunstancias romancescas que su imaginación estaba siempre pronta a procurarle. No había llegado a emplear el tiempo en estudiar con paciencia las particularidades reales de las cosas para luego adivinar sus causas. Todavía lo real le parecía vulgar y fangoso; concibo que no agrade mirarlo, pero entonces no se debe razonar sobre ello. Sobre todo, no debemos construir objeciones con las diversas piezas de nuestra ignorancia.

Por eso, sin carecer de inteligencia, Fabricio no pudo llegar a discernir que su semicreencia en los presagios era para él una religión, una impresión profunda recibida a su entrada en la vida. Pensar en tal creencia era sentir, era un gozo. Y se empeñaba en descubrir cómo aquello podía ser una ciencia *probada,* real, como la geometría, por ejemplo. Buscaba con ardor en su memoria todos los casos en que a los presagios observados por él no había sobrevenido el acontecimiento afortunado o infausto que parecían anunciar. Pero, sin dejar de creer que seguía un razonamiento y avanzaba hacia la verdad, su atención se detenía con predilección en el recuerdo de los casos en que al presagio había respondido ampliamente el accidente feliz o adverso que parecía predecir, y su alma se sentía tocada de respeto y de emoción; habría experimentado una repugnancia invencible por cualquiera que negara los presagios, sobre todo si empleaba la ironía.

Fabricio caminaba sin darse cuenta de las distancias, y a esta altura se hallaba de sus impotentes razonamientos, cuando al alzar la cabeza se encontró ante el muro del jardín de su padre. Aquel muro, que sostenía una hermosa terraza, se alzaba a más de cuarenta pies sobre el nivel del camino, a la derecha. Una franja de piedras talladas, en la parte superior, cerca de la balaustrada, le daba una traza monumental. «No está mal —se dijo fríamente Fabricio—; es una buena arquitectura, casi de tipo romano.» Aplicaba sus nuevos conocimientos en antigüedades. Luego volvió la cabeza con desagrado; recordó las severidades de su padre, y, sobre todo, la denuncia de su hermano Ascanio al volver él de su viaje a Francia.

«Esta denuncia desnaturalizada fue el origen de mi vida actual; puedo detestarla, puedo despreciarla, pero al fin y al cabo ha cambiado mi destino. ¿Qué habría sido de mí confinado en Novara y apenas tolerado por el administrador de mi padre, si mi tía no hubiera sido amante de un ministro poderoso, y si esta tía hubiera tenido un alma seca y vulgar en lugar del alma tierna y apasionada que me ama con una exaltación que me asombra? ¡Dónde estaría yo ahora si la duquesa tuviera el alma de su hermano el marqués del Dongo!»

Abrumado por tan duros recuerdos, Fabricio ya no caminaba sino con paso incierto; llegó al borde del foso justamente enfrente de la magnífica fachada del castillo. Apenas echó una mirada a aquel gran edificio ennegrecido por el tiempo. El noble lenguaje de la arquitectura le encontró ahora insensible; el recuerdo de su hermano y de su padre cerraba su alma a toda sensación de belleza, y sólo estaba

atento a mantenerse en guardia ante enemigos hipócritas y peligrosos. Miró un momento, pero con marcado disgusto, la pequeña ventana del cuarto que ocupaba en el tercer piso antes de 1815. El carácter de su padre había despojado de todo encanto la evocación de la primera infancia. «No he vuelto a entrar en ese cuarto —pensó— desde el siete de marzo a las ocho de la noche. Salí para ir a buscar el pasaporte de Vassi y al día siguiente el temor a los espías me hizo precipitar la partida. Cuando volví a pasar por aquí, después del viaje a Francia, no tuve tiempo de subir a mi cuarto, ni siquiera para ver mis grabados, todo gracias a la denuncia de mi hermano.»

Fabricio volvió la cabeza con horror. «El abate Blanès tiene más de ochenta y tres años —se dijo tristemente—, y ya no viene casi nunca al castillo, según me ha contado mi hermana, los achaques de la vejez han producido su efecto. La edad ha helado ese corazón tan firme y tan noble. ¡Dios sabe el tiempo que hará que ya no sube al campanario! Me esconderé en la bodega, bajo las tinajas y encima de la prensa, hasta que se despierte; no iré a turbar el sueño del pobre viejo; probablemente habrá olvidado hasta mi cara: ¡a esa edad, seis años representan mucho! ¡Ya sólo encontraré la tumba de un amigo! Y es una verdadera niñería haber venido aquí a afrontar la repugnancia que me causa el castillo de mi padre.»

Fabricio entraba ahora en la plazuela de la iglesia; con un asombro que rayaba en delirio, vio en el segundo piso del viejo campanario la ventana estrecha y alta iluminada por el farolito del abate Blanès. El abate tenía la costumbre de posarlo allí al subir a la jaula de tablas que constituía su observatorio, a fin de que el reflejo no le impidiera leer en su planisferio. Este mapa del cielo estaba extendido sobre una gran maceta de barro que había pertenecido antaño a un naranjo del castillo. En el fondo de la maceta brillaba una exigua lámpara cuyo humo iba a parar fuera de la maceta a través de un tubo de hojalata; la sombra del tubo marcaba el norte en el mapa. Todos estos recuerdos de cosas tan sencillas le inundaron el alma de emoción y de felicidad.

Casi sin darse cuenta, emitió, con ayuda de ambas manos, el silbido suave y breve que era antaño la señal de su admisión. Inmediatamente oyó tirar varias veces de la cuerda que abría, desde lo alto del observatorio, el cerrojo de la puerta del campanario. Fabricio se precipitó a la escalera, emocionado hasta la exaltación. Halló al abate sentado en su sillón de madera, en el lugar acostumbrado. Tenía el ojo clavado en la pequeña lente de un cuarto de círculo mural. Con la mano izquierda, el abate le hizo seña de que no le interrumpiera en sus observaciones; transcurrido un momento, escribió una cifra en un naipe, y luego, girando en el sillón, abrió los brazos a nuestro héroe, que se arrojó en ellos llorando. El abate Blanès era su verdadero padre.

—Te esperaba —dijo Blanès pasados los primeros momentos de expansión y ternura.

¿Representaba el abate su papel de sabio, o bien, pensando a menudo en Fabricio,

había tomado cualquier signo astrológico por un anuncio de su vuelta?

—He aquí que llega mi muerte —dijo Blanès.

—¡Qué dice! —exclamó Fabricio muy conmovido.

—Sí —continuó el abate en tono serio, pero nada triste—, cinco meses y medio o seis meses y medio después de haberte vuelto a ver, mi vida, logrado ya su complemento de dicha, se extinguirá. *Como face al mancar dell'alimento* (como una lamparilla cuando le falta el aceite). Antes del momento supremo, pasaré probablemente uno o dos meses sin hablar, y luego seré recibido en el seno de nuestro Padre, suponiendo que Él juzgue que he cumplido mi deber en el puesto donde me colocó de centinela.

»Pero tú estás muerto de cansancio; la emoción te da sueño. Desde que te espero, te guardo oculto un pan y una botella de aguardiente en el cajón de mis instrumentos. Da ese refrigerio a tu cuerpo y procura tomar las fuerzas suficientes para escucharme unos momentos más. Está en mi poder decirte algunas cosas antes que el día venga a reemplazar por completo a la noche: ahora las veo mucho más claramente que acaso las vería mañana. Porque, hijo mío, somos unas débiles criaturas, y hay que contar siempre con esta flaqueza nuestra. Acaso mañana el hombre viejo, el hombre terrenal estará ocupado en mí por los preparativos de la muerte, y mañana a las nueve de la noche tendrás que dejarme.

Fabricio le obedeció en silencio, como tenía costumbre, y el anciano prosiguió:

—¿Es cierto, pues, que cuando quisiste presenciar Waterloo, lo primero que hallaste fue una cárcel?

—Sí, padre —contestó atónito Fabricio.

—Pues bien, fue una rara fortuna, pues, advertido por mi voz, tu alma puede prepararse para otra prisión mucho más dura, mucho más terrible. Probablemente no saldrás de ella sino mediante un crimen; pero, gracias al Cielo, ese crimen no será cometido por ti. No caigas nunca en el crimen, por muy violentamente que te tienten a ello. Creo ver que se tratará de matar a un inocente que, sin saberlo, usurpa tus derechos; si resistes a la violenta tentación que parecerá justificada por las leyes del honor, tu vida será muy feliz a los ojos de los hombres… y razonablemente afortunada a los del hombre cuerdo —añadió al cabo de un momento de reflexión—; morirás como yo, hijo mío, sentado en una silla de madera, lejos de todo lujo y desengañado del lujo, y, como yo, sin tener que hacerte ningún reproche grave.

»Ya han acabado entre nosotros las cosas de la suerte futura: no podría añadir nada importante. He procurado en vano ver cuánto habrá de durar esa prisión: ¿seis meses, un año, diez años? No he podido descubrirlo; debo haber cometido alguna falta, y el Cielo ha querido castigarme con la pena de esta incertidumbre. Sólo he visto que después de la prisión, pero no sé si en el momento mismo de salir de ella, ocurrirá lo que llamo un crimen; pero, por fortuna, creo estar seguro de que no será

cometido por ti. Si tienes la flaqueza de participar en ese crimen, todo el resto de mis cálculos no es más que un prolongado error. Entonces no morirás en la paz del alma, sentado en una silla de madera y vestido de blanco.

Diciendo estas palabras, el abate Blanès quiso levantarse; sólo entonces notó Fabricio los estragos del tiempo; tardó más de un minuto en incorporarse y en volverse hacia Fabricio. Éste le dejaba hacer, inmóvil y silencioso. El abate se arrojó en sus brazos varias veces, y le estrechó con gran ternura. Luego recobró toda su alegría de antaño.

—Procura arreglártelas en medio de mis instrumentos para dormir con cierta comodidad; coge mis pellizas; hallarás varias de mucho precio que la duquesa Sanseverina me envió hace cuatro años. Me pidió una predicción relativa a ti que me guardé muy bien de enviarle, pero me quedé con sus pellizas y su magnífico cuadrante. Todo anuncio del porvenir es una infracción a la regla, y tiene el peligro de que puede variar el acontecimiento, en cuyo caso la ciencia se viene al suelo como un verdadero juego de niños; y por otra parte, había cosas duras de decir a esa duquesa siempre tan bonita. A propósito, no te asusten en tu sueño las campanas, que van a armar un estrépito espantoso junto a tus oídos cuando toquen a misa de siete; más tarde, en el piso inferior, van a tocar el gran bordón, que sacude todos mis instrumentos. Hoy es San Giovita, mártir y soldado. Ya sabes que la aldea de Grianta tiene el mismo patrón que la gran ciudad de Brescia, lo que, entre paréntesis, engañó de modo muy gracioso a mi ilustre maestro Santiago Marini de Rávena. Me anunció más de una vez que haría una buena carrera eclesiástica: creía que iba a ser cura de la magnífica iglesia de San Giovita, en Brescia, ¡y he sido párroco de un pueblecito de setecientos cincuenta vecinos! Pero mejor ha sido así. He visto, no hace todavía diez años, que si hubiese sido cura de Brescia, me esperaba el destino de ser encerrado en una prisión de una colina de Moravia, en Spielberg. Mañana te traeré toda clase de manjares delicados; pienso escamotearlos de la gran comida que doy a todos los curas de los alrededores que vienen a cantar la misa mayor. Los dejaré abajo, pero no trates de verme, no bajes a buscar esas cosas ricas hasta que me hayas oído salir. No conviene que me veas de día, y como mañana se pone el sol a las siete y veintisiete, no vendré a abrazarte hasta eso de las ocho, y es preciso que te marches mientras las horas se cuentan aún por nueve, es decir, antes de que el reloj dé las diez. Ten cuidado de que no te vean en las ventanas del campanario, los gendarmes tienen tus señas personales y están en cierto modo bajo las órdenes de tu hermano, que es un distinguido tirano. El marqués del Dongo se va debilitando —añadió Blanès en tono triste—, y si te viera, acaso te daría algo de mano a mano. Pero ventajas tales, maculadas de fraude, no convienen a un hombre como tú, cuya fuerza radicará algún día en su conciencia. El marqués aborrece a su hijo Ascanio, y precisamente a ese hijo irán a parar los cinco o seis millones que posee. Es justo. Tú, a su muerte, tendrás

una pensión de cuatro mil francos y cincuenta varas de paño negro para el luto de tus criados.

---

[1]Es curioso observar cómo aquí, y en otros muchos momentos de la novela, Stendhal se quita el disfraz, se sale de la *despersonalización* del narrador, del inventor de una fábula, *y se pone* abiertamente en crítico de su misma fábula.

# IX

Fabricio estaba excitado por las palabras del anciano, por la profunda atención y por el extremado cansancio. Le costó trabajo dormirse, y las pesadillas, acaso presagios del porvenir, le perturbaron el sueño. A las diez de la mañana le despertó la trepidación general del campanario; un tremebundo estruendo parecía venir del exterior. Se levantó espantado y creyó llegado el fin del mundo; luego pensó que estaba preso. Necesitó algún tiempo para reconocer el sonido de la campana grande que cuarenta campesinos ponían en movimiento en honor del gran santo Giovita; habrían bastado diez.

Fabricio buscó un lugar conveniente para ver sin ser visto; se dio cuenta de que, desde aquella gran altura, su mirada se hundía en los jardines y hasta en el patio interior del castillo de su padre. Lo había olvidado. La idea de aquel padre que llegaba a los confines de la vida cambió todos sus sentimientos. Distinguía hasta los gorriones que buscaban unas migas de pan en el gran balcón del comedor. «Son los descendientes de los que antaño amaestré yo», se dijo. Aquel balcón, como todos los demás del castillo, estaba lleno de naranjos en macetas de barro más o menos grandes. Esta contemplación le enterneció; aquel patio interior, ornado con las sombras de los árboles, bien destacadas por un sol deslumbrador, era verdaderamente grandioso.

Volvió a pensar en la declinación de su padre. «Pero es verdaderamente extraño —se decía—; mi padre me lleva sólo treinta y cinco años; treinta y cinco y veintitrés no son más que cincuenta y ocho.» Sus ojos, fijos en las ventanas del cuarto de aquel hombre severo que nunca le había querido, se llenaron de lágrimas. Se estremeció, y un frío repentino le corrió por las venas cuando creyó reconocer a su padre atravesando una terraza adornada de naranjos y al nivel de su cuarto; pero aquel hombre no era más que un criado. Justo debajo del campanario, numerosas muchachas vestidas de blanco y divididas en varios grupos trazaban dibujos con flores rojas, azules y amarillas en el suelo de las calles por donde iba a pasar la procesión. Pero otro espectáculo atraía más vivamente el alma de Fabricio: desde el campanario, abarcaba su mirada los dos brazos del lago a una distancia de varias leguas, y esta vista sublime le hizo olvidar todas las demás; despertaba en él los más elevados pensamientos. Todos los recuerdos de la infancia le vinieron en tropel a la mente; y aquel día que pasó preso en un campanario fue acaso uno de los más hermosos de su vida.

La placidez de ánimo le llevó a una elevación de pensamiento bastante ajena a su carácter; tan joven como era, consideraba los acontecimientos de la vida como si hubiera llegado ya a su último límite. «La verdad es —se dijo al fin después de varias horas de ensoñaciones deliciosas— que desde mi llegada a Parma no he gozado un

momento de alegría tranquila y perfecta como la que sentía en Nápoles galopando por los caminos de Vomero o corriendo por las riberas de Miseno. Todos los intereses tan complicados de esa pequeña corte perversa me han vuelto malo como ella… No siento en absoluto el placer de odiar, y hasta creo que sería para mí un triste placer el de humillar a mis enemigos, si los tuviera… Pero yo no tengo enemigos… ¡Alto! —se dijo de pronto—, tengo un enemigo: Giletti. Es singular —prosiguió—: el placer que experimentaría en que el diablo se llevara a ese hombre tan feo sobrevive a la afición, muy ligera, que sentía por la pequeña Marietta… No vale, ni con mucho, lo que la duquesa de A*** a quien tenía yo la obligación de amar en Nápoles, puesto que le había dicho que estaba enamorado de ella. ¡Dios santo, cuántas veces me he aburrido durante las entrevistas que me concedía la hermosa duquesa!; no ocurría lo mismo cuando Marietta me recibió dos veces y durante dos minutos cada vez en un cuartito desastrado que al mismo tiempo servía de cocina.

»¡Dios santo, lo que comen esas gentes! ¡Es lastimoso!… Debí pasarles, a ella y a la *mammacia*, una pensión de tres *beefsteaks* pagaderos diariamente… La pequeña Marietta —añadía— me distraía de los malos pensamientos que me inspiraba la vecindad de aquella corte.

»Acaso habría hecho bien en optar por la vida de café, como dice la duquesa; ella parecía inclinarse a este camino, y la duquesa tiene mucho más talento que yo. Gracias a su ayuda, o simplemente con esa pensión de cuatro mil francos y ese capital de cuarenta mil colocados en Lyon que mi madre me destina, siempre tendría un caballo y unos cuantos escudos para hacer excavaciones y reunir una colección arqueológica. Puesto que, al parecer, no he de conocer nunca el amor, éstas serán siempre para mí las grandes fuentes de felicidad; quisiera ver de nuevo, antes de morir, el campo de batalla de Waterloo y procurar reconocer la pradera donde tan alegremente me desmontaron de mi caballo y me sentaron en el suelo. Una vez cumplida esta peregrinación, volvería a menudo a este lago sublime; no puede haber nada en el mundo tan bello, al menos para mi corazón. ¿Para qué ir tan lejos en busca de la felicidad? ¡La tengo ante mis ojos!

»¡Ah!, existe una objeción —se dijo Fabricio—: la policía me arroja del lago de Como, pero yo soy más joven que los que dirigen los hechos de esa policía. Aquí —prosiguió sonriendo— no tendría a la duquesa de A***, pero hallaría una de esas mocitas que arreglan las flores en la calle, y en realidad la preferiría: la hipocresía me deja yerto el corazón, y nuestras grandes damas buscan efectos demasiado sublimes. Napoleón les ha dado ideas de buenas costumbres y de constancia.

»¡Diablo! —se dijo de pronto retirando de la ventana la cabeza como temiendo ser reconocido a pesar de la sombra de la enorme jaula de madera que protegía de la lluvia las campanas—, está ahí un pelotón de gendarmes en uniforme de gala.» En efecto, diez gendarmes, cuatro de ellos suboficiales, acababan de aparecer en lo alto

de la calle principal del pueblo. El jefe los distribuyó de cien en cien pasos a lo largo del trayecto que debía recorrer la procesión. «Todo el mundo me conoce aquí: si me ven, voy de un salto desde el lago de Como a Spielberg, donde me atarán a cada pierna una cadena de ciento diez libras, ¡y qué dolor para la duquesa!»

Fabricio necesitó dos o tres minutos para recordar que estaba encaramado a más de ochenta pies de altura, que el lugar en que se hallaba era comparativamente oscuro, que los ojos de las gentes que podían mirarle estaban deslumbrados por un sol esplendoroso y, en fin, que se paseaban, con los ojos muy abiertos, por unas calles cuyas casas todas acababan de ser enjalbegadas con cal en honor de la fiesta de San Giovita. A pesar de estos razonamientos tan claros, el alma italiana de Fabricio no habría podido ya gustar ningún placer si no hubiera interpuesto entre él y los gendarmes un trozo de tela vieja que clavó contra la ventana y en el que abrió dos agujeros para los ojos.

Las campanas agitaban el aire desde hacía diez minutos; la procesión salía ya de la iglesia; tronaron los *mortaretti.* Fabricio volvió la cabeza y reconoció aquella pequeña explanada bordeada de un parapeto sobre el lago, en la que tantas veces, en su juventud, se había expuesto a que los *mortaretti* le explotaran entre las piernas, por lo que su madre quería tenerle cerca de ella las mañanas de los días de fiesta.

Conviene saber que los *mortaretti* (o pequeños morteros) no son otra cosa que unos cañones de fusil aserrados de manera que no miden más que cuatro pulgadas de largo; a este fin recogen los campesinos ávidamente los cañones de fusil que, desde 1796, la política de Europa ha sembrado a voleo en las llanuras de Lombardía. Una vez reducidos a cuatro pulgadas de longitud, se cargan estos cañoncitos hasta la boca, se colocan en el suelo en posición vertical y se extiende de uno a otro un reguero de pólvora; se los coloca en tres líneas como un batallón, en número de doscientos o trescientos, en algún lugar próximo al trayecto que debe recorrer la procesión. Cuando se acerca el Santo Sacramento, se enciende la traca y comienza un tiroteo de sucesivos estallidos, un seco traqueteo muy desigual y muy ridículo; las mujeres enloquecen de alegría. Nada tan alegre como el ruido de los *mortaretti* oído de lejos, desde el lago, y atenuado por el suave oleaje de las aguas. Este ruido singular, que tantas veces había sido la alegría de su infancia, disipó las ideas, un poco demasiado serias, que embargaban a nuestro héroe. Fue a buscar el gran anteojo astronómico del abate y reconoció a la mayor parte de los hombres y de las mujeres que figuraban en la procesión. Muchas de las encantadoras mocitas que Fabricio había dejado de once a doce años eran ahora mujeres soberbias, en la flor de la más vigorosa juventud; hicieron renacer el valor de nuestro héroe y, por hablarlas, habría desafiado a los gendarmes.

Pasada la procesión y ya entrada en la iglesia por una puerta lateral que Fabricio no podía ver, el calor no tardó en ser terrible hasta en lo alto del campanario. Los

habitantes tornaron a sus casas, y se hizo un gran silencio en todo el pueblo. Varias barcas recogieron a los aldeanos que volvían a Belagio, a Menagio y a otros pueblos situados a orillas del lago. Fabricio oía el ruido de los remos: este detalle tan sencillo le extasiaba; su alegría actual estaba hecha de todo el desagrado, de todo el desasosiego que le producía la complicada vida de las cortes. ¡Qué dichoso habría sido en aquel momento recorriendo una legua por aquel lago tan tranquilo y que tan bien reflejaba la profundidad del cielo! Oyó abrir la puerta del pie del campanario: era la vieja criada del abate Blanès con una gran cesta; le costó muchísimo trabajo contenerse para no bajar a hablarle. «Me quiere tanto cómo su amo —se decía—, y además me marcho esta noche a las nueve; ¿no había de guardar siquiera unas horas el secreto que me jurara? Pero —prosiguió Fabricio— disgustaría a mi amigo, y acaso le comprometiera con los gendarmes.» Y dejó partir a Ghita sin hablarle. Comió muy bien y luego se acomodó para dormir unos minutos: no se despertó hasta las ocho y media; el cura Blanès le sacudía el brazo; era de noche.

Blanès estaba muy cansado; tenía cincuenta años más que la víspera. Ya no habló de cosas serias, sentado en su sillón de madera, le decía a Fabricio: «Abrázame». Le estrechó varias veces en sus brazos. «En la muerte —dijo al fin— que va a terminar esta vida tan larga, no habrá nada tan penoso como esta separación. Tengo unos ahorros que dejaré en depósito a Ghita, con orden de usar de ellos para sus necesidades, pero de entregarte lo que reste si alguna vez vienes a pedírselo. La conozco: después de esta recomendación, es capaz, por economizar para ti, de no comprarse carne ni siquiera cuatro veces al año si no le das tú órdenes bien terminantes. Puedes verte en la miseria, y el óbolo del viejo amigo te vendrá bien. No esperes de tu hermano más que procedimientos atroces, y procura ganar dinero en un trabajo que te haga útil a la sociedad. Preveo tormentas extraordinarias: ¡es posible que dentro de cincuenta años ya no se quieran personas ociosas! Tu madre y tu tía pueden faltarte, y tus hermanas tienen que obedecer a sus maridos… ¡Vete, vete, huye!», exclamó Blanès muy apurado; acababa de oír en el reloj un ruidito que anunciaba las campanadas de las diez y no quiso ni siquiera permitir a Fabricio que le abrazara por última vez.

—¡Date prisa, date prisa! —le gritó—; tardarás lo menos un minuto en bajar la escalera; ten cuidado de no caerte: sería un presagio horrible.

Fabricio se precipitó a la escalera, y al llegar a la plaza echó a correr. Apenas había llegado al castillo de su padre, cuando la campana dio las diez; cada campanada repercutía en su pecho y le producía una rara turbación. Se paró a reflexionar, o, más bien, a entregarse a los apasionados sentimientos que le inspiraba aquel edificio majestuoso que tan fríamente examinara la víspera. Le despertaron de su abstracción unos pasos de hombre; miró y se vio rodeado de cuatro gendarmes. Llevaba dos excelentes pistolas cuyo fulminante acababa de renovar mientras comía; el pequeño

ruido que hizo al armarlas llamó la atención a uno de los gendarmes y estuvo a punto de hacer que le detuvieran. Se dio cuenta del peligro que corría y pensó disparar el primero; estaba en su derecho, pues era la única manera que tenía de hacer frente a cuatro hombres bien armados. Por fortuna, los gendarmes, que circulaban para hacer evacuar las tabernas, no se habían mostrado por completo insensibles a las atenciones que habían recibido en algunos de aquellos amables establecimientos, y no se decidieron con bastante celeridad a cumplir con su deber. Fabricio huyó corriendo a toda la velocidad de sus piernas. Los gendarmes dieron unos pasos corriendo también y gritando: «¡Alto, alto!». Luego volvió todo al silencio. A trescientos pasos de allí, Fabricio se detuvo para tomar aliento. «El ruido de las pistolas ha estado a punto de hacer que me detengan. Ahora sí que la duquesa me habría dicho, si alguna vez me hubiera sido dado volver a ver sus bellos ojos, que mi alma se complace en contemplar lo que ocurrirá dentro de diez años y se olvida de mirar lo que pasa en el momento a mi lado.»

Fabricio se estremeció pensando en el peligro que acababa de sortear; aligeró el paso, pero en seguida no pudo menos de echar a correr, lo que no era demasiado prudente, porque llamó la atención de varios aldeanos que volvían a sus casas. No fue capaz de detenerse hasta la montaña, a más de una legua de Grianta, y hasta allí le dio un sudor frío pensando en Spielberg.

«¡Vaya un miedo! —se dijo, y al oír el sonido de esta palabra estuvo a punto de sentirse avergonzado—. ¿Pero no me dice mi tía que lo que más necesito es aprender a perdonarme? Me comparo siempre a un modelo perfecto que no puede existir. Pues bien, me perdono, porque, por otra parte, estaba bien decidido a defender mi libertad, y seguramente que no habrían quedado en pie los cuatro para conducirme a la cárcel. Lo que hago en este momento —añadió— no es militar. En vez de retirarme rápidamente una vez cumplido mi objetivo y acaso dado el alerta a mis enemigos, me entretengo en una fantasía más ridícula quizá que todas las predicciones de mi abate.»

En efecto, en vez de alejarse por el camino más corto y ganar las orillas del lago Mayor, donde le esperaba su barca, daba un enorme rodeo para ir a ver su *árbol.* Acaso el lector recordará el amor de Fabricio a un castaño plantado por su madre veintitrés años antes. «Sería muy propio de mi hermano —pensó— haber mandado cortar ese árbol; pero esos seres no sienten las cosas delicadas; no habrá pensado en ello. Por otra parte, no sería un mal augurio», añadió con firmeza. Dos horas más tarde se quedó consternado: gentes mal intencionadas o acaso una tormenta habían tronchado una de las ramas principales, que colgaba ya seca. Fabricio la cortó con respeto, con ayuda de su puñal, y alisó el muñón para que el agua no pudiera introducirse en el tronco. Después, y aunque el tiempo era precioso para él, pues iba a apuntar el día, invirtió una hora larga en excavar la tierra en torno al árbol querido. Realizadas todas estas locuras, reanudó a toda prisa el camino hacia el lago Mayor.

Después de todo, no estaba descontento; el árbol estaba muy lozano, más vigoroso que nunca, y en cinco años había crecido casi el doble. La rama rota no era más que un accidente sin consecuencias; una vez cortada, no perjudicaba al árbol, y hasta sería más esbelto, porque la copa comenzaría más arriba.

No había caminado aún una legua, cuando una franja deslumbrante de blancura dibujaba a oriente las cumbres del *Resegon di Lek*, montaña célebre en el país. El camino se iba llenando ya de campesinos; pero Fabricio, en vez de atenerse a ideas militares, se dejaba conmover por las vistas sublimes o impresionantes de las florestas que amenizan los alrededores del lago de Como. Son acaso las más bellas del mundo, y no quiero decir con esto las que producen más *escudos nuevos,* como se diría en Suiza, sino las que hablan más al alma. Escuchar este lenguaje en la situación en que se hallaba Fabricio, abocado a las atenciones de los señores gendarmes lombardovenecianos, era una verdadera candidez. «Estoy a media legua de la frontera —se dijo por fin—, y voy a encontrarme con los aduaneros y con los gendarmes que hacen su ronda matinal; esta indumentaria elegante va a parecerles sospechosa, y me pedirán el pasaporte; ahora bien, este pasaporte lleva escrito con todas sus letras un nombre carcelario, heme aquí en la necesidad de cometer un homicidio. Si, como de costumbre, los gendarmes van en pareja, no puedo esperar buenamente para hacer fuego a que uno de los dos procure echarme mano al cuello; por un instante que me sujete al caer, heme en Spielberg.» Fabricio, horrorizado sobre todo por aquella necesidad de hacer fuego el primero, quizá sobre un antiguo soldado de su tío el conde Pietranera, corrió a ocultarse en el tronco hueco de un enorme castaño; estaba renovando el fulminante de sus pistolas, cuando oyó a un hombre que avanzaba por el bosque cantando muy bien un aire delicioso de Mercadante, de moda a la sazón en Lombardía.

«Esto es de buen augurio», se dijo Fabricio. Aquella melodía que escuchaba religiosamente le quitó el pequeño ribete de ira que comenzaba a turbar sus razonamientos. Exploró atentamente la carretera en ambos sentidos, y no vio a nadie. «El cantor debe de acercarse por algún camino transversal», se dijo. Casi en el mismo instante vio un criado muy bien vestido a la inglesa y montando un caballo de escolta que avanzaba al paso, llevando de la brida un hermoso corcel de raza, acaso un poco demasiado flaco.

«¡Ah!, si yo discurriera como Mosca —se dijo Fabricio— cuando me repite que los peligros que corre un hombre son siempre la medida de sus derechos sobre el vecino, le metería una bala en el cráneo a ese lacayo, y una vez montado en el caballo flaco, me reiría bien de todos los gendarmes del mundo. En cuanto llegara a Parma, enviaría dinero a ese hombre o a su viuda… ¡pero eso sería horrible!»

# X

Sin dejar de moralizar, Fabricio saltó a la carretera general que va de Lombardía a Suiza; en aquel lugar está cuatro o cinco pies más baja que el bosque. «Si mi hombre coge miedo —se dijo Fabricio—, sale al galope y yo me quedo aquí plantado como un idiota.» En este momento se hallaba a diez pasos del lacayo; ya no cantaba, y Fabricio le vio el miedo en los ojos; iba quizá a volverse con sus caballos. Todavía sin una decisión determinada, Fabricio dio un salto y agarró la brida del caballo flaco.

—Buen amigo —dijo al lacayo—, no soy un vulgar ladrón, pues comenzaré por darte veinte francos, pero me veo obligado a tomar prestado tu caballo; si no me pongo en salvo con la mayor rapidez, me matarán. Me vienen pisando los talones los cuatro hermanos Riva, esos grandes cazadores que sin duda conoces. Acaban de sorprenderme en el cuarto de su hermana, salté por la ventana y aquí estoy. Han salido al bosque con sus perros y sus escopetas. Me había escondido en ese gran castaño hueco, porque vi a uno de ellos atravesar la carretera, pero sus perros me van a descubrir. Voy a montar en tu caballo y a galopar hasta una legua más allá de Como; voy a Milán a arrojarme a los pies del virrey. Y si consientes de buen grado dejaré tu caballo en la posta con dos napoleones para ti. Si opones la menor resistencia, te mato con las pistolas que aquí ves. Si, una vez que me aleje, echas tras de mí pista a los gendarmes, mi primo, el bravo conde Alari, caballerizo del emperador, se cuidará de que te rompan los huesos.

Fabricio inventaba este cuento a medida que lo iba diciendo en un tono muy pacífico.

—Por lo demás —dijo sonriendo—, mi nombre no es un secreto; soy el *marchesino* Ascanio del Dongo, y mi castillo está muy cerca de aquí en Grianta. ¡Lárgate! —dijo alzando la voz—, ¡suelta ese caballo!

El lacayo, estupefacto, no decía una palabra. Fabricio pasó la pistola de la mano derecha a la izquierda, cogió la brida que el otro le soltó, montó de un salto el caballo y salió al trote. Cuando estaba ya a trescientos pasos, se dio cuenta de que había olvidado dar los veinte francos prometidos. Se detuvo. En la carretera no había aún nadie más que el criado que le seguía al galope; le hizo seña con el pañuelo de que se acercara y, cuando le vio a cincuenta pasos, arrojó en la carretera un puñado de dinero y arrancó de nuevo. De lejos vio al lacayo recoger las monedas.

«Éste es un hombre verdaderamente razonable —se dijo Fabricio sonriendo—; ni una palabra inútil.» Galopó hacia el sur, se detuvo en una casa extraviada y reanudó el camino a las pocas horas. A las dos de la mañana estaba a orillas del lago Mayor; no tardó en divisar su barca batiendo el agua a la señal convenida. No vio a ningún campesino para entregarle el caballo y dejó en libertad al noble bruto. Al cabo de tres horas estaba en Belgirate. Como éste era ya un país amigo, se tomó algún descanso.

Estaba muy contento, pues todo le había salido satisfactoriamente. ¿Nos atreveremos a descubrir las verdaderas causas de su alegría? Había encontrado su árbol espléndidamente lozano, y sentía el alma refrescada por la honda ternura que hallara en los brazos del abate Blanès. «¿Cree realmente —se decía— en todas esas predicciones que me ha hecho, o es que, como mi hermano me ha creado fama de jacobino, de hombre sin fe ni ley, capaz de todo, ha querido el abate únicamente inducirme a no ceder a la tentación de romper la cabeza a cualquier mentecato que me juegue una mala partida?» Al día siguiente Fabricio estaba en Parma, donde entretuvo mucho a la duquesa y al conde contándoles minuciosamente, como siempre lo hacía, toda la historia de su viaje.

A su llegada, Fabricio encontró al portero y a todos los domésticos del palacio Sanseverina con las insignias de un luto riguroso.

—¿Quién se nos ha muerto? —preguntó a la duquesa.

—El excelente hombre que se llamaba mi marido acaba de morir en Barden. Me deja este palacio, como estaba convenido, pero en prueba de buena amistad, agrega un legado de trescientos mil francos que me embaraza mucho; no quiero renunciar a él a favor de su sobrina, la marquesa Raversi, que me juega unas partidas dignas de la horca. Tú que eres aficionado tendrás que buscarme un buen escultor: le haré al duque un mausoleo de trescientos mil francos.

El conde se puso a contar anécdotas de la Raversi.

—He procurado inútilmente amansarla con beneficios —prosiguió la duquesa—. En cuanto a los sobrinos del duque, los he hecho a todos coroneles o generales. En compensación, no pasa mes sin que me dirijan algún anónimo abominable; he tenido que tomar un secretario para leer las cartas de ese género.

—Y esos anónimos son sus menores pecados —comentó el conde Mosca—; tiene un taller de denuncias infames. Yo habría podido veinte veces llevar ante los tribunales a toda esa tropa, y Vuestra Excelencia puede suponer —añadió dirigiéndose a Fabricio— si mis excelentes jueces los hubieran condenado.

—Pues esto me estropea lo demás —replicó Fabricio con una ingenuidad muy divertida en la corte—; yo hubiera preferido verlos condenados por magistrados que juzgaran en conciencia.

—Ya me hará el favor, Vuestra Excelencia, que viaja para instruirse, de darme la dirección de tales magistrados: les escribiré antes de irme a la cama.

—Si yo fuera ministro, esa ausencia de jueces honrados vejaría mi amor propio.

—Pero me parece —replicó el conde— que Vuestra Excelencia, que tanto ama a los franceses, y que hasta una vez les prestó el socorro de su invencible brazo, olvida en este momento una de sus grandes máximas:

«Más vale matar al diablo que el diablo nos mate». Quisiera yo ver cómo gobernaría usted estas almas ardientes y que se pasan el día leyendo la historia de la

Revolución francesa, con jueces que absolvieran a los acusados. Llegarían a no condenar ni a los forajidos verdaderamente culpables, y se creerían unos Brutos. Pero tengo que plantearle una cuestión: su alma, tan delicada, ¿no siente algún remordimiento por ese hermoso caballo un poco flaco que acaba de abandonar a orillas del lago Mayor?

—Tengo el propósito —repuso Fabricio muy serio— de hacer llegar al dueño del caballo el importe de los gastos de anuncios y de otras gestiones para que le devuelvan su caballo los campesinos que lo hayan encontrado; voy a leer asiduamente el periódico de Milán buscando el anuncio de un caballo perdido; conozco muy bien las señas de éste.

—Es verdaderamente «primitivo» —dijo el conde a la duquesa—. ¿Y qué habría sido de Vuestra Excelencia —prosiguió sonriendo— si cuando galopaba vientre a tierra sobre ese caballo prestado se le hubiera ocurrido a éste dar un paso en falso? A estas horas estaría en Spielberg, querido sobrinito, y toda mi influencia alcanzaría apenas a disminuir en treinta libras el peso de la cadena atada a cada una de sus piernas. Pasaría diez años en ese lugar de recreo; acaso se le hincharían y se le gangrenarían las piernas; entonces se las cortarían con mucho cuidadito…

—¡Oh, por el amor de Dios, no prosiga esa triste novela! —exclamó la duquesa con lágrimas en los ojos—. Ya le tenemos aquí…

—Y ello me causa más alegría que a usted misma, puede creerlo —replicó el ministro en un tono muy serio—; pero en fin, ¿por qué este niño cruel no me ha pedido un pasaporte con un nombre conveniente, ya que quería entrar en Lombardía? A la primera noticia de su detención, me habría ido a Milán, y los amigos que tengo en ese país habrían tenido a bien hacer la vista gorda y suponer que sus gendarmes habían detenido a un súbdito del príncipe de Parma. El relato de tu viaje es gracioso, divertido, lo reconozco de buen grado —prosiguió el conde volviendo a un tono menos siniestro—; tu salida del bosque a la carretera general me gusta bastante; pero, aquí entre nosotros, desde el momento en que aquel criado tenía en sus manos la vida de Vuestra Excelencia, Vuestra Excelencia estaba en el derecho de tomar la suya. Vamos a hacer a Vuestra Excelencia una fortuna brillante, al menos he aquí a la dama que así me lo ordena, y no creo que ni mis mayores enemigos puedan acusarme de haber desobedecido jamás sus órdenes. ¡Qué horrible disgusto para ella y para mí si en esa carrera que acaba de correr con ese caballo flaco, el animal hubiera dado un mal paso! Más le habría valido —añadió el conde— que ese caballo le rompiera la cabeza.

—Está muy trágico esta noche, amigo mío —observó la duquesa muy emocionada.

—Es que nos encontramos rodeados de acontecimientos trágicos —replicó el conde también con emoción—; aquí no estamos en Francia, donde todo acaba en

canciones o en un encarcelamiento de un año o dos, y realmente hago mal en hablarle en broma de estas cosas. ¡Ah, sobrinito!, creo que voy a encontrar la manera de hacerle obispo, pues no puedo comenzar tranquilamente por el arzobispado de Parma, como quiere, con toda razón, la señora duquesa aquí presente. En ese obispado, lejos de nuestros prudentes consejos, ¿quiere decirme cuál será su politica?

—Matar al diablo antes de que el diablo me mate, como dicen muy bien mis amigos los franceses —repuso Fabricio con ojos llameantes—; conservar por todos los medios posibles, incluido el pistoletazo, la posición que usted me haya labrado. He leído en la genealogía de los Del Dongo la historia de aquel antepasado nuestro que construyó el castillo de Grianta. Al final de su vida, su buen amigo Gateas, duque de Milán, le envía a visitar una fortaleza situada a orillas de nuestro lago; se temía una nueva invasión de los suizos. «Pero tengo que escribir unas letras de cortesía al comandante», le dijo el duque de Milán al despedirle. Escribió y le entregó una carta de dos líneas; luego se la pidió para cerrarla. «Así será más correcto», dijo el príncipe. Vespasiano del Dongo se pone en camino; pero navegando por el lago, se acuerda de un viejo cuento griego, pues era hombre sabio. Abre la carta de su excelente señor y lee en ella una orden, dirigida al comandante del castillo, de darle muerte en cuanto llegue. El Sforza, muy atento a la comedia que representaba con nuestro abuelo, había dejado un espacio en blanco entre la última línea de la orden y su firma; Vespasiano del Dongo escribe en este espacio la orden de reconocerle como gobernador general de todos los castillos del lago, y suprime el encabezamiento de la carta. Llegado y reconocido en la fortaleza, mete en un pozo al comandante, declara la guerra al Sforza y al cabo de unos años cambia su fortaleza por las inmensas tierras que han hecho la fortuna de nuestra familia, y que algún día me valdrán a mí cuatro mil libras de renta.

—Habla como un académico —exclamó el conde riendo—; es una buena jugada esa que nos cuenta; pero sólo cada diez años se tiene la divertida ocasión de hacer cosas sabrosas. Un ser medio imbécil, pero avizor y prudente todos los días, se da a menudo el gusto de triunfar sobre los hombres de imaginación. Precisamente por una locura de imaginación se entregó Napoleón al prudente «John Bull», en vez de procurar ganar América. John Bull, en su mostrador, se ha reído mucho de la carta en que cita a Temístocles. En todos los tiempos, los viles Sancho Panza vencieron a la larga a los sublimes Don Quijote. Si usted quiere avenirse a no hacer nada extraordinario, estoy seguro de que será un obispo muy respetado, si no muy respetable. No obstante, mi observación subsiste: Vuestra Excelencia se ha conducido con ligereza en el asunto del caballo; ha estado a dos dedos de una prisión perpetua.

Estas palabras hicieron estremecerse a Fabricio; quedó abismado en un profundo pasmo. «¿Sería ésa —se decía— la prisión de que estoy amenazado? ¿Sería ése el crimen que no debo cometer?» Las predicciones de Blanès, de las que se burlaba

mucho como profecías, tomaban para él toda la importancia de verdaderos presagios.

—Pero, ¿qué tienes? —le dijo la duquesa extrañada—, el conde te ha sumido en negros pensamientos.

—Me siento iluminado por una verdad nueva, y en lugar de rebelarme contra ella, mi entendimiento la adopta. ¡Es verdad, he pasado muy cerca de una prisión sin fin! ¡Pero aquel lacayo estaba tan lindo con su uniforme a la inglesa!; ¡hubiera sido una lástima matarle!

El ministro quedó encantado de su airecito juicioso.

—Está muy bien de todos modos —dijo mirando a la duquesa—. Le comunico, amigo mío, que ha hecho una conquista, y acaso la más deseable de todas.

«¡Ah! —pensó Fabricio—, me va a decir una broma sobre Marietta.» Se equivocaba; el conde añadió:

—Su sencillez *evangélica* ha ganado el corazón de nuestro venerable arzobispo, el padre Landriani. Un día de estos le haremos gran vicario, y el mayor encanto de esta broma es que los tres grandes vicarios actuales, personas de mérito, trabajadoras y creo que dos de ellas grandes vicarios antes que usted naciera, pedirán, en una hermosa carta dirigida a su arzobispo, que sea usted el primero en categoría entre ellos. Estos señores se fundan, primero en las virtudes de usted, y luego en que es sobrino nieto del célebre arzobispo Ascanio del Dongo. Cuando me enteré del respeto que inspiraban sus virtudes, nombré inmediatamente capitán al sobrino del más antiguo de los vicarios generales; era teniente desde el sitio de Tarragona por el mariscal Suchet.

—¡Ve inmediatamente sin arreglarte, tal como estás, a hacer una visita de cariño a tu arzobispo! —exclamó la duquesa—. Cuéntale la boda de tu hermana; cuando sepa que va a ser duquesa, le parecerás mucho más apostólico. Por lo demás, ignoras todo lo que el conde acaba de confiarte sobre tu futuro nombramiento.

Fabricio corrió al palacio episcopal; estuvo sencillo y modesto; era éste un papel que hacía con demasiada facilidad; más bien necesitaba esforzarse para representar el de gran señor. Mientras escuchaba los relatos, un poco largos, de monseñor Landriani, se decía: «¿Hubiera debido soltarle un tiro al lacayo que llevaba de la rienda el caballo flaco?». La razón le contestaba afirmativamente, pero el corazón no podía acostumbrarse a la imagen ensangrentada del guapo mozo cayendo todo desfigurado del caballo.

«Esta prisión que me iba a tragar si el caballo hubiera tropezado, ¿será la que me amenaza en tantos presagios?»

El problema era de extraordinaria importancia para él, y el arzobispo quedó muy contento de su actitud de profunda atención.

# XI

Al salir del arzobispado, Fabricio corrió a casa de Marietta. Oyó de lejos la gruesa voz de Giletti, que había mandado por vino y se refocilaba con el apuntador y los despabiladores, sus amigos. La *mammacia* que hacía las funciones de madre fue la única que respondió a su señal.

—Hay novedades desde que te marchaste —exclamó—; a dos o tres actores de nuestra compañía se les acusa de haber celebrado con una orgía el cumpleaños del gran Napoleón, y nuestra pobre compañía, tildada de jacobina, ha recibido orden de salir de los Estados de Parma, ¡y viva Napoleón! Pero el ministro ha soltado la mosca, según dicen. Lo cierto es que Giletti tiene dinero, no sé cuánto, pero le he visto un puñado de escudos. A Marietta le ha dado cinco escudos nuestro director para gastos de viaje hasta Mantua y Venecia, y a mí uno. Sigue muy enamorada de ti, pero tiene miedo a Giletti; hace tres días, en la última función que dimos, se empeñaba en matarla; le propinó dos bofetadas de órdago, y lo más malvado es que le rasgó el chal azul. Si le regalaras un chal azul, serías un buen muchacho, y diríamos que nos había tocado en la rifa. El tambor mayor de los carabineros da una función mañana; ya verás el anuncio en todas las esquinas de las calles. Ven a vernos; si Giletti ha ido a la función y calculamos que puede estar bastante tiempo fuera de casa, estaré a la ventana y te haré una seña para que subas. Procura traernos algo bien bonito; la Marietta te quiere con pasión.

Al bajar la escalera de caracol de aquel chamizo infame, Fabricio estaba muy compungido. «No he cambiado nada —se decía—; todas las bellas resoluciones que tomé a orillas de nuestro lago, cuando contemplaba la vida con mirar filosófico, se las ha llevado el viento. Mi alma estaba entonces fuera de su centro ordinario; todo aquello era un sueño que desaparece ante la austera realidad. Llega el momento de ponerse en acción», pensaba al entrar en el palacio Sanseverina a eso de las once de la noche. Pero en vano buscó en su corazón el valor de hablar con aquella sinceridad sublime que tan fácil le parecía la noche pasada en las riberas del lago de Como. «Voy a dar un disgusto a la persona que más quiero en el mundo; si hablo, pareceré un mal comediante; la verdad es que sólo valgo un poco en ciertos momentos de exaltación.»

—El conde es admirable para mí —dijo a la duquesa después de darle cuenta de su visita al arzobispo— estimo tanto más su proceder porque creo notar que no le soy muy grato. Por eso debo comportarme con él correctamente. Está entusiasmado con sus excavaciones de Sanguigna, al menos a juzgar por su viaje de anteayer: hizo doce leguas al galope para pasar dos horas con sus excavadores. Si se encuentran fragmentos de estatuas en el templo antiguo cuyos cimientos acaba de descubrir, teme que se los roben; estoy por proponerle ir a pasar treinta y seis horas a Sanguigna.

Mañana, a eso de las cinco, tengo que volver al arzobispado, y podría salir al atardecer, aprovechando para el viaje el frescor de la noche.

La duquesa tardó un rato en contestar.

—Diríase que buscas pretextos para alejarte de mí —le dijo luego con gran ternura—; apenas de retorno de Belgirate, ya encuentras una nueva razón para marcharte.

«Ésta es buena ocasión para hablar —se dijo Fabricio—. Pero a orillas del lago estaba un poco loco; en mi arrebato de sinceridad, no me di cuenta de que mis cumplidos acababan en una impertinencia. Se trataba de decirle: “Te quiero con el más profundo cariño, etc.; pero mi alma no es capaz de amor”. ¿No equivale esto a decir: “Ya veo que estás enamorada de mí, pero ten cuidado, porque yo no puedo pagarte en la misma moneda'? Si está en efecto enamorada, puede molestarle que lo hayan adivinado, y si sólo siente por mí un afecto sencillamente amistoso, la indignará mi imprudencia… y estas ofensas son de las que no se perdonan.»

Mientras pensaba estas ideas importantes, Fabricio, sin darse cuenta, se paseaba por el salón, con un continente grave y noble, como un hombre que ve muy cerca el infortunio.

La duquesa le miraba con admiración; no era ya el niño que ella viera nacer, no era ya el sobrino siempre dispuesto a obedecerla: era un hombre serio cuyo amor sería delicioso conquistar. Se levantó de la otomana en que estaba sentada y, echándose en sus brazos, le dijo con arrebatada exaltación:

—¿Es que quieres huir de mí?

—No —contestó Fabricio con el aire de un emperador romano—, pero quisiera ser prudente.

Estas palabras se prestaban a diversas interpretaciones. Fabricio no tuvo valor de continuar corriendo el riesgo de herir a aquella alma adorable. Era demasiado joven, demasiado accesible a la emoción; su ingenio no le proporcionaba ningún rodeo amable para hacer comprender lo que quería decir. En un arrebato espontáneo, y a pesar de todos sus razonamientos, tomó en sus brazos a aquella mujer encantadora y la besó con arrebato. En el mismo momento se oyó el ruido del carruaje del conde que entraba en el patio, y, casi al mismo tiempo apareció Mosca en el salón; parecía muy emocionado.

—Inspira usted pasiones extraordinarias —dijo a Fabricio, que se quedó casi confuso ante estas palabras.

»El arzobispo tenía esta noche la audiencia que su Alteza Serenísima concede todos los jueves; el príncipe acaba de contarme que el arzobispo, muy azorado, comenzó con una homilía aprendida de memoria y muy docta, de la que el príncipe no comprendió nada al principio. Landriani acabó por declarar que era importante para la Iglesia de Parma que *monsignore* Fabricio del Dongo fuera nombrado primer

vicario general suyo, y luego, cuando cumpliera los veinticuatro años, coadjutor del propio arzobispo con *futura sucesión.*

»Este título me asustó, lo confieso —prosiguió el conde—; me parece que es ir un poco demasiado de prisa, y temí un gesto malhumorado del príncipe; pero me miró sonriendo y me dijo en francés: "Es uno de esos buenos golpes suyos, señor mío". "Puedo jurar ante Dios y ante Vuestra Alteza —exclamé con la mayor unción posible — que yo ignoraba por completo las palabras *futura sucesión.*" Entonces dije la verdad, lo que repetíamos aquí mismo hace unas horas; añadí con aplomo que me consideraría algún día muy favorecido por Su Alteza si se dignara concederme un pequeño obispado para comenzar. El príncipe debe de haberme creído, pues ha juzgado oportuno mostrarse muy amable, me ha dicho con toda la sencillez posible: "Esto es asunto oficial entre el arzobispo y yo, en el que usted no tiene nada que ver; el pobre hombre me espeta una especie de informe muy largo y bastante aburrido, y en seguida me hace una proposición oficial; yo le contesté muy fríamente que el interesado era muy joven y, sobre todo, muy nuevo en mi corte; que otorgando la perspectiva de tan alta dignidad al hijo de uno de los grandes oficiales del reino lombardoveneciano, parecería casi como si yo pagara una letra de cambio girada a mi cargo por el emperador. El arzobispo aseguró que no había mediado ninguna recomendación de ese género. Era una buena tontería decirme esto *a mí, y* me extrañaba en un hombre tan perspicaz; pero siempre se desconcierta cada vez que me dirige la palabra, y esta noche estaba más azarado que nunca, lo que me hizo pensar que deseaba la cosa con pasión. Le dije que yo sabía mejor que él que no había mediado ninguna alta recomendación a favor de Del Dongo, que nadie en mi corte le negaba capacidad, que no se hablaba demasiado mal de sus costumbres, pero que yo temía que fuese susceptible de *entusiasmo, y* que me había prometido a mí mismo no elevar nunca a cargos importantes a locos de esta especie, con los cuales un príncipe no está seguro de nada. Entonces —continuó Su Alteza— tuve que soportar un *phatos* casi tan largo como el primero; el arzobispo me hizo el elogio del entusiasmo de la casa de Dios. 'Torpe —pensaba yo— te estás extraviando, comprometes el nombramiento que estaba casi concedido, habrías debido abreviar y darme las gracias con efusión': Nada de eso: continuó su homilía con una intrepidez ridícula; yo buscaba una respuesta que no fuera demasiado desfavorable al pequeño Del Dongo; la encontré, y bastante acertada, como va usted a ver. 'Monseñor —le dije—, Pío VII fue un gran papa y un gran santo: entre todos los soberanos, sólo él se atrevió a decir *no* al tirano que veía a toda Europa a sus pies; pues bien era propenso al entusiasmo, y esto le llevó, cuando era obispo de Imola, a escribir su famosa pastoral *del ciudadano cardenal Chiaramonti* en favor de la república Cisalpina'.

»"Mi pobre arzobispo —continuó el príncipe— se quedó estupefacto, y para acabar de pasmarle, le dije en un tono muy serio: 'Adiós, monseñor, me tomo

veinticuatro horas para reflexionar en su proposición’. El pobre hombre añadió algunas súplicas bastante mal hilvanadas y bastante inoportunas después de la palabra adiós pronunciada por mí. Ahora, conde Mosca della Rovere, le encargo de decir a la duquesa que no quiero aplazar veinticuatro horas una cosa que puede serle agradable, siéntese ahí y escriba al arzobispo la nota de aprobación que zanja este asunto.” Yo escribí la nota, la firmó él y me dijo: “Llévesela inmediatamente a la duquesa”. Aquí tiene la nota, señora mía, y esto me ha dado un pretexto para tener la fortuna de volver a verla esta noche.

La duquesa leyó la nota con entusiasmo. Durante el largo relato del conde, Fabricio había tenido tiempo de rehacerse; no se mostró muy sorprendido por este incidente, y tomó la cosa como un verdadero gran señor que ha creído siempre con toda naturalidad que tenía derecho a esos triunfos extraordinarios, a esos dones de la fortuna que pondrían a un burgués fuera de sí; habló de su gratitud, pero en términos moderados, y acabó por decir al conde:

—Un buen cortesano debe cultivar la pasión dominante; ayer manifestaba usted temores de que sus excavadores de Sanguigna robasen los fragmentos de estatuas antiguas que pudieran hallar; yo soy muy aficionado a las excavaciones; si tiene a bien permitírmelo, iré a vigilar a sus hombres. Mañana por la noche, después de ir a dar las oportunas gracias a palacio y al arzobispo, saldré para Sanguigna.

—¿Pero adivina usted —dijo la duquesa al conde— a qué se debe esa súbita pasión del bueno del arzobispo por Fabricio?

—No necesito adivinarla; el gran vicario, cuyo hermano es capitán, me decía ayer: «El padre Landriani parte del principio cierto de que el titular es superior al coadjutor, y no siente alegría de tener a sus órdenes a un Del Dongo, y que le esté obligado. Todo lo que destaque la alta estirpe de Fabricio es una razón más para su gozo íntimo: ¡tener a un hombre tal por ayudante de campo! En segundo lugar, monseñor Fabricio le ha gustado, no se siente intimidado ante él; en fin, profesa desde hace diez años un odio muy justificado al obispo de Plasencia, que no recata su pretensión de sucederle en la sede de Parma, y que además es hijo de un molinero. Precisamente con este propósito de futura sucesión ha establecido el obispo de Plasencia relaciones muy estrechas con la marquesa Raversi, y ahora estas relaciones hacen temblar al arzobispo por el éxito de su plan favorito: tener un del Dongo en su estado mayor y darle órdenes».

A los dos días, muy temprano, Fabricio estaba dirigiendo los trabajos de las excavaciones de Sanguigna, frente a Colorno (el Versalles de los príncipes de Parma); estas excavaciones se extendían en la explanada inmediata a la carretera general que conduce de Parma al puente de Casal–Maggiore, primera ciudad de Austria. Los excavadores estaban dividiendo la llanura con una larga zanja, de ocho pies de profundidad y lo más estrecha posible; se trataba de buscar, a lo largo de la antigua

vía romana, las ruinas de un segundo templo que, según decían en la comarca, existía aún en la Edad Media. A pesar de las órdenes del príncipe, varios campesinos veían con desazón sus tierras atravesadas por aquellas largas zanjas. Por mucho que les dijeran, se imaginaban que aquella gente andaba a la busca de un tesoro, y la presencia de Fabricio convenía especialmente para impedir cualquier disturbio. No se aburría, pues seguía aquellos trabajos con pasión, de vez en cuando se encontraba alguna medalla, y no quería dar tiempo a que los excavadores se pusieran de acuerdo entre ellos para escamotearla.

El día era hermoso; serían las seis de la mañana; había pedido prestada una vieja escopeta de un cañón, y disparó a un grupo de alondras; una de ellas fue a caer herida a la carretera general. Fabricio corrió a buscarla y divisó de lejos un vehículo que venía de Parma en dirección a la frontera de CasalMaggiore. Acababa de volver a cargar su escopeta, cuando en el destartalado coche que se acercaba muy despacio reconoció a Marietta; con ella iban el desgarbado Giletti y aquella mujer de edad a la que Marietta hacía pasar por su madre.

Giletti imaginó que Fabricio se había apostado en medio de la carretera con una escopeta en la mano para insultarle, y acaso para robarle a la Marietta. Como hombre valiente, saltó del coche; llevaba en la mano izquierda un pistolón roñoso y en la derecha una espada, metida aún en su vaina, de la que se servía cuando las necesidades del elenco obligaban a confiarle algún papel de marqués:

—¡Ah, bandido! —exclamó—, me gusta mucho encontrarte aquí a una legua de la frontera; te voy a arreglar las cuentas; ya no estás protegido por tus medias moradas.

Fabricio estaba entretenido en hacer señas a la Marietta y no se ocupaba apenas de las celosas vociferaciones de Giletti; pero de pronto vio a tres pies de su pecho el cañón de la pistola roñosa; sólo tuvo tiempo de dar un golpe a la pistola utilizando su escopeta como bastón: salió el pistoletazo, pero sin herir a nadie.

—¡A ver si paras, canastos! —gritó Giletti al *veturino;* al mismo tiempo tuvo la destreza de saltar sobre el fusil de su adversario y mantenerlo desviado de la dirección de su cuerpo; ambos tiraban del arma con todas sus fuerzas. Giletti, mucho más vigoroso, con una mano delante de la otra, avanzaba cada vez más hacia la batería, y estaba ya a punto de apoderarse del fusil, cuando Fabricio, para que no pudiera utilizarlo, disparó. Antes se había cerciorado bien de que la boca del cañón estaba lo menos tres pulgadas más arriba del hombro de Giletti; la detonación se produjo muy cerca del oído de este último. Se quedó un poco atolondrado, pero se rehízo en seguida.

—¡Ah, canalla, quieres saltarme la tapa de los sesos! Te voy a dar tu merecido.

Giletti desenvainó su espada de marqués y acometió a Fabricio con una destreza admirable. Fabricio estaba desarmado y se vio perdido.

Escapó hacia el carruaje, que se había detenido a unos doce pasos detrás de Giletti; pasó a la izquierda y agarrándose a la ballesta del coche, giró rápidamente en torno a éste y volvió a pasar muy cerca de la portezuela, que estaba abierta. Giletti, lanzado con sus largas piernas, y que no había tenido la idea de apoyarse en la ballesta, dio varios pasos en la primera dirección antes de que pudiera detenerse. En el momento en que Fabricio pasaba junto a la portezuela abierta, oyó a Marietta que le decía a media voz:

—¡Ten cuidado: te va a matar! ¡Toma!

Y Fabricio vio caer de la portezuela una especie de gran cuchillo de caza. Se bajó a recogerlo, pero en el mismo instante se sintió tocado en el hombro por una estocada de Giletti. Cuando se levantó, estaba a seis pulgadas de Giletti, que le asestó en la cara un golpe furioso con el pomo de su espada; tan fuerte fue, que le ofuscó por completo la razón. En aquel momento estuvo a punto de que Giletti le matara. Afortunadamente para Fabricio, Giletti estaba demasiado cerca para poder tirarle una estocada. Fabricio, vuelto en sí, echó a correr con todas sus fuerzas; mientras corría, desenvainó el cuchillo de caza y, volviéndose súbitamente, se halló a tres pasos de Giletti, que le perseguía, Giletti iba lanzado en su carrera: Fabricio le clavó el cuchillo; Giletti tuvo tiempo de levantar un poco con su espada el cuchillo de caza, pero recibió la cuchillada de lleno en la mejilla izquierda. Pasó muy cerca de Fabricio, que al propio tiempo se sintió herido en el muslo: Giletti había tenido tiempo de abrir su navaja. Fabricio saltó hacia la derecha, se volvió y los dos contendientes se encontraron en fin a una justa distancia de combate.

Giletti juraba como un condenado: «¡Te voy a cortar el pescuezo, cura sinvergüenza!», repetía a cada momento. Fabricio estaba sin aliento y no podía hablar: el golpe en la cara le dolía mucho y la nariz le sangraba copiosamente. Paró varios golpes con el cuchillo de caza y lanzó otros sin saber casi lo que hacía; tenía la vaga sensación de hallarse en un torneo público. Esta idea se la había sugerido la presencia de sus excavadores, que en número de veinticinco o treinta formaban círculo en torno a los contendientes, pero a una respetuosa distancia, pues éstos se desplazaban continuamente para lanzarse uno contra otro.

La pelea parecía ceder un poco; ya no se sucedían los golpes con tanta rapidez, cuando Fabricio se dijo: «A juzgar por el dolor que siento en la cara, debe haberme desfigurado». Iracundo ante esta idea, saltó sobre su enemigo cuchillo en ristre. La punta le entró a Giletti por el lado derecho del pecho y le salió por el hombro izquierdo; simultáneamente, la espada de Giletti le atravesó el brazo a Fabricio, pero resbaló bajo la piel y la herida fue insignificante.

Giletti había caído; cuando Fabricio avanzaba hacia él mirando su mano izquierda que empuñaba un cuchillo, la mano se abrió maquinalmente y dejó escapar el arma:

«El bergante está muerto», se dijo Fabricio. Le miró al rostro. Giletti echaba

mucha sangre por la boca. Fabricio corrió al coche.

—¿Tienes un espejo? —preguntó a Marietta.

Marietta le miraba muy pálida y no contestaba. La vieja abrió con mucha calma una gran bolsa verde de labor y presentó a Fabricio un espejito de mango del tamaño de la mano. Fabricio se miró palpándose el rostro.

«Los ojos están sanos —se dijo—, y esto *ya es* mucho.» Examinó los dientes, no estaban rotos. «Pero ¿por qué me duele tanto?», se preguntaba a media voz.

La vieja le contestó:

—Es que el pomo de la espada de Giletti le ha machacado la carne del pómulo contra el hueso. Tiene la mejilla horriblemente hinchada y azul, póngase en seguida unas sanguijuelas y no será nada.

—¡Unas sanguijuelas en seguida! —rió Fabricio recuperando del todo la tranquilidad.

Vio que los excavadores rodeaban a Giletti y le miraban sin atreverse a tocarle.

—¡Socorred a ese hombre! —les gritó—; quitadle la chaqueta.

Iba a continuar, pero alzando los ojos vio cinco o seis hombres a trescientos pasos en la carretera, que avanzaban a pie y despacio hacia el lugar de la escena.

«Son los gendarmes —pensó—, y como ha sido muerto un hombre van a detenerme, y tendré el honor de hacer una entrada solemne en la ciudad de Parma. ¡Buena anécdota para los cortesanos amigos de la Raversi y que detestan a mi tía!»

Sin más, y con la rapidez del rayo, arrojó a los pasmados excavadores todo el dinero que tenía en los bolsillos y se metió en el coche.

—¡Impedid que me sigan los gendarmes! —gritó a los excavadores—, y haré vuestra fortuna; decidles que soy inocente, que ese hombre «me atacó y quería matarme». Y tú —dijo al *veturino*—, pon los caballos al galope; te daré cuatro napoleones de oro si pasas el Po antes de que puedan alcanzarme esos hombres.

—Muy bien —dijo el *veturino—;* pero no tenga miedo; esos hombres están a pie, y basta con el trote de mis caballos para dejarlos muy atrás —y diciendo estas palabras, los puso al galope.

A nuestro héroe le molestó la palabra *miedo* empleada por el cochero: es que realmente lo había tenido tremendo después del golpe que recibió en la cara.

—Podemos cruzarnos con gente a caballo que venga en dirección contraria —dijo el *veturino,* prudente y pensando en los cuatro napoleones—, y los hombres que nos siguen podrían gritarles que nos detuvieran…

Esto quería decir: «Vuelve a cargar las armas».

—¡Qué valiente eres, curita mío! —exclamó Marietta besando a Fabricio. La vieja miraba al exterior por la portezuela; al cabo de un momento retiró la cabeza.

—No nos sigue nadie, caballero —dijo a Fabricio con mucha sangre fría—, y no hay nadie en la carretera delante de usted. Ya sabe lo formalistas que son los

empleados de la policía austríaca: si le ven llegar así, al galope, al muelle de la orilla del Po, le detendrán, no le quepa duda.

Fabricio miró por la portezuela.

—¡Al trote! —dijo al cochero—. ¿Qué pasaporte tiene? —preguntó a la vieja.

—Tres en lugar de uno —contestó ésta—, y que nos han costado a cuatro francos cada uno; ¡no es un dolor para unos pobres cómicos que viajan todo el año! Aquí está el pasaporte de maese Giletti, artista dramático: será usted. Y aquí el pasaporte de Marietta y el mío. Pero Giletti llevaba en el bolsillo todo nuestro dinero: ¿qué va a ser de nosotros?

—¿Cuánto era? —preguntó Fabricio.

—Cuarenta hermosos escudos de cinco francos —repuso la vieja.

—Es decir, seis y alguna moneda suelta —corrigió la Marietta sonriendo—; no quiero que engañen a mi curita.

—¿No es muy natural, señor —replicó la vieja con la mayor tranquilidad—, que yo procure sonsacarle treinta y cuatro escudos? ¿Qué son para usted treinta y cuatro escudos? En cambio nosotros hemos perdido a nuestro protector. ¿Quién se va a encargar ahora de alojarnos, de regatear los precios con los *veturini* cuando tenemos que viajar y de asustar a todo el mundo? Giletti no era guapo, pero era muy útil, y si la pequeña que aquí ve no fuera una boba, que empezó por enamorarse de usted, Giletti no se habría dado cuenta de nada y usted nos habría dado muy bonitos escudos. De verdad que somos muy pobres.

Fabricio se conmovió; sacó su bolsa y dio unos cuantos napoleones a la vieja.

—Ya ves —le dijo— que no me quedan más que quince, de modo que ya es inútil estrujarme.

Marietta se abrazó a su cuello y la vieja le besó las manos. El coche seguía avanzando al trote corto. Cuando vieron de lejos las barreras amarillas con franjas negras que anunciaban los dominios austríacos, la vieja dijo a Fabricio:

—Sería mejor que entrase a pie con el pasaporte de Giletti en el bolsillo; nosotros vamos a parar un momento con el pretexto de arreglarnos un poco. Además, la aduana nos va a registrar el equipaje. Usted, si quiere hacerme caso, atravesará Casal–Maggiore con paso descuidado; hasta debe entrar en el café y beber una copa de aguardiente; en cuanto esté fuera del pueblo, escape a toda prisa. La policía austríaca está endiabladamente alerta; pronto sabrá que han matado a un hombre, y usted viaja con un pasaporte que no es suyo; con esto sobra para pasar dos años en la cárcel. Llegue al Po, a la derecha al salir del pueblo, alquile una barca y refúgiese en Rávena o en Ferrara; salga cuanto antes de los Estados austríacos. Con dos luises podrá comprar un pasaporte a algún aduanero, porque este que lleva le será fatal; recuerde que ha matado a un hombre.

Mientras se acercaba a la cabeza del puente de barcas de Casal–Maggiore,

Fabricio iba leyendo atentamente el pasaporte de Giletti.

Nuestro héroe tenía mucho miedo, pues se acordaba vivamente de todo lo que el conde Mosca le había dicho sobre lo peligroso que era para él entrar en los Estados austríacos; ahora bien, veía a doscientos pasos el puente terrible que iba a darle acceso a aquel país cuya capital era, para él, Spielberg[1]. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? El ducado de Módena, que limita al sur con el Estado de Parma, devolvía a éste los fugitivos, en virtud de un convenio especial; la frontera del Estado que se extiende por las montañas hacia Génova estaba muy lejos, y su malaventura sería conocida en Parma mucho antes de que pudiera llegar a aquellas montañas; sólo le quedaban, pues, los estados de Austria a la orilla izquierda del Po. Antes de que pudieran escribir a las autoridades austríacas para pedirles su detención, transcurrirían acaso treinta y seis horas o dos días. Hechas todas estas reflexiones, Fabricio quemó con la lumbre de su cigarro su propio pasaporte; en terreno austríaco, más le valía ser un vagabundo que ser Fabricio del Dongo, y era posible que le registraran.

Aparte la repugnancia, muy natural, que le producía confiar su vida al pasaporte del desventurado Giletti, este documento ofrecía inconvenientes materiales: la talla de Fabricio apenas si llegaba a cinco pies y cinco pulgadas, y no a cinco pies y diez pulgadas como indicaba el pasaporte; tenía apenas veinticuatro años y parecía más joven. Giletti tenía treinta y nueve. Confesaremos que nuestro héroe estuvo paseándose media hora larga por un muelle del Po, cercano al puente de barcas, antes de decidirse a llegar a él. «¿Qué aconsejaría yo a otro que se hallara en mi caso? —se preguntó al fin—; sin duda alguna, pasar: es peligroso quedarse en el Estado de Parma; pueden enviar un gendarme en persecución del hombre que ha matado a otro, aunque haya sido en propia defensa.» Fabricio revisó sus bolsillos, rompió todos los papeles y se quedó sólo con el pañuelo y la cigarrera; le interesaba abreviar el registro que iba a sufrir. Pensó en una terrible objeción que podían hacerle y a la que no hallaría respuesta satisfactoria: iba a decir que se llamaba Giletti, y toda su ropa llevaba la marca F. D.

Como se ve, Fabricio era uno de esos desventurados a quienes atormenta la imaginación; defecto es éste muy propio de las mentes italianas. Un soldado francés de un valor igual o incluso inferior se hubiera presentado para pasar el puente en seguida y sin pensar de antemano en ninguna dificultad, pero en cambio tendría a su favor una gran sangre fría, y Fabricio estaba muy lejos de poseer esa sangre fría cuando, al extremo del puente, un hombrecillo vestido de gris le dijo:

—Entre en el despacho de policía para examinar su pasaporte.

En las sucias paredes del tal despacho, pendían de unos clavos los sombreros grasientos de los empleados. La gran mesa de pino detrás de la cual se atrincheraban aquéllos estaba toda manchada de tinta y de vino; dos o tres voluminosos registros encuadernados en piel verde ostentaban también manchas de todos los colores, y el

borde de las páginas estaba ennegrecido por las manos. Sobre los registros apilados uno sobre otro, tres magníficas coronas de laurel que habían servido la víspera en una de las fiestas del emperador.

A Fabricio le impresionaron todos estos detalles y le oprimieron el corazón; pagaba así el lujo espléndido y pulcro que resplandecía en su lindo departamento del palacio Sanseverina. Se veía obligado a entrar en aquella sucia oficina y aparecer en ella como un inferior; iba a sufrir un interrogatorio.

El empleado que alargó una mano amarilla para tomar el pasaporte era pequeño y muy moreno; llevaba un alfiler de latón en la corbata.

«Éste es un pueblerino de mal genio», se dijo Fabricio. El personaje en cuestión se mostró excesivamente sorprendido al leer el pasaporte, y esta lectura duró lo menos cinco minutos.

—Ha sufrido un accidente —dijo al extranjero mirándole a la mejilla.

—El *veturino* nos ha despeñado por el dique del Po.

Se hizo otra vez el silencio, mientras el empleado lanzaba miradas feroces al viajero.

«Ya estoy cogido —se dijo Fabricio—; va a decirme que lamenta tener que darme una mala noticia y que quedo detenido.» Toda suerte de ideas locas se atropellaron en la mente de nuestro héroe, que en aquel momento no era muy lógica que digamos. Pensó en huir por la puerta de la oficina que había quedado abierta. «Me desnudo, me arrojo al Po y seguramente podré atravesarlo a nado. Todo es preferible a Spielberg.» El empleado de policía le miraba fijamente mientras él calculaba las probabilidades de éxito de aquella aventura; ofrecían dos curiosos semblantes. La presencia del peligro estimula las facultades mentales del hombre de razón, le pone, por decirlo así, por encima de sí mismo; al hombre de imaginación le inspira novelas, intrépidas sin duda, pero a menudo absurdas.

Era de ver el gesto indignado de nuestro héroe, bajo la mirada escrutadora de aquel funcionario de policía adornado con sus joyas de cobre. «Si le mato —se decía Fabricio—, me condenarán por homicidio a veinte años de galeras o a muerte, lo que sería menos horrible que Spielberg con una cadena de ciento veinte libras en cada pie y ocho onzas de pan por todo alimento, y eso durante veinte años; es decir, que saldría a los cuarenta y cuatro.» La lógica de Fabricio olvidaba que, habiendo quemado su pasaporte, nada indicaba al empleado de policía que él fuese el rebelde Fabricio del Dongo.

El miedo de nuestro héroe era, como se ve, bastante considerable; mucho mayor lo fuera de haber podido adivinar los pensamientos que agitaban al policía. Este hombre era amigo de Giletti; imagínese, pues, su sorpresa cuando vio el pasaporte del cómico en manos de otro, lo primero que se le ocurrió fue mandar detener al que lo detentaba, pero en seguida pensó que Giletti podía muy bien haber vendido su

pasaporte a aquel lindo mancebo que, según todas las trazas, acababa de hacer una fechoría en Parma. «Si le detengo —se dijo—, Giletti se verá comprometido; se descubrirá fácilmente que ha vendido su pasaporte; por otra parte, ¿qué dirán mis jefes si se llega a comprobar que yo, amigo de Giletti, he visado su pasaporte en manos de otro?» El empleado se levantó bostezando y dijo a Fabricio: «Espere, señor». Luego, por un hábito policial, añadió: «Surge una dificultad». Fabricio se dijo para sí: «Lo que va a surgir es mi huida».

El empleado salió de la oficina y dejó la puerta abierta; el pasaporte había quedado sobre la mesa de pino. «El peligro es evidente —pensó Fabricio—; voy a coger el pasaporte y a volver a pasar el puente despacio; si me interroga el gendarme, le diré que he olvidado hacer visar mi pasaporte por el comisario de policía del último pueblo de los Estados de Parma.» Ya tenía el pasaporte en la mano cuando, con indecible asombro suyo, oyó al empleado de las alhajas de cobre que decía:

—No puedo más; me ahogo de calor y voy a echar un trago. Entre a la oficina cuando acabe de fumar la pipa; hay que visar un pasaporte; el extranjero está ahí dentro.

Fabricio, que salía ya a paso de lobo, se encontró frente a frente con un guapo mozo que se decía canturreando: «Bueno, visemos, pues, ese pasaporte; voy a echarle la rúbrica».

—¿A dónde se dirige el señor?

—A Mantua, Venecia y Ferrara.

—Vamos con Ferrara —contestó el empleado silbando; tomó una estampilla, selló el visado en tinta azul y escribió rápidamente las palabras Mantua, Venecia y Ferrara en el espacio dejado en blanco por el sello; luego dio varias vueltas en el aire con la mano, firmó y volvió a tomar tinta para la rúbrica, que ejecutó con lentitud e infinito cuidado. Fabricio seguía todos los movimientos de la pluma; el funcionario contempló complacido su rúbrica y añadió cinco o seis puntos. Por fin, devolvió el pasaporte a Fabricio diciendo en tono ligero:

—Buen viaje, caballero.

Fabricio se alejaba ya con un paso cuya velocidad procuraba disimular, cuando se sintió detenido por el brazo izquierdo. Instintivamente echó mano al mango del puñal, y si no se hubiera visto rodeado de casas, habría cometido quizá una torpeza. El hombre que le tocaba el brazo izquierdo, viéndole muy turbado, le dijo en tono de excusa:

—He llamado tres veces al señor y no me ha contestado; ¿tiene el señor algo que declarar en la aduana?

—No llevo encima más que el pañuelo; voy de caza aquí muy cerca, a casa de un pariente.

Se habría visto en un apuro si le hubieran preguntado el nombre de aquel pariente.

En parte por el gran calor que hacía y en parte por tantas emociones, Fabricio estaba mojado de sudor como si se hubiera caído al Po. «No me falta valor contra los comediantes, pero los policías adornados con alhajas de cobre me sacan de quicio; con esta idea haré un soneto cómico para la duquesa.»

Apenas entrado en Casal–Maggiore, Fabricio tomó a la derecha por una mala calle que desciende hacia el Po. «Estoy muy necesitado —se decía— de la ayuda de Baco y de Ceres», y entró en una taberna en cuya fachada pendía un trapo gris colgado de un palo; en el trapo estaba escrita la palabra *trattoria.* Una mala sábana sostenida por dos postes de madera muy delgados y que llegaba a tres pies del suelo resguardaba de los rayos del sol la entrada de la *trattoria.* Una mujer medio desnuda y muy bonita recibió a nuestro héroe con respeto, lo que le produjo el más vivo placer. Se apresuró a decirle que tenía un hambre de lobo. Mientras la mujer preparaba el almuerzo, entró un hombre de unos treinta años. No había saludado al entrar. De pronto se levantó de un banco en el que se había dejado caer con aire familiar y dijo a Fabricio:

—*Excellenza, la riverisco* (salud a Vuestra Excelencia).

Fabricio estaba muy alegre en este momento, y en lugar de formar proyectos siniestros, contestó sonriendo:

—¿De qué diablos conoces tú a Mi Excelencia?

—¡Vaya! ¿Vuestra Excelencia no reconoce a Ludovico, uno de los cocheros de la señora duquesa Sanseverina? En *Sacca,* la casa de campo adonde íbamos todos los años, siempre cogía las calenturas; pedí la pensión a la señora y me retiré. Ahora soy rico; en vez de la pensión de doce escudos anuales a la que cuando más habría tenido derecho, la señora me dijo que para que pudiera dedicarme a mis romances —pues soy poeta en *lengua vulgar*—, me concedía veinticuatro escudos, y el señor conde me dijo que si algún día me veía en apuros, no tendría más que decírselo. He tenido el honor de llevar a *monsignore* en coche cuando fue a hacer los ejercicios, como buen cristiano, a la cartuja de Velleja.

Fabricio examinó a aquel hombre y le reconoció a medias. Era uno de los cocheros más presumidos de la casa Sanseverina: ahora que era rico —según decía—, llevaba por todo atuendo una gruesa camisa rota y un pantalón de algodón, que algún día fue teñido de negro, y que le llegaba apenas a las rodillas. Mientras comía su tortilla, Fabricio entabló conversación con él como de igual a igual; creyó notar que Ludovico era el amante de la tabernera. Terminó rápidamente el almuerzo, y luego dijo a media voz a Ludovico:

—Tengo que decirte unas palabras.

—Vuestra Excelencia puede hablar sin cuidado en presencia de ella; es una mujer buena de verdad —dijo Ludovico con gesto cariñoso.

—Pues bien, amigos míos —repuso Fabricio sin vacilar—; me veo apurado y

necesito su ayuda. En primer lugar, mi asunto no tiene nada que ver con la politica; es sencillamente que he matado a un hombre que quería asesinarme porque hablaba con su querida.

—¡Pobre mozo! —exclamó la tabernera.

—¡Cuente Vuestra Excelencia conmigo! —prometió el cochero con ojos iluminados de la más viva lealtad—. ¿A dónde quiere ir Vuestra Excelencia?

—A Ferrara. Tengo un pasaporte, pero preferiría no hablar con los gendarmes, porque pueden tener conocimiento del hecho.

—¿Cuándo ha despachado al individuo?

—Esta mañana a las seis.

—¿No tiene Vuestra Excelencia la ropa manchada de sangre? —preguntó la tabernera.

—En eso estaba yo pensando —prosiguió el cochero—, y además el paño de esta ropa es demasiado fino; se ve poco de eso en nuestros campos, y llamaríamos la atención. Voy a comprar otras prendas en casa del judío. Vuestra Excelencia es aproximadamente de mi estatura, pero más delgado.

—Por favor, no me digas más Excelencia; podría llamar la atención.

—Sí, Excelencia —contestó el cochero saliendo de la taberna.

—¡Bueno, bueno! —gritó Fabricio—, ¿y el dinero? Ven aquí.

—¡Qué habla ahí de dinero! —dijo la tabernera—; tiene sesenta y siete escudos que están enteramente a su servicio. Yo también —añadió bajando la voz— tengo unos cuarenta escudos y se los ofrezco de todo corazón; no siempre se lleva dinero encima cuando ocurren accidentes como ése.

Fabricio se había quitado la levita al entrar en la *trattoria,* por el calor.

—Ese chaleco que lleva podría darnos un disgusto si entrara alguien: una tela inglesa tan preciosa llamaría la atención. —Dio a nuestro fugitivo un chaleco de algodón teñido de negro que era de su marido. Entró en la taberna por una puerta interior un mozo alto, vestido con cierta elegancia.

—Es mi marido —dijo la tabernera—. Pedro Antonio —añadió dirigiéndose al marido—, este señor es un amigo de Ludovico; le ha ocurrido un percance esta mañana al otro lado del río, y quiere huir a Ferrara.

—Pues le pasaremos —dijo el marido muy atento—; contamos con la barca de Carlos José.

Por otra debilidad de nuestro héroe, que confesaremos tan naturalmente como contamos su miedo en el puesto de policía del extremo del puente, tenía lágrimas en los ojos; estaba profundamente emocionado por la admirable voluntad que hallaba en aquellos pobres campesinos, pensaba también en la bondad característica de su tía. Habría querido hacer la fortuna de aquella gente. Volvió Ludovico cargado con un paquete.

—No es cosa de broma —repuso Ludovico en tono alarmado—; se empieza a hablar por ahí de usted: han observado que vaciló al entrar en nuestro *vicolo* y al alejarse de la calle principal como un hombre que procura esconderse.

—Suba de prisa a la habitación —dijo el marido.

Esta habitación, muy grande y muy bonita, tenía una tela gris en las ventanas en lugar de cristales; en ella se veían cuatro camas de seis pies de ancho y cinco de alto.

—¡De prisa, de prisa! —dijo Ludovico—; hay aquí un gendarme muy fatuo que quería hacer la corte a la guapa moza de abajo, y al que yo predije que podría muy bien encontrarse con una bala cuando va de servicio por la carretera; si ese perro oye hablar de Vuestra Excelencia, querrá hacernos una mala pasada y procurará detenerle aquí para desacreditar la *trattoria* de la Teodolinda.

»¡Cómo es eso! —continuó Ludovico viendo la camisa de Fabricio toda manchada de sangre y unas heridas vendadas con pañuelos—; ¿de modo que el *porco* se ha defendido? Esto es mucho más de lo que hace falta para que le detengan, y no he comprado camisa.

Abrió sin reparo el armario del marido y dio una de sus camisas a Fabricio, que no tardó en estar vestido como un rico burgués de pueblo. Ludovico descolgó una red de la pared, metió la ropa de Fabricio en el cesto del pescado, bajó corriendo y salió rápidamente por una puerta trasera. Fabricio le seguía.

—Teodolinda —dijo al pasar cerca de la tienda—, esconde lo que ha quedado arriba, vamos a esperar entre los sauces. Y tú, Pedro Antonio, mándanos en seguida una barca; se pagará bien.

Ludovico hizo pasar a Fabricio más de veinte acequias. Unas tablas muy largas y muy elásticas servían de puentes sobre los más anchos de aquellos canalillos; Ludovico retiraba las tablas después de haber pasado. Llegados al último canal, se apresuró a tirar de la tabla.

—Ahora ya podemos respirar —dijo—; ese perro de gendarme tendría que caminar más de dos leguas para alcanzar a Vuestra Excelencia. Está muy pálido —dijo a Fabricio—; no he olvidado la botellita de aguardiente.

—Viene muy bien: la herida del muslo comienza a doler, y además pasé un señor miedo en el puesto de policía de la cabeza del puente.

—Lo creo —dijo Ludovico—; con una camisa llena de sangre como la suya, no me explico siquiera cómo se ha atrevido a entrar en semejante lugar. En cuanto a las heridas, de eso entiendo yo mucho: voy a ponerle en un lugar bien fresco donde podrá dormir una hora; la barca irá a buscarnos allí, si es que hay medio de conseguir una barca; si no, cuando esté un poco más descansado, caminaremos todavía dos leguas escasas, y le llevaré a un molino donde cogeré yo mismo una barca. Vuestra Excelencia es mucho más ilustrado que yo; la señora se asustará muchísimo cuando se entere del accidente; le dirán que está usted herido mortalmente, y acaso hasta que

ha matado al otro a traición. La marquesa Raversi no dejará de propalar rumores que puedan apenar a la señora. Vuestra Excelencia podría escribir.

—¿Y cómo vamos a mandar la carta?

—Los mozos del molino adonde vamos ganan sesenta céntimos diarios; en día y medio están en Parma; conque cuatro francos por el viaje y dos por el desgaste del calzado; si el viaje fuera por cuenta de un pobre como yo, les pagaría seis francos, pero como es en servicio de un gran señor, les daré doce.

Tan pronto como llegaron al lugar de descanso, en un bosque de alisos y de sauces, muy frondoso y muy fresco, Ludovico fue a más de una hora de camino a buscar tinta y papel. «¡Dios mío, qué bien estoy aquí! —exclamó Fabricio—. ¡Adiós fortuna!: ¡ya no seré nunca arzobispo!»

A su vuelta, Ludovico le encontró profundamente dormido y no quiso despertarle. La barca no llegó hasta el anochecer, en cuanto Ludovico la vislumbró a lo lejos, llamó a Fabricio, y éste escribió dos cartas.

—Vuestra Excelencia es más ilustrado que yo —dijo Ludovico en tono apenado —, y temo mucho ofenderle, por más que diga, si añado una cosa.

—No soy tan necio como crees —contestó Fabricio—, y digas lo que digas, serás siempre para mí un servidor leal de mi tía y un hombre que ha hecho cuanto puede hacerse por sacarme de un mal paso.

Todavía hubo de añadir Fabricio otras razones para que Ludovico se decidiera a hablar, y cuando por fin se determinó a hacerlo, comenzó por un preámbulo que duró lo menos cinco minutos. Fabricio se impacientó un poco, pero luego se dijo: «¿De quién es la culpa?: de nuestra vanidad, que este hombre ha visto muy bien desde su altura. El interés leal que sentía por su amo le indujo por fin a correr los riesgos de hablar claro».

—¡Cuánto no daría la marquesa Raversi al peatón que Vuestra Excelencia va a enviar a Parma, por una de esas dos cartas! Son de su puño y letra, y, por consiguiente, constituyen una prueba judicial contra Vuestra Excelencia. Me va a tomar por un curioso indiscreto en segundo lugar, acaso le dé vergüenza poner bajo los ojos de la señora duquesa mi pobre letra de cochero; pero en fin, su seguridad me obliga a hablar, aunque pueda creerme un impertinente. ¿No podría Vuestra Excelencia dictarme esas dos cartas? Entonces sería yo el único comprometido, y muy poco: diría en caso necesario que me salió Vuestra Excelencia en mitad del campo con un tintero de cuerno en una mano y una pistola en la otra y me obligó a escribir.

—Dame la mano, querido Ludovico —exclamó Fabricio—, y para probarte que no tengo secretos para un amigo como tú, copia estas dos cartas tal como van.

Ludovico comprendió todo el valor de esta prueba de confianza y fue muy sensible a ella, pero al cabo de unas líneas, viendo que la barca avanzaba rápidamente

sobre el río, dijo a Fabricio:

—Las cartas quedarían terminadas más pronto si Vuestra Excelencia quisiera tomarse la molestia de dictármelas. —Terminada la copia, Fabricio escribió una A y una B en la última línea, y en un pedacito de papel que luego arrugó, puso en francés *Creed a A y B.* El peatón debía esconder entre su ropa este papel arrugado.

Cuando llegó la barca al alcance de la voz, Ludovico llamó a los barqueros por unos nombres que no eran los suyos; no contestaron y atracaron cinco toesas más abajo, mirando en todas direcciones para ver si no los veía algún aduanero.

—Estoy a sus órdenes —dijo Ludovico a Fabricio—; ¿quiere que lleve yo mismo las cartas a Parma? ¿Quiere que le acompañe a Ferrara?

—Acompañarme a Ferrara es un servicio que casi no me atrevo a pedirte. Habrá que desembarcar y hacer lo posible por entrar en la ciudad sin enseñar el pasaporte. Te confesaré que me repugna mucho viajar con el nombre de Giletti, y no veo a nadie más que a ti que pudieras comprarme un pasaporte.

—¿Por qué no lo dijo en Casal–Maggiore? Conozco a un espía que me hubiera vendido un excelente pasaporte, y no meo: por cuarenta o cuarenta y cinco francos.

Uno de los dos marinos, que había nacido a la orilla derecha del Po, y por consiguiente no necesitaba pasaporte en el extranjero para ir a Parma se encargó de llevar las cartas. Ludovico, que sabía remar, se empeñó en conducir la barca con el otro.

—Vamos a encontrar en el bajo Po —dijo— varias barcas armadas pertenecientes a la policía, y yo sabré evitarlas.

Más de diez veces se vieron obligados, en efecto, a esconderse entre los islotes a flor de agua cubiertos de sauces. Tres veces desembarcaron para dejar pasar las barcas vacías ante las embarcaciones de la policía. Ludovico aprovechó estos largos momentos de ocio para recitar a Fabricio varios de sus romances. Los sentimientos estaban bastante bien, pero deslucidos por la expresión, y no valía la pena escribirlos; lo curioso es que aquel ex cochero tenía pasiones y maneras de ver vivas y pintorescas; pero escribiendo resultaba frío y vulgar. «Al revés de lo que vemos en el mundo —se dijo Fabricio—; ahora se sabe expresarlo todo con ingenio, pero los corazones no tienen nada que decir.» Comprendió que la mayor alegría que podía darle a aquel servidor fiel sería corregir las faltas de ortografia de sus romances[2].

—Se burlan de mí cuando presto mi cuaderno —decía Ludovico—; mas si Vuestra Excelencia se dignara dictarme la ortografia de las palabras letra por letra, los envidiosos ya no sabrían qué decir; la ortografia no es el talento.

Hasta dos días después por la noche no pudo desembarcar Fabricio con toda seguridad en un bosque de alisos, una hora antes de llegar a Ponte Lago Oscuro. Permaneció todo el día escondido en un cañaveral, y Ludovico se adelantó a Ferrara. Alquiló un pequeño alojamiento en casa de un judío pobre, el cual comprendió en

seguida que se podía ganar dinero sabiendo callarse. Aquella misma tarde, al anochecer, Fabricio entró en Ferrara montado en un caballejo; bien necesitado estaba de socorro: había cogido mucho sol en el río; el navajazo que tenía en el muslo y la estocada que Giletti le había dado en el brazo al comienzo de la contienda se habían inflamado y le producían fiebre.

---

[1]Como se puede observar, Spielberg surge con mucha frecuencia en esta novela. Treinta años antes de escribirla, Stendhal confraternizó en Milán con los poetas románticos y conspiradores liberales que luchaban contra la tiranía austríaca, y oyó muchas veces el siniestro nombre de las mazmorras de Spielberg, donde *vivió* Silvio Pellico su famoso libro *Mis prisiones.*

[2]En el texto francés dice *sonnets* (sonetos). Es posible que en Lombardía, por aquella época, un cochero sin ortografía y sin dotes de «expresión» escribiera sonetos, pero en España, creo, escribiría (o simplemente recitaría) romances. Me tomo, pues, esta licencia de traducción.

# XII

El judío dueño del alojamiento buscó un cirujano discreto, el cual, comprendiendo a su vez que había dinero en la bolsa, dijo a Ludovico que su *conciencia* le obligaba a dar parte a la policía de las heridas del joven que Ludovico llamaba su hermano.

—La ley es terminante —añadió—; es evidente que su hermano no se ha herido él mismo, como cuenta, cayéndose de una escalera en el momento en que tenía en la mano una navaja abierta.

Ludovico contestó fríamente al honrado cirujano que si se le ocurría ceder a las inspiraciones de su conciencia, él, Ludovico, tendría el honor, antes de marcharse a Ferrara, de caerle encima precisamente con una navaja abierta en la mano. Cuando dio cuenta de este incidente a Fabricio, éste se lo censuró mucho, pero no había que perder ni un minuto para levantar el campo. Ludovico dijo al judío que quería llevar a su hermano a tomar el aire; fue en busca de un vehículo, y nuestros amigos salieron de la casa para no volver más. Seguramente, al lector le parecerán muy largos los relatos de todas estas diligencias que exige la falta de pasaporte; es éste un género de preocupación que no existe en Francia, pero en Italia, y sobre todo en las cercanías de Po, todo el mundo habla de pasaportes. Una vez salidos de Ferrara sin obstáculo, como si fueran de paseo, Ludovico despidió el carruaje, luego entró en la ciudad por otra puerta y volvió a recoger a Fabricio con una *sediola* que había alquilado para unas doce leguas. Ya cerca de Bolonia, nuestros amigos se hicieron conducir a través de los campos a la carretera que va de Florencia a Bolonia; pasaron la noche en la posada más miserable que pudieron encontrar, y al día siguiente, sintiéndose Fabricio con fuerzas suficientes para caminar a pie, entraron en Bolonia como unos paseantes. Habían quemado el pasaporte de Giletti: ya se debía de saber la muerte del histrión, y era menos peligroso que los detuvieran por falta de pasaporte que como portadores del que pertenecía a un hombre asesinado.

Ludovico conocía en Bolonia a dos o tres criados de grandes casas; quedó convenido que iría a orientarse cerca de ellos. Les dijo que viniendo de Francia con su hermano menor, éste, que tenía ganas de dormir, le había dejado adelantarse solo una hora antes de amanecer. Debía alcanzarle luego en el pueblo en que él, Ludovico, se detendría para pasar las horas de más calor. Pero Ludovico, viendo que su hermano no llegaba, se había decidido a volver sobre sus pasos y le había hallado herido de una pedrada y varias puñaladas, y, además, desvalijado por unos individuos que le habían buscado cuestión. Este hermano suyo era un guapo mozo, sabía cuidar y conducir caballos, leer y escribir, y quisiera encontrar un empleo en alguna buena casa. Ludovico pensaba añadir, llegado el momento, que una vez caído su hermano, los bandidos habían huido llevándose la pequeña maleta en que guardaba la ropa

interior y el pasaporte.

Al llegar a Bolonia, Fabricio, que se sentía muy cansado y no se atrevía a presentarse sin pasaporte en una fonda, había entrado en la inmensa iglesia de San Petronio. El delicioso fresco que encontró allí no tardó en reanimarle. «Soy un ingrato —se dijo de pronto—; entro en una iglesia para sentarme, como en un café.» Se arrodilló y dio efusivamente gracias a Dios por la evidente protección que le amparaba desde que tuvo la desgracia de matar a Giletti. Todavía le hacía temblar el peligro de que le hubieran reconocido en la comisaría de Casal–Maggiore. «¿Cómo es posible —se decía— que aquel empleado, cuyos ojos traslucían tantas sospechas y que releyó mi pasaporte tres veces, no se diera cuenta de que yo no mido cinco pies y diez pulgadas, de que no tengo treinta y ocho años y de que no soy muy picado de viruelas? ¡Cuántas gracias tengo que daros, oh Dios mío! ¡Y he podido diferir hasta este momento el poner mi insignificancia a tus pies! Mi orgullo ha querido creer que sólo a una vana prudencia humana debía la fortuna de librarme de Spielberg, abierto ya para tragarme.»

Fabricio pasó más de una hora entregado a esta tierna emoción ante la inmensa bondad de Dios. Ludovico se acercó sin que le oyera y se paró ante él. Fabricio, que tenía la frente cubierta con las manos, alzó al fin la cabeza, y su fiel servidor vio las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Vuelve dentro de una hora —le dijo Fabricio con cierta dureza. Ludovico, en consideración a la piedad, le perdonó aquel tono. Fabricio recitó varias veces los siete salmos de la penitencia que sabía de memoria, deteniéndose mucho tiempo en los versículos que tenían relación con su situación presente. Pedía perdón a Dios por muchas cosas, pero lo curioso es que no se le ocurrió incluir entre sus pecados el proyecto de llegar a arzobispo únicamente porque el conde Mosca era primer ministro y hallaba conveniente para el sobrino de la duquesa este cargo y la gran vida que él implica. Lo había deseado sin pasión, es verdad, pero al fin y al cabo había pensado en él lo mismo que se piensa en un puesto de general o de ministro. No se le había ocurrido que su conciencia tuviera nada que ver con este proyecto de la duquesa. Era ésta una característica notable de la religión que debía a las enseñanzas de los jesuitas milaneses. Esta religión *destierra el valor de pensar en las cosas desacostumbradas* y prohíbe especialmente *el examen personal* como el mayor de los pecados y como un paso hacia el protestantismo. Para saber de qué se es culpable, hay que preguntárselo al cura, o leer la lista de pecados tal como se halla impresa en los libros titulados *Preparación para el sacramento de la penitencia.* Fabricio sabía de memoria la lista de los pecados redactada en lengua latina, que aprendió en la academia eclesiástica de Nápoles. Así, recitando esta lista y al llegar al pecado de matar, se acusó mucho ante Dios de haber matado a un hombre, pero en defensa de su vida. Pasó rápidamente, y sin prestar la menor atención, los diversos artículos

relativos al pecado *de simonía* (procurarse mediante dinero dignidades eclesiásticas). Si le hubieran propuesto dar cien luises para llegar a ser primer gran vicario del arzobispo de Parma, habría rechazado esta idea con horror; pero, aunque no carecía de inteligencia ni, sobre todo, de lógica, no pensó ni por un momento que la influencia del conde Mosca interpuesta en su favor fuera una *simonía.* Tal es el éxito de la educación jesuítica: infundir la costumbre de no ver ciertas cosas más claras que la luz del día. Un francés, educado en el ambiente del interés personal y de la ironía de París, habría podido, sin mala fe, acusar a Fabricio de hipocresía en el momento mismo en que nuestro héroe abría su alma a Dios con la mayor sinceridad y la más profunda emoción.

Fabricio no salió de la iglesia hasta haber preparado la confesión que se proponía hacer al día siguiente. Halló a Ludovico sentado en los escalones del vasto peristilo de piedra que se alza en la gran plaza a que da la fachada de la iglesia de San Petronio. De la misma manera que el aire es más puro después de una gran tormenta, el alma de Fabricio estaba ahora tranquila, dichosa y como lavada.

—Me encuentro muy bien, casi no siento ya las heridas —dijo acercándose a Ludovico—; pero, ante todo, tengo que pedirte perdón: te contesté de mala manera cuando viniste a hablarme en la iglesia; estaba haciendo examen de conciencia. En fin, ¿cómo van nuestros asuntos?

—Van muy bien: he encontrado un hospedaje, aunque muy poco digno de Vuestra Excelencia, en casa de la mujer de un amigo mío, que es muy bonita y además está íntimamente relacionada con uno de los principales agentes de la policía. Mañana iré a declarar que nos han robado los pasaportes, y esta declaración será aceptada como buena, pero he de pagar el porte de la carta que escribirá la policía a Casal–Maggiore para saber si existe en aquel distrito un tal Ludovico San Micheli que tiene un hermano, llamado Fabricio, al servicio de la duquesa Sanseverina, en Parma. Todo está arreglado, *siamo a cavallo* (proverbio italiano: estamos salvados).

Fabricio había tomado de pronto un aire muy grave. Rogó a Ludovico que esperara un momento, volvió a entrar en la iglesia casi corriendo, y, apenas llegado, cayó de nuevo de rodillas y besó humildemente las losas de piedra. «¡Esto es un milagro, Señor! —exclamó con lágrimas en los ojos—; en cuanto has visto mi alma dispuesta a volver al camino del deber, me has salvado. ¡Dios mío!, es posible que algún día caiga yo muerto en alguna aventura: recuerda, en el momento de mi muerte, el estado en que mi alma se encuentra en este momento.» Y Fabricio tornó a recitar, con efusiones de vivísima alegría, los siete salmos de la penitencia. Antes de salir, se acercó a una vieja que estaba sentada ante una gran madona y junto a un triángulo de hierro colocado verticalmente sobre un pie del mismo metal. Los bordes de este triángulo estaban erizados de numerosas puntas destinadas a sostener las velas que la piedad de los fieles enciende ante la célebre madona de Cinlabué. Sólo había siete

velas encendidas cuando Fabricio se acercó. Guardó este detalle en su memoria con intención de reflexionar más despacio en el mismo.

—¿Cuánto cuestan las velas? —preguntó a la mujer.

—*Dos baiocas* cada una.

En realidad no eran más gruesas que el tallo de una pluma ni medían más de un pie de longitud.

—¿Cuántas se pueden colocar en su triángulo?

—Sesenta y tres, pues hay siete encendidas.

«¡Ah! —se dijo Fabricio—; sesenta y tres y siete son setenta; esto también hay que recordarlo.» Pagó las velas, colocó él mismo las siete primeras, luego se arrodilló para hacer su ofrenda y dijo a la vieja levantándose:

—Es por gracia recibida.

Y salió en busca de Ludovico.

—Estoy muerto de hambre —le dijo.

—No es prudente entrar en una taberna; vámonos a nuestra posada. El ama de la casa irá a comprarle lo necesario para comer; sisará unos cuartos, y al volver le será todavía más fiel.

—Y me tendrás muerto de hambre una hora más —dijo Fabricio riendo con la serenidad de un niño, y entró en una taberna cercana a San Petronio. Con gran sorpresa suya, vio en una mesa inmediata a Pepe, el primer ayuda de cámara de su tía, el mismo que antaño fuera a su encuentro a Ginebra. Fabricio le hizo seña de que se callara; luego, después de almorzar rápidamente, con la sonrisa de la felicidad en los labios, se levantó; le siguió Pepe y, por tercera vez, nuestro héroe entró en San Petronio. Por discreción, Ludovico se quedó paseando por la plaza.

—¡Dios mío, *monsignore*, ¿cómo van sus heridas? La señora duquesa está horriblemente afligida: durante todo un día le creyó muerto y abandonado en alguna isla del Po; voy a mandarle un correo ahora mismo. Llevo seis horas buscándole; he pasado tres en Ferrara corriendo por todas las posadas.

—¿Tienes un pasaporte para mí?

—Traigo tres diferentes: uno con los nombres y los títulos de Vuestra Excelencia; el segundo con su nombre únicamente, y el tercero con un nombre supuesto, José Bossi; cada pasaporte lleva un destino distinto, según que Vuestra Excelencia quiera llegar de Florencia o de Modena. No se trata más que de dar un paseo fuera de la ciudad. El señor conde quisiera que se alojara en la posada del Peregrino, cuyo dueño es amigo suyo.

Fabricio, como si caminara al azar, se internó en la nave derecha de la iglesia, hasta el lugar en que estaban encendidas las velas; paró los ojos en la madona de Cimabue, y dijo a Pepe arrodillándose: «Debo dar gracias a Dios un momento». Pepe le imitó. Al salir de la iglesia, Pepe notó que Fabricio daba una moneda de veinte

francos al primer pobre que le pidió limosna; el mendigo prorrumpió en gritos de gratitud que atrajeron en pos de aquel ser caritativo a las nubes de mendigos de todo género que suelen decorar la plaza de San Petronio. Todos querían entrar a la parte en el napoleón. Las mujeres, desesperando de penetrar en la apretada multitud que rodeaba al favorecido, arremetieron hacia Fabricio, gritándole si no era cierto que había dado el napoleón para que fuera repartido entre todos los pobres de Dios. Pepe, blandiendo su bastón con puño de oro, les ordenó que dejaran tranquilo a Su Excelencia.

—¡Oh, Excelencia! —prorrumpieron todas las mujeres con una voz más penetrante aún—, ¡dad también un napoleón de oro para las pobres mujeres! —Fabricio aceleró el paso, las mujeres le siguieron gritando, y muchos mendigos varones, acudiendo por todas las calles, armaron una especie de pequeña sedición. Toda aquella multitud, horriblemente sucia y enérgica, gritaba: ¡Excelencia! A Fabricio le costó gran trabajo desprenderse de la turba. Esta escena le volvió la imaginación a la tierra. «¿No tengo más que lo que merezco —se dijo—, me he rozado con la chusma.»

Dos mujeres le siguieron hasta la puerta de Zaragoza, por la que salía de la ciudad. Pepe las detuvo amenazándolas seriamente con el bastón y arrojándoles algunas monedas. Fabricio subió la encantadora colina de San Michele in Bosco, dio la vuelta a una parte de la ciudad fuera de la muralla, tomó un sendero, avanzó quinientos pasos por el camino de Florencia, entró en Bolonia y entregó gravemente al funcionario de policía un pasaporte que llevaba anotadas con toda exactitud sus señas personales. Este pasaporte le nombraba José Bossi, estudiante de Teología; Fabricio observó una manchita de tinta roja caída como por casualidad hacia el ángulo derecho de la parte inferior de la hoja. A las dos horas, ya le seguía un espía, como consecuencia del título de *Excelencia* que le diera su compañero delante de los pobres de San Petronio, aunque su pasaporte no llevara ninguno de los títulos que dan a un hombre derecho para que sus criados le llamen *Excelencia.*

Fabricio vio al espía y se rió de él; ya no pensaba ni en los pasaportes ni en la policía, y gozaba de todo como un niño. Pepe, que tenía orden de permanecer a su lado, viéndole muy contento al lado de Ludovico, prefirió ir a llevar él mismo a la duquesa tan buenas noticias. Fabricio escribió dos cartas muy largas a las personas queridas, luego se le ocurrió escribir también al arzobispo Landriani. Esta carta produjo un efecto maravilloso. Contenía un relato muy exacto de la pelea con Giletti. El bueno del arzobispo, muy emocionado, se apresuró a ir a leer la carta al príncipe, que se dignó escucharla, con gran curiosidad de ver cómo se las arreglaría aquel joven *monsignore* para justificar un asesinato tan atroz. Gracias a los numerosos amigos de la marquesa Raversi, el príncipe, lo mismo que toda la ciudad de Parma, creía que Fabricio había buscado la ayuda de veinte o treinta campesinos para

liquidar a un mal comediante que tenía la insolencia de disputarle a la pequeña Marietta. En las cortes despóticas, el primer intrigante hábil está en posesión de la *verdad,* como la moda en París.

—Pero ¡qué diablo! —decía el príncipe al arzobispo—, esas cosas se mandan hacer a otro, pero no es costumbre hacerlas uno mismo; y además, a un cómico como Giletti no se le mata, se le compra.

Fabricio no sospechaba ni por lo más remoto lo que pasaba en Parma. En realidad, se trataba de saber si la muerte del histrión, que en vida ganaba treinta y dos francos mensuales, determinaría la caída del ministerio *ultra* y de su jefe el conde Mosca.

Al enterarse de la muerte de Giletti, el príncipe, irritado por los aires de independencia que se daba la duquesa, ordenó al fiscal general Rassi que llevara todo aquel proceso como si se tratara de un liberal. Fabricio, por su parte, creía que un hombre de su rango estaba por encima de las leyes; no calculaba que, en el país donde los grandes nombres no son nunca castigados, la intriga lo puede todo, incluso contra ellos. A menudo decía a Ludovico que no tardaría en ser proclamada su perfecta inocencia; se fundaba sobre todo en la gran razón de que no era culpable. Pero Ludovico le dijo un día:

—No comprendo cómo Vuestra Excelencia, que tiene tanto talento y tanta instrucción, se toma el trabajo de decirme esas cosas a mí, que soy su servidor leal; Vuestra Excelencia pierde el tiempo con tantas precauciones; esas cosas son buenas para decirlas en público o ante el tribunal.

«Este hombre me cree un asesino, y no por eso me quiere menos», se dijo Fabricio cayendo de las alturas.

A los tres días de partir Pepe, Fabricio recibió con gran sorpresa una carta larguísima, cerrada con una trenza de seda, como en tiempos de Luis XIV, y dirigida *A Su Excelencia reverendísima monseñor Fabricio del Dongo, primer gran vicario de la diócesis de Parma, canónigo,* etc.

«Pero ¿es que yo soy todavía todo eso?», se dijo sonriendo. La epístola del arzobispo Landriani era una obra maestra de lógica y de claridad; tenía lo menos diecinueve folios, y relataba muy bien todo lo que había pasado en Parma con ocasión de la muerte de Giletti.

«Un ejército francés mandado por el mariscal Ney y avanzando sobre la ciudad no habría producido más efecto —le decía el gran arzobispo—; excepto la duquesa y yo, querido hijo mío, todo el mundo cree que usted se ha dado el gusto de matar al histrión Giletti. Aunque le hubiera ocurrido pareja desgracia, esas cosas se adormecen con doscientos luises y una ausencia de seis meses; pero la Raversi quiere derribar al conde Mosca aprovechando este incidente. No es el horrible pecado de homicidio lo que el público le reprocha, sino sólo la *torpeza* o más bien la insolencia de no haberse

dignado acudir a un *bulo* (especie de matón mercenario). Te transmito aquí en términos claros los comentarios que me rodean, pues desde esa desgracia eternamente deplorable, frecuento cada día tres casas de las más distinguidas de la ciudad para tener ocasión de justificarle. Y no creo haber hecho jamás un uso más santo de la poca elocuencia que el Cielo se ha dignado concederme.»

Esta carta le quitó la venda de los ojos a Fabricio. Las frecuentes cartas de la duquesa, llenas de arrebatadas expresiones de afecto, no se dignaban nunca contar nada. La duquesa le juraba abandonar Parma si él no volvía muy pronto triunfante. «El conde hará por ti —le decía en la carta que acompañaba a la del arzobispo— todo lo humanamente posible. En cuanto a mí, has cambiado mi carácter con esa bella proeza; ahora soy más avara que el banquero Tombone; he despedido a toda mi servidumbre, y he hecho más: he dictado al conde el inventario de mi fortuna, que resulta menos cuantiosa de lo que yo creía. Después de la muerte del excelente conde Pietranera —al que, entre paréntesis, habrías debido vengar en vez de exponerte contra un ser de la especie de Giletti—, me quedé con mil doscientas libras de renta y cinco mil francos de deudas; recuerdo, entre otras cosas, que tenía dos docenas y media de zapatos de raso blanco encargados a París, y un solo par para andar por la calle. Estoy casi decidida a tomar los trescientos mil francos que me deja el duque, y que yo pensaba emplear enteramente en elevarle un mausoleo suntuoso. Por otra parte, es la marquesa Raversi tu principal enemiga, es decir, la mía. Si te aburres en Bolonia, no tienes más que decir una palabra e iré a reunirme contigo. Adjuntas otras cuatro letras de cambio, etc.»

La duquesa no decía a Fabricio ni una palabra de la opinión que se tenía en Parma sobre su asunto; quería sobre todo consolarle, y, en todo caso, la muerte de un ser ridículo como Giletti no le parecía un motivo de reproche serio contra un Del Dongo. «¡Cuántos Giletti no han despachado al otro mundo nuestros antepasados —le decía al conde— sin que a nadie se le haya ocurrido censurárselo!»

Fabricio, muy sorprendido al entrever por vez primera el verdadero estado de las cosas, se puso a estudiar la carta del arzobispo. Por desgracia, el propio arzobispo le creía más enterado de lo que estaba. Fabricio comprendió que lo que constituía sobre todo el triunfo de la marquesa Raversi era la imposibilidad de hallar testigos *de visu* de la contienda fatal. Cuando ésta tuvo lugar, el criado que llevó la primera noticia a Parma se hallaba en la posada del pueblo de Sanguigna; Marietta y la vieja que le servía de madre habían desaparecido, y la marquesa había comprado al *veturino* que conducía el carruaje, y que prestaba ahora una declaración abominable.

*Aunque la instrucción del proceso está rodeada del más profundo misterio* —escribía el arzobispo en su estilo ciceroniano— *y dirigida por el fiscal general Rassi, del que sólo por caridad cristiana me abstengo de hablar mal, pero que ha hecho su*

*fortuna cebándose en los pobres acusados como el perro de caza en la liebre; aunque a ese Rassi, digo, cuya bajeza y venalidad nunca podría la imaginación de usted exagerar, un príncipe colérico le haya encargado la dirección del proceso, he podido leer las tres declaraciones del* veturino. *Por suerte para nosotros, ese desgraciado se contradice. Y añadiré —puesto que hablo a mi vicario general, al que, después de mí, debe asumir la dirección de esta diócesis— que he mandado llamar al cura de la parroquia donde habita ese pecador extraviado. Le diré, querido hijo, pero bajo secreto de confesión, que ese cura sabe ya, por la mujer del* veturino*, la cantidad de escudos que ha recibido de la marquesa Raversi; no me atreveré a decir a usted que la marquesa le ha exigido que le calumnie, pero ello es muy probable. Los escudos fueron entregados por un desdichado sacerdote que desempeña funciones poco dignas cerca de la marquesa, y al cual me he visto obligado, por segunda vez, a prohibir la misa. No le cansaré con el relato de otras varias diligencias que usted debía esperar de mí y que, por otra parte, son deber mío. Un canónigo, colega de usted en la catedral, y que además recuerda, un poco con exceso a veces, la influencia que le dan los bienes de su familia, de los que, por voluntad divina, es ahora único heredero, se ha permitido decir en casa del señor conde Zurza, ministro del Interior, que consideraba esta bagatela cosa probada contra usted (se refería al asesinato del desdichado Giletti); le he mandado llamar y aquí, en presencia de los otros tres vicarios generales, de mi limosnero y de dos curas que se hallaban en la sala de espera, le he rogado que nos comunicara, a nosotros, sus hermanos, las pruebas fehacientes que decía haber adquirido contra uno de sus colegas de la catedral; el desdichado sólo pudo articular unas razones poco concluyentes; todos se volvieron contra él, y aunque yo no creí oportuno añadir más que muy pocas palabras, rompió a llorar y nos tomó como testigos, por propia confesión, de su completo error, en vista de lo cual le prometí el secreto en mi nombre y en el de todas las personas que habían asistido a esta conferencia, a condición no obstante de que pusiera todo su celo en rectificar las falsas impresiones que habían podido causar las palabras por él proferidas desde hacía quince días.*

*No le repetiré, querido hijo, lo que hace tiempo ya debe saber, es decir, que de los treinta y cuatro campesinos empleados en la excavación del conde Mosca, y que la Raversi pretende; pagados por usted para ayudarle en un crimen, treinta y dos estaban en el fondo de su zanja, ocupados en su trabajo, cuando usted cogió el cuchillo de caza y lo empleó en defender su propia vida contra el hombre que le atacaba de improviso. Dos de ellos, que estaban fuera de la zanja, gritaron a los otros: «¡Que asesinan a* monsignore!*». Sólo este grito basta para demostrar su inocencia en todo su esplendor. Pues bien: el fiscal general Rassi pretende que esos dos hombres han desaparecido; más aún, han sido habidos ocho de los hombres que estaban en el fondo de la zanja; en el primer interrogatorio, seis de ellos declararon*

*haber oído el grito «¡que asesinan a* monsignore!*». He sabido, por vías indirectas, que en el quinto interrogatorio, que tuvo lugar ayer tarde, cinco han declarado que no recuerdan bien si habían oído directamente aquel grito o si sólo se lo había repetido algún compañero. Se han dado órdenes para que se averigue el domicilio de esos excavadores, y los curas de sus parroquias les harán comprender que se condenan si, por ganar unos escudos, se dejan obligar a la alteración de la verdad.*

El bueno del arzobispo se extendía en detalles infinitos, como puede juzgarse por lo que acabamos de copiar. Luego, añadía, sirviéndose de la lengua latina:

> *Este asunto es nada menos que una tentativa de cambio de ministerio. Si le condenan, sólo puede ser a galeras o a muerte, y en este caso yo intervendría declarando, desde mi púlpito episcopal, que sé que es inocente, que se ha limitado a defender su vida contra un forajido y, en fin, que yo le he prohibido volver a Parma mientras sus enemigos continúen triunfando. Me propongo incluso anatematizar, como lo merece, al fiscal general; el odio a ese hombre es tan común como rara la estimación por su carácter. Pero en fin, la víspera del día en que el fiscal haya de pronunciar sentencia tan injusta, la duquesa Sansevetina abandonará la ciudad y acaso los Estados de Parma: en tal caso, no cabe duda de que el conde presentará la dimisión. Entonces, muy probablemente, el general Fabio Conti ascenderá al ministerio, y la marquesa Raversi triunfaría. Lo peor de su asunto es que no se ha encargado a ningún hombre entendido de dirigir las gestiones necesarias para probar su inocencia y denunciar las tentativas hechas para sobornar testigos. El conde cree desempeñar su papel, pero es demasiado gran señor para descender a ciertos detalles; además, en su calidad de ministro de policía, ha tenido que dar, en el primer momento, las órdenes más severas contra usted. ¿Me atreveré a decirlo?: nuestro soberano señor le cree culpable, o al menos simula esta creencia, y pone cierta acritud en este asunto.*

(Las palabras correspondientes *a nuestro soberano señor* y *simula esta creencia* estaban en griego, y Fabricio agradeció infinitamente al arzobispo que osara escribirlas. Cortó con una navajita aquella línea de la carta y la destruyó inmediatamente.)

Fabricio se interrumpió veinte veces leyendo esta epístola, transido de gratitud, y respondió en seguida con una carta de ocho páginas. Más de una vez tuvo que levantar la cabeza para que sus lágrimas no cayesen sobre el papel. Al día siguiente, en el momento de cerrar la carta, le pareció de un tono demasiado mundano. «Voy a

escribirla en latín —se dijo—; así le parecerá más conveniente al digno arzobispo.» Pero mientras procuraba construir bellas frases latinas muy largas, bien imitadas de Cicerón, recordó que un día el arzobispo, hablándole de Napoleón, le llamaba deliberadamente Bonaparte; inmediatamente desapareció toda la emoción que la víspera le conmovía hasta las lágrimas. «¡Oh rey de Italia! —exclamó—, esa fidelidad que tantos otros te juraron te la he de guardar yo después de muerto. No hay duda de que me quiere, pero porque yo soy un Del Dongo y él hijo de un burgués.» Para que su hermosa carta en italiano no se perdiera, Fabricio hizo algunas modificaciones necesarias y se la dirigió al conde Mosca.

Aquel mismo día, Fabricio encontró en la calle a Marietta, que enrojeció de placer y le hizo seña de que la siguiera de lejos. Entró rápidamente en un pórtico desierto y una vez allí se cubrió más aún, para no ser reconocida, con la mantilla negra que, siguiendo la moda del país, llevaba en la cabeza; luego, volviéndose con rapidez, dijo a Fabricio:

—¿Cómo es que andas tan libremente por la calle? Fabricio le contó su historia.

—¡Dios mio, has estado en Ferrara! ¡Y yo que te he buscado tanto! Sabrás que he reñido con la vieja porque quería llevarme a Venecia, adonde yo sabía que no irías jamás porque estás en la lista negra de Austria. Vendí el collar de oro para venir a Bolonia, pues tenía el presentimiento de que aquí me esperaba la dicha de encontrarte; la vieja llegó dos días después que yo. Por eso no te invitaré a venir a casa, pues seguiría haciéndote esas viles peticiones de dinero que tanto me avergüenzan. Hemos vivido muy decentemente desde el día fatal que sabes, y no hemos gastado ni la cuarta parte de lo que nos diste. No quisiera ir a verte a la posada del Peregrino, porque sería una *publicidad.* Trata de alquilar un cuartito en alguna calle desierta, y al Ave María (al atardecer) me hallarás en este mismo pórtico.

Dichas estas palabras, escapó.

# XIII

Todas las ideas serias cayeron en olvido a la aparición imprevista de aquella seductora criatura. Fabricio comenzó a vivir en Bolonia con la más alegre y absoluta despreocupación. Esta ingenua tendencia a gozar satisfecho todo lo que llenaba su vida presente, trascendía en las cartas de Fabricio a la duquesa, hasta tal punto, que ésta lo notó con cierta irritación. Apenas si Fabricio lo advirtió; se limitó a anotar en signos abreviados sobre el cuadrante de su reloj[1]: *Cuando escribo a la D., no decir nunca «cuando yo era prelado, cuando yo era hombre de iglesia»; esto la enoja.* Había comprado dos caballitos de los que estaba muy satisfecho: los enganchaba a una calesa de alquiler cada vez que Marietta quería ir a ver a alguien en uno de esos lugares encantadores de las cercanías de Bolonia; casi todas las tardes la llevaba a la Cascada del Reno. A la vuelta, se detenía en casa del simpático Crescentini, que se creía un poco el padre de Marietta.

«¡Diantre!, si es ésta la vida de café que me parecía tan ridícula para un hombre de cierto mérito, hice mal en rechazarla», se decía Fabricio. Olvidaba que no iba nunca al café más que para leer *Le Constitutionnel, y* que, completamente desconocido para las gentes de Bolonia, los goces de la vanidad no tenían parte alguna en su felicidad presente. Cuando no estaba con Marietta, se le podía encontrar en el Observatorio donde seguía un curso de Astronomía; el profesor le había tomado mucho afecto, y Fabricio le prestaba sus caballos el domingo para ir a lucirse con su mujer al Corso de la Montagnola.

Era incapaz de hacer desgraciado a nadie por poco estimable que fuera. La Marietta no quería en modo alguno que viese a la vieja; pero un día en que ésta se hallaba en la iglesia, Fabricio subió a casa de la *mamacia*, que rugió de ira al verle entrar. «Es el momento de hacer el Del Dongo», se dijo nuestro héroe.

—¿Cuánto gana al mes la Marietta cuando está contratada? —exclamó con el aire con que un joven parisiense que se respeta entra en un palco del *Bouffes.*

—Cincuenta escudos.

—Mientes, como siempre; di la verdad, ¡como hay Dios que no recibirás un céntimo!

—Bueno, ganaba veintidós escudos en nuestra compañía de Parma, cuando tuvimos la desgracia de conocerle; yo ganaba doce escudos, y dábamos cada una a nuestro protector, Giletti, la tercera parte de nuestros salarios. A cuenta de esto, Giletti hacía todos los meses a Marietta un regalo que valdría unos dos escudos.

—Sigues mintiendo; no cobrabas más que cuatro escudos. Pero si eres buena con Marietta, te contrato como si fuese un *empresario;* todos los meses recibirás doce escudos para ti y veintidós para ella; pero si le llego a ver los ojos enrojecidos, me declaro en quiebra.

—Se las da de generoso; pues bien, su generosidad nos arruina —respondió furiosa la vieja—; salimos perdiendo *l'avviamento* (la parroquia). Cuando tengamos la enorme desgracia de vernos privadas de la protección de Vuestra Excelencia, ya no nos conocerá ninguna compañía, y todas estarán completas; no conseguiremos contrato, y por culpa suya nos moriremos de hambre.

—Vete al diablo —dijo Fabricio marchándose.

—No me iré al diablo, infame impío, sino sencillamente a la comisaría, que sabrá por mi boca que es usted un *monsignore* que ha colgado los hábitos, y que el nombre de José Bossi le pertenece tanto como a mí.

Fabricio, que había bajado ya algunos escalones, volvió sobre sus pasos.

—En primer lugar, la policía sabe mejor que tú cuál puede ser mi verdadero nombre; pero si se te ocurre denunciarme, si cometes semejante canallada —le dijo en un tono muy serio—, Ludovico te hablará, y no serán seis puñaladas las que recibirá tu miserable cuerpo, sino dos docenas; pasarás seis meses en el hospital, y sin tabaco.

La vieja palideció y se precipitó a la mano de Fabricio queriendo besarla.

—Acepto con gratitud la suerte que nos ofrece a Marietta y a mí. Tiene usted tal pinta de bueno, que le tomaba por tonto; y ponga atención en esto, porque otros podrían también caer en la misma equivocación que yo: le aconsejo que adopte habitualmente un aire más de gran señor —luego añadió con una impudicia admirable—; reflexionará en este buen consejo y, como el invierno está cerca, nos regalará a la Marietta y a mí dos buenos vestidos de esa preciosa tela inglesa que venden en el gran comercio de la plaza de San Petronio.

El amor de Marietta ofrecía a Fabricio todos los encantos de una dulcísima amistad, y esto le hacía pensar en la dicha del mismo género que habría podido gozar con la duquesa.

«Pero, ¿no es curioso —se decía a veces— que yo no sea capaz de esa obsesión exclusiva y apasionada que llaman amor? Entre las relaciones que el azar me deparó en Novara y en Nápoles, ¿he hallado alguna vez una mujer cuya presencia fuese para mí, ni siquiera los primeros días, preferible a un paseo en un hermoso caballo desconocido? ¿Acaso eso que llaman amor —añadía— será también una mentira? Yo siento el amor, desde luego, pero lo mismo que siento buen apetito a las seis. ¿Será esta propensión un tanto vulgar lo que esos grandes mentirosos han transformado en el amor de Otelo, en el amor de Tancredo, o habrá que creer que yo estoy hecho de distinta manera que los demás hombres? ¿Por qué en mi alma había de faltar una pasión? ¡Sería un destino bien singular!»

En Nápoles, sobre todo en los últimos tiempos, Fabricio había conocido mujeres que, orgullosas de su rango, de su belleza y de la posición que ocupaban en el mundo los adoradores que le habían sacrificado, pretendieron dominarle. Cuando Fabricio se

dio cuenta de este propósito, rompió con ellas de la manera más escandalosa y fulminante. «Ahora bien —se decía—, si alguna vez me dejo llevar por el placer, sin duda vivísimo, de unas relaciones tiernas con esa hermosa mujer que se llama la duquesa Sanseverina, soy exactamente como aquel francés insensato que mató la gallina de los huevos de oro. Le debo a la duquesa las únicas emociones gratas que jamás encontré en los sentimientos tiernos: mi amistad con ella es mi vida, y, por otra parte, ¿qué soy yo sin ella?: un pobre desterrado reducido a vegetar difícilmente en un castillo desmantelado de los alrededores de Novara. Recuerdo que, durante las grandes lluvias otoñales, todas las noches, por temor de un accidente, tenía que colocar un paraguas sobre mi cama. Montaba los caballos del administrador, que se dignaba tolerarlo por respeto a mi *sangre azul*, pero que comenzaba a encontrar un poco larga mi estancia en sus dominios; mi padre me había asignado una pensión de mil doscientos francos, y se creía condenado por dar de comer a un jacobino. Mi pobre madre y mis hermanas se privaban de vestidos para que yo pudiera hacer algunos regalillos a mis amantes. Este medio de mostrarme generoso me partía el corazón. Y, además, comenzaban ya a sospechar mi penuria y los jóvenes nobles de los alrededores estaban a punto de mirarme con lástima. Más pronto o más tarde, cualquier fatuo hubiera manifestado su desprecio por un jacobino pobre y fracasado en sus designios, pues, para aquellas gentes, yo no era otra cosa. Habría dado o recibido alguna buena estocada que me habría conducido a la fortaleza de Fenestrelles, o bien habría tenido que refugiarme de nuevo en Suiza, siempre con mil doscientos francos de pensión. Tengo la suerte de deber a la duquesa haberme librado de todos estos males; además, es ella la que siente por mí los arrebatos de cariño que yo debiera sentir por ella.

»En lugar de esa vida ridícula y mezquina que me habría convertido en un animal triste, en un malpocado, llevo cuatro años viviendo en una gran ciudad, y tengo un excelente carruaje, lo que me libra de conocer la envidia y todos los sentimientos bajos de provincias. Esta tía demasiado cariñosa me riñe siempre por no pedir bastante dinero al banquero. ¿Voy a malograr para siempre esta hermosa posición? ¿Voy a perder la única amiga que he tenido en el mundo? Basta proferir *una mentira,* basta decir a una mujer encantadora y acaso única en el mundo, por la que siento además un afecto apasionado: *Te amo,* yo que no sé lo que es amar de amor. Se pasará el día reprochándome como un crimen la ausencia de esos arrebatos que no conozco. En cambio, la Marietta, que no ve en mi corazón, y que confunde una caricia con un arrobo del alma, me cree loco de amor y se cree la más feliz de las mujeres.

»En realidad, esa enajenación sentimental que se llama, creo, *amor,* sólo la he sentido un poco por aquella mocita, Aniken, de la posada de Zonders, cerca de la frontera de Bélgica.»

No sin pesar hemos de consignar aquí una de las peores acciones de Fabricio; en medio de esta vida tranquila, un miserable rasgo de vanidad se apoderó de su corazón rebelde al amor, y le llevó muy lejos. Al mismo tiempo que él, se encontraba en Bolonia la famosa Fausta F***, sin discusión una de las primeras cantantes de nuestra época, y acaso la mujer más caprichosa que existiera jamás. El excelente poeta Buratti, de Venecia, había compuesto sobre ella aquel famoso soneto satírico que a la sazón se oía tanto en boca de todo el mundo, desde los príncipes hasta el último rapazuelo de la calle:

*Querer y no querer, adorar y detestar el mismo día, no hallar contento más que en la inconstancia, desdeñar lo que el mundo adora: la Fausta tiene estos defectos y otros muchos más. No te acerques, pues, nunca a esa serpiente. Si cometes la imprudencia de verla, olvida sus caprichos. Si se te ofrece el gozo de escucharla, te olvidas a ti mismo, y el amor hace de ti en un momento lo que hizo antaño Circe de los compañeros de Ulises.*

En esta ocasión, aquel milagro de belleza estaba bajo el encanto de las enormes patillas y de la noble insolencia del joven conde M***, hasta el punto de no rebelarse contra sus abominables celos. Fabricio vio al conde en las calles de Bolonia, y le molestó el aire de superioridad con que llenaba la calle y se dignaba mostrar sus dones al público. Este mancebo era muy rico, creía que todo le estaba permitido y, como su *prepotenze* le había valido ciertas amenazas, apenas se dejaba ver sino escoltado por ocho o diez *buli* (especie de matones) vestidos con su librea y a los que había hecho venir de sus tierras de los alrededores de Brescia. Las miradas de Fabricio se habían cruzado una o dos veces con las del terrible conde, cuando quiso el azar que oyera a Fausta. Le impresionó profundamente la angélica dulzura de su voz: no había imaginado nada parecido; le debió sensaciones de supremo gozo que se destacaban, como un bello contraste, sobre la placidez de su vida presente. «¿Será esto por fin el amor?», se dijo Fabricio. Muy deseoso de experimentar este sentimiento, y atraído, además, por la aventura de desafiar al conde M***, de un continente más terrible que el de un «tambor mayor», nuestro héroe se entregó a la puerilidad de pasar con excesiva frecuencia por delante del palacio Tanari, que el conde M*** había alquilado para Fausta.

Un atardecer en que Fabricio procuraba llamar la atención de la Fausta, fue saludado por unas estrepitosas carcajadas de *los buli* del conde, que estaban a la puerta del palacio Tanari. Corrió a su casa, se proveyó de buenas armas y volvió a pasar delante del palacio. La Fausta, escondida detrás de las persianas, esperaba aquel regreso y supo estimárselo. M***, que sentía celos del mundo entero, los sintió muy especiales del señor José Bossi, y se indignó en términos ridículos; nuestro héroe correspondió a sus expresiones haciéndole llegar cada día una carta con estas solas

palabras:

*Don José Bossi destruye los insectos incómodos, y habita en «Peregrino, vía Larga», número 79.*

El conde M***, acostumbrado a los respetos que le aseguraban en todas partes su enorme fortuna, su sangre azul y la bravura de sus treinta criados, no quiso oír el lenguaje de esta esquelita.

Fabricio escribía otras a la Fausta; M***, puso espías a su rival, que acaso no desagradaba; primero averiguó su verdadero nombre y, luego, que, por el momento, no podía dejarse ver en Parma. A los pocos días, el conde M***, sus *buli, sus* magníficos caballos y la Fausta salieron para Parma.

Fabricio, picado en el juego, los siguió al día siguiente. En vano el buen Ludovico le dirigió exhortaciones patéticas: Fabricio le mandó a paseo y Ludovico, muy valiente él también, le admiró; por otra parte, este viaje le permitía acercarse a su guapa manceba de Casal–Maggiore. Gracias a las diligencias de Ludovico, entraron como domésticos al servicio del caballero José Bossi ocho o diez soldados de los regimientos de Napoleón.

«Con tal —se dijo Fabricio al cometer la locura de seguir a Fausta— de no comunicarme ni con el ministro de policía, conde Mosca, ni con la duquesa, no expongo a nadie más que a mí. Más tarde diré a mi tía que iba en busca del amor, esa cosa tan bella que no he encontrado nunca. La verdad es que pienso en Fausta, pero cuando no la veo… Mas, ¿es el recuerdo de su voz lo que amo, o es su persona?» Como ya no pensaba en la carrera eclesiástica, Fabricio se había dejado crecer unos mostachos y unas patillas casi tan terribles como los del conde M***, y esto le disfrazaba un poco. Estableció su cuartel general no en Parma, pues esto hubiera sido demasiado imprudente, sino en un pueblo de las cercanías, en medio de los bosques, junto a la carretera de Sacca, donde estaba el palacio de su tía. Siguiendo el consejo de Ludovico, se presentó en aquel pueblo como mayordomo de un gran señor inglés muy original, que gastaba cien mil francos anuales en el placer de la caza y que no tardaría en llegar del lago de Como, donde a la sazón le retenía la pesca de la trucha. Por fortuna, el bello palacete que el conde M*** había alquilado para la hermosa Fausta estaba situado en el extremo meridional de la ciudad de Parma, precisamente junto a la carretera de Sacca, y las ventanas de Fausta daban a las magníficas avenidas de grandes árboles que se extienden bajo la torre altísima de la ciudadela. Fabricio no era conocido en aquel barrio desierto; hizo seguir al conde M***, y un día, cuando éste acababa de salir de casa de la admirable cantante, nuestro héroe tuvo la audacia de exhibirse en la calle en pleno día; a decir verdad, iba montado en un excelente caballo, y bien armado. Unos músicos de esos que recorren las calles de

Italia, y que a veces son excelentes, vinieron a instalar sus violones bajo las ventanas de Fausta; después de un preludio, entonaron bastante bien una cantata en su honor. La Fausta corrió a la ventana y distinguió en seguida a un mancebo muy cortés que, parado a caballo en mitad de la calle, la saludó primero y se puso en seguida a dirigirle unas miradas nada equívocas. A pesar del exagerado atuendo inglés adoptado por Fabricio, la Fausta no tardó en reconocer al autor de las apasionadas cartas que determinaron su salida de Bolonia. «Éste es un tipo singular—se dijo—; me parece que voy a amarle. Tengo cien luises de reserva, y puedo muy bien mandar a paseo a ese terrible conde M***. En realidad carece de ingenio y de espontaneidad, y lo único que le hace un poco divertido es el aspecto atroz de sus criados.»

Al día siguiente, enterado Fabricio de que todos los días, a eso de las once, la Fausta iba a misa al centro de la ciudad —a aquella iglesia de San Juan donde estaba el sepulcro de su antepasado, el arzobispo Ascanio del Dongo—, se atrevió a seguirla. Verdad es que Ludovico le había proporcionado una preciosa peluca inglesa de color pelirrojo. A propósito de este color de pelo, el de las llamas que abrasaban su corazón, compuso un soneto que a la Fausta le pareció encantador; una mano desconocida se había cuidado de colocarlo sobre su piano. Estas escaramuzas duraron lo menos ocho días; pero Fabricio notaba que, a pesar de su empeño, no adelantaba nada: la Fausta se negaba a recibirle. El galán acentuaba el matiz de la singularidad; pasado el tiempo, la Fausta confesó que le tenía miedo. Fabricio ya sólo persistía por un resto de esperanza de llegar a sentir lo que llaman *amor,* pero se aburría con frecuencia.

«Vámonos, señor —le repetía Ludovico—; ya no está enamorado: le veo una calma y una cordura desesperantes. Además, no adelanta nada; aunque no sea más que por dignidad, levantemos el campo.» Fabricio estaba dispuesto a marcharse en el primer momento de mal humor, cuando un día supo que la Fausta iba a cantar en casa de la duquesa Sanseverina.

«Acaso esa sublime voz acabará de inflamarme el corazón», se dijo, y tuvo la osadía de colarse disfrazado en aquel palacio donde le conocían todos los ojos. Fácil es imaginar la emoción de la duquesa cuando, al acabar el concierto, se fijó en un hombre que vestía librea de cazador, de pie junto a la puerta del salón grande: aquel hombre le recordaba a alguien. Buscó al conde Mosca, que sólo entonces le comunicó la insigne y realmente increíble locura de Fabricio. Por lo demás, esta locura era muy grata al conde. Aquel amor a otra que no era la duquesa le complacía en extremo; el conde, caballero perfecto fuera de la politica, se regía por la máxima de que él no podía ser dichoso en tanto no lo fuera la duquesa.

«Yo le salvaré de sí mismo —dijo a su amiga—; ¡figúrese la alegría de nuestros enemigos si fuera detenido en este palacio! Pero tengo aquí dispuestos más de cien hombres seguros; por eso le mandé a pedir las llaves del depósito de agua. Parece ser

que está locamente enamorado de la Fausta, y hasta ahora no ha podido quitársela al conde M***, que proporciona a esa loca una existencia de reina.» En la fisonomía de la duquesa se pintó el más vivo dolor: ¡conque Fabricio no era más que un libertino completamente incapaz de un sentimiento tierno y serio! «¡Y no venir a vernos!, ¡esto no podré perdonárselo nunca! —dijo al fin—; ¡y yo que le escribo cada día a Bolonia!»

—Yo estimo mucho su discreción —replicó el conde—; no quiere comprometernos con su aventura, y será muy divertido luego oírsela contar.

La Fausta era demasiado ligera para poder callar lo que ocurría. Al día siguiente del concierto, cuyas canciones todas había dedicado con los ojos a aquel apuesto mancebo vestido de *calador,* habló al conde M*** de las atenciones del desconocido.

—¿Dónde le ve? —inquirió furioso el conde.

—En la calle, en la iglesia —contestó desconcertada la Fausta. Y en seguida procuró reparar su imprudencia o al menos despistar al conde de todo lo que pudiera recordar a Fabricio; se extendió en una profusa descripción de un joven alto, pelirrojo y con ojos azules; debía de ser algún inglés muy rico y muy torpe, o algún príncipe. Al oír esta palabra, el conde, que no brillaba por la sagacidad de su golpe de vista, dio en figurarse algo muy grato a su vanidad: que aquel rival no era otro que el príncipe heredero de Parma. Este pobre mancebo melancólico, guardado por cinco o seis preceptores y ayos, etc., que no le dejaban salir sin haber celebrado previamente consejo, lanzaba extrañas miradas a todas las mujeres pasaderas que le era permitido ver de cerca. En el concierto de la duquesa, su rango le había situado delante de todos los auditores, en un sillón aislado, a tres pasos de la hermosa Fausta, y sus miradas habían molestado soberanamente al conde M***. Esta locura de exquisita vanidad, tener por rival a un príncipe, divirtió mucho a la Fausta, que se dio el gusto de confirmarla con cien detalles ingenuamente expuestos.

—¿Es su raza —dijo al conde— tan antigua como la de los Farnesio, a la que pertenece ese mancebo?

—¿Qué dice? ¡Tan antigua! Mi familia está limpia de bastardía*.

Quiso el azar que el conde M*** no pudiera ver nunca bien al supuesto rival, y ello le confirmó en la lisonjera idea de tener por antagonista a un príncipe. En efecto, cuando los intereses de su empresa no llamaban a Fabricio a Parma, no salía de los bosques situados entre Sacca y las riberas del Po. El conde M*** estaba mucho más orgulloso, pero también mucho más prudente desde que se creía en trance de disputar el corazón de Fausta a un príncipe, y rogó muy serio a su amante que se condujera con el mayor recato en todos sus actos. Después de arrojarse a sus pies como amante celoso y apasionado, le declaró solemnemente que su honor estaba interesado en que no se dejara ella engañar por el principito.

—Perdón, si yo le amara, no me sentiría burlada; nunca he visto un príncipe a mis

pies.

—Si cede —repuso el conde con gesto altivo—, acaso yo no podría vengarme del príncipe, pero le aseguro que me vengaría.

Y salió dando portazos con violencia. Si Fabricio se hubiera presentado en aquel momento, habría ganado el pleito.

—Si tiene en algo la vida —le dijo por la noche al despedirse de ella después de la función—, procure que yo no sepa nunca que el principito ha entrado en esta casa. No puedo nada contra él, ¡vive Dios!, pero no me haga recordar que contra usted lo puedo todo.

—¡Oh Fabricito mío! —exclamó la Fausta—, ¡si yo supiera dónde encontrarte!

La vanidad ofendida puede llevar lejos a un joven rico y rodeado de aduladores desde la cuna. La pasión, muy verdadera, que el conde M*** había sentido por la Fausta revivió con furia; no le detuvo la peligrosa perspectiva de luchar con el hijo único del soberano en cuyos dominios se encontraba, ni se le ocurrió tampoco procurar ver al príncipe rival, o al menos hacer que le siguieran. No pudiendo atacarle de otro modo, se atrevió a pensar en ponerle en ridículo. «Seguramente —se dijo— me expulsarán para siempre de los Estados de Parma, pero, ¡qué me importa!» Si el conde M*** se hubiera preocupado de examinar la posición del enemigo, habría sabido que el príncipe heredero no salía jamás sin que le siguieran tres o cuatro viejos, fastidiosos guardianes de la etiqueta, y que el único placer de su elección que le permitían en el mundo era la mineralogía. El palacete que ocupaba la Fausta, en el que se aglomeraba la buena sociedad de Parma, estaba rodeado noche y día de observadores, M*** sabía al minuto todo lo que ella hacía, y, especialmente, lo que pasaba en torno suyo. Puede decirse, en elogio de las precauciones del celoso, que aquella mujer tan caprichosa no sospechó al principio tal intensificación de vigilancia. Por los informes de todos sus agentes, supo el conde M*** que un hombre muy joven, con una peluca pelirroja aparecía a menudo bajo las ventanas de la Fausta, pero siempre con un disfraz distinto. «No cabe duda de que es el príncipe heredero —se dijo M***—, ¿por qué iba a disfrazarse si no? ¡Pues vive Dios que un hombre como yo no ha de darse por vencido ante él! A no ser por las usurpaciones de la república de Venecia, también yo sería príncipe soberano.»

El día de San Stefano, los informes de los espías tomaron un tinte más grave; parecían indicar que la Fausta comenzaba a responder a las atenciones del desconocido. «Puedo marcharme inmediatamente con esta mujer —se dijo M***, ¡pero cómo!: ¡en Bolonia huí de un Del Dongo, y aquí voy a huir de un príncipe! ¿Qué iba a decir ese mancebo? ¡Podría pensar que ha conseguido intimidarme! ¡Y vive Dios que soy de tan buena cuna como él!» M*** estaba furioso, mas para colmo de males, le importaba sobre todo evitar ante Fausta, que era burlona, el ridículo de mostrarse celoso. El día de San Stefano, después de pasar una hora con ella, y haber

sido acogido con extremos de afecto que le parecieron el colmo de la falsedad, la dejó a eso de las once vistiéndose para ir a misa a la iglesia de San Juan. El conde M*** tornó a su casa, se vistió el hábito negro y raído de un joven estudiante de Teología y se encaminó presuroso a San Juan. Eligió sitio detrás de uno de los sepulcros que hay en la tercera capilla del ala derecha; desde allí veía, por debajo del brazo de un cardenal cuya efigie se alzaba de rodillas sobre la tumba, todo lo que pasaba; esta escultura proyectaba su sombra sobre el fondo de la capilla y le ocultaba satisfactoriamente. Al poco rato vio llegar a la Fausta más hermosa que nunca; iba ricamente ataviada, y le daban escolta veinte adoradores pertenecientes a la más alta sociedad. La sonrisa y la alegría resplandecían en sus *ojos* y en sus labios. «Es evidente —se dijo el desdichado celoso— que piensa hallar aquí al hombre a quien ama y al que quizá, gracias a mí, no ha podido ver desde hace mucho tiempo.» De pronto, pareció acentuarse en los *ojos* de Fausta la más viva alegría. «Mi rival se halla presente —se dijo M***, sintiendo más que nunca la furia de la vanidad—. ¿Qué papel es el mío aquí, haciendo la contrafigura de un principito disfrazado?» Pero por más que se esforzó, no consiguió descubrir a aquel rival que sus ansiosas miradas buscaban por todas partes.

A cada momento, la Fausta, después de pasear la mirada por todos los rincones de la iglesia, acababa por posarla, llena de amor y de felicidad, en el rincón oscuro en que se había escondido M***. En un corazón apasionado, el amor es propenso a exagerar los matices más nimios y a sacar de ellos las consecuencias más ridículas; así, el pobre M*** acabó por creer que la Fausta le había visto y que, habiendo notado, a pesar de sus esfuerzos, los celos que le atormentaban, quería reprochárselos y, al mismo tiempo, consolarle con aquellas miradas tan tiernas.

La tumba del cardenal que le protegía se elevaba cinco pies sobre el pavimento de mármol de San Juan. Terminada a la una la misa de moda, la mayor parte de los fieles salieron, y la Fausta despidió a los petimetres de la ciudad con un pretexto de devoción; permaneció arrodillada en su silla, y sus ojos, todavía más tiernos y más brillantes, se posaban en M***; como ya sólo quedaban muy contadas personas en la iglesia, sus miradas no se tomaban el trabajo de recorrerla entera antes de posarse arrobada en la estatua del cardenal. «¡Qué delicadeza!», se decía el conde creyendo que le miraba a él. Por fin, Fausta se levantó y salió bruscamente, después de hacer con las manos unos gestos singulares.

M***, ebrio de amor y casi por completo curado de sus insensatos celos, dejó su sitio para volar al palacio de su amante y expresarle toda su gratitud; pero de pronto, al pasar por delante de la tumba del cardenal, vio a un joven vestido completamente de negro; aquel ser funesto había permanecido hasta entonces de rodillas pegado al epitafio de la tumba, de tal manera que las miradas del amante celoso que le buscaban pasaban por encima de su cabeza y no podían verle.

El joven se levantó, salió con paso rápido y al cabo de un momento se vio rodeado de siete u ocho hombres nada gentiles, de aspecto singular y que parecían pertenecerle. M*** se precipitó tras de sus pasos, pero, sin ningún ademán excesivo, se vio detenido, en la puerta principal, por aquellos hombres de traza sospechosa que protegían a su rival, y cuando detrás de ellos llegó a la calle, sólo vio cerrarse la portezuela de un vehículo de menguada apariencia que, por un contraste extraño, iba tirado por dos caballos excelentes, y en un momento desapareció de su vista el carruaje. Volvió a casa jadeante de furia. No tardaron en llegar sus observadores, y le comunicaron fríamente que aquel día, el amante misterioso, disfrazado de cura, se había arrodillado con mucha devoción muy pegado a la tumba que está a la entrada de una capilla oscura de la iglesia de San Juan. La Fausta había permanecido en la iglesia hasta que se quedó casi desierta, y entonces cambió rápidamente ciertas señas con aquel desconocido, hizo con las manos algo así como cruces. M*** corrió a casa de la infiel, que por primera vez no pudo ocultar su turbación; con la falsa ingenuidad de una mujer apasionada, contó que, como de costumbre, había ido a San Juan, pero que no había visto a aquel hombre que la perseguía. Al oír estas palabras, M***, fuera de sí, la trató como a la más vil de las criaturas y le dijo cuanto había visto él mismo; y como la audacia de las mentiras iba creciendo a medida de la vivacidad de las acusaciones, M*** echó mano al puñal y se precipitó hacia ella. La Fausta le dijo con mucha calma:

—Pues bien, todo eso de que se queja es la pura verdad, pero he procurado ocultársela para apartar su audacia de proyectos de venganza que pueden perdernos a los dos. Pues ha de saber de una vez que, por lo que yo sé, el hombre que me persigue con sus atenciones es de condición tal como para no hallar obstáculos, a su voluntad, al menos en este país.

Después de recordar muy hábilmente que, al fin y al cabo, M*** no tenía ningún derecho sobre ella, la Fausta acabó por decir que probablemente no iría más a la iglesia de San Juan. Como M*** estaba perdidamente enamorado y acaso en el corazón de aquella mujer se unió a la prudencia un poquito de coquetería, el conde se sintió desarmado. Pensó en abandonar Parma; el príncipe heredero, por muy poderoso que fuera, no podría seguirle, y si le seguía no sería ya más que un igual suyo. Pero el orgullo tornó a hacerle ver que esta partida parecería siempre una huida, y el conde M*** se resistió a pensar en ella.

«No sospecha la presencia de mi Fabricito —se dijo entusiasmada la cantante—, y ahora podremos burlarnos de él de una manera deliciosa.»

Fabricio no adivinó su suerte; al hallar al día siguiente cerradas con cuidado las ventanas de la cantante y al no verla en parte alguna, el pasatiempo comenzó a parecerle largo. Sentía remordimiento. «¡En qué situación pongo a ese pobre conde Mosca, siendo como es ministro de policía! Le creerán cómplice mío, y resultará que

habré venido yo a este país a cortar su fortuna. Pero si abandono una empresa desde hace tanto tiempo proseguida, ¿qué dirá la duquesa cuando le cuente mis ensayos de amor?»

Una tarde que, dispuesto a abandonar la partida, se hacía estas consideraciones deambulando bajo los grandes árboles que separan el palacio de la Fausta de la ciudadela, observó que le seguía un espía de muy baja estatura. En vano quiso despistarle dando vueltas por diversas calles: aquel ser microscópico no se despegaba de sus pasos. Ya impaciente, se internó en una calle solitaria situada a la orilla del Parma y en la que estaban emboscados sus guardianes. A una señal suya, se arrojaron sobre el pobre y menguado espía, que cayó de rodillas a sus pies. Era la *Bettina*, doncella de la Fausta. Al cabo de tres días de aburrimiento y de reclusión, se disfrazó de hombre para escapar del puñal del conde M***, que inspiraba gran miedo a su ama y a ella, y acometió la empresa de acercarse a Fabricio para decirle que la Fausta le amaba con pasión y ardía en deseos de verle; pero era imposible volver a presentarse en la iglesia de San Juan. «¡Ya era hora! —se dijo Fabricio—; ¡viva la perseverancia!»

La doncellita era muy linda, y esto disipó en Fabricio todos sus escrúpulos morales. La mozuela le dijo que el paseo y todas las calles que él había recorrido aquella noche estaban cuidadosamente vigiladas, sin que lo pareciera, por espías de M***. Habían alquilado habitaciones en los bajos o en los primeros pisos; desde allí, ocultos tras las persianas y en el mayor silencio, observaban cuanto pasaba en la calle, muy solitaria en apariencia, y oían cuanto se decía.

—Si esos espías hubiesen reconocido mi voz —añadió la pequeña *Bettina*—, me habrían apuñalado sin remedio al volver a casa, y quizá a mi ama también.

El terror le prestaba un encanto especial para Fabricio.

—El conde M*** —continuó— está furioso, y mi señora sabe que es capaz de todo. Me ha encargado de decirle que quisiera estar con usted a cien leguas de aquí.

Y contó la escena del día de San Stefano y la furia de M***, que no había perdido ninguna de las miradas ni de las señas de amor que la Fausta, aquel día loca por Fabricio, le había dirigido. El conde había sacado su puñal y agarrado por el pelo a la Fausta, que, a no ser por su presencia de ánimo, no habría tenido salvación.

Fabricio hizo subir a la linda *Bettina* a un pisito que tenía cerca de allí. Le contó que era de Turín, hijo de un gran personaje a la sazón en Parma, lo que le obligaba a tomar muchas precauciones. La *Bettina* le contestó riendo que era mucho más gran señor de lo que quería aparentar. Nuestro héroe tardó algún tiempo en comprender que la encantadora mocita le tomaba nada menos que por el príncipe heredero en persona. La Fausta comenzaba a sentir miedo de amar a Fabricio; se había propuesto no decir este nombre a su doncella y hablarle del príncipe. Fabricio acabó por decir a la mozuela que había adivinado la verdad. «Pero si mi nombre llega a divulgarse —

añadió—, pese a la gran pasión de que tantas pruebas he dado a tu señora, me forzarán a dejar de verla, y los ministros de mi padre, esos perversos tunantes a quienes algún día me daré el gusto de destituir, le enviarán en seguida la orden de abandonar este país que hasta ahora embelleció con su presencia.»

Ya cerca de la madrugada, Fabricio combinó con la pequeña camarista varios proyectos de cita con la Fausta. Llamó a Ludovico y a otro de sus criados, muy diestro, los cuales se entendieron con la *Bettina* mientras él escribía a la Fausta una carta; la situación se prestaba a todas las exageraciones de la tragedia, y Fabricio no se quedó corto. Apuntaba el día cuando se separó de la doncellita, muy contenta de los modales del príncipe heredero.

Cien veces había quedado convenido que, ahora que la Fausta estaba de acuerdo con su amante, éste no volvería a pasar bajo las ventanas del palacete sino cuando ella le avisara de que podía recibirle. Pero Fabricio, enamorado de la *Bettina y* creyéndose cerca del desenlace con la Fausta, no fue capaz de mantenerse recluido en el pueblecillo a dos leguas de Parma. Al día siguiente, a medianoche, se presentó a caballo y bien acompañado a cantar bajo las ventanas de la Fausta un son de moda, cambiando la letra. «¿No es así —se decía— como proceden los señores enamorados?»

Desde que la Fausta le había comunicado su deseo de una cita, toda aquella caza le parecía muy larga a Fabricio. «No, no estoy enamorado —se decía mientras cantaba, bastante mal por cierto, bajo las ventanas del palacete—; la *Bettina* me parece cien veces mejor que la Fausta, y en este momento es ella quien yo quisiera que me recibiese.» Volvía Fabricio, bastante aburrido, a su pueblecillo, cuando, a quinientos pasos del palacio de la Fausta, cayeron sobre él quince o veinte hombres; cuatro de ellos se abalanzaron a la brida del caballo en tanto que otros dos sujetaban los brazos al jinete. Ludovico y los *bravi* de Fabricio fueron también acometidos, pero pudieron escapar y dispararon varios tiros de pistola. Todo esto fue cuestión de un momento; en un abrir de ojos y como por encanto, surgieron en la calle cincuenta antorchas encendidas. Todos aquellos hombres estaban bien armados. Fabricio había saltado del caballo, a pesar de los hombres que le sujetaban; trató de abrirse camino, y hasta hirió a uno de los hombres que le oprimían los brazos con manos que parecían de hierro; pero le extrañó mucho oír cómo aquel hombre le decía respetuoso:

—Vuestra Alteza me concederá una buena pensión por esta herida, y más vale esto que caer en el crimen de lesa majestad sacando la espada contra mi príncipe.

«Justo castigo de mi estupidez —se dijo Fabricio— me condenaré por un pecado que no me seducía.»

Apenas terminada la escaramuza, varios lacayos en librea de gala aparecieron con una silla de manos dorada y pintada de modo extravagante: era una de esas literas grotescas que utilizan las máscaras por carnaval. Seis hombres, puñal en mano,

rogaron a Su Alteza que entrara en la litera, diciéndole que el aire fresco de la noche podría ser nocivo para su voz; afectaban las formas más respetuosas, y el nombre del príncipe se repetía a cada momento y casi a gritos. El cortejo comenzó a desfilar. Fabricio contó en la calle más de cincuenta hombres portadores de antorchas encendidas. Sería la una de la madrugada; todo el mundo se asomaba a las ventanas; la cosa se desarrollaba con cierta solemnidad. «Yo temía alguna puñalada de parte del conde M*** —se dijo Fabricio—, pero se conforma con burlarse de mí; no le creí de tan buen gusto. Pero, ¿cree realmente que es con el príncipe con quien tiene que habérselas? Si sabe que no soy más que Fabricio, ¡ojo a las puñaladas!»

Los cincuenta hombres portadores de antorchas y los veinte armados, después de detenerse un buen rato bajo las ventanas de la Fausta, desfilaron ante los más hermosos palacios de la ciudad. Unos mayordomos situados a ambos lados de la silla de mano preguntaban de vez en cuando a Su Alteza si tenía alguna orden que darles. Fabricio no perdió la serenidad; a la claridad de las antorchas, comprobó que Ludovico y sus hombres seguían el cortejo en lo posible. Fabricio se decía: «Ludovico tiene sólo ocho o diez hombres y no se atreve a atacar». Desde el interior de su silla de manos, veía muy bien que los hombres encargados de aquella pesada broma iban armados hasta los dientes. Fingía una jocunda risa con los mayordomos encargados de atenderle. Al cabo de dos horas largas de marcha triunfal, vio que iban a pasar por el extremo de la calle en que estaba situado el palacio Sanseverina.

En el momento de pasar frente a aquella calle, Fabricio abre rápidamente la puerta delantera de la silla, salta por encima de las lanzas, derriba de una puñalada a uno de los lacayos que le plantaba su antorcha en la cara, recibe una herida de daga en el hombro, otro lacayo le quema la barba con su antorcha, y, por fin, Fabricio llega hasta Ludovico y le grita: «¡Mata, mata a todo el que lleve antorchas!». Ludovico reparte estocadas a diestro y siniestro y le libera de dos hombres que se obstinaban en seguirle. Fabricio llega corriendo hasta la puerta del palacio Sanseverina; el portero había abierto por curiosidad la puertecita de tres pies de altura practicada en la grande, y miraba muy pasmado aquel gran desfile de antorchas. Fabricio entra de un salto y cierra tras él aquella puerta en miniatura; corre al jardín y escapa por otra que daba a una calle solitaria. Al cabo de una hora, estaba ya fuera de la ciudad; al amanecer, pasaba la frontera de los Estados de Módena y se hallaba a salvo. Aquella misma noche entró en Bolonia. «¡Bonita expedición! —se dijo—; ni siquiera he podido hablar a mi beldad.» Se apresuró a escribir cartas de excusa al conde y a la duquesa, cartas prudentes y que, pintando simplemente lo que pasaba en su corazón, no podían revelar nada a un enemigo. «Estaba enamorado del amor —decía a la duquesa—, y he hecho cuanto se puede hacer por conocerlo; pero parece ser que la naturaleza me ha negado un corazón capaz de amar y de estar melancólico; no puedo elevarme a mayor altura que la del vulgar placer, etcétera.»

No es fácil dar idea de lo que dio que hablar esta aventura en Parma. El misterio suscitaba la curiosidad; infinidad de personas habían visto las antorchas y la silla de manos. Pero ¿quién era aquel hombre secuestrado y hacia el cual aparentaban tanto respeto? Ningún personaje conocido faltaba al día siguiente en la ciudad.

La gente modesta que habitaba en la calle en la que se había escapado el prisionero aseguraba haber visto un cadáver; pero cuando se hizo de día claro y los vecinos se atrevieron a salir de sus casas, no hallaron más trazas del combate que mucha sangre sobre el pavimento. Durante el día, más de veinte mil curiosos acudieron a visitar la calle en cuestión. Las ciudades italianas están acostumbradas a espectáculos singulares, pero conocen siempre el *porqué* y el *cómo* de los mismos. Lo que extrañó en Parma en esta ocasión fue que ni aun pasado un mes —pues sólo entonces se dejó de hablar del desfile de las antorchas—, nadie, gracias a la prudencia del conde Mosca, había podido adivinar el nombre del rival que intentara birlarle la Fausta al conde M***. Este amante celoso y vindicativo había tomado el portante desde el comienzo del desfile. Por orden del conde, la Fausta fue encerrada en la ciudadela. La duquesa rió mucho una pequeña injusticia que hubo de permitirse el conde para cortar completamente la curiosidad del príncipe, que de otro modo hubiera podido llegar hasta el nombre de Fabricio.

Andaba a la sazón por Parma un sabio procedente del norte que se proponía escribir una historia de la Edad Media. Buscaba manuscritos en las bibliotecas, y el conde le había dado todas las autorizaciones posibles. Pero este sabio, muy joven aún, se mostraba irascible; creía, por ejemplo, que todo el mundo en Parma se burlaba de él. Verdad es que los chicuelos de la calle le seguían a veces a causa de una inmensa peluca pelirroja exhibida con orgullo. El sabio en cuestión juzgaba que en la hostería le pedían precios exagerados por todas las cosas, y no pagaba ni la menor bagatela sin buscar el precio en el viaje de una tal madame Starke que ha llegado a la vigésima edición porque indica al inglés prudente el precio de un pavo, de una manzana, de un vaso de leche, etcétera.

El mismo día en que Fabricio dio aquel paseo forzado, el sabio de la crin roja se enfureció en su hostería y sacó del bolsillo unas pistolas para tomar venganza del *cameriere* que le pedía diez céntimos por un melocotón mediano. Fue detenido, porque llevar unas pequeñas pistolas, delito grande.

Como el sabio irascible era alto y flaco, el conde concibió la idea, al día siguiente, por la mañana, de hacerle pasar ante el príncipe por el temerario que había sido burlado por querer birlarle la Fausta al conde M***. La tenencia de pistolas de bolsillo se castiga en Parma con tres años de galeras, pero esta pena no se aplica nunca. Al cabo de quince días de encierro, durante los cuales había visto el sabio sólo a un abogado que le metió un miedo tremendo con las leyes atroces creadas por la pusilanimidad de los que mandaban contra los portadores de armas ocultas, otro

abogado visitó la cárcel y le contó el paseo infligido por el conde M*** a un rival que no había sido identificado. «La policía —le dijo— no quiere confesar al príncipe que no ha podido averiguar quién es ese rival: declare que quería hacer la corte a la Fausta; que cuando estaba cantando bajo su ventana le secuestraron cincuenta forajidos y que le pasearon en silla de manos durante una hora sin dirigirle otras palabras que las más finas cortesías. Esta confesión no tiene nada de humillante y no le exige más que unas palabras. Tan pronto como las pronuncie, usted habrá sacado del apuro a la policía, y la policía le meterá en una silla de posta y le conducirá a la frontera, donde le despedirán cortésmente.»

El sabio se resistió durante un mes; el príncipe estuvo dos o tres veces a punto de mandar que le condujeran al Ministerio del Interior y asistir al interrogatorio, pero ya no se acordaba del asunto cuando por fin el historiador, aburrido, se decidió a confesarlo todo y fue conducido a la frontera. El príncipe se quedó convencido de que el rival del conde M*** tenía un bosque de pelo rojizo.

Tres días después del paseo triunfal, Fabricio, que se escondía en Bolonia y estaba organizando con el fiel Ludovico los medios de encontrar al conde M***, supo que éste a su vez se hallaba oculto en un pueblo de la montaña, junto a la carretera de Florencia. El conde no tenía con él más que a tres de sus buli; al día siguiente, al volver de paseo, fue secuestrado por ocho enmascarados que se presentaron a él como esbirros de Parma. Le vendaron los ojos y le condujeron a una hostería situada en la montaña a dos leguas de allí, donde fue recibido con todas las consideraciones posibles y una cena muy abundante. Le sirvieron los mejores vinos de Italia y de España.

—¿Soy, pues, prisionero de Estado? —preguntó el conde.

—Ni por lo más remoto —le respondió cortésmente Ludovico, enmascarado—. Ha ofendido a un simple particular encargándose de que le pasearan en silla de manos; mañana por la mañana quiere batirse en duelo con usted. Si le mata, hallará a su disposición dos buenos caballos, dinero y relevos en la carretera de Génova.

—¿Cuál es el nombre de ese Fierabrás? —preguntó el conde irritado.

—Se llama *Bombace.* Tendrá usted la elección de armas y dos buenos testigos, muy leales, pero es preciso que uno de ustedes dos muera.

—¡Se trata, pues, de un asesinato! —exclamó el conde M***, muy asustado.

—¡No lo quiera Dios!: se trata simplemente de un duelo a muerte con el joven al que ha paseado por las calles de Parma en medio de la noche, y que quedaría deshonrado si usted siguiera viviendo. Uno de los dos está de más en la tierra; conque procure matarle; dispondrá de sables: de todas las armas que ha sido posible encontrar en unas horas, porque ha habido que darse prisa, la policía de Bolonia es muy diligente, como usted debe saber, y es preciso que no impida este duelo tan necesario para el honor del joven de quien usted se ha burlado.

—Pero si ese joven es un príncipe…

—Es un simple particular como usted, e incluso mucho menos rico que usted, pero quiere batirse a muerte, y le obligará a batirse, se lo advierto.

—¡Yo no temo nada en el mundo! —exclamó M***.

—Eso es precisamente lo que su adversario desea con más pasión —replicó Ludovico—. Mañana muy temprano, prepárese a defender su vida; será atacada por un hombre que tiene motivos para estar muy irritado y que no le va a tratar con contemplaciones. Le repito que tendrá usted la elección de armas. Y haga testamento.

Hacia las seis de la madrugada del día siguiente, se sirvió el desayuno al conde M***, luego se abrió una puerta del cuarto en que le tenían recluido y le invitaron a pasar al corral una casa de pueblo. Este corral estaba circundado de vallas paredes bastante altas, y las puertas habían sido cerradas cuidadosamente.

Le invitaron a acercarse a una mesa situada en uno de los ángulos, en la cual encontró varias botellas de vino y aguardiente, dos pistolas, dos espadas, dos sables, papel y tinta. Unos veinte aldeanos estaban asomados a las ventanas de la hostería que daban al corral. El conde imploró su piedad.

—¡Quieren asesinarme! —gritó—; ¡salvadme la vida!

— Se engaña o quiere engañarnos —le gritó Fabricio, que estaba en el ángulo opuesto del corral, junto a una mesa llena de armas. Llevaba el rostro oculto por una de esas máscaras de tela metálica que se ven en las salas de armas—. Le invito —añadió Fabricio— a tomar la careta de alambre que ve cerca de usted y a avanzar hacia mí con espada o pistolas; como le han dicho ayer, tiene usted la elección de armas…

El conde suscitaba dificultades sin cuento y parecía muy contrariado de tener que batirse. Fabricio, por su parte, temía la llegada de la policía, por más que estuvieran en la montaña a cinco leguas largas de Bolonia. Acabó por dirigir a su rival los insultos más atroces, hasta que, por fin, tuvo la satisfacción de encolerizar al conde M***, que se apoderó de una espada y avanzó hacia Fabricio. El combate empezó con poco brío.

Al cabo de unos minutos, fue interrumpido por un gran estrépito. Nuestro héroe se había dado perfecta cuenta de que se lanzaba a un acto que podía ser toda la vida para él un motivo de reproches o, al menos, de imputaciones calumniosas. Había enviado a Ludovico a reclutar testigos en los alrededores. Ludovico dio dinero a unos forasteros que estaban trabajando en un bosque vecino y éstos acudían dando gritos, creyendo que se trataba de matar al hombre que pagaba. Llegados dos a la hostería, Ludovico les rogó que mirasen con la mayor atención y reparasen bien si uno de los que se batían procedía traicioneramente y tomaba sobre el otro ventajas ilícitas.

El combate, interrumpido un momento por los gritos de muerte de los lugareños, tardaba en reanudarse. Fabricio provocó de nuevo a la fatuidad del conde. «Señor

conde —le gritaba—, cuando se es insolente, es preciso ser bravo. Ya veo que ésta es una condición dura para usted: prefiere pagar a hombres bravos.» El conde, irritado de nuevo, se puso a vociferar que había frecuentado largo tiempo en Nápoles la sala de armas del famoso Battistin, y que iba a castigar su insolencia. Renacida de nuevo la cólera del conde M***, se batió con bastante firmeza, lo que no impidió a Fabricio asestarle una buena estocada en el pecho, que le retuvo en cama varios meses. Ludovico, al prestar al herido los primeros cuidados, le dijo al oído: «Si usted denuncia este duelo a la policía, le haré apuñalar en la cama».

Fabricio escapó a Florencia. Como en Bolonia había estado escondido, fue en Florencia donde recibió todas las cartas de reproche de la duquesa. No podía ésta perdonarle que hubiera asistido a su concierto sin procurar hablarla. A Fabricio le entusiasmaron las cartas del conde Mosca: respiraban un franco afecto y los más nobles sentimientos. Adivinó que el conde había escrito a Bolonia en términos convenientes para desviar las sospechas que podían recaer sobre él en relación con el duelo. La policía dio pruebas de una justicia perfecta: comprobó que dos extranjeros, de los que sólo uno, el herido, había sido identificado, se habían batido a espada ante más de treinta campesinos, entre los cuales se hallaba, al final del combate, el cura del pueblo, que hizo vanos esfuerzos por separar a los duelistas. Como el nombre de José Bossi no había sido pronunciado, antes de transcurrir dos meses, Fabricio se atrevió a volver a Bolonia, más convencido que nunca de que su destino le condenaba a no conocer jamás la parte noble y espiritual del amor. Así se dio el gusto de explicárselo muy por extenso a la duquesa; estaba ya muy aburrido de su vida solitaria y deseaba ahora apasionadamente tornar a las deliciosas veladas que pasaba con su tía y con el conde. Desde que se encontraba lejos de ellos, no había vuelto a vivir las dulzuras de la buena compañía.

«Me he aburrido tanto del amor que quise atribuirme y de la Fausta —escribía a la duquesa—, que aunque ahora me fuera todavía favorable su capricho, no caminaría veinte leguas para ir a recordarle su palabra; no temas, pues, como me dices, que me vaya a París, donde veo que se exhibe con un éxito loco. Caminaría en cambio infinidad de leguas por pasar una velada contigo y con ese conde tan bueno para sus amigos.»

---

[1]Un detalle más de sí mismo que Stendhal pone en Fabricio: anotar lo que le ocurrió o se le ocurría —un hecho, una idea—, en cualquier objeto que llevara encima: el cinturón, el puño de la camisa, un pedacito de papel, un naipe. Así nació, en gran parte, la primera *versión* de nada menos que su famoso libro *Del amor,* cit.

*Pierre–Louis, el primer soberano de la familia Farnesio, tan célebre por sus virtudes, fue, como se sabe, hijo natural del santo papa Paulo III.

# Parte II

Con esos propósitos republicanos,
los insensatos nos impedirían gozar
de la mejor de las monarquías.
(Páginas 483-84)

# XIV

Mientras Fabricio se dedicaba a la caza del amor en un pueblecillo cercano a Parma, el fiscal general Rassi, que no le sabía tan cerca de él, continuaba llevando su asunto como si se tratara de un liberal; aparentó no poder encontrar testigos de descargo, o más bien los intimidó. Por fin, después de un trabajo muy estudiado que duró cerca de un año, y pasados dos meses del último retorno de Fabricio a Bolonia, un viernes, la marquesa Raversi, loca de alegría, dijo públicamente en su salón que, al día siguiente, sería presentada a la firma del príncipe y aprobada por éste la sentencia que acababa de ser pronunciada, hacía una hora, contra el joven Del Dongo. A los pocos minutos, supo la duquesa estas palabras de su enemiga.

«¡Muy mal servido tiene que estar el conde por sus agentes! —se dijo—. Todavía esta mañana creía que la sentencia no se podría pronunciar antes de ocho días. Acaso no le disgustaría alejar de Parma a mi joven gran vicario; pero —añadió cantando—, ya volvería, y algún día será nuestro arzobispo.» La duquesa llamó.

—Reúna a todos los criados en la sala de espera —dijo a su mayordomo—, incluso a los cocineros. Vaya a pedir al comandante de la plaza el permiso necesario para disponer de cuatro caballos de posta, y que antes de media hora estén aquí enganchados a mi landó.

Todas las mujeres de la casa se aplicaron a hacer baúles. La duquesa se vistió a toda prisa un atavío de viaje, todo ello sin comunicar nada al conde; la idea de burlarse de él la entusiasmaba.

—Amigos míos —dijo a los domésticos congregados—, acabo de saber que mi pobre sobrino va a ser condenado en rebeldía por haber tenido la audacia de defender su vida contra un frenético, contra ese Giletti que quería matarle. Todos vosotros habéis podido ver lo dulce e inofensivo del carácter de Fabricio. Justamente indignada por esta injuria atroz, me traslado a Florencia. Dejo a cada uno de vosotros su soldada durante diez años; si os veis apurados, escribidme, y mientras yo tenga un cequí, siempre habrá algo para vosotros.

La duquesa pensaba exactamente lo que decía, y a sus últimas palabras, los criados rompieron a llorar. También ella tenía los ojos húmedos, y añadió con voz conmovida:

—Rogad a Dios por mí y por monseñor Fabricio del Dongo, primer gran vicario de la diócesis, que mañana por la mañana va a ser condenado a galeras o, lo que sería menos estúpido, a muerte.

Las lágrimas de los domésticos corrieron en mayor abundancia, y poco a poco se fueron cambiando en gritos casi subversivos. La duquesa montó en su carroza y se hizo conducir al palacio del príncipe. A pesar de la hora inoportuna, solicitó una audiencia por mediación del general Fontana, ayudante de campo de servicio; la

duquesa no iba vestida de traje de corte, lo que sumió al ayudante de campo en profundo estupor. En cuanto al príncipe, no se sorprendió, ni menos se sintió molesto por aquella petición de audiencia. «Vamos a ver correr las lágrimas de unos hermosos ojos —se dijo frotándose las manos—. Viene a pedir gracia; ¡por fin se va a humillar esta altiva beldad! ¡Resultaba demasiado insoportable con sus aires de independencia! Esos ojos tan expresivos parecían siempre decirme: Nápoles o Milán serían una residencia mucho más agradable que su pequeña ciudad de Parma. En verdad, yo no reino sobre Nápoles o Milán; pero por fin esta gran dama viene a suplicarme algo que depende sólo de mí y que arde en deseos de obtener; siempre pensé que la llegada de ese sobrino me traería alguna ventaja.»

Mientras le hacían sonreír estos pensamientos y se entregaba a todas las previsiones agradables, el príncipe se paseaba por su gabinete, a la puerta del cual el general Fontana permanecía de pie y rígido como un soldado presentando armas. Viendo los ojos brillantes del príncipe y recordando el vestido de viaje de la duquesa, creyó en la disolución de la monarquía. Su pasmo no tuvo límites cuando oyó al príncipe decir:

—Ruegue a la señora duquesa que espere un cuarto de hora escaso.

El general ayudante de campo dio media vuelta como un soldado pasando revista, el príncipe volvió a sonreír: «Fontana no está acostumbrado —se dijo— a ver esperar a esa altiva duquesa; el semblante atónito con que va a hablarle del *cuarto de hora de espera* preparará el paso a las lágrimas conmovedoras que este gabinete va a ver derramar». Aquel cuarto de hora fue delicioso para el príncipe; se paseaba con paso firme y acompasado: *reinaba.* «Aquí, de lo que se trata es de no decir nada que no sea perfectamente adecuado; cualesquiera que sean mis sentimientos hacia la duquesa, no hay que olvidar que es una de las más grandes damas de la corte. ¿Cómo hablaba Luis XIV a sus hijas, las princesas, cuando tenía algún motivo de descontento?», y sus ojos se posaban en el retrato del gran rey.

Lo curioso del caso es que el príncipe no pensó en preguntarse si iba a conceder gracia a Fabricio, y cuál sería esta gracia. Por fin, al cabo de veinte minutos, el fiel Fontana apareció de nuevo a la puerta, pero sin decir nada.

—La duquesa Sanseverina puede entrar —exclamó el príncipe con empaque teatral.

«Ahora van a comenzar las lágrimas», se dijo, y como para prepararse a tal espectáculo, sacó el pañuelo.

Nunca había estado la duquesa tan desenvuelta y tan bonita; no aparentaba ni veinticinco años. Al verla rozar apenas la alfombra con su paso suave y rápido, el pobre ayudante de campo estuvo a punto de perder por completo la razón.

—Tengo que pedir mil perdones a Vuestra Alteza Serenísima —comenzó la duquesa con su vocecilla ligera y alegre—: me he tomado la libertad de presentarme

ante ella con un traje que no es muy conveniente que digamos, pero Vuestra Alteza me ha acostumbrado de tal modo a sus bondades, que he osado esperar de ellas esta nueva gracia.

La duquesa hablaba con bastante lentitud, a fin de tomarse tiempo de gozar del semblante del príncipe; estaba delicioso por el asombro profundo y el resto de ínfulas majestuosas, más acusadas por la posición de la cabeza y de los brazos. El príncipe se quedó como herido por un rayo; con su vocecita agria y turbada, exclamaba de vez en cuando articulando apenas: «¡Cómo es eso, cómo es eso!». La duquesa, una vez acabado su cumplido, le dejó, como por respeto, todo el tiempo necesario para contestar; luego añadió:

—Me atrevo a esperar que Vuestra Alteza Serenísima se digne perdonarme lo inadecuado de mi atuendo.

Pero al hablar así, sus ojos burlones brillaban con tan vivo resplandor, que el príncipe no pudo soportarlo; miró al techo, lo que era en él señal del mayor embarazo.

—*¡Cómo es eso, cómo es eso!* —repitió; luego tuvo la suerte de encontrar una frase—. Pero siéntese, señora duquesa —él mismo adelantó un sillón, y con bastante gracia. La señora duquesa no fue insensible a esta cortesía, y moderó la petulancia de su mirada.

—*¡Cómo es eso, cómo es eso!* —repitió una vez más el príncipe agitándose en su sillón, sobre el cual se hubiera dicho que no hallaba postura cómoda.

—Voy a aprovechar el fresco de la noche para correr la posta —prosiguió la duquesa—, y como mi ausencia puede ser de alguna duración, no he querido salir de los Estados de Su Alteza Serenísima sin darle las gracias por todas las bondades que, desde hace cinco años, se ha dignado tener para mí.

A estas palabras, el príncipe comprendió por fin; palideció; no había en el mundo ser que más sufriera al verse engañado en sus previsiones.

Luego adoptó un porte majestuoso enteramente digno del retrato de Luis XIV que tenía ante los ojos. «Muy bien —se dijo la duquesa—, aquí tenemos un hombre.»

—¿Y cuál es el motivo de esa súbita partida? —preguntó el príncipe en tono bastante firme.

—Abrigaba este proyecto hace ya tiempo —respondió la duquesa—, y una pequeña injuria que se hace a monseñor del Dongo, al que mañana van a condenar a muerte o a galeras, me obliga a apresurar mi partida.

—¿A qué ciudad va?

—A Nápoles, creo —y añadió levantándose—. No me queda más que despedirme de Vuestra Alteza Serenísima y darle las gracias muy humildemente por sus *antiguas* mercedes.

La duquesa, a su vez, hablaba en un tono tan firme, que el príncipe vio claro que

en dos segundos todo habría terminado; bien sabía él que, una vez dado el escándalo de la partida, sería imposible todo arreglo: la duquesa no era mujer que volviera sobre sus pasos. Corrió, pues, tras ella.

—Pero usted sabe muy bien, señora, duquesa —le dijo tomándole la mano—, que la he querido siempre, y con una amistad a la que sólo de usted depende dar otro nombre. Ha sido cometido un homicidio, esto no puede negarse, he encomendado la instrucción del proceso a mis mejores jueces…

A estas palabras, la duquesa se irguió con todo su orgullo; toda apariencia de respeto e incluso de urbanidad desapareció instantáneamente; surgió sin disimulo la mujer ultrajada, y la mujer ultrajada dirigiéndose a un ser al que sabe de mala fe. Con expresión vivísima de cólera e incluso de desprecio, dijo al príncipe recalcando cada palabra:

—Abandono para siempre los Estados de Vuestra Alteza Serenísima para no volver a oír jamás el nombre del fiscal Rassi ni de los otros infames asesinos que han condenado a muerte a mi sobrino y a tantos otros. Si Vuestra Alteza Serenísima no quiere mezclar un sentimiento de amargura a mis últimos momentos cerca de un príncipe cortés, e inteligente cuando no está engañado, le ruego muy humildemente que no me recuerde la idea de esos infames jueces que se venden por mil escudos o por una cruz.

El acento admirable y, sobre todo, verdadero con que fueron pronunciadas estas últimas palabras, hizo estremecerse al príncipe; por un instante temió ver su dignidad comprometida por una acusación todavía más directa, pero, en resumen, no tardó en predominar en él una sensación de placer; admiraba a la duquesa; el conjunto de su persona alcanzaba en aquel momento una belleza sublime. «¡Santo Dios, qué hermosa es! —se dijo el príncipe—; hay que pasarle algo a una mujer como acaso no existe otra en toda Italia… En fin, acaso con un poco de buena politica no sería imposible hacerla un día mi amante; hay gran diferencia de una criatura como ésta a esa muñeca de marquesa Balbi, y que encima roba cada año a mis pobres súbditos lo menos trescientos mil francos… Pero, ¿habré oído bien? —pensó de pronto—; ha dicho: condenado a mi sobrino y a tantos otros.» Se sobrepuso la furia, y, con una altivez digna del rango supremo, el príncipe dijo después de un intervalo de silencio:

—Y ¿qué habría que hacer para que la señora duquesa no se ausentara?

—Algo de lo que usted no es capaz —replicó la duquesa con el acento de la ironía más amarga y del desprecio menos disimulado.

El príncipe estaba fuera de sí, pero debía al hábito de su oficio de soberano absoluto la fuerza de resistir al primer impulso. «Hay que conseguir a esta mujer —se dijo—; me debo esto a mí mismo, y luego matarla a fuerza de desprecio… Si sale de este gabinete, no la volveré a ver jamás.» Pero, ebrio de ira y de odio como estaba en aquel momento, ¿cómo hallar las palabras que pudieran a la vez satisfacer a lo que se

debía a sí mismo e inclinar a la duquesa a no abandonar inmediatamente su corte? «No se puede —se dijo— ni repetir, ni hacer ridículo un gesto.» Y fue a colocarse entre la duquesa y la puerta de su gabinete. Al cabo de un momento, oyó arañar en esta puerta.

—¿Quién es el importuno —gritó jurando con toda la fuerza de sus pulmones—, quién es el importuno que viene a traerme su necia presencia?

El pobre general Fontana asomó su rostro pálido y enteramente perturbado, pronunciando en tono agónico estas palabras mal articuladas:

—Su Excelencia el conde Mosca solicita el honor de ser recibido.

—¡Que pase! —gritó el príncipe. Y cuando Mosca saludaba:

—Y bien —le dijo, aquí está la señora duquesa Sanseverina que pretende abandonar Parma inmediatamente para ir a residir en Nápoles, y que, encima, me dice impertinencias.

—¡Cómo es eso! —exclamó Mosca palideciendo.

—Pero, ¿no conocía usted este proyecto de partida?

—Ni una palabra. A las seis dejé a la duquesa feliz y contenta.

Estas palabras produjeron en el príncipe un efecto increíble. Miró a Mosca; su palidez creciente le demostró que decía la verdad y no era cómplice del arrebato de la duquesa. «Entonces —se dijo—, la pierdo para siempre; placer y venganza, todo se esfuma al mismo tiempo. En Nápoles hará epigramas con su sobrino Fabricio sobre la tremenda ira del principillo de Parma.» Miró a la duquesa; el desdén más violento y la más viva cólera se disputaban su corazón; en aquel momento tenía los ojos fijos en el conde Mosca, y los finísimos contornos de su hermosa boca expresaban desprecio muy amargo. Todo en aquel semblante decía: ¡vil cortesano! «Resulta, pues —pensó el príncipe después de observarla—, que pierdo también el medio de atraerla a este país. Si sale de mi gabinete en este momento, se acabó para mí. ¡Y Dios sabe lo que dirá de mis jueces en Nápoles!… Y con ese talento y esa divina fuerza de persuasión que el cielo le ha dado, conseguirá que todo el mundo la crea. Le deberé la fama de un tirano ridículo que se levanta por la noche a mirar debajo de la cama… »

Mediante una maniobra diestra y como si se paseara tratando de calmar su agitación, el príncipe se colocó de nuevo ante la puerta del gabinete; el conde estaba a su derecha, a tres pasos de distancia, pálido, derrumbado y tan trémulo que tuvo que apoyarse en el respaldo del sillón que había ocupado la duquesa al comenzar la audiencia, y que el príncipe, en un momento de cólera, había empujado lejos. El conde estaba enamorado. «Si la duquesa se marcha, la sigo —se decía—; pero ¿me admitirá en su compañía?: ésta es la cuestión.»

A la izquierda del príncipe, la duquesa, de pie, con los brazos cruzados y apretados contra el pecho, le miraba con una impertinencia admirable. Una palidez total y profunda reemplazaba ahora los vivos colores que antes animaran aquel

semblante sublime.

El príncipe, al contrario de los otros dos personajes, tenía el rostro encarnado y el gesto inquieto. Su mano izquierda jugaba convulsa con la cruz pendiente del cordón que llevaba al cuello; con la derecha se acariciaba la barbilla.

—¿Qué hay que hacer? —dijo al conde, sin darse demasiada cuenta de lo que preguntaba y llevado de la costumbre de consultarle sobre todo.

—En verdad no lo sé, Alteza Serenísima —respondió el conde como quien exhala el último suspiro.

Apenas podía articular las palabras de su respuesta. Este tono de voz fue para el príncipe el primer consuelo que su orgullo herido hallara en aquella audiencia, y esta pequeña satisfacción le sugirió una frase grata para su amor propio.

—Pues bien —dijo—, yo soy el más razonable de los tres; quiero dejar a un lado enteramente mi posición en el mundo, y *voy* a hablar *como un amigo.*

Y añadió con una bonita sonrisa de condescendencia bien imitada de los felices tiempos de Luis XIV:

—*Como un amigo hablando a unos amigos.* Señora duquesa —prosiguió—, ¿qué hay que hacer para que olvide usted una resolución intempestiva?

—La verdad es que no lo sé —contestó la duquesa con un hondo suspiro—; la verdad es que no sé nada: tal es el horror que me produce Parma.

En esta frase no había ninguna intención de epigrama; se veía que la sinceridad misma hablaba por su boca.

El conde se volvió vivamente a mirarla; el alma del cortesano estaba escandalizada. Luego dirigió al príncipe una mirada suplicante. Con mucha dignidad y mucha calma, el príncipe dejó pasar un momento; luego, dirigiéndose al conde:

—Ya veo —dijo— que su encantadora amiga está completamente fuera de sí; es muy sencillo: *adora* a su sobrino.

Y volviéndose hacia la duquesa, añadió con la mirada más galante y al mismo tiempo con el gesto que se adopta para decir una frase de comedia:

—*¿Qué hay que hacer para contentar a esos hermosos ojos?*

La duquesa había tenido tiempo de reflexionar. En tono firme y lento, y como quien expone un *ultimátum* respondió:

—Su Alteza tendría que escribirme una carta amable, como sabe hacerlo; me diría que, no estando convencido de la culpabilidad de Fabricio del Dongo, primer gran vicario del arzobispado, no firmará la sentencia cuando vengan a presentársela, y que este procedimiento injusto no surtirá ningún efecto en el porvenir.

—¡Cómo *injusto!* —exclamó el príncipe enrojeciendo hasta lo blanco de los ojos y tornando a encolerizarse.

—No es esto todo —replicó la duquesa con una altivez romana—: *esta misma noche,* y —añadió mirando el reloj— son ya las once y cuarto, esta misma noche Su

Alteza Serenísima mandará decir a la marquesa Raversi que le aconseja retirarse al campo a descansar de las fatigas que ha debido producirle cierto proceso de que ella hablaba en su salón a primera hora de la noche.

El príncipe se paseaba por su gabinete como un hombre furioso.

—¿Viose jamás mujer como ésta?… —exclamó—. Me está faltando al respeto.

La duquesa respondió con una gracia perfecta:

—Jamás en mi vida se me ocurrió la idea de faltar al respeto a Su Alteza Serenísima; Su Alteza ha tenido la extremada condescendencia de afirmar que hablaba *como un amigo a unos amigos.* Por lo demás, no tengo ningún deseo de permanecer en Parma —añadió mirando al conde con el mayor desprecio. Esta mirada decidió al príncipe, muy indeciso hasta entonces, por más que sus palabras parecieran anunciar una resolución; se burlaba completamente de las palabras.

Se cambiaron aún algunas frases; pero por fin el conde Mosca recibió la orden de escribir la misiva gentil solicitada por la duquesa. El conde omitió esta frase: *este procedimiento injusto no surtirá ningún efecto en el porvenir.* «Basta —se dijo el conde— con que el príncipe prometa no firmar la sentencia que le presenten.» El príncipe, al firmar, le dio las gracias con una mirada.

El conde cometió un gran error; el príncipe estaba cansado y hubiera firmado cualquier cosa. Creía haber salido muy bien de la escena, y todo quedaba dominado a sus ojos por estas palabras: «Si la duquesa se marcha, mi corte resultará aburrida antes de ocho días». El conde observó que el soberano corregía la fecha y ponía la del día siguiente. Miró el reloj de pared: marcaba cerca de las doce de la noche. El ministro sólo vio en aquella corrección de fecha el deseo pedantesco de dar una prueba de exactitud y de buen gobierno. En cuanto al destierro de la marquesa Raversi, no opuso la menor dificultad; el príncipe sentía un especial placer en desterrar a las gentes.

—¡General Fontana! —gritó entreabriendo la puerta.

Apareció el general con un semblante tan extrañado y tan curioso, que la duquesa y el conde cambiaron una mirada, y esta mirada selló la paz.

—General Fontana —dijo el príncipe—, va usted a montar en mi carruaje, que está esperando en el patio; irá a casa de la marquesa Raversi, se hará anunciar; si está en la cama, añadirá que va de mi parte, y, llegado a su habitación, dirá usted estas palabras y no otras: «Señora marquesa Raversi, Su Alteza Serenísima la invita a partir mañana, antes de las ocho de la mañana, para su castillo de Velleja; Su Alteza le hará saber cuándo puede volver a Parma».

El príncipe buscó con los ojos los de la duquesa, la cual, sin darle las gracias como él esperaba, le hizo una reverencia extremadamente respetuosa y salió rápidamente.

—¡Qué mujer! —exclamó el príncipe volviéndose hacia el conde Mosca.

El conde, encantado del destierro de la marquesa Raversi, que facilitaba todas sus disposiciones como ministro, habló durante una hora larga en cortesano consumado; quería consolar el amor propio de su soberano, y no se despidió de él hasta que le vio muy convencido de que la historia anecdótica de Luis XIV no contaba con una página más bella que la que él acababa de ofrecer a sus futuros historiadores.

Al entrar en su casa, la duquesa cerró la puerta y dijo que no recibía a nadie, ni siquiera al conde. Quería estar sola consigo misma, y ver un poco qué idea debía formarse de la escena que acababa de tener lugar. Había obrado al azar y por darse una satisfacción en el primer momento; pero hubiera sostenido con firmeza cualquier posición a que se dejara arrastrar. No se lo habría reprochado luego al contemplar las cosas más en frío, ni, mucho menos, se habría arrepentido: tal era el carácter al que debía ser aún, a los treinta y seis años, la mujer más hermosa de la corte.

Pensaba ahora en todo lo agradable que podía ofrecer Parma, como lo hubiera hecho al volver de un largo viaje: tan convencida estuvo, de nueve a once, de que iba a abandonar aquel país para siempre.

El pobre conde puso una cara muy graciosa al saber mi partida en presencia del príncipe… En realidad es un hombre simpático y de un alma nada corriente. Habría renunciado a sus ministerios por seguirme… Pero también, en cinco años completos, no ha tenido un solo devaneo que reprocharme. ¿Qué mujeres casadas podrían decir otro tanto a su señor y dueño? Hay que reconocer que no es nada pretencioso, nada pedante; no da nunca el deseo de engañarle; ante mí, parece siempre avergonzarse de su poderío… Tenía una cara muy graciosa delante de su señor y dueño; si estuviera aquí ahora, le abrazaría… Pero por nada en el mundo me encargaría yo de entretener a un ministro que ha perdido su cartera; enfermedad es ésta que sólo se cura con la muerte y… que causa la muerte.

¡Qué desgracia sería ser ministro joven!… Tengo que escribirle, es una de las cosas que debe saber oficialmente antes de enemistarse con el príncipe… Pero me olvidaba de mis buenos domésticos.»

La duquesa llamó. Las criadas seguían haciendo baúles; el carruaje estaba en el zaguán y lo iban cargando; todos los criados que no tenían nada que hacer estaban en torno a aquel carruaje, con lágrimas en los ojos. La Chekina, que en las grandes ocasiones era la única que llegaba hasta la duquesa, le dio cuenta de todos los detalles.

—Diles que suban —ordenó la duquesa. Y al cabo de un momento pasó a la antesala.

—Me han prometido —les dijo— que la sentencia contra mi sobrino no será firmada por el *soberano* (así se habla en Italia); suspendo, pues, el viaje. Veremos si mis enemigos tienen influencia bastante para hacer cambiar esta resolución.

Al cabo de un momento de silencio, los criados se pusieron a gritar:

«¡Viva la señora duquesa!», y aplaudieron con furia. La duquesa, que estaba ya en la estancia vecina, reapareció como una actriz aplaudida, hizo a su servidumbre una pequeña reverenda llena de gracia y les dijo:

*«Muchas gracias, amigos»*. A una palabra suya, todos, en aquel momento, habrían marchado contra el palacio resueltos a atacarle. La duquesa hizo una seña al postillón, antiguo contrabandista y hombre leal, que la siguió:

—Vas a vestirte de campesino acomodado: saldrás de Parma como puedas, alquilas una *sediola y* vas lo más de prisa posible a Bolonia. Entrarás en Bolonia como un paseante y por la puerta de Florencia, y entregarás a Fabricio, que está en el Peregrino, un paquete que te va a dar Chekina. Fabricio está escondido y allí se llama José Bossi; no vayas a denunciarle por torpeza, no hagas ver que le conoces; es posible que mis enemigos te pongan espías. Fabricio volverá a mandarte aquí al cabo de unas horas o de unos días; es sobre todo al volver cuando debes extremar las precauciones para no comprometerle.

—¡Ah, los de la marquesa Raversi! —exclamó el postillón—; los esperamos, y si la señora quisiera, acabaríamos con ellos bien pronto.

—Quizá algún día; pero guardaos bien, por vuestra vida, de hacer nada sin orden mía.

Era la copia de la carta del príncipe lo que la duquesa quería enviar a Fabricio; no podía resistir al placer de divertirle, y añadió unas palabras sobre la escena que había dado lugar a la carta en cuestión; estas palabras se convirtieron en una epístola de diez páginas. Mandó llamar de nuevo al postillón.

—No puedes salir hasta las cuatro —le dijo—, cuando se abra la puerta.

—Pensaba pasar por la alcantarilla general; me llegaría el agua a la barbilla, pero hubiera pasado…

—No —dijo la duquesa—, no quiero exponer a coger la fiebre a uno de mis fieles servidores. ¿Conoces a alguien en casa de monseñor el arzobispo?

—El segundo cochero es amigo mío.

—Aquí tienes una carta para el santo prelado; introdúcete sin ruido en su palacio, haz que te lleven hasta el mayordomo; no quisiera yo que despertasen a monseñor. Si se ha cerrado ya en su habitación, pasas la noche en el palacio y, como tiene la costumbre de levantarse con el día, mañana por la mañana, a las cuatro, hazte anunciar de mi parte, pide la bendición al santo arzobispo, entrégale este paquete y toma las cartas que te dé para Bolonia.

La duquesa enviaba al arzobispo el original mismo de la carta del príncipe; como este documento concernía a su primer gran vicario, le rogaba que lo depositara en los archivos del arzobispado, donde esperaba que los señores grandes vicarios y los canónigos, colegas de su sobrino, tuvieran a bien enterarse del mismo, todo ello con la condición de guardar el más profundo secreto.

La duquesa escribía a monseñor Landriani con una familiaridad que debía de encantar a aquel buen burgués; sólo la firma ocupaba tres líneas; la carta, muy amistosa, iba seguida de estas palabras: *Angelina Cornelia Isola Valserra del Dongo, duquesa Sanseverina.*

«Creo que no he escrito tantos nombres —se dijo sonriendo la duquesa— desde mi contrato de matrimonio con el pobre duque; pero a esas gentes sólo se las domina con cosas como éstas, y a los *ojos* de los burgueses la caricatura es bella.» No pudo acabar la noche sin ceder a la tentación de escribir una carta sarcástica al pobre conde. Le anunciaba oficialmente, *para su gobierno* —decía— *en sus relaciones con las testas coronadas* que no se sentía capaz de divertir a un ministro caído en desgracia: «El príncipe le da miedo; cuando ya no pueda verlo, ¿me tocará a mí ese papel de causarle miedo?». Envió inmediatamente esta carta.

El príncipe, por su parte, a las siete de la mañana siguiente mandó a buscar al conde Zurla, ministro del Interior. «Vuelva a dar las órdenes más severas —le dijo— a todos los *podestás* para que se detenga al individuo Fabricio del Dongo. Se nos anuncia que acaso se atreva a reaparecer en nuestros estados. Como ese fugitivo se encuentra en Bolonia, donde parece desafiar la acción de nuestros tribunales, movilice esbirros que le conozcan personalmente: primero, en los pueblos de la carretera de Bolonia a Parma; segundo, en los alrededores del palacio de la duquesa Sanseverina, en Sacca, en su casa de Castelnovo; tercero, en torno al castillo del conde Mosca. Me permito esperar de su alta prudencia, señor conde, que sabrá hurtar el conocimiento de estas órdenes de su soberano a la penetración del conde Mosca. Sepa que deseo la detención de un tal Fabricio del Dongo.»

Apenas hubo salido este ministro, una puerta secreta dio paso cerca del príncipe al fiscal general Rassi, que avanzó inclinado hasta el suelo y saludando a cada paso. La traza de este miserable era digna de la horca, digna de la infamia de su papel, y mientras los rápidos y desordenados movimientos de sus ojos revelaban el conocimiento que tenía de sus méritos, el desparpajo arrogante de las muecas de su boca demostraban que sabía luchar contra el desprecio.

Como este personaje va a tener gran influencia en el destino de Fabricio, vale la pena describirle someramente. Era alto, con unos hermosos *ojos* muy inteligentes, pero un rostro picado de viruelas; como talento, lo poseía, y mucho, y del más sagaz; tenía fama de conocer perfectamente la ciencia del derecho, pero brillaba sobre todo por el genio de los recursos. Como quiera que se presentara un asunto, sabía hallar fácilmente y en un momento los medios mejor fundados en derecho de llegar a una condena o a una absolución; era el rey de las sutilezas de fiscal.

A este hombre, que las grandes monarquías habrían envidiado al príncipe de Parma, no se le conocía más que una pasión: llegar al trato íntimo con los grandes personajes y hacerse grato a ellos con sus bufonerías. Poco le importaba que el

hombre poderoso se burlara de lo que él decía o de su propia persona, o gastase bromas indignantes sobre la señora de Rassi; con tal de verle reír o de que le tratara con familiaridad, estaba contento. A veces el príncipe, no sabiendo ya cómo abusar de la dignidad de aquel gran juez, la emprendía con él a puntapiés; si los puntapiés le hacían daño, lloraba. Pero el instinto de bufón era tan poderoso en él, que se le veía cada día preferir el salón de un ministro que le escarnecía a su propio salón, en el que reinaba despóticamente sobre todas las togas del país. La singularidad más excepcional de Rassi consistía en que al noble más insolente le era imposible humillarle; su manera de vengarse de los ultrajes que recibía a lo largo de toda la jornada era contárselos al príncipe, cerca del cual había conquistado el privilegio de decírselo todo. Verdad es que la respuesta solía ser un bofetón bien administrado y que dolía, pero él no lo tomaba nunca a mal. La presencia del gran juez distraía al príncipe en sus momentos de mal humor, pues se complacía en ultrajarle. Como se ve, Rassi era casi el cortesano perfecto, sin honor y sin genio vivo.

—¡Es preciso el secreto por encima de todo! —le gritó el príncipe sin saludarle, y tratándole casi como un gañán, él, tan fino con todo el mundo—. ¿Qué fecha tiene su sentencia?

—La de ayer, Alteza Serenísima.

—¿Cuántos jueces la han firmado?

—Los cinco.

—¿Y la pena?

—Veinte años de fortaleza, como Vuestra Alteza Serenísima me había ordenado.

—La pena de muerte hubiera escandalizado —dijo el príncipe como hablando consigo mismo—; es lástima. ¡Qué efecto sobre esa mujer! Pero es un del Dongo, y ése es un nombre venerado en Parma, por eso de los tres arzobispos casi sucesivos… ¿Veinte años de fortaleza, dice?

—Sí, Alteza Serenísima —repuso el fiscal Rassi, que seguía de pie y doblado en dos—, previo arrepentimiento público ante Su Alteza Serenísima; además, ayuno a pan y agua todos los viernes y todas las vísperas de las principales fiestas, *por ser individuo de una impiedad notoria.* Esto para el futuro y para malograr definitivamente su fortuna.

—Escriba—dijo el príncipe—:

*Habiéndose dignado Su Alteza Serenísima escuchar súplicas humildísimas de la marquesa del Dongo, madre del culpable, y de la duquesa Sanseverina, su tía, las cuales han alegado que en la época del crimen su hijo y sobrino era muy joven y extraviado además por una loca pasión concebida por la mujer del desventurado Giletti, ha tenido a bien a pesar del horror inspirado por semejante asesinato, conmutar la pena a que ha sido*

*condenado Fabricio del Dongo por la de doce años de fortaleza.*

—Déme para que firme.

El príncipe firmó y fechó la víspera: luego, devolviendo la sentencia a Rassi, le dijo:

—Escriba inmediatamente debajo de mi firma:

*Habiéndose de nuevo la duquesa Sanseverina arrojado a los pies de Su Alteza, el príncipe ha permitido que todos los jueves disfrute el culpable de una hora de paseo por la plataforma de la torre cuadrada, vulgarmente llamada torre Farnesio.*

—Firme eso —dijo el príncipe—, y sobre todo punto en boca, oiga lo que oiga en la ciudad. Dirá usted al consejero De Capital, que ha votado por dos años de fortaleza y que incluso ha perorado en apoyo de esa opinión ridícula, que le invito a leer las leyes y reglamentos. Silencio otra vez, y adiós.

El fiscal Rassi hizo muy pausadamente tres profundas reverencias que el príncipe no miró.

Esto ocurría a las siete de la mañana. Unas horas más tarde, se extendía por la ciudad y por los cafés la noticia del destierro de la marquesa Raversi. Todo el mundo hablaba a la vez de este gran acontecimiento. El destierro de la marquesa alejó de Parma por un momento ese implacable enemigo de las pequeñas ciudades y de las pequeñas cortes: el aburrimiento. El general Fabio Conti, que ya se había creído ministro, pretextó un ataque de gota y durante varios días no salió de la fortaleza. La burguesía, y por consiguiente el pueblo, sacaron de lo que pasaba la conclusión de que resultaba claro que el príncipe había resuelto dar el arzobispado de Parma a monseñor Fabricio del Dongo. Los perspicaces políticos de café llegaron incluso a asegurar que se había invitado al padre Landriani, el arzobispo actual, a fingir una enfermedad y a presentar la dimisión; sabían de buena tinta que le había sido concedida una cuantiosa pensión sobre el monopolio de tabacos. Este rumor llegó al propio arzobispo, el cual se alarmó mucho, y, durante unos días, su celo por nuestro héroe quedó bastante debilitado. Al cabo de dos meses, esta interesante noticia aparecía en los periódicos de París, con la pequeña modificación de que el que iba a ser nombrado arzobispo era el conde Mosca, sobrino de la duquesa Sanseverina.

La marquesa Raversi estaba furiosa en su palacio de Velleja. No era una mujer cualquiera, de esas que creen vengarse profiriendo palabras insultantes contra sus enemigos. Al día siguiente mismo de su caída en desgracia, el caballero Riscara y otros tres amigos suyos se presentaron al príncipe por orden de la marquesa y le pidieron permiso para ir a visitarla a su palacio. Su Alteza recibió a estos señores con

una amabilidad perfecta, y su llegada a Velleja fue un gran consuelo para la marquesa. Antes de cumplirse la segunda semana, tenía ya en su castillo treinta personas, todas las destinadas a desempeñar cargos en el ministerio liberal. La marquesa celebraba todas las noches un consejo regular con sus amigos mejor informados. Un día en que había recibido muchas cartas de Parma y de Bolonia se retiró temprano; la doncella favorita introdujo en primer término al amante reinante, el conde Baldi, un joven muy apuesto y muy insignificante, y, más tarde, al caballero Riscara, su predecesor; era éste un hombre pequeño y negro en lo físico y en lo moral, que habiendo comenzado por ser profesor de geometría en el colegio de los nobles de Parma, se veía ahora consejero de Estado y caballero de varias órdenes.

—Tengo la buena costumbre —dijo la marquesa a estos dos hombres— de no destruir nunca ningún papel, y ello me da muy buen resultado. He aquí nueve cartas que la Sanseverina me ha escrito en diferentes ocasiones. Vais a salir los dos para Génova y a buscar, entre los galeotes, a un ex notario llamado Buratti, como el gran poeta de Venecia, o Durati. Usted, conde Baldi, siéntese en mi escritorio y escriba lo que voy a dictarle.

*Se me ocurre una idea y te escribo estas palabras. Me voy a mi choza, cerca de Castelnovo. Si quieres venir a pasar doce horas conmigo, estaría encantada. Creo que, después de lo que acaba de ocurrir, no hay gran peligro; los nubarrones se van aclarando. No obstante, deténte antes de llegar a Castelnovo; encontrarás en la carretera a uno de mis servidores; te quieren con locura. Conservarás, bien entendido, el nombre de Bossi para este pequeño viaje. Dicen que llevas una barba como el más admirable capuchino, y en Parma no te han visto nunca sino con la cara decente de un gran vicario.*

—¿Comprendes, Riscara?

—Perfectamente; pero el viaje a Génova es un lujo inútil; conozco un hombre en Parma que, aunque todavía no ha estado nunca en galeras, llegará a estarlo sin duda alguna. Falsificará a la perfección la letra de la Sanseverina.

Ante estas palabras, el conde Baldi abrió desmesuradamente sus hermosos ojos; por fin comprendía.

—Si conoces a ese digno personaje de Parma en cuya carrera tienes tanta fe —dijo a Riscara la marquesa Raversi—, también él debe de conocerte a ti; su amante, su confesor, su amigo pueden estar vendidos a la Sanseverina; prefiero diferir por unos días esta pequeña broma y no exponerme a ningún contratiempo. Poneos, pues, en camino antes de dos horas como unos buenos corderitos, no visitéis absolutamente a nadie en Génova y volved en seguida.

El caballero Riscara escapó riendo y hablando por la nariz como Polichinela: «*Hay* que preparar el equipaje», decía con ademán burlesco. Quería dejar a Baldi solo con la dama.

Pasados quince días, Riscara trajo ante la marquesa a su conde Baldi todo desollado; por acortar seis leguas le habían hecho pasar una montaña a lomos de una mula; juraba que no le volverían a pescar para hacer *largos viajes.* Baldi entregó a la marquesa tres ejemplares de la carta que le había dictado, y otras cinco o seis cartas de la misma letra compuestas por Riscara y que acaso pudieran ser útiles en lo sucesivo. Una de estas cartas contenía muy bonitas burlas sobre los terrores nocturnos del príncipe y la deplorable flacura de la marquesa Baldi, su amante, la cual dejaba —decía la carta— la huella de unas tenazas en el cojín de las butacas con sólo sentarse un momento. Se habría jurado que todas las cartas estaban escritas de puño y letra de la duquesa Sanseverina.

—Ahora ya sé con seguridad —dijo la marquesa— que el amiguito del alma, Fabricio, se encuentra en Bolonia o en los alrededores…

—Estoy demasiado enfermo —exclamó el conde Baldi interrumpiéndola—; solicito la gracia de ser dispensado de ese otro viaje, o al menos quisiera obtener unos días de descanso para reponer mi salud.

—Me erijo en defensor de su causa —dijo Riscara; se levantó y habló en voz baja a la marquesa.

—Pues bien, sea; consiento en ello —respondió la marquesa sonriendo. Y, dirigiéndose a Baldi, añadió en tono desdeñoso:

—Tranquilícese, no hará ese viaje.

—Gracias —exclamó el conde desde el fondo del alma.

En efecto, Riscara partió solo en silla de posta. Llevaba apenas dos días en Bolonia cuando divisó en una calesa a Fabricio y a la Marietta.

«¡Diablo! —se dijo—, parece que nuestro futuro arzobispo no se anda con miramientos; habrá que hacer saber esto a la duquesa: le gustará muchísimo.» Riscara no tuvo más que seguir a Fabricio para averiguar su alojamiento. Al día siguiente por la mañana recibió nuestro héroe por un correo la carta de fabricación genovesa; le pareció un poco corta, pero, por lo demás, no concibió sospecha alguna. La idea de volver a ver a la duquesa y al conde le enloqueció de alegría, y por más que dijera Ludovico, alquiló un caballo en la posta y partió al galope. Sin que él lo sospechara, le seguía a distancia el caballero Riscara, que al llegar a seis leguas de Parma, en la posta anterior a Castelnovo, tuvo el gusto de ver una gran aglomeración en la plaza, frente a la cárcel del lugar. Acababan de encerrar en ella a nuestro héroe, reconocido en la posta, cuando cambiaba de caballo, por dos esbirros escogidos y enviados por el conde Zurla.

Los ojuelos del caballero Riscara brillaron de alegría; con paciencia ejemplar,

comprobó todo lo que acababa de ocurrir en aquel pueblecito, y luego expidió un correo a la marquesa Raversi. Hecho esto, se echó a recorrer las calles como para ver la iglesia, muy curiosa y, luego, para buscar un cuadro del Parmesano que le habían dicho que existía en el pueblo; por fin encontró al *podestá,* que se apresuró a rendir homenaje a un consejero de Estado. Riscara se mostró extrañado de que no hubiera sido inmediatamente conducido a la ciudadela de Parma el conspirador que el *podestá* había tenido la fortuna de detener.

—Ahora es de temer —añadió Riscara fríamente— que sus numerosos amigos, que ayer le estaban buscando para favorecer su paso a través de los Estados de Su Alteza Serenísima, encuentren a los gendarmes; esos rebeldes eran doce o quince a caballo.

—*Intelligenti pauca!* —exclamó el podestá con gesto malicioso.

# XV

A las dos horas, el pobre Fabricio, esposado y amarrado por una larga cadena a la *sediola* en que le hicieron subir, iba camino de la ciudadela de Parma custodiado por ocho gendarmes. Tenían orden de llevarse con ellos a todos los gendarmes de guarnición en los pueblos del trayecto; el propio *podestá* seguía a aquel prisionero de importancia. A eso de las siete de la tarde, la *sediola* escoltada por todos los chicuelos de Parma y por treinta gendarmes, atravesó el hermoso paseo, pasó ante el palacete que habitaba la Fausta unos meses antes y por fin se paró ante la puerta exterior de la ciudadela en el momento preciso en que salían el general Fabio Conti y su hija. El carruaje del gobernador se detuvo antes de llegar al puente levadizo para que entrara la *sediola* en la cual iba atado Fabricio; el general gritó que se cerraran las puertas de la ciudadela y se apresuró a bajar al registro de entrada para enterarse de qué se trataba. No fue leve su sorpresa cuando reconoció al prisionero, que, atado a la *sediola* durante tan largo trayecto, estaba entumecido y rígido. Cuatro gendarmes le habían sacado y conducido al registro de ingreso.

«¡Conque tengo en mi poder —se dijo el vanidoso gobernador— al célebre Fabricio del Dongo, del que, desde hace un año, parece ocuparse exclusivamente la alta sociedad de Parma!»

El general le había visto veinte veces en la corte, en el palacio de la duquesa y en otros sitios; pero se guardó muy bien de hacer ver que le conocía: habría temido comprometerse.

—Que se abra —gritó al empleado de la prisión— un atestado verbal muy minucioso de la entrega que me hace el digno *podestá* de Castelnovo.

Barbone, el escribiente, personaje terrible por el volumen de su barba y su continente marcial, tomó un aire más imponente que de costumbre: parecía un carcelero alemán. Creyendo saber que había sido especialmente la duquesa Sanseverina la que impidiera que su amo, el gobernador, llegara a ser ministro de la Guerra, se mostró con el preso más insolente que de costumbre; le dirigía la palabra tratándole de *voi*, que es en italiano la manera de hablar a los criados.

—Soy prelado de la santa Iglesia romana —le dijo Fabricio con firmeza— y gran vicario de esta diócesis; y aunque sólo fuera por mi alcurnia, tengo derecho a que se me guarden ciertas consideraciones.

—¡Yo no sé nada de eso! —replicó el empleado con impertinencia—; pruebe esos alegatos exhibiendo los papeles que le dan derecho a esos títulos tan respetables.

Fabricio no tenía tales papeles y no contestó. El general Fabio Conti, de pie junto a su empleado, le miraba escribir sin mirar al prisionero, para no verse obligado a decir que era realmente Fabricio del Dongo.

De pronto, Clelia Conti, que esperaba en el coche, oyó un tremendo alboroto en el

cuerpo de guardia. El escribiente Barbone, que se extendía en una descripción insolente y muy detallada de la persona de Fabricio, le ordenó abrir sus vestiduras, a fin de que se pudieran ver y constatar las lesiones recibidas con ocasión del asunto Giletti.

—No puedo —dijo Fabricio sonriendo amargamente—; no me es posible obedecer las órdenes del señor, pues me lo impiden las esposas.

—¡Cómo! —exclamó el general con aire de inocencia—, ¡el preso lleva esposas en el interior de la fortaleza!; ¡eso es contrario al reglamento!; hace falta una orden *ad hoc.* Quitadle las esposas.

Fabricio le miró. «¡Buen jesuita! —pensó—; hace una hora que me está viendo con estas esposas que me mortifican horriblemente, y se hace el sorprendido.»

Los gendarmes le quitaron las esposas. Acababan de saber que Fabricio era sobrino de la duquesa Sanseverina, y se apresuraron a mostrarle una melosa cortesía que contrastaba con la grosería del escribiente; a éste pareció molestarle y dijo a Fabricio, que seguía inmóvil:

—¡Bueno, a ver si nos damos prisa! Muestre esos arañazos que recibió del pobre Giletti cuando ocurrió el asesinato.

Fabricio se arrojó de un salto sobre el escribiente y le dio tal bofetada que Barbone cayó de la silla sobre las piernas del general. Los gendarmes sujetaron por el brazo a Fabricio, que permanecía inmóvil. El propio general y dos gendarmes que estaban a su lado se apresuraron a levantar al escribiente, cuyo rostro sangraba en abundancia. Otros gendarmes de los más apartados corrieron a cerrar la puerta de la covachuela, creyendo que el preso trataba de evadirse. El brigadier que los mandaba pensó que el joven Del Dongo no podía intentar una fuga muy seria, puesto que se encontraba en el interior de la ciudadela; no obstante, se acercó a la ventana para impedir el desorden y por instinto de gendarme. Frente a aquella ventana abierta y a dos pasos, estaba el carruaje del general. Clelia se había acurrucado en el fondo del mismo por no ver la triste escena que tenía lugar en la covachuela. Al oír aquel estrépito, miró.

—¿Qué pasa? —preguntó al brigadier.

—Señorita, es el joven Fabricio del Dongo, que acaba de soltarle una estupenda bofetada a ese insolente de Barbone.

—¡Qué! ¿Es al señor Del Dongo a quien traen a la ciudadela?

—¡Pues claro! —repuso el brigadier—, y debido a la alta alcurnia de ese pobre caballero se le hacen tantas ceremonias. Yo creía que la señorita lo sabía.

Clelia no volvió a separarse de la portezuela; cuando los gendarmes que rodeaban la mesa se apartaban un poco, veía al preso. «¡Quién me hubiera dicho, cuando le encontré en la carretera junto al lago de Como —pensaba—, que la primera vez que volvería a verle sería en esta situación!… Me dio la mano para subir a la carroza de

su madre… ¡Ya entonces estaba con la duquesa! ¿Habrían comenzado ya sus amores en aquella época?»

Conviene advertir al lector que, en el partido liberal dirigido por la marquesa Raversi y el general Conti, se hacía alarde de dar por cosa cierta las tiernas relaciones que debían de existir entre Fabricio y la duquesa. El conde Mosca, al que aborrecían, era objeto de continuas burlas por su papel de engañado.

«¡Así que está aquí preso, y preso de sus enemigos!, pues en el fondo, el conde Mosca, aunque fuera un ángel estará encantado de esta captura.»

Un acceso de estrepitosa risa estalló en el cuerpo de guardia.

—Jacobo —dijo Clelia al brigadier con voz conmovida—, ¿qué pasa?

—El general ha preguntado con energía al preso por qué ha pegado a Barbone, y monseñor Fabricio ha contestado con calma: «Me ha llamado *asesino;* que exhiba los papeles y diplomas que le autorizan a darme ese título». Y se han reído.

Un carcelero que sabía escribir reemplazó a Barbone y Clelia vio salir a éste limpiándose con el pañuelo la sangre que corría en abundancia de su horripilante rostro; juraba como un pagano: «Ese c… de Fabricio —decía en voz muy alta— no morirá sino a mis manos. Secuestraré al verdugo, etc.». Se había parado entre la ventana del escritorio y el carruaje del general para mirar a Fabricio, y juraba cada vez más.

—Sigue tu camino —le dijo el brigadier—; no se jura así delante de la señorita.

Barbone levantó la cabeza para mirar al coche, y sus ojos se encontraron con los de Clelia, que dejó escapar un grito de horror; jamás había visto de tan cerca un semblante de expresión tan atroz. «¡Matará a Fabricio! —se dijo—, tendré que prevenir a don César.» Era su tío, uno de los sacerdotes más respetables de la ciudad; el general Conti, su hermano, le había proporcionado la plaza de ecónomo y primer limosnero de la ciudadela.

El general volvió a montar en su coche.

—¿Quieres volver a tus habitaciones —preguntó a su hija— o esperarme quizá mucho tiempo en el patio de palacio? Tengo que ir a dar cuenta de todo esto al soberano.

Fabricio salió del escritorio escoltado por tres gendarmes; le llevaban a la celda que le había sido señalada. Clelia miró por la portezuela; el preso estaba muy cerca. En aquel momento respondía a la pregunta de su padre: «Le acompañaré». Al oír Fabricio pronunciar tan cerca de él estas palabras, alzó los ojos y encontró la mirada de la joven. Le impresionó sobre todo su expresión de tristeza. «¡Cómo ha embellecido —pensó— desde nuestro encuentro cerca de Como! ¡Qué expresión tan profunda!… Tienen razón en compararla a la duquesa; ¡qué angelical semblante!» Barbone, el escribiente ensangrentado, que no sin intención se había situado junto al coche, detuvo con un gesto a los tres gendarmes que conducían a Fabricio y, pasando

por detrás del carruaje para acercarse a la portezuela correspondiente al general, le dijo:

—Como el preso ha incurrido en acto de violencia en el interior de la ciudadela, ¿no ha lugar, en virtud del artículo 157 del reglamento, a ponerle las esposas por tres días?

—¡Vete al diablo! —exclamó el general, que no dejaba de sentirse incómodo por aquella detención. Le importaba no irritar demasiado ni a la duquesa ni al conde Mosca, y, por otra parte, ¿cómo tomaría el conde aquel asunto? En el fondo, la muerte de un Giletti era una bagatela, y sólo la intriga había conseguido desmesurarlo de tal modo.

Mientras se desarrollaba este breve diálogo, Fabricio estaba soberbio en medio de los gendarmes; su continente altivo y noble; sus rasgos delicados y finos, y la sonrisa de desprecio que expresaban sus labios hacían un contraste encantador con la traza y los gestos groseros de los gendarmes que le custodiaban. Pero todo esto no era, por decirlo así, sino la parte externa de su fisonomía; estaba fascinado por la celestial belleza de Clelia, y sus ojos trasuntaban su arrobada sorpresa. A ella, profundamente pensativa, no se le ocurrió retirar de la portezuela la cabeza. Fabricio la saludó con un esbozo de sonriza muy respetuosa; al cabo de un momento, le dijo:

—Me parece, señorita, que ya otra vez, cerca de un lago, tuve el honor de encontrarla con acompañamiento de gendarmes.

Clelia se sonrojó y se quedó tan desconcertada, que no halló una palabra que responder. «¡Qué porte tan noble en medio de esos seres groseros!», pensaba en el momento en que Fabricio le dirigía la palabra. La profunda piedad y aun la tierna emoción que la embargaban le quitaban la presencia de ánimo suficiente para decir una frase cualquiera; se dio cuenta de su silencio y enrojeció más todavía. En este momento se corrían con violencia los cerrojos de la puerta principal de la ciudadela. ¿Pues no estaba esperando desde hacía lo menos un minuto el carruaje de Su Excelencia? El ruido resonó tan violento bajo la bóveda que aunque Clelia hubiera hallado algo que responder, Fabricio no habría podido oír sus palabras.

Llevada por los caballos que habían tomado el galope en cuanto pasaron el puente levadizo, Clelia se dijo: «¡Qué ridícula he debido de parecerle!». Y en seguida añadió: «No sólo ridícula: me habrá creído un alma baja, habrá pensado que no respondía a su saludo porque él estaba preso y yo era la hija del gobernador».

Esta idea resultaba desesperante para aquella muchacha de alma noble. «Lo más vil de mi proceder —prosiguió— es que en otro tiempo, cuando nos encontramos por primera vez, —también *con acompañamiento de gendarmes,* como él ha dicho—, y era yo la detenida, él me ayudó y me sacó de un gran apuro… Sí, hay que reconocer que mi comportamiento es completo: la grosería y la ingratitud en una pieza. ¡Ay, ahora que el pobre mozo está en desgracia, todo el mundo se mostrará ingrato con él!

En aquella ocasión me dijo: ¿Recordará mi nombre en Parma? ¡Cómo debe de despreciarme ahora! ¡Es tan fácil decir una frase amable! He de reconocerlo, sí: mi conducta con él ha sido infame. Aquella vez, de no ser por el generoso ofrecimiento del coche de su madre, habría tenido que seguir a los gendarmes a pie por el polvo, o lo que es mucho peor, montar a la grupa de uno de aquellos hombres. ¡Entonces era mi padre el que estaba detenido, y yo, sin defensa! Sí, mi proceder es completo. ¡Y qué vivamente ha debido de percibirlo un ser como él! ¡Qué contraste entre su fisonomía, tan noble, y mi comportamiento!

¡Qué nobleza! ¡Qué serenidad! ¡Parecía enteramente un héroe rodeado de sus viles enemigos! Ahora comprendo la pasión de la duquesa: si así se muestra en medio de un acontecimiento adverso y que puede tener consecuencias horribles, ¡cuál no será su encanto cuando su alma es dichosa!»

La carroza del gobernador de la ciudadela esperó más de hora y media en el patio del palacio, y, no obstante, cuando el general salió de su audiencia con el príncipe, no le pareció a Clelia que la audiencia había durado mucho.

—¿Cuál es la voluntad de Su Alteza? —preguntó Clelia.

—Sus palabras han dicho: la prisión, y su mirada, la muerte.

—¡La muerte, Dios santo! —exclamó Clelia.

—¡Vamos, cállate! —replicó el general con enfado—; ¡soy un estúpido en contestar a una niña!

Mientras tanto, Fabricio subía los trescientos ochenta escalones que conducían a la torre Farnesio, nueva cárcel construida sobre la plataforma de la enorme torre, a una altura prodigiosa. No pensó ni una sola vez, al menos claramente, en el gran cambio que acababa de operarse en su suerte. «¡Qué mirada! —se decía Fabricio—, ¡qué cosas expresaba!; ¡qué profunda piedad! Parecía decir: “¡La vida es un tejido tal de infortunios! ¡No se aflija demasiado por lo que le ocurre!: ¿no estamos todos en este mundo para ser desdichados?” Qué fijos en mí sus hermosos *ojos,* hasta cuando los caballos avanzaban tan estrepitosamente bajo la bóveda!»

Fabricio se olvidaba por completo de ser desgraciado.

Clelia acompañó a su padre a varios salones. Al principio de la noche, nadie conocía aún la noticia del arresto del *gran culpable* —pues tal fue el nombre que los cortesanos dieron dos horas más tarde a aquel pobre mozo imprudente.

Aquella noche se observaba más animación que de costumbre en el rostro de Clelia; ahora bien, la animación, el aspecto de tomar parte en lo que la rodeaba, era especialmente lo que faltaba a aquella hermosa criatura. Cuando comparaban su belleza con la de la duquesa, era precisamente aquel aspecto inconmovible, aquel estar como por encima de todas las cosas, lo que hacía que la balanza se inclinara en favor de su rival. En Inglaterra, en Francia, país de vanidad, habría predominado acaso el parecer contrario. Clelia Conti era una mocita, todavía demasiado esbelta,

que podía ser comparada a las bellas figuras de Guido; no disimularemos que, según las reglas de la belleza griega, se habría podido reprochar a aquella cara rasgos un poco marcados: por ejemplo, los labios, llenos de una gracia impresionante, eran ligeramente gruesos.

La admirable singularidad de su rostro, en el que resplandecían los encantos puros y el trasunto celestial de un alma nobilísima, consistía precisamente en que, a pesar de su rarísima belleza, no se parecía en nada a las cabezas de las estatuas griegas. En cambio, la duquesa poseía, un poco con exceso, la *conocida* belleza ideal, y su cabeza verdaderamente lombarda recordaba la sonrisa voluptuosa y la tierna melancolía de las hermosas Herodías de Leonardo de Vinci. Todo lo que la duquesa tenía de vivacidad, de ingenio chispeante y de malicia, de apasionamiento para entregarse —si así puede decirse a todos los temas que la conversación le ponía ante los ojos del alma, lo tenía Clelia de calmosa y lenta en conmoverse, fuera por menosprecio de lo que la rodeaba, fuera por añoranza de una quimera ausente. Durante mucho tiempo se había creído que acabaría por abrazar la vida religiosa. A los veinte años, mostraba repugnancia a ir al baile y si acompañaba a su padre a los salones, era sólo por obediencia y por no perjudicar los intereses de la paterna ambición.

«Aunque el cielo me ha dado por hija —repetía el alma vulgar del general— a la criatura más bella de los Estados de nuestro soberano, y la más virtuosa, parece que no me va a servir de nada para mejorar mi fortuna. Estoy demasiado aislado, no tengo en el mundo a nadie más que a ella y necesito absolutamente una familia que me levante y me dé cierto nombre en los salones, para que mi mérito y sobre todo mi aptitud para el ministerio sean destacados como bases invulnerables a todo razonamiento político. Pues bien, mi hija, tan bella, tan juiciosa, tan piadosa, se pone de mal humor cada vez que a un joven bien establecido en la corte se le ocurre ofrecerle sus homenajes. Una vez despachado el pretendiente, se vuelve menos sombría y la veo casi alegre hasta que otro aspirante a marido da un paso al frente. El hombre más apuesto de la corte, el conde Baldi, se presentó y no consiguió nada, el hombre más rico de los Estados de Su Alteza, el marqués Crescenzi, le reemplazó, y mi hija pretende que la haría desgraciada.»

«Decididamente —se decía otra vez el general—, los ojos de mi hija son más bellos que los de la duquesa, sobre todo porque, en ciertas ocasiones, son capaces de una expresión más profunda; pero, ¿cuándo se ve esta expresión magnífica? Jamás en un salón, donde podría hacerle honor, sino más bien cuando vamos los dos solos de paseo y se enternece, por ejemplo, ante la desgracia de cualquier vagabundo despreciable. “Guarda algún trasunto de esa mirada sublime —le digo algunas veces — para los salones a que asistiremos esta noche.” Pues nada de eso: en cuanto se digna acompañarme al gran mundo, su rostro noble y puro ofrece la expresión bastante altiva y poco alentadora de la obediencia pasiva.»

Como se ve, el general no omitía diligencia alguna por encontrar un yerno conveniente, pero decía verdad.

Los cortesanos, que no tienen nada que contemplar en su propia alma, están atentos a todo. Habían observado que era especialmente en aquellos días en que Clelia no tenía suficiente dominio de sí misma para salir de sus propios ensueños y fingir interés por algo, cuando la duquesa gustaba de pararse junto a ella y procuraba hacerla hablar. El cabello de Clelia, de un rubio ceniciento, se destacaba en un contraste muy suave, sobre las mejillas de colorido fino, pero en general un poco demasiado pálido. Sólo la forma de la frente habría podido revelar a un observador atento que aquel aire tan noble, aquel ademán tan por encima de los atractivos corrientes, se debían a una profunda indiferencia por todo lo vulgar. Era ausencia y no imposibilidad de un interés por algo. Desde que su padre era gobernador de la ciudadela, Clelia vivía dichosa, o, al menos, exenta de contrariedades, en su altísima morada. El número aterrador de escalones que había que subir para llegar a aquel palacio del gobernador, situado en la explanada de la gran torre, alejaba las visitas fastidiosas, y Clelia, por esta razón material, gozaba de la libertad del convento; aquello llenaba casi todo el ideal de felicidad que en un tiempo pensó pedir a la vida religiosa. La sobrecogía una especie de horror ante la sola idea de poner su querida soledad y sus pensamientos íntimos a disposición de un hombre a quien el título de marido autorizaba a turbar toda aquella vida interior. Si la soledad no le daba la felicidad, al menos había conseguido evitarle las sensaciones excesivamente dolorosas.

El día en que Fabricio fue conducido a la ciudadela, la duquesa encontró a Clelia en el salón del ministro del Interior, conde Zurla; todo el mundo formaba círculo en torno a ellas; aquella noche la belleza de Clelia vencía a la de la duquesa. Los *ojos* de la joven tenían una expresión tan singular y tan profunda, que resultaban casi indiscretos; trasuntaban piedad, pero también indignación y cólera. La animación y las ideas brillantes de la duquesa parecían suscitar en Clelia momentos de dolor rayanos a veces en horror. «¡Cuáles no serán los lamentos y los gemidos de la pobre señora —se decía— cuando sepa que su amante, ese pobre mozo tan valiente y de una fisonomía tan noble acaba de ser encarcelado! ¡Y esas miradas del soberano que le condenan a muerte! ¡Oh poder absoluto, cuándo dejarás de pesar sobre Italia! ¡Oh almas venales y rastreras! ¡Y yo soy hija de un carcelero! ¿He desmentido acaso este noble carácter, yo que no me he dignado responder a Fabricio? ¡Y en otro tiempo él fue mi bienhechor! ¿Qué pensará de mí en este momento, solo en su celda y frente a su lamparita?» Excitada por esta idea, Clelia lanzaba miradas de horror a la magnífica iluminación de los salones del ministro del Interior.

Jamás, se decía en el círculo de cortesanos que se congregaba en torno a las dos bellezas de moda y que trataban de mezclarse en su conversación, jamás se las ha

visto hablar en un tono tan animado y al mismo tiempo tan íntimo. ¿Proyectará la duquesa, siempre alerta a conjurar los odios suscitados por el primer ministro, en alguna gran boda a favor de Clelia? Esta conjetura se apoyaba en una circunstancia que hasta entonces no surgió nunca a la observación de la corte: en los *ojos* de Clelia había más fuego y, por decirlo así, más pasión que en los de la hermosa duquesa. Ésta, por su parte, estaba sorprendida y, dicho sea en honor suyo, encantada de las nuevas prendas que descubría en la joven solitaria; llevaba una hora mirándola con un placer rara vez sentido ante una rival. «Pero ¿qué ocurre? —se preguntaba la duquesa —; nunca estuvo Clelia tan hermosa y tan expresiva, ¿habrá por fin hablado su corazón?… Pero si es así, se trata de un amor desgraciado: en el fondo de esa animación tan nueva se ve una sombra de dolor… Pero el amor desgraciado se calla. ¿Será que quiere recobrar a un inconstante mediante un triunfo en el gran mundo?» Y la duquesa observaba con atención a los jóvenes que la rodeaban. No veía en ninguno la expresión singular, sino, en todos, la fatuidad más o menos satisfecha. «Pero aquí hay algo milagroso —se decía la duquesa, picada por no adivinar—. ¿Dónde está el conde Mosca, ese hombre tan perspicaz? No, no me equivoco: Clelia me mira con atención y como si yo fuera para ella objeto de un interés completamente nuevo. ¿Será efecto de alguna orden de su padre, ese vil cortesano? Yo creía que esta alma noble y joven era incapaz de rebajarse a intereses de dinero. ¿No tendrá el general Fabio Conti algo que pedir al conde?»

A eso de las diez, un amigo de la duquesa se acercó a ella y le dijo dos palabras en voz baja; la duquesa palideció visiblemente; Clelia le tomó la mano y se permitió apretársela.

—Se lo agradezco y ahora la comprendo… tiene usted un alma bella —le dijo la duquesa haciendo un esfuerzo sobre sí misma; apenas tuvo fuerzas para pronunciar estas pocas palabras. Dirigió muchas sonrisas a la dueña de la casa, que se levantó para acompañarla hasta la puerta del último salón; estos honores sólo eran debidos a las princesas de la sangre, y resultaba para la duquesa un cruel contrasentido con su actual posición. Sonrió mucho a la condesa Zurla, pero, por inauditos que fueron sus esfuerzos, no consiguió dirigirle una palabra.

A Clelia se le llenaron de lágrimas los ojos al ver pasar a la duquesa en medio de aquellos salones llenos entonces de lo más brillante de la sociedad. «¿Qué va a ser de esta pobre mujer —se decía— cuando se encuentre sola en su carroza? Sería una indiscreción por mi parte ofrecerme a acompañarla, no me atrevo… ¡Qué consuelo sentiría, a pesar de todo, el pobre preso, sentado en una horrible celda, a solas con su lamparita, si se supiera amado hasta tal punto! ¡Qué horrible la soledad en que le han enterrado!, ¡y nosotros estamos aquí, en estos salones tan brillantes!, ¡qué horror! ¿No habría medio de hacerle llegar unas palabras? Pero, ¡Dios mío, esto sería traicionar a mi padre!; ¡es tan delicada su situación entre los dos partidos! ¿Qué va a

ser de él si le expongo al odio apasionado de la duquesa, que dispone de la voluntad del primer ministro, dueño y señor de las tres cuartas partes de los asuntos? Por otra parte, el príncipe se ocupa constantemente de lo que pasa en la fortaleza, y no admite bromas en este aspecto; el miedo hace crueles a las personas… De todos modos, Fabricio (Clelia ya no decía el señor Del Dongo) es mucho más digno de lástima… Para él se trata de algo más que del peligro de perder una sinecura… ¡Y la duquesa! … ¡Qué terrible pasión es el amor!… ¡Y sin embargo, todos estos embusteros de la sociedad hablan de él como de una fuente de venturas! Se compadece a las mujeres de edad porque ya no pueden sentir o inspirar amor… Jamás olvidaré lo que acabo de ver, ¡qué cambio tan súbito! De pronto los ojos de la duquesa, tan bellos, tan radiantes, se tornaron tristes, apagados, al oír las palabras fatales que vino a decirle el marqués N*** ¡Muy digno de amor debe de ser Fabricio!»

En medio de estas reflexiones tan graves y que ocupaban por entero el alma de Clelia, las palabras cumplimenteras que siempre le prodigaban le parecieron más desagradables aún que de costumbre. Para huir de ellas, se acercó a una ventana abierta y semivelada por una cortina de tafetas; esperaba que nadie tendría el atrevimiento de seguirla a aquella especie de retiro. La ventana daba a un bosquecillo de naranjos plantados en plena tierra; verdad es que todos los inviernos había que protegerlos con un tejadillo. Clelia respiraba con delicia el perfume de aquellas flores, y este placer parecía serenarle un poco el alma… «Me ha parecido de un porte muy noble —pensaba—, pero, ¡inspirar pasión tal a una mujer tan extraordinaria!… Ha tenido la gloria de rechazar los homenajes del príncipe, y si se hubiera dignado desearlo, habría sido la reina de sus estados. Dice mi padre que la pasión del soberano era tan grande, que, de haber quedado libre un día, se casara con ella… ¡Y este amor por Fabricio dura ya desde hace tanto tiempo!… Porque hace lo menos cinco años que los encontramos en las cercanías del lago de Como… Sí, sí, hace ya cinco años —se dijo al cabo de un momento de reflexión—. Yo lo noté ya entonces, cuando tantas cosas pasaban inadvertidas todavía a mis ojos de niña. ¡Cómo parecían admirar a Fabricio aquellas dos damas!…»

Clelia observó con satisfacción que ninguno de los jóvenes que le hablaban con tanto interés había osado acercarse al balcón. Uno de ellos, el marqués Crescenzi, dio algunos pasos en aquella dirección, pero se detuvo junto a una mesa de juego. «Si al menos —pensaba Clelia—, gozara yo la vista de unos bonitos naranjos como éstos bajo mi ventanita del palacio de la fortaleza, la única protegida por la sombra, mis ideas serían menos tristes; pero, por toda perspectiva, los enormes sillares de la torre Farnesio… ¡Oh —exclamó estremeciéndose—, acaso le habrán metido en ella! Estoy impaciente por hablar a don César: será menos severo que el general. Seguramente mi padre no me dirá nada al volver a la fortaleza, pero lo sabré todo por don César… Tengo dinero; podré comprar unos naranjos que, plantados bajo la ventana de mi

jaula, me impedirán ver los gruesos muros de la torre Farnesio. Me serán mucho más odiosos todavía ahora que conozco a una de las personas a las que privan de la luz… Sí, es la tercera vez que le he visto: una en la corte, en el baile del cumpleaños de la princesa, hoy, custodiado por tres gendarmes mientras ese horrendo Barbone pedía que le pusieran las esposas, y en las cercanías del lago de Como… De esto hace ya cinco años. ¡Qué traza de travieso tenía entonces!; ¡cómo miraba a los gendarmes y qué miradas tan singulares le dirigían su madre y su tía! Seguramente aquel día había algún secreto, algo de particular entre ellos; en aquellos momentos pensé que también él tenía miedo de los gendarmes… » Clelia se estremeció. «¡Pero qué ignorante era yo entonces! Seguramente ya en aquella época estaba interesada por él… ¡Cómo nos hizo reír pasados unos momentos cuando aquellas damas, a pesar de su evidente preocupación, se fueron acostumbrando un poco a la presencia de una extraña! ¡Y he sido capaz de no responder hoy a las palabras que me dirigió!… ¡Oh, ignorancia y timidez, cómo os parecéis a veces a la más negra ingratitud! ¡Y soy así a los veinte años cumplidos!… Tenía razón en pensar en el claustro: realmente no sirvo más que para vivir encerrada. ¡Digna hija de un carcelero!, se dirá. Seguramente me desprecia, y en cuanto pueda escribir a la duquesa, le hablará de mi desatención, y la duquesa me juzgará una mozuela muy falsa; porque esta noche ha podido creerme sumamente sensible a su desdicha.»

Clelia notó que alguien se aproximaba, al parecer con el designio de colocarse a su lado en la baranda de hierro de la ventana. Esto la contrarió, por más que sé lo reprochara; las meditaciones de que la sacaban no dejaban de tener cierta dulzura. «¡He aquí un importuno al que voy a dispensar un lindo recibimiento!», pensó. Al volver la cabeza con un mirar altivo, vio el tímido semblante del arzobispo que se iba aproximando al balcón con movimientos cautelosos. «Este santo varón no tiene tacto —pensó Clelia—. ¿Por qué viene a molestar a una pobre muchacha como yo? Mi tranquilidad es mi único bien.» Le saludaba con respeto, pero al mismo tiempo con despego, cuando el prelado le dijo:

—Señorita, ¿sabe la horrible noticia?

Los ojos de la joven habían tomado ya otra expresión completamente distinta; pero, siguiendo las instrucciones mil veces repetidas de su padre, respondió en un tono de ignorancia claramente desmentido por el lenguaje de sus ojos:

—No sé nada, monseñor.

—Mi primer gran vicario, el pobre Fabricio del Dongo, que es tan culpable como yo de la muerte de ese forajido de Giletti, ha sido secuestrado en Bolonia, donde residía con el nombre supuesto de José Bossi; le han encerrado en vuestra ciudadela; le trajeron encadenado al carruaje que le conducía. Una especie de carcelero llamado Barbone, indultado hace tiempo después de haber dado muerte a un hermano suyo, ha querido infligir una violencia personal a Fabricio; pero mi amiguito no es hombre

capaz de tolerar un insulto, y ha derribado a sus pies al infame adversario; a consecuencia de esto, le han metido en un calabozo de veinte pies bajo tierra y esposado.

—¡Con las esposas, no!…

—¡Ah, usted sabe algo! —exclamó el arzobispo. Y los rasgos del anciano perdieron un poco de su profunda expresión de desaliento—. Pero alguien puede acercarse al balcón e interrumpirnos: ¿tendría la caridad de entregar usted misma a don César mi anillo pastoral? Aquí lo tiene.

Clelia tomó el anillo, pero no sabía dónde guardarlo para no perderlo.

—Póngaselo en el pulgar —dijo el arzobispo; y él mismo se lo colocó—. ¿Puedo contar con usted para entregar este anillo?

—Sí, monseñor.

—¿Quiere prometerme el secreto de lo que voy a añadir, incluso en el caso de que no juzgara conveniente acceder a mi demanda?

—Desde luego, monseñor —respondió la joven toda trémula al ver el semblante sombrío y grave que el anciano había tomado de pronto—. Nuestro respetable arzobispo —añadió— sólo puede darme órdenes dignas de él y de mí.

—Diga a don César que le recomiendo a mi hijo adoptivo: sé que los esbirros que le han raptado no le dieron tiempo para coger el breviario; ruego a don César que le preste el suyo, y si su señor tío quiere enviar mañana al arzobispado, yo me encargo de reemplazar el libro dado a Fabricio. Ruego a don César que haga llegar también al señor Del Dongo el anillo que lleva ahora esa linda mano.

El arzobispo fue interrumpido por el general Fabio Conti, que venía a recoger a su hija para llevarla a su carruaje. Hubo entre ellos un breve momento de conversación, no desprovisto de habilidad por parte del prelado. Sin hablar para nada del nuevo preso, se las arregló para traer a cuento en el curso de la conversación, ciertas máximas morales y políticas. Por ejemplo hay momentos de crisis en la vida de las cortes que deciden para mucho tiempo de la existencia de los más altos personajes; sería de una imprudencia notable transformar en odio personal la situación de alejamiento político que suele ser el simple resultado de posiciones opuestas. El arzobispo, dejándose llevar un poco del hondo disgusto que le producía una detención tan imprevista, llegó a decir que sin duda había que conservar las posiciones de que se gozaba, pero que sería una imprudencia gratuita atraerse para lo sucesivo odios furibundos prestándose a ciertas cosas que no se olvidan.

Ya el general en la carroza con su hija, le dijo:

—Esto pudiera parecer una amenaza… ¡Amenazas a un hombre como yo!

Tales fueron las únicas palabras que se cambiaron entre el padre y la hija en los veinte minutos del trayecto.

Al recibir el anillo pastoral del arzobispo, Clelia se había prometido hablar a su

padre, cuando estuvieran en el coche, del pequeño servicio que le pedía el prelado; mas después de pronunciar aquél con tanta cólera la palabra amenazas, dio por seguro que su padre interceptaría el mensaje; llevaba aquel anillo tapado con la mano izquierda y lo apretaba con pasión. Durante todo el tiempo que tardaron en ir del Ministerio del Interior a la ciudadela, se preguntaba si sería un pecado no decir aquello a su padre. Era muy piadosa, muy timorata, y su corazón, generalmente tan sereno, palpitaba con celeridad inhabitual. Mas ya se aproximaba el coche a la ciudadela, y resonó el *quién vive* del centinela que hacía guardia en la muralla sobre la puerta principal, antes que Clelia hubiera hallado los términos convenientes para inclinar a su padre a no negarle lo que pretendía: tanto temía esta negativa. Nada encontró tampoco mientras subían los trescientos sesenta escalones que conducían al palacio del gobernador.

Apresuróse a hablar a su tío, que la reprendió y se negó a prestarse a nada.

# XVI

—¡Bueno! —exclamó el general al ver a su hermano don César—; ya estamos enfrentados con la duquesa, que va a gastarse cien mil escudos en burlarse de mí y hacer escapar al preso.

Mas, por el momento, nos vemos obligados a dejar a Fabricio en su prisión, en lo más alto de la ciudadela de Parma; allí le guardan bien, y acaso le encontremos un poco cambiado. Hemos de ocuparnos ante todo de la corte, donde algunas intrigas muy complicadas y, sobre todo, las pasiones de una mujer desdichada van a decidir de la suerte de nuestro héroe. Mientras subía los trescientos noventa escalones de su prisión en la torre Farnesio, bajo la vigilancia del gobernador, Fabricio, que tanto había temido aquel momento, se encontró con que no tenía tiempo de pensar en su desdicha.

Al entrar en su casa después de la velada del conde Zurla, la duquesa despidió a sus doncellas con un gesto. Luego, dejándose caer vestida en el lecho, exclamó en voz alta:

*—¡Fabricio está en poder de sus enemigos, y quizá le van a envenenar por culpa mía!*

¿Cómo pintar el momento de angustia desesperada que siguió a esta manera de plantear la situación, en una mujer tan poco precavida, tan esclava de la sensación presente y, sin confesárselo, perdidamente enamorada del joven preso? Gritos inarticulados, arrebatos de rabia, movimientos convulsivos, pero ni una sola lágrima. Había despedido a sus criadas precisamente para que no la vieran llorar: temía romper en sollozos en cuanto estuviera sola; pero las lágrimas, ese primer alivio de los grandes dolores, no acudieron a sus ojos. Aquella alma noble estaba demasiado dominada por la ira, la indignación, el sentimiento de su inferioridad frente al príncipe.

«¡Qué humillación! —exclamaba continuamente—; se me ultraja, y, lo que es peor, se expone la vida de Fabricio, ¡y no había de vengarme! ¡Poco a poco, príncipe mío!: tú me matas, sea, puesto que tienes poder para ello; pero luego seré yo la que te quite la vida. ¡Ay, pobre Fabricio!, ¿de qué te serviría? ¡Qué diferencia con aquel día en que yo quise abandonar Parma!; y sin embargo, entonces me creía desgraciada: ¡qué ceguera! Iba a romper con todas las costumbres de una vida placentera; sin saberlo, ¡ay de mí!, en aquel momento se jugaba mi suerte. Si el conde no hubiera suprimido, por sus infames hábitos de miserable cortesano, la frase *procedimiento injusto* en aquella carta fatal que me otorgaba la vanidad del príncipe, estaríamos salvados. Yo había tenido la suerte más que la habilidad, hay que reconocerlo, de poner en juego su amor propio en relación con su amada ciudad de Parma. Entonces yo amenazaba con marcharme, entonces yo era libre… ¡Dios mío, qué esclava soy

ahora! Ahora me veo hundida en esta infame cloaca, y Fabricio encadenado en la ciudadela, en esa ciudadela que para tantos hombres distinguidos ha sido la antesala de la muerte, y ya no puedo tener a raya a ese tigre con el temor de verme partir para siempre.

»Es lo bastante inteligente para darse cuenta de que yo no me alejaré jamás de la torre infame en que está encadenado mi corazón. Ahora, la vanidad ofendida de ese hombre puede sugerirle las ideas más singulares; su rara crueldad no hará sino incitar su pasmosa vanidad. Si reincide en sus antiguos propósitos de insípida galantería, si me dice: "Acepte los homenajes de su esclavo, o Fabricio perece", entonces se reproducirá la vieja historia de Judith… Sí, aunque para mí no es más que un suicidio, para Fabricio es un asesinato; el tontaina del sucesor, nuestro príncipe real, y el infame verdugo Rassi mandarán a Fabricio a la horca como cómplice mío.»

La duquesa prorrumpió en gritos; aquella alternativa, de la que no veía ningún medio de salir, torturaba su desdichado corazón. Su perturbado cerebro no veía ninguna otra probabilidad en el futuro. Pasó diez minutos de furiosa agitación, hasta que un sueño de puro agotamiento vino a amainar por unos momentos aquel horrible estado; se le acababa la vida. Al cabo de unos minutos, se despertó sobresaltada y se encontró sentada en el lecho; le parecía ver al príncipe cortándole la cabeza a Fabricio en presencia suya. ¡Con qué ojos extraviados miró en torno! Cuando por fin se convenció de que no tenía ante la vista ni al príncipe ni a Fabricio, volvió a caer sobre el lecho y estuvo a punto de desmayarse. Era tal su debilidad fisica, que no se sentía con fuerzas para cambiar de postura.

«¡Dios mío, si pudiera morir!… —se dijo—. Pero, ¡qué cobardía!: ¡abandonar yo a Fabricio en el infortunio! Estoy delirando… En fin, volvamos a la realidad; examinemos con calma la horrible situación en que me he metido como por gusto. ¡Qué funesto disparate venir a vivir a la corte de un príncipe absoluto!, a un tirano que conoce a todas sus víctimas, cada mirada de las mismas le parece un desafío a su poder. Esto fue lo que, por desgracia, no vimos ni el conde ni yo cuando dejé Milán; yo creía en los atractivos de una corte agradable; algo inferior, es cierto, pero algo al fin parecido a los hermosos tiempos del príncipe Eugenio.

»De lejos, no nos imaginamos lo que es la autoridad de un déspota que conoce de vista a todos sus súbditos. La forma exterior del despotismo es la misma que la de los demás gobiernos: hay jueces, por ejemplo, pero son jueces como Rassi; ¡ah, monstruo!; no sería para él nada extraordinario hacer ahorcar a su propio padre si el príncipe se lo ordenara: le llamaría a esto cumplir con su deber… ¡Seducir a Rassi!, desdichada de mí, no poseo ningún medio para ello. ¿Qué puedo ofrecerle?: acaso cien mil francos; pero se dice que con ocasión de la última puñalada de que le hizo escapar la ira del cielo contra este desdichado país, el príncipe le mandó diez mil cequíes de oro en un cofre. Por otra parte, ¿se podría seducirle con dinero? Esa alma

vil, que nunca ha visto sino desprecio en las miradas de los hombres, ahora tiene el placer de ver el temor y hasta el respeto puede llegar a ministro de Policía, ¿por qué no? Entonces, las tres cuartas partes de los habitantes del país serán sus bajos cortesanos, y temblarán ante él tan servilmente como él tiembla ante el soberano.

»Ya que no puedo huir de este lugar aborrecido, es preciso que sea útil a Fabricio: viviendo sola, aislada, desesperada, ¿qué podría hacer por él? Vamos pues, adelante, desdichada mujer: cumple con tu deber; preséntate en el mundo, finge que ya no piensas en Fabricio… ¡Fingir, olvidarte, ángel amado!»

Al modular estas palabras, la duquesa se deshizo en lágrimas; por fin podía llorar. Transcurrida una hora concedida a la debilidad humana, vio, un poco aliviada, que sus ideas comenzaban a ser más claras. «¡Si yo tuviera la alfombra mágica —se dijo — para sacar a Fabricio de la ciudadela y refugiarme con él en algún país afortunado donde no pudieran perseguirnos! Por ejemplo, París. Viviríamos por lo pronto con los mil doscientos francos que el administrador de su padre me pasa con una puntualidad tan ridícula. Yo podría reunir cien mil francos con los restos de mi fortuna.» Y la imaginación de la duquesa se recreaba, con momentos de inefables delicias, en todos los detalles de la vida que llevaría a trescientas leguas de Parma. «Allí —se decía—, Fabricio podría entrar en el servicio con un nombre supuesto… No tardaría el joven Valserra en hacerse una reputación en un regimiento de esos bravos franceses; por fin sería dichoso.»

Estas imágenes venturosas provocaron de nuevo las lágrimas, pero ahora eran lágrimas dulces. ¡La felicidad existía, pues, en alguna parte! Permaneció así bastante tiempo; a la pobre mujer la horrorizaba volver a la contemplación de la espantosa realidad. Por fin, cuando ya el alba comenzaba a dibujar con una línea blanca las copas de los árboles de su jardín, la duquesa hizo un esfuerzo por volver a la realidad. «Dentro de unas horas —se decía—, estaré ya en el campo de batalla, tendré que entrar en acción, y si me acontece algo irritante, si al príncipe se le ocurre decirme algo relativo a Fabricio, no estoy segura de poder conservar toda mi sangre fría. Tengo, pues, que tomar ahora mismo las resoluciones oportunas.

»Si se me declara criminal de Estado, Rassi mandará embargar todo lo que hay en este palacio; el primero de este mes, el conde y yo quemamos, según costumbre, todos los papeles de que pudiera abusar la policía, ¡y lo divertido es que él es ministro de Policía! Poseo tres diamantes de algún valor; mañana, Fulgencio, mi antiguo barquero de Grianta, irá a ponerlos en seguridad en Ginebra. Si alguna vez escapa Fabricio (¡Dios mío, sedme propicio!, e hizo la señal de la cruz), la inconmensurable cobardía del marqués del Dongo juzgará que es pecado enviar el pan a un hombre perseguido por un príncipe legítimo, y entonces Fabricio tendrá al menos mis diamantes, tendrá pan.

»Despedir al conde… , porque estar a solas con él después de lo ocurrido, eso me

es imposible. ¡Pobre hombre!; no es malo, al contrario, no es más que débil. Esa alma vulgar no está a la altura de las nuestras. ¡Pobre Fabricio, lástima que no puedas estar aquí un momento conmigo para celebrar consejo sobre nuestros peligros!

»La meticulosa prudencia del conde sería un obstáculo a todos mis proyectos, y por otra parte no debo arrastrarle en mi perdición… Pues, ¿quién me dice que la vanidad del príncipe no me encarcelará? Pueden decir que he conspirado… nada más fácil que probarlo. Si me enviara a su ciudadela y pudiese yo, a fuerza de oro, hablar con Fabricio, aunque sólo fuera un momento ¡con qué valor iríamos juntos a la muerte! Pero dejemos estas locuras, su Rassi le aconsejaría acabar conmigo mediante el veneno; mi presencia en las calles metida en una carreta podría mover la sensibilidad de sus queridos parmesanos… Pero ¿qué es esto?; ¡siempre la novela! ¡Ay, se le deben perdonar estas locuras a una pobre mujer cuya suerte es en realidad tan triste! En todo esto, la verdad es que el príncipe no hará que me maten, pero nada más fácil que encerrarme, retenerme en una prisión y hacer ocultar en un rincón de mi palacio toda clase de papeles sospechosos como hicieron con el pobre L***. Luego basta con tres jueces y una docena de testigos falsos, no de los más canallas, pues habrá lo que ellos llaman *cuerpos del delito.* Se me puede condenar a muerte por conspiración, y entonces el príncipe, en su infinita piedad, considerando que en otro tiempo he tenido el honor de ser recibida en su corte, me conmutará la pena por diez años de fortaleza. Naturalmente, yo, por no desmentir este carácter violento que tantas estupideces ha hecho decir a la marquesa Raversi y a mis otros enemigos, me envenenaré valientemente. Al menos el público tendrá la bondad de creerlo así; pero yo apuesto que el Rassi aparecerá en mi calabozo para ofrecerme galantemente de parte del príncipe un frasquito de estricnina o de opio de Perusa.

»Sí, es preciso romper muy ostensiblemente con el conde, pues no quiero arrastrarle en mi perdición. Sería una infamia: ¡me ha amado con tanto candor el pobre hombre! La tonta he sido yo en creer que en un verdadero cortesano quedaba bastante alma para ser capaz de amar. Con toda probabilidad, el príncipe hallará cualquier pretexto para encarcelarme; tendrá miedo de que pervierta a la opinión pública en el asunto de Fabricio. El conde es hombre de honor, y hará sin vacilar un instante lo que los pazguatos de esta corte, en su profundo asombro, llamarán una locura: abandonar la corte. Desafié la autoridad del príncipe la noche de la esquelita; puedo esperarlo todo de su vanidad herida: ¿acaso un hombre que ha nacido príncipe olvida jamás lo que le hice pasar aquella noche? Por otra parte, separado de mí, el conde estará en mejor situación para ser útil a Fabricio. Pero, ¿y si el conde, desesperado por mi resolución, se vengara?… No, jamás se le pasará por las mentes semejante idea; no tiene el alma esencialmente baja del príncipe. El conde puede, aunque gimiendo, firmar un decreto infame, pero es hombre de honor. Y además, ¿de qué había de vengarse?; ¿de que, después de haberle amado cinco años sin inferir la

menor ofensa a su amor, le diga: querido conde, yo tenía la fortuna de amarle, pero esa llama se ha extinguido; ya no le amo, mas conozco el fondo de su corazón; le guardo una profunda estimación y será siempre mi mejor amigo? ¿Qué puede replicar un caballero a una declaración tan sincera?

»Tomaré un nuevo amante, o al menos así lo parecerá en el mundo. Le diré a este amante: "En el fondo, el príncipe hace bien en castigar la ligereza de Fabricio; pero seguramente, el día de su santo nuestro magnánimo soberano le pondrá en libertad:" Así voy ganando seis meses. El nuevo amante elegido por la prudencia sería ese juez vendido, ese infame verdugo, ese Rassi… Se sentiría ennoblecido por esta elección y en realidad yo le daría acceso a la buena sociedad… ¡Perdóname Fabricio!: semejante esfuerzo está para mí fuera de lo posible. ¡Ese monstruo, todavía manchado con la sangre del conde P***, y de D***! ¡Me desmayaría de asco si se acercara a mí, o más bien cogería un puñal y lo hundiría en su infame corazón! ¡Que no me pidan cosas imposibles!

»¡Sí, ante todo, olvidar a Fabricio!, y ni una sombra de ira contra el príncipe; recobrar mi alegría ordinaria que será más grata a esas almas abyectas; primero, porque parecerá que me someto de buen grado a su soberano, y en segundo lugar porque, lejos de burlarme de ellos tendré mucho cuidado en poner de relieve sus lindos y pequeños méritos. Por ejemplo, felicitaré al conde Zurla por la belleza de la pluma blanca de su sombrero, que acaba de mandar traer de Lyon por un correo y que le hace feliz.

»Elegir un amante en el partido de la Raversi… Si el conde se va, será éste el partido ministerial, y ahí estará el poder. Será un amigo de la Raversi el que reine en la ciudadela, pues Fabio Conti ascenderá a ministro. ¿Cómo es posible que el príncipe, hombre de buen trato, inteligente, acostumbrado a las maneras encantadoras del conde, pueda tratar de negocios con ese buey, con ese *rey* de los majaderos que ha consagrado toda su vida a este problema capital: "¿Deben los soldados de Su Alteza llevar en la guerrera siete botones, o nueve?". ¡Son esos idiotas, muy envidiosos de mí, y ahí está tu mayor peligro, Fabricio querido, son esos idiotas enfurecidos los que van a decidir mi suerte y la tuya! Por lo tanto, no hay que permitir que el conde presente la dimisión. ¡Que siga, aunque tenga que sufrir las mayores humillaciones! Él se figura siempre que presentar la dimisión es el mayor sacrificio que puede hacer un primer ministro, y cada vez que el espejo le dice que va envejeciendo, me ofrece ese sacrificio. Conque rompimiento completo; sí, y reconciliación sólo en el caso de que no hubiera otro medio de impedirle que se marche. Seguramente pondré en el despido toda la buena amistad posible; pero después de la omisión cortesanesca de la frase *procedimiento injusto* en la carta del príncipe, noto que, para no odiarle, tengo necesidad de no verle en unos meses. Aquella noche decisiva, yo no necesitaba para nada su talento; bastaba con que escribiera al dictado mío sin omitir aquellas palabras

que yo *había ganado* con mi carácter; pero se impusieron sus hábitos de bajo cortesano. Me decía al día siguiente que no habría podido hacer firmar un absurdo a su príncipe, que hubieran sido necesarias *cartas de gracia;* pero, ¡Dios santo!, con gentes como éstas, con esos monstruos de vanidad y de rencor que se llaman *Farnesio,* se toma lo que se puede.»

Esta idea reanimó toda la ira de la duquesa. «¡El príncipe me ha engañado —se decía—, y con qué cobardía!… Ese hombre no tiene perdón: es inteligente, sagaz, reflexivo; no tiene de bajo más que las pasiones. El conde y yo lo hemos notado veinte veces: su inteligencia sólo es vulgar cuando se imagina que han querido ofenderle. Pues bien, el delito de Fabricio es ajeno a la política, es un pequeño homicidio como ocurren cien al año en estos dichosos estados, y el conde me ha jurado que ha mandado recoger los informes más exactos y que Fabricio es inocente. Ese Giletti no carecía de bravura, y al verse a dos pasos de la frontera, le acometió de pronto la tentación de deshacerse de un rival afortunado.»

La duquesa se detuvo mucho tiempo a examinar si era posible creer en la culpabilidad de Fabricio; no porque ella juzgara gran pecado, en un gentilhombre del rango de su sobrino, deshacerse de la impertinencia de un histrión, sino porque, en su desesperación, comenzaba a darse cuenta vagamente de que se vería obligada a la lucha para probar la inocencia de Fabricio. «No —se dijo por fin—, he aquí una nueva prueba decisiva: es como el pobre Pietranera, llevaba siempre armas en todos los bolsillos, y aquel día solamente una mala escopeta de un cañón; y para eso se la había prestado uno de sus hombres.

»Odio al príncipe porque me ha engañado, y de la manera más cobarde, después de su carta de perdón mandó secuestrar al pobre mozo en Bolonia, etc. Pero ya arreglaremos esa cuenta.»

A eso de las cinco de la mañana, la duquesa, derrumbada por tan largo acceso de desesperación, llamó a sus doncellas, que, al entrar, lanzaron un grito. Al hallarla tendida en su lecho completamente vestida, con sus diamantes, blanca como las sábanas y con los ojos cerrados, creyeron verla expuesta en el lecho mortuorio. La habrían creído completamente desmayada de no recordar que acababa de tocar la campanilla. Algunas lágrimas, muy pocas, corrían de vez en cuando por sus mejillas insensibles; las doncellas comprendieron por una seña que quería que la metieran en la cama.

Desde la velada del ministro Zurla, el conde se había presentado dos veces en casa de la duquesa; como se negara a recibirle, le escribió que tenía que pedirle un consejo referente a él mismo. «¿Debía conservar su cargo después de la afrenta que habían osado infligirle?» El conde añadía: «El muchacho es inocente; mas, aunque fuera culpable, ¿se le debía detener sin advertirme a mí, su protector declarado?» La duquesa no *leyó* esta carta hasta el día siguiente.

El conde no era virtuoso; se puede incluso añadir que lo que los liberales entienden por *virtud* (procurar la felicidad de los más) le parecía una filfa; él se creía obligado a procurar ante todo la felicidad del conde Mosca della Rovere, pero obraba con arreglo al honor y con toda sinceridad cuando hablaba de su dimisión. No había dicho jamás una mentira a la duquesa; por lo demás, la duquesa no prestó la menor atención a aquella carta; su decisión, y una decisión bien penosa, estaba ya tomada: *fingir que olvidaba a Fabricio.* Después de este esfuerzo, todo lo demás le era indiferente.

Al día siguiente, a eso del mediodía, el conde, que había estado diez veces en el palacio Sanseverina, fue por fin recibido; quedó aterrado al ver a la duquesa… «¡Tiene cuarenta años —se dijo—, y ayer tan brillante, tan joven!… Todo el mundo dice que, durante su larga conversación con Clelia Conti, parecía tan joven como ella y mucho más seductora.»

La voz y el tono de la duquesa eran tan extraños como la estampa de su persona. Aquel tono, despojado de toda su pasión, de todo interés humano, de toda cólera, hizo palidecer al conde; le recordó a un amigo suyo que, pocos meses antes, a punto de morir y ya sacramentado, había querido hablar con él.

Al cabo de unos minutos, la duquesa pudo hablarle. Le miró, y sus ojos permanecieron apagados.

—Debemos separarnos, querido conde —le dijo con voz débil, pero bien articulada y que la duquesa se esforzaba en hacer amable—; debemos separarnos, es necesario. El cielo me es testigo de que, en cinco años, mi conducta con usted ha sido irreprochable. Me ha proporcionado una existencia brillante en lugar del tedio que me estaba destinado en el castillo de Grianta: a no ser por usted, hubiera llegado a la vejez unos años más pronto… Por mi parte, no he tenido otra ocupación que procurar hacerle feliz. Precisamente porque le quiero le propongo esta separación *à l'amiable,* como dicen en Francia.

El conde no comprendía, y la duquesa se vio obligada a repetir varias veces. Una palidez mortal le cubrió el rostro, y, cayendo de rodillas al pie de su lecho, dijo todo lo que el desconcierto más profundo y luego la desesperación más viva pueden inspirar a un hombre inteligente perdidamente enamorado. Insistía a cada momento en presentar la dimisión y seguir a su amiga a cualquier lugar retirado a mil leguas de Parma.

—¡Se atreve a hablarme de partir dejando aquí a Fabricio! —exclamó por fin la duquesa incorporándose a medias. Pero al notar que el nombre de Fabricio producía una impresión penosa, añadió al cabo de un momento de reposo y apretándole ligeramente la mano—: ¡No, querido amigo, no le diré que le he amado con esa pasión y esos delirios que no se sienten, a mi juicio, pasados los treinta años, y yo estoy ya muy lejos de esa edad. Le habrán dicho que yo amaba a Fabricio, pues ya sé

que ese rumor ha corrido por esta corte perversa —los ojos le brillaron por primera vez en esta conversación al pronunciar la palabra *perversa*—. Le juro por Dios y por la vida de Fabricio que entre él y yo no ha pasado jamás absolutamente nada que no pudieran ver los ojos de un tercero. No le diré tampoco que le quiero exactamente como una hermana; le quiero instintivamente, por decirlo así. Amo su arrojo, tan sencillo y tan perfecto, que puede decirse que él mismo no lo nota; recuerdo que esta clase de admiración comenzó al volver él de Waterloo. Era todavía un niño, a pesar de sus diecisiete años; su gran preocupación era saber si realmente había asistido a la batalla y en caso afirmativo si podía decir que se batió, él que no había marchado al asalto de ninguna batería ni de ninguna columna enemiga. Fue durante nuestras discusiones sobre este importante tema cuando yo comencé a ver en él una gracia perfecta. Descubría su alma grande; ¡cuántas sabias mentiras hubiera dicho en su lugar un joven bien educado! En fin, si él no es feliz, no puedo serlo yo. Esta frase pinta bien el estado de mi corazón; si no es toda la verdad, es al menos todo lo que de ella veo.

El conde, animado por este tono de franqueza y de intimidad, intentó besarle la mano, pero ella la retiró con una especie de horror.

—Eso ya se acabó —le dijo—; soy una mujer de treinta y siete años, me encuentro a las puertas de la vejez, con todo el desaliento de la misma, y hasta quizá estoy cerca de la tumba. Un momento terrible, según dicen y, sin embargo, me parece que lo deseo. Experimento el peor síntoma de vejez: mi corazón está muerto por esta horrible desgracia: ya no puedo amar. Ya sólo es para mí, querido conde, la sombra de alguien que me fue muy querido. Diré más: sólo la gratitud me hace hablarle así.

—¿Qué va a ser de mí? —le repetía el conde—; ¡de mí, que la amo con mayor pasión que en los primeros días, cuando la veía en La Scala!

—He de confesarle una cosa, querido amigo: hablar de amor me fastidia y me parece indecente. ¡Vamos —añadió tratando de sonreír, pero en vano—, valor!; sea hombre inteligente, hombre sensato, hombre de recursos en las ocasiones. Sea para mí lo que es para los indiferentes: el hombre más inteligente y el mejor político que ha producido Italia en varios siglos.

El conde se levantó y se paseó en silencio durante unos momentos.

—Imposible, querida mía —le dijo al fin—; ¡me siento desgarrado por la pasión más violenta, y me pide que interrogue a mi razón! ¡La razón ya no existe para mí!

—No hablemos de pasión, por favor —insistió la duquesa en tono seco; y al cabo de dos horas de conversación fue ahora la primera vez que su voz tomó alguna expresión.

El conde, desesperado él mismo, procuró consolarla.

—Me ha engañado —exclamó la duquesa sin responder en modo alguno a las razones de esperanza que le exponía el conde—; me ha engañado de la manera más

cobarde —y su mortal palidez desapareció por un instante; pero el conde observó que ni en aquel momento de violenta excitación tenía fuerza para levantar los brazos.

«¡Dios santo! —se dijo—, ¿será posible que esté sólo enferma?; pero en ese caso sería un síntoma de enfermedad muy grave.» Y, profundamente preocupado, propuso mandar a buscar al célebre Razori, el primer médico de Parma y de Italia.

—¿Quiere, pues, proporcionar a un extraño el placer de conocer toda la magnitud de mi desesperación?… ¿Es ése el consejo de un traidor, o el de un amigo? —y le miró con ojos extraviados.

«Esto se acabó —se dijo desesperado el conde—: ¡ya no siente ningún amor por mí!; más aún: ni siquiera me coloca en el rango de los hombres de honor corrientes.»

—He de decirle —añadió el conde hablando con el más tierno interés— que me he ocupado ante todo de averiguar detalles sobre la detención que tanto nos desespera, y, ¡cosa rara!, todavía no he podido averiguar nada positivo. He mandado interrogar a los gendarmes del puesto vecino; vieron llegar al preso por la carretera de Castelnovo y recibieron orden de seguir su *sediola*. En seguida he mandado a Bruno, cuyo celo y lealtad conoce usted, con orden de ir de posta en posta hasta saber cómo fue detenido Fabricio.

Al oír el nombre de Fabricio, la duquesa se estremeció.

—Perdóneme, amigo —dijo al conde en cuanto pudo hablar—; esos detalles me interesan mucho; démelos todos, explíqueme bien hasta las más nimias circunstancias.

—Pues bien, señora mía —continuó el conde adoptando un tono ligero por tratar de distraerla un poco—, voy a enviar un hombre de confianza a Bruno para que éste llegue hasta Bolonia; acaso fue allí donde detuvieron a nuestro mozo. ¿De qué fecha es su última carta?

—Del martes, hace cinco días.

—¿La han abierto en el correo?

—Ni la menor traza de abertura. Estaba escrita en un papel horrible; la dirección, con letra de mujer, a nombre de una vieja lavandera parienta de mi doncella. La lavandera cree que se trata de una intriga amorosa, y la Chekina le paga el porte de las cartas sin añadir nada.

El conde, que había adoptado ya por completo el tono de un hombre de negocios, procuró descubrir, discutiendo con la duquesa, el día en que debió de realizarse la detención en Bolonia. Sólo entonces se dio cuenta, él, que ordinariamente tenía tan fino tacto, de que aquél era el tono conveniente. Aquellos detalles interesaban a la infortunada mujer y parecían distraerla un poco. Si el conde no hubiera estado enamorado, se le habría ocurrido esta idea tan sencilla desde que entró en la estancia. La duquesa le despidió para que pudiera enviar en seguida las nuevas órdenes al fiel Bruno. Como surgió la cuestión de saber si había habido sentencia antes del momento

en que el príncipe firmó la carta dirigida a la duquesa, ésta se apresuró a aprovechar la ocasión para decir al conde:

—No le reprocharé el haber omitido las palabras *procedimiento injusto* en la carta que escribió y que él firmó: era el instinto de cortesano que le dominaba; sin darse cuenta, prefería el interés de su amo al de su amiga. Ha puesto sus actos a mis órdenes, querido conde, y ello desde hace mucho tiempo, pero cambiar su naturaleza es cosa que está por encima de su poder; posee grandes talentos para ser ministro, pero tiene además el instinto del oficio. La supresión de la palabra *injusto* me pierde; pero me libraré muy bien de reprochárselo: fue culpa del instinto y no de la voluntad.

»Recuerde —añadió cambiando de tono y con el aire más imperioso— que no estoy demasiado afligida por el secuestro de Fabricio, que no tengo la menor veleidad de alejarme de este país, que tengo gran respeto al príncipe. Esto es lo que debe decir, y esto es lo que quiero decirle yo: como me propongo dirigir sola mi conducta en lo sucesivo, quiero separarme de usted amigablemente, es decir, como una buena y vieja amiga. Hágase cuenta de que tengo sesenta años: la mujer joven murió en mí, ya no puedo tomar nada con exageración, ya no puedo amar. Pero sería aún más desdichada de lo que soy si me ocurriera la desgracia de comprometer su destino. Puede convenir a mis planes aparentar que tengo un amante joven, y no quisiera que se afligiera por eso. Puedo jurarle por la felicidad de Fabricio —y se paró medio minuto después de pronunciada esta palabra— que en cinco años de relaciones jamás le he hecho una infidelidad. Es mucho tiempo —añadió tratando de sonreír; sus pálidas mejillas se contrajeron levemente, pero los labios no lograron separarse—. Le juro que ni siquiera tuve nunca el propósito ni el deseo de engañarle. Bien sentado esto, déjeme.

El conde salió desesperado del palacio Sanseverina: veía en la duquesa la intención completamente decidida de separarse de él, y jamás estuvo tan perdidamente enamorado. Ésta es una de las cosas sobre las cuales me veré obligado a insistir a menudo, porque son improbables fuera de Italia. Al volver a su casa, envió hasta seis personas diferentes por la carretera de Castelnovo y de Bolonia, con diversas cartas. «Pero esto no basta —se dijo el desventurado conde—: el príncipe puede tener el capricho de hacer ejecutar a esa desdichada criatura, y sólo por vengarse del tono con que le trató la duquesa la noche de la carta fatal. Yo me daba perfecta cuenta de que la duquesa rebasaba unos límites que no deben franquearse jamás, y fue por remediarlo por lo que yo cometí la increíble estupidez de suprimir las palabras *procedimiento injusto,* únicas que comprometían al soberano… ¡Pero bah!, ¿acaso hay algo que pare a esas gentes? Ésta es sin duda la mayor falta de mi vida, pues he arriesgado lo único que puede darle para mí un valor. Ahora es preciso reparar esta torpeza a fuerza de actividad y de habilidad. Y si no puedo conseguir nada, ni aun sacrificando un poco de mi dignidad, dejo plantado a ese hombre. Con todos sus sueños de alta política, con sus ideas de hacerse rey constitucional de

Lombardía, veremos cómo me sustituye… Fabio Conti no es más que un mentecato, y el talento de Rassi se reduce a hacer ahorcar legalmente a un hombre que incurre en el desagrado del poder.»

Una vez bien tomada esta resolución de renunciar al ministerio si los rigores con Fabricio rebasan los de una simple detención, el conde se dijo: «Si un capricho de la vanidad de ese hombre imprudentemente desafiada me cuesta la felicidad, por lo menos me quedará el honor… A propósito, puesto que me burló de mi cartera, puedo permitirme cien acciones que, todavía esta mañana, me hubieran parecido irrealizables. Por ejemplo, voy a intentar todo lo humanamente factible para que se fugue Fabricio… ¡Dios Santo! —exclamó el conde interrumpiéndose y abriendo mucho los ojos como si viera la felicidad imprevista—; la duquesa no me ha hablado de fuga: ¿habrá sido insincera por primera vez en su vida, y el rompimiento obedecerá sólo al deseo de que yo traicione al príncipe? ¡Vive Dios que ya está hecho!».

Los ojos del conde habían recobrado toda su agudeza satírica. «A ese simpático fiscal Rassi le paga el amo por todas las sentencias que nos deshonran en Europa, pero no es capaz de rechazar que le pague yo por traicionar los secretos del amo. Ese animal tiene una manceba y un confesor, pero la manceba es de una especie demasiado vil para que yo pueda hablarle; al día siguiente contaría la entrevista a todas las verduleras de la vecindad.» El conde, resucitado por este rayo de esperanza, estaba ya camino de la catedral; asombrado de la ligereza de su paso, sonrió a pesar de su disgusto. «¡Lo que es no ser ya ministro!», se dijo. La catedral, como muchas iglesias de Italia, sirve de pasadizo de una calle a otra; el conde vio de lejos a uno de los grandes vicarios del arzobispo que atravesaba la nave.

—Ya que le encuentro —le dijo—, tendrá la bondad de evitar a mi gota la terrible fatiga de subir a las habitaciones de monseñor el arzobispo. Le quedaría sumamente agradecido si se dignara bajar a la sacristía.

Al arzobispo le causó gran placer este mensaje; tenía mil cosas que decir al ministro sobre Fabricio. Pero el ministro adivinó que tales cosas no eran más que frases, y no quiso escucharle.

—¿Qué clase de hombre es Dugnani, vicario de San Pablo?

—Poca inteligencia y mucha ambición —contestó el arzobispo—; pocos escrúpulos y una total pobreza, ¡pues nosotros tenemos vicios!

—¡Caramba, monseñor! —exclamó el ministro—, pinta como Tácito —y se despidió de él sonriendo. Apenas de vuelta al ministerio, mandó llamar al abate Dugnani.

—Usted dirige la conciencia de mi excelente amigo el fiscal general Rassi: ¿no tendrá nada que decirme? —y sin otras palabras ni más ceremonias, despidió a Dugnani.

# XVII

El conde se consideraba como fuera del ministerio. «Vamos a ver —se dijo— cuántos caballos podremos tener después de mi caída en desgracia, pues así llamarán a mi retirada.» El conde hizo el balance de su fortuna. Había entrado en el ministerio con ochenta mil francos de capital. Con gran sorpresa suya, se encontró con que su haber presente, todo incluido, no llegaba a quinientos mil francos. «A lo sumo, veinte mil libras de renta —se dijo—. ¡Hay que reconocer que soy un insensato! No hay burgués en Parma que no me atribuya cincuenta mil libras de renta, y en esto el príncipe es más burgués que nadie. Cuando me vean en la pobreza, dirán que sé muy bien ocultar mi fortuna. ¡Diablo! —exclamó—, si soy ministro tres meses más, he de doblar esta fortuna.» Vio en esta idea una ocasión de escribir a la duquesa, y la aprovechó con avidez. Mas, para hacerse perdonar una carta en los términos en que se encontraban, la abrumó de cifras y de cálculos. «Sólo dispondremos de veinte mil libras de renta —le decía— para vivir los tres en Nápoles: Fabricio, usted y yo. Fabricio y yo tendremos un caballo de silla para los dos.» Acababa apenas el ministro de enviar esta carta, cuando le anunciaron al fiscal Rassi.

Le recibió con una altanería rayana en impertinencia.

—¡Muy bien, caballero! —le dijo—; hace usted secuestrar en Bolonia a un conspirador protegido mío, encima quiere cortarle el cuello y no me dice nada. ¿Sabe siquiera el nombre de mi sucesor? ¿Es el general Conti o usted mismo?

Rassi se quedó aterrado, estaba demasiado poco acostumbrado a la buena sociedad para adivinar si el conde hablaba en serio. Enrojeció mucho y balbuceó algunas palabras poco inteligibles. El conde le miraba y gozaba de su apuro. De pronto, Rassi se rehízo y exclamó con la perfecta naturalidad y el aire de Fígaro cogido en flagrante delito por Almaviva:

—Por vida mía, señor conde, no he de andar con rodeos con Vuestra Merced: ¿qué me dará por contestar a todas sus preguntas como lo haría a las de mi confesor?

—La cruz de San Pablo (la orden de Parma), o dinero, si puede darme un pretexto para concedérselo.

—Prefiero la cruz de San Pablo, porque me ennoblece.

—¡Cómo, querido fiscal!, ¿pero todavía hace algún caso de nuestra pobre nobleza?

—Si yo fuera noble —respondió Rassi con toda la impudicia de su oficio—, los parientes de las personas a quienes he mandado a la horca me odiarían, pero no me despreciarían.

—Pues bien, yo le salvaré del desprecio —dijo el conde—; cúreme usted de mi ignorancia. ¿Qué piensa hacer con Fabricio?

—Verdaderamente el príncipe está muy preocupado: teme que, seducido por los

bellos ojos de Armida, perdone este lenguaje un poco vivo: son los términos exactos del soberano; teme que, seducido por unos bellos ojos que a él mismo le han impresionado un poco, Vuestra Merced le deje plantado, y no tiene a nadie más para los asuntos de Lombardía. Le diré incluso —añadió Rassi bajando la voz— que ésta es una gran ocasión para Vuestra Merced, y que vale bien la cruz de San Pablo que me otorga. El príncipe le concedería, como recompensa nacional, un buen territorio de seiscientos mil francos que él distraería de sus dominios, o una gratificación de trescientos mil francos, si se aviene a no mezclarse en la suerte de Fabricio del Dongo, o al menos a no hablarle del asunto más que en público.

—Yo esperaba algo mejor que eso —dijo el conde—; no ocuparme de Fabricio equivale a romper con la duquesa.

—Eso dice también el príncipe. El hecho es que está terriblemente irritado contra la señora duquesa, sea dicho entre nosotros; y teme que en compensación del rompimiento con esa encantadora dama, ahora que Vuestra Merced está viudo le pida la mano de su prima, la vieja princesa Isota, que sólo tiene cincuenta años.

—Ha acertado —exclamó el conde—, nuestro soberano es sin duda el hombre más perspicaz de sus estados.

Jamás se le había ocurrido al conde la barroca idea de casarse con aquella princesa tan madura; nada menos a propósito para un hombre que se aburría mortalmente con las ceremonias de la corte.

Se puso a jugar con su tabaquera en el mármol de una mesita vecina a su sillón. Rassi vio en aquella actitud preocupada la posibilidad de sacar buen partido. Le brillaron los ojos.

—Por favor, señor conde —exclamó—, si Vuestra Excelencia quiere aceptar el territorio de seiscientos mil francos o la gratificación en dinero, le ruego que no elija otro negociador que yo. Pondré todo mi empeño —añadió bajando la voz— en que se aumente la gratificación en dinero o en que se agregue un bosque bastante importante a las tierras señoriales. Si Vuestra Excelencia se dignara poner un poco de suavidad y aun de halago en su manera de hablar al príncipe de ese barbilindo que está en chirona, acaso podría erigirse en ducado el territorio que la gratitud nacional le ofrecería. Se lo repito a Vuestra Excelencia: el príncipe, por el momento, execra a la duquesa, pero está muy preocupado, hasta el punto de que a veces he pensado en la existencia de alguna circunstancia secreta que no osaba confesar. En el fondo, se puede sacar una mina de oro vendiéndole yo a usted los secretos más íntimos, porque me creen enemigo jurado suyo. En el fondo aunque está furioso con la duquesa, cree también, como todos nosotros, que no hay en el mundo nadie más que el señor conde que sea capaz de llevar a buen término las negociaciones secretas relativas al Milanesado. ¿Me permite Vuestra Excelencia que le repita textualmente las palabras del príncipe? —continuó Rassi animándose—; hay a veces en la posición de las

palabras una fisonomía intraducible, y el señor conde podrá ver en ellas más de lo que veo yo.

—Se lo permito todo —contestó el conde distraído, sin dejar de dar golpecitos en la mesa de mármol con su tabaquera de oro—; se lo permito todo y le quedaré agradecido.

—Déme ejecutorias de nobleza transmisibles, independientemente de la cruz, y quedaré más que satisfecho. Cuando le hablo de ennoblecimiento al príncipe me contesta: «¡Noble un tunante como tú! Habría que cerrar la tienda al día siguiente, pues ya nadie aspiraría en Parma a la nobleza». Volviendo al asunto del Milanesado, el príncipe me decía no hace aún tres días: «No hay más que ese tunante capaz de llevar el hilo de nuestras intrigas; si le echo o si se va tras la duquesa, tendré que renunciar a la esperanza de verme un día jefe liberal y adorado por toda Italia».

Ante estas palabras, el conde Mosca respiró: «¡Fabricio no morirá!», se dijo.

Era la primera vez en su vida que Rassi había podido llegar a una conversación íntima con el primer ministro: estaba loco de satisfacción; veíase en vísperas de poder abandonar aquel nombre de Rassi, que era ya en el país sinónimo de todo lo bajo y vil; la gente del pueblo llamaba Rassi a los perros rabiosos; hacía poco que unos soldados se batieron en duelo porque un camarada había llamado Rassi a otro. En fin, no pasaba semana sin que aquel desdichado nombre saliera a relucir en algún soneto atroz. A su hijo, joven e inocente estudiante de dieciséis años, le expulsaban de los cafés sólo por el nombre. El recuerdo punzante de todas estas delicias de su posición le hizo cometer una imprudencia.

—Poseo un territorio —dijo al conde acercando su silla al sillón del ministro— que se llama Riva: me gustaría ser barón de Riva.

—¿Por qué no? —contestó el ministro. Rassi estaba fuera de sí.

—Pues bien, señor conde, me permitiré ser indiscreto adelantándome a adivinar el objeto de sus deseos: aspira a la mano de la princesa Isota, y es una noble ambición. Una vez emparentado, estará al abrigo de la caída en desgracia, *desarmará* a nuestro hombre. No he de ocultarle que siente repugnancia por esta boda con la princesa Isota; pero si el señor conde confiase sus intereses a una persona hábil *y bien pagada,* no habría por qué desesperar del éxito.

—Yo, querido barón, sí desesperaría; desautorizo, de antemano, todo lo que pueda decir en mi nombre, pero el día en que esta alianza ilustre viniera a colmar mis aspiraciones y a darme tan alta posición en el Estado, le ofrecería trescientos mil francos de mi peculio, o bien aconsejaría al príncipe que le otorgara la prueba de favor que usted mismo prefiriese a esta cantidad de dinero.

Al lector le resultará larga esta conversación, y eso que le hacemos gracia de más de la mitad: se prolongó dos horas más. Rassi salió de casa del conde loco de alegría, y el conde se quedó con grandes esperanzas de salvar a Fabricio y más decidido que

nunca a presentar la dimisión. Juzgaba necesario que su crédito fuese renovado con la presencia en el poder de gentes como Rassi y el general Conti, y gozaba con delicia de una posibilidad que acababa de vislumbrar de vengarse del príncipe.

«Puede obligar a la duquesa a partir, pero vive Dios que tendrá que renunciar a la esperanza de ser rey constitucional de Lombardía.» (Esta quimera era ridícula: el príncipe era muy inteligente, pero a fuerza de pensar en semejante sueño, había llegado a enamorarse locamente de él.) El conde, exultante de alegría, se apresuró a ir a dar cuenta a la duquesa de la conversación con el fiscal. Halló la puerta cerrada para él; el portero casi no se atrevía a transmitirle esta orden, recibida de la propia boca de la duquesa. El conde tornó muy triste al palacio del ministerio; el dolor que acababa de sufrir eclipsaba por entero la alegría que le diera su conversación con el confidente del príncipe. Sin ánimo ya para ocuparse de nada, el conde se paseaba tristemente por su galería de cuadros, cuando, pasado un cuarto de hora, recibió una carta que decía así:

*Puesto que es cierto, querido y buen amigo, que ya no somos más que amigos, no hay que venir a verme más que tres días por semana. Pasados quince días, reduciremos a dos por mes estas visitas, siempre tan caras a mi corazón. Si quiere darme gusto, dé publicidad a esta especie de ruptura; si quisiera renovar en mí casi todo el amor que en otro tiempo le tuve, exigiría una nueva amiga. Por lo que a mí toca, tengo grandes proyectos de disipación: me propongo frecuentar mucho el gran mundo, y hasta es posible que encuentre un hombre inteligente que me haga olvidar mis penas. Con toda seguridad, ocupará siempre, como amigo, el primer puesto en mi corazón, pero no quiero ya que se diga que mis actos han sido dictados por su prudencia; deseo ante todo que nadie ignore que he perdido toda influencia sobre sus determinaciones. En una palabra, querido conde, crea que será siempre mi amigo más querido, pero nunca otra cosa. Le ruego que no conserve ninguna idea de volver a lo pasado; aquello se acabó definitivamente. Cuente siempre con mi amistad.*

Esto fue ya demasiado fuerte para el valor del conde. Escribió al príncipe una hermosa carta dimitiendo de todos sus cargos y se la mandó a la duquesa con el ruego de que la enviara a palacio. Al poco rato recibió su dimisión rota en cuatro pedazos; en un espacio en blanco del papel, la duquesa había escrito: *¡No, mil veces no!*

Sería difícil describir la desesperación del pobre ministro. «Tiene razón, lo reconozco —se decía a cada instante—; mi omisión de las palabras *procedimiento injusto* fue una horrible desdicha; probablemente implicará la muerte de Fabricio, y ésta causará la mía». Con ella en el alma, el conde, que no quería volver a presentarse

en el palacio del soberano antes de que éste le llamara, escribió de su puño y letra el *motu proprio* nombrando a Rassi caballero de la orden de San Pablo y confiriéndole la nobleza transmisible; el conde agregaba un informe de media página exponiendo al príncipe las razones de Estado que aconsejaban esta medida. Halló un cierto placer melancólico en sacar de ambos documentos sendas copias que envió a la duquesa.

Se perdía en conjeturas queriendo adivinar cuál sería el porvenir del plan de conducta de la mujer amada. «Ni ella misma lo sabe —se decía—; lo único seguro es que por nada del mundo se volvería atrás de sus resoluciones una vez anunciadas». Y exacerbaba más aún su dolor el hecho de no poder encontrar en la duquesa nada que censurarle. «Me ha hecho la merced de amarme, y deja de amarme a consecuencia de una falta involuntaria, es cierto, pero que puede determinar consecuencias horrendas. No tengo, pues, ningún derecho a quejarme.»

Al día siguiente por la mañana supo el conde que la duquesa había comenzado a reaparecer en sociedad; la noche anterior se había presentado en todas las casas que recibían. ¿Qué habría sido de él si se hubiera encontrado con la duquesa en un salón? ¿Cómo hablarle? ¿En qué tono dirigirle la palabra? Y, por otra parte, ¿cómo no hablarle?

El día siguiente fue un día fúnebre; se difundió el rumor general de que Fabricio iba a ser condenado a muerte; la ciudad estaba conmovida. Se añadía que el príncipe, en consideración a la alta alcurnia del preso, se había dignado decidir que fuera decapitado.

«Soy yo el que le mato —se dijo el conde—; ya no puedo aspirar a ver nunca más a la duquesa.» A pesar de este razonamiento tan simplista, no pudo menos de pasar tres veces por su puerta; verdad es que, para pasar inadvertido, iba a pie. Había mandado dos veces a buscar a Rassi; el fiscal no estaba presente. «El miserable me traiciona», se dijo el conde.

Al día siguiente, tres grandes noticias agitaban la alta sociedad de Parma y hasta a la burguesía. La condena a muerte de Fabricio era más segura que nunca, y la duquesa, completamente ajena a esta noticia, no se mostraba demasiado desesperada. Según las apariencias, no dedicaba a su joven amante sino un pesar bastante moderado; entretanto, con un arte infinito, sacaba gran partido de la palidez que acababa de dejarle una indisposición bastante grave que coincidió con la detención de Fabricio. Los burgueses velan en estos detalles la sequedad de corazón de una gran dama de la corte. Sin embargo, por decencia, y como sacrificio a los males del joven Fabricio, había roto con el conde Mosca.

—Qué inmoralidad —exclamaban los jansenistas de Parma.

Pero ya la duquesa, cosa increíble, parecía dispuesta a escuchar los halagos de los más apuestos galanes de la corte; se observó, entre otras singularidades, que había estado muy alegre en una conversación con el conde Baldi, el amante actual de la

Raversi, y le había gastado muchas bromas sobre sus frecuentes viajes al palacio de Velleja. La pequeña burguesía y el pueblo estaban indignados con la muerte de Fabricio, que aquellas buenas gentes atribuían a los celos del conde Mosca. También la buena sociedad de la corte se ocupaba mucho del conde, pero era para burlarse de él. La tercera de las grandes noticias a que hemos aludido no era otra, en efecto, que la dimisión del conde; todo el mundo se reía de un amante ridículo que, a los cincuenta y seis años, sacrificaba una posición magnífica ante el dolor de ser abandonado por una mujer sin corazón y que, desde hacía mucho tiempo, le posponía a un mancebo. Sólo el arzobispo tuvo talento o, más bien, corazón para adivinar que el honor prohibía al conde seguir de primer ministro en un país en donde iba a ser decapitado, y sin consultarle a él, un joven protegido suyo. La noticia de la dimisión del conde produjo el efecto de curar de su gota al general Fabio Conti, como diremos en lugar oportuno al hablar de cómo el pobre Fabricio pasaba el tiempo en la ciudadela mientras toda la ciudad preguntaba la hora de su suplicio.

Al día siguiente, el conde volvió a ver a Bruno, aquel agente leal que había mandado a Bolonia, y se enterneció al verle entrar en su gabinete: su presencia le recordaba el estado feliz en que se hallaba cuando le envió a Bolonia, casi de acuerdo con la duquesa. Bruno llegaba de Bolonia sin haber descubierto nada; no había podido hallar a Ludovico, encerrado por el *podestá* de Castelnovo en la cárcel de su pueblo.

—Voy a mandarle otra vez a Bolonia —dijo el conde a Bruno—; la duquesa seguirá fiel al triste placer de conocer las circunstancias de la desgracia de Fabricio. Diríjase al brigadier de la gendarmería que manda el puesto de Castelnovo…

»¡Pero no! —exclamó el conde interrumpiéndose—; salga inmediatamente para Lombardía y dé dinero en gran cantidad a todos nuestros corresponsales. Mi propósito es conseguir de todas esas gentes informes de lo más alentadores.

Bruno entendió muy bien el objeto de la misión y se puso a escribir sus cartas credenciales. Cuando el conde le estaba dando las últimas instrucciones, recibió una carta completamente falsa, pero muy bien escrita. Se hubiera dicho de un amigo que escribe a un amigo pidiéndole un favor. El amigo que escribía no era otro que el príncipe. Habiendo oído hablar de ciertos proyectos de retirarse, suplicaba a su amigo, el conde Mosca, que conservara el ministerio; se lo pedía en nombre de la amistad y de los *peligros de la patria y* se lo ordenaba como soberano. Añadía que el rey de *** acababa de poner a su disposición dos veneras de su orden, de las cuales se reservaba una para él y enviaba la otra a su querido conde Mosca.

—¡Este zorro labra mi desgracia —exclamó el conde furioso delante de Bruno, estupefacto— y luego cree seducirme con las mismas frases hipócritas que tantas veces hemos amañado juntos para cazar a algún mentecato!

Rechazó la condecoración que se le ofrecía y en su respuesta expuso que su

estado de salud le dejaba muy pocas esperanzas de poder seguir desempeñando mucho tiempo las penosas tareas del ministerio. El conde estaba furioso. Pasado un momento, fue anunciado el fiscal Rassi, al que trató como a un negro.

—¡Muy bien! ¡Porque yo le he hecho noble, usted comienza a mostrarse insolente! ¿Por qué no vino ayer a darme las gracias, como era su estricto deber, señor patán?

Rassi estaba bien curado de insultos: en este tono le recibía todos los días el príncipe; pero quería ser barón y se justificó con ingenio. Nada más fácil.

—El príncipe me tuvo ayer todo el día clavado en una mesa; no pude salir de palacio. Su Alteza me hizo copiar con mi mala letra de fiscal una cantidad de documentos diplomáticos tan vacuos y charlatanes, que pienso que su único propósito era retenerme preso. Cuando, por fin, pude salir, a eso de las cinco, muerto de hambre, me ordenó irme a mi casa directamente y no salir en toda la noche. En efecto, vi a dos de sus espías, que yo conozco muy bien, paseándose por mi calle a medianoche. Esta mañana, en cuanto pude, mandé a buscar un carruaje, que me llevó hasta la puerta de la catedral. Bajé del coche muy despacio, y luego, a paso de carrera, atravesé la iglesia, y aquí me tiene. Vuestra Excelencia es en estos momentos el hombre del mundo a quien más apasionadamente deseo yo complacer.

—Y yo, señor truhán, no me dejo engañar por todos esos cuentos mejor o peor urdidos. Se negó a hablarme de Fabricio anteayer; yo respeté sus escrúpulos y sus juramentos de guardar secreto, aunque los juramentos, para un ser como usted, sean, todo lo más, medios de escapatoria. Hoy exijo la verdad. ¿Qué significan esos rumores ridículos que hablan de la condena a muerte de Fabricio como asesino del cómico Giletti?

—Nadie puede informar mejor a Vuestra Excelencia de esos mismos rumores, puesto que soy yo el que los he propalado por orden del soberano; y ahora se me ocurre que acaso para impedirme comunicarle este incidente me retuvo preso todo el día de ayer. El príncipe, que no me cree un loco, no podía dudar que habría de venir y traerle mi cruz y suplicarle que la prendiera usted mismo a mi ojal.

—¡Al grano! —exclamó el ministro, y nada de frases.

—Sin duda el príncipe querría obtener una sentencia de muerte contra el señor del Dongo, pero no hay más, como seguramente sabe, que una condena a veinte años de prisión, conmutada por él, al día siguiente mismo de la sentencia, por doce años de fortaleza, con ayuno a pan y agua todos los viernes y otras prácticas religiosas.

—Precisamente porque conocía esa condena sólo a prisión, me alarmaron tanto los rumores de la próxima ejecución que se han difundido por la ciudad; recuerdo la muerte del conde Palanza, tan bien escamoteada por usted.

—¡Entonces fue cuando yo debí obtener la cruz! —exclamó Rassi sin desconcertarse—; hubiera debido apretarle bien los tornillos mientras le tenía en mis

manos y el hombre deseaba tanto aquella muerte. Entonces fui un imbécil, y esta experiencia me hace aconsejarle que no me imite hoy. (Esa comparación le pareció del peor gusto al interlocutor, que se vio obligado a contenerse para no emprenderla a patadas con Rassi.)

—En primer lugar —prosiguió el fiscal con la lógica de un leguleyo y la perfecta tranquilidad del hombre acorazado contra todos los insultos—, no hay ni que hablar de la ejecución del susodicho Del Dongo; el príncipe no se atrevería, porque los tiempos han cambiado mucho, y en fin, yo, noble y a la espera de llegar a barón gracias a usted, no me prestaría a ello. Ahora bien, sólo de mí, como Vuestra Excelencia sabe, puede recibir órdenes el ejecutor de las obras superiores, y, lo juro, el caballero Rassi no las dará jamás contra el acusado del Dongo.

—Y obrará cuerdamente —dijo el conde mirándole de arriba abajo con aire severo.

—Distingamos —continuó Rassi con una sonrisa—. Yo no soy partidario más que de las muertes oficiales, y si al señor Del Dongo se le ocurre morirse de un cólico, no vaya a echarme a mí la culpa. El príncipe está furioso, yo no sé por qué, contra la Sanseverina (tres días antes, Rassi hubiera dicho la duquesa, pero, como toda la ciudad, conocía la ruptura con el primer ministro).

Al conde le chocó la supresión del título en semejante boca, y puede suponer el placer que le produjo. Lanzó a Rassi una mirada llena de odio. «Querido ángel mío —se dijo en seguida—, no puedo mostrarte mi amor de otro modo que obedeciendo ciegamente tus órdenes.»

—Le confesaré —dijo al fiscal— que no pongo un interés muy apasionado en los diversos caprichos de la señora duquesa; no obstante, como me había presentado a ese trasto de Fabricio, que hubiera hecho mejor en quedarse en Nápoles y no venir aquí a embrollar nuestros asuntos, me interesa que no sea condenado a muerte durante mi mando, y le doy palabra de que será barón a los ocho días de salir él de la cárcel.

—En ese caso, señor conde, no lo seré hasta dentro de doce años cumplidos, pues el príncipe está furioso, y su odio a la duquesa es tan vivo que procura ocultarlo.

—Su Alteza es demasiado bueno: ¿qué necesidad tiene de ocultar su odio, puesto que su primer ministro ya no protege a la duquesa? Lo único que quiero es que no me puedan acusar de villanía, ni sobre todo de celos: soy yo quien hizo venir a la duquesa a este país, y si Fabricio muere en la cárcel, usted no será barón, pero será quizá apuñalado. Pero dejemos esta bagatela: el caso es que he hecho el balance de mi fortuna y apenas me he encontrado con veinte mil libras de renta; en vista de esto, abrigo el propósito de presentar humildemente al soberano mi dimisión. Tengo alguna esperanza de ser utilizado por el rey de Nápoles. Esa gran ciudad me ofrecerá distracciones que necesito mucho en este momento y que no puedo encontrar en un

rincón como Parma; sólo me quedaría a condición de que me hiciera obtener la mano de la princesa Isota, etc.

La conversación se prolongó infinitamente en este sentido. Cuando Rassi se levantaba, el conde le dijo en un tono muy indiferente:

—Ya sabe que se ha dicho que Fabricio me engañaba, en el sentido de que era uno de los amantes de la duquesa; yo no admito este rumor, y, para desmentirlo, deseo que haga llegar esta bolsa a Fabricio.

—Pero, señor conde —dijo Rassi asustado y mirando la bolsa—, eso es una suma enorme, y los reglamentos…

—Para usted, querido, puede que sea enorme —repuso el conde con el gesto del más soberano desprecio—: un burgués como usted, puesto a enviar dinero a su amigo preso, cree arruinarse dándole diez cequíes; pero yo *quiero* que Fabricio reciba estos seis mil francos y, sobre todo, que en palacio no se sepa nada de este envío.

Como Rassi, asustado, intentara replicar, el conde cerró la puerta tras él con impaciencia. «Esta clase de gentes —se dijo— sólo ven el poder a través de la insolencia.» Dicho esto, el gran ministro se entregó a una acción tan ridícula, que nos cuesta algún trabajo referirla. Corrió a coger en su mesa escritorio un retrato en miniatura de la duquesa y lo cubrió de apasionados besos. «¡Perdón, ángel querido! —exclamó—, por no haber arrojado por la ventana y con mis propias manos a ese patán que osa hablar de usted con un matiz de familiaridad; pero si he obrado con ese exceso de paciencia, es por obedecerla, y no se perderá nada por esperar.»

Después de una larga conversación con el retrato, al conde, que sentía el corazón muerto en el pecho, se le ocurrió la idea de un acto ridículo y se entregó a ella con un entusiasmo infantil. Mandó traer un uniforme con insignias y se fue a hacer una visita a la vieja princesa Isota. Nunca se había presentado en su casa sino el día de año nuevo. La encontró rodeada de una gran cantidad de perros y adornada con todas sus galas, incluso con diamantes, como si fuera a la corte. Como el conde expresara cierto temor de perturbar los planes de Su Alteza, que probablemente iba a salir, la Alteza respondió al ministro que una princesa de Parma se debía a sí misma estar siempre de aquella guisa. Por primera vez desde su desgracia, tuvo el conde un momento de alegría. «He hecho bien en presentarme así —se dijo—, y hoy mismo debo hacer mi declaración.» La princesa estaba embelesada de ver en su casa a un hombre tan renombrado por su talento y además un primer ministro; la pobre solterona estaba muy poco acostumbrada a semejantes visitas. El conde comenzó con un preámbulo hábil, relativo a la inmensa distancia que separa siempre de un simple gentilhombre a los miembros de una familia reinante.

—Hay que hacer una distinción —dijo la princesa—: la hija de un *rey* de Francia, por ejemplo, no tiene ninguna esperanza de llegar jamás a la corona; pero no ocurre así en la familia de Parma. Por eso nosotros, los Farnesio, debemos siempre

conservar cierta dignidad en nuestro exterior; y yo, pobre princesa, tal como usted me ve, no puedo decirle que sea absolutamente imposible que algún día sea usted mi primer ministro.

Esta idea, por lo imprevista e inusitada, dio al pobre conde un segundo momento de perfecta alegría.

Al salir de casa de la princesa Isota, que enrojeció mucho al oír la confesión del amor apasionado del primer ministro, se encontró éste con uno de los furrieles de palacio: el príncipe le reclamaba con gran urgencia:

—Estoy enfermo —respondió el ministro, encantado de poder hacer un desplante a su príncipe—. «¡Ah! —exclamó furioso para sus adentros—, me hunde en la desesperación y luego quiere que le sirva; pero debe saber, príncipe mío, que haber recibido el poder de la Providencia no basta en este siglo: para triunfar ahora en el oficio de déspota, hace falta mucho talento y mucho carácter.»

Después de despedir al furriel de palacio, muy escandalizado de la perfecta salud de aquel enfermo, al conde le pareció cómico ir a visitar a los dos hombres de la corte que más influencia ejercían en el general Fabio Conti. Lo que más hacía estremecerse al ministro y le privaba de todo ánimo, era que al gobernador de la ciudadela se le acusaba de haberse deshecho en otro tiempo de un capitán, enemigo personal suyo, por medio de la *aquesta* de Perusa.

El conde sabía que, en los últimos ocho días, la duquesa había distribuido cantidades enormes para comprar complicidades en la ciudadela; pero, a su juicio, tenía pocas esperanzas en el resultado; todos los ojos estaban todavía muy abiertos. No vamos a contar al lector todas las tentativas de corrupción ensayadas por aquella mujer infortunada. Estaba presa de la desesperación, y la secundaban agentes de todas clases y completamente leales. Pero en las pequeñas cortes despóticas quizá hay una sola clase de asuntos perfectamente bien desempeñados: el de la custodia de los presos políticos. El oro de la duquesa no produjo otro efecto que el de que fueran despedidos de la ciudadela ocho o diez hombres de diversos grados.

# XVIII

Resulta, pues, que a pesar de todo su interés y todos sus esfuerzos en favor del preso, la duquesa y el primer ministro muy poca cosa habían podido hacer por él. El príncipe estaba furioso; la corte y el público, incitados contra Fabricio y encantados de verle al fin en desgracia; había sido demasiado afortunado. A pesar del oro tirado a manos llenas, la duquesa no había podido avanzar un paso en el sitio de la ciudadela. No pasaba día sin que la marquesa Raversi o el caballero Riscara tuvieran algún nuevo aviso que comunicar al general Fabio Conti. Reforzaban así su debilidad.

Como hemos dicho, el día de su detención, Fabricio fue conducido primero al *palacio del gobernador.* Es éste un pequeño y bonito edificio construido en el siglo último con arreglo a los dibujos de Vanvitelli, que lo levantó a ciento ochenta pies de altura, a lomos de la enorme torre, como la joroba de un camello. Fabricio alcanzaba a ver, muy a lo lejos, el paisaje de los Alpes; seguía con la vista, al pie de la ciudadela, el curso del Parma, una especie de torrente que, doblando a la derecha a cuatro leguas de la ciudad, va a desembocar en el Po. Más allá de la orilla izquierda del río, que formaba como una serie de inmensas manchas blancas en medio de los campos verdes, su mirada embelesada veía distintamente cada cumbre de la inmensa muralla que forman los Alpes al norte de Italia. Estas cumbres, siempre cubiertas de nieve, hasta en el mes de agosto que era entonces, son como un aura de frescura en el recuerdo en medio de los campos abrasados. Se pueden distinguir los menores detalles del borde montañoso, aunque está a más de treinta leguas de la ciudadela de Parma. La vista, tan dilatada, del hermoso palacio del gobernador, queda interceptada al mediodía por la torre Farnesio, en la que estaban preparando a toda prisa una habitación para Fabricio. Esta segunda torre, como el lector recordará quizá, fue levantada sobre la plataforma de la torre grande, en honor de un príncipe heredero que, muy diferente de Hipólito, el hijo de Teseo, no había rechazado las atenciones de una madrastra joven. La princesa murió a las pocas horas; el hijo del príncipe no recobró su libertad hasta pasados diecisiete años, cuando, al morir su padre, subió él al trono. Esta torre Farnesio, a la que, transcurridos siete cuartos de hora, hicieron subir a Fabricio, muy fea en el exterior, se eleva cincuenta pies sobre la plataforma de la torre grande, y está provista de varios pararrayos. El príncipe, descontento de su mujer, que hizo construir aquella prisión que se alcanzaba a ver de todas partes, tuvo la singular pretensión de convencer a sus súbditos de que existía desde hacía muchos años: por eso le puso el nombre de *torre Farnesio.* Estaba prohibido hablar de esta construcción, aunque desde toda Parma y de las llanuras vecinas se veía perfectamente a los albañiles colocar las piedras que iban componiendo aquel monumento pentagonal. Con el fin de probar que era antigua, fue colocado sobre la puerta, de dos pies de ancho y cuatro de alto, que da acceso a la torre, un magnífico

bajorrelieve que representa a Alejandro Farnesio, el célebre general, obligando a Enrique IV a alejarse de París. Esta torre Farnesio, de tan soberbia situación, se compone de una planta inferior, de cuarenta pasos de largo por lo menos, ancha en proporción y con numerosas columnas muy chaparras, pues una pieza tan desmesuradamente vasta no tiene más de quince pies de altura. Está ocupada por el cuerpo de guardia, y, en el centro se eleva la escalera en torno a una de las columnas; es una escalerita de hierro, muy ligera, apenas de dos pies de ancha y construida en filigrana.

Por esta escalera que se estremecía bajo los pies de los carceleros que le escoltaban, Fabricio llegó a unas vastas estancias de más de veinte pies de altura y que constituían un magnífico piso primero. En otro tiempo estuvieron amuebladas a todo lujo para el joven príncipe que allí pasó los diecisiete años más bellos de su vida. En uno de los extremos de este departamento, mostraron al nuevo preso una capilla de gran magnificencia; las paredes y la bóveda están cubiertas enteramente de mármol negro; columnas también negras y de muy nobles proporciones se alinean a lo largo de las paredes negras sin tocarlas, y estos muros están decorados por cabezas de muertos en mármol blanco, de proporciones colosales, esculpidas y colocadas sobre dos huesos cruzados. «¡Esto es una invención del odio que no puede matar! — se dijo Fabricio— ¡y qué endiablada idea exhibirme esto!»

Una escalera de hierro y en filigrana, muy ligera, igualmente dispuesta en tomo a una columna, da acceso al segundo piso de la prisión, y en las habitaciones de este segundo piso, de unos quince pies de altura, demostraba su genio, desde hacía un año, el general Fabio Conti. En primer lugar, bajo su dirección, habían sido sólidamente enrejadas las ventanas de aquellas habitaciones, ocupadas antaño por la servidumbre del príncipe, a treinta pies de altura sobre las losas de piedra que forman la plataforma de la gran torre cilíndrica. A estas habitaciones, todas con dos ventanas, se llega por un corredor oscuro y muy estrecho, situado en el centro del edificio. En este corredor descubrió Fabricio tres puertas de hierro sucesivas formadas de barrotes enormes y altas hasta la bóveda. Los planes y detalles de todos estos bellos inventos habían valido al general, durante dos años, una audiencia semanal de su amo. Un conspirador alojado en uno de aquellos cuartos no podría quejarse a la opinión de ser tratado de manera inhumana, pues no le sería posible comunicarse con nadie ni hacer un movimiento sin ser oído. El general había mandado colocar en cada estancia unos gruesos maderos de roble que formaban una especie de bancos de tres pies de altura, y éste era su invento capital, que le daba derechos al ministerio de policía. Sobre aquellos bancos había hecho construir una cabaña de tablas, muy sonora, de diez pies de altura, que sólo en la parte de las ventanas tocaba a la pared. En los otros tres lados quedaba un pequeño corredor de cuatro pies de anchura, entre el primitivo muro de la prisión, formado de enormes sillares, y los tabiques de madera de la cabaña. Estas

paredes, constituidas por cuatro capas de tablas de nogal, encina o pino, estaban sólidamente unidas entre sí mediante pernios de hierro e innumerables clavos.

En una de estas celdas construidas desde hacía un año, obra maestra del general Fabio Conti y que había recibido el nombre *de Obediencia pasiva*, fue introducido Fabricio. Corrió hacia las ventanas. La vista que se gozaba desde aquellas ventanas enrejadas era sublime: sólo un pequeño sector del horizonte quedaba oculto, al noroeste, por la techumbre en galería del bonito palacio del gobernador, que tenía sólo dos pisos; el bajo estaba destinado a las oficinas del estado mayor, y a Fabricio le atrajo en primer término una de las ventanas del segundo piso, donde se veían, en unas lindas jaulas, gran cantidad de pájaros de todas clases. Fabricio se entretenía en oírles cantar y en verles saludar a los últimos rayos del crepúsculo vespertino, mientras los carceleros se agitaban en torno suyo. Aquella ventana de la pajarera no distaba más de veinticinco pies de una de las suyas y estaba cinco o seis más baja, de modo que su mirada caía sobre los pájaros.

En el momento en que Fabricio entraba en la prisión, la luna asomaba majestuosamente en el horizonte, a la derecha, sobre la cordillera de los Alpes, por la parte de Treviso. Eran sólo las ocho y media de la tarde, y al otro extremo del horizonte, hacia poniente, un brillante crepúsculo rojo anaranjado dibujaba perfectamente los contornos del monte Viso y otros picos de los Alpes que ascienden desde Niza hacia el monte Cenis y Turín. Sin pensar gran cosa en su desgracia, Fabricio sintió la emoción fascinadora de aquel espectáculo sublime. «En este mundo deslumbrante vive Clelia Conti, con su alma pensativa y grave, debe de gozar de esta vista más que otro cualquiera; aquí se está como en una montaña solitaria a cien leguas de Parma.» Sólo después de pasar dos horas en la ventana, admirando aquel horizonte que le hablaba al alma, y posando también a menudo los ojos en el bello palacio del gobernador, Fabricio exclamó de pronto: «Pero, ¿esto es una prisión, es esto lo que tanto he temido?». En lugar de encontrar a cada paso molestias y motivos de enojo, nuestro héroe se dejaba ganar por las delicias de la prisión.

De pronto, un espantoso estrépito le volvió violentamente a la realidad; su celda de madera, bastante parecida a una jaula y sobre todo muy sonora, se movió con violenta sacudida; unos aullidos de perro y unos pequeños gritos agudos completaban el ruido más extraño. «¡Cómo!, ¿iba a escaparme tan pronto?», pensó Fabricio. Y en seguida se echó a reír como acaso jamás riera nadie en una cárcel. Por orden del general, habían hecho subir con los carceleros un perro inglés muy fiero destinado a la guardia de los presos de importancia, y que tenía que pasar la noche en el espacio tan ingeniosamente preparado en torno a la jaula de Fabricio. El perro y el carcelero tenían que dormir en el corredor de tres pies que mediaba entre las losas de piedra del suelo primitivo de la estancia y el entarimado de madera sobre el cual no podía dar el preso un solo paso sin ser oído.

Ahora bien, a la llegada de Fabricio, la celda de la *Obediencia pasiva* estaba habitada por un centenar de enormes ratas que huyeron en todas direcciones. El perro, una especie de podenco cruzado de dogo inglés, no era bonito, pero en cambio se mostró muy vigilante. Le habían atado al pavimento de losas de piedra debajo del entarimado de madera, y al oír pasar las ratas muy cerca, hizo esfuerzos tan extraordinarios, que consiguió liberar del collar la cabeza. Entonces se produjo aquella batalla admirable cuyo estrépito despertó a Fabricio, absorto en los ensueños menos tristes. Las ratas que habían podido escapar a la primera dentellada se refugiaron en la jaula de madera, y el perro subió tras ellas los seis peldaños que comunicaban el pavimento de piedra con la celda de Fabricio. Entonces comenzó un alboroto mucho más espantable: la jaula temblaba hasta los cimientos. Fabricio se reía como un loco y lloraba a fuerza de reír; el carcelero Grillo, no menos divertido, había cerrado la puerta; el perro, persiguiendo a las ratas, no encontraba el obstáculo de ningún mueble, pues la estancia se encontraba absolutamente vacía; sólo una estufa de hierro en un rincón podía estorbar los saltos del perro. Cuando éste hubo triunfado de todos sus enemigos, Fabricio le llamó, le acarició y consiguió serle simpático. «Si éste me ve alguna vez saltar por algún muro —se dijo—, no ladrará.» Pero esta política refinada era una presunción por su parte: en la situación de ánimo en que se hallaba, jugar con el perro era para él un placer. Por una extraña causa en la que no reflexionaba, una secreta alegría le embargaba el alma.

Después de correr con el perro hasta perder el aliento, Fabricio dijo al carcelero:

—¿Cómo se llama usted?

—Grillo, para servir a Vuestra Excelencia en todo lo que el reglamento permita.

—Pues bien, querido Grillo, un tal Giletti quiso asesinarme en medio de una carretera; yo me defendí y le maté; volvería a matarle si el caso se repitiera; pero esto no es óbice para que yo quiera darme una vida alegre mientras soy su huésped. Pida autorización a sus jefes y vaya a buscarme ropa interior al palacio Sanseverina; luego me comprará mucho *nébieu d'Asti*[1].

Es éste un vino espumoso bastante bueno que se elabora en el Piamonte, en la patria de Alfieri, y que es muy estimado, sobre todo por la clase de aficionados a que pertenecen los carceleros. Ocho o diez de estos caballeros estaban ocupados en transportar a la celda de madera de Fabricio algunos muebles antiguos y con muchos dorados que sacaban del departamento del príncipe, situado en la primera planta; todos ellos acogieron religiosamente en su pensamiento las palabras a favor del vino Asti. Por más que hicieran, la instalación de Fabricio para aquella primera noche resultó lamentable, pero él no mostró desagrado más que por la falta de una botella de buen Asti.

—Parece un buen muchacho —dijeron los carceleros al marcharse—; sólo es de desear una cosa: que nuestros amos dejen pasarle dinero.

Cuando se quedó solo y un poco repuesto de toda aquella bulla, «¡Es posible que esto sea una prisión! —se dijo Fabricio contemplando el inmenso horizonte de Treviso hasta el monte Viso, la dilatada cordillera de los Alpes, los picos cubiertos de nieve, las estrellas, etcétera—, ¡y una primera noche de prisión! Concibo que Clelia Conti se complazca en esta soledad aérea; aquí se está a mil leguas por encima de las mezquindades y de las maldades que nos ocupan allá abajo. Si esos pájaros que están ahí, bajo mi ventana, son suyos, la veré… ¿Se sonrojará al verme?» Y discutiendo esta gran cuestión, nuestro preso concilió por fin el sueño a una hora muy avanzada de la noche.

Al día siguiente de esta noche, la primera pasada en la cárcel y durante la cual Fabricio no sufrió ni un momento de impaciencia, se vio reducido a tramar conversación con *Fox*, el perro inglés; el carcelero Grillo seguía mirándole con ojos amables, pero una nueva orden le obligaba a permanecer mudo, y no traía ni ropa interior ni vino de Asti.

«¿Veré a Clelia? —se preguntó Fabricio al despertarse—. ¿Serán suyos esos pájaros?» Los pájaros comenzaban a piar y a cantar, y a tal altura era éste el único ruido que se oía en el aire. Aquel vasto silencio fue una sensación llena de novedad y de alegría para Fabricio; escuchaba con embeleso los pequeños gorjeos, ininterrumpidos y tan vivos, con que sus vecinos los pájaros saludaban al nuevo día. «Si son suyos, aparecerá un momento en esa habitación, bajo mi ventana.» Y sin dejar de contemplar las inmensas montañas de los Alpes, frente a cuyas primeras estribaciones la ciudadela de Parma parecía elevarse como una fortificación de avanzada, sus miradas tornaban a cada momento a las magníficas jaulas de limonero y de caoba que, adornadas con alambres dorados, sobresalían en medio de la estancia, muy clara, que servía de pajarera. Lo que Fabricio no supo hasta más tarde es que aquella parte era la única del segundo piso del palacio que gozaba de sombra de once a cuatro: la protegía la torre Farnesio.

«¡Cuál no será mi pena —se dijo Fabricio—, si en lugar de esa fisonomía celestial y pensativa que espero y que se sonrojará quizá un poco si llega a distinguirme, veo aparecer el abultado rostro de una vulgar criada encargada, por delegación, de dar de comer a los pájaros! ¡Vive Dios que hay que cometer indiscreciones para que le noten a uno!; mi situación debe de gozar de algunos privilegios; por otra parte, ¡estamos aquí los dos tan solos y tan lejos del mundo! Yo soy un preso, al parecer lo que el general Conti y demás bellacos de su especie llaman uno de sus subordinados… Pero ella tiene tanto talento, o mejor dicho, tanta alma, que acaso, como supone el conde, según dice, desprecia el oficio de su padre; ésa podría ser la causa de su melancolía. ¡Noble razón de tristeza! Pero, después de todo, yo no soy un extraño para ella. ¡Con qué encanto y qué modestia me saludó ayer tarde! Recuerdo muy bien que, cuando nos encontramos cerca de Como, le dije: “Algún día iré a ver sus bellos cuadros de

Parma; ¿recordará entonces este nombre, Fabricio del Dongo?”. ¿Lo habrá olvidado? ¡Era entonces tan joven!

»Pero a propósito —se dijo Fabricio sorprendido, interrumpiendo de pronto el curso de sus pensamientos—, me olvido de estar irritado. ¿Seré acaso una de esas almas grandes y valerosas de las que la antigüedad nos ha mostrado algunos ejemplos? ¿Seré un héroe sin saberlo? ¡Yo, que tanto miedo tenía de la prisión, me encuentro en ella y no me acuerdo de estar triste! Ahora sí que se puede decir que el miedo ha sido mil veces peor que el daño. ¿Cómo es posible que necesite acudir al razonamiento para sentirme afligido en esta prisión que, según Blanès, lo mismo puede durar diez años que diez meses? ¿Será la novedad de esta vida lo que me distrae de la pena que debiera experimentar? Acaso este buen humor, independiente de mi voluntad y poco razonable, va a cesar de pronto, acaso dentro de un momento voy a caer en el negro dolor que debería sentir.

»De todos modos, es muy raro estar en la cárcel y tener que acudir a la reflexión para sentirse triste. En fin, vuelvo a mi suposición: puede que tenga yo un gran carácter.»

Las meditaciones de Fabricio fueron interrumpidas por el carpintero de la ciudadela, que venía a tomar medidas de una mampara para ponerla en sus ventanas; era la primera vez que se utilizaba esta prisión, y se habían olvidado de completarla con este detalle esencial.

«Resulta —se dijo Fabricio— que voy a quedar privado de esa vista sublime.» Y procuraba entristecerse por esta privación.

—¡Pero cómo! —exclamó de pronto hablando al carpintero—, ¿ya no podré ver esos preciosos pájaros?

—¡Ah, los pájaros de la señorita, que tanto los quiere! —repuso el hombre en tono bondadoso—; quedarán ocultos, eclipsados, suprimidos como todo lo demás.

Al carpintero, como a los carceleros, le estaba estrictamente prohibido hablar, pero aquel hombre sentía piedad por la juventud del preso; le informó de que aquellas enormes mamparas, apoyadas en la base de las dos ventanas y que se iban alejando de la pared a medida que se elevaban, no debían dejar al preso otra vista que la del cielo. «Esto es para la moral —le dijo—, para fomentar en el alma del preso una tristeza saludable y el deseo de enmendarse; el general —añadió el carpintero— ha inventado también quitarles los cristales y sustituirlos por papel engrasado.»

A Fabricio le gustó mucho el tono epigramático de esta conversación, muy raro en Italia.

—Me agradaría tener un pájaro para entretenerme; me gustan con locura; cómprele uno para mí a la doncella de la señorita Clelia Conti.

—¿Es que la conoce —exclamó el carpintero—, puesto que dice tan bien su nombre?

—¿Quién no ha oído hablar de esa belleza tan célebre? Pero además yo he tenido el honor de verla varias veces en la corte.

—La pobre señorita se aburre mucho aquí —añadió el carpintero—; se pasa la vida con sus pájaros. Esta mañana acaba de mandar comprar unos hermosos naranjos plantados por orden suya a la entrada de la torre, bajo su ventana; si no fuera por la cornisa podría verlos.

Esta respuesta encerraba palabras preciosas para Fabricio: halló una manera oportuna de dar algún dinero al carpintero.

—Estoy cometiendo dos faltas a la vez —le dijo el hombre—: hablar a Vuestra Excelencia y recibir dinero. Pasado mañana, cuando vuelva a colocar la mampara, traeré un pájaro en el bolsillo, y si no estoy solo, haré como que se me escapa; si puedo, hasta le traeré un libro de oraciones: debe de sufrir mucho no pudiendo rezar sus oficios.

«Resulta pues —se dijo Fabricio cuando se quedó solo— que esos pájaros son suyos, pero dentro de dos días ya no los veré.» Esta idea le puso en los ojos un matiz de tristeza. Pero por fin, con inefable alegría suya, al cabo de una larga espera y de incesante mirar, a eso del mediodía salió Clelia a echar de comer a los pájaros. Fabricio se quedó estático y sin respiración, de pie y pegado a los enormes barrotes de su ventana. Observó que no alzaba los ojos hacia él; pero sus movimientos tenían un aire inquieto, como de alguien que siente que le miran. Aunque hubiera querido, la pobre muchacha no habría podido olvidar la sonrisa tan fina que había visto errar en los labios del preso cuando, la víspera, le conducían los gendarmes del cuerpo de guardia.

Aunque, según todas las señas, vigilaba sus actos con el mayor cuidado, en el momento de asomar a la ventana de la pajarera se sonrojó muy visiblemente. La primera idea de Fabricio, pegado a los barrotes de hierro de su ventana, fue entregarse a la niñería de golpear un poco con la mano aquellos barrotes para producir un ligero ruido. Pero retrocedió en seguida ante la sola idea de semejante indelicadeza. «Merecería que durante ocho días encargara de cuidar los pájaros a su doncella.» Esta idea delicada no se le hubiera ocurrido en Nápoles o en Novara.

La siguió fogosamente con los ojos. «Seguramente —decía— se alejará sin dignarse echar una mirada a esta pobre ventana, y eso que está justamente enfrente de la suya.» Pero al volver de la estancia que Fabricio, gracias a su posición más elevada, veía muy bien, Clelia no pudo menos de mirarle alzando levemente los ojos y sin dejar de andar; esto bastó para que Fabricio se creyera autorizado a saludarla. «¿No estamos aquí solos en el mundo?», se dijo para darse valor. Ante aquel saludo, la joven se quedó inmóvil y bajó los ojos; luego, Fabricio vio que los alzaba muy despacio, y, haciendo un visible esfuerzo sobre sí misma, saludó al preso con un gesto muy grave y muy *distante;* pero a los ojos no pudo imponerles silencio:

probablemente sin que ella lo supiera, trasuntaron un instante la más viva piedad. Fabricio observó que se sonrojaba hasta tal punto, que el arrebol se fue extendiendo rápidamente hasta el nacimiento de los hombros, de donde el calor acababa de apartar, al aproximarse Clelia al balcón de los pájaros, un chal de encaje negro. La mirada involuntaria con que Fabricio respondió a su saludo aumentó la turbación de la muchacha. «¡Cuán dichosa sería esa pobre mujer —se dijo Clelia pensando en la duquesa— si pudiera verle tan sólo un momento como yo le estoy viendo!»

Fabricio había tenido una leve esperanza de saludarla de nuevo al alejarse; mas, para evitar esta nueva cortesía, Clelia realizó una sabia retirada por etapas, de jaula en jaula, como si, al terminar, debiera atender a los pájaros más cercanos a la puerta. Por fin salió; Fabricio permaneció inmóvil mirando a la puerta por la cual acababa de desaparecer Clelia: era otro hombre.

Desde aquel momento, el único objeto de su pensamiento fue saber cómo podría arreglárselas para continuar viéndola, incluso cuando estuviera colocada aquella horrible mampara ante la ventana que daba al palacio del gobernador.

La víspera por la noche, antes de acostarse, se había impuesto el larguísimo fastidio de esconder la mayor parte del oro que tenía, en varios agujeros de ratas que decoraban su celda de madera. «Esta noche tengo que esconder el reloj —se dijo—. He oído decir que con paciencia y una cuerda de reloj dentada se puede cortar la madera y hasta el hierro. Podré, pues, serrar esa mampara.» Este trabajo de esconder el reloj, que duró dos horas largas, no le pareció nada largo; mientras lo realizaba, pensaba en los diversos medios de conseguir su objetivo y en sus conocimientos de carpintero. «Si sé arreglármelas —se decía—, podré cortar netamente un cuadrado de la tabla de roble de la mampara, en la parte que irá apoyada en el alféizar de la ventana. Luego quitaré y repondré ese trozo según las circunstancias; daré a Grillo cuanto poseo para que tenga a bien no darse cuenta de este pequeño manejo.» Toda la felicidad de Fabricio se circunscribía desde ahora a la posibilidad de ejecutar aquel trabajo, y no pensaba en ninguna otra cosa. «Con tal de que consiga verla, soy feliz… Pero no —añadió—, es preciso además que ella vea que la veo.» Toda la noche tuvo la cabeza llena de inventos de carpintería, y acaso no pensó ni una sola vez en la corte de Parma, en la cólera del príncipe, etc. Confesaremos que no pensó tampoco en el dolor que debía de abrumar a la duquesa. Esperaba con impaciencia el día siguiente, pero el carpintero no volvió a aparecer: sin duda debía de pasar por liberal en la prisión. Mandaron otro de traza hosca, que sólo con gruñidos de mal agüero respondió a todas las cosas agradables que el ingenio de Fabricio procuró decirle. Algunas de las numerosas tentativas de la duquesa por establecer una correspondencia con Fabricio fueron descubiertas por los no menos numerosos agentes de la Raversi, y, por ella, el general Fabio Conti estaba diariamente enterado, asustado, picado en su amor propio. Cada ocho horas, seis soldados de guardia se

relevaban en la gran sala de las cien columnas de la planta baja; además, el gobernador puso un carcelero de guardia en cada una de las tres puertas de hierro sucesivas del corredor, y el pobre Grillo, el único que veía al preso, fue condenado a no salir de la torre Farnesio más que cada ocho días, de lo cual se mostró muy contrariado. Hizo notar su mal humor a Fabricio, que tuvo el tacto de no responder sino con estas palabras: «Vino de Asti, amigo», y le dio dinero.

—Pues mire, hasta esto que nos consuela de todos los males —exclamó Grillo indignado, en voz tan baja que apenas podía ser oída por el preso— nos han prohibido recibirlo, y debería rechazarlo, pero lo cojo; por lo demás, es dinero perdido: no puedo decirle nada de nada. ¡Caramba!, muy culpable tiene que ser, pues toda la ciudadela está alborotada por causa suya; los bonitos manejos de la señora duquesa han dado ya lugar al despido de tres carceleros.

¿Estaría lista la mampara antes del mediodía? Ésta fue la gran duda que hizo palpitar el corazón de Fabricio durante toda aquella larga mañana; contaba los cuartos de hora que daba el reloj de la ciudadela. Al sonar las doce menos cuarto, la mampara no había llegado aún. Clelia reapareció con la comida para sus pájaros. La dura necesidad había llevado tan lejos la audacia de Fabricio, y el peligro de no volverla a ver le parecía tan por encima de todo, que se atrevió a hacer con el dedo mirando a Clelia, la señal de serrar la mampara; verdad es que tan pronto como Clelia percibió este gesto tan sedicioso en una cárcel, esbozó apenas un saludo y se retiró.

«¡Pero cómo! —se dijo Fabricio extrañado—, ¿será tan poco razonable como para ver una familiaridad ridícula en un gesto dictado por la más imperiosa necesidad? Yo no quería sino rogarle que siguiera dignándose, en el momento de cuidar sus pájaros, mirar alguna vez a la ventana de mi celda, incluso cuando la vea cubierta con una enorme pantalla de madera; quería indicarle que haré todo lo humanamente posible por conseguir verla. ¡Dios mío!, ¿no vendrá mañana por culpa de este gesto indiscreto?» Este temor, que le quitó el sueño a Fabricio, se cumplió exactamente; cuando, a las tres de la tarde del día siguiente, acabaron de colocar en las ventanas del cautivo las enormes mamparas, Clelia no había aparecido. Las diversas piezas del artefacto las habían elevado, a partir de la explanada de la torre grande, mediante cuerdas y poleas atadas por fuera a los barrotes de hierro de las ventanas. Verdad es que Clelia, escondida tras una persiana de su departamento, había seguido con angustia todas las operaciones de los carpinteros; se había dado perfecta cuenta de la mortal angustia de Fabricio, pero ello no le impidió mantener la promesa que se hiciera a sí misma.

Clelia era una pequeña sectaria del liberalismo; en su primera juventud, había tomado en serio todas las teorías liberales qué oía en la sociedad de su padre, el cual no pensaba en otra cosa que en labrarse una posición; de aquí su desprecio y casi su repugnancia por el carácter flexible del cortesano; de aquí su repulsión al matrimonio.

Desde la llegada de Fabricio, la punzaban los remordimientos: «¡Resulta —se decía — que mi indigno corazón se va con el partido de las gentes que quieren traicionar a mi padre!; ¡tiene la osadía de hacerme el gesto de aserrar una puerta!…

¡Pero —añadió en seguida con el alma transida de dolor— toda la ciudad habla de su muerte próxima! ¡Mañana mismo puede ser el día fatal! ¡Qué no es imposible con los monstruos que nos gobiernan! ¡Qué dulzura, que heroica serenidad en sus ojos que acaso van a cerrarse en seguida! ¡Dios mío, qué angustias más horribles debe de sufrir la duquesa! Dicen que está sumida en la desesperación. No irá a apuñalar al príncipe, como la heroica Carlota Corday.»

Fabricio pasó toda esta tercera jornada de su prisión loco de ira, pero únicamente por no haber podido ver a Clelia. «Puesto a encolerizarla, debí decirle que la amaba —exclamó, pues había llegado ya a este descubrimiento—. No, no es por grandeza de alma por lo que no pienso en mi cautiverio y desmiento la profecía de Blanès: no me cabe tanto honor. Pienso sin querer en esa mirada de dulce piedad que Clelia posó en mí cuando los gendarmes me sacaban del cuerpo de guardia; esa mirada ha borrado toda mi vida pasada. ¿Quién me había de decir que iba a encontrar unos ojos tan dulces en semejante lugar y en el momento en que yo tenía los míos maculados por la fisonomía de Barbone y por la del señor general gobernador? En medio de estos seres tan viles surgió el cielo. Y, ¿cómo hacer para no amar la belleza y procurar volver a verla? No, mi indiferencia a todas las pequeñas vejaciones con que me abruma la prisión no es grandeza de alma.»

La imaginación de Fabricio, pasando rápida revista a todas las posibilidades, llegó a la de ser puesto en libertad. «Seguramente el cariño de la duquesa hará milagros por mí. Pues bien: sólo le daré las gracias de dientes afuera; no son éstos lugares a los que se vuelve; una vez liberado, como nos movemos en sociedades distintas, no volveré a ver casi nunca a Clelia. Y después de todo, ¿qué tiene de malo para mí la prisión? Si Clelia se dignase no abrumarme con su enojo, ¿qué tendría yo que pedir al cielo?»

La noche del día en que no había visto a su hermosa vecina, tuvo una gran idea: con la cruz de hierro del rosario que se distribuye a todos los presos al entrar en la cárcel, comenzó, y con éxito, a perforar la mampara. «Es acaso una imprudencia —se dijo antes de comenzar—; los carpinteros dijeron delante de mí que mañana los reemplazarán los pintores.

¿Qué dirán éstos si encuentran perforada la mampara? Pero si no cometo esta imprudencia, mañana no podré verla. ¿E iba a pasar un día sin verla por mi culpa, y encima habiéndose alejado enfadada?» La imprudencia de Fabricio tuvo su recompensa; al cabo de quince horas de trabajo, vio a Clelia, y, para mayor felicidad, como no creía que él la estaba viendo, permaneció mucho tiempo inmóvil con la mirada fija en aquella enorme mampara. Fabricio tuvo tiempo de leer en sus ojos las señales de una piedad muy tierna. Hasta descuidó visiblemente las atenciones debidas

a sus pájaros, por permanecer minutos enteros contemplando estática la ventana. Su alma se hallaba profundamente conmovida; pensaba en la duquesa, cuyo extremo dolor le había inspirado tanta compasión, y, no obstante, comenzaba a odiarla. No comprendía nada de la profunda melancolía que se estaba apoderando de su ánimo; estaba irritada contra sí misma. Dos o tres veces durante el curso de aquella visita, Fabricio tuvo la impaciencia de procurar sacudir la mampara; no se sentiría dichoso mientras no pudiera demostrar a Clelia que la estaba viendo. «Por otra parte —se decía—, si supiera que la veo con tanta facilidad, con lo tímida y reservada que es, seguramente se hurtaría a mis miradas.»

Mucho más dichoso aún fue al día siguiente (¡de qué minucias no hace el amor su dicha!): mientras Clelia miraba tristemente la enorme mampara, consiguió Fabricio pasar un delgado alambre por el agujero abierto mediante la cruz de hierro, y le hizo señas que ella entendió sin duda, al menos en el sentido que querían expresar: estoy aquí y la veo.

Fabricio no tuvo suerte los días siguientes. Quería arrancar de la mampara un trozo de madera del tamaño de la mano; un ventanillo que pudiera ser colocado a voluntad y que le permitiera ver y ser visto; es decir, hablar, siquiera por señas, de lo que pasaba en su alma; pero el ruido de la sierrecilla muy imperfecta que había fabricado con la cuerda de su reloj dentada mediante la cruz de hierro alertó a Grillo, moviéndole a pasar largas horas en la celda. Creyó notar, por otra parte, que la severidad de Clelia disminuía a medida que aumentaban las dificultades materiales que se oponían a toda comunicación. Fabricio observó muy bien que ya no bajaba ostensiblemente los ojos o miraba a los pájaros cuando él procuraba dar señales de su presencia con ayuda de su mísero trozo de alambre; veía con gozo que no dejaba nunca de aparecer en la pajarera en el momento preciso de dar las doce menos cuarto, y tuvo casi la presunción de creerse causa de aquella exacta puntualidad. ¿Por qué?; esta idea no parece muy razonable, pero el amor descubre matices invisibles para los *ojos* indiferentes y saca de ellos consecuencias infinitas. Por ejemplo, desde que Clelia no veía al preso, casi inmediatamente de aparecer en la pajarera levantaba los ojos hacia su ventana. Esto ocurría en aquellos días fúnebres en que casi nadie dudaba en Parma de la próxima condena a muerte de Fabricio. Sólo él lo ignoraba, pero la horrible idea ya no dejaba a Clelia, y, ¿cómo entonces iba a reprocharse el excesivo interés que le inspiraba Fabricio? ¡Iba a morir, y por la causa de la libertad, pues era demasiado absurdo condenar a muerte a un Del Dongo por dar una estocada a un histrión! Verdad es que aquel amable mancebo estaba ligado a otra mujer. Clelia se sentía profundamente desgraciada, y, sin confésarse claramente el género de interés que le inspiraba su suerte, se decía: «Si le matan, huyo a un convento y no volveré a aparecer jamás en esa sociedad de la corte. Me horrorizan. ¡Asesinos distinguidos!».

El octavo día de prisión de Fabricio, Clelia tuvo ocasión de avergonzarse mucho. Miraba fijamente y absorta en sus tristes pensamientos la mampara que ocultaba la ventana del preso, el cual no había dado aquel día ninguna señal de presencia. De pronto retiró el cautivo un trocito de tabla del tamaño de la mano, y Clelia vio que la miraban sus ojos con expresión gozosa. No pudo sostener esta prueba inesperada: se retiró precipitadamente hacia sus pájaros y se puso a atenderlos, pero sus manos trémulas derramaban el agua que les distribuía. Fabricio podía notar perfectamente su emoción. Clelia no pudo soportar aquella situación y tomó el partido de escapar corriendo.

Para Fabricio, este momento fue, con mucho, el más feliz de su vida.

¡Con qué entusiasmo habría rechazado la libertad si se la hubieran ofrecido en aquel momento!

El día siguiente fue terrible para la duquesa. Todo el mundo en la ciudad daba por seguro que Fabricio no tenía salvación; Clelia no tuvo el triste valor de mostrarle una dureza que no respondía al estado de su corazón; pasó hora y media en la pajarera, atendió a todas sus señas y más de una vez respondió a ellas, al menos con la expresión del interés más vivo y más sincero. Se alejó unos momentos para esconder sus lágrimas. Su coquetería de mujer sentía muy vivamente la imperfección del lenguaje empleado: si hubieran podido hablarse, ¡cuántos diversos medios habría podido hallar para saber la exacta naturaleza de los sentimientos que Fabricio abrigaba hacia la duquesa! Ya Clelia no podía apenas engañarse: odiaba a la duquesa Sanseverina.

Una noche Fabricio dio en pensar un poco seriamente en su tía; le sorprendió mucho comprobar que apenas podía reconocer su imagen; el recuerdo que conservaba de ella había cambiado totalmente; ahora tenía para él cincuenta años.

—¡Dios mío! —exclamó con entusiasmo—, ¡qué bien inspirado estuve para no decirle que la amaba!

Casi llegaba hasta el punto de no poder comprender cómo le había parecido tan hermosa. El recuerdo de la pequeña Marietta no le daba una impresión de tan sensible cambio: ello se debía a que nunca se figuró que su alma estuviera interesada en sus amores con Marietta, mientras que muchas veces la había creído entregada por entero a la duquesa. La duquesa de A*** y la Marietta le hacían ahora el efecto de dos tiernas palomas cuyo encanto radicara únicamente en la debilidad y en la inocencia, mientras que la imagen sublime de Clelia Conti se apoderaba de toda su alma hasta el punto de inspirarle una especie de terror. Se daba perfecta cuenta de que la felicidad eterna de su vida iba a obligarle a depender de la hija del gobernador y de que ésta podía hacerle el más desdichado de los hombres. Cada día le asaltaba un espantoso miedo de ver cortada de pronto, por un capricho inapelable de su voluntad, aquella vida singular y deliciosa que hallaba cerca de ella; no obstante, ya había colmado de

felicidad los dos primeros meses de su prisión. Era el tiempo en que, dos veces por semana, el general Fabrio Conti decía al príncipe: «Puedo dar mi palabra de honor a Vuestra Alteza de que el preso del Dongo no habla con persona viviente, y se pasa la vida en la más profunda desesperación o durmiendo».

Clelia se asomaba dos o tres veces al día a ver a sus pájaros, a veces sólo unos momentos: si Fabricio no la hubiera amado tanto, habría visto claramente que le amaba; pero le asaltaban dudas mortales a este respecto. Clelia había hecho colocar un piano junto a la pajarera. Sin dejar de tocar, para que el sonido del instrumento testimoniara su presencia y entretuviera a los centinelas que se paseaban bajo las ventanas, respondía con los ojos a las miradas de Fabricio. Sólo sobre un punto no respondía nunca, y hasta, en las grandes ocasiones, escapaba y a veces desaparecía por toda una jornada; esto ocurría cuando las señas de Fabricio indicaban sentimientos cuya confesión no era demasiado difícil comprender; en esto se mostraba inexorable.

Resulta, pues, que Fabricio, aunque estrechamente vigilado en su pequeña jaula, tenía una vida muy ocupada: la dedicaba por entero a buscar la solución de este problema tan importante: «¿Me ama?». El resultado de mil observaciones constantemente renovadas, pero también constantemente puestas en duda, era éste: «Todos sus gestos voluntarios dicen no; pero lo que hay de involuntario en los movimientos de sus ojos parece confesar que me tiene afecto».

Clelia esperaba no llegar nunca a una confesión, y precisamente por evitar este peligro había rechazado, con excesivo enojo, un ruego que Fabricio le dirigiera varias veces. La precaria limitación de los recursos empleados por el pobre cautivo habría debido al parecer inspirar a Clelia un poco más de piedad. Fabricio quería establecer una comunicación con ella trazando unos caracteres en su mano con un trozo de carbón cuyo precioso descubrimiento había hecho en su estufa; habría formado las palabras letra a letra y sucesivamente. Este invento habría enriquecido los medios de conversación permitiendo decir cosas preciosas. Su ventana distaba de la de Clelia unos veinte pies; habría sido demasiado arriesgado hablarse por encima de la cabeza de los centinelas que se paseaban ante el palacio del gobernador. Fabricio dudaba de ser amado; si hubiera tenido alguna experiencia del amor, no le habría quedado la menor duda, pero nunca mujer ninguna había ocupado su corazón; por otra parte, no sospechaba un secreto que, de conocerlo, le habría anonadado: se hablaba muy en serio de la boda de Clelia Conti con el marqués Crescenzi, el hombre más rico de la Corte.

---

[1]Del Litto aclara: «Stendhal reproduce la pronunciación dialectal del nombre *neviolo*.

# XIX

La ambición del general Fabio Conti, exaltada hasta la locura por las dificultades que ahora se interponían en la carrera del primer ministro Mosca, y que parecían anunciar su caída, le había llevado a hacer recriminaciones violentas a su hija. Le repetía constantemente, y con furia, que malograba su fortuna si no se decidía por fin a elegir marido. A los veinte años cumplidos ya era hora de tomar partido. El estado de aislamiento cruel en que su obstinación insensata hundía al general debía acabar de una vez, etc.

Fue en primer lugar por sustraerse a las reprimendas de su padre por lo que Clelia se había refugiado en la pajarera; allí sólo se podía llegar por una escalerilla de madera cuya incomodidad era un obstáculo muy serio para la gota del gobernador.

Desde hacía algunas semanas, Clelia tenía el alma de tal modo perturbada, sabía tan poco ella misma qué era lo que debía desear, que, sin dar precisamente una palabra a su padre, se había dejado casi comprometer. En uno de aquellos accesos de furia, el general había vociferado que estaba decidido a mandarla a aburrirse en el convento más triste de Parma y a dejarla pudrirse allí hasta que se dignase elegir marido.

—Bien sabes que nuestra casa, aunque muy antigua, no reúne ni seis mil libras de renta, mientras que la fortuna del marqués Crescenzi se eleva a más de cien mil escudos anuales. Todo el mundo en la corte está de acuerdo en reconocerle un carácter muy dulce; jamás dio motivo de queja a nadie; es muy guapo, joven, muy bien visto del príncipe, y te digo que es preciso estar loca para rechazar sus homenajes. Si esa negativa fuera la primera, yo podría acaso tolerarla; pero ya son cinco o seis partidos, y de los primeros de la corte, los que has rechazado como una tontuela que eres. ¿Y qué sería de ti si me pusieran a medio sueldo? ¡Qué triunfo para mis enemigos si vieran alojado en un segundo piso a una persona como yo, que tantas veces he estado a las puertas del ministerio! ¡No, vive Dios!, ¡demasiado tiempo me ha hecho ya mi benevolencia desempeñar el papel de Casandro! Tendrás que exponerme alguna objeción válida contra ese pobre marqués Crescenzi que tiene la bondad de estar enamorado de ti, de querer tomarte por esposa sin dote y de asignarte una viudedad de treinta mil libras de renta, con la cual podría al menos instalarme. ¡Vas a darme razones, o vive Dios que te casarás con él antes de dos meses!…

De todo este sermón, una sola palabra había impresionado a Clelia: la amenaza de verse encerrada en un convento y, por consiguiente, alejada de la ciudadela, y, para ayuda de males, en el momento en que la vida de Fabricio parecía pendiente sólo de un hilo, pues no pasaba mes sin que el rumor de su próxima muerte circulara de nuevo por la ciudad y por la corte. Por muchos razonamientos que se hiciera, no pudo resolverse a correr el riesgo de verse separada de Fabricio, y en el momento en que

estaba temblando por su vida. Éste era para ella el mayor de los males, al menos el más inmediato.

Y no porque, ni siquiera cerca de Fabricio, su corazón vislumbrara la perspectiva de la felicidad; le creía amado por la duquesa, y unos horribles celos le partían el alma. Pensaba constantemente en las ventajas de aquella mujer, tan unánimemente admirada. La extremada reserva que se imponía con Fabricio, el lenguaje de señales en que ella le había confinado por miedo de caer en alguna indiscreción: todo parecía conjurarse para privarla de los medios de llegar a algún esclarecimiento sobre el modo de sentir de Fabricio respecto a la duquesa. Así, cada día la atormentaba más el horrible dolor de tener una rival en el corazón de Fabricio, y cada día se atrevía menos a exponerse al peligro de darle ocasión de decir toda la verdad sobre lo que pasaba en su corazón. ¡Pero, por otra parte, qué encanto oírle la confesión de sus verdaderos sentimientos!, ¡qué dicha para Clelia poder disipar las sospechas horribles que le emponzoñaban la vida!

Fabricio era frívolo; en Nápoles tenía fama de cambiar de amante con bastante facilidad. A pesar de toda la reserva impuesta al papel de una doncella, Clelia, desde que era canonesa y se presentaba en la corte, sin preguntar nunca, pero escuchando con atención, había aprendido a conocer la fama de los jóvenes que sucesivamente solicitaron su mano. Pues bien, Fabricio, comparado con todos aquellos galanes, era el más frívolo en sus relaciones amorosas. Estaba preso, se aburría y hacía la corte a la única mujer con quien podía hablar: ¿qué más natural? ¿Hay algo incluso más vulgar? Esto era lo que la desolaba. Aunque, por una revelación completa, hubiera sabido que Fabricio no amaba a la duquesa, ¿qué confianza podía tener en sus palabras? Aunque hubiera creído en la sinceridad de estas palabras, ¿qué confianza habría podido tener en la constancia de sus sentimientos? En fin, para acabar de llevar su alma a la desesperación, ¿no estaba ya Fabricio muy adelantado en la carrera eclesiástica? ¿No estaba en vísperas de comprometerse con votos eternos?

¿No le esperaban en este género de vida las más altas dignidades? «Si me quedara siquiera una chispa de buen juicio —se decía la infortunada Clelia—, ¿no debería huir?, ¿no debería suplicar a mi Padre que me encerrara en cualquier convento muy lejano? ¡Y para colmo de miseria, es precisamente el temor de verme alejada de la ciudadela y encerrada en un convento lo que rige toda mi conducta! Es este temor el que me fuerza a disimular, el que me obliga a esa horrenda y deshonrosa mentira de fingir que acepto el interés y las atenciones públicas del marqués Crescenzi.»

El carácter de Clelia era profundamente razonable. No había tenido en toda su vida que reprocharse ni un solo paso impremeditado, y su conducta en esta circunstancia resultaba el colmo de lo irrazonable: ¡imagínese cuál sería su sufrimiento!… Era un efecto tanto más cruel cuanto que no se hacía ninguna ilusión. Entregaba su corazón a un hombre perdidamente amado por la mujer más bella de la

corte, por una mujer tan superior a ella en tantos aspectos. Y además, este hombre, aunque hubiera sido libre, no era capaz de un amor serio, mientras que ella, bien lo notaba, no tendría más que un solo amor en su vida.

En consecuencia, los más atroces remordimientos le punzaban el corazón al salir cada día a la pajarera. Llevada a aquel lugar a pesar suyo, su inquietud cambiaba de motivo y era cada vez menos dolorosa; los remordimientos se esfumaban por algunos momentos. Con el corazón saltándole en el pecho, espiaba los momentos en que Fabricio podía abrir la especie de ventanilla practicada por él en la enorme mampara que cubría su ventana; muchas veces la presencia de Grillo en su celda le impedía hablar por señas con su amiga.

Una noche, a eso de las once, Fabricio oyó en la ciudadela unos ruidos insólitos; de noche, inclinándose a la ventana y sacando la cabeza por el ventanillo, podía distinguir los ruidos un poco fuertes que se producían en la escalera grande, la llamada *de los trescientos escalones*, que conducía desde el primer patio del interior de la torre cilíndrica a la explanada de piedra sobre la que se alzaba el palacio del gobernador y la prisión Farnesio donde se encontraba Fabricio.

Hacia la mitad, a ciento ochenta peldaños de elevación, aquella escalera pasaba del extremo meridional de un gran patio al lado norte, por un puente de hierro muy ligero y muy estrecho en el que hacía guardia un centinela. Este hombre era relevado cada seis horas, y tenía que levantarse y apartar el cuerpo para que se pudiera pasar por el puente que él guardaba y que era el único acceso al palacio del gobernador y a la torre Farnesio. Bastaba dar dos vueltas a un resorte, cuya llave llevaba el gobernador consigo, para precipitar el puente de hierro en el patio, a una profundidad de más de cien pies; tomada esta sencilla precaución, como no había otra escalera en toda la ciudadela, y como todas las noches a las doce un ayudante llevaba las cuerdas de todos los pozos al palacio del gobernador y las encerraba en un gabinete comunicado sólo con su habitación, quedaba completamente inaccesible en su palacio, y hubiera sido igualmente imposible para nadie llegar a la torre Farnesio. Esto lo había observado perfectamente Fabricio el día en que entró en la ciudadela, y Grillo, que, como todos los carceleros, gustaba de alabar su prisión, se lo había explicado varias veces. No tenía, pues, la menor esperanza de fugarse. No obstante, recordaba una máxima del abate Blanès:

> *El amante piensa más a menudo en llegar a su amada que el marido en guardar a su mujer; el preso piensa más a menudo en escaparse que el carcelero en cerrarle las puertas; por consiguiente, por grandes que sean los obstáculos, el amante y el preso tienen que lograr su empeño.*

Aquella noche Fabricio oía muy claramente gran cantidad de hombres pasando

por el puente de hierro, llamado el *puente del esclavo,* porque en otros tiempos un esclavo dálmata había conseguido escaparse empujando al patio al centinela del puente.

«Vienen a buscar a alguien, quizá a mí para llevarme a la horca; pero puede que se produzca un disturbio, y habrá que procurar aprovecharlo.» Ya había tomado sus armas y retirado el oro de algunos de sus escondrijos, cuando de pronto se paró.

«El hombre es un animal curioso —exclamó—, hay que reconocerlo. ¿Qué diría un espectador invisible viendo mis preparativos? ¿Es que acaso quiero fugarme? ¿Qué iba a hacer al día siguiente de estar de nuevo en Parma? ¿Acaso no haría todo lo humanamente posible para volver cerca de Clelia? Si se produce algún barullo, aprovechémosle para colarme en el palacio del gobernador; acaso podré hablar a Clelia, acaso me atreva, al amparo del barullo, a besarle la mano. El general Fabio Conti, muy desconfiado por naturaleza y no menos vanidoso, pone cinco centinelas para guardar su palacio, uno en cada esquina del edificio y el otro en la puerta de entrada, mas, por fortuna, la noche es muy oscura.»

Fabricio se acercó a paso de lobo a ver lo que hacían Grillo y su perro; el carcelero dormía profundamente en una piel de buey suspendida por cuatro cuerdas y rodeada de una burda red; el perro *Fox* abrió los ojos, se levantó y avanzó suavemente hacia Fabricio para acariciarle.

Nuestro preso subió rápidamente los seis peldaños que conducían a su celda de madera; el ruido iba siendo tan fuerte al pie de la torre Farnesio y justamente ante la puerta, que pensó que Grillo podría muy bien despertarse. Fabricio, armado de todas sus armas, dispuesto a entrar en acción, se creía destinado aquella noche a las más grandes aventuras, cuando de pronto oyó iniciar la más bella sinfonía del mundo: era una serenata dedicada al general y a su hija. Le acometió un desatinado acceso de risa. «¡Y yo que ya me veía repartiendo cuchilladas!; ¡como si una serenata no fuese una cosa infinitamente más corriente que un rapto que requiere ochenta personas, o que una sublevación!» La música era excelente y le pareció deliciosa a Fabricio, cuya alma no había gozado de ninguna distracción durante tantas semanas; le hizo verter lágrimas muy dulces; era tal su embeleso, que dirigía los discursos más irresistibles a la hermosa Clelia. Pero al día siguiente, al mediodía, la vio tan sombríamente melancólica, estaba tan pálida, le dirigía miradas que trasuntaban a veces tanto enojo, que no se sintió autorizado para preguntarle nada sobre la serenata: temió ser incorrecto.

Clelia tenía grandes motivos para estar triste: se trataba de una serenata dedicada a ella por el marqués Crescenzi, y una demostración tan pública era en cierto modo el anuncio oficial de la boda. Hasta el día mismo de la serenata, y hasta las nueve de la noche, Clelia había opuesto la más airosa resistencia, pero tuvo la flaqueza de ceder a la amenaza, con que la conminó su padre, de mandarla inmediatamente a un

convento.

«¡Y no he de volver a verle! —exclamó llorando. En vano su razón añadió—: No he de volver a ver a esa criatura que será de todos modos causa de mi desdicha; no he de ver más a ese hombre frívolo amante de la duquesa, que ha tenido otras diez en Nápoles y las ha traicionado a todas; no he de ver más a ese joven ambicioso que, si sobrevive a la sentencia que pesa sobre él, va a recibir las sagradas órdenes. Sería un pecado por mi parte seguir mirándole cuando esté fuera de esta ciudadela, y su inconstancia natural me evitará la tentación de hacerlo; porque, ¿qué soy yo para él?: sólo un pretexto para pasar menos aburridas unas horas de sus días de cautiverio.»

En medio de todas estas injurias, Clelia recordó la sonrisa con que miraba a los gendarmes de su escolta cuando salía del cuerpo de guardia para subir a la torre Farnesio. Se le inundaron de lágrimas los ojos: «¡Qué no haré yo por ti, querido mío! Serás mi perdición, lo sé, ése es mi destino; yo misma me pierdo de una manera atroz asistiendo esta noche a esa horrible serenata; pero mañana, a mediodía, volveré a ver tus ojos».

Fue precisamente al día siguiente de aquel día en que Clelia había hecho tan grandes sacrificios al joven cautivo, al que amaba con tan viva pasión; fue al día siguiente de aquel día en que, viendo todos sus defectos, le hizo el sacrificio de su vida, cuando Fabricio se sintió desesperado por su frialdad. Si, aun no empleando más que el lenguaje de señas, tan imperfecto, hubiera ejercido la menor presión sobre el alma de Clelia, probablemente ésta no habría podido retener las lágrimas, y Fabricio habría conseguido la confesión de todo lo que por él sentía; pero carecía de audacia: tenía demasiado miedo de ofender a Clelia, que podía castigarle con una pena demasiado severa. En otras palabras, Fabricio no tenía ninguna experiencia del género de emociones que da una mujer amada; era una sensación que no había experimentado nunca, ni siquiera en su más débil matiz. Necesitó ocho días, después de aquel de la serenata, para volver con Clelia al pie habitual de la buena amistad. La pobre muchacha se armaba de severidad, muriéndose de miedo de traicionarse, y a Fabricio le parecía que sus relaciones con ella iban cada día peor.

Un día, y hacía ya cerca de tres meses que Fabricio estaba preso sin haber tenido ninguna comunicación con el exterior, sin sentirse, no obstante, desgraciado; un día Grillo permaneció hasta muy entrada la mañana en su celda; Fabricio no sabía cómo alejarle y estaba desesperado; habían dado ya las doce y media cuando pudo abrir las dos pequeñas trampas de un pie de altura que había practicado en la fatal mampara.

Clelia estaba de pie en la ventana de los pájaros, con los *ojos* fijos en la de Fabricio; sus rasgos contraídos expresaban la más violenta desesperación. Apenas vio a Fabricio le hizo seña de que todo estaba perdido; se precipitó al piano y fingiendo cantar un recitado de ópera por entonces en moda, le dijo en frases interrumpidas por la desesperación y por el temor de que la entendieran los centinelas que se paseaban

bajo la ventana:

—¡Dios mío!, ¿está todavía vivo? ¡Cuántas gracias doy al Cielo! Barbone, aquel carcelero cuya insolencia castigó el día de su entrada aquí, había desaparecido, ya no estaba en la ciudadela; anteayer por la noche volvió, y desde ayer tengo motivos para creer que trata de envenenarle. Anda rondando por la cocina particular de palacio que prepara sus comidas. No sé nada a ciencia cierta, pero mi doncella cree que ese hombre atroz viene a las cocinas del palacio sólo con el designio de quitarle la vida. Yo estaba loca de inquietud al no verle aparecer: le creía muerto. Absténgase de todo alimento hasta nuevo aviso; haré lo imposible por hacerle llegar un poco de chocolate. De todos modos, esta noche a las nueve, si la bondad del cielo quiere que tenga un hilo, o que pueda hacer una cinta con su ropa interior, déjela caer de su ventana sobre los naranjos; ataré una cuerda, la retirará y con ayuda de esta cuerda le proporcionaré pan y chocolate.

Fabricio había conservado como un tesoro el trozo de carbón que encontrara en la estufa de su celda; apresuróse a aprovechar la emoción de Clelia y escribió en su mano una serie de letras cuya aparición sucesiva formaba estas palabras:

«La amo, y la vida sólo me es preciada porque la veo a usted; envíeme sobre todo papel y un lápiz».

Como Fabricio esperaba, el extremado terror que leía en *los ojos* de Clelia impidió a la joven cortar el diálogo después de aquellas palabras tan atrevidas: «La amo». Se limitó a demostrar un gran enojo. Fabricio tuvo la ingeniosa ocurrencia de añadir:

—Con el viento tan fuerte que hace, no entiendo sino muy imperfectamente los avisos que se digna darme cantando, pues el sonido del piano apaga la voz. ¿Qué es, por ejemplo, eso del veneno de que me habla?

A estas palabras, el terror de Clelia resurgió por entero; se puso a toda prisa a trazar grandes letras con tinta en las páginas de un libro que deshizo, y Fabricio enloqueció de alegría al ver por fin establecido, al cabo de tres meses de intentos denodados, aquel medio de correspondencia que tan vanamente había solicitado. Tuvo buen cuidado de no abandonar la pequeña treta que tan buen resultado le diera; aspiraba a escribir cartas y fingía a cada momento no entender bien las palabras cuyas letras exponía Clelia sucesivamente a sus ojos.

Se vio obligada a alejarse de la pajarera para ir a reunirse con su padre; temía más que nada en el mundo que viniera a buscarla allí; su carácter desconfiado no habría visto con satisfacción la proximidad de la pajarera a la mampara que cubría la ventana del preso. La propia Clelia había pensado momentos antes, cuando la no aparición de Fabricio la sumía en tal mortal desazón, que se podría muy bien arrojar una piedra envuelta en un papel a la parte superior de la mampara; si la casualidad quería que en aquel instante no estuviera en la celda el carcelero de Fabricio, era

aquél un buen medio de comunicación.

Nuestro cautivo se apresuró a construir una especie de cinta con tiras de su ropa interior; a la noche, poco después de las nueve, oyó muy bien unos golpecitos dados sobre los cajones de los naranjos que estaban bajo su ventana; dejó caer la cinta y volvió a subirla con una cuerdecita muy larga; mediante ésta, retiró primero una provisión de chocolate y luego, con indecible alegría, un rollo de papel y un lápiz. Tornó a echar la cinta, pero en vano: no recibió nada más. Al parecer, los centinelas se habían acercado a los naranjos. Pero estaba loco de alegría. Se apresuró a escribir a Clelia una carta interminable, y, apenas terminada, la ató a la cuerda y la dejó caer. Durante más de tres horas esperó en vano que vinieran a cogerla, y varias veces la retiró para cambiar y añadir alguna cosa. «Si Clelia no ve la carta esta noche —se decía—, mientras se encuentra aún impresionada por eso del veneno, mañana por la mañana rechazará lejos de sí la idea de recibir otra.»

Lo ocurrido fue que Clelia no había podido evitar ir a la ciudad con su padre; Fabricio se lo figuró cuando, a las doce y media de la noche, oyó entrar el carruaje del general; conocía el paso de sus caballos. ¡Qué enorme su alegría cuando, a los pocos minutos de haber oído al general atravesar la explanada y a los centinelas presentarle armas, sintió agitarse la cuerda que no había dejado de sostener arrollada al brazo!

Notó cómo ataban un gran peso a la cuerda; dos pequeñas sacudidas le dieron la señal de retirarla. Le costó bastante trabajo pasar aquel bulto por una cornisa muy saliente que había bajo la ventana.

Aquel objeto que tan difícil le fue subir era una garrafa llena de agua y envuelta en un chal. ¡Con qué delicia el pobre mozo que llevaba tantos meses en una soledad tan completa cubrió de besos aquel chal! Pero renunciaremos a pintar su emoción cuando, al cabo de tantos días de vanas esperanzas, por fin descubrió un trocito de papel prendido al chal con un alfiler.

*No beba más que esta agua; aliméntese de chocolate; mañana haré lo imposible por enviarle pan; lo marcaré con unas crucecitas trazadas con tinta. Es horrible decirlo, pero es necesario que lo sepa: quizá Barbone está encargado de envenenarle. ¿Cómo no se ha dado cuenta de que el tema que trata en su carta a lápiz es lo más propio para desagradarme? De no ser por el peligro extremo que nos amenaza, no le escribiría. Acabo de ver a la duquesa; está bien, lo mismo que el conde, pero muy delgada. No me escriba sobre ese tema: ¿le gustaría que me enfadara?*

Escribir la penúltima línea de esta carta fue un gran esfuerzo de virtud por parte de Clelia. Todo el mundo decía, en la sociedad de la corte, que la Sanseverina iba

tomando mucha amistad al conde Baldi, aquel mozo tan apuesto, antiguo amigo de la marquesa Raversi. Lo indudable era que él había roto escandalosamente con esta marquesa que, durante seis años, le sirviera de madre y le introdujera en el gran mundo.

Clelia había tenido que volver a empezar esta esquela escrita a toda prisa, porque en la primera redacción traslucía algo de los nuevos amores que la malevolencia pública atribuía a la duquesa.

«¡Qué bajeza por mi parte —exclamó— hablar mal a Fabricio de la mujer a quien ama…!»

A la madrugada del día siguiente, bastante antes de amanecer, entró Grillo en la celda de Fabricio, dejó un paquete bastante pesado y desapareció sin decir palabra. Este paquete contenía un pan bastante grueso, decorado con muchas crucecillas trazadas a pluma. Fabricio las cubrió de besos: estaba enamorado. Junto al pan, había un rollo envuelto en muchos papeles; contenía seis mil francos en cequíes; Fabricio encontró por último un precioso breviario completamente nuevo; una mano que él comenzaba a conocer había trazado estas palabras en el margen:

> ¡El veneno! *Cuidado con el agua, con el vino, con todo; vivir de chocolate; procurar hacer comer al perro la comida sin tocarla; no hay que mostrar desconfianza, porque el enemigo buscaría otro medio. ¡Nada de imprudencias, por Dios, nada de ligerezas!*

Fabricio se apresuró a arrancar estos caracteres queridos que podían comprometer a Clelia y a romper gran número de hojas de breviario, con ayuda de las cuales hizo varios alfabetos. Trazó cuidadosamente cada letra con carbón machacado y diluido en vino. Estos alfabetos estaban ya secos cuando, a las doce menos cuarto, apareció Clelia a dos pasos detrás de la ventana de la pajarera. «Ahora la gran cuestión —se dijo Fabricio— es que ella consienta en utilizarlos.» Mas, por fortuna, aconteció que Clelia tenía muchas cosas que decir al joven cautivo sobre la tentativa de envenenamiento: un perro de las mozas del servicio había muerto por comer un plato destinado a Fabricio. Clelia, lejos de oponer objeciones al uso de los alfabetos, había preparado uno magnífico con tinta. La conversación entablada por este medio, bastante incómodo en los primeros momentos, duró lo menos hora y media, todo el tiempo que Clelia pudo permanecer en la pajarera. Fabricio se permitió por dos o tres veces cosas no autorizadas, pero Clelia no contestó y se apartó por unos momentos para dedicar a los pájaros los necesarios cuidados.

Fabricio había conseguido que por la noche, al enviarle agua, le mandaría también uno de los alfabetos trazados por ella con tinta, mucho más visibles que el suyo. No dejó de escribirle una larga carta en la cual cuidó de no poner cosas tiernas,

al menos de manera que pudieran ofender. Esto le dio buen resultado: su carta fue aceptada.

Al día siguiente, en la conversación por medio de los alfabetos, Clelia no le hizo reproches; le informó de que el peligro del veneno era menor; Barbone había sido acometido y casi muerto por los subordinados que cortejaban a las cocineras del palacio del gobernador; probablemente no osaría volver a aparecer en las cocinas. Clelia le confesó que, por él, había tenido la osadía de robar un contraveneno a su padre; se lo enviaría; lo esencial era rechazar al instante cualquier alimento en el que hallara un gusto raro.

Clelia había hecho muchas preguntas a don César, sin poder averiguar de dónde provenían los seis mil cequíes recibidos por Fabricio; de todos modos, era una señal excelente: la severidad iba disminuyendo.

Este episodio del veneno adelantó infinitamente los asuntos de nuestro cautivo; no obstante, no pudo nunca conseguir la menor declaración que se pareciera al amor, pero tenía la dicha de vivir en íntima comunicación con Clelia. Todas las mañanas, y a veces algunas tardes, sostenía una larga conversación mediante los alfabetos; todas las noches, a las nueve, Clelia aceptaba una larga carta, y a veces contestaba con unas palabras; le mandaba el periódico y algunos libros; Grillo había sido al fin amansado hasta el punto de llevar a Fabricio pan y vino que diariamente le entregaba la doncella de Clelia. El carcelero Grillo había sacado la consecuencia de que el gobernador no estaba de acuerdo con las gentes que habían encargado a Barbone de envenenar al joven *monsignore, y* se felicitaba de ello, lo mismo que todos los compañeros, pues ya circulaba por la ciudadela un proverbio: «Basta mirar a la cara a *monsignore* Del Dongo para que os dé dinero».

Fabricio tenía ahora una gran palidez; la falta absoluta de ejercicio perjudicaba a su salud; fuera de esto, jamás había sido tan feliz. El tono de la conversación entre Clelia y él era íntimo y a veces muy alegre. Los únicos momentos de la vida de Clelia no asediados por temores funestos y por remordimientos eran los que pasaba dialogando con él. Un día tuvo la imprudencia de decirle:

—Admiro su delicadeza; como soy la hija del gobernador, nunca me habla del deseo de recobrar la libertad.

—Es que estoy muy lejos de sentir un deseo tan absurdo —le respondió Fabricio —; una vez de retorno en Parma, ¿cómo verla?; y la vida me sería ya insoportable si no pudiera decirle todo lo que pienso… no, no precisamente todo lo que pienso: ya se cuida usted de impedirlo; pero, en fin, a pesar de su crueldad, vivir sin verla cada día sería para mí un suplicio mucho mayor que esta prisión: ¡nunca en mi vida fui tan dichoso…! ¿No es divertido comprobar que la felicidad me esperaba en la cárcel?

—Habría mucho que decir sobre eso —le contestó Clelia con una expresión que se volvió de pronto muy seria y casi siniestra.

—¡Cómo es eso! —exclamó Fabricio muy alarmado—. ¿Estaré expuesto a perder ese lugar tan pequeñito que he logrado ocupar en su corazón y que constituye mi única alegría en el mundo?

—Sí —le respondió Clelia—; tengo grandes motivos para creer que carece de probidad conmigo, aunque en el mundo tenga fama de muy cumplido caballero; pero no quiero tratar hoy este tema.

Esta declaración singular alteró mucho la conversación y, más de una vez, a los dos se les llenaron de lágrimas los ojos.

El fiscal Rassi seguía abrigando la aspiración de cambiar de nombre; estaba demasiado harto del que se había hecho y quería convertirse en el barón Riva. El conde Mosca, por su parte, procuraba, con toda la habilidad de que era capaz, fomentar en este juez venal la pasión de la baronía, de la misma manera que se esforzaba en afianzar al príncipe en su loca esperanza de convertirse en rey constitucional de Lombardía. Eran los únicos medios que podía inventar para retardar la muerte de Fabricio.

El príncipe decía a Rassi:

—Quince días de desesperación y quince de esperanza: sólo con este régimen pacientemente seguido llegaremos a vencer el carácter de esa mujer altiva; con estas alternativas de dulzura y dureza se consigue domar a los caballos más indómitos. Aplique con firmeza el cáustico.

En consecuencia, cada quince días renacía en Parma un nuevo rumor anunciando la muerte de Fabricio. Estos rumores sumían a la desventurada duquesa en hondísima angustia. Fiel a la resolución de no arrastrar al conde en su ruina, sólo le veía dos veces al mes; pero el castigo de su crueldad hacia aquel pobre hombre eran las continuas alternativas de sombría desesperación en que pasaba la vida. En vano el conde Mosca, superando los terribles celos que le inspiraban las asiduidades del conde Baldi, aquel mozo tan guapo, escribía a la duquesa cuando no podía verla y le daba cuenta de todos los informes que debía al celo del futuro barón Riva; para resistir a los terribles rumores que circulaban sin cesar sobre Fabricio, la duquesa habría necesitado pasar la vida con un hombre del corazón y del talento del conde Mosca; la nulidad de Baldi la dejaba entregada a sus pensamientos y en una vida tristísima, mientras el conde no podía comunicarle sus motivos de esperanza.

Mediante diversos pretextos ingeniosos, el ministro había conseguido hacer consentir al príncipe en que fueran depositados en un castillo amigo, situado en el corazón de Lombardía, en los alrededores de Sarono, los archivos de todas las intrigas, muy complicadas, por medio de las cuales Ranucio Ernesto IV alimentaba la archiloca esperanza de ser rey constitucional de este hermoso país.

Más de veinte de aquellos documentos, muy comprometedores, eran de puño y letra del príncipe o estaban firmados por él, y en el caso en que la vida de Fabricio se

encontrara seriamente amenazada, el conde tenía el proyecto de anunciar a Su Alteza que estaba dispuesto a entregar aquellos documentos a una gran potencia que podía aniquilarle con una sola palabra.

El conde Mosca se creía seguro del futuro barón Riva, y sólo temía el veneno. La tentativa de Barbone le había alarmado profundamente y hasta tal punto que se había decidido a arriesgarse a una gestión insensata en apariencia. Una mañana pasó por la puerta de la ciudadela e hizo llamar al general Fabio Conti, el cual bajó hasta el bastión que corona la puerta. Allí, paseando amigablemente con él, no vaciló en decirle después de un pequeño preámbulo agridulce y muy correcto:

—Si Fabricio perece de una manera sospechosa, podría serme atribuida a mí esa muerte, y pasaría por ser celoso: eso sería para mí de un ridículo que no estoy dispuesto a aceptar. Así, pues, para justificarme, si muere de enfermedad, *le mataré a usted con mis propias manos:* no le quepa duda.

El general Fabio Conti dio una respuesta magnífica y habló de su bravura, pero la mirada del conde se le quedó clavada en el alma.

Pasados pocos días, y como si se hubiera puesto de acuerdo con el conde, el fiscal Rassi se permitió una imprudencia muy extraña en un hombre como él. El desprecio público adscrito a su nombre, que servía de proverbio a la canalla, le ponía malo desde que acariciaba la fundada esperanza de poder cambiarle. Dirigió al general Fabio Conti una copia oficial de la sentencia que condenaba a Fabricio a doce años de ciudadela. Con arreglo a la ley, esto habría debido hacerse al día siguiente mismo de la entrada de Fabricio en la prisión; pero lo que resultaba insólito en Parma, un país de medidas secretas, es que la justicia se permitiera semejante diligencia sin orden expresa del soberano. ¿Y cómo renovar cada quince días el espanto de la duquesa y dominar aquel carácter altivo, según frase del príncipe, una vez expedida por la cancillería de justicia una copia oficial de la sentencia? La víspera del día en que el general Fabio Conti recibió el pliego oficial del fiscal Rassi supo que al escribiente Barbone le habían molido a golpes al volver, un poco tarde, a la ciudadela; sacó la conclusión de que en determinado lugar ya no era cuestión de deshacerse de Fabricio y, por un rasgo de prudencia que salvó a Rassi de las consecuencias inmediatas de su locura, en la primera audiencia que obtuvo no habló al príncipe de la copia oficial de la sentencia transmitida. El conde había descubierto, afortunadamente para la tranquilidad de la pobre duquesa, que la torpe tentativa de Barbone no había sido más que una veleidad de venganza privada, y había hecho llegar al escribiente el aviso de que hemos hablado.

Al cabo de ciento treinta y cinco días de cautiverio en una jaula bastante estrecha, Fabricio recibió una grata sorpresa cuando el buen limosnero don César fue a buscarle un jueves para llevarle a pasear por la plataforma de la torre Farnesio. No llevaba paseando diez minutos, cuando, por falta de costumbre del aire libre, Fabricio

sufrió un mareo.

Don César aprovechó el incidente para que le fuera concedido un paseo de media hora diaria. Fue una torpeza: aquellos paseos frecuentes no tardaron en devolver a nuestro héroe unas fuerzas de las que abusó.

Hubo varias serenatas; el gobernador, tan riguroso, sólo las toleraba porque comprometían con el marqués Crescenzi a su hija Clelia, cuyo carácter le daba miedo: notaba vagamente que entre ella y él no había ningún punto de contacto, y temía siempre de parte de ella alguna determinación intempestiva. Podía huir al convento, y él quedaría desarmado. Por otra parte, el general abrigaba el temor de que aquella música, cuyos sones podían llegar hasta los calabozos más profundos, reservados a los más tenebrosos liberales, encubriesen alguna señal. Los propios músicos le inspiraban sospechas; por eso, apenas acabada la serenata, los encerraban con llave en las grandes salas bajas del palacio del gobernador, que de día servían de oficinas del estado mayor, y no les abrían la puerta hasta el día siguiente ya amanecido. El propio gobernador, apostado en el puente del *esclavo*, mandaba registrarlos en su presencia y les devolvía la libertad, no sin repetirles varias veces que mandaría ahorcar acto seguido al que tuviera la audacia de encargarse de cualquier recado para algún preso. Y se sabía muy bien que, en su miedo de caer en desagrado, era hombre capaz de hacerlo, de suerte que el marqués Crescenzi tenía que pagar el triple a sus músicos, muy poco complacidos de tener que pasar una noche presos.

Lo único que la duquesa pudo conseguir, y esto con gran trabajo, de la pusilanimidad de uno de aquellos hombres fue que se encargara de una carta para el gobernador. La carta iba dirigida a Fabricio; en ella se lamentaba de que la fatalidad no hubiera permitido que, en cinco meses de prisión, pudieran sus amigos de fuera establecer la menor comunicación con él.

Al entrar en la ciudadela, el músico se arrojó a los pies del general Fabio Conti y le confesó que un sacerdote desconocido había insistido de tal modo en encomendarle una carta dirigida al señor Del Dongo, que no se había atrevido a negarse; mas, fiel a su deber, se apresuraba a ponerla en manos de Su Excelencia.

Para la Excelencia fue gran satisfacción; conocía los recursos de que la duquesa disponía y tenía miedo de que le burlara. En su alegría, el general se apresuró a llevar aquella carta al príncipe, que la recibió encantado.

—¡Conque la firmeza de mi administración ha logrado vengarme! ¡Esa mujer altanera lleva sufriendo cinco meses! Pero un día de estos mandaremos preparar un cadalso, y su imaginación desatinada no dejará de creer que está destinado al pequeño Del Dongo.

# XX

Una noche, hacia la una de la madrugada, tendiéndose en el alféizar de su ventana, Fabricio sacó la cabeza por el ventanillo practicado en la mampara y contempló las estrellas y el inmenso horizonte que deleita desde lo alto de la torre Farnesio. Sus ojos, errando por el campo hacia el bajo Po y Ferrara, descubrieron por azar una luz muy pequeña, pero bastante viva, que parecía provenir de lo alto de una torre. «Esa luz no debe de verse desde la llanura —se dijo Fabricio—, porque la propia torre impide verla desde abajo. Será alguna señal para un punto lejano.» De pronto observó que aquel resplandor aparecía y desaparecía a intervalos muy próximos. «Alguna muchacha que habla a su amante del pueblo vecino.» Contó nueve apariciones sucesivas. «Es una I —se dijo—, la novena letra del alfabeto.» En seguida, pasado un breve descanso, se sucedieron catorce apariciones. «Esto es una N.» Luego, después de una parada, una sola aparición. «Es una A; la palabra *Ina.*»

Cuál no sería su alegría y su sorpresa al comprobar que las apariciones sucesivas, con los correspondientes intervalos, vinieron a formar las palabras siguientes:

*Ina pena a te*

Sin duda alguna: *Gina piensa en ti.* Fabricio contestó inmediatamente con las apariciones sucesivas de su lámpara en el ventanillo que él había abierto:

*¡Fabricio te quiere!*

La comunicación duró hasta el amanecer. Aquella noche era la ciento setenta y tres de su cautiverio, y le hicieron saber que durante los últimos cuatro meses se habían hecho aquellas señales todas las noches. Pero cualquiera podía verlas y entenderlas; desde aquella primera noche comenzaron a introducir abreviaturas: tres apariciones en rápida sucesión designaban a la duquesa; cuatro, al príncipe; dos, al conde Mosca; dos apariciones rápidas seguidas de dos lentas significaban *evasión.* Quedó convenido seguir en lo sucesivo el antiguo alfabeto *alla Monaca*[1], que, para que no fuera adivinado por los indiscretos, cambia el orden corriente de las letras y les da otro arbitrario. La A, por ejemplo, lleva el número 10; la B, el número 3; es decir, que tres eclipses sucesivos de la lámpara significan la B; diez, la A, etc. Un momento de oscuridad indica la separación de las palabras. Se dieron cita para el día siguiente a la una de la noche, y en efecto, al día siguiente la duquesa acudió a aquella torre situada a un cuarto de legua de la ciudad. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver las señales hechas por aquel Fabricio al que tantas veces había creído

muerto. Gina le dijo mediante luces sucesivas de su lámpara: *¡Te quiero, valor, salud, esperanza! Ejercita tus fuerzas en tu cuarto: vas a necesitar la fuerza de tus brazos.* «No le he visto —se decía la duquesa— desde el concierto de la Fausta, cuando apareció en la puerta de mi salón vestido de cazador. ¡Quién me había de decir entonces la suerte que nos esperaba!»

La duquesa mandó hacer señales anunciando a Fabricio que pronto sería libertado, *gracias a la bondad del príncipe* (estas señales podían ser entendidas); luego tornó a decirle cosas tiernas; no podía arrancarse de aquella comunicación con él, y sólo las exhortaciones de Ludovico, que porque había sido útil a Fabricio era ahora el factótum de la duquesa, lograron obligarla, cuando ya iba a apuntar el día, a suspender aquellas señales que podían atraer las miradas de algún malvado. Aquel anuncio de una próxima liberación, varias veces reiterado, sumió a Fabricio en una profunda tristeza. Como Clelia la observara al día siguiente, cometió la imprudencia de preguntarle la causa.

—Estoy a punto de tener que dar a la duquesa un grave motivo de descontento.

—¿Y qué puede exigir de usted que haya de negárselo? —inquirió Clelia con muy viva curiosidad.

—Quiere que salga de aquí, y no consentiré jamás en ello.

Clelia no pudo responder: le miró y rompió a llorar. Si hubiera podido dirigirle la palabra de cerca, acaso entonces habría obtenido Fabricio la confesión de unos sentimientos cuya incertidumbre le sumía a menudo en profundo desánimo; sentía vivamente que la vida sin el amor de Clelia no podía ser para él más que una serie de dolores amargos y de insoportable tedio. Le pareció que ya no valía la pena vivir para recuperar aquellas mismas alegrías que tan interesantes le parecieran antes de haber conocido el amor, y aunque el suicidio no estaba todavía de moda en Italia, había pensado en él como en un recurso si el destino le separaba de Clelia.

Al día siguiente recibió de ella una carta muy larga.

*Es preciso, amigo mío, que sepa la verdad: muchas veces, desde que está aquí, se ha creído en Parma que había llegado su último día. Verdad es que sólo está condenado a doce años de reclusión; pero, por desgracia, es imposible dudar que un odio omnipotente se obstina en perseguirle, y veinte veces he temblado de que el veneno viniera a poner fin a sus días. Aproveche, pues, todos los medios* posibles *de salir de aquí. Bien ve que por usted falto a los deberes más santos; juzgue de la inminencia del peligro por las cosas que me arriesgo a decirle tan indebidas en mi boca. Si es absolutamente preciso, si no hay ningún otro medio de salvación, huya. Cada instante que pasa en esta fortaleza puede poner su vida en el mayor peligro; piense que existe en la corte un partido que no se para jamás en sus designios ante la perspectiva del*

*crimen. ¿Y no ve todos los proyectos de ese partido constantemente frustrados por la habilidad superior del conde Mosca? Ahora bien: se ha encontrado un medio cierto de desterrarle de Parma, y este medio es la desesperación de la duquesa, ¿y no es seguro provocar esa desesperación por la muerte de un joven preso? Estas solas palabras, que no tienen respuesta deben hacerle juzgar de su situación. Dice que me tiene afecto, piense en primer término en los obstáculos insuperables que se oponen a que ese sentimiento tome nunca cierta fijeza entre nosotros. Nos habremos encontrado en nuestra juventud, nos habremos tendido una mano amiga en un período desgraciado; el destino nos habrá puesto en este lugar de severidad para endulzar nuestras penas, pero yo me haría reproches eternos si ciertas ilusiones, que nada autorizan ni autorizarán jamás, le movieran a no aprovechar todas las ocasiones posibles de sustraer su vida a tan horrible peligro. He perdido ya la paz del alma por la terrible imprudencia que cometí cambiando con usted algunas señales de buena amistad. Si nuestros juegos pueriles con unos alfabetos le hicieron concebir ilusiones tan poco fundadas y que pueden serle tan funestas, en vano recordaría yo para justificarme la tentativa de Barbone. Creyendo sustraerle a un peligro momentáneo, le habría lanzado yo misma a un peligro mucho más horrible, mucho más seguro. Y mis imprudencias son imperdonables para siempre si han provocado unos sentimientos que pueden inclinarle a resistir a los consejos de la duquesa. He aquí lo que me obliga a repetirle: fúguese, se lo ordeno…*

Esta carta era muy larga; ciertos pasajes, tales como *se lo ordeno,* que acabamos de transcribir dieron deliciosos momentos de esperanza al amor de Fabricio. Le parecía que el fondo de los sentimientos era bastante tierno, aunque las expresiones fueran visiblemente precavidas. En otros momentos pagaba la pena de su completa ignorancia en esta clase de guerra: en la carta de Clelia sólo veía simple amistad o hasta una humanidad muy corriente.

Por lo demás, todo lo que le decía no le hizo cambiar ni por un instante de propósito: suponiendo que los peligros que le pintaba fuesen muy reales, ¿era comprar demasiado cara la felicidad de todos los días con unos peligros de momento? ¿Qué vida iba a ser la suya cuando estuviera de nuevo refugiado en Bolonia o en Florencia? —pues escapándose de la ciudadela no podía ni siquiera esperar el permiso de vivir en Parma—. Y aun en el caso de que el príncipe cambiara hasta el punto de ponerle en libertad (cosa tan poco probable, puesto que él, Fabricio, había pasado a ser, por una facción poderosa, el medio de derribar al conde Mosca), ¿qué vida sería la suya en Parma, separado de Clelia por todo el odio que dividía a ambos partidos? Acaso una o dos veces al mes el azar le llevara a los mismos salones; pero

incluso entonces, ¿qué clase de conversación iba a sostener con ella? ¿Cómo recuperar aquella intimidad perfecta de que ahora gozaba cada día durante varias horas? ¿Qué podría ser la conversación de los salones comparada con la que sostenían mediante sus alfabetos? «Y aunque tuviera que comprar esta vida de delicias y esta oportunidad única de felicidad con algunos pequeños peligros, ¿dónde estaría el mal? ¿No sería más bien una nueva suerte hallar así una débil ocasión de darle una prueba de mi amor?»

Fabricio no vio en la carta de Clelia otra cosa que la ocasión de pedirle una entrevista: era éste el único y constante objeto de todos sus deseos. No le había hablado más que una vez, y eso un momento, en el de su entrada en la cárcel, y de esto hacía ya más de doscientos días.

Había un medio fácil de encontrarse con Clelia: el excelente abate don César concedía a Fabricio media hora de paseo por la terraza de la torre Farnesio todos los jueves, durante el día; pero los demás de la semana, aquel paseo, que podía ser notado por todos los habitantes de Parma y de los alrededores y comprometer gravemente al gobernador, no tenía lugar sino a la caída de la noche. Para subir a la terraza de la torre Farnesio no había otra escalera que la del pequeño campanario dependiente de la capilla tan lúgubremente decorada en mármol negro y blanco, y de la que el lector se acordará quizá. Grillo conducía a Fabricio a aquella capilla y le abría la escalerilla del campanario; su deber era acompañarle, pero como los anocheceres comenzaban a ser frescos, el carcelero le dejaba subir solo, le encerraba con llave en aquel campanario que comunicaba con la terraza y tornaba a su cuarto a calentarse. Pues bien: ¿no podría Clelia encontrarse allí una noche, escoltada por su doncella, en la capilla de mármol negro?

Toda la larga carta con la que Fabricio contestó a la de Clelia estaba calculada para obtener aquella entrevista. Por otra parte, le explicaba, con una sinceridad perfecta y como si se tratara de otra persona, todas las razones que le decidían a no abandonar la ciudadela.

«Me expondría cada día a la perspectiva de mil muertes por tener la dicha de hablarla con ayuda de nuestros alfabetos, que ahora ya no nos detienen un momento ¡y quiere que haga el mal negocio de desterrarme a Parma, o acaso a Bolonia, o quizá a Florencia! ¡Quiere que yo mismo me esfuerce en alejarme de usted! Sepa que semejante esfuerzo me es imposible; en vano le daría mi palabra: no podría cumplirla.»

El resultado de aquella petición de una cita fue una ausencia de Clelia que duró por lo menos cinco días; durante ellos no apareció en la pajarera más que en los momentos en que sabía que Fabricio no podía hacer uso del ventanillo abierto en la mampara. Fabricio estaba desesperado; de aquella ausencia sacó la conclusión de que, a pesar de ciertas miradas que le habían hecho concebir locas esperanzas, jamás

había inspirado a Clelia otros sentimientos que los de simple amistad. «Y en este caso —se decía—, ¿qué me importa la vida?; si el príncipe me la quita, será bien venido: razón de más para no abandonar la fortaleza.» Y sólo con un profundo sentimiento de disgusto respondía cada noche a las señales de la lucecita. La duquesa le creyó completamente loco cuando, en el boletín de señales que le llevaba Ludovico todas las mañanas, leyó estas palabras absurdas: *¡No quiero evadirme, quiero morir aquí!*

Durante aquellos cinco días, tan crueles para Fabricio, Clelia sufría más que él. La había asaltado esta idea, tan punzante para un alma generosa: «Mi deber es huir a un convento, lejos de la ciudadela: cuando Fabricio sepa que ya no estoy aquí —*y yo* haré que se lo digan Grillo y todos los carceleros— se decidirá a intentar la evasión». Pero irse al convento era renunciar para siempre a ver a Fabricio, ¡y renunciar a verle cuando le daba una prueba tan evidente de que los sentimientos que en otro tiempo pudieron ligarle a la duquesa no existían ya!… ¿Qué prueba de amor más conmovedora podía dar un hombre? Al cabo de siete largos meses de prisión, que habían alterado gravemente su salud, se negaba a recobrar la libertad. Un ser frívolo, tal como los comentarios de los cortesanos habían pintado a Fabricio a los ojos de Clelia, hubiera sacrificado veinte amantes por salir un día antes de la ciudadela, ¡y qué no habría hecho por salir de una prisión en la que cada día podía el veneno poner fin a su vida!

A Clelia le faltó valor; cometió la falta insigne de no buscar refugio en un convento, lo que, al mismo tiempo, le habría proporcionado un medio muy natural de romper con el marqués Crescenzi. Una vez cometida esta falta, ¿cómo resistir a aquel joven tan seductor, tan espontáneo, tan tierno, que exponía su vida a peligros horrendos por la simple dicha de verla de una ventana a otra? Al cabo de cinco días de combates terribles, mezclados con momentos de desprecio a sí misma, Clelia se decidió a contestar a la carta en la que Fabricio solicitaba la dicha de hablarle en la capilla de mármol negro. En verdad se negaba, y en términos bastante duros; pero desde aquel momento toda tranquilidad desapareció para ella; a cada instante su imaginación le pintaba a Fabricio sucumbiendo al veneno; acudía seis u ocho veces por día a la pajarera y sentía la necesidad apasionada de asegurarse por sus propios ojos de que Fabricio vivía.

«Si está aún en la fortaleza —se decía—, si permanece expuesto a los horrores que la facción Raversi trama acaso contra él con el fin de deshacerse del conde Mosca, es solamente porque yo he tenido la cobardía de no huir al convento. ¿Qué pretexto hubiera tenido para permanecer aquí una vez seguro de que yo me había marchado para siempre?»

Esta muchacha tan tímida y a la vez tan altiva llegó a correr el albur de una negativa por parte del carcelero Grillo; más aún: arrostró todos los comentarios que este hombre pudiera permitirse sobre la singularidad de su conducta. Descendió al

grado de humillación de mandar a buscarle y decirle, con voz trémula reveladora de su secreto, que dentro de pocos días Fabricio iba a obtener su libertad, que la duquesa Sanseverina estaba realizando con esta esperanza diligencias muy activas, que muchas veces era necesario recibir inmediata respuesta del cautivo a ciertas proposiciones, y que ella le invitaba, a Grillo, a permitir que Fabricio practicara una trampa en la mampara que cubría su ventana a fin de que ella pudiera comunicarle por señas las instrucciones que recibía varias veces al día de la duquesa Sanseverina.

Grillo sonrió y le dio la seguridad de su respeto y de su obediencia. Clelia le agradeció infinitamente que no añadiera una palabra; resultaba evidente que sabía muy bien todo lo que pasaba desde hacía varios meses.

Apenas salió de su estancia el carcelero, Clelia dio la señal convenida para llamar a Fabricio en las grandes ocasiones, y le comunicó todo lo que acababa de hacer. «Quiere morir envenenado —añadió—: espero tener, uno de estos días, el valor de dejar a mi padre y huir a cualquier convento lejano. Esto será lo que tendré que agradecerle; espero, pues, que no opondrá resistencia a los planes que le puedan proponer para sacarle de aquí. Mientras permanezca en este sitio, yo vivo momentos horribles e insensatos, nunca en mi vida contribuí a la desgracia de nadie, y ahora me parece que soy causa de su muerte. Aunque se tratara de un desconocido, una idea como ésta me desesperaría: hágase cargo de lo que siento al figurarme que un amigo, cuya insensatez me da tan graves motivos de queja, pero al que al fin y al cabo veo todos los días desde hace tanto tiempo, está expuesto en estos momentos a los dolores de la muerte. A veces siento la necesidad de saber por usted mismo que vive.

»Y por librarme de este horrible sufrimiento llego a humillarme hasta pedir un favor a un subalterno que podía negármelo y que además puede traicionarme. Por otra parte, acaso me alegraría de que me denunciara a mi padre, porque en seguida me marcharía al convento y ya no sería cómplice, aunque involuntaria, de las crueles locuras de usted. Pero, créame, esto no puede durar mucho tiempo: obedecerá las órdenes de la duquesa. ¿Está satisfecho, cruel amigo?: ¡soy yo la que le pide que traicione a mi padre! Llame a Grillo y hágale un regalo.»

Fabricio estaba tan enamorado, y la más sencilla expresión de la voluntad de Clelia le infligía tales temores que ni siquiera esta extraordinaria comunicación constituyó para él la certidumbre de que Clelia le amaba. Llamó a Grillo y le pagó espléndidamente las complacencias pasadas, y en cuanto al porvenir, le dijo que por cada día que le permitiese hacer uso del ventanillo abierto en la mampara recibiría un cequí. Grillo aceptó muy complacido estas condiciones.

—Voy a hablarle con el corazón en la mano, monseñor: ¿quiere someterse a comer la comida fría todos los días?; es un medio muy sencillo de evitar el veneno. Pero le pido la más profunda discreción; un carcelero debe verlo todo y no adivinar nada, etc. En lugar de un perro tendrá varios, y usted mismo les hará probar todos los

platos de que haya de comer; en cuanto al vino, le daré del mío, y sólo beberá de las botellas de que yo mismo haya bebido. Pero si Vuestra Excelencia quiere mi perdición para siempre, basta con una confidencia de estos detalles a la propia señorita Clelia; las mujeres son siempre mujeres; si mañana se enfada con usted, pasado mañana, por vengarse, contará todo esto a su padre, cuya más dulce satisfacción sería tener un motivo para mandar ahorcar a un carcelero. Después de Barbone, acaso el ser más malo de la fortaleza es él, y en esto radica el verdadero peligro de su posición; sabe manejar el veneno, puede usted estar seguro, y no me perdonaría esta idea de tener tres o cuatro perritos.

Hubo una nueva serenata. Grillo respondía ahora a todas las preguntas de Fabricio, aunque se había prometido no traicionar a la señorita Clelia, que, según él, aun a punto de casarse con el marqués Crescenzi, el hombre más rico de los Estados de Parma, no dejaba por ello de tener amores, dentro de lo que permitían los muros de la prisión, con el simpático monseñor Del Dongo. Al responder a las últimas preguntas de éste sobre la serenata, cometió la torpeza de añadir: «Se cree que se casarán pronto». Fácil es imaginar el efecto de estas sencillas palabras en Fabricio. Aquella noche no respondió a las señales de la luz más que diciendo que estaba enfermo. Cuando a las diez de la mañana siguiente apareció Clelia en la pajarera, le preguntó el cautivo, en un tono de corrección ceremoniosa muy nuevo entre ellos, por qué no le había dicho sencillamente que amaba al marqués Crescenzi y que estaba a punto de casarse con él.

—Porque nada de eso es cierto —contestó Clelia con impaciencia.

Verdad es que el resto de su respuesta fue menos terminante; Fabricio se lo hizo notar y aprovechó la ocasión para reiterar la petición de una entrevista. Clelia, viendo que se dudaba de su buena fe, accedió en seguida, sin dejar de advertirle que se deshonraba ante Grillo. Aquel mismo día, ya de noche cerrada, se presentó, acompañada de su doncella, en la capilla de mármol negro; se detuvo en medio de la misma, junto al farol de vigilancia. La doncella y Grillo retrocedieron a treinta pasos de la puerta. Clelia, toda trémula, había preparado un hermoso parlamento. Se proponía no hacer ninguna declaración comprometedora, pero la lógica de la pasión es acuciante; el profundo interés que el enamorado pone en saber la verdad no le permite guardar consideraciones vanas, y su entrega profunda a lo que ama le quita el temor de ofender. Fabricio se quedó primero deslumbrado por la belleza de Clelia: hacía cerca de ocho meses que no veía más que carceleros. Pero el nombre del marqués Crescenzi le devolvió toda su furia, que fue en aumento al ver claramente que Clelia no respondía más que con rodeos prudentes, y ella misma comprendió que no hacía sino acrecer las sospechas en vez de disiparlas. Esta sensación resultó demasiado dolorosa para ella.

—¿Estará satisfecho —le dijo casi colérica y con lágrimas en los ojos— de

haberme obligado a pasar por encima de lo que me debo a mí misma? Hasta el 3 de agosto del año pasado yo no había sentido sino distanciamiento por los hombres que habían intentado serme gratos. Sentía un desprecio sin limites y probablemente exagerado por el carácter de los cortesanos; todo el que era dichoso en esta corte me desagradaba. En cambio vi cualidades singulares en un preso que el 3 de agosto fue internado en esta ciudadela. Primero pasé, sin darme cuenta, por todos los tormentos de los celos. Los dones de una mujer encantadora, muy conocida mía, eran otras tantas puñaladas en mi corazón, porque creía, y todavía lo creo un poco, que ese preso era algo muy suyo. No tardaron en hacerse más apremiantes las persecuciones del marqués Crescenzi, que había solicitado mi mano; es muy rico y nosotros carecemos de toda fortuna. Yo rechazaba esas solicitudes con gran libertad de ánimo; cuando mi padre habló de convento comprendí que, si dejaba la ciudadela, ya no podría velar por la vida del preso cuya suerte me interesaba. La obra maestra de mis precauciones había sido que hasta aquel momento no sospechara él los horribles peligros que amenazaban su vida. Me había prometido a mí misma no traicionar jamás a mi padre ni mi secreto; pero esa mujer, de una actividad admirable, de una inteligencia superior, de una voluntad terrible, que protege al cautivo, le ofreció, según creo, medios de evasión; él los rechazó y quiso convencerme de que se negaba a dejar la ciudadela por no alejarse de mí. Entonces yo cometí una gran falta: luché durante cinco días; habría debido refugiarme inmediatamente en el convento y dejar la fortaleza: este paso me ofrecía un medio muy sencillo de romper con el marqués Crescenzi. No tuve el valor de abandonar la fortaleza, y ahora soy una mujer perdida: me he prendado de un hombre frívolo, conozco su conducta en Nápoles, y ¿qué razón tengo para creer que ha cambiado de carácter? Encerrado en una prisión severa, se ha puesto a hacer la corte a la única mujer que tenía a su alcance: una distracción para su aburrimiento. Como no podía hablarle sino con ciertas dificultades, este pasatiempo ha tomado la falsa apariencia de una pasión. Como el cautivo se ha ganado una fama en el mundo por su valor, cree probar que su amor es algo más que una simple afición pasajera exponiéndose a serios peligros por seguir viendo a la persona a quien cree amar. Pero una vez en la gran ciudad, rodeado de nuevo por todas las seducciones de la alta sociedad, volverá a ser lo que fue siempre: un hombre mundano dado a las disipaciones, a la vida galante, y su pobre compañera de prisión acabará sus días en un convento, olvidada por ese hombre frívolo y con el mortal remordimiento de haberle hecho una declaración.

Esta admonición histórica, de la que sólo damos los puntos principales, fue, como puede suponerse, interrumpida veinte veces por Fabricio. Estaba perdidamente enamorado, así como absolutamente convencido de que nunca había amado antes de conocer a Clelia y de que el destino de su vida era no vivir más que para ella.

El lector se imagina sin duda las bellas cosas que le estaba diciendo cuando la

doncella advirtió a su señora que acababan de dar las once y media y que el general podía volver de un momento a otro. La separación fue cruel.

—Le veo acaso por última vez —dijo Clelia al cautivo—: una medida que quizá constituye el interés evidente de la camarilla Raversi puede facilitarle una terrible manera de probar que no es inconstante.

Clelia dejó a Fabricio bañada en lágrimas y muerta de vergüenza de no poder ocultarlas por completo a su doncella ni, sobre todo, al carcelero Grillo. Una segunda conversación sólo sería posible cuando el general anunciara el propósito de pasar la noche en sociedad; y como desde que Fabricio estaba preso e inspiraba tanto interés a la curiosidad de los cortesanos le había parecido prudente atribuirse un ataque de gota casi continuo, sus idas a la ciudad, sujetas a las exigencias de una sabia política, no solían decidirse hasta el momento de subir al carruaje.

Desde aquella entrevista en la capilla de mármol la vida de Fabricio fue una serie ininterrumpida de arrebatos de felicidad. Grandes obstáculos, es cierto, parecían oponerse todavía a su dicha; pero de todos modos tenía la alegría suprema y poco esperada de verse amado por la divina criatura que ocupaba todos sus pensamientos.

Al tercer día después de la referida entrevista, las señales luminosas cesaron muy temprano, a eso de medianoche. En el momento de finalizar, la cabeza de Fabricio estuvo a punto de ser atravesada por una gruesa bola de plomo que, lanzada a la parte superior de la mampara de su ventana, vino a romper los papeles que hacían de vidrios y cayó en la celda.

La pelota no era tan pesada, ni mucho menos, como correspondía a su volumen. Fabricio consiguió fácilmente abrirla y halló dentro una carta de la duquesa. Por medio del arzobispo, al que cultivaba con esmero, había ganado a un soldado de la guarnición de la ciudadela. Este hombre, hondero muy diestro, engañaba a los soldados de centinela en las esquinas y en la puerta del palacio del gobernador o se entendía con ellos.

*Tienes que evadirte por medio de unas cuerdas; me estremezco al darte este consejo, llevo dos meses vacilando antes de decirte estas palabras; pero el porvenir oficial se entenebrece cada día más, y puede esperarse lo peor. A propósito, reanuda inmediatamente las señales con la luz para demostrarnos que has recibido esta peligrosa carta; marca R B y G* a la monaca, *es decir, cuatro, doce y dos. No respiraré hasta que haya visto esa señal. Estoy en la torre. Responderemos con N y O, siete y cinco. Una vez recibida la respuesta, no hagas más señales y ocúpate únicamente en entender mi carta.*

Fabricio se apresuró a obedecer e hizo las señales convenidas, a las que siguieron las respuestas anunciadas; luego continuó la lectura de la carta.

*Puede esperarse lo peor; así me lo han dicho los tres hombres en quienes tengo más confianza, después de haberles hecho jurar sobre el Evangelio que me dirían la verdad, por dura que pudiera ser para mí. El primero de estos hombres amenazó al cirujano delator de Ferrara con caer sobre él con una navaja abierta en la mano; el segundo te dijo, cuando volviste de Belgirate, que hubiera sido más prudente disparar un tiro al criado que llegaba cantando al bosque y llevando de la brida un caballo un poco flaco; al tercero no le conoces, es un ladrón de caminos amigo mío, hombre ejecutivo si los hay y tan valiente como tú; por esto sobre todo le he pedido que me dijera lo que debías hacer. Los tres me han dicho, sin conocer cada uno de ellos mi consulta a los otros dos, que vale más exponerse a estrellarse que pasar once años y cuatro meses más en el temor constante de un veneno muy probable.*

*Durante un mes debes ejercitarte en tu celda en subir y bajar por una cuerda de nudos. Luego, un día de fiesta en que la guarnición de la ciudadela habrá recibido una gratificación de vino, intentarás la gran proeza. Recibirás tres cuerdas de seda y cáñamo, del grueso de una pluma de cisne, la primera de ochenta pies para bajar los treinta y cinco que hay desde la ventana al patio de los naranjos; la segunda, de trescientos pies, y ésta es la dificultad por causa del peso, para bajar los ciento ochenta pies que tiene de altura el muro de la torre grande; una tercera de treinta pies te servirá para bajar la muralla exterior. Me paso la vida estudiando el gran muro de Oriente, o sea por la parte de Ferrara; en él, una hendidura causada por un temblor de tierra está tapada con un contrafuerte que forma plano inclinado. Mi ladrón de caminos me asegura que está seguro de poder bajar por esa parte sin demasiada dificultad con sólo algunas desolladuras deslizándose por el plano inclinado que forma el contrafuerte. El espacio vertical es sólo de veintiocho pies en la parte inferior, y esa parte es la menos vigilada.*

*No obstante, mi ladrón de caminos, que se ha escapado tres veces de presidio, y que te gustaría si lo conocieras, aunque las gentes de tu casta le execran; mi ladrón de caminos, repito, ágil y dispuesto como tú, opina que él preferiría bajar por el lado de Poniente, exactamente frente al palacete habitado en otro tiempo por la Fausta, que tú conoces bien. Lo que le decidiría por este lado es que la muralla, aunque muy poco inclinada, está allí casi constantemente guarnecida de malezas; hay algunas ramas, del grosor del dedo meñique, que pueden muy bien causar desolladuras si no se tiene cuidado, pero que también pueden servir para agarrarse. Esta mañana volvía mirar bien ese lado de Poniente con un excelente catalejo; el lugar que se debe elegir cae precisamene debajo de una piedra nueva que pusieron en la balaustrada hace dos o tres años. Verticalmente debajo de esa piedra encontrarás primero un espacio liso de una veintena de pies; aquí hay que ir muy despacio (ya te figuras cómo me tiembla el corazón al darte estas terribles instrucciones, pero el valor consiste en saber elegir el mal menor, por horrible que sea también); después*

*del espacio liso hallarás ochenta o noventa pies de matorrales muy grandes en los que se ven volar los pájaros. Luego, un espacio de treinta pies que no tiene más que yerbajos, alelíes y parietarias. A continuación, ya cerca del suelo, veinte pies de malezas, y, por último, veinticinco o treinta pies recientemente revocados.*

*Lo que me decidiría por este lado es que aquí se encuentra, verticalmente debajo de la piedra nueva de la balaustrada superior, una choza de madera construida por un soldado en su huerto y que el capitán de ingenieros de la fortaleza quiere obligarle a derribar; tiene diecisiete pies de alto, un tejado de bálago, adosado al gran muro de la ciudadela. Este tejado es el que me tienta: en caso de accidente, amortiguaría la caída. Una vez en él, ya estás en el recinto de los muros exteriores, bastante mal vigilados; si te dieran el alto allí, haz uso de las pistolas y defiéndete unos minutos. Tu amigo de Ferrara y otro hombre valiente, al que llamo el ladrón de caminos, esperarán con escaleras y no vacilarán en escalar ese muro bastante bajo y en volar en socorro tuyo.*

*El muro tiene sólo veintitrés pies de altura y un gran talud. Yo estaré al pie de ese gran muro con numerosos hombres armados.*

*Tengo la esperanza de hacerte llegar cinco o seis cartas por la misma vía que ésta. Repetiré constantemente las mismas cosas en otros términos para ponernos bien de acuerdo. Puedes adivinar con qué corazón te digo que* el hombre del pistoletazo al criado del caballo un poco flaco*, que al fin y al cabo es el mejor de los seres y se muere de arrepentimiento, piensa que saldrás del paso con sólo un brazo roto. El ladrón de caminos, que tiene más experiencia en esta clase de operaciones, piensa que, si bajas muy despacio y con mucho cuidado, tu libertad te costará sólo algunas desolladuras. La gran dificultad consiste en disponer de cuerdas; por eso es esto lo único que ocupa mi pensamiento desde hace quince días.*

*No contesto a esa locura, la única estupidez que has dicho en tu vida: ¡No quiero evadirme! El hombre del pistoletazo al criado opinó que el tedio te había hecho perder el juicio. No te ocultaré que tememos un peligro muy inminente que acaso nos obligará a adelantar el día de la evasión. Para anunciarte este peligro, la luz dirá varias veces seguidas:*

*«¡Se ha incendiado el palacio!». Tú contestarás: «¿Se han quemado mis libros?».*

Esta carta contenía cinco o seis páginas más de detalles; estaba escrita en caracteres microscópicos en papel muy fino.

«Todo esto es muy bonito y muy bien inventado —se dijo Fabricio—; debo gratitud eterna al conde y a la duquesa; creerán acaso que he tenido miedo, pero no me fugaré. ¿Quién es el que huye de un lugar donde es plenamente feliz para ir a hundirse en un destierro horrible donde le faltará todo, hasta el aire para respirar? ¿Qué haría al cabo de un mes en Florencia?; disfrazarme para venir a rondar junto a

la puerta de esta fortaleza al acecho de una mirada.»

Al día siguiente Fabricio tuvo miedo; a eso de las once estaba en la ventana contemplando el magnífico paisaje y esperando el instante feliz en que podría ver a Clelia, cuando Grillo irrumpió sin aliento en su celda.

—¡Pronto, pronto, monseñor!: échese en la cama, hágase el enfermo; ahí suben tres jueces. Vienen a interrogarle: reflexione bien antes de hablar, pues tratarán de enredarle.

Y diciendo estas palabras, Grillo se apresuró a cerrar el ventanillo de la mampara, empujó a Fabricio hacia la cama y le echó encima dos o tres abrigos.

—Diga que sufre mucho y hable poco; sobre todo, hágase repetir las preguntas, para reflexionar.

Entraron los tres jueces. «Tres evadidos de galeras —se dijo Fabricio al ver aquellas viles fisonomías—, y no tres jueces.»

Llevaban largas togas negras. Saludaron gravemente y ocuparon, sin decir palabra, las tres sillas que había en la celda.

—Señor don Fabricio del Dongo —comenzó el de más edad—, nos aflige mucho la triste misión que venimos a desempeñar cerca de usted. Hallámonos aquí para anunciarle el fallecimiento de Su Excelencia el señor marqués del Dongo, su padre, segundo gran mayordomo mayor del reino lombardoveneciano, caballero gran cruz de las órdenes de… , etc.

Fabricio se echó a llorar. El juez continuó:

—La señora marquesa Del Dongo, su madre, le comunica esta noticia en una carta; mas como añade al hecho ciertas reflexiones inconvenientes, el tribunal, por decisión tomada ayer, ha decidido que esa carta le sería comunicada únicamente en extracto, y este extracto es lo que va a leerle el señor escribano Bonava.

Acabada la lectura, el juez se aproximó a Fabricio, que continuaba acostado, y le hizo recorrer en la carta de su madre los pasajes cuya copia acababan de leerle. Fabricio vio en la carta las palabras *encarcelamiento injusto, castigo cruel por un crimen que no es tal,* y comprendió lo que había motivado la visita de los jueces. Por lo demás, en su desprecio hacia unos magistrados sin probidad, sólo les dijo exactamente estas palabras:

—Estoy enfermo, señores, me muero de debilidad, y me habrán de disculpar que no pueda levantarme.

Después de salir los jueces, Fabricio lloró mucho; luego se dijo: «¿Seré un hipócrita?; pues creo que no le quería».

Aquel día y los siguientes Clelia estuvo muy triste; le llamó varias veces, pero apenas tuvo valor para decirle unas pocas palabras. La mañana del quinto día después de la primera entrevista le anunció que iría aquella noche a la capilla de mármol.

—Sólo puedo decirle unas pocas palabras —le advirtió al entrar. Temblaba de tal

modo que tenía necesidad de apoyarse en su doncella. La mandó luego a la entrada de la capilla y añadió con una voz apenas inteligible—: Me va a dar su palabra de honor de obedecer a la duquesa e intentar evadirse el día que le ordene y de la manera que le indique, o mañana por la mañana me refugio en un convento, y le juro que no volveré a dirigirle la palabra en mi vida.

Fabricio permaneció mudo.

—Prométamelo —añadió Clelia con lágrimas en los ojos y como fuera de sí— o ésta es la última vez que hablamos. La vida que por usted llevo es horrenda: está aquí por mí, y cada día puede ser el último de su existencia.

Clelia estaba tan débil que tuvo que buscar apoyo en un gran sillón llevado en otro tiempo a la capilla para uso del príncipe cautivo; estaba a punto de desmayarse.

—¿Qué hay que prometer? —dijo Fabricio con aire abrumado.

—Ya lo sabe.

—Juro, pues, precipitarme a sabiendas en un horrible infortunio y condenarme a vivir lejos de lo único que amo en el mundo.

—Prometa cosas precisas.

—Juro obedecer a la duquesa y huir el día que ella quiera y como ella quiera. ¿Y qué va a ser de mí lejos de usted?

—Jure escaparse pase lo que pase.

—¿Qué? ¿Está decidida a casarse con el marqués Crescenzi cuando ya no esté yo aquí?

—¡Oh Dios mío!, ¿qué corazón me atribuye?… Pero jure o mi alma no podrá gozar de paz ni un solo instante.

—¡Pues bien!: juro evadirme de aquí el día que la duquesa Sanseverina lo disponga y pase lo que pase de aquí a entonces.

Conseguido este juramento, Clelia se sintió tan débil que se vio forzada a retirarse después de dar gracias a Fabricio.

—Ya estaba todo dispuesto para mi huida mañana por la mañana, en caso de que usted se hubiera obstinado en quedarse. Le hubiera visto ahora por última vez en mi vida: había hecho este voto a la Madona. Ahora, en cuanto pueda salir de mi cuarto, iré a examinar la terrible muralla debajo de la piedra nueva de la balaustrada.

Al día siguiente Fabricio la vio tan pálida que le produjo una gran pena. Clelia le dijo desde la ventana de la pajarera:

—No nos hagamos ilusiones, querido amigo; como nuestra amistad está manchada de pecado, estoy segura de que nos perseguirá el infortunio. Le descubrirán cuando trate de huir y se perderá para siempre, si no es algo peor. De todos modos, hay que obedecer a la prudencia humana, que nos ordena intentarlo todo. Para bajar el muro de la torre grande necesita una cuerda fuerte de más de doscientos pies de larga. Por más que hago desde que conozco los planes de la

duquesa, sólo he podido conseguir unas cuerdas que no miden juntas más de cincuenta pies. Por una orden del día del gobernador, hay que quemar todas las cuerdas que se ven en la fortaleza, y todas las noches se retiran las de los pozos que, por otra parte, son tan endebles que muchas veces se rompen al levantar su ligera carga. Pero ruegue a Dios que me perdone: traiciono a mi padre y me esfuerzo, hija desnaturalizada, en darle un disgusto mortal. Ruegue a Dios por mí, y, si su vida se salva, haga voto de consagrar todos los momentos de la misma a su gloria.

»Se me ha ocurrido una idea: dentro de ocho días saldré de la ciudadela para asistir a la boda de una hermana del marqués Crescenzi. Volveré por la noche como es debido, pero haré todo lo posible por regresar muy tarde, y acaso Barbone no se atreverá a examinarme de muy cerca. En esa boda de la hermana del marqués estarán las más altas damas de la corte, y seguramente la duquesa Sanseverina. Por el amor de Dios, procure que una de esas damas me entregue un paquete de cuerdas muy apretadas, no demasiado gruesas y reducidas al mínimo volumen. Aunque hubiera de exponerme a mil muertes, pondré todos los medios, incluso los más peligrosos, para introducir ese paquete de cuerdas en la ciudadela, con desprecio, ¡desdichada de mí!, de todos mis deberes. Si mi padre llega a saberlo, no volveré a verle jamás; pero cualquiera que sea el destino que me espera, me consideraré dichosa en los límites de una amistad de hermana si puedo contribuir a salvarle.

Aquella misma noche, por la comunicación de las luces, Fabricio dio aviso a la duquesa de la ocasión única que se presentaba para introducir en la ciudadela las cuerdas necesarias. Pero le suplicaba que guardara el secreto incluso con el conde, lo que pareció raro. «Está loco —pensó la duquesa—; el cautiverio le ha cambiado y toma las cosas por lo trágico.» Al día siguiente una bola de plomo lanzada por el hondero llevó al preso el aviso del mayor peligro posible: la persona que se encargaba de introducir las cuerdas le salvaba positiva y literalmente la vida, le decían. Fabricio se apresuró a transmitir la noticia a Clelia. Aquella bola de plomo llevaba también a Fabricio una vista muy exacta de la muralla de Poniente por la que debía bajar de lo alto de la torre grande por el espacio comprendido entre los bastiones; desde aquí era luego bastante fácil evadirse, ya que los muros exteriores no tenían, como sabemos, más que veintitrés pies de altura. En el reverso del plano estaba escrito con una letra muy menuda un soneto magnífico: un alma generosa exhortaba en él a Fabricio a evadirse y a no dejar envilecer su alma y debilitar su cuerpo en los once años de cautiverio que le faltaban todavía.

Un detalle necesario y que explica en parte el valor de la duquesa al aconsejar a Fabricio una evasión tan peligrosa nos obliga a interrumpir por un instante la historia de esta audaz empresa.

Como todos los partidos que no disfrutan del poder, el partido Raversi no estaba muy unido. El caballero Riscara detestaba al fiscal Rassi, al que acusaba de haberle

hecho perder un pleito importante, en el cual, a decir verdad, Riscara no tenía razón. El príncipe recibió por Riscara un aviso anónimo informándole de que había sido oficialmente dirigida al gobernador de la ciudadela una copia de la sentencia de Fabricio. A la marquesa Raversi, inteligente jefe del partido, la contrarió muchísimo este mal paso, y se lo hizo saber inmediatamente a su amigo, el fiscal general; a la Raversi le parecía muy natural que Rassi quisiera sacar algo del conde Mosca mientras éste siguiera en el poder. Rassi se presentó intrépidamente en palacio, creyendo que todo se reduciría a unos cuantos puntapiés. El príncipe no podía pasar sin un leguleyo hábil, y Rassi había hecho desterrar como liberales a un juez y a un abogado, los únicos hombres del país que habrían podido ocupar su puesto.

El príncipe, fuera de sí, le colmó de insultos y avanzó hacia él para pegarle.

—Se trata de una distracción de un funcionario —contestó Rassi con perfecta calma—; es cosa prescrita por la ley, y hubiera debido hacerse al día siguiente del ingreso del acusado del Dongo en la ciudadela. El funcionario, cumplidor perfecto, creyó que había incurrido en un olvido y me habrá hecho firmar la carta de envío como una cosa de trámite.

—¡Y pretendes hacerme creer esas mentiras tan mal urdidas! —exclamó el príncipe furioso—; di más bien que estás vendido a ese bribón de Mosca y por eso te ha dado la cruz. ¡Pero vive Dios que no saldrás del paso con unos golpes!: te someteré a juicio y te destituiré con vilipendio.

—¡Os desafío a someterme a juicio! —repuso Rassi muy seguro; sabía que éste era un medio infalible para calmar al príncipe—: la ley está de mi parte, y Vuestra Excelencia no dispone de un segundo Rassi que sepa eludirla. No me destituirá porque hay momentos en que su carácter es severo; entonces tiene sed de sangre, pero al mismo tiempo le interesa mucho conservar la estimación de los italianos razonadores; esa estimación es un *sine qua non* para su ambición. En fin, me llamaría en el primer acto de severidad que su carácter necesite y, como de costumbre, yo le procuraré una sentencia bien regular dada por unos jueces temerosos y bastante honrados, y que dará satisfacción a sus pasiones. ¡Busque en sus estados otro hombre tan útil como yo!

Dicho esto, Rassi escapó; la cosa no le había costado más que un reglazo bien administrado y cinco o seis puntapiés. Al salir de palacio se encaminó a su finca de Riva; tenía cierto temor de una puñalada en el primer momento de cólera, pero, por otra parte, no dudaba que antes de quince días un correo le llamaría a la capital. Dedicó el tiempo pasado en el campo a organizar un medio de comunicación segura con el conde Mosca; estaba locamente enamorado del título de barón, y pensaba que el príncipe hacía demasiado caso de esa cosa sublime antaño, la nobleza, para que llegara nunca a otorgársela; mientras que el conde, muy orgulloso de su alcurnia, sólo estimaba la nobleza probada con títulos anteriores a 1400.

El fiscal general no se había engañado en sus previsiones: apenas transcurridos ocho días en su finca, un amigo del príncipe, que pasó por allí casualmente, le aconsejó que volviera a Parma en seguida; el príncipe le recibió riendo; luego adoptó una actitud muy seria y le hizo jurar sobre los Evangelios que guardaría el secreto de lo que iba a confiarle. Rassi juró muy serio, y el príncipe, con el mirar inflamado de ira, declaró que no sería él dueño de sus Estados mientras Fabricio del Dongo viviera.

—No puedo —añadió— ni expulsar a la duquesa ni soportar su presencia; sus miradas me desafían y no me dejan vivir.

Después de dejar al príncipe que se explicara por extenso, Rassi, aparentando un gran embarazo, habló al fin:

—Vuestra Alteza será obedecido, sin duda, pero la cosa es de una horrible dificultad: no hay la menor justificación para condenar a un Del Dongo a muerte por matar a un Giletti; ya es una proeza extraordinaria haber sacado de esto doce años de fortaleza. Además, sospecho que la duquesa ha debido de descubrir a tres de los aldeanos que estaban trabajando en las excavaciones de Sanguigna y que se hallaban fuera de la zanja en el momento en que el truhán de Giletti atacó a Del Dongo.

—¿Y dónde están esos testigos? —inquirió, irritado, el príncipe.

—Supongo que escondidos en Piamonte. Haría falta una conspiración contra Vuestra Alteza…

—Ese medio tiene sus peligros —opuso el príncipe—: hace pensar en la cosa.

—Pero, sin embargo —dijo Rassi con fingida inocencia—, ahí está todo mi arsenal oficial.

—Queda el veneno…

—¿Y quién lo va a suministrar? ¿Ese imbécil de Conti?

—Pues, según dicen, no sería la primera vez…

—Habría que encolerizarle —replicó Rassi—; y, por otra parte, cuando despachó al capitán no tenía más que treinta años, estaba enamorado y era infinitamente menos pusilánime que ahora. Sin duda alguna, todo debe ceder ante la razón de Estado, pero así, cogido de improviso y a primera vista, para ejecutar las órdenes del soberano sólo veo a un tal Barbone, escribiente de la ciudadela y al que el acusado del Dongo derribó de una bofetada el día que entró en aquélla.

Ya el príncipe en el terreno de la confianza, la conversación se prolongó mucho tiempo y acabó dando aquél a su fiscal un plazo de un mes; Rassi quería dos. Al día siguiente recibió una gratificación secreta de mil cequíes. Pasó tres días reflexionando; al cuarto tornó a su razonamiento, que le parecía evidente: «Sólo el conde Mosca tendrá el valor de mantenerme su palabra, porque al hacerme barón, lo que me da no lo estima; segundo, me evito probablemente un crimen por el cual me han pagado ya de antemano; tercero, me vengo de los primeros golpes humillantes que ha recibido el caballero Rassi».

A la noche siguiente comunicó al conde Mosca toda su conversación con el príncipe.

El conde hacía en secreto la corte a la duquesa; bien es verdad que seguía no visitándola más que una o dos veces al mes, pero casi todas las semanas, y cuando él sabía suscitar las ocasiones de hablar de Fabricio, la duquesa, acompañada de Chekina, iba, ya bien entrada la noche, a pasar unos momentos en el jardín del conde. Sabía engañar incluso a su cochero, que le era muy leal y que la creía de visita en una casa vecina.

Como es de suponer, el conde, en cuanto recibió la terrible confidencia del fiscal, mandó a la duquesa el recado convenido. Aunque era ya la medianoche, la duquesa le mandó a la Chekina con el ruego de que fuera inmediatamente a su casa. El conde, con el entusiasmo de un enamorado ante aquella apariencia de intimidad, vacilaba aún en decírselo todo a la duquesa: temía verla enloquecer de dolor.

Después de buscar diversos rodeos para mitigar la noticia fatal, acabó al fin por decírselo todo. No era capaz de guardar un secreto cuya revelación le exigía ella. Aquellos nueve meses de extremado sufrimiento habían ejercido una gran influencia sobre su alma ardiente, la habían fortificado, y la duquesa no se dejó llevar a los sollozos o a las recriminaciones.

Al día siguiente por la noche hizo hacer a Fabricio la señal de máximo peligro:

*Se ha incendiado el palacio.*

Fabricio contestó exactamente:

*¿Se han quemado mis libros?*

La misma noche la duquesa tuvo la fortuna de hacerle llegar una carta dentro de una pelota de plomo. Ocho días después tuvo lugar la boda de la hermana del marqués Crescenzi, donde la duquesa cometió una enorme imprudencia de la que daremos cuenta en el lugar oportuno.

---

[1] Del Litto aclara: «Literalmente: alfabeto empleado por las monjas».

# XXI

En la época de sus desventuras hacía ya casi un año que la duquesa había tenido un encuentro singular. Un día que estaba *con la luna*, como dicen en el país, se marchó de improviso por la noche a su palacio de Sacca, situado más allá de Colorno, sobre la colina que domina el Po. Gustaba de embellecer aquella finca; le agradaba la extensa floresta que corona la colina y linda con el palacio; se entretenía en hacer trazar unos senderos en direcciones pintorescas.

—Un día la van a raptar los bandoleros, hermosa duquesa —le dijo una vez el príncipe—; es imposible que un bosque en el que se sabe que se pasea usted esté desierto. —Y el príncipe miraba al conde, cuyos celos pretendía azuzar.

—No siento ningún miedo, Alteza Serenísima —respondió la duquesa en tono ingenuo—; cuando paseo por mis bosques me tranquiliza esta idea: si no he hecho mal a nadie, ¿quién podría odiarme?

Estas palabras parecieron bastante osadas: hacían pensar en las injurias proferidas por los liberales del país, personas muy insolentes.

El día del paseo a que nos referimos recordó la duquesa las palabras del príncipe al observar a un hombre muy mal vestido que la seguía de lejos a través de los bosques. En una revuelta inesperada del paseo se encontró tan de cerca con el desconocido que tuvo miedo. En el primer impulso llamó a su guarda de caza, al que había dejado a mil pasos de distancia, en el macizo de flores situado muy cerca del palacio. Al desconocido le dio tiempo para acercarse a ella y arrojarse a sus pies. Era joven, muy guapo, pero horriblemente mal vestido. Había en sus ropas desgarrones de un pie de longitud, pero sus ojos trasuntaban el fuego de un alma fogosa.

—Estoy condenado a muerte, soy el médico Ferrante Palla[1] y me muero de hambre, lo mismo que mis cinco hijos.

La duquesa observó que estaba horriblemente flaco; pero sus ojos eran tan hermosos y expresaban una exaltación tan tierna que excluían toda idea de crimen. «Pallagi —pensó la duquesa— habría debido dar esos ojos al *San Juan en el desierto* que acaba de colocar en la catedral.» Era la increíble flacura de Ferrante lo que le sugirió la idea del San Juan. Le dio tres cequíes que llevaba en la escarcela, y se disculpó de ofrecerle tan poco porque acababa de pagar una cuenta al jardinero. Ferrante le dio las gracias con efusión:

—¡Ay de mí! —dijo—; en otros tiempos yo vivía en las ciudades, veía mujeres elegantes; desde que, por cumplir mis deberes de ciudadano, me han condenado a muerte, habito en los bosques, y la seguía, no para pedirle limosna o robarla, sino como un salvaje fascinado por una angélica belleza. ¡Hace tanto tiempo que no he visto dos bellas manos blancas!…

—Álcese —le dijo la duquesa, pues Ferrante seguía de rodillas.

—Permita que permanezca así; esta postura me prueba que ahora no estoy robando, y me tranquiliza; pues ha de saber que robo para vivir desde que se me impide ejercer mi profesión. Pero en este momento no soy más que un simple mortal que adora la belleza.

La duquesa comprendió que estaba un poco loco, pero no tenía miedo; veía en los ojos de aquel hombre un alma ardiente y buena, y por otra parte no le desagradaban las fisonomías extraordinarias.

—Soy médico y hacía la corte a la mujer del boticario de Parma, *Sarasine*[2]. Nos sorprendió y la echó de casa, así como a los tres hijos, sospechando con razón que eran míos y no suyos. Luego he tenido otros dos. La madre y los cinco hijos viven en la mayor miseria, en una especie de choza construida con mis propias manos a una legua de aquí, en el bosque. Pues tengo que guardarme de los gendarmes, y la pobre mujer no quiere separarse de mí. Me condenaron a muerte, y muy justamente: conspiraba. Execro al príncipe, que es un tirano. No huí por falta de dinero. Mis desdichas son muy grandes, y habría debido mil veces darme muerte; ya no amo a la desventurada mujer que me ha dado esos cinco hijos y se ha perdido por mí: amo a otra. Pero si me mato, los cinco hijos y la madre se morirán, literalmente, de hambre.

Aquel hombre tenía el acento de la sinceridad.

—Pero, ¿de qué vive? —preguntó la duquesa conmovida.

—La madre de los niños hila; la hija mayor come en una casa de labranza de unos liberales, donde guarda las ovejas; yo robo en la carretera de Plasencia a Génova.

—¿Cómo compagina el robo con sus ideas liberales?

—Llevo nota de las personas a quienes despojo, y si alguna vez tengo algo, les devolveré lo robado. Creo que un tribuno del pueblo como yo realiza un trabajo que, en razón de su riesgo, vale cien francos al mes, y me guardo mucho de tomar más de mil doscientos francos al año… Es decir, me equivoco; robo un poco más, pues hago frente a los gastos de impresión de mis obras.

—¿Qué obras?

—*¿Tendrá alguna vez la… un albergue y un presupuesto?*

—¿Qué? —exclamó la duquesa extrañada—; ¿acaso es usted, caballero, uno de los más grandes poetas del siglo, el famoso Ferrante Palla?

—Famoso, quizá; pero muy desgraciado, sin duda alguna.

—¡Y un hombre de su talento, caballero, se ve obligado a robar para vivir!

—Es quizá por eso por lo que tengo algún talento. Hasta ahora todos nuestros autores que se han dado a conocer eran gentes pagadas por el gobierno o por el culto que querían socavar. Yo, primero, expongo mi vida; segundo, piense, señora, en las reflexiones que me perturban cuando salgo a robar. ¿Estoy en lo cierto? —me digo—. ¿Acaso el puesto de tribuno presta servicios que valen cien francos mensuales? Poseo dos camisas, el traje que ve y unas malas armas, y estoy seguro de acabar en la horca:

me atrevo, pues, a creer que soy desinteresado. Sería dichoso si no fuera por este fatal amor que ya no me deja encontrar más que la desdicha junto a la madre de mis hijos. La pobreza me pesa como una fealdad: amo los bellos atavíos, las manos blancas…

Y miraba las de la duquesa de tal modo que ésta sintió miedo.

—Adiós, caballero —le dijo—; ¿puedo servirle de algo en Parma?

—Piense alguna vez en esto: usted tiene la misión de despertar los corazones e impedirles que se duerman en la falsa felicidad completamente material que dan las monarquías. ¿Vale cien francos mensuales el servicio que presta a sus conciudadanos?… Mi desgracia es amar —dijo en tono muy dulce—, y desde hace cerca de dos años mi alma no piensa sino en usted, pero hasta ahora la había visto sin darle miedo.

Y huyó con una rapidez prodigiosa que dejó atónita a la duquesa y la tranquilizó. «Trabajo les costaría a los gendarmes alcanzarle —pensó—; realmente está loco.»

—Está loco —le confirmaron sus criados—; todos nosotros sabemos desde hace mucho tiempo que el pobre hombre está enamorado de la señora; cuando la señora está aquí, le vemos errabundo por los parajes más altos del bosque, y en cuanto la señora se marcha, él viene siempre a sentarse en los lugares donde la señora se detuvo; recoge con mucho cuidado las flores que han podido caer de su ramillete y las conserva mucho tiempo prendidas a su mísero sombrero.

—Y no me habíais dicho nada de esas locuras —observó la duquesa casi en tono de reproche.

—Temíamos que la señora dijera algo al ministro Mosca. ¡El pobre Ferrante es tan buen muchacho! No ha hecho nunca mal a nadie, y porque ama a nuestro Napoleón le han condenado a muerte.

La duquesa no dijo una palabra de este encuentro al ministro, y como desde hacía cuatro años era el primer secreto que le guardaba, diez veces se vio obligada a interrumpirse en medio de una frase. Volvió a Sacca con oro, pero Ferrante no apareció. Pasados quince días, Ferrante, después de haberla seguido durante algún tiempo por los bosques a cien pasos de distancia, surgió ante ella con la rapidez del azor y se precipitó a sus pies como la primera vez.

—¿Dónde estaba hace quince días?

—En la montaña, más allá de Novi, para robar a unos arrieros que volvían de Milán de vender aceite.

—Acepte esta escarcela.

Ferrante la abrió, tomó un cequí, lo besó, lo guardó en el pecho y le devolvió la escarcela.

—¡Me devuelve esta bolsa y roba!

—Naturalmente, ésta es mi institución: no debo poseer nunca más de cien francos; ahora la madre de mis hijos tiene ochenta y yo veinticinco; luego debo cinco

francos, y si me ahorcaran en este momento sentiría remordimientos. He tomado ese cequí porque viene de usted y la amo.

La entonación de estas sencillas palabras fue perfecta. «Está realmente enamorado», se dijo la duquesa.

Aquel día tenía una expresión completamente extraviada. Dijo que en Parma le debían seiscientos francos y que con esta cantidad repararía la choza en la que sus pobres hijitos se acatarraban.

—Yo le adelantaré esos seiscientos francos —ofreció la duquesa muy conmovida.

—Pero siendo yo, un hombre público, ¿no me calumniará el partido contrario diciendo que me he vendido al enemigo?

La duquesa, emocionada, le ofreció un escondite en Parma si quería jurarle que, por el momento, no ejercería su magistratura en esta ciudad y, sobre todo, no ejecutaría ninguna de las sentencias de muerte que decía tener *in petto.*

—Y si me ahorcan por mi imprudencia —opuso gravemente Ferrante—, todos esos miserables, tan nocivos al pueblo, vivirán largos años, ¿y de quién sería la culpa? ¿Qué me dirá mi padre al recibirme en las alturas?

La duquesa le habló mucho de sus chiquillos, que podían contraer por la humedad enfermedades mortales; acabó por aceptar el ofrecimiento de un escondite en Parma.

El duque Sanseverina había enseñado a la duquesa, el único medio día que pasara en Parma desde su casamiento, un escondite muy singular que existe en la esquina meridional del castillo de tal nombre. El muro de la fachada, que data de la Edad Media, tiene ocho pies de espesor; en su interior hay un hueco de ocho pies de altura y sólo dos de ancho. Pegado a este escondite se admira el gran depósito de agua citado en todos los viajes, famosa obra del siglo XII practicada durante el sitio de Parma por el emperador Segismundo, y que más tarde fue incluido en el recinto del castillo Sanseverina.

Se entra en el escondite poniendo en movimiento una enorme piedra que gira sobre un eje de hierro colocado hacia el centro del bloque. La duquesa estaba tan profundamente interesada por la locura de Ferrante y por la suerte de sus hijos, para los que rechazaba obstinadamente todo regalo de algún valor, que le permitió hacer uso de aquel escondite durante bastante tiempo. Volvió a verle un mes más tarde, siempre en los bosques de Sacca, y como aquel día estaba un poco más sosegado, le recitó uno de sus sonetos, que la pareció igual o superior a lo más bello que se haya hecho en Italia en los dos últimos siglos. Ferrante obtuvo varias entrevistas; mas su amor se exaltó, se hizo importuno, y la duquesa observó que esta pasión seguía las leyes de todos los amores cuando se les ofrece la posibilidad de concebir alguna esperanza. Le mandó de nuevo a sus bosques y le prohibió dirigirle la palabra; él obedeció al instante y con una perfecta dulzura. Tres días después, a la caída de la noche, se presentó a la puerta del castillo Sanseverina un capuchino. Tenía, según

dijo, un secreto importante que comunicar a la señora de la casa. Tan desgraciada se sentía que mandó que pasara. Era Ferrante.

—Ocurre aquí una nueva iniquidad de la que el tribuno del pueblo debe enterarse —le dijo aquel hombre loco de amor—. Por otra parte —añadió—, obrando como simple particular, sólo mi vida puedo ofrecer a la señora duquesa Sanseverina y a ofrecérsela vengo.

Esta abnegación tan sincera por parte de un ladrón y de un loco conmovió vivamente a la duquesa. Habló durante largo rato a aquel hombre que pasaba por el más grande poeta de Italia, y lloró mucho. «Éste es un hombre que comprende mi corazón», se decía. Al día siguiente apareció de nuevo, siempre al *Ave María*, disfrazado de doméstico y con librea.

—No he salido de Parma; he oído decir un horror que no repetirá mi boca; pero aquí me tiene. ¡Piense, señora, en lo que rechaza! La persona que aquí ve no es una muñeca cortesana, es un hombre.

Estas palabras las pronunciaba de rodillas y con un gesto capaz de darles todo su valor.

«Ayer —añadió— me dije: Ha llorado en mi presencia, luego es un poco menos desdichada.»

—Pero, ¡piense en los peligros que le acechan! ¡Van a deternerle en esta ciudad!

—El tribuno le dirá: Señora, ¿qué es la vida cuando habla el deber? El hombre desdichado y que tiene el dolor de no sentir la pasión de la virtud desde que le abrasa el amor añadirá: Señora duquesa, Fabricio, un hombre de temple, va a perecer acaso; ¡no rechace a otro hombre de temple que se ofrece a usted! ¡He aquí un cuerpo de hierro y un alma que no siente en el mundo otro temor que el de caer en su desagrado!

—Si continúa hablándome de sus sentimientos le cerraré mi puerta para siempre.

La duquesa estuvo aquella noche muy tentada a anunciar a Ferrante que señalaría una pequeña pensión a sus hijos, mas tuvo miedo de que tomara apoyo en esto para matarse.

Apenas salió Ferrante, la duquesa, llena de presentimientos funestos, se dijo: «Yo también puedo morir, y pluguiera a Dios que así fuese, y pronto, si hallara un hombre digno de tal nombre a quien recomendar a Fabricio».

Se le ocurrió una idea: cogió una hoja de papel y, mezclando en el escrito los pocos términos de derecho que sabía, reconoció haber recibido del señor Ferrante Palla la cantidad de veinticinco mil francos bajo la expresa condición de pagar anualmente a la señora Sarasine y a sus cinco hijos una renta vitalicia de mil quinientos francos. La duquesa añadió:

«Lego además una renta vitalicia de trescientos francos a cada uno de los hijos, con la condición de que Ferrante Palla atenderá como médico a mi sobrino Fabricio

del Dongo y será para él un hermano. Ruégoselo así». Firmó, puso la fecha de un año antes y cerró el pliego.

Dos días después reapareció Ferrante. Era en el momento en que la ciudad estaba conmovida por el rumor de la próxima ejecución de Fabricio. Esta triste ceremonia, ¿tendría lugar en la ciudadela o bajo los árboles del paseo público? Varios hombres del pueblo fueron a pasear aquella noche ante la puerta de la ciudadela para procurar ver si estaban levantando el patíbulo. Este espectáculo había conmovido a Ferrante. Encontró a la duquesa bañada en lágrimas y sin poder hablar; ella le saludó con la mano y le indicó un asiento. Ferrante, disfrazado aquel día de capuchino, estaba soberbio; en lugar de sentarse, arrodillóse y oró devotamente a media voz. En un momento en que la duquesa parecía un poco más tranquila, el falso capuchino, sin cambiar de posición, interrumpió un instante su plegaria para decir estas palabras: «De nuevo ofrece su vida».

—Piense en lo que dice —exclamó la duquesa, con ese mirar extraviado que, después de los sollozos, anuncia que la cólera se sobrepone a la emoción enternecida.

—Él ofrece su vida para impedir la muerte de Fabricio o para vengarla.

—Hay una circunstancia —replicó la duquesa— en que yo podría aceptar el sacrificio de su vida.

Le miró con atención severa. Un rayo de alegría brilló en los ojos de Ferrante; se levantó rápidamente y alzó los brazos al cielo. La duquesa fue a buscar un papel escondido en el secreto de un armario de nogal.

—Lea —dijo a Ferrante. Era la donación a favor de sus hijos, de la que hemos hablado.

Las lágrimas y los sollozos impedían a Ferrante leer el final; *cayó* de rodillas.

—Devuélvame ese papel —dijo la duquesa, y, delante de sus ojos, lo quemó en la bujía—. Es necesario —añadió— que no aparezca mi nombre si a usted le detienen y le ejecutan, pues se juega la cabeza.

—Mi gozo es morir en acción contra el tirano; y más grande aún morir por usted. Sentado esto y bien entendido, dígnese no hacer mención de ese detalle de dinero: yo vería en ello una duda injuriosa.

—Si llega a aparecer comprometido puedo estarlo yo también, y luego Fabricio: por eso, y no porque yo dude de su bravura, exijo que el hombre que me parte el corazón muera envenenado y no de otro modo. Por la misma razón importante para mí le ordeno hacer todo lo humanamente posible por salvarse.

—Cumpliré fielmente, puntualmente y prudentemente. Preveo, señora duquesa, que mi venganza irá unida a la suya; aunque no fuera así, obedecería también fielmente, puntualmente y prudentemente. Puede que no tenga éxito, pero pondré en ello toda mi fuerza de hombre.

—Se trata de envenenar al asesino de Fabricio.

—Ya lo había adivinado, y desde hace veintisiete meses que llevo esta vida errante y abominable he pensado muchas veces en parecida acción por mi propia cuenta.

—Si soy descubierta y condenada como cómplice —prosiguió la duquesa en orgulloso tono—, no quiero que puedan imputarme el haberle seducido. Le ordeno que no trate de verme antes del momento de nuestra venganza: no hay que suprimirle antes de que yo le dé la señal. Su muerte en este momento, por ejemplo, lejos de serme útil me sería funesta. Probablemente, no deberá producirse hasta dentro de varios meses, pero se producirá. Exijo que muera envenenado, y preferiría dejarle vivir antes que verle muerto de un tiro. Por intereses que no quiero explicarle, exijo que la vida de usted se salve.

A Ferrante le embelesaba el tono de autoridad que la duquesa tomaba con él. En sus ojos brillaba un hondo gozo. Como hemos dicho, estaba horriblemente flaco; pero se veía que había sido muy guapo en su primera juventud, y creía ser aún lo que había sido antaño. «¿Estoy loco —se decía—, o la duquesa se propone un día, cuando yo le haya dado esta prueba de abnegación, hacer de mí el hombre más dichoso de la tierra? ¿No valgo acaso tanto como ese muñeco de conde Mosca que, llegada la ocasión, no ha podido hacer nada por ella, ni siquiera conseguir la evasión de monseñor Fabricio?»

—Puedo desear su muerte mañana mismo —continuó la duquesa, siempre en el mismo tono autoritario—. Ya conoce ese inmenso depósito de agua que hay en un lado del palacio, muy cerca del escondite que ha ocupado algunas veces; existe un medio secreto de hacer correr toda esa agua por la calle: pues bien, ésa será la señal de mi venganza. Verá, si está en Parma, u oirá decir, si se halla en los bosques, que se ha roto el gran depósito del palacio Sanseverina. Actúe inmediatamente, pero por el veneno, y sobre todo no exponga su vida sino lo menos posible. Que nadie sepa nunca que yo he intervenido en este asunto.

—Las palabras son inútiles —respondió Ferrante con entusiasmo mal contenido —, ya tengo resueltos los medios que emplearé. La vida de ese hombre me es ahora más odiosa que nunca, puesto que no me atreveré a volver a verla mientras él viva.

Saludó bruscamente y se marchó. La duquesa le miraba alejarse. Cuando se hallaba ya en la estancia inmediata, le llamó.

—¡Ferrante! —exclamó—. ¡Hombre sublime! .

Entró como impaciente de que le retuvieran; en aquel momento, su expresión era soberbia.

—¿Y sus hijos?

—Señora, serán más ricos que yo; les concederá quizá una pequeña pensión.

—Tenga —le dijo la duquesa entregándole una especie de gran estuche de madera de olivo—, he aquí todos los diamantes que me quedan; valen cincuenta mil francos.

—¡Oh, señora, me humilla!… —exclamó Ferrante con un gesto de horror, y su rostro cambió completamente.

—No volveré a verle antes de la acción; tómelo, es mi deseo —añadió la duquesa con un gesto altanero que aterró a Ferrante; éste metió el estuche en el bolsillo y salió.

Había cerrado la puerta tras de sí. La duquesa le llamó de nuevo, Ferrante entró con aire inquieto; la duquesa estaba de pie en medio del salón; se arrojó en sus brazos. Pasado un momento, Ferrante estuvo a punto de desmayarse de felicidad; la duquesa se desprendió de sus brazos y, con los ojos, le señaló la puerta.

«Éste es el único hombre que me ha comprendido —se dijo—; así habría obrado Fabricio si hubiera podido entenderme.»

Dos cosas se destacaban en el carácter de la duquesa: quería siempre lo que había querido una vez; no volvía jamás a deliberar sobre lo que una vez había decidido. Citaba a este propósito una frase de su primer marido, el simpático general Pietranera: «¡Qué insolencia hacia mí mismo! —decía—. ¿Por qué suponerme más inteligente hoy que cuando tomé aquella decisión?».

Desde este momento, una especie de alegría resurgió en el carácter de la duquesa. Antes de la fatal resolución, a cada paso que daba su mente, a cada cosa nueva que descubría, experimentaba el sentimiento de su inferioridad respecto al príncipe, de su debilidad y de su engaño. El príncipe, según ella, le había engañado cobardemente, y el conde Mosca, como consecuencia de su genio cortesano, había, aunque inocentemente, secundado al príncipe. Desde que la venganza quedó resuelta, la duquesa se dio cuenta de su fuerza y cada paso de su espíritu la hacía feliz. Me siento bastante inclinado a creer que el placer inmoral que produce en Italia la venganza se debe a la fuerza de imaginación de este pueblo; las gentes de otros países no perdonan; hablando exactamente, olvidan[3].

La duquesa no volvió a ver a Palla hasta los últimos tiempos del cautiverio de Fabricio. Como acaso se adivina, fue él quien sugirió la idea de la evasión. Existía en los bosques, a dos leguas de Sacca, una torre de la Edad Media, medio en ruinas, de más de cien pies de altura. Antes de hablar por segunda vez de la huida a la duquesa, Ferrante le suplicó que mandara a Ludovico, con unos hombres bien seguros, a colocar una especie de escalas cerca de aquella torre. En presencia de la duquesa, subió por ellas y bajó por una simple cuerda de nudos; repitió tres veces la experiencia y luego explicó de nuevo su idea. Pasados ocho días, Ludovico quiso también bajar de aquella vieja torre por una cuerda de nudos; entonces fue cuando la duquesa comunicó esta idea a Fabricio.

En los últimos días que precedieron a esta tentativa que podría acarrear la muerte de Fabricio, y en más de una manera, la duquesa no podía vivir un momento de reposo sino cuando tenía a su lado a Ferrante; el valor de este hombre electrizaba el

suyo; pero bien se echa de ver que debía ocultar al conde aquella singular vecindad. Temía, no que se rebelara, sino que con sus objeciones la afligiera y aumentara sus inquietudes. ¡Por Dios, tomar por consejero íntimo a un loco reconocido como tal y condenado a muerte! ¡Y —añadía la duquesa hablando consigo misma— a un hombre que podría luego hacer cosas tan extravagantes! Ferrante se hallaba en el salón de la duquesa en el momento en que el conde llegó a darle cuenta de la conversación del príncipe con Rassi, y al salir el conde, le costó gran trabajo a la duquesa impedir a Ferrante ir inmediatamente a poner en ejecución un horrible designio.

—¡Ahora soy fuerte! —exclamaba aquel loco—. ¡Ya no me cabe duda alguna sobre la legitimidad de mi acción!

—Pero en el momento de furia que seguirá inevitablemente, harán perecer a Fabricio.

—Pero también le evitarán el peligro de esa evasión; es posible, incluso fácil —añadió Ferrante—; pero a ese joven le falta experiencia.

Se celebró la boda de la hermana del marqués Crescenzi, y en la fiesta dada en tal ocasión, la duquesa encontró a Clelia y pudo hablarle sin inspirar sospechas a los observadores de la alta sociedad. La duquesa en persona entregó a Clelia el paquete de cuerdas en el jardín, donde ambas damas salieron a respirar un instante. Estas cuerdas, fabricadas con el mayor esmero, mitad de cáñamo y mitad de seda, con nudos, eran muy poco voluminosas y bastante flexibles. Ludovico había probado su solidez, y en todas sus partes podían sostener un peso de ocho quintales. Las habían comprimido en varios paquetes de la forma de un volumen en cuarto. Clelia las recibió y prometió a la duquesa que se haría todo lo humanamente posible para hacer llegar aquellos paquetes hasta la torre de Fabricio.

—Yo temo la timidez de su carácter, y, por otra parte —añadió cortéstemente la duquesa—, ¿qué interés puede inspirarle un desconocido?

—El señor Del Dongo es desdichado, y *¡yo le prometo que por mí será salvo!*

Pero la duquesa, que confiaba poco en la presencia de ánimo de una criatura de veinte años, había tomado otras precauciones que se guardó muy bien de comunicar a la hija del gobernador. Como puede suponerse, el general estaba en la fiesta nupcial de la hermana del marqués Crescenzi. La duquesa se dijo que si le hacía administrar un fuerte narcótico, se podía creer en el primer momento que se trataba de un ataque de apoplejía, y entonces, en lugar de meterle en su coche para llevarle a la ciudadela, sería factible, con un poco de habilidad, hacer prevalecer la opinión de utilizar una litera, que se encontraría por casualidad en la casa donde se celebraba la fiesta. Allí estarían también unos hombres inteligentes, vestidos de servidores empleados para la fiesta, que, en el desorden general, se ofrecerían solícitos a transportar al enfermo hasta su palacio, tan elevado. Aquellos hombres, dirigidos por Ludovico, llevaban

gran cantidad de cuerdas hábilmente escondidas bajo sus vestidos. Se ve que la duquesa tenía la mente extraviada desde que pensaba seriamente en la evasión de Fabricio. El peligro de aquel ser querido era demasiado fuerte para su alma, y sobre todo demasiado prolongado. Por exceso de precauciones estuvo a punto de hacer fracasar aquella huida, como vamos a ver. Todo se cumplió como ella lo había planeado, con la sola diferencia de que el narcótico produjo un efecto demasiado fuerte; todo el mundo creyó, incluso los médicos, que el general se hallaba bajo un ataque de apoplejía.

Por fortuna, Clelia, desesperada, no sospechó en modo alguno la criminal tentativa de la duquesa. Fue tal el desorden al entrar en la ciudadela la litera en la que conducían, medio muerto, al general, que Ludovico y sus hombres pasaron sin objeción; sólo por la forma fueron registrados en el Puente del Esclavo. Después de dejar al general en su lecho, los condujeron a la cocina, donde fueron muy bien tratados por la servidumbre; pero después de esta comida, que no terminó hasta muy cerca de la madrugada, les explicaron que las costumbres de la prisión exigían encerrarlos con llave por el resto de la noche en las salas bajas del palacio; al día siguiente por la mañana, serían puestos en libertad por el lugarteniente del gobernador.

Aquellos hombres habrían hallado el medio de entregar a Ludovico las cuerdas de que eran portadores, mas a Ludovico le fue muy difícil obtener de Clelia un instante de atención. Por fin, en un momento en que Clelia pasaba de una estancia a otra, pudo explicarle que dejaba unos paquetes de cuerdas en el ángulo oscuro de uno de los salones del primer piso. Clelia quedó profundamente impresionada por esta extraña circunstancia; e inmediatamente le asaltaron terribles sospechas.

—¿Quién es usted? —preguntó a Ludovico.

Y ante su respuesta, muy ambigua, añadió:

—Debería hacerle detener; usted o los suyos han envenenado a mi padre… Declare al instante qué clase de veneno le ha dado, para que el médico de la ciudadela pueda administrarle los remedios convenientes. ¡Declárelo inmediatamente, o ni usted ni sus cómplices saldrán jamás de esta ciudadela!

—La señorita no tiene motivo para alarmarse —respondió Ludovico con una gracia y una cortesía perfectas—, no se trata en modo alguno de veneno; se ha cometido la imprudencia de administrar al general una dosis de láudano, y al parecer, el doméstico encargado de este delito ha echado en el vaso algunas gotas de más; ello será causa de nuestro eterno remordimiento, pero la señorita puede creer que, gracias al Cielo, no existe ninguna clase de peligro: al señor gobernador se le debe tratar como a un paciente que ha tomado, por error, una excesiva dosis de láudano; pero, tengo el honor de repetírselo a la señorita, el lacayo encargado de este delito no hizo uso de verdadero veneno, como Barbone cuando quiso envenenar a monseñor

Fabricio. No se ha pretendido en este caso vengarse del peligro que corrió monseñor Del Dongo; sólo se le confió a ese torpe criado un frasquito de láudano. ¡Puedo jurárselo a la señorita! Pero conste que, si me interrogaran oficialmente, lo negaría todo.

»Por otra parte, si la señorita habla a alguien de láudano y de veneno, aunque fuera al excelente don César, Fabricio morirá por culpa de la señorita. Imposibilita para siempre todo proyecto de evasión; y la señorita sabe mejor que yo que no es con simple láudano con lo que se quiere envenenar a monseñor; sabe también que cierta persona no ha concedido más que un mes de plazo para este crimen, y que hace ya más de una semana que se recibió la orden fatal. Así, pues, si manda que me detengan, o dice simplemente una palabra a don César o a otro cualquiera, retrasa todos nuestros proyectos en mucho más de un mes, y tengo razón para decir que es ella la que mata a monseñor Fabricio.

Clelia estaba espantada de la singular calma de Ludovico.

«¡Heme aquí, pues —se decía—, dialogando con el envenenador de mi padre, que hasta emplea frases corteses para hablarme! ¡Y es el amor el que me ha llevado a todos estos…!»

El remordimiento le dejaba apenas fuerza necesaria para hablar; por fin pudo decir a Ludovico:

—Voy a encerrarle con llave en este salón, e iré corriendo a decir al médico que sólo se trata de láudano… Pero, ¡Dios mío!, ¿cómo le diré que lo he sabido? En seguida volveré a libertarle. Pero —preguntó Clelia, tornando precipitadamente desde la puerta—, ¿sabía Fabricio algo del láudano?

—Por Dios, no, señorita, jamás habría consentido en ello. Y, además, ¿para qué hacer una confidencia inútil? Obramos con la más estricta prudencia. Se trata de salvar la vida a monseñor, que será envenenado antes de tres semanas: la orden ha sido dada por alguien que no suele hallar obstáculo a sus deseos. En fin, para decírselo a la señorita, se afirma que es el terrible fiscal general Rassi el que ha recibido tal encargo.

Clelia escapó aterrada: estaba tan segura de la perfecta probidad de don César que, con cierta precaución, se atrevió a decirle que al general le habían administrado láudano y no otra cosa. Sin responder, sin preguntar, don César corrió a advertir al médico.

Clelia tornó al salón, donde dejara encerrado a Ludovico, con intención de estrecharle a preguntas sobre el láudano. No le encontró: había logrado escapar. Vio encima de una mesa una bolsa llena de cequíes y una caja con diversas clases de venenos. La vista de estos venenos la hizo estremecerse. «¿Quién me asegura —pensó— que a mi padre le han dado sólo láudano, y que la duquesa no ha querido vengarse de la tentativa de Barbone?»

«¡Dios mío! —exclamó—. ¡Heme aquí en relación con los envenenadores de mi padre! ¡Y les dejo escapar! ¡Y quizá este hombre, si se le hubiera interrogado, confesara otra cosa más que láudano!»

Clelia cayó de rodillas, deshecha en lágrimas, y rezó a la Madona con fervor.

Durante aquel tiempo, el médico de la ciudadela, muy extrañado del aviso que recibía de don César, según el cual sólo se trataba de láudano, administró al paciente remedios convenientes que no tardaron en hacer desaparecer los síntomas más alarmantes. El general comenzó a volver en sí cuando el día comenzaba a apuntar. La primera señal de conocimiento que dio fue abrumar de denuestos al coronel que mandaba como segundo suyo la ciudadela y que había dado algunas órdenes de lo más simple mientras el gobernador no estaba en su sentido.

Luego montó en cólera contra una pincha de cocina porque, al traerle una taza de caldo, tuvo la malhadada ocurrencia de pronunciar la palabra apoplejía.

—¿Acaso tengo yo edad de apoplejías? —vociferó—. Sólo mis enemigos más encarnizados pueden complacerse en difundir semejantes rumores. Y además, ¿es que me han sangrado siquiera, para que ni la misma calumnia se atreva a hablar de apoplejía?

Fabricio, muy ocupado en los preparativos de su evasión, no pudo explicarse los extraños ruidos que llenaban la ciudadela cuando trajeron al general medio muerto. Primero se le ocurrió que su sentencia había sido modificada y que venían a llevarle al cadalso. Luego, viendo que nadie entraba en su habitación, pensó que Clelia había sido traicionada, que a su entrada en la fortaleza le habían quitado las cuerdas que probablemente traería y, en fin, que sus proyectos de huida eran ya imposibles. Al día siguiente, al apuntar el alba, vio entrar en su celda a un hombre desconocido para él, que sin decir palabra dejó un cesto de fruta. Debajo de la fruta estaba escondida la carta siguiente:

*Traspasada por los más vivos remordimientos por lo que se ha hecho, no, gracias a Dios, con mi consentimiento, pero con ocasión de una idea concebida por mí, he hecho voto a la Santísima Virgen de que, si por su santa intersección, se salva mi padre, no opondré jamás una negativa a sus órdenes; me casaré con el marqués tan pronto como mi padre me lo pida, y no volveré a ver a usted jamás. No obstante, creo deber mío acabar lo comenzado. El domingo próximo, al volver de misa, a la que le conducirán a instancia mía (piense en preparar su alma: puede matarse en la difícil empresa); al volver de misa, repito, retarde lo más posible su entrada en la celda; hallará en ella lo que necesita para la meditada empresa. Si perece, ¡qué desesperación para mi alma! ¿Podrá acusarme de haber contribuido a su muerte? ¿No me ha repetido la propia duquesa, en diversas ocasiones, que la facción Raversi se sale con la suya?; quieren atar al príncipe por una crueldad que le separe para*

*siempre del conde Mosca. La duquesa, deshecha en lágrimas, me ha jurado que no queda más que este recurso: usted perecerá si no intenta nada. Ya no puedo mirarle: he hecho voto; pero si el domingo, al atardecer, me ve enteramente vestida de negro, a la ventana acostumbrada, será señal de que a la noche siguiente estará todo dispuesto hasta donde lo permiten mis pobres medios. Después de las once, acaso entre doce y una, aparecerá en mi ventana una lamparita: será el momento decisivo; encomiéndese a su santo patrono, póngase en seguida los hábitos sacerdotales de que está provisto, y adelante.*

*Adiós, Fabricio, yo rezaré, derramando amarguísimas lágrimas, puede creerlo, mientras usted corre tan grandes peligros. Si perece, no le sobreviviré… ¡Dios mío, qué digo!, pero si sale con bien, no volveré a verle jamás. El domingo, después de misa, encontrará en su celda el dinero, los venenos, las cuerdas enviadas por esa mujer terrible que le ama con pasión, y que me ha repetido hasta tres veces que no había más remedio que tomar este partido. ¡Dios y la santa Madona le salven!*

Fabio Conti era un carcelero siempre intranquilo, siempre desgraciado, pues veía continuamente en sueños la evasión de algún preso. Era aborrecido de todos cuantos estaban en la ciudadela, pero como la desgracia inspira las mismas resoluciones a todos los hombres, los pobres presos, incluso los que estaban encadenados en calabozos de tres pies de altura, tres de anchura y ocho de longitud, y donde no podían mantenerse de pie ni sentados, todos los presos, incluso aquéllos, digo, tuvieron la idea de mandar cantar a sus expensas un *Te Deum* cuando supieron que el gobernador estaba fuera de peligro. Dos o tres de tales desgraciados compusieron sonetos en honor de Fabio Conti. ¡Oh, efecto de la desventura sobre aquellos hombres! ¡Que a quien los censure le lleve su destino a pasar un año en un calabozo de tres pies de alto, con ocho onzas de pan diarias y ayuno los viernes!

Clelia, que sólo abandonaba el cuarto de su padre para ir a rezar a la capilla, hizo saber que, por decisión del gobernador, su restablecimiento no sería festejado hasta el domingo. La mañana de este domingo, Fabricio asistió a misa y al *Te Deum.* Por la noche hubo fuegos artificiales, y en las salas bajas del castillo se distribuyó a los soldados una cantidad de vino cuádruple de la que el gobernador autorizara; una mano desconocida había enviado además varios toneles de aguardiente que los soldados vaciaron. La generosidad de los soldados que se estaban emborrachando alegremente no permitió que los soldados de centinela en torno al palacio quedasen excluidos de la fiesta; a medida que iban llegando a sus garitas, un doméstico leal les ofrecía vino, y, no se sabe de qué mano, los que llegaron a hacer su guardia a medianoche recibieron también un vaso de aguardiente, y en cada garita quedó olvidada una botella (como se comprobó en el atestado que se abrió más tarde).

El desorden se prolongó más tiempo de lo que Clelia había pensado, y Fabricio,

que llevaba ocho días serrando dos barrotes de su ventana, la que no daba a la pajarera, no pudo comenzar hasta eso de la una a desmontar la mampara. Operaba casi sobre la cabeza de los centinelas que guardaban el palacio del gobernador, pero nada oyeron. Había hecho algunos nudos más en la inmensa cuerda necesaria para bajar la terrible altura de ciento ochenta pies. Se puso en bandolera aquella cuerda alrededor del cuerpo; le estorbaba mucho, pues su volumen era enorme: los nudos le impedían formar masa compacta y sobresalía lo menos dieciocho pulgadas del cuerpo. «Éste es el mayor obstáculo», se dijo Fabricio.

Una vez dispuesta aquella cuerda lo mejor posible, Fabricio tomó la que había de servirle para bajar los treinta y cinco pies que separaban su ventana de la explanada en que se alzaba el palacio del gobernador. Mas como, por muy borrachos que estuviesen los centinelas, no podía descolgarse exactamente sobre sus cabezas, salió, como hemos dicho, por la segunda ventana de su celda, la que daba al tejadillo de una especie de amplio cuerpo de guardia. Por una rareza de enfermo, el general Fabio Conti, tan pronto como pudo hablar, había hecho subir doscientos soldados a aquel antiguo cuerpo de guardia abandonado desde hacía un siglo. Decía que, después de haberle envenenado, querían asesinarle en su lecho, y aquellos doscientos soldados tenían que protegerle. Fácil es imaginar el efecto que produjo en el corazón de Clelia esta medida imprevista; hija respetuosa, se daba perfecta cuenta de hasta qué punto traicionaba a su padre, y a un padre que acababa de ser casi envenenado en interés del preso que ella amaba. En la llegada imprevista de aquellos doscientos hombres vio poco menos que un mandato de la Providencia que le prohibía seguir adelante y devolver la libertad a Fabricio.

Pero todo Parma hablaba de la muerte inminente del cautivo. Incluso en la fiesta de bodas de la *signora* Giulia Crescenzi se había hablado de este triste asunto. Si por semejante minucia, una estocada desgraciada a un cómico, no ponían en libertad a un hombre de la alcurnia de Fabricio, protegido además por el primer ministro, sin duda se mezclaba en el asunto la politica. Por tanto, habían dicho, era inútil ocuparse más de él; si no convenía al poder hacerle morir en la plaza pública, moriría de enfermedad. Un cerrajero que fue llamado al palacio del general Fabio Conti habló de Fabricio como de un preso sentenciado hacía mucho tiempo y *cuya* muerte se mantenía en silencio por política. Las palabras de este hombre acabaron de decidir a Clelia.

---

[1]Personaje tan importante en esta novela bien vale otra nota. Es evidente, por un lado, su parentesco externo con el típico y tópico «bandido generoso», que tanto le gustaba a Stendhal. Y más cerca de nosotros, en tiempo y en motivaciones, no puedo menos de recordar a tantos luchadores «rojos» que el *39* tuvieron que «irse al monte»,

a los montes de España. Por otra parte, Del Litto y Abravanel nos informan de que en Ferrante Palla puso Stendhal el nombre de un «panfletario» italiano del siglo XVIII y ciertos caracteres de un médico liberal que él conoció en Milán. A mí, en su adoración, acechante, en los bosques por la Sanseverina (y sólo en esto, claro está) me recuerda siempre, ya lo he dicho, al Crisóstomo de nuestro *Don Quijote.*

[2]Del Litto y Abravanel, en sus respectivas ediciones de *La Cartuja,* informan que la farmacia de Sarasine (Soresina es su nombre italiano) existe todavía en Parma, cerca del Batisterio, con una bella colección —añade Abravanel— de botes decorados, el *botamen* de las antiguas farmacias.

[3]Obsérvese cómo Stendhal, una vez más —y van muchas—, se inmiscuye en el relato novelesco exponiendo su propio pensamiento directamente, no poniéndolo en un personaje de la novela. Aquí, como en tantas ocasiones, pierde el título de «archinarrador ante el Altísimo», que le dio Ortega, y asume el de filósofo, que le negó, o al menos el de observador de gentes y de pueblos.

# XXII

Durante el día, asaltaron a Fabricio diversas reflexiones serias y desagradables; mas a medida que iba oyendo dar las horas que le acercaban al momento de la acción, se iba sintiendo animado y resuelto. La duquesa le había advertido en una carta que el aire libre habría de producirle una fuerte impresión y que en el primer momento de salir de su celda, acaso le sería imposible andar. En este caso, valdría más exponerse a ser capturado de nuevo que precipitarse de lo alto de una muralla de ciento ochenta pies de altura. «Si me ocurriera tal desgracia —se decía Fabricio—, me tendería en el parapeto, dormiría una hora y luego seguiría. Puesto que se lo he jurado a Clelia, prefiero caer de lo alto de una muralla, por elevada que sea, a pasarme la vida haciendo reflexiones sobre el gusto del pan que como. ¡Qué horribles dolores se deben de sentir en los últimos momentos cuando se muere envenenado! ¡Fabio Conti no se andará con delicadezas: me despachará con arsénico del que usa para matar las ratas de su ciudadela!»

A eso de medianoche se extendió sobre la ciudad una de esas neblinas densas y blancas que el Po suele expandir sobre sus riberas, hasta ganar al poco rato la explanada y los bastiones en medio de los cuales se levanta la torre grande de la ciudadela. Fabricio creyó ver que desde el parapeto de la plataforma no se divisaban ya las pequeñas acacias que circundaban los jardines cultivados por los soldados al pie de la muralla de ciento ochenta pies. «Esto es una gran ventaja», pensó.

Poco después de dar las doce, apareció en la ventana de los pájaros la señal de la lamparita. Fabricio estaba ya dispuesto; se santiguó y ató a su cama la cuerda pequeña que había de servirle para bajar los treinta y cinco pies que le separaban de la plataforma donde se alzaba el palacio. Llegó sin inconveniente al tejado del cuerpo de guardia ocupado desde la víspera por los doscientos hombres de refuerzo a que hemos aludido. Desgraciadamente, a la una menos cuarto que era ya, los soldados no dormían aún; mientras avanzaba a paso de lobo por el tejado de gruesas tejas huecas, Fabricio les oía decir que el diablo andaba por el tejado y que habría que matarle de un tiro. Algunas voces opinaban que semejante proposición era terriblemente impía; otras afirmaban que si llegaba a disparar sin matar nada, el gobernador los encarcelaría a todos por alarmar a la guarnición inútilmente. Esta divertida discusión impulsaba a Fabricio a apresurarse todo lo posible, y ello daba lugar a que el ruido fuese mucho mayor. El resultado fue que cuando, colgado de su cuerda, pasó ante las ventanas, afortunadamente a cuatro o cinco pies de distancia a causa del saliente del alero, estaban erizadas de bayonetas. Algunos han pretendido que a Fabricio, siempre loco, se le ocurrió la idea de hacer el papel de diablo y que arrojó a los soldados un puñado de cequíes. Lo seguro es que había sembrado de cequíes el suelo de su celda y que esparció no pocos asimismo sobre la plataforma de su trayecto de la torre

Farnesio al parapeto, esperando distraer con ello a los soldados que pudieran lanzarse en su persecución.

Llegado a la plataforma y rodeado de centinelas que habitualmente gritaban cada cuarto de hora una frase completa —*¡Sin novedad en torno a mi puesto!*—, encaminó sus pasos hacia el parapeto de Poniente y buscó la piedra nueva.

Lo que parece increíble y podría hacer dudar del hecho si el resultado no hubiera tenido por testigo a toda la ciudad, es que los centinelas colocados a lo largo del parapeto no vieran y detuvieran a Fabricio; verdad es que la neblina a que hemos aludido comenzaba a ascender, y Fabricio explicó que cuando estaba sobre la plataforma, le pareció que la bruma llegaba ya a la mitad de la torre Farnesio. Pero no era espesa, y él distinguía muy bien a los centinelas, algunos de los cuales se paseaban. Añadía Fabricio que, impulsado como por una fuerza sobrenatural, llegó a colocarse audazmente entre dos centinelas bastante cercanos. Desenrolló con calma la cuerda grande que llevaba en torno al cuerpo, y que se le enredó dos veces; necesitó bastante tiempo para desenredarla y dejarla caer a lo largo del parapeto. Oía a los soldados hablar por todas partes, bien resuelto a apuñalar al primero que avanzara hacia él. «No estaba nervioso en absoluto —añadía—; me parecía que estuviera cumpliendo una ceremonia.»

Ató la cuerda, por fin desenredada, a una abertura practicada en el parapeto para el desagüe de la lluvia, subió sobre aquél y se encomendó fervorosamente a Dios; luego, como un héroe de los tiempos de la caballería, pensó un instante en Clelia. «¡Cuán diferente soy —se dijo— del Fabricio frívolo y libertino que entró aquí hace nueve meses!» Según luego contó, obraba mecánicamente, como si en pleno día bajara la muralla ante unos amigos por ganar una apuesta. A mitad de la altura, sintió de pronto que le flaqueaban los brazos, y hasta cree que por un instante soltó la cuerda, pero la recobró en seguida; acaso, dice, le sostuvieron las malezas sobre las cuales se deslizaba y que le desollaban. A veces sentía entre los hombros un dolor tan atroz que le privaba de la respiración. Estaba sometido a un movimiento ondulatorio muy incómodo, un rebote incesante de la cuerda a las malezas. Grandes pájaros se despertaban a su paso, tropezaban con él y echaban a volar. Las primeras veces, creyó ser alcanzado por gentes que bajaban de la ciudadela por la misma vía que él y en su persecución, y se aprestaba a defenderse. Por fin, llegó al pie de la enorme torre sin otro contratiempo que el de tener las manos ensangrentadas. Cuenta que, desde la mitad de la torre, le fue muy útil el talud que forma, pues rozaba el muro al bajar y las plantas que crecían entre las piedras le servían de cierto apoyo. Al llegar a los jardines de los soldados, cayó sobre una acacia que, vista desde arriba, le pareció de cuatro o cinco pies de alta, pero que tenía en realidad quince o veinte. Un borracho que estaba allí dormido le tomó por un ladrón. Al caer de aquel árbol, Fabricio se dislocó casi el brazo izquierdo. Echó a correr hacia la muralla exterior; mas, según

cuenta, las piernas le parecían como de algodón: se le habían agotado las fuerzas. A pesar del peligro, se sentó y bebió un poco de aguardiente que le quedaba. Adormecióse unos minutos hasta el punto de no saber dónde se hallaba; cuando se despertó, no podía comprender cómo, desde su celda, podía ver árboles. Por fin, la terrible verdad resurgió en su memoria. Inmediatamente prosiguió hacia el muro exterior, y lo escaló por medio de una larga escalera. El centinela, a pocos pasos, roncaba en su garita. Halló un cañón tendido en la hierba; ató a él su tercera cuerda; resultó un poco corta, y cayó en una zanja encharcada donde habría un pie de agua. Cuando intentaba levantarse y orientarse, se sintió cogido por dos hombres; por un instante tuvo miedo, mas inmediatamente oyó pronunciar muy cerca de su oído, en voz muy baja: «¡Ah, monseñor, monseñor!». Comprendió vagamente que aquellos hombres pertenecían a la duquesa; en seguida, se desmayó profundamente. Transcurrido algún tiempo, se sintió transportado por dos hombres que caminaban en silencio y muy de prisa; luego se detuvieron, lo que le produjo una gran inquietud. Pero no tenía fuerzas para hablar ni para abrir los ojos; se dio cuenta de que le abrazaban; de pronto reconoció el perfume de los vestidos de la duquesa. Aquel perfume le reanimó: abrió los ojos y pudo pronunciar estas palabras: «¡Oh, amiga querida!», y volvió a caer en un profundo desmayo.

El fiel Bruno, con una escuadra de hombres de la policía adictos al conde, hacía guardia a unos doscientos pasos; el conde en persona estaba escondido en una casita muy próxima al lugar en que esperaba la duquesa. De haber sido preciso, no hubiera vacilado en echar mano a la espada con varios oficiales a medio sueldo, amigos íntimos suyos. Se consideraba obligado a salvar la vida de Fabricio, que le parecía extremadamente expuesta y que en otro tiempo habría recibido el indulto firmado por el príncipe si él, Mosca, no hubiera cometido la torpeza de querer evitar una tontería escrita por el soberano.

Desde medianoche, la duquesa, escoltada por unos hombres armados hasta los dientes, deambulaba en un profundo silencio ante los muros de la ciudadela[1]. No podía permanecer quieta en un sitio, y pensaba que tendría que combatir para librar a Fabricio de los hombres que le perseguirían. Su fogosa imaginación había tomado innumerables precauciones, demasiado largas de detallar aquí y de una increíble imprudencia. Se ha calculado que aquella noche estaban preparados más de ochenta agentes a la espera de batirse por algo extraordinario. Por fortuna, Ferrante y Ludovico se hallaban al frente de todo aquello, y el ministro de Policía no era hostil a la empresa; pero el conde mismo observó que nadie traicionó a la duquesa y que él no supo nada como ministro.

La duquesa perdió del todo la cabeza al ver a Fabricio; le estrechaba convulsa entre sus brazos; luego se asustó terriblemente al verle cubierto de sangre; era sólo la sangre de sus manos, pero ella le creyó peligrosamente herido. Con ayuda de uno de

sus criados, se puso a desnudarle para vendarle; pero Ludovico, que por fortuna se encontraba presente, metió sin contemplaciones a la duquesa y a Fabricio en uno de los pequeños carruajes que esperaban ocultos en un parque cercano a la puerta de la ciudad, y partieron a toda velocidad para cruzar el Po cerca de Sacca. Ferrante, con veinte hombres bien armados, cubría la retirada y había prometido por su cabeza detener a los posibles perseguidores. El conde, solo y a pie, no abandonó los alrededores de la ciudadela hasta dos horas más tarde, cuando se convenció de que no se producía el menor movimiento. «Heme aquí incurso en alta traición», se decía ebrio de contento.

Ludovico tuvo la excelente idea de meter en un coche a un joven cirujano perteneciente a la casa de la duquesa y que se parecía bastante a Fabricio.

—Huya en dirección a Bolonia —le dijo—; condúzcase con la mayor torpeza, para que le detengan; aturúllese en las respuestas y confiese por fin que es Fabricio del Dongo. Sobre todo, procure ganar tiempo. Ponga habilidad en conducirse torpemente; pagará con un mes de prisión, y la señora le dará cincuenta cequíes.

—¿Quién piensa en el dinero cuando se trata de servir a la señora?

Partió y fue detenido pasadas unas horas, lo que causó una alegría muy divertida a Fabio Conti y a Rassi, que veía alejarse su baronía al alejarse el peligro de Fabricio.

La evasión no fue conocida en la ciudadela hasta eso de las seis de la mañana, y hasta las diez no se atrevieron a comunicársela al príncipe. La duquesa había sido tan bien servida, que a pesar del profundo sueño de Fabricio, que ella tomaba por un desvanecimiento mortal, lo que la movió a mandar detener el coche por tres veces, al dar las cuatro de la mañana pasaban el Po en una barca. En la orilla izquierda esperaban relevos; caminaron dos leguas más con extraordinaria rapidez; luego hubieron de detenerse más de una hora para el examen de los pasaportes. La duquesa los llevaba de todas clases para ella y para Fabricio; pero como aquel día no estaba en su juicio, tuvo la singular ocurrencia de dar diez napoleones al funcionario de la policía austríaca y de cogerle la mano con lágrimas en los ojos. El funcionario, muy asustado, tornó a un examen minucioso. Tomaron la posta. La duquesa pagaba de manera tan extravagante que iba suscitando sospechas por doquier en aquel país donde todo extranjero resultaba sospechoso. Ludovico acudió de nuevo en su ayuda diciendo que la señora duquesa estaba loca de dolor a causa de la fiebre continua del joven conde Mosca, hijo del primer ministro de Parma, al que llevaba consigo para consultar a los médicos de Pavía.

Hasta diez leguas más allá del Po, no se despertó completamente el preso. Tenía un hombro dislocado y muchas desolladuras. Las maneras de la duquesa seguían siendo tan extraordinarias, que el dueño de una posada de pueblo donde comieron creyó tener en su casa a una princesa de la sangre imperial, y se disponía ya a hacerle los honores que le creía debidos, cuando Ludovico le manifestó que la princesa le

haría encarcelar indefectiblemente si se le ocurría hacer tocar las campanas.

Por fin, a eso de las seis de la tarde, llegaron a territorio piamontés. Sólo allí estaba Fabricio verdaderamente seguro. Le llevaron a un pueblecito alejado de la carretera general, le vendaron las manos y durmió unas horas más.

Fue en aquel pueblecito donde la duquesa se entregó a una acción no solamente horrible moralmente considerada, sino muy funesta para la tranquilidad del resto de su vida. Unas semanas antes de la evasión de Fabricio, y un día en que todo Parma había ido a la puerta de la ciudadela para tratar de ver en el patio de la misma el cadalso que estaban levantando en su favor, la duquesa había mostrado a Ludovico, factótum de su casa, el secreto por medio del cual se hacía salir de un pequeño marco de hierro, muy bien disimulado, una de las piedras que formaban el fondo del famoso depósito de agua del palacio Sanseverina, obra del siglo XIII, a la que nos hemos referido. Mientras Fabricio dormía en la *trattoria* del pueblecito, la duquesa mandó llamar a Ludovico. Tan singulares eran sus miradas, que la creyó loca.

—Seguramente piensa —le dijo— que le voy a dar unos miles de francos. Pues no: le conozco, es un poeta y en poco tiempo dilapidaría ese dinero. Le doy la pequeña finca de Ricciarda, a una legua de Casai–Maggiore.

Ludovico se arrojó a sus pies loco de alegría, y asegurando con el acento del corazón que no era por ganar dinero por lo que había contribuido a salvar a monseñor Fabricio; que siempre le había querido con particular afecto desde que una vez tuviera el honor de conducirle en su calidad de tercer cochero de la señora. Cuando este hombre generoso creyó haber hablado bastante de su persona a tan gran dama, se despidió; mas ella, con ojos chispeantes, le ordenó:

—¡Quédese!

Sin decir palabra y mirando de vez en cuando a Ludovico con ojos increíbles, paseaba la duquesa por aquel cuarto de posada. Por fin, el hombre, viendo que no acababa aquella extraña paseata, se creyó en el caso de dirigir la palabra a su ama.

—La señora me ha hecho un presente tan exagerado, tan por encima de cuanto pudiera imaginar un pobre hombre como yo, tan superior sobre todo a los menguados servicios que he tenido el honor de hacerle, que yo creo en conciencia que no debo aceptar esta tierra de Ricciarda. Tengo el honor de devolver esa finca a la señora y de rogarle que me otorgue una pensión de cuatrocientos francos.

—¿Cuántas veces en su vida —le dijo la duquesa con tétrica altivez— ha oído decir que yo había abandonado un proyecto una vez anunciado por mí?

Dichas estas palabras, la duquesa tornó a pasearse durante unos minutos más. Luego, parándose de pronto, exclamó:

—Sólo por azar y porque él supo conquistar la complacencia de esa jovencita, se ha salvado la vida de Fabricio. Si no hubiera sido tan seductor, su muerte era segura. ¿Puede negarme esto? —preguntó avanzando hacia Ludovico con unos ojos

llameantes de furia. Ludovico retrocedió unos pasos creyéndola loca, lo que le produjo muy vivas inquietudes por la propiedad de su finca de Ricciarda—. Pues bien —prosiguió la duquesa, pasando bruscamente a un tono muy dulce y muy alegre—, quiero que mis buenos habitantes de Sacca disfruten un día de tan loco regocijo que lo recuerden durante mucho tiempo. Va a volver a Sacca. ¿Tiene algo que objetar? ¿Cree correr algún peligro?

—Poca cosa, señora: ninguno de los habitantes de Sacca dirá jamás que yo formaba parte de la escolta de monseñor Fabricio. Por otra parte, me atrevo a decírselo a la señora, ardo en deseos de ver *mi* tierra de Ricciarda: ¡me resulta tan raro ser propietario!

—Me place tu alegría. El colono de Ricciarda me debe, a lo que creo, tres o cuatro años de arriendo; le regalo la mitad de los atrasos y la otra mitad te la cedo a ti, pero con esta condición: vas a ir a Sacca, dirás que pasado mañana es la fiesta de una de mis patronas, y la tarde siguiente a tu llegada, harás iluminar mi castillo de la manera más espléndida. No economices dinero ni trabajo: piensa que se trata de la mayor alegría de mi vida. Vengo preparando desde hace mucho tiempo esta iluminación; desde hace más de tres meses, he almacenado en las bodegas del palacio todo lo necesario para esa noble fiesta; he dado a guardar al jardinero todo lo preciso para unos espléndidos fuegos artificiales; dispondrás que se saque a la terraza que mira al Po. Tengo en mis bodegas ochenta y nueve grandes toneles; con ellos instalarás ochenta y nueve fuentes de vino en mi parque. Si al día siguiente queda una sola botella de vino sin beber, diré que no quieres a Fabricio. Cuando las fuentes de vino, la iluminación y los fuegos artificiales estén en pleno funcionamiento, te escabullirás prudentemente, pues es posible —y así lo espero y lo deseo— que en Parma todas esas bonitas cosas parezcan una insolencia.

—Eso no es sólo posible, es seguro, tan seguro como que el fiscal Rassi, que ha firmado la sentencia de monseñor, reventará de rabia. E incluso… —añadió Ludovico con timidez—, si la señora quisiera dar a su pobre servidor una alegría mayor que la de regalarle la mitad de los atrasos de la Ricciarda, me permitiría jugarle una pequeña broma a ese Rassi…

—¡Eres un gran hombre! —exclamó la duquesa con entusiasmo—; pero te prohibo absolutamente hacer nada a Rassi: tengo el proyecto de que sea ahorcado en público, pero más adelante. En cuanto a ti, procura que no te detengan en Sacca; si te perdiera, todo se malograría.

—¡A mí, señora! Cuando yo haya dicho que festejamos a una de las patronas de la señora, si la policía enviara treinta gendarmes para interrumpir la fiesta, puede estar segura de que antes de llegar a la cruz roja que se alza en medio del pueblo, ni uno solo quedaría a caballo. Los habitantes de Sacca no se limpian los mocos con el codo, no hay cuidado: todos son contrabandistas consumados, y adoran a la señora.

—En fin —continuó la duquesa en un tono muy indiferente—, si doy vino a mis buenos servidores de Sacca, quiero inundar a los habitantes de Parma; la misma noche de la iluminación de mi castillo, coges el mejor caballo de mis cuadras, corres a mi palacio de Parma y abres el depósito.

—¡Ah, excelente idea la de la señora! —exclamó Ludovico riendo como un loco —. Vino para la buena gente de Sacca y agua para los burgueses de Parma que tan seguros estaban, los miserables, de que *monsignore* Fabricio iba a morir envenenado como el pobre L***.

El regocijo de Ludovico no acababa; la duquesa miraba complacida su risa loca; repetía sin parar:

—¡Vino para los de Sacca y agua para los de Parma! La señora sabe seguramente mejor que yo que cuando se vació imprudentemente el depósito hace unos veinte años, hubo un pie de agua en varias calles de Parma.

—¡Y agua para los de Parma! —repitió la duquesa riendo—. Si le hubieran cortado la cabeza a Fabricio, el paseo frente a la ciudadela habría estado concurridísimo… Todo el mundo le llama *el gran culpable.*… Pero, sobre todo, haz eso con habilidad: que nadie en el mundo sepa que esa inundación ha sido obra tuya ni ordenada por mí. Fabricio, el conde mismo, deben ignorar esta loca broma… Pero olvidaba a los pobres de Sacca: ve a escribir una carta a mi administrador, y yo la firmaré. Le dirás que, para la fiesta de mi santa patrona, distribuya cien cequíes a los pobres de Sacca, y que te obedezca en todo lo referente a la iluminación, los fuegos artificiales y el vino, recalcando bien que al día siguiente no debe quedar en mis bodegas una sola botella llena.

—El administrador de la señora sólo hallará un inconveniente: en los cinco años que la señora lleva en Sacca, no ha dejado ni diez pobres.

—¡Y agua para los de Parma! —repitió la duquesa cantando—. ¿Cómo vas a llevar a cabo esta broma?

—Lo tengo ya perfectamente planeado: salgo de Sacca a las nueve; a las diez y media mi caballo está en la posada de los Tres Cernícalos, en la carretera de Casal–Maggiore y de *mi* finca de la Ricciarda; a las once, en mi alcoba del castillo, y a las once y cuarto, agua para los de Parma, y más de la quisieran, para beber a la salud del *gran culpable.* Diez minutos más tarde, salgo de la ciudad por la carretera de Bolonia. Hago, al pasar, un profundo saludo a la ciudadela, que el valor de monseñor y el talento de la señora acaban de deshonrar, tomo el sendero a través del campo, que conozco muy bien, y me planto en Ricciarda.

Ludovico alzó los ojos hacia la duquesa y se quedó espantado: miraba fijamente a la pared lisa, a seis pasos de ella, y hay que reconocer que su mirada era terrible. «¡Ay, mi pobre finca —pensó Ludovico—, esta mujer está loca!» La duquesa le miró y adivinó su pensamiento.

—¡Ah, señor Ludovico, el gran poeta!, quiere una donación por escrito: vaya ahora mismo a buscarme un pliego de papel.

Ludovico no esperó a que se lo repitiera, y la duquesa escribió de su puño y letra un reconocimiento con fecha de un año antes y en el cual declaraba haber recibido de Ludovico San Micheli la cantidad de ochenta mil francos y haberle dado en prenda la finca de la Ricciarda. Si al cumplirse doce meses la duquesa no había devuelto los ochenta mil francos, la finca de Ricciarda pasaría a ser de su propiedad.

«Es bonito —se decía la duquesa— dar a un servidor leal la tercera parte aproximadamente de lo que me queda para mí.»

—¡Ah, bueno! —advirtió la duquesa—, después de la broma del depósito de agua, te doy sólo dos días para divertirte en Casal–Maggiore. Para que la venta sea válida, di que este trato fue hecho ya hace más de un año. Luego volverás en seguida a reunirte conmigo a Belgirate; Fabricio se irá acaso a Inglaterra, y tú le acompañarás.

Al día siguiente muy temprano, la duquesa y Fabricio estaban en Belgirate.

Se instalaron en este pueblo encantador; mas una pena horrible esperaba a la duquesa en las orillas del bellísimo lago Mayor. Fabricio había cambiado por completo. Desde los primeros momentos en que se despertó de su sueño, casi letárgico, después de su evasión, la duquesa se había dado cuenta de que algo extraordinario ocurría en su alma. El hondo sentimiento que Fabricio ocultaba celosamente era bastante extraordinario, pues se trataba nada menos que de esto: estaba desesperado de verse fuera de la cárcel. Se guardaba muy bien de confesar la causa de su tristeza, pues habría dado lugar a ciertas preguntas a las que no estaba dispuesto a contestar.

—¡Pero cómo es posible! —decía la duquesa extrañadísima—. ¿No te horroriza aquella atroz sensación, cuando el hambre te obligaba a comer una de aquellas cosas detestables condimentadas en la cocina de la cárcel y habías de decirte: «esto tiene un gusto raro, ¿me estaré envenenando?».

—Pensaba en la muerte —contestaba Fabricio— como supongo que piensan los soldados: como en una cosa posible que yo esperaba evitar con mi habilidad.

¡Qué desconcierto, qué dolor para la duquesa! Aquel ser adorado, vivaz, original, ahora estaba constantemente sumido, ante sus ojos, en una abstracción profunda. Prefería la soledad al placer de hablar de todo y a corazón abierto a la mejor amiga que tuviera en el mundo. Seguía siendo bueno, atento, agradecido para con la duquesa; igual que en otro tiempo, habría dado cien veces su vida por ella; pero su alma estaba ausente. Navegaban a veces cuatro o cinco leguas por el sublime lago sin decirse una palabra. La conversación, el intercambio de pensamientos fríos, único ya posible entre ellos, habría acaso parecido agradable a otros; pero ambos, y sobre todo la duquesa, recordaban lo que había sido su conversación antes de aquella fatal

contienda con Giletti que les separara. Fabricio debía a la duquesa la historia de los nueve meses pasados en una horrible prisión, y resultaba que, sobre este tema, sólo tenía que decir palabras breves e incompletas.

«Esto había de llegar tarde o temprano —se decía la duquesa con sombría tristeza —; la pena me ha envejecido, o bien ama ahora de verdad y ya sólo ocupo el segundo lugar en su corazón.» Envilecida, aterrada por este dolor, el más grande de todos los posibles, la duquesa se decía a menudo: «Si el cielo quisiera que Ferrante hubiese enloquecido del todo o le faltara el valor, creo que me sentiría menos desgraciada». Desde aquel momento, este asomo de remordimiento envenenó la estimación que sentía la duquesa por su propio carácter. «Resulta, pues —se decía con amargura—, que me arrepiento de una resolución tomada, ¡ya no soy una Del Dongo!»

«El cielo lo ha querido —proseguía—. Fabricio está enamorado, ¿y con qué derecho había yo de pretender que no se enamorase? ¿Acaso se ha cruzado entre nosotros alguna vez una sola palabra de verdadero amor?»

Esta idea tan razonable le quitó el sueño, y, lo que demostraba que la vejez y la debilitación del alma habían llegado para ella con la perspectiva de una ilustre venganza, se sentía cien veces más desdichada en Belgirate que en Parma. En cuanto a la persona que podía causar la extraña abstracción de Fabricio, era casi imposible abrigar dudas razonables: Clelia Conti, aquella muchacha tan piadosa, había traicionado a su padre, puesto que consintió en emborrachar a la guarnición, ¡y Fabricio no hablaba nunca de Clelia! «Pero —añadía la duquesa golpeándose el pecho con desesperación—, si no se hubiera emborrachado a la guarnición, todos mis arbitrios, todos mis empeños habrían sido inútiles; luego es ella quien le salva.»

A la duquesa le era muy difícil conseguir de Fabricio algunos detalles sobre los acontecimientos de aquella noche, detalles que —se decía la duquesa— habrían constituido en otro tiempo un tema inagotable de conversación entre ellos. «En aquellos tiempos dichosos, habría hablado un día entero, con una facundia y una alegría constantemente renovadas, de la menor bagatela que a mí se me ocurriese suscitar.»

Como había que preverlo todo, la duquesa instaló a Fabricio en el puerto de Locarno, ciudad suiza en el extremo del lago Mayor. Todos los días iba a recogerle en barca para pasear largamente por el lago. Una vez que se le ocurrió subir, halló su habitación tapizada de vistas de Parma que había encargado a Milán, o a la propia Parma, la ciudad que debía detestar. Su saloncito, convertido en taller, estaba lleno de todos los útiles de un pintor de acuarelas, y le encontró acabando una tercera vista de la torre Farnesio y del palacio del gobernador.

—No te falta más —le dijo irritada— que hacer de memoria el retrato del simpático gobernador, que no tenía otro deseo que el de envenenarte. Pero ahora caigo en que deberías escribirle una carta disculpándote de haberte tomado la libertad

de evadirte y poner en ridículo su ciudadela.

No creía la pobre mujer haber dado de tal modo en el clavo; apenas llegado a lugar seguro, el primer cuidado de Fabricio fue escribir al general Fabio Conti una carta sumamente fina y en cierto sentido sumamente ridícula. Le pedía perdón por haberse fugado, alegando como excusa que había tenido motivos para creer que cierto subalterno de la ciudadela había recibido el encargo de envenenarle. Le importaba poco lo que escribía: esperaba que Clelia vería aquella carta, y al escribirla, le corrían las lágrimas por la cara. Terminó la misiva con una frase divertida en extremo: hallándose en libertad —decía—, muchas veces añoraba su celda de la torre Farnesio. Era ésta la idea capital de su carta, y esperaba que Clelia la entendería. En su afán de comunicación, y siempre con la esperanza de que alguien la leyera, Fabricio dirigía unas palabras de gratitud a don César, el excelente limosnero que le había prestado libros y una hermosa carta explicándole que en momentos de impaciencia, acaso perdonables a un pobre preso, había emborronado los márgenes de sus libros con notas ridículas. Suplicábale, en consecuencia, que los reemplazara en su biblioteca por los volúmenes que la más viva gratitud se permitía ofrecerle.

Fabricio era muy modesto al dar el simple nombre de notas a los infinitos garabatos con que había cubierto los márgenes de un ejemplar *infolio* de las obras de San Jerónimo. Con la esperanza de poder enviar este libro al excelente limosnero y cambiarlo por otro, había escrito día por día en los márgenes un diario muy minucioso de todo lo que ocurría en su cautiverio; los grandes acontecimientos no eran otra cosa que éxtasis *de amor divino* (tal amor divino significaba otra clase de amor que no osaba escribir). Ora este amor divino sumía al cautivo en profunda desesperación, ora una voz oída a través de los aires le devolvía cierta esperanza y le exaltaba en éxtasis de felicidad. Por fortuna, todo esto estaba escrito en una tinta de prisión, hecha de vino, de chocolate y de hollín, y don César se había limitado a echarle una ojeada al volver a colocar en su biblioteca el tomo de San Jerónimo. Si hubiera leído lo escrito en los márgenes, habría visto que, un día, el preso, creyéndose envenenado, se felicitaba de morir a menos de cuarenta pasos de distancia de lo que más había amado en el mundo. Pero ya que no los del buen limosnero, otros ojos habían leído aquella página después de la evasión. Aquella idea, *morir cerca del ser amado*, expresada de cien diversos modos, iba seguida de un soneto en el que se veía que el alma, separada después de atroces tormentos, del frágil cuerpo que habitara durante veintitrés años, impulsada por ese instinto de la felicidad inherente a todo lo que existió una vez, no subiría al cielo a incorporarse a los coros de ángeles tan pronto como se viera libre y en el caso de que el juicio terrible le concediera el perdón de sus pecados; más dichosa después de la muerte que lo fuera en vida, iría a unos pasos de la celda en que gimiera tanto tiempo, para reunirse a lo único que había amado en el mundo. Y así —decía el último verso del soneto—, hallaría su paraíso en

la tierra.

Aunque en la ciudadela de Parma sólo se hablara de Fabricio como de un infame traidor que había violado los deberes sagrados, el excelente sacerdote don César recibió con embeleso los magníficos libros que le enviaba un desconocido; pues Fabricio había tenido la previsión de no escribir hasta unos días después del envío, por miedo de que su nombre moviera a don César a devolver con indignación el paquete. Don César no habló de aquella fineza a su hermano, que se enfurecía al solo nombre de Fabricio; mas desde la evasión de éste, había reanudado toda la antigua intimidad con su exquisita sobrina, y como en otro tiempo le enseñara algunas palabras de latín, le mostró los bellos libros recibidos. Tal había sido la esperanza del viajero. Clelia enrojeció súbita y extraordinariamente: acababa de reconocer la letra de Fabricio. Unas largas tiras de papel amarillo asomaban, a guisa de registros, en diversos lugares del volumen. Y como no cabe duda de que, en medio de los mezquinos intereses de dinero y de los pensamientos vulgares que llenan nuestra vida, los gestos inspirados por una verdadera pasión rara vez dejan de producir su efecto, Clelia, como si una divinidad propicia la llevara de la mano, guiada por el instinto y por el pensamiento de una única cosa, pidió a su tío que le dejara comparar el antiguo ejemplar de San Jerónimo con el que acababa de recibir. ¡Cómo expresar su entusiasmo, en medio de la negra tristeza en que la había sumido la ausencia de Fabricio, cuando halló en los márgenes del antiguo San Jerónimo el soneto de que hemos hablado y las memorias cotidianas del amor inspirado por ella!

El primer día aprendió el soneto de memoria, y lo cantaba apoyada en su balcón ante la ventana, ahora solitaria, donde tantas veces había visto abrirse en la mampara una pequeña trampa. Aquella mampara había sido desmontada para servir, sobre la mesa del tribunal, como cuerpo del delito en un proceso ridículo que Rassi instruía contra Fabricio, acusado del crimen de haberse evadido, o, como decía el fiscal, riéndose él mismo, *de haberse sustraído a la clemencia de un príncipe magnánimo.*

Todo lo que Clelia había hecho constituía para ella un vivo remordimiento, y desde que era desgraciada, los remordimientos eran aún más vivos. Procuraba atenuar un poco los reproches que ella misma se dirigía, recordando el voto de *no volver a ver jamás a Fabricio,* aquella promesa hecha a la Madona cuando su padre fue medio envenenado y renovada cada día desde entonces.

La evasión de Fabricio le costó una enfermedad al general, que además estuvo a punto de perder su cargo cuando el príncipe, furioso, destituyó a todos los carceleros de la torre Farnesio y los mandó presos a la cárcel de la ciudad. El general se salvó en parte por la intervención del conde Mosca, que prefería verle recluido en lo alto de su ciudadela antes que rival activo e intrigante en los círculos de la corte.

Fue durante los quince días que duró la incertidumbre relativa a la caída en desgracia del general Fabio Conti, realmente enfermo, cuando Clelia tuvo el

heroísmo de cumplir el sacrificio que anunciara a Fabricio. Había tenido el talento de estar enferma el día de los festejos generales, que, como quizá recordará el lector, fue el de la evasión del preso; lo estuvo al día siguiente, y en fin, tan hábil fue su conducta, que con excepción del carcelero Grillo, especialmente encargado de la guarda de Fabricio, nadie sospechó su complicidad, y Grillo se calló.

Pero tan pronto como Clelia se vio libre de estas inquietudes, la atormentaron más cruelmente aún sus justificados remordimientos. «¿Qué razón —se decía— puede atenuar el crimen de una hija que traiciona a su padre?»

Una noche, después de pasar todo un día llorando en la capilla, rogó a su tío don César que la acompañara a ver al general, cuyos accesos de furor la asustaban tanto más cuanto que, cualquiera que fuese el tema de la conversación, se desataba siempre en imprecaciones contra Fabricio, aquel traidor abominable.

Llegada ante su padre, tuvo el valor de decirle que si siempre se había resistido a dar su mano al marqués Crescenzi era porque no sentía ninguna inclinación por él y estaba segura de no hallar la felicidad en aquella unión. Estas palabras aumentaron la furia del general, y a Clelia le costó mucho trabajo continuar hablando. Pudo añadir, por fin, que si su padre, seducido por la gran fortuna del marqués, se creía en el deber de darle la orden terminante de casarse, estaba dispuesta a obedecerle. El general se quedó atónito ante esta conclusión que estaba muy lejos de esperar, pero que acabó por colmarle de alegría. «Así —dijo a su hermano— no me veré reducido a vivir en un segundo piso si ese granuja de Fabricio me hace perder mi puesto por su mal proceder.»

El conde Mosca no dejaba de mostrarse muy escandalizado por la evasión de aquel *mal sujeto* de Fabricio, y repetía, cuando llegaba el caso, la frase inventada por Rassi sobre el mal proceder, muy vulgar por otra parte, de aquel mozo que se había sustraído a la clemencia del príncipe. Esta frase ingeniosa, consagrada por la buena sociedad, no tuvo éxito en el pueblo. Llevado de su buen sentido, y sin dejar de creer muy culpable a Fabricio, admiraba la valentía que había necesitado para lanzarse de una muralla tan alta. Ni un solo personaje de la corte admiró este valor. En cuanto a la policía, muy humillada por aquel fracaso, había descubierto oficialmente que un grupo de veinte soldados, sobornados por el dinero de la duquesa, aquella mujer tan atrozmente ingrata y cuyo nombre no se pronunciaba ya sin acompañarle de un suspiro, había tendido a Fabricio cuatro escalas atadas entre sí, cada una de las cuales medía cuarenta y cinco pies; Fabricio había tirado una cuerda y, atada ésta a las escaleras, no tuvo otro mérito que el muy vulgar de tirar de ella para alcanzarlas. Algunos liberales conocidos por su imprudencia, y entre ellos el médico C***, agente pagado directamente por el príncipe, añadía, pero comprometiéndose, que aquella terrible policía había cometido la barbaridad de hacer fusilar a ocho de los pobres soldados que facilitaron la evasión del ingrato Fabricio. En consecuencia, mereció las

censuras incluso de los verdaderos liberales, por haber causado con su imprudencia la muerte de ocho infelices soldados. A esto reducen los pequeños despotismos el valor de la opinión.

---

[1] Del Litto observa que «la evasión de Fabricio está, en gran parte, tomada de la *Vida* de Benvenuto Cellini, que, encerrado en el castillo [romano] de Sant' Angelo, se evadió en 1539». Recordemos que en Parma no existió nunca tal ciudadela ni su torre Farnesio y que es precisamente Sant' Angelo, una de tantas translaciones, de tiempos, lugares, personajes y hechos que Stendhal puso en esta novela.

# XXIII

En medio de esta enemiga general, sólo el arzobispo Landriani se mostraba fiel a la causa de su joven amigo; osaba repetir, hasta en la corte de la princesa, la máxima de derecho según la cual, en todo proceso, hay que reservar un oído limpio de todo prejuicio para escuchar las justificaciones de un ausente.

Ya al día siguiente de la evasión de Fabricio, varias personas recibieron un soneto bastante mediocre que celebraba aquella evasión como una de las bellas proezas del siglo, y comparaba a Fabricio con un ángel llegando a la tierra con las alas extendidas. A los dos días, todo Parma repetía un soneto sublime. Era el monólogo de Fabricio juzgando los diversos incidentes de su vida mientras se deslizaba por la cuerda. Este soneto le dio rango en la opinión por dos versos magníficos; todos los entendidos reconocieron el estilo de Ferrante Palla.

Pero al llegar aquí necesitaría poseer yo el estilo épico: ¿dónde encontrar colores para pintar los torrentes de indignación que anegaron de pronto a todos los corazones sensatos cuando se supo la espantosa insolencia de la iluminación del castillo de Sacca? Se produjo un clamor unánime contra la duquesa; hasta los verdaderos liberales juzgaron que aquello era comprometer muy gravemente a los infelices sospechosos detenidos en diversas prisiones, y exasperar inútilmente al soberano. El conde Mosca declaró que a los antiguos amigos de la duquesa sólo les quedaba un recurso: olvidarla. El concierto fue, pues, unánime en la execración: un extranjero que estuviera de paso en la ciudad se habría quedado sorprendido de la energía de la opinión pública. Pero en aquel país donde se sabe apreciar el placer de la venganza, la iluminación de Sacca y la fiesta magnífica ofrecida en el parque a más de seis mil campesinos tuvieron un inmenso éxito. Todo el mundo repetía en Parma que la duquesa había hecho repartir mil cequíes a sus colonos, explicándose así la acogida un tanto dura dispensada a unos treinta gendarmes que la policía tuvo la ingenuidad de enviar al pueblecillo treinta y seis horas después de la sublime fiesta y de la embriaguez general que siguió a la misma. Los gendarmes, recibidos a pedradas, emprendieron veloz retirada, y a dos de ellos, que se cayeron de los caballos, los arrojaron al Po.

En cuanto a la ruptura del gran depósito de agua del palacio Sanseverina, pasó casi inadvertida, sólo algunas calles quedaron inundadas durante la noche, y al día siguiente parecía simplemente como si hubiera llovido. Ludovico tuvo la precaución de romper los cristales de una ventana del palacio, de suerte que quedara explicada la entrada de los ladrones.

Hasta se encontró una pequeña escalera de mano. El conde Mosca reconoció en todo esto el genio de su amiga.

Fabricio estaba completamente decidido a volver a Parma tan pronto como le

fuera posible. Mandó a Ludovico con una larga carta para el arzobispo, y el fiel servidor volvió a echar al correo en el primer pueblo del Piamonte, Sannazaro, al oeste de Pavía, una epístola en latín que el digno prelado dirigía a su joven protegido. Añadiremos un detalle que, sin duda como otros varios, parecerá superfluo y largo en los países donde ya no hacen falta semejantes precauciones. El nombre de Fabricio del Dongo no aparecía nunca en las cartas; todas las que le enviaban iban dirigidas a Ludovico San Micheli, en Locarno, Suiza, o en Belgirate, Piamonte. El sobre era de papel ordinario, la oblea mal aplicada, la dirección poco legible y ornada a veces de recomendaciones dignas de una cocinera; todas las cartas estaban fechadas en Nápoles seis días antes de la verdadera fecha.

Del pueblo piamontés de Sannazaro, cercano a Pavía, Ludovico tornó a toda prisa a Parma, encargado de una misión a la que Fabricio atribuía la máxima importancia: se trataba nada menos que de hacer llegar a Clelia un pañuelo de seda en el que había sido impreso un soneto de Petrarca. Verdad es que en aquel soneto habían cambiado una palabra. Clelia lo halló sobre la mesa dos días después de haber recibido las muestras de gratitud del marqués Crescenzi, que se decía el más dichoso de los hombres. No hay que decir qué impresión produjo a Clelia aquella prueba de un recuerdo tan constante.

Ludovico tenía que averiguar todos los detalles posibles sobre lo que pasaba en la ciudadela. Fue él quien comunicó a Fabricio la triste noticia de que la boda del marqués Crescenzi parecía ya completamente decidida; apenas pasaba día sin que ofreciera una fiesta a Clelia en el interior de la ciudadela. Una prueba decisiva de la boda era que el marqués, inmensamente rico y por consiguiente muy avaro, como es costumbre entre las gentes opulentas del norte de Italia, estaba haciendo preparativos de gran magnificencia, aunque se casaba con una doncella *sin dote*. Verdad es que la vanidad del general Fabio Conti, muy ofendida por esta observación, la primera que surgió en el ánimo de todos sus compatriotas, acababa de comprar una finca de más de trescientos mil francos, y, aunque no tenía un céntimo, la había pagado al contado, al parecer con los dineros del marqués. Luego declaró que cedía esta finca como dote de matrimonio a su hija. Los gastos de la escritura y de otros trámites, algo más de doce mil francos, parecieron un desembolso muy ridículo al marqués Crescenzi, hombre eminentemente lógico. Por su parte, había mandado fabricar en Lyon magníficos tapices de colores muy bien calculados para el recreo de los ojos al célebre Pallagi, pintor de Bolonia. Aquellos tapices, en cada uno de los cuales figuraba algún atributo de las armas de la familia Grescenzi, que, como sabe el universo, desciende del célebre Crescentius, cónsul de Roma en 985, estaban destinados a decorar los diecisiete salones que constituían la planta baja del palacio del marqués. Los tapices, los relojes y las arañas traídas a Parma costaron más de trescientos cincuenta mil francos; el precio de los espejos nuevos, agregados a los que

la casa poseía ya, se elevó a doscientos mil francos. Con excepción de dos salones, obras célebres del Parmesano, el gran pintor del país después del divino Correggio, todos los salones del primero y del segundo piso estaban ahora decorados por los pintores célebres de Florencia, de Roma y de Milán, que los ornaban con pinturas al fresco. Fokelberg, el gran escultor sueco; Tenerani, de Roma, y Marchesi, de Milán, llevaban un año trabajando en diez bajorrelieves que representaban otras tantas bellas acciones de Crescentius, aquel verdadero gran hombre. La mayor parte de los techos, pintados al fresco, aludían también a algunos hechos de su vida. Era unánimemente admirado el techo en que Hayez, de Milán, había presentado a Crescentius recibido en los Campos Elíseos por Francisco Sforza, Lorenzo el Magnífico, el rey Roberto, el tribuno Cola di Rienzi, Maquiavelo, Dante y demás grandes hombres de la Edad Media. En la admiración hacia estas almas selectas se ven epigramas implícitos contra las gentes en el poder.

Todos estos detalles magníficos absorbían por entero la atención de la nobleza y de la burguesía de Parma, y torturaron el corazón a nuestro héroe cuando, con ingenua admiración, leyó el relato de los mismos en una larga carta de más de veinte páginas que Ludovico había dictado a un aduanero de Casal—Maggiore.

«¡Y yo soy tan pobre! —se decía Fabricio—. ¡Cuatro mil libras de renta como única fortuna! Es una verdadera insolencia por mi parte atreverme a estar enamorado de Clelia Conti, por la cual se hacen todos estos milagros.»

Un solo párrafo de la carta de Ludovico, pero éste, escrito de su mala letra, comunicaba a su señor que había encontrado una noche, como un hombre que se esconde, a su antiguo carcelero Grillo, encarcelado y luego puesto en libertad. Le había pedido un cequí por caridad, y Ludovico le dio cuatro en nombre de la duquesa. Los antiguos carceleros recientemente puestos en libertad, en número de doce, se preparaban a ofrecer una fiesta de puñaladas (un *trattamento di cortellate)* a los nuevos carceleros, sus sucesores, si algún día los encontraban fuera de la ciudadela. Grillo había dicho que casi todos los días había serenata en la fortaleza, que la señorita Clelia estaba muy pálida, a menudo enferma, *y otras cosas semejantes.* Estas palabras ridículas hicieron que Ludovico recibiera, a vuelta de correo, la orden de volver a Locarno. Volvió en efecto, y los detalles que dio de viva voz fueron para Fabricio más tristes todavía.

Puede suponerse la amabilidad de su comportamiento con la pobre duquesa. Habría sufrido mil muertes antes que pronunciar delante de ella el nombre de Clelia Conti. La duquesa aborrecía Parma, mientras que, para Fabricio, todo lo que recordaba esta ciudad era a la vez sublime y enternecedor.

La duquesa pensaba más que nunca en su venganza; ¡era tan dichosa antes de la muerte de Giletti!, y ahora, en cambio, ¡qué suerte la suya! Vivía en la espera de un acontecimiento horrendo acerca del cual se hubiera guardado muy bien de decir una

palabra a Fabricio, ella que, en otro tiempo, cuando su trato con Fabricio, pensaba darle una gran alegría anunciándole que un día sería vengado.

Fácil es imaginar la amenidad de los actuales coloquios de Fabricio con la duquesa: entre ellos reinaba casi siempre un sombrío silencio. Para aumentar la cordialidad de sus relaciones, la duquesa había cedido a la tentación de jugar una mala partida a aquel sobrino demasiado querido. El conde le escribía casi diariamente, enviándole correos como en los tiempos de sus amores, pues sus cartas llevaban siempre el sello de alguna pequeña ciudad de Suiza. El pobre hombre se torturaba el alma para no hablar demasiado abiertamente de su amor y para componer cartas amenas, y apenas si la duquesa las echaba una ojeada distraída. ¡De qué sirve, señor, la fidelidad de un amante estimado cuando se tiene el corazón transido por la frialdad del que llena todos los pensamientos!

Sólo una vez en dos meses le contestó la duquesa, y eso para inducirle a sondear el terreno cerca de la princesa y ver si, a pesar de la insolencia de la iluminación, sería recibida con gusto una carta de la duquesa. La carta que él debía presentar, si lo juzgaba oportuno, solicitaba la plaza de caballero de honor de la princesa, vacante desde hacía poco, para el marqués Crescenzi, y deseaba que le fuera concedida en consideración a su matrimonio. Aquella carta era una obra maestra: trascendía el respeto más tierno y mejor expresado; no se había deslizado en aquel estilo cortesano la menor palabra cuyas consecuencias, ni aun las más remotas, pudiesen no ser agradables a la princesa. La respuesta fue, pues, de una tierna amistad torturada por la ausencia.

*Mi hijo y yo* —decía la princesa— *no hemos gozado de una velada pasable desde su partida tan brusca. ¿Acaso, mi querida duquesa, no recuerda que es ella quien me hizo recobrar una voz consultiva en el nombramiento de los oficiales de mi casa? Se cree obligada a exponerme motivos para el puesto del marqués, como si su expreso deseo no fuera para mí el primero de los motivos. Si yo puedo algo, el marqués tendrá ese puesto, y habrá siempre uno en mi corazón, y el primero, para mi encantadora duquesa. Mi hijo se sirve absolutamente de las mismas expresiones, aunque un poco fuertes en boca de un mozo de veintiún años, y le pide muestras de minerales del valle de Orta, cercano a Belgirate. Puede dirigir sus cartas, que espero sean frecuentes, al conde, que continúa odiándola y al que yo quiero especialmente a causa de esos sentimientos. El arzobispo también sigue viéndole fiel. Todos esperamos volver a verla algún día: recuerde que es preciso. La marquesa Ghisleri, mi mayordoma mayor, se dispone a dejar este mundo por otro mejor. La pobre mujer me ha hecho mucho mal, y ahora me contraría una vez más marchándose inoportunamente; su enfermedad me*

*hace pensar en el nombre que con tanto gusto hubiera puesto yo en otro tiempo en lugar del suyo, suponiendo que hubiera podido obtener este sacrificio de la independencia de la mujer única que, huyendo de nosotros, se ha llevado consigo toda la alegría de mi pequeña corte, etc.*

De modo que la duquesa veía todo los días a Fabricio con la conciencia de haber procurado apresurar cuanto estaba en su mano la boda que le desesperaba. Por eso no es extraño que pasaran a veces cuatro o cinco horas bogando juntos por el lago sin decirse una sola palabra. Las atenciones eran perfectas, por parte de Fabricio, pero pensaba en otras cosas, y su alma ingenua y sencilla no hallaba nada que decir. La duquesa lo notaba, y era un suplicio para ella.

Hemos olvidado contar en lugar oportuno que la duquesa había tomado una casa en Belgirate, pueblo encantador que cumple todo lo que su nombre promete (ver un hermoso entrante del lago). Desde la ventana de su salón, la duquesa podía poner el pie en su barca. Había elegido una muy sencilla para la cual habrían bastado cuatro remeros; tomó doce y se las arregló para tener un hombre de cada uno de los pueblos situados en las cercanías de Belgirate. La tercera o cuarta vez que se halló en mitad del lago con todos aquellos hombres bien elegidos, mandó parar los remos.

—Os considero a todos como amigos —les dijo—, y voy a confiaron un secreto. Mi sobrino Fabricio se ha evadido de la cárcel, y es posible que procuren detenerle a traición en vuestro lago, país de franquicia. Estad atentos a lo que oigáis y avisadme de todo. Os autorizo a entrar en mi cuarto a cualquier hora del día o de la noche.

Los remeros respondieron con entusiasmo; la duquesa sabía hacerse querer. Pero no pensaba que se tratara de detener de nuevo a Fabricio: aquellas precauciones se referían a ella, y antes de la orden fatal de abrir el depósito del palacio Sanseverina, no habría pensado en tal cosa.

Su prudencia la había inducido también a tomar una casa en el puerto de Locarno para Fabricio; todos los días venía él a verla, o iba ella a Suiza. Un detalle puede dar idea del atractivo de sus entrevistas siempre a solas; la marquesa y sus hijas fueron a verlos dos veces, y les resultó grata la presencia de aquellas personas extrañas, pues, a pesar de los lazos de la sangre, puede llamarse extraña a una persona que no sabe nada de nuestros más caros intereses y a la que no se ve más que una vez al año.

Una tarde, en Locarno, se hallaba la duquesa en casa de Fabricio, con la marquesa y sus dos hijas. El arcipreste de la comarca y el cura habían acudido a ofrecer sus respetos a aquellas damas. El arcipreste, que estaba interesado en una casa de comercio y muy al corriente de las noticias, dijo:

—¡Ha muerto el príncipe de Parma!

La duquesa palideció profundamente, y tuvo apenas fuerza para decir:

—¿Se conocen detalles?

—No —contestó el arcipreste—; la noticia se limita a consignar la muerte, que es segura.

La duquesa miró a Fabricio. «Esto lo he hecho por él —se dijo—; habría hecho cualquier cosa mil veces peor, ¡y aquí está, indiferente en mi presencia y pensando en otra mujer!» Soportar este horrible pensamiento estaba por encima de sus fuerzas, y cayó en un profundo desvanecimiento. Todo el mundo se precipitó a socorrerla, mas, al volver en sí, observó que Fabricio se mostraba menos apurado que el arcipreste y el cura, sin salir apenas de su lejano ensimismamiento habitual.

«Está pensando en volver a Parma —se dijo la duquesa—, y acaso en romper la boda de Clelia con el marqués; pero yo sabré impedirlo.» Luego, recordando la presencia de los dos sacerdotes, se apresuró a añadir:

—¡Era un gran príncipe, y ha sido muy calumniado! ¡Es una inmensa pérdida para nosotros!

Se despidieron los dos clérigos, y la duquesa, por quedarse sola, dijo que iba a acostarse.

«Sin duda —se decía—, la prudencia me ordena esperar un mes o dos antes de volver a Parma; pero sé que no tendré tanta paciencia: sufro aquí demasiado. Ese ensimismamiento continúa, ese silencio suyo es un espectáculo intolerable para mi corazón. ¡Quién me había de decir que iba a aburrirme paseando por este lago encantador a solas con Fabricio, y cuando he hecho por él más de lo que puedo decirle! Después de ver esto, la muerte no es nada. Ahora pago los arrebatos de felicidad y de alegría infantil que gocé en mi palacio de Parma cuando recibí a Fabricio a su vuelta de Nápoles. Si yo hubiera dicho entonces una palabra, las cosas habrían quedado claras, y acaso, ligado a mí, no habría pensado en esa jovencita Clelia; pero esta palabra me causaba una horrible repugnancia. Y ahora esa niña me ha vencido. Nada más natural: ella tiene veinte años, y yo, desmejorada por las penas, enferma, le doblo la edad… ¡Hay que morir, hay que acabar! Una mujer de cuarenta años sólo puede ser algo para los hombres que la han amado desde su juventud. Ya sólo encontraré los goces de la vanidad, y ¿vale esto la pena de vivir? Razón de más para volver a Parma y divertirme. Si las cosas tomaran un determinado giro, me quitaría la vida. ¡Bueno!, ¿y dónde está el mal? Moriré de un modo magnífico, y antes de morir, pero sólo entonces, diré a Fabricio: “¡Ingrato, esto es por ti!”… Sí, sólo en Parma podré hallar ocupación para lo poco que me resta de vida; allí haré el papel de gran dama. ¡Qué dicha si pudiera ser sensible ahora a todas esas distinciones que en otro tiempo hacían sufrir a la Raversi! Entonces, para ver mi felicidad, necesitaba mirar los ojos de la envidia… Mi vanidad tiene una suerte: acaso con excepción del conde, nadie habrá podido adivinar qué es lo que ha puesto fin a la vida de mi corazón… Amaré a Fabricio, me consagraré a su fortuna; pero no podré impedir la boda de Clelia y acabará por casarse con ella… ¡No, eso no será!»

A estas alturas de su triste monólogo estaba la duquesa, cuando oyó un gran estrépito en la casa.

«¡Bueno! —se dijo—, ya vienen a detenerme. Ferrante se habrá dejado coger, habrá hablado. ¡Pues bien, tanto mejor! Voy a tener de qué ocuparme, voy a disputarles mi cabeza. Pero lo primero es no dejarse coger.» La duquesa, a medio vestir, huyó al fondo de su jardín. Se disponía ya a saltar una pequeña pared y a escapar por el campo, pero vio que entraban en su cuarto. Reconoció a Bruno, el hombre de confianza del conde. Estaba solo con su doncella. La duquesa se acercó a la puerta-ventana. Bruno estaba hablando a la doncella de las heridas que había recibido. La duquesa volvió a entrar en su casa, y Bruno se arrojó a sus pies, conjurándola a no decir al conde la hora ridícula a que había llegado.

—Inmediatamente después de la muerte del príncipe —añadió—, el señor conde dio orden a todas las postas de no facilitar caballos a los súbditos de los Estados de Parma. En consecuencia, he ido hasta el Po con los caballos de la casa, pero al salir de la barca, mi coche volcó y quedó destrozado, y yo sufrí contusiones tan graves que no he podido montar a caballo, como era mi deber.

—Bueno —dijo la duquesa—, son las tres de la mañana; diré que llegó al mediodía, pero no vaya a contradecirme.

—Reconozco bien las bondades de la señora.

La politica en una obra literaria es un pistoletazo en medio de un concierto[1], una cosa grosera y a la que, sin embargo, no se puede negar cierta atención.

Vamos a hablar de cosas muy feas y que, por más de una razón, quisiéramos pasar en silencio; pero nos vemos obligados a referirnos a ciertos acontecimientos que son de nuestro dominio, puesto que tienen por teatro el corazón de nuestros personajes.

—Pero, Dios mío, ¿cómo ha muerto ese gran príncipe? —preguntó la duquesa a Bruno.

—Estaba cazando aves de paso en los pantanos de las orillas del Po, a dos leguas de Sacca. Cayó en una torca cubierta de follaje: estaba muy sudoroso y el frío le hizo daño; le transportaron a una casa aislada, donde murió a las pocas horas. Otros dicen que los señores Catena y Borone murieron también, y que el accidente se debe a las cacerolas de cobre del campesino en cuya casa entraron, que estaban manchadas de cardenillo. Almorzaron en casa de ese hombre. En fin, las cabezas exaltadas, los jacobinos, que cuentan lo que desean, hablan de veneno. Lo que yo sé es que mi amigo Toto, furriel de la corte, hubiera perecido a no ser por los cuidados generosos de un labrador que parecía tener grandes conocimientos de medicina y le proporcionó remedios muy singulares. Pero ya no se habla de la muerte del príncipe: en realidad era un hombre cruel. Cuando yo salí de Parma, el pueblo se aglomeraba ya para matar al fiscal general Rassi, y querían también ir a quemar las puertas de la ciudadela para que pudieran escaparse los presos. Pero decían que Fabio Conti dispararía sus

cañones. Otros aseguraban que los artilleros de la ciudadela habían mojado la pólvora y no querían asesinar a sus conciudadanos. Pero he aquí lo más interesante: mientras el cirujano de Sandolaro curaba mi pobre brazo, llegó de Parma un hombre, el cual contó que, habiendo encontrado la multitud en la calle a Barbone, el famoso escribiente de la ciudadela, le apaleó y luego fue a colgarlo del árbol del paseo más próximo a la ciudadela. El pueblo estaba ya en marcha para ir a derribar esa hermosa estatua del príncipe que hay en los jardines de la corte; pero el señor conde tomó un batallón de la guardia, le arengó ante la estatua y mandó decir al pueblo que ninguno de los que entraran en los jardines saldría vivo, y el pueblo tuvo miedo. Pero lo más singular es que ese hombre que llegaba de Parma, un antiguo gendarme, me ha repetido varias veces que el señor conde la emprendió a puntapiés con el general P***, comandante de la guardia del príncipe, y le echó del jardín conducido por dos fusileros, después de haberle arrancado las charreteras.

—Reconozco bien al conde en ese rasgo —exclamó la duquesa en una llamarada de alegría que no hubiera previsto un minuto antes—; no tolerará jamás que se ultraje a nuestra princesa; y en cuanto al general P***, por lealtad a sus antiguos señores legítimos, no ha querido nunca servir al usurpador, mientras que el conde, menos delicado, hizo todas las campañas de España, y la corte se lo ha reprochado muchas veces.

La duquesa había abierto la carta del conde, pero interrumpía su lectura para hacer preguntas a Bruno.

La carta era muy divertida; el conde empleaba los términos más lúgubres, y, no obstante, la más viva alegría trascendía en cada palabra; evitaba los detalles sobre la muerte del príncipe y acababa con estas palabras:

*Seguramente va a volver, ángel de mi alma, pero le aconsejo que espere un día o dos el correo que le enviará la princesa, a lo que espero, hoy o mañana. Es preciso que su retorno sea tan magnífico como audaz fue su partida. En cuanto al gran criminal que está a tu lado, espero hacerle juzgar por doce jueces llamados de todos los distritos de este estado. Mas, para que ese monstruo sea castigado como merece, es necesario en primer término que yo pueda hacer pajaritas con la primera sentencia, si es que existe.*

El conde volvió a abrir la carta.

*Hay otro asunto: acabo de mandar distribuir cartuchos a los dos batallones de la guardia; voy a batirme y a merecer a mi gusto el sobrenombre de cruel con que desde hace tanto tiempo me han obsequiado los liberales. Esa vieja momia del general P*** ha tenido la osadía de hablar en el cuartel de entrar en tratos con el pueblo*

*medio amotinado. Te escribo en mitad de la calle; voy a palacio, donde no entrarán si no es pasando sobre mi cadáver. ¡Adiós! Si muero, será adorándote* a pesar de todo*, como he vivido. No olvides mandar recoger trescientos mil francos depositados a tu nombre en la casa D***, de Lyon.*

*Aquí tenemos a ese pobre diablo de Rassi, pálido como la muerte y sin peluca; ¡no puedes imaginarte qué cara! El pueblo está empeñado en ahorcarle; eso sería hacerle víctima de una sinrazón: merece ser descuartizado. Venía a refugiarse a mi palacio y ha corrido detrás de mí en la calle; no sé qué hacer… No quiero llevarle al palacio del príncipe, porque sería orientar la revuelta hacia esa parte.*

*F*** verá si le quiero; mis primeras palabras a Rassi fueron: «Necesito la sentencia contra el señor Del Dongo, y todas las copias de la misma que pueda tener; y diga a todos esos jueces inicuos, causantes de esta sublevación, que mandaré ahorcarlos a todos, lo mismo que a usted, mi querido amigo, si dicen una palabra de esa sentencia, la cual no ha existido jamás». En nombre de Fabricio envío una compañía de granaderos al arzobispo. ¡Adiós, ángel mío!; van a quemar mi palacio y perderé los preciosos retratos que tengo suyos. Corro a palacio para hacer destituir a ese infame general P***, que está haciendo de las suyas; adula vilmente al pueblo como en otro tiempo adulaba al difunto príncipe. Todos estos generales tienen un miedo tremendo; creo que voy a hacer que me nombren general en jefe.*

La duquesa tuvo la perspicacia de no mandar que despertaran a Fabricio. Sentía por el conde un arrebato de admiración que se parecía mucho al amor. «Bien pensado —se dijo—, debo casarme con él.» Se lo escribió así inmediatamente, y mandó la carta por uno de sus servidores. Aquella noche, la duquesa no tuvo tiempo de sentirse desgraciada.

Al día siguiente, a eso del mediodía, vio una barca tripulada por diez remeros que hendían rápidamente las aguas del lago; no tardaron Fabricio y ella en distinguir un hombre con la librea del príncipe de Parma: era en efecto uno de sus correos, el cual, antes de descender de la barca, gritó a la duquesa:

—¡El motín ha quedado dominado!

Aquel correo le traía varias cartas del conde, una admirable de la princesa y un documento del príncipe Ranucio Ernesto V, en pergamino, nombrándola duquesa de San Giovanni y mayordoma mayor de la princesa viuda. El nuevo soberano, docto en mineralogía y al que ella creía imbécil, había tenido la buena ocurrencia de escribirle una pequeña misiva; pero al fin de la misma asomaba el amor. La carta decía así:

*El conde dice, señora duquesa, que está contento de mí la cosa se reduce a haber arrostrado a su lado algunos tiros de fusil y a que mi caballo haya resultado herido;*

*ante tanto ruido por tan poca cosa, deseo vivamente asistir a una verdadera batalla pero que no sea contra mis súbditos. Todo se lo debo al conde; todos mis generales, que no han hecho la guerra, se han conducido como liebres; creo que dos o tres de ellos no han parado de correr hasta Bolonia. Desde que un grande y deplorable acontecimiento ha puesto el poder en mis manos, no he firmado decreto tan agradable para mí como el que la nombra mayordoma mayor de mi madre. Mi madre y yo hemos recordado que un día admiraba la hermosa vista que se goza desde el* palazzeto *de San Giovanni, que en otro tiempo perteneció a Petrarca, o al menos así se dice. Mi madre ha querido regalarle esta pequeña finca, y yo, no sabiendo qué darle y no atreviéndome a ofrecerle todo lo que le pertenece, la he hecho duquesa de mi Estado; no sé si es bastante erudita como para saber que Sanseverina es un título romano. Acabo de conceder el gran cordón de mi Orden a nuestro digno arzobispo, que ha desplegado una firmeza muy rara en hombres de setenta años. Creo que no me reprochará el haber llamado de nuevo a todas las damas desterradas. Me dicen que en lo sucesivo no debo firmar sino después de escribir* vuestro afectísimo*: me contraría que me obliguen a prodigar una afirmación que sólo es rigurosamente cierta cuando le escribo a usted.*

*Vuestro afectísimo,*

RANUCIO ERNESTO

¿Quién no hubiera pensado después de este lenguaje, que la duquesa iba a gozar del más alto favor? No obstante, halló algo raro en otras cartas del conde que recibió dos horas más tarde. No daba explicaciones precisas, pero le aconsejaba demorar algunos días su retorno a Parma y escribir a la princesa diciéndole que se hallaba bastante enferma. Pero la duquesa y Fabricio partieron para Parma nada más comer. La duquesa se proponía, aunque sin confesarlo, acelerar la boda del marqués Crescenzi; Fabricio, por su parte, hizo el camino con manifestaciones de un entusiasmo loco que a su tía le parecieron ridículas. Nuestro héroe abrigaba la esperanza de volver a ver en seguida a Clelia; estaba decidido a raptarla, a pesar de ella, si no había otro medio de impedir su boda.

El viaje de la duquesa y su sobrino fue muy alegre. En una posta antes de Parma, Fabricio se detuvo un momento para volver a ponerse el hábito eclesiástico, pues de ordinario iba vestido como un hombre enlutado. Cuando tornó al cuarto de la duquesa, le dijo ésta:

—Encuentro algo extraño e inexplicable en las cartas del conde. Si me hicieras caso, pasarías aquí unas horas; te mandaré un correo en cuanto haya hablado con el primer ministro.

A Fabricio le costó mucho trabajo avenirse a este razonable consejo. El conde recibió a la duquesa con efusiones de alegría propias de un niño de quince años,

llamándola su mujer. Durante un largo rato eludió hablar de política y cuando al fin no hubo más remedio que volver a la triste razón:

—Has hecho muy bien en impedir a Fabricio llegar aquí oficialmente; estamos en plena reacción. ¡Adivina el colega que el príncipe me ha dado como ministro de justicia!: Rassi, querida, Rassi, al que yo traté como a un miserable el día de nuestros grandes acontecimientos. A propósito, te advierto que se ha suprimido todo lo que aquí ha pasado. Si lees nuestra gaceta, verás que un escribiente de la ciudadela, llamado Barbone, ha muerto de una caída del carruaje. En cuanto a los sesenta y tantos granujas que yo hice matar a balazos cuando la emprendían con la estatua del príncipe en los jardines, gozan de la más perfecta salud; lo que pasa es que están de viaje. El conde Zurla, ministro del Interior, ha ido en persona a casa de cada uno de esos infortunados héroes y ha entregado quince cequíes a sus familias o a sus amigos, con orden de decir que el difunto está de viaje, y bajo la amenaza muy expresa de ir a la cárcel si se le ocurría dar a entender que le habían matado. Un hombre de mi propio ministerio, Asuntos Exteriores, ha salido en misión cerca de los periodistas de Milán y de Turín a fin de que no se hable del *infortunado suceso* —ésta es la frase consagrada—. Ese hombre debe ir luego a París y a Londres, a desmentir en los periódicos, y casi oficialmente, cuanto pudiera decirse de nuestros disturbios. Otro agente ha salido para Bolonia y Florencia. Yo me he encogido de hombros.

»Mas lo curioso, a mi edad, es que sentí un momento de entusiasmo al hablar a los soldados de la guardia y al arrancar las charreteras de ese mamarracho del general P***. En aquel instante habría dado sin vacilar mi vida por el príncipe; ahora confieso que habría sido un modo bien necio de acabar. Hoy, el príncipe, con todo lo buen muchacho que es, daría cien escudos por que yo muriese de enfermedad; todavía no se atreve a pedirme la dimisión, pero hablamos lo más de tarde en tarde posible, y le envío una serie de pequeños informes por escrito, como lo hacía con el difunto príncipe desde la detención de Fabricio. A propósito, todavía no he hecho pajaritas con la sentencia firmada contra él, por la sencilla razón de que ese miserable de Rassi no me la ha entregado. La sentencia sigue en vigor; no creo, sin embargo, que Rassi se atreviera por ahora a ordenar la detención de vuestro sobrino, pero es posible que se atreva dentro de quince días. Si Fabricio se empeña en venir a la ciudad, es preciso que se aloje en mi casa.

—Pero, ¿y a qué se debe todo esto? —preguntó la duquesa muy sorprendida.

—Han convencido al príncipe de que me doy aires de dictador y de salvador de la patria, y de que quiero manejarle como a un niño; es más: le han dicho que, refiriéndome a él, empleé la fatal expresión *este niño.* Puede que sea cierto; aquel día estaba yo muy exaltado; por ejemplo, me parecía un gran hombre porque no tenía demasiado miedo en medio de los primeros tiros que oyera en su vida. No es tonto, y hasta tiene más inteligencia que su padre; en fin —nunca me cansaré de decirlo—, en

el fondo es bueno y honesto; pero ese corazón sincero y joven se crispa cuando le cuentan un hecho vil, y cree que uno mismo tiene que tener el alma muy negra para notar semejantes cosas: ¡piense en la educación que ha recibido!…

—Vuestra Excelencia debió pensar que algún día sería el amo y poner a su lado un hombre inteligente.

—En primer lugar, tenemos el ejemplo del abate de Condillac, que, llamado por el marqués de Felino, mi predecesor, no supo hacer de su discípulo sino el rey de los mentecatos. Iba a la procesión, y, en 1796, no supo tratar con el general Bonaparte, que habría triplicado la extensión de sus Estados. En segundo lugar, no creía yo que había de ser ministro diez años seguidos. Ahora que estoy desengañado de todo, y esto desde hace un mes, quiero reunir un millón antes de abandonar a sí mismo este avispero que he salvado. A no ser por mí, se habría instaurado la república en Parma durante dos meses, con el poeta Ferrante Palla de dictador.

Este nombre hizo enrojecer a la duquesa; el conde no sabía nada.

—Vamos a retornar a la monarquía acostumbrada del siglo XVIII: el confesor y la favorita. En el fondo, el príncipe sólo ama la mineralogía y acaso a usted, señora. Desde que reina, su ayuda de cámara, al que acabo de hacer hermano capitán, y que tiene nueve meses de servicio; ese ayuda de cámara, decía, se ha propuesto meterle en la cabeza que él, el príncipe, debe ser más feliz que otro cualquiera, puesto que su perfil está en los escudos. Detrás de esta bella idea, ha llegado el tedio.

»Ahora necesita un ayudante de campo, remedio contra el tedio. Pues bien, cuando me ofrezca ese milloncito que necesitamos para vivir bien en Nápoles o en París, no quisiera yo ser su remedio contra el tedio y pasar cuatro o cinco horas diarias con Su Alteza. Por otra parte, como soy más inteligente que él, al cabo de un mes me tendría por un monstruo.

»El príncipe difunto era malo y envidioso, pero había hecho la guerra y había mandado cuerpos de ejército, lo que le dio empaque; se veía en él madera de príncipe, y yo podía ser ministro, bueno o malo. Con este mozo honesto, hijo cándido y verdaderamente bueno, me veo forzado a ser un intrigante. Heme, pues, convertido en rival de la última mujercilla de palacio, y rival muy inferior, pues desdeñaré cien detalles necesarios. Por ejemplo, hace tres días, a una de esas mujeres que distribuyen cada mañana las toallas blancas en las habitaciones se le ocurrió hacer perder al príncipe la llave de uno de sus burós ingleses. En vista de esto, el príncipe se negó a ocuparse de todos los asuntos cuyos papeles se hallaban en aquel buró; por veinte francos se habrían podido sacar las tablas que forman el fondo del mueble, o utilizar llaves falsas, pero Ranucio Ernesto V me dijo que eso sería enseñar malas mañas al cerrajero de la corte.

»Hasta ahora le ha sido totalmente imposible mantenerse tres días seguidos en el mismo propósito. Si hubiera nacido marqués de tal, y rico, este joven príncipe habría

sido uno de los hombres más estimables de su corte, una especie de Luis XVI; pero, con su sencillez piadosa, ¿cómo va a resistir a todas las sabias conjuras que le rodean? Resulta, pues, que el salón de su enemiga la Raversi es más poderoso que nunca; allí han descubierto que yo, que mandé disparar contra el pueblo y que estaba dispuesto a matar tres mil hombres, si era necesario, antes que permitir ultrajar la estatua del príncipe que había sido mi soberano, soy un liberal furibundo, quería hacer firmar una constitución y mil absurdos por el estilo. Con esos propósitos republicanos, los insensatos nos impedirían gozar de la mejor de las monarquías… En fin, señora, que es usted la única persona del partido liberal actual, del que mis enemigos me suponen jefe, sobre la que el príncipe no ha hablado en términos desfavorables; el arzobispo, siempre el mismo hombre honrado, ha caído plenamente en desgracia por haber hablado en términos razonables de lo que hice *el infausto día.*

»Al día siguiente de ese que se llama aún *infausto,* cuando todavía era cierto que tal rebelión había existido, el príncipe dijo al arzobispo que, para que usted no hubiese de tomar un título inferior al casarse conmigo, me haría duque. Hoy creo que es a Rassi, ennoblecido por mí cuando me vendía los secretos del finado príncipe, al que van a hacer conde. Ante semejante ascenso, yo haré el papel de un pobre hombre.

—Y el pobre príncipe se meterá en el lodo.

—Sin duda, pero en el fondo *él es el amo,* calidad que borra el ridículo en menos de quince días. Así, pues, querida duquesa, hagamos como en el juego del *tric-trac:* vámonos.

—Pero no seremos ricos.

—En el fondo, ni usted ni yo necesitamos el lujo. Si me ofrece en Nápoles un asiento en un palco del San Carlo y un caballo, estoy más que satisfecho; nunca será el mayor o menor lujo lo que nos dé categoría a usted y a mí, sino el placer que las personas inteligentes del país podrán hallar acaso en venir a tomar una taza de té en nuestra casa.

—Pero —repuso la duquesa—, ¿qué habría ocurrido *el infausto día* si usted hubiera estado al margen, como espero que lo estará en el futuro?

—Las tropas habrían fraternizado con el pueblo, habría habido tres días de matanza y de incendio (pues en este país hacen falta cien años para que la república no sea en él un absurdo), luego, quince días de pillaje, hasta que dos o tres regimientos proporcionados por el extranjero viniesen a dar la orden de alto. Ferrante estaba en medio del pueblo, con gran arrojo y furibundo como de costumbre; tenía sin duda doce hombres que obraban de concierto con él, con lo cual fabricará Rassi una soberbia conspiración. Lo seguro es que, vistiendo astrosamente, distribuía el oro a manos llenas.

La duquesa, maravillada de todas estas noticias, se apresuró a ir a dar las gracias a la princesa.

Al entrar en la estancia, la azafata le entregó la llavecita de oro que se lleva en el cinturón, y que es la insignia de la suprema autoridad en la parte de palacio que depende de la princesa. Clara Paolina se apresuró a mandar salir a todo el mundo, y una vez sola con su amiga, persistió unos instantes en no explicarse sino a medias. La duquesa no entendía mucho lo que quería decir todo aquello, y contestaba con mucha reserva. Por fin, la princesa rompió a llorar y, echándose en los brazos de la duquesa, exclamó:

—Van a empezar de nuevo los tiempos de mi desgracia: ¡mi hijo me tratará peor que su padre!

—Eso ya lo impediré yo —replicó vivamente la duquesa—. Mas lo primero —continuó— necesito que Vuestra Alteza Serenísima se digne aceptar el homenaje de toda mi gratitud y de mi profundo respeto.

—¿Qué quiere decir? —inquirió la princesa, muy inquieta y temerosa de una dimisión.

—Que cada vez que Vuestra Alteza Serenísima me permita volver hacia la derecha la barbilla temblona de ese monigote que está sobre la chimenea, me permita llamar las cosas por su verdadero nombre.

—¿No es más que eso, querida duquesa? —exclamó Clara Paolina, levantándose y yendo ella misma a poner el monigote en la adecuada posición—; hable, pues, con toda libertad, señora mayordoma mayor —añadió en un tono verdaderamente encantador.

—Señora —continuó la duquesa—, Vuestra Alteza ha visto perfectamente la situación; corremos, usted y yo, los mayores peligros; la sentencia contra Fabricio no ha sido revocada; por consiguiente, el día que quieran vengarse de mí y ultrajarla, volverán a encarcelarle. Nuestra posición es peor que lo fuera nunca. En cuanto a mí personalmente, me caso con el conde y vamos a vivir en Nápoles o en París. La última prueba de ingratitud de que el conde es víctima en estos momentos le ha hecho tomar una entera repugnancia a los asuntos públicos, y, salvo el interés de Vuestra Alteza Serenísima, no le aconsejaría yo permanecer en este charco a no ser que el príncipe le diera una gran fortuna. Yo pediría a Vuestra Alteza permiso para explicarle que el conde, que poseía ciento treinta mil francos al llegar al poder, posee hoy apenas veinte mil libras de renta. En vano le incitaba yo desde hace tiempo a pensar en su fortuna. Durante mi ausencia, ha buscado querella a los arrendatarios generales del príncipe, que eran unos bribones; el conde los ha reemplazado por otros bribones que le han dado ochocientos mil francos.

—¡Cómo! —exclamó atónita la princesa—. ¡Dios mío, cuánto me disgusta eso!

—Señora —replicó la duquesa con mucha calma—, ¿hay que volver a la izquierda la nariz del monigote?

—No, por Dios —exclamó la princesa—; pero me apena que un hombre del

carácter del conde haya pensado en esa clase de beneficios.

—De no ser por ese robo, todas las personas honradas le habrían despreciado.

—Pero ¿es posible, Dios mío?

—Señora —continuó la duquesa—, excepto mi amigo el marqués de Crescenzi, que tiene tres o cuatrocientas mil libras de renta, aquí roba todo el mundo; y, ¿cómo no robar en un país donde el reconocimiento de los más grandes servicios no dura ni siquiera un mes? Resulta que el dinero es lo único real y lo único que sobrevive a la caída en desgracia. Voy a permitirme, señora, verdades terribles.

—Yo se lo permito —dijo la princesa con un profundo suspiro—, aunque esas verdades me son profundamente desagradables.

—Pues bien, señora, el príncipe, su hijo, hombre perfectamente honesto, puede hacerla mucho más desgraciada que la hiciera su padre. El finado príncipe tenía carácter como todo el mundo aproximadamente. Nuestro actual soberano no está cierto de querer la misma cosa tres días seguidos, y por consiguiente, para estar seguro de él, hay que vivir continuamente a su lado y no dejarle hablar con nadie. Como esta verdad no es difícil de adivinar, el nuevo partido ultra, dirigido por dos buenas cabezas, Rassi y la marquesa Raversi, va a procurar elegirle una amiga al príncipe. Esta favorita será autorizada a hacer su fortuna y distribuir algunos cargos subalternos, pero tendrá que responder ante su partido de la voluntad constante del soberano.

»Yo, para afianzarme bien en la corte de Vuestra Alteza, necesito que Rassi sea desterrado y degradado; quiero además que Fabricio sea juzgado por los jueces más honrados que se pueda encontrar: si esos señores reconocen, como espero, que es inocente, será natural conceder a monseñor el arzobispo que Fabricio sea su coadjutor con futura sucesión. Si no lo consigo, el conde y yo nos retiramos, y en este caso dejo al partir este consejo a Vuestra Alteza Serenísima: no debe perdonar jamás a Rassi ni salir nunca de los estados de su hijo. De cerca, ese buen hijo no le hará daño grave.

—He seguido sus razonamientos con toda la atención debida —repuso la princesa sonriendo—; ¿tendré que encargarme yo misma de buscar una amante a mi hijo?

—No, señora, pero preocúpese por lo pronto de que su salón sea el único en el que él se divierte.

La conversación acabó en este sentido; el velo iba cayendo de los ojos de la ingenua e inteligente princesa.

Un correo de la duquesa fue a decir a Fabricio que podía entrar en la ciudad, pero ocultándose. Apenas se le veía: se pasaba la vida disfrazado de campesino en la barraca de madera de un castañero establecido frente a la puerta de la ciudadela, bajo los árboles del paseo.

[1]Esta frase —que no opinión— la había escrito ya Stendhal nueve años antes en *Rojo y negro.* Podemos pensar que es una de tantas *precauciones* ingenuas que toma en muchos de sus escritos. En toda su obra, biografias, viajes, arte, novelas, la política se encuentra a cada paso; esto es tan evidente como Louis Aragon lo demostró tan lúcida y detalladamente en su libro La *lumière de Stendhal.*

# XXIV

La duquesa organizó veladas amenísimas en el palacio, que nunca vio tanta alegría. Tampoco nunca estuvo ella tan seductora como aquel invierno, y eso que vivía en medio de los mayores peligros; pero en cambio, durante aquella temporada crítica, no pensó ni dos veces con cierto grado de dolor en el extraño cambio de Fabricio. El joven príncipe se presentaba muy temprano a las atractivas veladas de su madre, la cual le decía siempre:

—Ve a gobernar; apuesto a que hay sobre tu mesa más de veinte asuntos que esperan un sí o un no, y no quiero yo que Europa me acuse de hacer de ti un rey holgazán para reinar yo en lugar tuyo.

Estos consejos tenían la desventaja de surgir siempre en los momentos más inoportunos, es decir, cuando Su Alteza, vencida su timidez, tomaba parte en alguna charada en acción que le divertía mucho. Dos veces por semana, había jiras campestres en las que, con el pretexto de ganar para el nuevo soberano el afecto del pueblo, la princesa admitía a las mujeres más bonitas de la burguesía. La duquesa, que era el alma de esta corte alegre, esperaba que aquellas hermosas burguesas, todas las cuales miraban con tremenda envidia la alta fortuna del burgués Rassi, contarían al príncipe alguna de las innumerables bribonadas de este ministro. Y el príncipe, entre otras ideas pueriles, pretendió tener un ministerio *moral.*

Rassi era demasiado sagaz para no darse cuenta de lo peligrosas que eran para él aquellas brillantes veladas de la corte de la princesa, dirigidas por su enemiga. No había querido entregar al conde Mosca la sentencia, perfectamente legal, pronunciada contra Fabricio, y era preciso, en consecuencia, que la duquesa o él desapareciesen de la corte.

El día de aquel motín popular cuya sentencia era ahora de buen tono negar, se había distribuido dinero al pueblo, Rassi partió de este hecho; peor vestido que de costumbre, subió a las casas más míseras de la ciudad y se pasó horas enteras en conversaciones bien calculadas con sus pobres habitantes. Tanta solicitud tuvo su recompensa: en quince días de este género de vida, adquirió la certidumbre de que Ferrante Palla había sido el jefe secreto de la insurrección, y, más aún, de que aquel individuo, pobre toda su vida como un gran poeta, había mandado a vender en Génova ocho o diez diamantes.

Se citaban, entre otras, cinco piedras que valían más de cuarenta mil francos y que, *diez días antes de la muerte del príncipe,* se habían vendido en treinta y cinco mil porque, decían, *se necesitaba dinero.*

¿Cómo expresar la exaltación de júbilo del ministro de justicia ante tal descubrimiento? Se daba cuenta de que todos los días le ponían en ridículo en la corte de la princesa viuda, y varias veces el príncipe, hablando de asuntos públicos con él,

se le había reído en sus narices con toda la ingenuidad de la juventud. Hay que confesar que Rassi tenía maneras muy plebeyas: por ejemplo, cuando le interesaba una discusión, cruzaba la piernas y se cogía el zapato con la mano; si el interés iba en aumento, extendía su pañuelo de algodón rojo sobre la pierna, etc. El príncipe había reído mucho la broma de una de las más lindas burguesitas, que, sabiéndose por otra parte dueña de una pierna muy bien formada, se había puesto a imitar este elegante gesto del ministro de justicia.

Rassi solicitó una audiencia extraordinaria y dijo al príncipe:

—¿Daría Vuestra Alteza cien mil francos por saber exactamente cuál fue el género de muerte de su augusto padre? Con esta cantidad, la justicia podría descubrir a los culpables, si los hay.

La respuesta del príncipe no podía ser dudosa.

Transcurrido algún tiempo, la Chekina advirtió a la duquesa que le habían ofrecido una importante cantidad de dinero por dejar que examinara un orfebre los diamantes de la señora; ella se había negado indignada. La duquesa la riñó por esta negativa, y, a los ocho días, la Chekina tuvo diamantes que enseñar. El día elegido para ello, el conde Mosca hizo vigilar por dos hombres seguros a cada uno de los orfebres de Parma, y a medianoche fue a decir a la duquesa que el orfebre curioso no era otro que el hermano de Rassi. La duquesa, que estaba muy contenta aquel día (se representaba en palacio una comedia *dell'arte,* es decir, en la que cada personaje inventa el diálogo a medida que lo va diciendo, con sólo haber visto el plan de la comedia), y que hacía un papel, tenía por enamorado en la pieza al conde Baldi, el antiguo amigo de la marquesa Raversi, la cual estaba presente. El príncipe, que era el hombre más tímido de sus Estados, pero muy guapo mozo y dotado de un corazón muy tierno, estudiaba el papel del conde Baldi y quería desempeñarlo en la segunda representación.

—Tengo muy poco tiempo —dijo la duquesa al conde—, pues aparezco en la primera escena del segundo acto: vamos a la sala de guardias.

Allí, en medio de veinte guardias de corps, todos muy despiertos y muy atentos a las palabras del primer ministro y de la mayordoma mayor, la duquesa dijo riendo a su amigo:

—Me riñe siempre que le digo inútilmente algún secreto. Gracias a mí ocupa hoy el trono Ernesto V; se trata de vengar a Fabricio, al que entonces quería yo mucho más que hoy, aunque siempre de una manera por completo inocente. Ya sé que usted no cree mucho en esta inocencia, pero es igual, puesto que me ama a pesar de mis crímenes. Pues bien, he aquí uno verdadero: di todos mis diamantes a una especie de loco interesante, llamado Ferrante Palla, y hasta le besé para que hiciera perecer al hombre que se proponía hacer envenenar a Fabricio. ¿Dónde está el mal?

—¡Ah!… ¡Ahora se explica de dónde había sacado Ferrante el dinero para su

motín! —dijo el conde, un tanto estupefacto—. ¡Y me cuenta todo esto en el cuarto de guardias!

—Es que tengo prisa, pues Rassi sigue ya la pista de mi delito. Verdad es que yo no hablé jamás de insurrección, pues aborrezco a los jacobinos. Reflexione en todo esto y luego, en la comedia, me dirá su opinión.

—Le diré ahora mismo que hay que enamorar al príncipe… Pero con buena intención, al menos.

Llamaban ya a la duquesa para salir a escena, y escapó.

Al cabo de unos días, la duquesa recibió por correo una larga carta muy ridícula firmada con el nombre de una antigua doncella suya; aquella mujer solicitaba un empleo en la corte, pero la duquesa notó a la primera ojeada que la carta no era ni de su letra ni de su estilo. Al abrir el pliego para leer la segunda página, la duquesa vio caer a sus pies una estampita milagrosa de la Madona envuelta en una hoja impresa de un libro viejo. Después de echar una mirada a la imagen, la duquesa leyó unas líneas de la hoja impresa. Le brillaron los ojos al leer estas palabras:

*El tribuno ha tomado para sí sólo cien francos por mes; con el resto, se intentó reanimar el fuego sagrado en las almas heladas de egoísmo. El zorro me sigue el rastro; por eso no he intentado ver por última vez a la criatura adorada. Me he dicho:* ella *no quiere la república,* ella, *tan superior a mí en inteligencia como en gracia y en belleza. Por otra parte, ¿cómo constituir una república sin republicanos? ¿Estaré equivocado? Dentro de seis meses andaré recorriendo, con el microscopio en la mano, y a pie, las pequeñas ciudades de América; veré si debo seguir amando a la única rival que usted tiene en mi corazón. Si recibe esta carta, señora baronesa, sin que ojos profanos la hayan leído antes que usted, mande cortar uno de los fresnos nuevos plantados a veinte pasos del lugar donde yo tuve la osadía de hablarle por primera vez. Entonces haré enterrar, bajo el boj grande del jardín que señaló una vez en mis días dichosos, una caja conteniendo esas cosas que hacen calumniar a las gentes de mis ideas. Me habría guardado muy bien de escribir si el zorro no me siguiera el rastro y no pudiera llegar hasta ese ser celestial. Ver el boj dentro de quince días.*

«Como dispone de una imprenta —se dijo la duquesa—, no tardaremos en recibir una colección de sonetos. ¡Sabe Dios qué nombre me dará en ellos!»

La coquetería de la duquesa quiso hacer una prueba; estuvo ocho días indispuesta, y se acabaron las hermosas veladas en la corte. La princesa, muy escandalizada de todo lo que el miedo a su hijo la obligaba a hacer desde los primeros momentos de su viudez, fue a pasar aquellos ocho días en un convento inmediato a la iglesia donde

estaba enterrado el difunto príncipe. Esta interrupción de las veladas echó en brazos del príncipe una enorme masa de ocio y dañó notablemente el crédito del ministro de justicia. Ernesto V comprendió toda la extensión del tedio que le amenazaba si la duquesa abandonaba la corte y dejaba simplemente de poner en ella la alegría. Al reanudarse las veladas, el príncipe se mostró cada vez más interesado por las comedias *dell'arte.* Tenía el proyecto de representar un papel, pero no se atrevía a confesar esta ambición. Un día, sonrojándose un poco, dijo a la duquesa:

—¿Por qué no había de representar yo también?

—Estamos todos a las órdenes de Vuestra Alteza. Si Vuestra Alteza se digna disponerlo, yo haré preparar el plan de una comedia; todas las escenas brillantes del papel de Vuestra Alteza serán conmigo, y como los primeros días todo el mundo vacila un poco, si Vuestra Alteza tiene a bien mirarme con alguna atención, le diré las respuestas que debe dar.

Todo quedó arreglado con infinita habilidad. El príncipe, muy tímido, se avergonzaba de su timidez, y los esfuerzos de la duquesa por no atormentar aquella timidez innata causaron honda impresión en el joven soberano.

El día de su primera actuación, los ensayos comenzaron media hora antes que de costumbre, y en el momento de pasar a la sala de espectáculos, sólo había en ella ocho o diez mujeres de edad. Aquellas caras imponían muy poco al príncipe, y, por otra parte, educadas en Múnich en los verdaderos principios monárquicos, aplaudían siempre. Usando de su autoridad como mayordoma mayor, la duquesa cerró con llave la puerta por la que entraba al espectáculo el vulgo de los cortesanos. El príncipe, que tenía facultades literarias y una hermosa figura, se desempeñó muy bien en sus primeras escenas; repetía con inteligencia las frases que leía en los ojos de la duquesa o que ésta le indicaba a media voz. En un momento en que los escasos espectadores aplaudían con todas sus fuerzas, la duquesa hizo una señal, se abrió la puerta de honor, y la sala de espectáculos se llenó en un momento con todas las mujeres bonitas de la corte, las cuales, viendo en el príncipe una expresión encantadora y unos aires muy interesantes, rompieron a aplaudir. El príncipe se sonrojó de gozo. Desempeñaba el papel de enamorado de la duquesa. Lejos de tener que sugerirle las palabras, al poco tiempo tuvo que inducirle a abreviar las escenas; hablaba de amor con un entusiasmo que a menudo perturbaba a la actriz; sus réplicas duraban cinco minutos. La duquesa no era ya aquella belleza deslumbradora del año anterior: la prisión de Fabricio y, más aún, la estancia en el lago Mayor con aquel mozo, enamorado y silencioso, había aumentado en diez años la edad de la hermosa Gina. Sus rasgos eran ahora más pronunciados; trascendían más inteligencia y menos juventud.

Ya no expresaban sino muy raramente la fresca jovialidad de la primera juventud; pero en escena, pintada y con la ayuda que proporciona el arte a las actrices, era aún la mujer más hermosa de la corte. Los apasionados parlamentos que recitaba el

príncipe pusieron sobre aviso a los cortesanos, todos los cuales se dijeron aquella noche: aquí tenemos a la Balbi del nuevo reinado. El conde estaba furioso en su fuero interno. Acabada la pieza, la duquesa dijo al príncipe ante toda la corte:

—Vuestra Alteza representa demasiado bien; van a decir que está enamorado de una mujer de treinta y ocho años, y ello hará fracasar mi casamiento con el conde. En consecuencia, no volveré a representar con Vuestra Alteza a menos que el príncipe me jure dirigirme la palabra como lo haría a una mujer de cierta edad, a la señora marquesa Raversi, por ejemplo.

Se repitió durante tres meses la misma comedia; el príncipe estaba loco de contento; mas una noche pareció preocupado.

—O mucho me equivoco —dijo la mayordoma mayor a la princesa—, o Rassi trata de jugarnos alguna mala partida; yo aconsejaría a Vuestra Alteza anunciar un espectáculo para mañana; el príncipe representará mal y, en su desesperación, le dirá algo.

El príncipe representó en efecto muy mal; apenas se le oía, y no sabía terminar las frases. Al final del primer acto, tenía casi lágrimas en los ojos; la duquesa se mantenía a su lado, pero fría o inmóvil. El príncipe, en un instante en que se halló solo con ella en el cuarto de los actores, cerró la puera y le dijo:

—Me será imposible representar el segundo y el tercer acto; no quiero de ninguna manera que me aplaudan por complacencia; los aplausos de esta noche me hacían un daño horrible. Déme un consejo: ¿qué debo hacer?

—Me adelantaré a escena, haré una profunda reverencia a Vuestra Alteza, otra al público, como un verdadero director de comedia, y diré que hallándose indispuesto el actor que hacía el papel de Lelio, el espectáculo terminará con algunos trozos de música. El conde Rusca y la pequeña Ghisolfi estarán encantados de poder mostrar a tan brillante auditorio sus voces ligeramente agrias.

El príncipe le tomó la mano a la duquesa y la besó con entusiasmo.

—Lástima que no sea usted un hombre —le dijo—; me daría un buen consejo. Rassi acaba de depositar en mi escritorio ciento ochenta y dos declaraciones contra los presuntos asesinos de mi padre. Además de las declaraciones, hay un escrito de acusación de más de doscientos folios; tengo que leer todo *eso*, y, además, he dado palabra de no decir nada al conde. En fin, una retahíla de suplicios; ya quiere Rassi que haga secuestrar en Francia, cerca de Antibes, a Ferrante Palla, ese gran poeta que yo admiro tanto. Está allí con el nombre de Poncet.

—El día en que haga ahorcar a un liberal, Rassi quedará ligado al ministerio con cadenas de hierro, y eso es lo que él desea ante todo, pero Vuestra Alteza ya no podrá anunciar un paseo con dos horas de anticipación. Ni a la princesa ni al conde les hablaré del grito de dolor que se le acaba de escapar; mas como he jurado no tener ningún secreto para la princesa, me haría dichosa Vuestra Alteza diciendo a su madre

las mismas cosas que me ha confiado a mí.

Esta idea distrajo al soberano del dolor de actor fracasado que le abrumaba.

—Pues vaya a avisar a mi madre; iré a verla a su gabinete grande.

El príncipe salió, atravesó el salón que comunicaba con el teatro y despidió con dureza al gran chambelán y al ayudante de campo de servicio que le seguían; la princesa, por su parte, abandonó rápidamente el espectáculo; llegada al gabinete grande, la mayordoma mayor hizo una profunda reverencia a la madre y al hijo y los dejó solos. Puede imaginarse la agitación de la corte; estas cosas son precisamente las que la hacen entretenida. Al cabo de una hora, el príncipe en persona salió a la puerta del gabinete y llamó a la duquesa; la princesa estaba llorando, y el príncipe tenía una fisonomía muy alterada.

«Son unas personas débiles que están de mal humor —se dijo la mayordoma mayor— y buscan un gran pretexto para enfadarse con alguien.» Al principio, la madre y el hijo se quitaban la palabra para contar los detalles a la duquesa, que tuvo gran cuidado en sus respuestas de no arriesgar ninguna idea. Durante dos mortales horas, los tres actores de esta enojosa escena no salieron de los papeles que acabamos de indicar. El príncipe fue a buscar él mismo los dos enormes cartapacios que Rassi había dejado en su escritorio; al salir del gabinete de su madre, encontró a toda la corte esperando.

—¡Márchense y déjenme en paz! —exclamó en un tono muy poco cortés que nunca le habían oído. El príncipe no quería que le vieran con los dos cartapacios: un príncipe no debía llevar nada él mismo. Los cortesanos desaparecieron como por encanto. Al volver, el príncipe no halló más que a los criados que apagaban las bujías; los despidió furioso, lo mismo que al pobre Fontana, ayudante de campo de servicio, que habia tenido el torpe celo de quedarse.

—Todo el mundo parece empeñado esta noche en impacientarme —dijo con rabia a la duquesa al entrar de nuevo en el gabinete; la creía muy inteligente, y le irritaba su visible obstinación en no decir abiertamente su parecer. Ella, por su parte, estaba decidida a no decir nada mientras no le pidieran *muy expresamente* un consejo. Transcurrió aún media hora larga antes de que el príncipe, que tenía el sentimiento de su dignidad, se determinara a conminarla:

—Pero, señora, no dice nada.

—Yo estoy aquí para servir a la princesa y olvidar en seguida lo que se dice en presencia mía.

—Pues bien, señora —dijo el príncipe sonrojándose mucho—, le ordeno que me dé su opinión.

—Los crímenes se castigan para impedir que se repitan. ¿Ha sido envenenado el difunto príncipe?; esto es muy dudoso. ¿Ha sido envenenado por los jacobinos?; esto es lo que Rassi quisiera probar, pues entonces se convertiría para Vuestra Alteza en

un instrumento del que ya nunca podría prescindir. En ese caso, Vuestra Alteza, que comienza ahora su reinado, puede prometerse muchas veladas como ésta. Sus súbditos dicen generalmente, y ello es mucha verdad, que Vuestra Alteza tiene un carácter bondadoso, mientras no haya hecho ahorcar a algún liberal, gozará de esta reputación, y es seguro que nadie pensará en envenenarle.

—Su conclusión es evidente —exclamó la princesa con acritud—: no quiere que se castigue a los asesinos de mi marido.

—Es que, según parece, señora, yo estoy unida a ellos por una tierna amistad.

La duquesa veía en los ojos del príncipe que la creía perfectamente de acuerdo con su madre para dictarle un plan de conducta. Hubo entre ambas mujeres una sucesión bastante rápida de respuestas agrias, como consecuencia de las cuales la duquesa aseguró que no diría una palabra más, y se mantuvo fiel a su resolución; pero el príncipe, al cabo de una larga discusión con su madre, le ordenó de nuevo que diera su opinión.

—¡Eso es precisamente lo que juro a Vuestra Alteza no hacer!

—¡Pero es una verdadera niñería! —exclamó el príncipe.

—Le ruego que hable, señora duquesa —dijo la princesa con aire digno.

—Le suplico que me dispense de hacerlo, señora; mas Vuestra Alteza —añadió la duquesa dirigiéndose al príncipe— lee perfectamente el francés: para calmar nuestros ánimos agitados, ¿querría Vuestra Alteza *leernos* una fábula de La Fontaine?

A la princesa le pareció insolente este *nos*, pero se mostró entre asombrada y divertida cuando la mayordoma mayor, que se había dirigido con toda tranquilidad a la biblioteca, tornó con un volumen de las *Fábulas* de La Fontaine, hojeólo unos momentos y luego dijo al príncipe ofreciéndoselo:

—Suplico a Vuestra Alteza que lea *toda* la fábula.

## EL QUE LADRA SU HUERTO Y EL QUE MANDA

*Un aficionado a la horticultura, medio burgués, medio patán, poseía en cierto pueblo una huerta bien cultivada y cercada con un seto de arbustos. Allí crecían lozanas la acedera, lechuga, flores con que ofrecer un ramillete a Margarita el día de su santo; poco jazmín de España y serpol abundante. Como una liebre vino a turbar su ventura, nuestro hombre fue a quejarse al señor de la villa. «El maldito animal va a tomar en mi huerta su almuerzo y su merienda —se lamentó el buen hombre—, y se ríe de los cepos. Contra ella nada pueden ni la piedra ni el palo. Paréceme que es bruja.» «¡Bruja, eh! Pues se las verá conmigo, así fuera el mismo diablo —aseguró el señor—; pese a todas sus tretas, Miraut la pescará en seguida. A fe mía, buen hombre, he de librarle de ella.» «¿Cuándo será?» «Mañana mismo, sin más tardar.» A la mañana siguiente presentóse, en efecto, con su gente. «Almorzaremos, pues —dispuso—; ¿son bien tiernos sus pollos?… »*

*Y después del almuerzo, el alboroto de los cazadores. Todos se animan y todos se preparan. Las trompas y los cuernos meten tan infernal ruido, que el hombre está pasmado. Mas lo peor fue el lastimoso estado en que quedó la huerta y la vivienda: adiós tablas, cristales, escarolas y puerros, sin que nada quedase para echar al potaje…*

*El buen hombre clamaba: «¡Juegos de príncipe son ésos!». Pero no le hacían caso, y entre perros y hombres hicieron más estragos en una hora del que hubieran podido hacer en un año todas las liebres de la provincia.*

*¡Oh, príncipes pequeños!, zanjad entre vosotros vuestros pleitos; insensatos seríais recurriendo a los reyes. Jamás debéis mezclarlos en vuestras contiendas, jamás hacer que en vuestras tierras entren.*

A esta lectura siguió un largo silencio. El príncipe se paseaba por el gabinete, después de ir él mismo a dejar el volumen en su sitio.

—En fin, señora —dijo la princesa—, ¿se dignará hablar?

—Ciertamente que no, señora, mientras Su Alteza no me haya nombrado ministro; hablando aquí, correría el riesgo de perder mi cargo.

Nuevo silencio de un cuarto de hora largo; por fin, la princesa recordó el papel que representara en otro tiempo María de Médicis, madre de Luis XIII; los días precedentes, la mayordoma mayor había hecho que su lectora le leyera la excelente *Historia de Luis XIII,* de Bazin. La princesa, aunque muy irritada, pensó que la duquesa podría muy bien abandonar el país, y entonces Rassi, que le inspiraba muchísimo miedo, podría imitar a Richelieu e inducir a su hijo a que la desterrara. En aquel momento, la princesa hubiera dado cualquier cosa por humillar a su mayordoma mayor, pero no podía. Se levantó y se acercó, con una amabilidad exagerada, a cogerle la mano a la duquesa y decirle:

—Vamos, señora, pruébeme su afecto hablando.

—Pues sólo dos palabras: quemar, en esa chimenea, todos los papeles reunidos por esa víbora de Rassi, y no decirle nunca que se han quemado.

Y añadió muy bajo, con gran familiaridad, al oído de la princesa:

—¡Rassi puede ser Richelieu!

—¡Pero, caramba!, esos papeles me cuestan más de ochenta mil francos —exclamó el príncipe muy contrariado.

—Príncipe —replicó la duquesa con energía—, ahí tiene lo que cuesta servirse de bribones de baja alcurnia. Pluguiera a Dios que pudiese perder un millón y no dar nunca crédito a los viles canallas que impidieron a su padre dormir durante los seis últimos años de su régimen.

Las palabras *baja alcurnia* gustaron extraordinariamente a la princesa, a quien le parecía que el conde y su amiga tenían una estimación demasiado exclusiva por la

inteligencia, siempre un poco prima hermana del jacobinismo.

Durante los breves momentos de profundo silencio, ocupado por las reflexiones de la princesa, el reloj de palacio dio las tres. La princesa se levantó, hizo una profunda reverencia a su hijo y le dijo:

—Mi salud no me permite prolongar más la discusión. Jamás ministros de *baja alcurnia;* nunca me quitaréis la idea de que vuestro Rassi os ha robado la mitad del dinero que os ha hecho gastar en espionaje.

La princesa tomó dos bujías de los candelabros y las puso en la chimenea con cuidado de que no se cayeran; luego, acercándose a su hijo, añadió:

—La fábula de La Fontaine puede más en mi ánimo que el deseo de vengar a mi esposo. ¿Quiere Vuestra Alteza permitirme quemar esas *escrituras?*

El príncipe permanecía inmóvil.

«Su fisonomía es verdaderamente estúpida —se dijo la duquesa—; tiene razón el conde: el difunto príncipe no nos habría hecho velar hasta las tres para tomar una decisión.»

La princesa, que continuaba de pie, añadió:

—Ese fiscalillo estaría orgullosísimo si supiera que sus papelorios llenos de mentiras y amañados en procura de su ascenso han hecho pasar la noche en blanco a los dos más altos personajes del Estado.

El príncipe se lanzó como un loco a uno de los cartapacios y vació el contenido en la chimenea. La masa de papeles estuvo a punto de ahogar las dos bujías; la estancia se llenó de humo. La princesa vio en los ojos de su hijo que estaba tentado a coger una garrafa y salvar aquellos documentos que le costaban ochenta mil francos.

—¡Pero abra la ventana! —gritó a la duquesa con enojo. La duquesa se apresuró a obedecer; los papeles se inflamaron todos a la vez; se produjo un gran ruido en la chimenea y pareció evidente que ésta se había incendiado.

El príncipe tenía un alma pequeña para las cosas de dinero; creyó ver su palacio envuelto en llamas y destruidas todas las riquezas que contenía; corrió a la ventana y llamó a la guardia con una voz muy alterada. Los soldados acudieron en tumulto a la voz del príncipe, corrió éste a la chimenea que atraía el aire de la ventana con un ruido realmente espantoso; se impacientó, juró, dio dos o tres vueltas por el gabinete como un hombre fuera de sí y, por fin, salió corriendo.

La princesa y su mayordoma permanecieron de pie una frente a otra y en silencio.

«¿Volvemos a la cólera? —se dijo la duquesa—; bueno, he ganado el pleito —y se disponía a mostrarse muy impertinente en sus réplicas, cuando se sintió iluminada por una idea: el segundo cartapacio estaba intacto—. ¡No, mi pleito no está ganado aún!» —Y preguntó fríamente a la princesa:

—¿Me ordena la señora quemar el resto de esos papeles?

—¿Y dónde va a quemarlos? —repuso irritada la princesa.

—En la chimenea del salón; echándolos uno a uno no hay peligro.

La duquesa se puso bajo el brazo el cartapacio lleno de papeles, tomó una bujía y pasó al salón inmediato. Se paró a comprobar que aquel cartapacio era el de las declaraciones, metió bajo su chal cinco o seis legajos, quemó cuidadosamente el resto y luego desapareció sin despedirse de la princesa.

«He aquí una buena impertinencia —se dijo sonriendo—; pero la princesa ha estado a punto, con sus afectaciones de viuda inconsolable, de hacerme perder la cabeza en un cadalso.»

Al oír el ruido del coche de la duquesa, la princesa sintió una gran indignación contra su mayordoma mayor.

A pesar de lo inadecuado de la hora, la duquesa mandó llamar al conde; éste había acudido al fuego del castillo, pero pronto llegó con la noticia de que todo se había terminado.

—El principito ha dado en realidad muestras de gran valor, y le he felicitado con efusión.

—Examine de prisa esas declaraciones y vamos a quemarlas en seguida. El conde leyó, y palideció.

—Caramba, llegan muy cerca de la verdad; este atestado está hecho con gran habilidad; están completamente sobre la pista de Ferrante Palla, y si éste habla, tenemos un papel difícil.

—Pero no hablará —exclamó la duquesa—; es un hombre de honor: quememos esto, quememos esto.

—Todavía no. Permítame tomar los nombres de los doce o quince testigos peligrosos y que yo me permitiré hacer que los secuestren si alguna vez Rassi quiere volver a empezar.

—Recordaré a Vuestra Excelencia que el príncipe ha dado palabra de no decir nada a su ministro de justicia sobre nuestra expedición nocturna.

—Por pusilanimidad y por miedo de una discusión violenta, la cumplirá.

—Ahora, amigo mío, he aquí una noche que adelanta mucho nuestro casamiento; no hubiera querido llevarle como dote un proceso criminal, y encima por un pecado que me hizo cometer mi interés por otra persona.

El conde estaba enamorado; le tomó la mano y se excitó; tenía lágrimas en los ojos.

—Antes de marcharse, aconséjeme sobre la conducta que debo seguir con la princesa; estoy muerta de cansancio; he representado una hora la comedia en el teatro y cinco horas en el gabinete.

—Con la impertinencia de su salida, ya se ha vengado bastante de las palabras un poco agrias de la princesa, que no eran sino debilidad. Siga mañana con ella en el tono que tenía antes del altercado; Rassi no está aún en la cárcel o desterrado, y

todavía no hemos roto la sentencia de Fabricio.

»Pedía a la princesa que tomara una decisión, y esto irrita siempre a los príncipes, e incluso a los primeros ministros; al fin y al cabo es su mayordoma mayor; o sea, su sirviente menor. Por una reacción que es infalible en las personas débiles, antes de tres días Rassi gozará de más favor que nunca; procurará hacer ahorcar a alguien: no estará tranquilo hasta que no haya comprometido al príncipe. No está seguro de nada.

»En el incendio de esta noche ha habido un herido, un sastre que se portó por cierto con una intrepidez extraordinaria. Mañana voy a invitar al príncipe a apoyarse en mi brazo para ir conmigo a visitar al sastre; iré armado hasta los dientes y atento a la emboscada; por lo demás, a este príncipe mozo no le odian todavía. Yo voy a acostumbrarle a pasear por las calles: esto es una jugarreta a Rassi, que seguramente será mi sucesor y que no podrá permitirse semejantes imprudencias. Al volver del sastre, haré pasar al príncipe ante la estatua de su padre; verá las pedradas que rompieron las enaguas a la romana con que el imbécil del escultor le vistió, y en fin, bien poco listo será el príncipe si no hace por sí mismo esta reflexión: “He aquí lo que se gana con ahorcar a los jacobinos”. A lo cual replicaré yo: “Hay que ahorcar a diez mil o a ninguno: la noche de San Bartolomé acabó con los protestantes de Francia.”

»Mañana, querida mía, antes de mi paseo, hágase anunciar al príncipe y dígale: “Anoche desempeñé ante usted el oficio de ministro; le di consejos y, por sus órdenes, incurrí en el desagrado de la princesa: es necesario que me retribuya”. Esperará una petición de dinero y fruncirá el entrecejo; le dejará sumido en esta dolorosa idea el mayor tiempo posible, y luego añadirá: “Suplico a Vuestra Alteza que Fabricio sea juzgado en *procedimiento contradictorio* (lo que quiere decir en presencia del acusado) por los doce jueces más respetables de sus Estados”. E inmediatamente le presentará para que la firme una orden escrita por su linda manó y que yo voy a dictarle. Naturalmente, pondré la cláusula de que la primera sentencia queda anulada. Esto se presta a una sola objeción, pero si lleva el asunto con calor, esa objeción no le vendrá a la mente al príncipe. Puede que le diga: “Es preciso que Fabricio se constituya en la ciudadela”. A lo cual responderá usted: “Se constituirá preso en la cárcel de la ciudad” (ya sabe que en esa cárcel soy el amo: su sobrino vendrá a verla todas las tardes). Si el príncipe responde: “No, su evasión ha lesionado el honor de mi ciudadela, y quiero, por la forma, que vuelva a la misma celda en que se hallaba”, usted replicará a su vez: “No, porque allí estaría a la disposición de mi enemigo Rassi”. Y con una de esas frases de mujer que usted sabe disparar tan bien, le dará a entender que, para conquistar a Rassi, podría muy bien contarle el *auto de fe* de aquella noche; si insiste, anunciará que se va a pasar quince días a su palacio de Sacca.

»Va a llamar a Fabricio y a consultarle sobre este paso que puede llevarle a la

cárcel. Para preverlo todo, si, mientras él está preso, la excesiva impaciencia de Rassi hace que me envenenen, Fabricio puede correr peligro. Pero esto es poco probable: ya sabe que he hecho venir un cocinero francés que es el más alegre de los hombres y hace chistes, y el chiste es incompatible con el asesinato. Ya he dicho a nuestro Fabricio que he encontrado todos los testigos de su bella y valerosa hazaña; fue evidentemente Giletti el que quiso asesinarle. No he hablado de estos testigos porque quería darle una sorpresa, pero este plan se ha frustrado: el príncipe no quiso firmar. He dicho a nuestro Fabricio que seguramente le procuraré un alto puesto eclesiástico, pero me será sumamente difícil si sus enemigos pueden oponer en la corte de Roma una acusación de asesinato.

»¿Se da cuenta, señora, de que, si no es juzgado de la manera más solemne, el nombre de Giletti le molestará toda la vida? Estando seguro de su inocencia, sería de una gran pusilanimidad no insistir en someterse a juicio. Cuando le hablé de esto, el fogoso mancebo no me dejó acabar: cogió el almanaque oficial y elegimos juntos los doce jueces más íntegros y más doctos. Hecha la lista, borramos seis nombres y los reemplazamos por seis jurisconsultos, enemigos míos personales, y como no pudimos hallar más que dos enemigos, los suplimos con cuatro truhanes adictos a Rassi.

Esta proposición del conde inquietó terriblemente a la duquesa, y no sin motivo, por fin, se rindió a la razón y, al dictado del ministro, escribió la orden nombrando los jueces.

El conde no la dejó hasta las seis de la mañana. La duquesa procuró dormir, pero fue en vano. A las nueve, desayunó con Fabricio, que mostró un impaciente deseo de someterse a juicio. A las diez, la duquesa se presentó en el departamento de la princesa, que no estaba visible. A las once, vio al príncipe, el cual firmó la orden sin la menor objeción. La duquesa se la envió al conde y se fue a la cama.

Sería acaso divertido referir el furor de Rassi cuando el conde le obligó a refrendar con su firma, en presencia del príncipe, la orden que éste firmara por la mañana. Pero los acontecimientos nos acucian.

El conde discutió los méritos de cada juez y ofreció cambiar los nombres. Pero el lector está quizá un poco fatigado de todos estos detalles de procedimiento y de todas estas intrigas cortesanas. De todo ello se puede deducir la moraleja de que el hombre que se acerca a la corte compromete su felicidad, suponiendo que sea feliz, y en todo caso hace depender su porvenir de las intrigas de una camarera.

Por otra parte, en América, en la república, hay que aburrirse todo el día haciendo seriamente la corte a los tenderos de la calle y volverse tan bruto como ellos; allí, no hay ópera.

Al levantarse por la tarde, la duquesa sintió una viva inquietud: no encontraban a Fabricio; por fin, a medianoche, en la comedia de la corte, recibió una carta suya. En lugar de constituirse preso en la cárcel de la ciudad donde el conde era el amo, había

vuelto a su antigua celda de la ciudadela, demasiado feliz de morar a unos pasos de Clelia.

Fue éste un acontecimiento de inmensa trascendencia: allí estaba más expuesto que nunca al veneno. Semejante locura sumió a la duquesa en la desesperación; le perdonó la causa, su desatinado amor por Clelia, porque ésta iba a casarse a los pocos días con el rico marqués Crescenzi. Aquella locura devolvió a Fabricio toda la influencia que en otro tiempo ejerciera sobre el alma de la duquesa.

«¡Y ese maldito papel que yo hice firmar al príncipe será la causa de su muerte! ¡Qué insensatos son estos hombres con sus ideas del honor! ¡Como si hubiera que pensar en el honor en los gobiernos absolutos, en los países en que un Rassi es ministro de justicia! Debiéramos haber aceptado simplemente el indulto, que el príncipe hubiera firmado tan fácilmente como el nombramiento de ese tribunal extraordinario. ¡Qué importa, después de todo, que un hombre de la estirpe de Fabricio sea más o menos acusado de haber dado muerte, espada en mano, a un histrión como Giletti!»

Apenas recibida la carta de Fabricio, la duquesa corrió a casa del conde; le encontró muy pálido.

—¡Dios santo, querida mía!, tengo mala mano con este chiquillo, y va de nuevo a reprochármelo. Puedo probarle que mandé llamar ayer al carcelero de la cárcel de la ciudad; su sobrino habría venido diariamente a tomar el té con usted. Lo más horrible es la imposibilidad de que ni usted ni yo digamos al príncipe que tememos el veneno, y el veneno administrado por Rassi: semejante sospecha le parecería el colmo de la inmoralidad. No obstante, si lo exige, estoy dispuesto a ir a palacio; pero estoy seguro de la respuesta. Le diré más: le ofrezco un medio que no utilizaría para mí. Desde que tengo el poder en este país, no he hecho ejecutar a un solo hombre, y bien sabe que soy tan infeliz en esto, que a veces, a la caída de la tarde, todavía pienso en aquellos dos espías que ordené fusilar un poco precipitadamente en España. Pues bien, ¿quiere que la libre de Rassi? El peligro que hace correr a Fabricio es inmenso; esto representa para él un medio seguro de obligarme a despejar el campo.

Esta idea agradó sobremanera a la duquesa, pero no la aprobó.

—No quiero —dijo al conde— que en nuestro retiro bajo el hermoso sol de Nápoles le ensombrezcan ideas negras al atardecer.

—Querida mía, me parece que sólo nos toca elegir entre ideas negras. ¿Qué va a ser de usted, que va a ser de mí, si una enfermedad nos arrebata a Fabricio?

Esta idea suscitó de nuevo la discusión, y la duquesa la terminó con esta frase:

—Rassi debe la vida a que yo le quiero a usted más que a Fabricio; no, no quiero envenenar todos los atardeceres de la vejez que vamos a pasar juntos.

La duquesa corrió a la ciudadela. El general Fabio Conti gozó la gran satisfacción de poder oponerle el texto formal de las leyes militares: nadie puede penetrar en una

prisión de Estado sin una orden firmada por el príncipe.

—¡El señor marqués Crescenzi y sus músicos vienen todos los días a la ciudadela!

—Es que yo he obtenido para ellos una orden del príncipe.

La pobre duquesa no conocía todas estas desventuras. El general Fabio Conti se consideraba deshonrado por la evasión de Fabricio; cuando le vio llegar a la ciudadela, debió no recibirle, porque no tenía ninguna orden para ello. «Pero —se dijo— el Cielo me le envía para reparar mi honra y librarme del ridículo que empañaría mi carrera militar. No hay que dejar escapar la ocasión: seguramente lo absolverán, y me quedan pocos días para vengarme.»

# XXV

La llegada de nuestro héroe sumió a Clelia en la desesperación: la pobre muchacha, piadosa y sincera consigo misma, no podía menos de reconocer que no habría felicidad para ella lejos de Fabricio; pero cuando su padre fue medio envenenado, había hecho voto a la Madona de ofrecerle el sacrificio de casarse con el marqués Crescenzi. Prometió también no volver a ver jamás a Fabricio, y ya la torturaban los más atroces remordimientos por la confesión a que se viera obligada en la carta que escribió a Fabricio la víspera de su evasión. ¡Cómo expresar lo que sintió su triste corazón cuando, distraída melancólicamente en ver revolotear sus pájaros, por costumbre y con ternura alzó los ojos a la ventana desde la que en otro tiempo la mirara Fabricio, y le vio de nuevo saludándola con tierno respeto!

Creyó que era una visión con que la castigaba el Cielo; luego, se impuso a su razón la terrible realidad. «Le han cogido de nuevo —se dijo—: ¡está perdido!» Y se repetía los comentarios emitidos en la fortaleza a raíz de la evasión: hasta los últimos carceleros se consideraban mortalmente ofendidos. Clelia miró a Fabricio, y, a su pesar, aquella mirada expresó con toda claridad la pasión que la atormentaba.

«¿Cree —parecía decir a Fabricio— que hallaré la felicidad en ese palacio suntuoso que están preparando para mi? Mi padre me repite hasta la saciedad que usted es tan pobre como nosotros; pero ¡Dios mío, con qué gozo compartiría yo con usted esta pobreza! ¡Mas no hemos de volver a vernos, pobre de mí!»

Clelia no tuvo fuerzas para recurrir a los alfabetos: mirando a Fabricio, cayó desmayada en una silla cerca de la ventana. Sobre el alféizar de la misma reposaba su cara, y como había querido verle hasta el último instante, quedó con el rostro vuelto hacia Fabricio, que podía contemplarlo entero. Cuando al cabo de unos momentos abrió los ojos, su primera mirada fue para Fabricio: vio lágrimas en sus mejillas, pero eran lágrimas de gozo: veía que la ausencia no había logrado que Clelia le olvidara. Los dos pobres enamorados permanecieron mucho tiempo como fascinados mirándose uno a otro. Fabricio se atrevió a cantar, como si se acompañara con la guitarra, unas palabras improvisadas que decían: «He vuelto a la prisión por verla; me van a juzgar».

Estas palabras parecieron despertar por completo la virtud de Clelia; se levantó rápidamente, se tapó los ojos y, con los gestos más expresivos que pudo conseguir, procuró hacerle comprender que no debía volver a verle nunca; así se lo había prometido a la Madona, y ahora le había mirado por olvido. Como Fabricio osara expresarle de nuevo toda la inmensa fuerza de su amor, Clelia escapó indignada y jurándose a sí misma no volver a verle jamás, pues tales eran los términos precisos de su promesa a la Madona: *mis ojos no le verán nunca más.* Había escrito estas palabras en un papel que su tío César le había permitido quemar sobre el altar en el

momento del ofertorio, mientras él decía misa.

Mas, a pesar de todos los juramentos, la presencia de Fabricio en la torre Farnesio hizo volver a Clelia a sus antiguas costumbres. Desde que él se fugara, casi siempre pasaba los días sola, en su cuarto. Ahora, apenas repuesta de la imprevista turbación que le había producido ver a Fabricio, se puso a recorrer el palacio y, por decirlo así, a renovar el trato con todos sus amigos subalternos. Una vieja muy charlatana, empleada en la cocina, le dijo en tono misterioso:

—Esta vez el señor don Fabricio no saldrá de la ciudadela.

—No volverá a cometer la falta de pasar por encima de los muros de la ciudadela —repuso Clelia—, pero saldrá por la puerta si resulta absuelto.

—Lo que yo digo y puedo decir a Vuestra Excelencia es que no saldrá de la ciudadela más que con los pies por delante.

Clelia palideció profundamente; la vieja lo notó y cortó en seco toda su elocuencia. Pensó que había cometido una imprudencia hablando así delante de la hija del gobernador, cuyo deber era decir a todo el mundo que Fabricio había muerto de enfermedad. Al subir a sus habitaciones, Clelia encontró al médico de la prisión, un hombre bastante honrado y tímido que le dijo muy asustado que Fabricio estaba muy enfermo. Clelia podía apenas sostenerse en pie. Buscó por todas partes a su tío, el buen cura don César, y por fin le encontró en la capilla rezando con fervor mirando al techo. Sonó la hora de comer. En la mesa, no se cruzó ni una palabra entre los dos hermanos; solamente al final de la comida, el general dirigió unas palabras muy agrias a su hermano. Éste miró a los criados, que se retiraron.

—Mi general —dijo don César al gobernador—, tengo el honor de advertirle que voy a dejar la ciudadela; presento la dimisión.

—¡Bravo, bravísimo!; ¡para que sospechen de mí…! Y ¿cuál es la razón, si se puede saber?

—Mi conciencia.

—¡Bueno, no es usted más que un pobre clérigo!; no entiende nada del honor.

«Fabricio ha muerto —se dijo Clelia—, le han envenenado en la comida de hoy, o le envenenarán en la de mañana.» Corrió al balcón de los pájaros decidida a cantar acompañándose con el piano. «Mañana me confesaré —se dijo—, y me perdonarán el haber violado mi voto por salvar la vida de un hombre.» ¡Cuál no sería su consternación cuando, llegada a la pajarera, vio que las mamparas habían sido reemplazadas por unas tablas atadas a los barrotes de hierro! Enloquecida, intentó avisar al cautivo con algunas palabras, más que cantadas, gritadas. No recibió respuesta alguna: un silencio de muerte reinaba en la torre Farnesio. «Todo se ha consumado ya», se dijo. Fuera de sí, bajó de sus habitaciones y tornó a subir en seguida con el fin de proveerse de un poco de dinero que tenía y de unos pendientitos de diamantes. Cogió también, de paso, el pan que quedaba de la comida y que había

sido guardado en un aparador. «Si vive todavía, tengo el deber de salvarle.» Avanzó con altanero continente hacia la puertecita de la torre; aquella puerta estaba abierta; acababan de poner ocho soldados en la sala de las columnas de la planta baja. Miró audazmente a los soldados; se proponía dirigir la palabra al sargento que debía mandarlos, pero este hombre estaba ausente. Clelia se lanzó resueltamente a la escalerita de hierro que ascendía en espiral en torno a una columna. Los soldados la miraban pasmados, pero, sin duda, a causa de su chal de encaje y de su sombrero, no se atrevieron a decirle nada. En el primer piso no había nadie, mas al llegar al segundo, a la entrada de la galería que, como acaso recordará el lector, estaba cerrada por tres puertas de barrotes de hierro y conducía a la celda de Fabricio, encontró a un carcelero desconocido para ella y que, con gesto muy asustado, le dijo:

—Todavía no ha comido.

—Ya lo sé —repuso Clelia con altivez. Aquel hombre no se atrevió a detenerla. A los veinte pasos, Clelia vio sentado en el primero de los seis escalones de madera que conducían a la celda de Fabricio a otro carcelero viejo muy colorado que le dijo resueltamente:

—Señorita, ¿trae una orden del gobernador?

—¿Es que no me conoce?

En aquel momento se sentía animada por una fuerza sobrenatural; estaba fuera de sí misma. «Voy a salvar a mi esposo», se decía.

Mientras el viejo carcelero exclamaba: «Pero mi deber no me permite…», Clelia subía rápidamente los seis peldaños; se precipitó contra la puerta; una llave enorme estaba puesta en la cerradura; necesitó todas sus fuerzas para hacerla girar. Ya el viejo carcelero medio borracho la cogía por los bajos de la falda; entró vivamente en la celda, cerró la puerta rasgándose el vestido, y, como el carcelero la empujara para entrar detrás, cerró con un pestillo con el que topó su mano. Miró en la habitación y vio a Fabricio sentado en una mesita ante la comida. Clelia se precipitó hacia la mesa, la derribó y, sujetando el brazo de Fabricio, le dijo:

—¿Has comido?

Este tuteo enloqueció de alegría a Fabricio. Clelia, en su turbación, olvidaba por primera vez el recato femenino y descubría su amor.

Fabricio se disponía a comenzar aquella comida fatal. Estrechó a Clelia entre sus brazos y la cubrió de besos. «Esta comida estaba envenenada —pensó—; si le digo que no la he probado, la religión recobrará sus derechos y Clelia escapará. Si, por el contrario, me considera como a un moribundo, no me abandonará. Está deseando encontrar un medio de romper esa execrable boda, y el azar nos lo ofrece. Los carceleros van a reunirse ahora, echarán abajo la puerta y, ante escándalo tal, es posible que el marqués Crescenzi se asuste y rompa el compromiso.»

Durante el instante de silencio ocupado por estas reflexiones, Fabricio vio que

Clelia trataba de desprenderse de sus brazos.

—Todavía no siento dolores —le dijo—, pero no tardarán en rendirme a tus pies, ayúdame a morir.

—¡Oh, mi único amigo, yo moriré contigo! —Y le estrechaba entre sus brazos con una fuerza convulsiva.

Estaba tan hermosa, a medio vestir y en tal estado de extremada pasión, que Fabricio no pudo resistir a un movimiento casi involuntario. No halló ninguna resistencia.

En el arrebato de pasión y de generosidad que sigue a la suma felicidad, Fabricio le dijo muy exaltado:

—Es preciso que los primeros instantes de nuestra dicha no sean maculados por una indigna mentira. De no ser por tu valentía, yo no sería ahora más que un cadáver, o me debatiría en atroces dolores, pero cuando entraste me disponía a empezar a comer, y no he probado esos manjares.

Fabricio se extendía en imágenes terroríficas para conjurar la indignación que ya leía en los ojos de Clelia. Le miró unos instantes, combatida por dos sentimientos violentos y opuestos: luego, se arrojó en sus brazos. Se oyó un gran ruido en la galería, un violento abrir y cerrar de las puertas de hierro, un hablar a gritos.

—¡Ah, si yo tuviera armas! —exclamó Fabricio—; me han obligado a entregarlas para permitirme entrar. Seguramente vienen a rematarme. Adiós, Clelia mía: bendigo mi muerte puesto que ha sido la ocasión de mi felicidad.

Clelia le besó y le dio un pequeño puñal con mango de marfil y cuya hoja no era más larga que la de un cortaplumas.

—No te dejes matar —le dijo—, y defiéndete hasta el último instante; si mi tío el sacerdote oye el ruido, como es valiente y virtuoso, te salvará. Voy a hablarle.

Y diciendo estas palabras, se precipitó hacia la puerta.

—Si no te matan —dijo con exaltación apretando los cerrojos de la puerta y volviendo la cabeza hacia él—, déjate morir de hambre antes que tocar nada. Lleva este pan siempre contigo.

El ruido se iba acercando.

Fabricio la estrechó entre sus brazos, tomó su sitio junto a la puerta y, abriéndola con furia, se precipitó hacia la escalerilla de madera de seis peldaños. Llevaba en la mano el pequeño puñal de mango de marfil y estuvo a punto de perforar el chaleco del general Fontana, ayudante de campo del príncipe, que retrocedió rápido exclamando muy asustado:

—¡Pero si vengo a salvarle, señor Del Dongo!

Fabricio tornó a subir los seis escalones y dijo en la celda: *Fontana viene a salvarme;* luego, volviendo hacia el general, se explicó fríamente con él. Le rogó, extendiéndose mucho en sus palabras, que le perdonara aquel movimiento de cólera.

«Querían envenenarme, esa comida que se halla sobre mi mesa está envenenada. He tenido la perspicacia de no tocarla, pero he de confesarle que ese proceder me ha irritado. Al oírle subir, creí que venían a rematarme a puñaladas… Señor general, le requiero para que ordene que no entre nadie en mi cuarto: retirarían el veneno, y nuestro excelente príncipe debe saberlo todo.»

El general, muy pálido y azorado, transmitió las órdenes indicadas por Fabricio a los carceleros distinguidos que le seguían, los cuales, muy confusos al ver descubierto el veneno, se apresuraron a bajar; en apariencia tomaban la delantera por no detener en la escalera, muy estrecha, al ayudante de campo del príncipe, pero en realidad para ponerse a salvo y desaparecer. Con gran asombro del general Fontana, Fabricio permaneció un cuarto de hora en la escalerilla de hierro que daba vuelta a la columna; quería dar tiempo a Clelia para que se escondiera en el primer piso.

La duquesa, tras varias diligencias insensatas, había logrado que el general Fontana fuese enviado a la ciudadela; lo consiguió por casualidad. Al dejar al conde Mosca, tan alarmado como ella, corrió a palacio. La princesa, que sentía una marcada repugnancia por la energía, porque le parecía vulgar, creyó que la duquesa estaba loca, y no se mostró nada dispuesta a dar en su favor ningún paso insólito. La duquesa, completamente trastornada, lloraba a torrentes, y sólo sabía repetir a cada momento:

—Pero, señora, antes de un cuarto de hora Fabricio habrá muerto envenenado.

Ante la perfecta impasibilidad de la princesa, la duquesa enloqueció de dolor. No se hizo esta reflexión moral que no hubiera escapado a una mujer educada en una de esas religiones del norte que admiten el examen personal: he empleado el veneno la primera, y por el veneno perezco. En Italia, esta clase de reflexiones en los momentos apasionados parecen propias de un espíritu muy vulgar, como lo parecería en París un chiste en parecida coyuntura.

La duquesa, desesperada, se dirigió al salón donde, aquel día, estaba de servicio el marqués Crescenzi. Al volver la duquesa a Parma, el marqués le dio las gracias con efusión por el cargo de caballero de honor al que, de no ser por ella, no hubiera podido aspirar jamás. Le prodigó ardorosas protestas de lealtad. La duquesa le abordó con estas palabras:

—Rassi va a hacer envenenar a Fabricio, que está en la ciudadela. Guarde en el bolsillo un poco de chocolate y una botella de agua que voy a darle. Suba a la ciudadela y déme la vida diciendo al general Fabio Conti que está decidido a romper con su hija si no le permite entregar usted mismo a Fabricio esa agua y ese chocolate.

El marqués palideció, y su fisonomía, lejos de animarse ante estas palabras, expresó el pasmo más vulgar. No podía creer en un crimen tan espantoso en una ciudad tan moral como Parma, donde reinaba un príncipe tan grande, *etc.; y* estas vulgaridades las decía además muy despaciosamente. En una palabra, la duquesa

encontró un hombre honrado, pero débil e incapaz de determinarse a la acción. Después de veinte frases semejantes, interrumpidas por las exclamaciones de impaciencia de la Sanseverina, se le ocurrió una excelente idea: el juramento que había prestado como caballero de honor le impedía mezclarse en maniobras contra el gobierno.

No es posible describir la ansiedad de la duquesa, que se daba cuenta de que el tiempo volaba.

—Pero, al menos, vea al gobernador; ¡dígale que yo perseguiré hasta los mismos infiernos a los asesinos de Fabricio…!

La desesperación daba mayor impulso a la elocuencia natural de la duquesa, pero todo este fuego no hacía sino asustar más aún al marqués y afirmarle en su irresolución; al cabo de una hora, estaba menos dispuesto a intervenir que en el primer momento.

Aquella mujer atormentada, ya en los últimos límites de la desesperación y dándose perfecta cuenta de que el gobernador no negaría nada a un yerno tan rico, llegó a arrodillarse a sus pies; entonces, la pusilanimidad del marqués Crescenzi pareció aumentar más aún; ante un espectáculo tan extraño, creyó estar comprometido él mismo sin saberlo. Pero ocurrió una cosa singular: al marqués, buena persona en el fondo, le conmovieron las lágrimas y la posición, a sus pies, de una mujer tan bella y sobre todo tan poderosa.

«¡Quién sabe —se dijo— si yo mismo, tan noble y tan rico, estaré algún día de rodillas ante un republicano!» El marqués lloró también y por fin quedó convenido que la duquesa, en su calidad de mayordoma mayor, le presentaría a la princesa, con el fin de que ésta le diera permiso para entregar a Fabricio un cestito cuyo contenido declaraba ignorar.

La víspera por la noche, antes de que la duquesa supiera la locura cometida por Fabricio de presentarse en la ciudadela, se había representado en la corte una comedia *dell'arte,* y el príncipe, que se reservaba siempre los papeles de enamorado que tocaba representar con la duquesa, se había mostrado tan apasionado hablándole de su amor, que habría resultado ridículo, si ridículo pudiera parecer nunca en Italia un hombre apasionado o un príncipe.

El príncipe, muy tímido, pero tomando siempre muy en serio las cosas del amor, encontró en uno de los pasillos de palacio a la duquesa cuando ésta arrastraba al marqués Crescenzi, muy turbado, a las habitaciones de la princesa. Quedó tan sorprendido y deslumbrado por la belleza transida de emoción, que el dolor desesperado daba a la mayordoma mayor, que, por primera vez en su vida, el príncipe tuvo carácter.

Con un gesto más que imperioso, despidió al marqués y comenzó a hacer a la duquesa una declaración de amor en toda regla. Sin duda la tenía minuciosamente

preparada desde hacía tiempo, pues había en ella cosas muy razonables.

—Puesto que las conveniencias de mi rango me prohíben la suprema felicidad de tomarla por esposa, le juraré sobre la santa hostia consagrada no casarme sin su permiso escrito. Ya me doy cuenta —añadió— de que le hago perder la mano de un primer ministro, hombre inteligente y muy atractivo; pero al fin y al cabo tiene cincuenta y seis años, y yo no he cumplido todavía veintidós. Creería ofenderla e incurrir en su repulsa si le hablara de ciertas ventajas ajenas al amor; mas todos los que en mi corte estiman el dinero hablan con admiración de la prueba de amor que le da el conde haciéndola depositaria de cuanto le pertenece. Yo me consideraría muy dichoso imitándole en este punto. Usted hará mejor uso de mi fortuna que yo mismo, y tendrá la entera disposición de la consignación anual que mis ministros entregan al intendente general de mi corona; de suerte que será usted, señora duquesa, quien señale el dinero que podré gastar cada mes.

La duquesa encontraba muy largos todos estos detalles; los peligros de Fabricio le oprimían el corazón.

—¡Pero usted no sabe, príncipe —exclamó la duquesa—, que en este momento están envenenando a Fabricio en su ciudadela! ¡Sálvele!, lo creo todo.

Esta frase era de una torpeza insuperable. Ante la sola palabra veneno, toda la buena fe que aquel pobre príncipe moral ponía en la conversación desapareció como por encanto. La duquesa no se dio cuenta de su torpeza sino cuando ya no era tiempo de remediarla, y su desesperación fue aún mayor, cosa que le habría parecido imposible. «Si yo no hubiera hablado de veneno —se dijo—, me habría concedido la libertad de Fabricio… ¡Oh, Fabricio querido! —añadió—, está escrito que he de ser yo con mis torpezas la causa de tu desventura.»

La duquesa necesitó mucho tiempo y mucha coquetería para hacer volver al príncipe a sus palabras de amor apasionado; pero permaneció desasosegado. Ahora sólo hablaba su inteligencia; su alma estaba yerta por la idea del veneno en primer término, y luego por otra idea tan desagradable como temible era la primera: «¡Conque administran veneno en mis Estados y sin decírmelo! ¡Pero ese Rassi quiere deshonrarme a los ojos de Europa! ¡Dios sabe lo que leeré el mes próximo en los periódicos de París!».

De pronto, mientras el alma de aquel mozo tan tímido se callaba, su inteligencia concibió una idea:

—¡Querida duquesa, bien sabe hasta qué punto le pertenezco! Sus horribles ideas de veneno no son fundadas, así quiero creerlo; pero en fin, me preocupan hasta hacerme casi olvidar por un momento la pasión que me inspira y que es la única que he sentido en mi vida. Me doy perfecta cuenta de que no soy nada seductor; soy un niño perdidamente enamorado; pero póngame a prueba.

El príncipe se iba animando al hablar así.

—¡Salve a Fabricio, y lo creo todo! Seguramente estoy influida por los locos temores de un alma de madre, mas envíe inmediatamente a buscar a Fabricio a la ciudadela para que yo le vea. Si vive todavía, mándele desde palacio a la cárcel de la ciudad, donde permanecerá durante meses, si Vuestra Alteza lo exige, y hasta que sea juzgado.

La duquesa vio con desesperación que el príncipe, en lugar de otorgar con una palabra una cosa tan sencilla, se había ensombrecido de nuevo. Estaba muy colorado, miraba a la duquesa, luego bajaba los ojos y palidecía. La idea del veneno, inoportunamente sacada a colación, le había sugerido un pensamiento digno de su padre o de Felipe II; pero no se atrevía a expresarlo.

—Señora —dijo al fin como violentándose y en un tono muy poco amable—, usted me desprecia como a un niño y además como a un ser sin ningún mérito. Pues bien, voy a decirle una cosa horrible, pero que me la sugiere ahora mismo la pasión profunda y verdadera que siento por usted. Si yo creyera lo más mínimo en eso del veneno, ya habría hecho lo que mi deber me ordena; pero sólo veo en su demanda una fantasía apasionada y cuyo alcance —le ruego que me permita decirlo— acaso no perciba del todo. ¡Quiere que actúe sin consultar a mis ministros, yo que llevo apenas tres meses reinando!: me pide una gran excepción a una manera de proceder que es habitual y que creo muy razonable, lo confieso. Usted, señora, es aquí en este momento el soberano absoluto; me da esperanzas en cuanto a un interés que significa todo para mí; mas, dentro de una hora, cuando esa loca idea del veneno, cuando esa pesadilla haya desaparecido, mi presencia le resultará importuna, me depondrá de su gracia, señora. Pues bien, necesito un juramento: júreme que, si Fabricio le es devuelto sano y salvo, obtendré de usted, de aquí a tres meses, todo cuanto mi amor pueda desear; asegurará la dicha de mi vida entera poniendo a mi disposición una hora de la suya, y será completamente mía.

En ese momento, el reloj del castillo dio las dos. «¡Ah! —se dijo la duquesa—, acaso es ya demasiado tarde.»

—¡Lo juro! —exclamó con ojos extraviados.

Inmediatamente, el príncipe fue otro hombre; dirigióse rápido al extremo de la galería donde estaba el salón de los ayudantes de campo.

—General Fontana, vuele a la ciudadela, suba lo más de prisa posible a la celda en que está el señor Del Dongo y tráigamelo; es preciso que yo le hable antes de veinte minutos y, si es posible, antes de quince.

—¡Ah, general —exclamó la duquesa, que había seguido al príncipe—, un minuto puede decidir de mi vida! Un informe, sin duda falso, hace temer que Fabricio sea envenenado: tan pronto como le tenga al alcance de su voz, grítele que no coma. Si ha probado la comida, hágale vomitar; dígale que soy yo la que lo quiero así, haga uso de la fuerza si es preciso; dígale que yo le sigo de muy cerca, y créame que le

quedaré obligada de por vida.

—Señora duquesa, mi caballo está ensillado; tengo fama de saber manejar un caballo, y volaré; estaré en la ciudadela veintiocho minutos antes que usted.

—Y yo, señora duquesa —exclamó el príncipe—, le pido cuatro de esos ocho minutos.

El ayudante de campo había desaparecido ya; era un hombre sin otro mérito que el de montar a caballo. Apenas hubo cerrado la puerta, el príncipe, que parecía ahora un hombre de carácter, cogió la mano de la duquesa.

—Dígnese, señora —le dijo con pasión—, venir conmigo a la capilla.

La duquesa, desconcertada por primera vez en su vida, le siguió sin decir palabra. El príncipe y ella atravesaron corriendo toda la longitud de la galería grande de palacio, pues la capilla estaba al otro extremo. Entrados en la misma, el príncipe se arrodilló, casi tanto ante la duquesa como ante el altar.

—Repita el juramento —dijo con pasión—; si hubiera sido justa, si esta desdichada condición de príncipe no estuviera contra mí, me habría otorgado por piedad a mi amor lo que ahora me debe porque lo ha jurado.

—Si yo vuelvo a ver a Fabricio no envenenado, si vive aún dentro de ocho días, si Su Alteza le nombra coadjutor con futura sucesión del arzobispo Landriani, mi honor, mi dignidad de mujer, todo lo arrojaré a sus pies y seré de Vuestra Alteza.

—Pero, *querida amiga* —dijo el príncipe con una graciosa mezcla de tímida ansiedad y de ternura—, temo alguna treta que no comprendo y que podría destruir mi felicidad; eso sería mi muerte. Si el arzobispo me opone alguna de esas razones eclesiásticas que retardan las cosas durante años enteros, ¿qué va a ser de mí? Ya ve que yo procedo con toda buena fe; ¿va usted a ser conmigo un jesuitilla?

—No: de buena fe, si Fabricio se salva, si con todo su poder, le hace coadjutor y futuro arzobispo, me deshonraré y seré suya. Vuestra Alteza se compromete a poner el *aprobado* al margen de una demanda que monseñor el arzobispo le presentará de aquí a ocho días.

—Le firmo un papel en blanco; reine en mí y en mis Estados —exclamó el príncipe enrojeciendo de placer y realmente fuera de sí. Exigió un segundo juramento. Estaba de tal modo emocionado, que perdía la timidez tan natural en él, y en aquella capilla donde se hallaban los dos solos, dijo en voz baja a la duquesa cosas que pronunciadas tres días antes, habrían cambiado la opinión que ella tenía de él. Pero ya la duquesa había pasado de la desesperación que le causaba el peligro de Fabricio al horror de la promesa que le habían arrancado. Estaba aterrada de lo que acababa de hacer. Si no se daba todavía plena cuenta de toda la horrible amargura de las palabras pronunciadas, era porque tenía la imaginación ocupada en saber si el general Fontana habría llegado a tiempo a la ciudadela.

Por librarse de las expresiones desatinadamente apasionadas de aquel niño y

cambiar un poco de tema, se puso a alabar un cuadro célebre del Parmesano que había en el altar mayor de la capilla.

—Hágame la gracia de permitirme que se lo envíe —le suplicó el príncipe.

—Acepto —concedió la duquesa—, pero permítame que salga en seguida al encuentro de Fabricio.

Con expresión extraviada, ordenó a su cochero que pusiera los caballos al galope. En el puente del foso de la ciudadela, se encontró con el general Fontana y con Fabricio, que salían a pie.

—¿Has comido?

—No, por milagro.

La duquesa se colgó del cuello de Fabricio y cayó en un desmayo que duró una hora e inspiró serios temores, primero por su vida y luego por su razón.

El gobernador Fabio Conti había palidecido de ira a la vista del general Fontana: puso tanta lentitud en obedecer la orden del príncipe, que el ayudante de campo, que suponía que la duquesa iba a ocupar la plaza de favorita reinante, acabó por enfadarse. El gobernador esperaba prolongar la enfermedad de Fabricio dos o tres días, y he aquí —se decía— que el general, un hombre de la corte, va a encontrar a ese insolente debatiéndose en los dolores que me vengan de su evasión.

Fabio Conti, muy pensativo, se detuvo en el cuerpo de guardia de la planta baja de la torre Farnesio y se apresuró a alejar a los soldados: no quería testigos de la escena que se preparaba. Pasados cinco minutos, quedó petrificado oyendo hablar a Fabricio y viéndole, vivo y despierto, hacer al general Fontana la descripción de la prisión. El gobernador desapareció.

Fabricio se condujo como un perfecto *gentleman* en su entrevista con el príncipe. Le interesaba en primer término no parecer un niño que se asusta de cualquier cosa. El príncipe le preguntó con amabilidad cómo se encontraba.

—Como un hombre, Alteza Serenísima, que se muere de hambre, porque, por fortuna, no he desayunado ni comido.

Después de tener el honor de dar las gracias al príncipe, solicitó permiso para ver al arzobispo antes de presentarse en la cárcel de la ciudad. El príncipe había palidecido extraordinariamente cuando en su cabeza de niño se abrió paso la idea de que el veneno no era una pura quimera de la imaginación de la duquesa. Absorto en este cruel pensamiento, no respondió en seguida a la demanda de licencia para ir a visitar al arzobispo que Fabricio le expuso; luego se creyó obligado a reparar esta distracción prodigándole atenciones.

—Salga solo, señor, vaya por las calles de mi capital sin ninguna guardia. A eso de la diez o las once, se dirigirá solo a la cárcel, donde espero que no permanecerá mucho tiempo.

Al día siguiente de esta memorable jornada, la más importante de su vida, el

príncipe se creía un pequeño Napoleón. Había leído que este gran hombre fue bien tratado por varias hermosas damas de su corte. Ya convertido en Napoleón por las buenas fortunas, recordó que había estado ante las balas. Su alma estaba todavía exaltada por la firmeza de su actitud con la duquesa. La conciencia de haber hecho algo difícil lo convirtió en otro hombre durante quince días; ahora era sensible a los razonamientos generosos y tenía algún carácter.

Aquel día debutó quemando el título de conde extendido a favor de Rassi, que estaba sobre su mesa desde hacía un mes. Destituyó al general Fabio Conti y encargó al general Lange, su sucesor, de averiguar lo que hubiera de cierto sobre el veneno. Lange, bravo militar polaco, atemorizó a los carceleros y dio cuenta de que se había querido envenenar el almuerzo del señor Del Dóngo, pero habría sido necesario hacer intervenir en la conjura a demasiadas personas, y se tomaron mejor las medidas para la comida; a no ser por la llegada del general Fontana, el señor Del Dongo habría perecido. El príncipe se quedó consternado, mas como estaba realmente muy enamorado, se consoló con esta consideración:

«Resulta que he salvado la vida al señor Del Dongo, y la duquesa no se atreverá a faltar a la palabra que me dio». De camino, llegó a otra gran idea: «Mi oficio es más difícil de lo que yo creía; todo el mundo conviene en que la duquesa tiene muchísimo talento; la politica está aquí de acuerdo con mi corazón. Sería divino para mí que accediera a ser ella mi primer ministro».

Aquella noche, el príncipe estaba de tal modo irritado por los horrores que acababa de descubrir, que no quiso tomar parte en la comedia.

—Sería feliz —dijo a la duquesa— si quisiera reinar en mis Estados como reina en mi corazón. Para comenzar, voy a darle cuenta del empleo de mi jornada. —Y se lo contó todo muy minuciosamente: la quema del título de conde a favor de Rassi, el nombramiento de Lange, el informe de éste sobre el envenenamiento, etc—. Me encuentro con muy poca experiencia para reinar. El conde me humilla con sus frases irónicas; bromea hasta en el consejo, y en público dice cosas cuya verdad va a constatar: dice que soy un niño al que él maneja como quiere. No por ser príncipe, señora, se es menos hombre, y esas cosas me disgustan. A fin de quitar verosimilitud a esas historias del conde Mosca, me han hecho llamar al ministerio a ese peligroso bribón de Rassi, y resulta que el general Conti le cree aún tan poderoso, que no se atreve a confesar que fueron él o la Raversi quienes le indujeron a envenenar a su sobrino. Me dan ganas de llevar simplemente ante los tribunales al general Fabio Conti; los jueces verán si es culpable de tentativa de envenenamiento.

—Pero, príncipe, ¿tiene jueces?

—¡Qué dice! —exclamó desconcertado el príncipe.

—Tiene jurisconsultos sabios y que se pavonean por la calle con solemne continente; por lo demás, fallarán siempre a gusto del partido dominante en su corte.

Mientras el joven príncipe, escandalizado, pronunciaba frases que mostraban más candor que sagacidad, la duquesa se decía: «¿Me conviene permitir la deshonra de Conti? Ciertamente que no, pues entonces sería imposible la boda de su hija con el marqués Crescenzi, ese vulgar hombre honrado».

Sobre este tema, hubo un coloquio interminable entre la duquesa y el príncipe, que estaba deslumbrado de admiración. En gracia a la boda de Clelia Conti con el marqués Crescenzi, pero con esta expresa condición, que el príncipe declaró iracundo al ex gobernador, le perdonó el proceso por tentativa de envenenamiento, mas, por consejo de la duquesa, le desterró hasta que se celebrara la boda de su hija. La duquesa creía no amar ya de amor a Fabricio, mas todavía deseaba apasionadamente el casamiento de Clelia Conti con el marqués; había en ello cierta vaga esperanza de que llegara a extinguirse la obsesión de Fabricio.

El príncipe, loco de felicidad, quería aquella noche destituir con escándalo al ministro Rassi. La duquesa le dijo sonriendo:

¿Conoce una frase de Napoleón? Un hombre situado en un plano muy alto y expuesto a las miradas de todo el mundo no debe permitirse nunca decisiones violentas… Pero esta noche es demasiado tarde: dejemos los asuntos para mañana.

Quería tomarse tiempo para consultar al conde, al que contó en efecto, con todo detalle, el diálogo de aquella noche, aunque suprimiendo las frecuentes alusiones del príncipe a un juramento que amargaba la vida a la duquesa. Creía ésta ser tan necesaria, que podría obtener un aplazamiento indefinido diciendo al príncipe: si comete el atropello de querer someterme a esta humillación, nunca se lo perdonaré, y al día siguiente abandono sus Estados.

Consultado por la duquesa sobre la suerte de Rassi, el conde se mostró muy filósofo. El general Fabio Conti y él se fueron a viajar por el Piamonte.

En el proceso de Fabricio surgió una singular dificultad: los jueces querían absolverle por aclamación, y ello en la primera junta. El conde hubo de recurrir a la amenaza para que el proceso durase siquiera ocho días y los jueces se tomasen la molestia de oír a todos los testigos. «Esta gente siempre es igual», se dijo.

Al día siguiente de la sentencia absolutoria, Fabricio del Dongo tomó posesión de la plaza de gran vicario del buen arzobispo Landriani. El mismo día, el príncipe firmó los documentos necesarios para conseguir que Fabricio fuera nombrado coadjutor con futura sucesión, y transcurridos menos de dos meses, tomó posesión de este cargo.

Todo el mundo cumplimentaba a la duquesa por el aire grave de su sobrino; la verdad es que estaba desesperado. Al día siguiente de su liberación, seguida de la destitución y del destierro del general Fabio Conti y de la alta privanza de la duquesa, Clelia Conti se refugió en casa de su tía la condesa Contarini, mujer muy rica, muy anciana y sin otro interés ni otro cuidado que el de su propia salud. Clelia habría podido ver a Fabricio; pero cualquiera que conociese sus actos anteriores y que la

viera obrar ahora habría podido pensar que, a la vez que los peligros de su amante, había cesado su amor por él. Fabricio, no sólo pasaba por el palacio Contarini lo más a menudo que podía sin llamar la atención, sino que había conseguido, venciendo dificultades infinitas, alquilar un pequeño departamento frente a las ventanas del primer piso. Una vez que Clelia se asomó a la ventana descuidadamente, por ver pasar una procesión, se retiró al instante aterrorizada: había visto a Fabricio, vestido de negro, pero como un artesano muy pobre, mirándola desde una ventana de aquel chamizo que, lo mismo que su celda de la torre Farnesio, tenía papeles engrasados a guisa de cristales. Fabricio hubiera querido creer que Clelia huía de él a causa de la caída en desgracia de su padre, atribuida por la voz pública a la duquesa; pero él conocía demasiado bien la existencia de otra causa de aquel alejamiento, y nada podía distraerle de su tristeza.

No había sido sensible ni a su absolución ni a su investidura de magníficas funciones, las primeras que ejercía en su vida, ni a su espléndida posición en el mundo ni a la corte asidua que le hacían todos los eclesiásticos y todos los devotos de su diócesis. Sus preciosas habitaciones en el palacio Sanseverina resultaban ahora insuficientes. Con gran alegría suya, la duquesa se vio obligada a cederle todo el segundo piso del palacio y dos hermosos salones en el primero, los cuales estaban siempre llenos de personajes esperando el momento de hacer la corte al joven coadjutor. La cláusula de futura sucesión había producido un efecto sorprendente en el país; ahora, todas aquellas firmes cualidades de su carácter, que en otro tiempo tanto escandalizaran a los cortesanos pobres y pacatos, eran consideradas como grandes virtudes.

Fue una gran lección de filosofia para Fabricio encontrarse insensible por completo a todos aquellos honores y mucho más desgraciado en aquella magnífica residencia, con diez lacayos vistiendo su librea, que en su celda de madera de la torre Farnesio, rodeado de odiosos carceleros y temiendo siempre por su vida. A su madre y a su hermana, la duquesa V***, que fueron a Parma por verle en toda su gloria, les impresionó su profunda tristeza. La marquesa del Dongo, ahora la menos romántica de las mujeres, se alarmó tanto, que creyó que en la torre Farnesio le habían dado algún veneno de efecto retardado. A pesar de su extremada discreción, creyó deber suyo hablarle de aquella tristeza tan extraordinaria, y Fabricio respondió sólo con lágrimas.

La multitud de ventajas que se derivaban de su posición no hacían sino irritarle. Su hermano, aquella alma vanidosa y gangrenada por el más profundo egoísmo, le escribió una carta de felicitación casi oficial, acompañada de una letra de cincuenta mil francos a fin de que pudiese —decía el nuevo marqués— comprar caballos y un carruaje dignos de su nombre. Fabricio envió esta cantidad a su hermana menor, mal casada.

El conde Mosca había mandado hacer una hermosa traducción al italiano de la genealogía de la familia Valserra del Dongo, en otro tiempo publicada en latín por el arzobispo de Parma, Fabricio. Hizo imprimirla suntuosamente con el texto latino enfrente del italiano; los grabados fueron reproducidos en soberbias litografias hechas en París. La duquesa quiso que el libro llevara un hermoso retrato de Fabricio frente al del antiguo arzobispo. Esta traducción se publicó como hecha por el propio Fabricio durante su primer cautiverio. Pero en nuestro héroe había muerto todo, incluso la vanidad, tan natural en el hombre, y no se dignó leer una sola página de aquella obra que se le atribuía. Su posición en el mundo le obligó a ofrecer un ejemplar magníficamente encuadernado al príncipe, el cual creyó deberle una compensación por la muerte cruel de que tan cerca estuviera, y le concedió la entrada a las ceremonias íntimas de su cámara, favor muy singular que implica el tratamiento de *excelencia*[1].

---

[1] *4.9 38.26. X. 38* fir. *5.6.* f. last. *26* m. *39.3* Ri d. f. g. D, ha. s. *50.* p. Del Litto descifra así esta especie de criptograma que Stendhal puso al pie de la página: *4 noviembre 1938–26 diciembre first sheet, 6 febrero last,* 26 de febrero de 1939. Y deduce que se trata de las fechas extremas de la creación de la novela y de la corrección de las primeras pruebas y de las últimas.

# XXVI

Los únicos momentos que ofrecían a Fabricio alguna posibilidad de salir de su profunda tristeza eran los que pasaba escondido detrás de un cristal de verdad con que había sustituido el papel encerado en la ventana de su piso frente al palacio Contarini, donde, como sabemos, se había refugiado Clelia. Las pocas veces que lograra verla desde que salió de la ciudadela, le había afligido profundamente un cambio muy visible y que le pareció de mal augurio. Desde su falta, la fisonomía de Clelia había adquirido un carácter de nobleza y de gravedad verdaderamente notable; dijérase que tenía treinta años. En este cambio tan marcado, vio Fabricio el reflejo de alguna grave resolución. «A cada momento del día —pensaba Fabricio—, se jura a sí misma ser fiel al voto que hizo a la Madona: no volver nunca a verme.»

Fabricio no adivinaba sino en parte los tormentos de Clelia; sabía ella que su padre, caído en desgracia, no podía tornar a Parma y reaparecer en la corte (cosa sin la cual la vida era imposible para él) hasta el día en que ella se casara con el marqués Crescenzi; en consecuencia, escribió a su padre diciéndole que deseaba la boda. El general estaba entonces refugiado en Turín y enfermo de pesadumbre. La consecuencia de tan gran resolución fue envejecer a Clelia en diez años.

Había descubierto que Fabricio tenía una ventana frente al palacio Contarini; pero sólo una vez había tenido la mala suerte de mirarle; en cuanto vislumbraba el perfil de una cabeza o la silueta de un hombre un poco parecida a la suya, cerraba los ojos al instante. Su profunda piedad y su confianza en la ayuda de la Madona eran los únicos recursos que le quedaban. Tenía la desgracia de no sentir ya ninguna estimación por su padre; el carácter de su futuro marido le parecía enteramente vulgar y a la altura de las maneras de sentir del gran mundo; encima de todo esto, adoraba a un hombre al que no debía volver a ver jamás y que, no obstante, tenía derechos sobre ella. Este panorama de su destino le parecía la desventura perfecta, y hemos de confesar que tenía razón. Habría sido preciso ir a vivir, una vez casada, a doscientas leguas de Parma.

Fabricio conocía la profunda modestia de Clelia; sabía que toda empresa extraordinaria y susceptible de dar lugar a habladurías, si fuera descubierta, le causaría con toda seguridad una profunda desazón. No obstante, abrumado por su atroz tristeza y por aquellas miradas que Clelia apartaba constantemente de él, se arriesgó a sobornar a dos sirvientes de la señora Contarini, tía suya. Un día, a la caída de la tarde, Fabricio, vestido como un burgués de pueblo, se presentó a la puerta del palacio, donde le esperaba uno de los criados sobornados por él; se hizo anunciar como un viajero de Turín que traía para Clelia cartas de su padre. El criado fue a llevar su mensaje y le hizo subir a una inmensa antesala en el primer piso del palacio. Allí pasó Fabricio acaso el cuarto de hora de su vida más transido de ansiedad. Si

Clelia le rechazaba, ya no quedaba para él esperanza alguna de sosiego. «Para librarme de las preocupaciones importunas con que me abruma mi nueva dignidad, eximiré a la Iglesia de un mal sacerdote y, con un nombre supuesto, iré a refugiarme en cualquier cartuja.» Por fin, el criado vino a anunciarle que la señorita Clelia Conti estaba dispuesta a recibirle. A nuestro héroe le faltó por completo el valor, y estuvo a punto de derrumbarse de miedo al subir la escalera del segundo piso.

Clelia estaba sentada ante una mesita alumbrada por una sola bujía. Apenas reconoció a Fabricio bajo su disfraz, huyó a ocultarse al fondo del salón.

—¡Así se cuida de mi salvación! —le gritó, cubriéndose la cara con las manos—. Bien sabe que cuando mi padre estuvo a punto de perecer envenenado, hice voto a la Madona de no volver a verle nunca. Sólo una vez falté a mi voto: aquel día, el más infortunado de mi vida, en que creí en conciencia que tenía el deber de librarle de la muerte. Es ya demasiado que, por una interpretación forzada e indudablemente pecadora, consienta en escucharle.

Esta última frase sorprendió de tal modo a Fabricio, que necesitó unos momentos para alegrarse. Esperaba una cólera vivísima y que Clelia escapara; recobrando al cabo la presencia de ánimo, apagó la bujía. Aunque creía haber comprendido bien las órdenes de Clelia, temblaba como un niño al avanzar hacia el fondo del salón donde ella se había refugiado detrás de un sofá. No sabía si la ofendería besándole la mano; Clelia, toda trémula de amor, se arrojó en sus brazos.

—¡Fabricio mío —le dijo—, cuánto has tardado en venir! Sólo un momento puedo hablarte, pues es sin duda un gran pecado; cuando prometí no verte más, seguramente incluía en la promesa no hablarte tampoco. Pero, ¿cómo has podido perseguir con tanta crueldad la idea de venganza que tuvo mi pobre padre? Pues al fin y al cabo, fue él el primero que estuvo a punto de morir envenenado por quienes querían facilitar tu evasión. ¿No tenías el deber de hacer algo por mí, que tanto expuse mi reputación por salvarte? Por lo demás, ya estás completamente ligado a las sagradas órdenes; ya no podrás casarte conmigo, aun cuando yo encontrara un medio de alejar a ese odioso marqués. Y, ¿cómo te atreviste, el día de la procesión, a intentar verme en pleno día, violando así, de la manera más patente, la santa promesa que hice a la Madona?

Fabricio la estrechaba en sus brazos, arrebatado de sorpresa y de gozo. Una conversación que comenzaba con tal cúmulo de cosas que decirse no podía terminar en mucho tiempo. Fabricio le contó exactamente la verdad sobre el destierro de su padre; la duquesa no lo había decidido, por la gran razón de que no había creído ni por un instante que la idea del veneno fuera del general Conti; siempre había pensado que aquello fue una ingeniosa ocurrencia del partido Raversi, que quería eliminar al conde Mosca. Esta verdad histórica, ampliamente desarrollada, hizo muy feliz a Clelia; le causaba un gran dolor tener que odiar a alguien muy allegado a Fabricio. Ya

no miraba a la duquesa con los ojos de los celos.

La felicidad inaugurada aquella tarde duró sólo unos días.

Llegó de Turín el excelente don César, y, sacando fuerzas de la rectitud de su corazón, osó hacerse presentar a la duquesa. Después de pedirle su palabra de que no abusaría de la confidencia que iba a hacerle, confesó que su hermano, llevado de un falso concepto del honor y creyéndose perdido en la opinión por la huida de Fabricio, había creído su deber vengarse.

No llevaba don César hablando dos minutos, cuando ya su pleito estaba ganado: su virtud perfecta conmovió a la duquesa, que no estaba acostumbrada a tal espectáculo. Le agradó por lo nuevo.

—Active la boda de la hija del general con el marqués Crescenzi y le doy palabra de que haré cuanto de mí dependa para que el general sea recibido como si volviera de viaje. Le invitaré a comer: ¿está satisfecho? Seguramente los primeros momentos serán fríos, y el general no debe apresurarse a solicitar su cargo de gobernador de la ciudadela. Pero ya sabe que tengo afecto al marqués, y no guardaré rencor a su suegro.

Armado de estas palabras, don César fue a decir a su sobrina que tenía en sus manos la vida de su padre, enfermo de desesperación. Desde hacía varios meses no había aparecido en ninguna corte.

Clelia quería ir a ver a su padre, refugiado, con un nombre supuesto, en un pueblo próximo a Turín, pues se había imaginado que la corte de Parma pediría su extradición a la de Turín para someterle a juicio. Le encontró enfermo y casi loco. Aquella misma noche escribió a Fabricio una carta de ruptura eterna. Al recibirla Fabricio, que revelaba un carácter muy parecido al de su amante, se retiró al convento de Velleja, situado en la montaña, a diez leguas de Parma. Clelia le escribió una carta de diez pliegos: le había jurado en otro tiempo no casarse con el marqués sin su consentimiento, ahora se lo pedía, y Fabricio se lo otorgó, desde su retiro de Velleja, en una carta rebosante del afecto más puro.

Al recibir esta carta, cuyo tono de pura amistad hay que confesar que la irritó, Clelia fijó ella misma el día de su boda, cuyas fiestas vinieron a aumentar más el esplendor con que brilló aquel invierno la corte de Parma: Ranucio Ernesto V era avaro en el fondo, pero estaba perdidamente enamorado y esperaba fijar a la duquesa en su corte; rogó, pues, a su madre que aceptara una suma muy considerable para organizar suntuosas fiestas. La mayordoma mayor supo sacar gran partido de estas riquezas suplementarias, y aquel invierno las fiestas de Parma recordaron los hermosos días de la corte de Milán y de aquel simpático príncipe Eugenio, virrey de Italia, cuya bondad dejara tan duradero recuerdo.

Los deberes de coadjutor habían reclamado en Parma a Fabricio; mas declaró que, por motivos de piedad, continuaría su vida retirada en el pequeño departamento que

su protector, monseñor Landriani, le había obligado a tomar en el arzobispado; y allí se encerró acompañado de un solo doméstico. No asistió, pues, a ninguna de las brillantísimas fiestas de la corte, lo que le valió en Parma y en su futura diócesis una inmensa fama de santidad. Por un efecto inesperado de aquella vida retirada de Fabricio, que sólo se debía a su tristeza profunda y sin esperanza, el buen arzobispo Landriani, que le había querido siempre y del que había nacido la idea de hacerle coadjutor, sintió ciertos celos de él. El arzobispo se creía con razón en el deber de asistir, como es costumbre en Italia, a todas las fiestas de la corte. En tales ocasiones, llevaba sus hábitos de gran ceremonia, casi iguales a los que ostentaba en el coro de su catedral. Los centenares de domésticos congregados en la antecámara de columnas de palacio no dejaban nunca de levantarse y pedir la bendición a monseñor, que tenía a bien detenerse y dársela. Fue en uno de aquellos momentos de silencio solemne cuando monseñor Landriani oyó una voz que decía:

«¡Nuestro arzobispo va al baile, y, en cambio, monseñor Del Dongo no sale de su celda!».

Desde aquel momento acabó para Fabricio el inmenso favor de que había gozado por parte del arzobispo; mas ya podía volar por sus propias alas. Aquel vivir retirado, sólo inspirado en realidad por la desesperación en que le sumía el casamiento de Clelia, pareció hijo de una piedad simple y sublime, y las devotas leían, como un libro edificante, la traducción de la genealogía de su familia, donde se traslucía la vanidad más insensata. Los libreros hicieron una edición litografiada de su retrato, que se agotó en pocos días, solicitada sobre todo por las gentes del pueblo. El grabador, por ignorancia, reprodujo en torno al retrato de Fabricio varios ornamentos que sólo corresponden a los retratos de los obispos, y nunca a los de un coadjutor. El arzobispo vio uno de aquellos retratos, y su furia ya no tuvo límites; mandó llamar a Fabricio y le dijo cosas sumamente duras y en unos términos a veces rayanos en la grosería. Como es de suponer, Fabricio no necesitó esforzarse para conducirse como lo hubiera hecho Fénelon en parecida circunstancia; escuchó al arzobispo con toda la humildad y todo el respeto posibles, y cuando el prelado acabó de hablar, le contó toda la historia de la traducción de aquella genealogía hecha por orden del conde Mosca en la época de su primer cautiverio. Se publicó con fines mundanos y que siempre le parecieron poco propios de un hombre de su estado. En cuanto al retrato, él había sido completamente ajeno a la segunda edición, igual que a la primera; como el librero le enviara al arzobispado, durante su retiro, veinticuatro ejemplares de esta segunda edición, Fabricio había mandado a su criado a comprar uno más, y enterado por este medio de que el retrato se vendía a un franco y medio, envió cien francos al librero en pago de los veinticuatro ejemplares.

Todas estas razones, aunque expuestas en el tono más razonable por un hombre que tenía en el corazón otras preocupaciones mucho más hondas, llevaron hasta el

extravío la cólera del arzobispo, que llegó hasta a acusar a Fabricio de hipocresía.

—¡Así son las personas de la clase baja —se dijo Fabricio—, incluso cuando son inteligentes!

Otra cosa más seria le preocupaba entonces: las cartas de su tía, que exigía absolutamente que volviera a su departamento del palacio Sanseverina, o al menos fuera a verla alguna vez. Fabricio estaba seguro que allí oiría hablar de las fiestas espléndidas dadas por el marqués Crescenzi con ocasión de su boda, y no lo estaba de poder soportarlo sin llamar la atención.

Cuando tuvo lugar la ceremonia nupcial, hacía ocho días que Fabricio se había aislado en el silencio más completo, después de ordenar a su criado y a todas las personas del arzobispado con quienes tenía trato que no le dirigieran nunca la palabra.

Enterado monseñor Landriani de esta nueva prueba de afectación, mandó llamar a Fabricio mucho más a menudo que de costumbre y se empeñó en celebrar con él conversaciones muy largas; incluso le obligó a sostener algunas conferencias con ciertos canónigos del campo que venían a quejarse de algún supuesto perjuicio infligido por el arzobispado a sus privilegios. Fabricio tomó todo esto con la perfecta indiferencia de un hombre absorto en otros pensamientos. «Sería mejor que me hiciera cartujo —pensó—; sufriría menos en las rocas de Velleja.»

Fue a ver a su tía y no pudo contener las lágrimas al abrazarla. La duquesa le encontró muy cambiado; sus ojos, más grandes aún por el enflaquecimiento de la cara, parecían de tal modo salírsele de la cara, y era tan mísero y doloroso su aspecto, con su pobre hábito negro y raído de simple cura que, en el primer momento, tampoco la duquesa pudo contener las lágrimas; mas en seguida, cuando pensó que todo aquel cambio del hermoso mancebo no tenía otra causa que el casamiento de Clelia, los sentimientos de la duquesa fueron casi iguales, en su vehemencia hostil, a los del arzobispo, aunque más hábilmente contenidos. Tuvo la crueldad de hablar extensamente de ciertos detalles pintorescos de las encantadoras fiestas dadas por el marqués Crescenzi. Fabricio no contestaba una palabra, pero sus ojos se cerraron un poco en un movimiento convulsivo, y aumentó más aún su palidez, cosa que hubiera parecido imposible. En aquellos momentos de vivo dolor, la palidez tomaba un tinte verde.

Llegó el conde Mosca, y aquello que veía, y que le parecía increíble, le curó por completo de los celos que nunca dejara de inspirarle Fabricio. Aquel hombre inteligente empleó los giros más delicados y más ingeniosos para tratar de que Fabricio recobrara algún interés por las cosas de este mundo. El conde le había tenido siempre mucha estimación y bastante afecto, que, limpio ya de la reserva de los celos, era casi entusiasta.

«En realidad, ha comprado a buen precio su espléndida suerte», se decía

recordando sus desgracias. Con el pretexto de mostrarle el cuadro del Parmesano que el príncipe había enviado a la duquesa, el conde llevó aparte a Fabricio.

—Vamos, amigo, hablemos de hombre a hombre: ¿puedo servirle en algo? No tema preguntas indiscretas de mi parte, pero en fin, ¿puede serle de alguna utilidad el dinero o el poder? Hable: estoy a sus órdenes; si prefiere escribir, escríbame.

Fabricio le abrazó emocionado y se puso a hablar del cuadro.

—Su conducta es una obra maestra de la más fina política —le dijo el conde, volviendo al tono ligero de la conversación—; se está preparando un porvenir muy agradable; el príncipe le respeta, el pueblo le venera, su sotana raída hace pasar muy malas noches a monseñor Landriani. Yo conozco un poco el mundo, y puedo jurarle que no sabría qué consejo darle para perfeccionar lo que veo. Su primer paso en el mundo a los veinticinco años le permite esperar la perfección. Se habla mucho de usted en la corte, y, ¿sabe a qué se debe esa distinción única a su edad?: a la sotanita raída. La duquesa y yo disponemos, como sabe, de la antigua casa de Petrarca, allá en una hermosa colina rodeada de bosques, en las cercanías del Po; si alguna vez está harto de las malas jugadas de la envidia, he pensado que podría ser el sucesor de Petrarca, cuya fama aumentará la suya.

El conde se estrujaba la imaginación para arrancar una sonrisa a aquel semblante de anacoreta, pero no pudo conseguirlo. Lo que hacía el cambio más impresionante es que antes, si el rostro de Fabricio tenía algún defecto, era el de ofrecer a veces, fuera de propósito, la expresión de la voluptuosidad y de la alegría.

El conde no le dejó marcharse sin decirle que, a pesar de su vida recoleta, quizá pareciera un exceso de afectación no presentarse en la corte el sábado siguiente, cumpleaños de la princesa. Estas palabras fueron una puñalada para Fabricio. «Dios mío —pensó—, ¡a qué habré venido yo a este palacio!» No podía pensar sin estremecerse en el encuentro que podía tener en la corte. Esta idea absorbió todas las demás; calculó que el único recurso que le quedaba era llegar a palacio en el momento preciso en que se abrirían las puertas del salón.

En efecto, el nombre de *monsignore* Del Dongo fue uno de los primeros que se anunciaron en la recepción de gran gala, y la princesa le recibió con todas las distinciones posibles. Fabricio tenía los ojos fijos en el reloj, y cuando éste marcó los veinte minutos de su presencia en aquel salón, se levantó para despedirse, mas en el mismo momento entraba el príncipe en las habitaciones de su madre. Después de cumplimentarle unos momentos, Fabricio se aproximaba ya a la puerta con una sabia maniobra, cuando vino a surgir a sus expensas uno de esos nimios incidentes de corte que tan bien sabía preparar la mayordoma mayor: el chambelán de servicio corrió tras él para decirle que había sido designado para la mesa de *whist* del príncipe. En Parma es éste un honor insigne y muy por encima del rango que ocupaba en la corte el coadjutor. Jugar al *whist* con el príncipe era una distinción muy marcada incluso para

el arzobispo. A Fabricio las palabras del chambelán le traspasaron el corazón, y aunque enemigo mortal de llamar la atención, estuvo a punto de decirle que se sentía aquejado de un repentino malestar; pero pensó que tendría que arrostrar preguntas y cumplidos de condolencia, más intolerables aún que el juego. Aquel día, hablar le horrorizaba.

Afortunadamente, el general, de los hermanos mínimos se hallaba entre los grandes personajes que habían acudido a cumplimentar a la princesa. Este fraile, muy sabio, digno émulo de los Fontana y de los Duvoisin, se había sentado en un rincón muy retirado del salón, y Fabricio se colocó estratégicamente de pie ante él, para no ver la puerta de entrada, y se puso a hablarle de teología. Mas no pudo evitar que su oído oyera anunciar a los señores marqueses de Crescenzi. Fabricio, contra lo que esperaba, experimentó un arrebato de violenta cólera.

«Si yo fuera *Borso Valserra* (uno de los generales del primer Sforza), iría a apuñalar a ese odioso marqués —se dijo Fabricio—, precisamente con el puñalito de mango de marfil que me dio Clelia aquel día venturoso, y le enseñaría si se puede permitir la insolencia de presentarse con esa marquesa en un lugar en que estoy yo.»

Su fisonomía cambió de tal modo, que el general de los hermanos mínimos le dijo:

—¿Se encuentra mal Vuestra Excelencia?

—Me duele horriblemente la cabeza… esas luces me hacen daño… y si permanezco aquí es sólo porque he sido designado para la partida de *whist* del príncipe.

Estas palabras desconcertaron de tal modo al general de los hermanos mínimos, de origen burgués, que no sabiendo qué hacer, se puso a cumplimentar a Fabricio, el cual, por su parte, con turbación muy distinta de la del general de los mínimos, se puso a hablar con una volubilidad exagerada; observó que se hacía un gran silencio detrás de él, mas no quería mirar. De pronto un arco de violín dio un golpe en un atril; se oyeron los compases de un *rittornello* y la buena madame F*** cantó aquel aria de Cimarosa tan célebre en otro tiempo:

*Quelle pupille tenere!*

Fabricio resistió bien los primeros compases, pero en seguida se disipó su cólera y sintió una necesidad incontenible de llorar. «¡Dios mío! —se dijo—, ¡qué escena tan ridícula!, ¡y con mis hábitos!» Creyó más prudente hablar de sí mismo.

—Estos terribles dolores de cabeza —prosiguió dirigiéndose al general de los hermanos mínimos—, cuando los combato, como hoy, acaban en crisis de lágrimas que podrían dar pasto a la maledicencia en un hombre de nuestro estado; ruego, pues, a Vuestra Reverencia Ilustrísima que me permita llorar mirándole, y que no haga

caso.

—Nuestro padre provincial de Catanzara padece la misma dolencia —dijo el general de los mínimos. Y comenzó en voz baja una larga historia.

Lo ridículo de ésta, que llegó hasta la descripción minuciosa de las cenas del padre provincial, hizo sonreír a Fabricio, cosa que no le había ocurrido desde hacía mucho tiempo; mas no tardó en dejar de escuchar al general de los mínimos. Madame P*** cantaba con un talento divino un aria de Pergoleso (la princesa gustaba de la música vieja). Se produjo un pequeño ruido a tres pasos de Fabricio; por primera vez en la noche, miró. El sillón que acababa de producir aquel pequeño crujido en el *parquet* estaba ocupado por la marquesa Crescenzi, cuyos ojos, llenos de lágrimas, se cruzaron de lleno con los de Fabricio, que no se hallaban en mejor estado. La marquesa bajó la cabeza; Fabricio continuó mirándola unos momentos; hacía conocimiento ahora con aquella cabeza cubierta de diamantes, mas su mirada expresaba la ira y el desdén. Luego, diciéndose: *y mis ojos no han de mirarte nunca más,* se volvió hacia el padre general y le dijo:

—Mi dolencia me acongoja en este momento con más fuerza que nunca. En efecto, Fabricio lloró a raudales durante más de media hora. Por fortuna, una sinfonía de Mozart, horriblemente destrozada, como es costumbre en Italia, vino en socorro suyo y le ayudó a enjugarse las lágrimas.

Se mantuvo firme y no volvió los ojos hacia la marquesa Crescenzi; pero madame B*** cantó de nuevo, y el alma de Fabricio, sosegada por las lágrimas, llegó a un estado de perfecta paz. Entonces se le apareció la vida bajo un nuevo aspecto. «¿Es que pretendo —se dijo— poder olvidar en seguida y por completo? ¿Me sería posible?» Luego llegó a esta idea:

«¿Puedo acaso ser más desgraciado de lo que soy desde hace dos meses?… Pues si nada puede aumentar mi sufrimiento, ¿por qué resistir al placer de verla? Ha olvidado sus juramentos; es ligera, mas, ¿no lo son todas las mujeres? Pero ¿quién podría negarle una belleza celestial? Tiene unos ojos que me extasían, mientras que para mirar a las demás mujeres que pasan por más bellas, necesito hacer un esfuerzo sobre mí mismo. ¿Y por qué no dejarme extasiar? Será al menos un momento de tregua».

Fabricio poseía algún conocimiento de los hombres, mas ninguna experiencia de las pasiones; de haberla tenido, se habría dicho que aquel placer de un momento al cual iba a ceder anularía todos sus esfuerzos de dos meses por olvidar a Clelia.

La infeliz criatura asistía a aquella fiesta obligada por su marido; quería al menos retirarse, transcurrida media hora, con un pretexto de salud; pero el marqués le dijo que salir con su carruaje para marcharse cuando otros muchos carruajes estaban llegando todavía, sería una cosa completamente desacostumbrada y podría incluso interpretarse como una crítica indirecta de la fiesta ofrecida por la princesa.

—En mi calidad de caballero de honor —añadió el marqués—, yo debo permanecer en el salón a las órdenes de la princesa hasta que se haya marchado todo el mundo: puede ocurrir, y ocurrirá sin duda, que haya que dar órdenes a los criados: ¡son tan negligentes! ¿Y quiere que un simple caballerizo de la princesa usurpe este honor?

Clelia se resignó; no había visto a Fabricio; esperaba además que no asistiera a aquella fiesta. Mas en el momento en que iba a comenzar el concierto, la princesa dio permiso a las damas para sentarse; Clelia, muy poco atenta a esta clase de cosas, se dejó quitar los mejores asientos cerca de la princesa y se vio obligada a buscar un sillón al fondo de la sala, en el rincón muy retirado donde se refugiara Fabricio. Al acercarse a su sillón, la singularidad, en un lugar como aquél, del hábito del general de los hermanos mínimos atrajo su mirada, sin que al principio se fijara en el hombre delgado y vestido de una simple sotana negra que estaba hablando con aquél; pero una cierta atracción secreta le retenía los ojos sobre aquel hombre. «Aquí todo el mundo lleva uniforme o vestidos ricamente bordados: ¿quién puede ser ese joven de sotana negra tan sencilla?» Le miraba con profunda atención, cuando una dama, al sentarse cerca de ella, movió ligeramente su sillón. Fabricio volvió la cabeza; Clelia no le reconoció, tan cambiado estaba. Primero se dijo: «Este hombre se le parece, será su hermano mayor; pero yo creía que sólo le llevaba unos años, y éste es un hombre de cuarenta». De pronto le reconoció por un gesto de la boca.

«¡Cuánto ha sufrido, el desdichado!», se dijo. Y bajó la cabeza, abrumada por el dolor y no por ser fiel a su voto. Tenía el corazón transido de piedad; ¡qué lejos estaba de aquel aspecto lastimoso al cabo de nueve meses de prisión! No volvió a mirarle, mas sin volver abiertamente los ojos hacia él, veía todos sus movimientos.

Después del concierto le vio aproximarse a la mesa de juego del príncipe, colocada a unos pasos del trono; al verle tan lejos de ella, respiró.

Pero al marqués Crescenzi le había molestado mucho que su esposa quedara relegada tan lejos del trono, y se había pasado la noche empeñado en convencer a una dama sentada a tres sillones de distancia de la princesa, y cuyo marido le debía favores de dinero, de que haría bien en cambiar de sitio con la marquesa. Como la pobre mujer se resistiera, cosa muy natural, el marqués fue en busca del marido deudor; éste hizo oír a su mitad la triste voz de la razón, y el marqués tuvo al fin el placer de consumar el cambio y de ir en busca de su esposa.

—Siempre será demasiado modesta —le dijo—. ¿Por qué ir con los ojos bajos?; la tomarán por una de esas burguesas muy pasmadas de verse aquí y cuya presencia sorprende también a todo el mundo. ¡Esa loca de mayordoma mayor no hace sino introducir mujeres de esa clase! ¡Y se habla de retardar los progresos del jacobinismo! Piense que su esposo ocupa la primera plaza masculina en la corte de la princesa, y aunque los republicanos consiguieran suprimir la corte y hasta la nobleza,

su esposo seguiría siendo el hombre más rico de este Estado. Es una idea que nunca fija bastante en su cabeza.

El sillón en que el marqués tuvo la satisfacción de instalar a su esposa distaba sólo seis pasos de la mesa de juego del príncipe; Clelia no veía a Fabricio sino de perfil, pero le encontró tan enflaquecido y, sobre todo, tan más allá de todas las cosas de este mundo —él, que en otro tiempo no dejaba pasar el menor incidente sin su comentario—, que acabó por llegar a esta horrible conclusión: Fabricio estaba cambiado por completo; la había olvidado; su extraordinario enflaquecimiento era debido a los severos ayunos a que le sometía su devoción. La conversación de todas sus vecinas confirmó esta idea de Clelia: el nombre del coadjutor estaba en todas las bocas; se buscaba la causa del insigne favor de que era objeto: ¡él, tan joven, ser admitido en la partida de juego del príncipe! Todos admiraban la indiferencia cortés y el gesto altivo con que daba las cartas, y hasta cuando cortaba la baraja a su Alteza.

—¡Pero esto es increíble! —exclamaban los viejos cortesanos—, la privanza de su tía le ha trastornado completamente la cabeza… Pero a Dios gracias eso no durará: a nuestro soberano no le gusta que nadie tome esos airecitos de superioridad.

La duquesa se acercó al príncipe; los cortesanos, que se mantenían a una respetuosa distancia de la mesa de juego y que sólo podían oír algunas palabras sueltas de la conversación del príncipe, observaron que Fabricio enrojecía vivamente. «Su tía debe de haberle amonestado —se dijeron los cortesanos— por su orgullosa actitud de indiferencia.» Fabricio acababa de oír la voz de Clelia contestando a la princesa, que, al dar la vuelta acostumbrada por el baile, había dirigido la palabra a la esposa de su caballero de honor. Llegó el momento en que Fabricio tuvo que cambiar de sitio en el *whist;* entonces se encontró justamente enfrente de Clelia, y se entregó varias veces a la dicha de contemplarla. La pobre marquesa, sintiendo su mirada, perdía por completo el dominio de sí misma. Olvidó varias veces lo que debía a su voto, y en su deseo de adivinar lo que pasaba en el corazón de Fabricio, no pudo menos de mirarle.

Terminado el juego del príncipe, las damas se levantaron para pasar al comedor. Se produjo un poco de desorden. Fabricio se encontró de pronto muy cerca de Clelia; estaba todavía muy resuelto, pero reconoció un perfume muy tenue que ella ponía en sus ropas; esta sensación destruyó en un instante todos sus propósitos. Se acercó a ella y pronunció a media voz, como hablándose a sí mismo, dos versos de aquel soneto de Petrarca que en otro tiempo le enviara desde el lago Mayor grabado en un pañuelo de seda:

—¡Cuán inefable era mi ventura mientras el vulgo me creía infortunado, y, ahora, cuán distinta mi suerte!

«No, no me ha olvidado —se dijo Clelia, embelesada de alegría—. ¡Esta alma hermosa no es inconstante!»

*No, no me veréis jamás cambiar,*
*hermosos ojos en que aprendí el amor.*

Clelia se permitió repetirse a sí misma estos dos versos de Petrarca.

La princesa se retiró al terminar la cena. El príncipe la acompañó hasta sus habitaciones y no volvió a aparecer en los salones de recepción. Tan pronto como se difundió la noticia, todo el mundo quiso marcharse al mismo tiempo. Se produjo un desorden completo en las antesalas; Clelia se encontró muy cerca de Fabricio; el profundo dolor pintado en su fisonomía le inspiró una gran compasión.

—Olvidemos el pasado —le dijo— y guarde este recuerdo de *amistad.*

Diciendo estas palabras, colocó el abanico de manera que Fabricio pudiera cogerlo.

Todo cambió para Fabricio; en un instante se convirtió en otro hombre; al día siguiente declaró que su retiro había terminado, y volvió a ocupar sus magníficas habitaciones en el palacio Sanseverina. El arzobispo dijo y creyó que la distinción que le hiciera el príncipe admitiéndole en su partida de juego había hecho perder por completo la cabeza a aquel nuevo santo; la duquesa consideró que estaba de acuerdo con Clelia. Esta idea, que venía a intensificar el sufrimiento producido por el recuerdo de un fatal juramento, acabó de decidirla a ausentarse. Las gentes admiraron su locura. ¡Cómo, alejarse de la corte en el momento en que el favor de que era objeto parecía ilimitado! El conde, completamente feliz desde que veía que no había amor entre Fabricio y la duquesa, dijo a su amiga:

—Este nuevo príncipe es la virtud en persona, pero yo le he llamado *ese niño;* ¿me lo perdonará algún día? Sólo veo un medio de recuperar todo su afecto: la ausencia. Voy a mostrarme perfecto de amabilidad y de respeto, y luego me pondré enfermo y pediré licencia. Usted me lo permitirá, puesto que la fortuna de Fabricio está ya asegurada. Pero, ¿me hará el inmenso sacrificio —añadió sonriendo— de cambiar el título sublime de duquesa por otro muy inferior? Por divertirme, dejo aquí todos los asuntos en un desorden inextricable; tenía en mis diversos ministerios cuatro o cinco empleados activos; los he jubilado hace dos meses porque leían los periódicos franceses, y los he reemplazado por unos mentecatos de primer orden. Después de nuestra marcha, el príncipe se hallará en tal apuro, que a pesar de su horror por el carácter de Rassi, estoy seguro de que se verá obligado a llamarle de nuevo, y yo sólo espero una orden del tirano que dispone de mi suerte, para escribir a Rassi una carta de tierna amistad diciéndole que tengo grandes motivos para esperar que muy pronto se hará justicia a su mérito.

# XXVII

Esta conversación tan seria tuvo lugar al día siguiente de retornar Fabricio al palacio Sanseverina. La duquesa estaba todavía bajo la impresión de alegría que brillaba en todos los actos de Fabricio. «¡De modo —se decía— que esa beatita me ha engañado! No ha sabido resistir a su amante ni siquiera tres meses.»

La certidumbre de un desenlace afortunado había dado al príncipe, un joven tan pusilánime, el valor de amar; le llegó alguna noticia de los preparativos de partida que se hacían en el palacio Sanseverina, y su ayuda de cámara francés, que creía poco en la virtud de las grandes damas, le animó respecto a la duquesa. Ernesto V se permitió dar un paso que fue severamente censurado por la princesa y por todas las personas sensatas de la corte; para el pueblo, aquello fue la coronación del favor asombroso de que gozaba la duquesa. El príncipe fue a visitarla a su palacio.

—Se marcha —le dijo en un tono muy serio que a la duquesa le pareció odioso—, se marcha: ¡se dispone a traicionarme y a faltar a sus juramentos! Y no obstante, si yo hubiese tardado diez minutos en conceder el indulto a Fabricio, estaría ya muerto. ¡Y me abandona sumido en la desesperación, sin tener en cuenta que, a no mediar su juramento, yo no habría tenido nunca el valor de amarla como la amo! Pero, ¿es que no tiene honor?

—Reflexione cuerdamente, príncipe. En toda su vida, ¿ha existido un período tan dichoso como los cuatro meses que acaban de transcurrir? Su gloria como soberano, y me atrevo a creer que su satisfacción como hombre seductor, nunca llegaron a tal punto. He aquí el trato que le propongo: si se digna consentir en ello, no seré nunca su amante por un momento fugitivo y en virtud de un juramento arrancado por el miedo, pero consagraré todos los momentos de mi vida a hacer su felicidad; seré siempre lo que he sido estos cuatro meses, y quién sabe si el amor vendrá al fin a coronar la amistad. No juraría yo lo contrario.

—Pues bien —dijo el príncipe entusiasmado—, asuma otro papel: reine sobre mí y sobre mis Estados, sea mi primer ministro. Le ofrezco el único casamiento permitido por las tristes conveniencias de mi rango; tenemos un ejemplo cerca: el rey de Nápoles acaba de casarse con la duquesa de Partana[1]. Le ofrezco lo más que puedo ofrecerle, un casamiento de la misma clase. Añadiré una idea de triste politica para demostrarle que ya no soy un niño y que he pensado en todo. No le haré valer la condición que me impongo de ser el último soberano de mi estirpe, el dolor de ver en vida cómo las grandes potencias disponen de mi sucesión; bendigo esas contrariedades muy reales, porque me ofrecen un medio más de probarle mi aprecio y mi pasión.

La duquesa no vaciló un instante; el príncipe la aburría, y el conde le parecía muy bien; sólo a un hombre en el mundo podría posponerle. Por otra parte, sobre el conde

reinaba ella, mientras que el príncipe, dominado por las exigencias de su rango, habría reinado más o menos sobre ella. Por otra parte, podría muy bien cansarse un día y tomar amantes; al cabo de muy pocos años, la diferencia de edad parecería autorizarle a ello.

Desde el primer momento, había ya decidido la perspectiva de aburrirse; no obstante, la duquesa, que quería mostrarse encantadora, pidió permiso para reflexionar.

Sería demasiado largo consignar aquí los rodeos de frases casi tiernas y los términos infinitamente amables con que la duquesa supo envolver su negativa. El príncipe se enfureció; veía escapársele toda su felicidad.

¿Qué iba a ser de él cuando la duquesa abandonara su corte? Y, además, ¡qué humillación verse rechazado! «¿Y qué va a decirme mi ayuda de cámara francés cuando le cuente mi derrota?»

La duquesa tuvo el arte de calmar al príncipe y de llevar poco a poco la negociación a sus verdaderos términos.

—Si Vuestra Alteza se digna consentir en no precipitar el cumplimiento de una promesa fatal, y horrible a mis ojos, porque me hace incurrir en el desprecio de mí misma, pasaré toda mi vida en su corte, y esta corte será siempre lo que ha sido este invierno; consagraré todos los instantes de mi existencia a contribuir a la felicidad de Vuestra Alteza como hombre y a su gloria como soberano. Si Vuestra Alteza exige el cumplimiento de mi juramento, mancillará el resto de mis días e inmediatamente me verá abandonar sus Estados para no volver jamás. El día en que haya perdido mi honor, será también el último en que le vea.

Pero el príncipe era obstinado como todos los seres pusilánimes. Por otra parte, su orgullo de hombre y de soberano estaba irritado de ver rechazada su mano. Pensaba en todas las dificultades que hubiera tenido que superar para que fuera aceptada aquella boda, dificultades que, no obstante, estaba decidido a vencer.

Durante tres horas, se repitieron mutuamente los mismos argumentos, a menudo mezclados con palabras muy vivas. El príncipe exclamó:

—¿Quiere hacerme pensar, señora, que carece de honor? Si yo hubiese vacilado tanto tiempo el día en que el general Fabio Conti se disponía a envenenar a Fabricio, hoy estaría usted construyéndole una tumba en una de las iglesias de Parma.

—Desde luego no en Parma, este país de envenenadores.

Cuando ya se alejaba, la duquesa le dijo en voz baja:

—Pues bien, venga aquí a las diez de esta noche, en el más riguroso incógnito, y realizará un mal negocio. Será la última vez que me vea, mientras que de otro modo habría consagrado mi vida a hacerle todo lo dichoso que puede ser un príncipe absoluto en este siglo de jacobinos. Y piense en lo que será su corte cuando ya no esté yo aquí para sacarla de su mediocridad y de su perversidad naturales.

—Usted, por su parte, rechaza la corona de Parma, y más que la corona, pues no habría sido una princesa vulgar con la que un príncipe se casa por politica y sin amarla; mi corazón le pertenece por entero, y sería siempre la dueña absoluta de mis actos y de mi gobierno.

—Sí, pero la princesa, vuestra madre, habría tenido el derecho de despreciarme como a una vil intrigante.

—Pues yo habría desterrado a la princesa con una pensión.

Pasaron tres cuartos de hora más en réplicas y contrarréplicas incisivas. El príncipe, que tenía el alma delicada, no podía decidirse ni a usar de su derecho ni a dejar partir a la duquesa. Le habían dicho que, una vez logrado el primer momento, sea como sea, las mujeres vuelven siempre.

Despedido por la indignada duquesa, se atrevió a reaparecer, todo trémulo y muy atormentado, a las diez menos tres minutos. A las diez y media, la duquesa subía en un carruaje y tomaba el camino de Bolonia. Tan pronto como traspuso los Estados del príncipe, escribió al conde:

*Ya está hecho el sacrificio. En un mes no me pida que esté alegre. Ya no veré más a Fabricio. Le espero en Bolonia, y cuando quiera, seré la condesa Mosca. Sólo le pido una cosa: que no me obligue jamás a reaparecer en el país que abandono, y piense siempre que, en lugar de ciento cincuenta mil libras de renta, tendrá treinta o cuarenta mil a lo sumo. Todos los tontos le mirarán con la boca abierta, y ya sólo será considerado en la medida en que se preste a rebajarse a comprender todas sus pequeñas ideas. ¡Tú lo has querido, Georges Dandin!*

Transcurridos ocho días se celebró la boda en Perusa, en una iglesia donde tienen sus tumbas los antepasados del conde. El príncipe estaba desesperado. La duquesa recibió tres o cuatro correos suyos y le devolvió bajo sobre las cartas sin abrir. Ernesto V había otorgado al conde un regalo magnífico, y el gran cordón de su orden a Fabricio.

—Esto es lo que más me ha gustado de sus adioses. Nos hemos separado —decía el conde a la nueva condesa Mosca della Rovere— como los mejores amigos del mundo; me ha dado una gran venera española y unos diamantes que valen más que la venera. Me ha dicho que me haría duque si no fuera porque quería reservarse ese medio para atraerla de nuevo a sus Estados. Tengo, pues, el encargo de comunicar a usted, —¡bonita misión para un marido!— que si se digna tornar a Parma, aunque sólo sea por un mes, yo seré duque con el nombre que usted misma elija, y usted recibirá un hermoso territorio.

La duquesa rechazó todo esto con un sentimiento parecido al horror. Después de

la escena que tuvo lugar en el baile de la corte y que parecía bastante decisiva, Clelia dio muestras de no acordarse más del amor que había parecido compartir por un momento. Duros remordimientos se habían apoderado de su alma virtuosa y creyente. Fabricio lo adivinaba muy bien, y a pesar de todas las esperanzas que se esforzaba en cultivar, un sombrío dolor se había adueñado de su alma. Pero esta vez el dolor no le condujo a la clausura como en la época de la boda de Clelia.

El conde había rogado *a su sobrino* que le contara con detalle todo lo que pasara en la corte, y Fabricio, que comenzaba a comprender todo lo que le debía, se prometió cumplir esta misión como un caballero.

Lo mismo que toda la ciudad y que la corte, Fabricio creía que su amigo abrigaba el propósito de volver al ministerio, y con más poder del que nunca tuviera.

No tardaron en cumplirse las previsiones del conde: antes de transcurridas seis semanas de su partida, Rassi era primer ministro; Fabio Conti, ministro de la Guerra, y las cárceles que el conde había dejado casi vacías se iban llenando de nuevo. El príncipe, al llamar a aquellas gentes al poder, creyó vengarse de la duquesa; estaba loco de amor y odiaba particularmente al conde como a un rival.

Fabricio estaba muy atareado; como monseñor Landriani, que tenía setenta y dos años, había caído en un estado de gran debilidad, y ya apenas salía de su palacio, el coadjutor tenía que suplirle en casi todas sus funciones.

La marquesa Crescenzi, abrumada de remordimientos y asustada por su director espiritual, había hallado un excelente medio para sustraerse a las miradas de Fabricio. Con el pretexto de encontrarse en los últimos meses de su primer embarazo, había hecho de su palacio su propia prisión. Pero este palacio tenía un inmenso parque. Fabricio supo penetrar en él y colocó en la avenida preferida de Clelia gran cantidad de flores dispuestas en manojos y en cierto orden que expresaba un lenguaje parecido al que empleara cada tarde en los últimos tiempos de su prisión en la torre Farnesio.

Esta tentativa irritó mucho a la marquesa, sus estados de alma estaban presididos alternativamente por los remordimientos y por la pasión. Durante varios meses, no se permitió bajar ni una sola vez al parque de su palacio, y hasta sentía escrúpulo en echarle una mirada.

Fabricio comenzaba a creer en la separación definitiva, y la desesperación empezaba también a apoderarse de su alma. El mundo en que transcurría su vida le era atrozmente ingrato, y si no hubiera estado íntimamente convencido de que el conde no podía vivir feliz fuera del ministerio, habría vuelto a su clausura en su pequeño departamento del arzobispado. Sería muy dulce para él vivir entregado por entero a sus pensamientos y no volver a oír la voz humana fuera del ejercicio de sus funciones.

«Pero —se decía— nadie puede reemplazarme en el servicio al conde y a la condesa Mosca.»

El príncipe continuaba tratándole con una distinción que le situaba en el primer rango de la corte, y este favor se lo debía en gran parte a sí mismo. La extremada reserva, que en Fabricio provenía de una indiferencia rayana en repugnancia por todas las afectaciones o las pequeñas pasiones que llenaban la vida de los hombres, había picado la vanidad del príncipe; decía a menudo que Fabricio era tan inteligente como su tía. El alma cándida del príncipe vislumbraba a medias una verdad: que nadie se acercaba a él con la misma disposición de alma que Fabricio. Lo que no podía pasar inadvertido, ni siquiera a los más vulgares cortesanos, es que la consideración con que trataba a Fabricio no era la correspondiente a un simple coadjutor, pues superaba incluso a la que el soberano mostraba al arzobispo. Fabricio escribía al conde que si alguna vez el príncipe era lo bastante inteligente para darse cuenta del barullo que Rassi, Fabio Conti, Zurla y otros de igual jaez habían armado en los negocios públicos, él, Fabricio, sería el conducto natural para una posible gestión, sin comprometer demasiado el amor propio del soberano.

*De no ser por el recuerdo de las fatales palabras este niño* —decía a la condesa Mosca—, *aplicadas por un hombre de talento a una augusta persona, la augusta persona habría exclamado ya: «¡Vuelva inmediatamente y eche de aquí a todos esos pobres diablos!». Ahora mismo, si la esposa del hombre de talento se dignara dar un paso, por poco significativo que fuere, el conde sería llamado con entusiasmo; pero si quiere esperar a que madure el fruto, entrará por una puerta mucho más grande. Por lo demás, el aburrimiento es atroz en los salones de la princesa; no hay en ellos otra diversión que la locura de Rassi, que, desde que es conde, padece la manía de la nobleza. Se acaban de dar severas órdenes para que toda persona que no pueda probar ocho cuarteles de nobleza se abstenga de presentarse en las recepciones de la princesa (tales son los términos de la ordenanza). Todos los hombres que disfrutan actualmente el privilegio de entrar por la mañana en la galería principal y hallarse al paso del soberano cuando éste va a misa, continuarán en el goce de dicho privilegio; mas para adquirirlo en lo sucesivo habrá que probar los ocho cuarteles. A propósito de esto se dice que ya se ve que no hay cuartel para Rassi.*

Naturalmente, tales cartas no se confiaban al correo. La condesa Mosca contestaba de Nápoles:

*Tenemos concierto todos los jueves, y conversación todos los domingos. No se puede dar un paso en nuestros salones. El conde está entusiasmado con sus excavaciones; les consagra mil francos mensuales y acaba de traer de las*

*montañas de los Abruzzos obreros que sólo le cuestan poco más de un franco de jornal. Debías venir a vernos. Es la vigésima vez, señor ingrato, que le hago esta intimación.*

Fabricio no tenía pensamiento de obedecer: la simple carta que escribía diariamente al conde o a la condesa le parecía una carga casi insoportable. Se le perdonará cuando se sepa que había pasado ya un año sin poder dirigir una sola palabra a la marquesa. Todas sus tentativas por establecer alguna comunicación habían sido rechazadas con horror. El silencio habitual que, por hastío de la vida, guardaba Fabricio en todas partes, excepto en el ejercicio de sus funciones y en la corte, unido a la pureza irreprochable de sus costumbres, le habían valido una veneración tan extraordinaria, que se decidió a obedecer los consejos de su tía.

*El príncipe siente por ti tal veneración* —le escribía—, *que debes esperar caer pronto en desgracia; te prodigará las desatenciones y los más atroces desdenes de los cortesanos seguirán a los suyos. Esos pequeños déspotas, por honestos que sean, son variables como la moda y por la misma razón que la moda: el tedio. Sólo en la predicación puedes hallar fuerzas contra el capricho del soberano. ¡Improvisas tan bien en verso prueba a hablar media hora sobre religión; al principio dirás herejías, pero paga a un teólogo sabio y discreto que asista a tus sermones y te advierta de tus faltas, para que puedas repararlas al día siguiente.*

La clase de padecimiento que un amor contrariado pone en el alma hace que todo lo que exige atención y actividad constituya un esfuerzo sumamente penoso. Pero Fabricio se dijo que su influencia en el pueblo, si llegaba a adquirirla, podría algún día ser útil a su tía y al conde, el cual le inspiraba una veneración que iba aumentando cada día, a medida que los negocios públicos le enseñaban a conocer la maldad de los hombres. Se decidió, pues, a predicar, y su éxito, preparado por su flacura y su sotana raída, fue extraordinario. Trascendía de sus discursos un perfume de tristeza profunda que, unido a su rostro atractivo y a la fama del alto favor de que gozaba en la corte, arrebató todos los corazones femeninos. Las mujeres inventaron que había sido uno de los más bravos capitanes del ejército de Napoleón. Al poco tiempo, nadie dudaba ya de este hecho absurdo. La gente se hacía reservar sitio en las iglesias donde iba a predicar; los pobres hacían guardia desde las cinco de la mañana para vender los puestos.

El éxito fue tal, que a Fabricio llegó a ocurrírsele una idea que le transformó el alma: bien pudiera ocurrir que, aunque sólo fuera por curiosidad, la marquesa Crescenzi asistiera algún día a uno de sus sermones. De pronto, el público notó,

entusiasmado, que su elocuencia era aún mucho mayor; en los momentos de emoción, se permitía imágenes cuya audacia habría estremecido a los oradores más expertos; a veces, olvidándose de sí mismo, se dejaba llevar a ciertos arrebatos de inspiración apasionada, y todo el auditorio prorrumpía en sollozos. Pero en vano su ojo *agrottato* buscaba, entre tantos semblantes que miraban al púlpito aquel cuya presencia había sido para él el acontecimiento supremo.

«Pero si alguna vez tengo esa dicha —se decía—, o me desmayaré, o perderé completamente el hilo del discurso.» En previsión de este último inconveniente, había compuesto una especie de plegaria tierna y apasionada que colocaba siempre en el púlpito, sobre un taburete; tenía el propósito de ponerse a leer aquello si alguna vez la presencia de la marquesa le ponía en la imposibilidad de hallar una palabra.

Un día supo, por unos criados del marqués a sueldo suyo, que se habían dado órdenes de preparar para el día siguiente el palco de la casa Crescenzi en el teatro principal. Hacía un año que la marquesa no asistía a ningún espectáculo, y lo que ahora la movía a salir de sus costumbres era un tenor notabilísimo que llenaba la sala todas las noches. La primera reacción de Fabricio fue una gran alegría. «¡Por fin podré verla toda una velada! Dicen que está muy pálida.» Y se esforzaba en imaginar aquel rostro encantador con los colores casi extintos por los combates del alma.

Su amigo Ludovico, muy consternado por lo que él llamaba la locura de su amo, consiguió, aunque con mucho trabajo, un palco en el cuarto piso, casi enfrente al de la marquesa. A Fabricio se le ocurrió una idea:

«Espero sugerirle el deseo de venir al sermón, y elegiré una iglesia muy pequeña, para poder verla bien». Fabricio predicaba generalmente a las tres. La mañana en que la marquesa debía asistir al teatro, hizo anunciar que un deber de su cargo le reclamaba en el arzobispado todo el día; por excepción, predicaría a las ocho y media de la noche en la pequeña iglesia de Santa María de la Visitación, situada precisamente frente a una de las alas del palacio Crescenzi. Ludovico llevó de su parte una enorme cantidad de velas a las religiosas de la Visitación, con el ruego de iluminar la iglesia con una luz resplandeciente. Obtuvo toda una compañía de la guardia, y fue colocado un centinela, con la bayoneta calada, delante de cada capilla, para impedir los robos.

El sermón estaba anunciado para las ocho y media, pero a las dos la iglesia estaba ya completamente llena. Fácil es figurarse el alboroto que se produjo en la calle solitaria dominada por la noble arquitectura del palacio Crescenzi. Fabricio había hecho anunciar que, en honor de nuestra Señora de la Piedad, predicaría sobre la piedad que un alma generosa debe tener para un desdichado, aun cuando sea culpable.

Disfrazado todo lo mejor posible, Fabricio entró en su palco del teatro tan pronto como éste abrió sus puertas y antes de que estuviera iluminado. El espectáculo

comenzó a las ocho, y al cabo de unos minutos gozó esa inmensa alegría que nadie puede imaginarse si no la ha experimentado: vio abrirse la puerta del palco de los Crescenzi, y al cabo de un momento, entró en él la marquesa; no la había visto tan de cerca desde el día en que le diera su abanico. Fabricio creyó morir de felicidad; sentía una agitación tan singular, que se dijo: «Creo que voy a morirme. ¡Qué hermoso modo de acabar esta vida tan triste! Quizá voy a caer en este palco; los fieles congregados en la Visitación no me verán llegar, y mañana sabrán que el futuro arzobispo se ha desmayado en un palco de la ópera, y encima disfrazado de criado y vestido de librea. ¡Adiós mi reputación! Mas, ¿qué me importa mi reputación?».

Pero a las nueve menos cuarto, Fabricio hizo un esfuerzo sobre sí mismo; salió de su palco del cuarto piso y, con mucho trabajo, pudo llegar, a pie, al lugar en que debía cambiar la librea por un hábito más adecuado. Hasta las nueve no llegó a la Visitación, tan pálido y tan débil, que por la iglesia se extendió el rumor de que el señor coadjutor no podría predicar aquella noche. Fácil es imaginar los cuidados que le prodigaron las religiosas entre las rejas del locutorio interior en que se refugiara. Aquellas damas hablaban mucho; Fabricio pidió que le dejaran solo unos momentos, y en seguida se dirigió al púlpito. Uno de sus ayudantes de campo le había anunciado, a eso de las tres, que la iglesia estaba ya completamente llena, pero de personas de la clase más humilde, atraídas al parecer por el espectáculo de la iluminación. Al entrar en el púlpito, Fabricio se quedó gratamente sorprendido al ver todas las sillas ocupadas por la juventud más de moda y por las personas más distinguidas.

Comenzó su sermón con unas frases de disculpa, que fueron recibidas con reprimidas exclamaciones de admiración. En seguida, pasó a la descripción apasionada del desdichado del que hay que apiadarse para honrar a Nuestra Señora de la Piedad, que tanto padeció en la tierra. El orador estaba muy conmovido; había momentos en que apenas podía pronunciar las palabras de manera que fueran oídas desde todos los extremos de la pequeña iglesia. A los ojos de todas las mujeres y de no pocos hombres, él mismo parecía uno de esos desdichados menesterosos de compasión; tan extremada era su palidez. Al cabo de unos minutos, los fieles se dieron cuenta de que no estaba en su ser habitual; su tristeza era aquella noche más profunda y más tierna que de costumbre. Hubo un momento en que vieron brillar lágrimas en sus ojos: inmediatamente surgió en el auditorio un sollozo tan general y clamoroso, que el sermón hubo de interrumpirse.

Esta primera interrupción fue seguida de otras muchas; menudeaban las exclamaciones de admiración, los sollozos; se oían a cada instante gritos como ¡oh, santa Madona!, ¡oh, Dios mío! Era tan general e invencible la emoción en aquel público selecto, que nadie se avergonzaba de lanzar exclamaciones, y las personas que se dejaban llevar a ellas no parecían ridículas a sus vecinos.

Durante el reposo acostumbrado a mitad del sermón, le dijeron a Fabricio que no

había quedado nadie en el teatro; una sola dama permanecía aún en su palco: la marquesa Crescenzi. Durante aquel momento de descanso, se oyó de pronto mucho ruido en la sala: eran los fieles, que votaban una estatua al señor coadjutor. El éxito en la segunda parte del sermón fue tan ruidoso y tan mundano, las exclamaciones de contrición cristiana fueron de tal manera reemplazadas por gritos de admiración completamente profanos, que, al abandonar el púlpito, Fabricio se creyó en el deber de amonestar al auditorio. Todos salieron en una actitud que tenía a la vez algo de singular y de solemne; llegados a la calle, rompieron a aplaudir con furia y a gritar: *E viva Del Dongo!*

Fabricio miró el reloj con precipitación y corrió a una ventanita enrejada que alumbraba el estrecho pasadizo del órgano en el interior del convento. Por cortesía hacia la multitud increíble e insólita que llenaba la calle, el suizo del palacio Crescenzi había colocado una docena de antorchas en esas manos de hierro que emergen en la fachada de los palacios construidos en la Edad Media. Transcurridos algunos minutos, y mucho tiempo antes de que cesaran los gritos, llegó el acontecimiento que Fabricio esperaba con tanta ansiedad: el carruaje de la marquesa, volviendo del teatro, apareció en la calle; el cochero se vio obligado a detenerse, y sólo a paso muy lento y a fuerza de gritos, pudo el coche llegar a la puerta[2].

La marquesa estaba conmovida por la música sublime, como les ocurre a los corazones dolientes, pero más todavía por la perfecta soledad del espectáculo cuando supo la causa. A mitad del segundo acto y en escena el admirable tenor, hasta los espectadores del patio de butacas habían abandonado de pronto sus asientos para ir a probar fortuna y tratar de penetrar en la iglesia de la Visitación. La marquesa, al verse detenida por la multitud ante la puerta, se echó a llorar emocionada. «¡No fue mala mi elección!», se dijo.

Pero precisamente a causa de aquel instante de enternecimiento, resistió con firmeza a las instancias del marqués y de todos los amigos de la casa, que no concebían que no fuera a oír a un predicador tan asombroso.

«¡En fin —decían—, con decir que se le prefiere al mejor tenor de Italia!»

«Si le veo, estoy perdida», se decía la marquesa.

En vano Fabricio, cuyo talento resultaba más brillante cada día, predicó varias veces más en aquella iglesita vecina al palacio Crescenzi: nunca vio a Clelia, que hasta acabó por irritarse de aquel empeño deliberado en venir a turbar su calle solitaria, después de haberla echado de su parque.

Al examinar los rostros de las mujeres que le escuchaban, Fabricio observaba desde hacía algún tiempo una carita morena muy bonita y cuyos ojos despedían llamas. Aquellos ojos magníficos solían estar bañados en lágrimas desde la octava o la décima frase del sermón. Cuando Fabricio se veía obligado a decir cosas largas y aburridas para él mismo, gustaba de reposar la mirada en aquella cabeza cuya

frescura juvenil le resultaba grata. Se enteró de que aquella mocita se llamaba Anetta Marini y era hija única del comerciante en tejidos más rico de Parma, muerto hacía unos meses.

Al poco tiempo, el nombre de Anetta Marini, la hija del comerciante, corría de boca en boca; se había enamorado perdidamente de Fabricio. Cuando comenzaron los famosos sermones, estaba decidida su boda con Giacomo Rassi, hijo primogénito del ministro de justicia y que no le disgustaba; mas apenas oyó dos veces a monseñor Fabricio, declaró que no quería casarse, y como le preguntaran la causa de tan singular cambio, respondió que no era digno de una muchacha honrada casarse con un hombre estando enamorada de otro. Su familia se dio a buscar, sin éxito al principio, quién podría ser aquel otro.

Pero las lágrimas ardientes que Anetta vertía en el sermón dieron la pista de la verdad; al preguntarle su madre y sus tíos si amaba a monseñor Fabricio, contestó con valentía que, puesto que habían descubierto la verdad, no había ella de envilecerse con una mentira, y añadió que, ya que no podía abrigar la menor esperanza de casarse con el hombre que adoraba, quería al menos que no le ofendiera la vista el ridículo semblante del *contino* Rassi. Esta manera de poner en ridículo al hijo de un hombre que era la envidia de toda la burguesía fue, a los dos días, la comidilla de la ciudad. La respuesta de Anetta Marini pareció deliciosa, y todo el mundo la repitió. Y se habló de ello en el palacio Crescenzi como en todas partes.

Clelia se guardó muy bien de abrir la boca sobre semejante tema en su salón; mas hizo algunas preguntas a su doncella, y el domingo siguiente, después de oír misa en la capilla de su palacio, hizo montar en su coche a su doncella y fue a oír una segunda misa a la parroquia de Anetta Marini. Encontró allí congregados a todos los lechuguinos de la ciudad atraídos por el mismo motivo; aquellos caballeros permanecían en pie junto a la puerta. Pronto, por el gran movimiento que se produjo entre ellos, comprendió Clelia que entraba en la iglesia Anetta Marini; se encontró muy bien situada para verla, y, a pesar de su piedad, apenas atendió a la misa. Clelia halló en aquella belleza un airecito desenvuelto que, a su juicio, podía ir bien si acaso a una mujer que llevara casada varios años. Por lo demás, estaba perfectamente bien formada dentro de su pequeña estatura, y sus ojos, como dicen en Lombardía, parecían hablar con las cosas que miraban. La marquesa se escabulló antes de acabar la misa.

Al día siguiente mismo, los amigos de la casa Crescenzi, que iban todas las noches a pasar la velada, contaron un nuevo rasgo divertido de Anetta Marini. Como su madre, temiendo alguna locura, le dejaba disponer de muy poco dinero, Anetta había ido a ofrecer una magnífica sortija de diamantes, regalo de su padre, al célebre Hayez, que había ido a Parma a decorar los salones del palacio Crescenzi, y a pedirle el retrato de monseñor Del Dongo; pero quería que en aquel retrato estuviese vestido

simplemente de negro, y no en hábitos eclesiásticos. Ahora bien, la víspera, la madre de Anetta se había quedado atónita y, más que atónita, escandalizada al ver en el cuarto de su hija un soberbio retrato de Fabricio del Dongo encuadrado en el marco más bello que se dorara en Parma desde hacía veinte años.

---

[1]Del Litto y Abravanel explican la alusión: en 1815, Fernando I, rey de Las Dos Sicilias, contrajo matrimonio morganático con la que fue, en primeras nupcias, duquesa de Partana.

[2]En este pasaje de la novela es quizá donde más revivido aparece el período de exasperada y desesperada exaltación amorosa de Stendhal por Matilde de Viscontini (o Dembowski) que él pasó en Milán entre 1818 y 1821 y cuyo sedimento conservó siempre en sí mismo, y puso en todas sus novelas. (Se puede ver la historia de este amor, resumida, en mi prólogo del libro *Del Amor,* cit.)

# XXVIII

Arrastrados por los acontecimientos, no hemos tenido tiempo de esbozar la raza cómica de cortesanos que pululan en la corte de Parma y hacían curiosos comentarios sobre estos acontecimientos por nosotros referidos. En este país, lo que hace a un noble con sus tres o cuatro mil libras de renta digno de asistir con medias negras a la ceremonia de salir de la cama el príncipe, es en primer término no haber leído a Voltaire y a Rousseau. Esta condición es poco difícil de cumplir. Luego había que saber hablar enterneciéndose del catarro del soberano o de la última caja de mineralogía que éste había recibido de Sajonia. Si después de esto no se faltaba a misa ni un solo día del año, si el individuo podía contar entre sus amigos íntimos dos o tres frailes gordos, el príncipe se dignaba dirigirle la palabra una vez al año, quince días antes o quince días después del primero de enero, lo que daba al favorecido gran relieve en su parroquia, y el recaudador de contribuciones no se atrevía demasiado a vejarle si se retrasaba en la cantidad anual de cien francos con que estaban gravadas sus pequeñas propiedades.

Gonzo era un pobre tipo de esta clase, de alto linaje, que además de poseer una pequeña hacienda, había conseguido por influencia del marqués Crescenzi un empleo magnífico que le valía mil ciento cincuenta francos anuales. Este hombre hubiera podido comer en su propia casa, pero tenía una pasión: sólo estaba a gusto y era feliz cuando se hallaba en el salón de algún gran personaje que le dijera de vez en cuando:

—Cállate, Gonzo, eres un estúpido.

Este juicio era dictado por el mal humor, pues Gonzo tenía casi siempre tanto ingenio como el gran personaje. Hablaba de todo y con bastante gracia; además, estaba siempre dispuesto a cambiar de opinión a un simple gesto del dueño de la casa. A decir verdad, aunque muy hábil para sus intereses, no tenía ni una idea en la cabeza, y cuando el príncipe no estaba acatarrado, se veía a veces muy apurado en el momento de entrar en un salón.

Lo que a Gonzo le había valido fama en Parma era un magnífico tricornio, guarnecido con una pluma negra, un poco lacia, que se ponía incluso con el frac; mas había que ver la manera como llevaba aquella pluma, ya en la cabeza, ya en la mano; en esto radicaba su talento y su importancia. Se informaba con verdadera ansiedad del estado de salud del perrillo de la marquesa, y si hubiera surgido un incendio en el palacio Crescenzi, habría expuesto su vida para salvar uno de aquellos magníficos sillones de brocado de oro en los que, desde hacía tantos años, se enganchaba su pantalón de seda negra cuando por casualidad osaba sentarse un momento en ellos.

Siete u ocho personajes de esta especie llegaban todos los días a las siete al salón de la marquesa Crescenzi. Apenas sentados, un lacayo, suntuosamente vestido, con una librea color pajizo llena de galones de plata, lo mismo que la casaca roja que

completaba la magnificencia del atuendo, se acercaba a tomar los sombreros y los bastones de aquellos pobres diablos. Le seguía inmediatamente un camarero con una taza de café sumamente pequeña sostenida por un pie de filigrana de plata, y cada media hora, un mayordomo con espadín y un magnífico uniforme a la francesa venía a ofrecerles helados.

Media hora después de los pequeños cortesanos mal vestidos, llegaban cinco o seis oficiales hablando alto, con un aire muy marcial y discutiendo habitualmente sobre el número y la clase de botones que debe llevar el uniforme del soldado para que el general en jefe pueda obtener victorias. No habría sido prudente citar en el salón un diario francés, pues aun cuando la noticia pudiera ser agradable —por ejemplo, cincuenta liberales fusilados en España—[1], el narrador no habría dejado de quedar convicto de haber leído un periódico francés. La obra maestra de la habilidad de todas aquellas gentes era lograr cada diez años un aumento de pensión de ciento cincuenta francos. Así es como el príncipe comparte con su nobleza el placer de reinar sobre todos los burgueses y campesinos.

El principal personaje, sin discusión posible, del salón Crescenzi era el caballero Foscarini, perfectamente honrado; por eso había estado algún tiempo preso bajo todos los regímenes. Era miembro de aquella famosa Cámara de Diputados que, en Milán, rechazó la ley de registro presentada por Napoleón, rasgo muy raro en la historia. El caballero Foscarini, después de haber sido veinte años amigo de la madre del marqués, seguía siendo el hombre influyente en la casa. Siempre tenía algún cuento divertido que contar, pero nada escapaba a su perspicacia, y la nueva marquesa, que se sentía culpable en el fondo de su corazón, temblaba ante él.

Como Gonzo sentía una verdadera pasión por el gran señor, que le decía groserías y le hacía llorar una o dos veces al año, tenía la manía de procurar prestarle algunos pequeños servicios, y, de no paralizarle las costumbres de su extremada pobreza, habría podido triunfar de vez en cuando, pues no carecía de cierta agudeza y de un descaro mucho mayor.

Gonzo, tal como le hemos descrito, despreciaba bastante a la marquesa Crescenzi, porque ésta no le había dirigido en su vida una sola frase descortés; mas al fin y al cabo era la mujer del famoso marqués Crescenzi, caballero de honor de la princesa y que una vez o dos al mes decía a Gonzo:

—Cállate, Gonzo, eres un estúpido.

Gonzo observó que siempre que se hablaba de Anetta Marini, la marquesa salía por un momento del ensimismamiento y de la indiferencia en que habitualmente estaba absorta hasta que daban las once, hora en que preparaba el té y ofrecía una taza a cada hombre presente, llamándole por su nombre. Después de esto, en el momento de retirarse a sus habitaciones, parecía recobrar un poco de animación, y era éste el momento que elegían para recitarle los sonetos satíricos.

En Italia los hacen excelentes: es el único género de literatura que tiene aún un poco de vida; verdad es que no está sometido a la censura, y los cortesanos de la casa Crescenzi anunciaban siempre su soneto con estas palabras: *¿Permite la señora marquesa que recitemos ante ella un soneto muy malo?,* y cuando el soneto había hecho reír y había sido repetido dos o tres veces, no dejaba nunca de exclamar uno de los oficiales: El señor ministro de Policía debiera ocuparse de hacer ahorcar un poco a los autores de tales infamias. Las sociedades burguesas, por el contrario, acogen estos sonetos con la más franca admiración, y los amanuenses de los fiscales venden copias.

Por aquella especie de curiosidad mostrada por la marquesa, Gonzo se figuró que se había alabado demasiado en su presencia la belleza de la Marini, dueña por otra parte de una fortuna de un millón, y que la marquesa tenía celos. Como con su sonrisa continua y su descaro absoluto hacía todo el que no era noble, Gonzo entraba en todas partes, al día siguiente llegó al salón de la marquesa llevando su tricornio de plumas de cierto modo triunfal, y que sólo se le veía una o dos veces al año, cuando el príncipe le había dicho:

—Adiós, Gonzo.

Después de saludar respetuosamente a la marquesa, Gonzo no se alejó como de costumbre para ir a ocupar su sitio en el sillón que acababan de adelantarle. Se plantó en medio del corro y exclamó brutalmente:

—He visto el retrato de monseñor Del Dongo.

Fue tal la sorpresa de Clelia, que se vio obligada a apoyarse en el brazo del sillón; procuró arrostrar la tormenta, mas al poco rato se vio obligada a salir del salón.

—Hay que reconocer, mi pobre Gonzo, que es una torpeza extraordinaria —exclamó con empaque uno de los oficiales que estaba terminando el cuarto helado—. ¿Cómo no sabe que el coadjutor, que ha sido uno de los más bravos coroneles del ejército de Napoleón, le jugó en otro tiempo una pasada infame al padre de la marquesa evadiéndose de la ciudadela mandada por el general Conti, como si hubiera salido de la Steccata (la principal iglesia de Parma)?

—Ignoro en efecto muchas cosas, y soy un pobre imbécil que me cuelo a cada dos por tres.

Esta réplica, muy del gusto italiano, hizo reír a expensas del brillante oficial. La marquesa volvió a entrar en seguida; se había armado de valor, y hasta la tentaba cierta vaga esperanza de admirar ella también aquel retrato de Fabricio que decían tan excelente. Habló con elogio del talento de Hayez, que lo había pintado. Sin darse cuenta, dirigía sonrisas encantadoras a Gonzo, y éste miraba al oficial con gesto malicioso. Como todos los demás cortesanos de la casa se entregaran al mismo placer, el oficial se dio a la huida, no sin jurarse un odio mortal a Gonzo. Gonzo estaba radiante, y aquella noche, al despedirse, fue invitado a comer al día siguiente.

—¡Ésta sí que es buena! —exclamó Gonzo al día siguiente, después de comer, cuando se retiraron los criados—, ¡pues no resulta que nuestro coadjutor se ha enamorado de la mocita Marini!…

Imagínense el golpe que sufriría el corazón de Clelia al oír estas palabras. Hasta el propio marqués se impresionó.

—¡Pero, amigo Gonzo, se precipita usted como de costumbre! ¡Debiera hablar con un poco más de miramiento de un personaje que ha tenido el honor de jugar once veces al whist con Su Alteza!

—Pues señor marqués —replicó Gonzo con la grosería propia de las personas de su especie—, puedo jurarle que le gustaría también jugar una partida con la mocita Marini. Pero desde el momento en que estos detalles le desagradan, ya no existen para mí, que deseo ante todo no molestar a mi adorable marqués.

Todos los días, el marqués se retiraba después de comer a dormir la siesta. Aquel día no lo hizo, pero Gonzo se habría cortado la lengua antes que añadir una sola palabra sobre la mocita Marini, y a cada momento iniciaba un discurso calculado como para hacer esperar al marqués que iba a volver sobre los amores de la burguesita. Gonzo poseía en grado sumo ese ingenio italiano que se recrea en diferir la palabra deseada. El pobre marqués, que se moría de curiosidad, se vio obligado a ciertas insinuaciones halagüeñas, diciendo a Gonzo que cuando tenía el gusto de comer con él comía el doble. Gonzo no comprendió y se puso a describir una magnífica galería de cuadros que estaba formando la marquesa Balbi, la amante del difunto príncipe; por tres o cuatro veces habló de Hayez, en un tono muy lento y transido de la más profunda admiración. El marqués pensaba: «¡Por fin ya va a llegar al retrato encargado por la mocita Marini!». Pero Gonzo se libraba muy bien de hacerlo. Dieron las cinco, con gran disgusto del marqués, que estaba acostumbrado a montar en el coche a las cinco y media, después de la siesta, para ir al Corso.

—¡Ya ve lo que hace con sus tonterías! —dijo groseramente a Gonzo—; por culpa suya llegaré al Corso después que la princesa, que acaso tendrá alguna orden que darme, puesto que soy su caballero de honor. ¡Vamos, apresúrese!: dígame algo, si puede, de esos supuestos amores de monseñor el coadjutor.

Pero Gonzo quería reservar este relato para la marquesa, que le había invitado a comer. Despachó, pues, en muy pocas palabras la historia reclamada, y el marqués, medio dormido, se marchó a dormir la siesta. Gonzo tomó otra actitud completamente distinta con la pobre marquesa. Seguía siendo ésta tan joven y tan ingenua en su alta fortuna, que se creyó en el deber de reparar la grosería con que el marqués acababa de hablar a Gonzo. Encantado éste del éxito, recuperó toda su elocuencia, y fue para él un placer, tanto como un deber, extenderse en detalles infinitos.

Anetta Marini daba hasta un cequí por cada uno de los asientos que le reservaban

para el sermón; llegaba siempre con dos de sus tías y el antiguo cajero de su padre. Aquellos asientos que se hacía guardar desde la víspera estaban por lo general frente al púlpito, pero un poco del lado del altar mayor, hacia el que había observado que se volvía a menudo el coadjutor. Y el público había reparado también en que, con no poca frecuencia, los ojos tan expresivos del joven predicador se detenían complacidos en la joven heredera, de tan picante belleza, y, lo que era más significativo, en cuanto fijaba sus ojos en ella, su sermón se iba volviendo sabio; abundaban las citas y perdía esos matices arrebatados que parten del corazón; y las damas, para quienes cesaba casi súbitamente el interés del sermón, se ponían a mirar a la Marini y a maldecirla.

Clelia se hizo repetir hasta tres veces todos aquellos singulares detalles. A la tercera, se tornó pensativa; estaba calculando que hacía justamente catorce meses que no veía a Fabricio. «¿Sería gran pecado —se decía— pasar una hora en una iglesia, no para oír a Fabricio, sino para oír a un predicador célebre? Además, me pondré muy lejos del púlpito y no miraré a Fabricio más que una vez al entrar y otra al acabar el sermón… No —continuaba—, no voy a ver a Fabricio, sino a oír al predicador maravilloso.» En medio de todas estas razones, la marquesa sentía remordimiento; ¡había sido tan hermosa su conducta durante catorce meses! «En fin —se decía por lograr alguna paz consigo misma—, si la primera mujer que llegue esta tarde ha ido a oír predicar a monseñor Del Dongo, yo también iré; si no ha ido, me abstendré.»

Una vez tomada esta decisión, la marquesa hizo feliz a Gonzo diciéndole:

—Trate de averiguar qué día predica el coadjutor y en qué iglesia. Es posible que esta noche, antes de que se marche, tenga que darle un encargo.

Apenas se marchó Gonzo al Corso, Clelia salió a tomar el aire al jardín de su palacio. No se hizo la objeción de que hacía diez meses que no ponía los pies en el parque. Estaba vivaz, animada, tenía colores en la cara. Por la noche, cada vez que un aburrido visitante entraba en el salón, el corazón le palpitaba emocionado. Por fin, fue anunciado Gonzo, el cual vio, a la primera ojeada, que iba a ser durante ocho días el hombre necesario. «La marquesa tiene celos de la Marini —se dijo—, y vive Dios que sería magnífica una comedia en que la marquesa desempeñara el primer papel, la Marini el de *soubrette y* monseñor Del Dongo el de galán. ¡Caramba, la entrada no sería demasiado cara a dos francos!» No cabía en sí de gozo, y pasó la velada cortando la palabra a todo el mundo y contando anécdotas de las más ridículas (por ejemplo, la de la célebre actriz y el marqués de Pequigny, que había sabido la víspera por un viajero francés). La marquesa, por su parte, no tenía sosiego; se paseaba por el salón, pasaba a una galería inmediata donde el marqués sólo había permitido poner cuadros cuyo costo pasara de veinte mil francos cada uno. Aquellos cuadros tenían un lenguaje tan claro aquella noche, que le fatigaban el corazón a la marquesa a fuerza de emoción. Por fin, oyó abrir los dos batientes y corrió al salón: ¡era la marquesa

Raversi! Pero al dirigirle los cumplidos de rigor, Clelia sentía que le faltaba la voz. La marquesa le hizo repetir dos veces la pregunta:

—¿Qué dice del predicador de moda? —que no había oído la primera vez.

—Yo le tenía por intrigantuelo, muy digno sobrino de la ilustre condesa Mosca; mas la última vez que ha predicado, precisamente en la iglesita de la Visitación, frente a su casa, estuvo tan sublime, que, extinguido todo odio, le tengo por el hombre más elocuente que he oído en mi vida.

—¿Luego ha asistido a sus sermones? —dijo Clelia trémula de alegría.

—¡Pero cómo no! —repuso la marquesa sonriendo—, ¿es que no me escuchaba? No me los perdería por nada del mundo. ¡Dicen que está enfermo del pecho y que muy pronto no podrá predicar!

Apenas se marchó la marquesa, Clelia llamó a Gonzo a la galería.

—Estoy decidida a oír a ese predicador tan alabado. ¿Cuándo predicará?

—El lunes próximo, o sea dentro de tres días; y se diría que ha adivinado su proyecto, porque viene a predicar a la iglesia de la Visitación.

No todo estaba explicado, pero Clelia no tenía ya voz para seguir hablando; dio cinco o seis vueltas por la galería sin añadir palabra. Gonzo se decía: «Está agitada por la pasión de la venganza. ¡Se necesita ser insolente para evadirse de una prisión, sobre todo cuando se tiene el honor de ser custodiado por un héroe como el general Fabio Conti!».

—Además, hay que darse prisa —añadió con fina ironía—: está enfermo del pecho. He oído decir al doctor Rambo que no tiene un año de vida; Dios le castiga por haber infringido su condena evadiéndose de la ciudadela a traición.

La marquesa se sentó en el diván de la galería e hizo seña a Gonzo de que la imitara. Al poco tiempo, le entregó una bolsita con unos cequíes.

—Hágame reservar cuatro asientos.

—¿Le será permitido al pobre Gonzo deslizarse detrás de Su Excelencia?

—Desde luego: haga reservar cinco asientos… No tengo el menor interés —añadió— en estar cerca del púlpito; pero me gustaría ver a la *signorina* Marini, que dicen que es tan bonita.

La marquesa no vivió durante los tres días que la separaban del famoso lunes del sermón. Gonzo, para quien era un singular honor que le vieran en público acompañando a tan alta dama, se había puesto su traje a la francesa con espada; no se limitó a esto: aprovechando la proximidad del palacio, mandó transportar a la iglesia un magnífico sillón dorado para la marquesa, cosa que a los burgueses les pareció una insolencia extraordinaria. Imagínese la impresión de la pobre marquesa al divisar aquel sillón y verlo colocado precisamente frente al púlpito.

Estaba tan confusa, con los ojos bajos y encogida en un ángulo de aquel enorme sillón, que no tuvo ni siquiera el valor de mirar a la Marini, aunque Gonzo se la

señalaba con la mano con un descaro que pasmaba a la marquesa. Las personas no aristocráticas no eran nada a los ojos del cortesano.

Fabricio apareció en el púlpito; estaba tan escuálido, tan pálido, tan consumido, que los ojos de Clelia se llenaron súbitamente de lágrimas. Fabricio dijo unas palabras, y luego se detuvo como si la voz le faltara de pronto; procuró en vano decir de nuevo algunas frases; volvióse y tomó un papel escrito.

«Hermanos míos —comenzó—, un alma desdichada y muy digna de toda vuestra piedad os invita, por mi voz, a rogar por el fin de sus tormentos, que sólo con su vida cesarán.»

Fabricio leyó muy despacio la continuación del papelito, mas era tal la expresión de su voz, que antes de finalizar la plegaria todo el mundo lloraba, incluso Gonzo. «Al menos así no llamaré la atención», se decía la marquesa deshecha en llanto.

Sin dejar de leer lo escrito, Fabricio improvisó dos o tres ideas sobre el estado del hombre desdichado para el cual solicitaba las oraciones de los fieles. En seguida, los pensamientos acudieron en tropel. Con la apariencia de dirigirse al público, se dirigía únicamente a la marquesa. Acabó su sermón un poco antes que de costumbre, porque, por mucho que se esforzara en contenerlas, las lágrimas le dominaban hasta tal punto que no podía pronunciar de una manera inteligible. Los buenos jueces juzgaron singular aquel sermón, pero igual al menos, por lo patético, al famoso de las luces. En cuanto a Clelia, apenas oyó las diez primeras líneas de la oración leída por Fabricio, consideró un crimen atroz haber podido pasar catorce meses sin verle. Al volver a su casa, se fue a la cama para poder pensar en Fabricio con toda libertad. Al día siguiente, bastante temprano, Fabricio recibió una esquelita concebida en estos términos:

*Se cuenta con su honor; busque cuatro bravos de cuya discreción esté seguro, y mañana, al dar las doce de la noche en la Steccata, esté junto a una puertecita que lleva el número 19 en la calle de San Pablo. Piense que le pueden atacar: no vaya solo.*

Sería muy largo describir todas las fases de la locura de que aquel día fueron presa los corazones de Fabricio y de Clelia. La puertecita indicada en la esquela no era otra que la del invernadero de naranjos del palacio Crescenzi, y Fabricio se las arregló para verla diez veces aquel día. Se proveyó de armas y, un poco antes de medianoche, pasaba solo y aprisa junto a aquella puerta, cuando, con inefable alegría, oyó una voz muy conocida que decía, en un tono muy quedo:

—Entra, amigo de mi alma.

Fabricio entró con precaución y se encontró en el patio de los naranjos, mas frente a una ventana fuertemente enrejada y a tres o cuatro pies del suelo. La oscuridad era

profunda. Fabricio había oído un leve ruido en aquella ventana y estaba reconociendo la reja con la mano cuando sintió que otra se la estrechaba a través de los barrotes y la acercaba a unos labios que la besaron.

—Soy yo —le dijo una voz adorada—, que he venido aquí para decirte que te amo y para preguntarte si quieres obedecerme.

Imagínese la respuesta, la alegría, el embeleso de Fabricio; después de las primeras efusiones, Clelia le dijo:

—He hecho promesa a la Madona, como sabes, de no verte nunca; por eso te recibo en esta oscuridad profunda. Quiero que sepas que si alguna vez me obligaras a mirarte a plena luz, todo acabaría entre nosotros. Mas, en primer lugar, no quiero que prediques delante de Anetta Marini, y no vayas a creer que he sido yo quien cometió la estupidez de mandar llevar un sillón a la casa de Dios.

—Ángel de mi vida, ya no volveré a predicar delante de nadie; sólo lo hice con la esperanza de verte algún día.

—No hables así; piensa que a mí no me es permitido verte.

Aquí pedimos licencia para saltar, sin decir una sola palabra, un espacio de tres años[2].

En la época en que continúa nuestro relato, hacía ya mucho tiempo que el conde Mosca estaba de retorno en Parma como primer ministro, más poderoso que nunca.

Al cabo de tres años de una felicidad divina, se apoderó del alma de Fabricio un tierno capricho que vino a trastornarlo todo. La marquesa tenía un precioso niño de dos años, Sandrino, que era la alegría de su madre. Estaba siempre con ella o sobre las rodillas del marqués Crescenzi. En cambio, Fabricio no le veía casi nunca; no quiso que se acostumbrara a querer a otro padre, y concibió el proyecto de raptar al niño antes de que sus recuerdos fuesen demasiado indelebles.

En las largas horas del día, durante las cuales no podía la marquesa ver a su amigo, la consolaba la presencia de Sandrino; pues hemos de confesar una cosa que parecerá rara al norte de los Alpes: a pesar de sus culpas, había permanecido fiel a su voto; había prometido a la Madona *no ver nunca* a Fabricio; tales eran las palabras precisas de su voto, y, en consecuencia, sólo le recibía de noche, y siempre en una estancia oscura.

Pero todas las noches Fabricio era recibido por su amiga, y —cosa admirable en una corte devorada por la curiosidad y por el tedio— las precauciones de Fabricio habían sido tan hábilmente calculadas, que jamás fue ni siquiera sospechada aquella *amicizia*, como se dice en Lombardía. Era un amor demasiado impetuoso para que no riñeran alguna vez; Clelia era celosa, pero casi siempre las querellas procedían de otra causa. Fabricio había abusado de alguna ceremonia pública para coincidir con Clelia y mirarla; entonces ella buscaba un pretexto para salir en seguida, y desterraba a su amigo por mucho tiempo.

La corte de Parma estaba muy extrañada de no conocer ninguna intriga a una mujer tan notable por su belleza y por lo elevado de su ingenio; inspiró algunas pasiones que dieron lugar a no pocas locuras, y también Fabricio sintió frecuentemente celos.

El buen arzobispo Landriani había muerto hacía tiempo; la piedad, las costumbres ejemplares de Fabricio hicieron que el viejo prelado cayera pronto en el olvido; el hermano mayor del nuevo arzobispo había muerto, y todos los bienes de la familia pasaron a Fabricio. A partir de entonces, distribuía cada año a los vicarios y a los curas de su diócesis los cien mil y pico de francos que producía el arzobispado de Parma.

Difícil habría sido imaginar una vida más venerada, más honorable y más útil que la que Fabricio había logrado, hasta que vino a trastornarlo todo aquel desgraciado capricho inspirado por el amor.

—Por ese voto que yo respeto, aunque constituye la desgracia de mi vida, porque no quieres recibirme de día —dijo una vez a Clelia—, me veo obligado a vivir siempre solo, sin más distracción que el trabajo, y hasta el trabajo me falla. En medio de este modo severo y triste de pasar las interminables horas de cada día, se me ha ocurrido una idea que es mi tormento y contra la que lucho en vano desde hace seis meses: mi hijo no me querrá, puesto que no oye jamás hablar de mí. Educado en el lujo amable del palacio Crescenzi, apenas me conoce. Las pocas veces que le veo, pienso en su madre, pues me recuerda su celestial belleza que yo no puedo contemplar, y debe de encontrarme una cara muy seria, lo que, para los niños, quiere decir muy triste.

—¡En fin! —dijo la marquesa—, ¿a qué viene todo ese discurso que tanto me asusta?

—A recuperar a mi hijo; quiero que viva conmigo; quiero verle todos los días; quiero que se acostumbre a quererme; quiero quererle yo a mis anchas. Puesto que una fatalidad única en el mundo dispone que yo me vea privado de la dicha de que gozan tantas almas enamoradas y que pase mi vida lejos de lo que adoro, quiero al menos tener cerca de mí un ser que te acerque a mi corazón, que te sustituya en cierto modo. Los asuntos y los hombres son para mí una carga en mi forzada soledad; ya sabes que la ambición ha sido para mí una palabra vacía desde el momento en que tuve la fortuna de que Barbone levantara testimonio de mi encarcelamiento; y todo lo que no es sensación del alma me parece ridículo en la melancolía que me abruma lejos de ti.

Fácil es imaginar el vivísimo dolor que la pesadumbre de su amado llevó al alma de Clelia; dolor tanto más profundo cuanto que se daba cuenta de que tenía razón en cierto modo. Llegó a pensar si no debiera acaso ella procurar la ruptura de su voto. Entonces podría recibir a Fabricio de día, como a cualquier otro personaje de la

sociedad, y su reputación de juiciosa era demasiado firme para que nadie hablara más de semejante trato. Se decía que con mucho dinero podría conseguir la dispensa del voto, pero se daba también cuenta de que un arreglo completamente mundano como éste no tranquilizaría su conciencia, y acaso el cielo, irritado, la castigara por el nuevo pecado.

Por otra parte, si consentía en ceder al deseo tan natural de Fabricio, si trataba de evitar el sufrimiento de aquella alma tierna que ella conocía tan bien y cuya tranquilidad era tan extrañamente turbada por su singular voto, ¿cómo iba a ser posible raptar al hijo único de uno de los más grandes señores de Italia sin que se descubriera el fraude? El marqués Crescenzi prodigaría cantidades enormes, se pondría él mismo al frente de los inquiridores, y tarde o temprano se descubriría el secuestro. Sólo había un medio de evitar este peligro: enviar el niño lejos, a Edimburgo, por ejemplo, o a París; pero a esto no podía decidirse el cariño de una madre. El otro medio propuesto por Fabricio, y en realidad el más razonable, tenía algo de augurio siniestro y de algo todavía casi más horrible para aquella madre enamorada. Era preciso, según Fabricio, fingir una enfermedad; el niño iría empeorando, y por fin moriría durante una ausencia del marqués Crescenzi.

La repugnancia de Clelia, que era verdadero terror, dio lugar a una ruptura, mas poco duradera.

Clelia objetaba que no había que tentar a Dios; que aquel hijo tan querido era el fruto de un pecado, y que si irritaban más aún la cólera del cielo, Dios le llamaría seguramente a Sí. Fabricio tornaba a hablar de la singularidad de su destino:

—El estado que el Señor me ha impuesto —decía a Clelia— y mi amor me obligan a una soledad eterna; no puedo, como la mayor parte de mis cofrades, gozar las dulzuras de una compañía íntima, puesto que no quiere recibirme más que en la oscuridad, lo que reduce a instantes, por decirlo así, la parte de mi vida que puedo pasar a su lado.

Corrieron abundantes las lágrimas. Clelia cayó enferma; pero amaba demasiado a Fabricio para perseverar en negarse al sacrificio que le pedía su amado. En apariencia, Sandrino enfermó; el marqués se apresuró a llamar a los médicos más célebres, y Clelia se encontró ante un terrible inconveniente que no había previsto: había que impedir que aquel hijo adorado tomara ninguno de los remedios recetados por los médicos, y la cosa no era fácil.

El niño, retenido en la cama más de lo que convenía a su salud, enfermó de verdad. ¿Cómo decir al médico la causa de aquel mal? Desgarrada por dos intereses contrarios y tan caros, Clelia estuvo a punto de perder la razón. ¿Había que consentir en una curación aparente y sacrificar así todo el fruto de una farsa tan larga y tan penosa? Fabricio, por su parte, no podía ni perdonarse la violencia que ejercía sobre el corazón de su amiga ni renunciar a su proyecto. Había encontrado el medio de ser

introducido todas las noches en el cuarto del niño enfermo, y ello daba lugar a otra complicación. La marquesa acudía a cuidar a su hijo, y a veces Fabricio no podía menos de verla a la claridad de las bujías, lo que al pobre corazón enfermo de Clelia le parecía un horrible pecado y un presagio de la muerte de Sandrino[3]. En vano los casuistas más célebres, consultados sobre la obediencia a un voto en el caso de que su cumplimiento fuese evidentemente dañoso habían dictaminado que la ruptura de un voto podía no ser pecado mientras la persona ligada por una promesa a la Divinidad se abstuviera de cumplirlo no por un vano placer de los sentidos, sino por no causar un mal evidente. No por eso fue menor la desesperación de la marquesa, y Fabricio vio que su absurda idea iba a acarrear la muerte de Clelia y la de su hijo.

Acudió a su amigo íntimo, el conde Mosca, que aunque fuera un viejo ministro, se enterneció ante aquella historia de amor que él ignoraba en gran parte.

—Le facilitaré la ausencia del marqués durante cinco o seis días por lo menos. ¿Cuándo le conviene?

Al poco tiempo, Fabricio fue a decir al conde que todo estaba preparado para aprovechar una ausencia del marqués.

Dos días más tarde, cuando éste regresaba a caballo de una de sus tierras situada en los alrededores de Mantua, unos bandidos, al parecer al servicio de una venganza particular, le raptaron sin maltratarle y le metieron en una barca que empleó tres días en navegar por el Po aguas abajo, haciendo el mismo viaje que realizara Fabricio en otro tiempo después de la famosa aventura de Giletti. El cuarto día, los bandidos depositaron al marqués en una isla desierta del Po, después de haber tenido cuidado de desvalijarle por completo del dinero y de todos los objetos de algún valor. El marqués tardó dos días más en llegar a su palacio de Parma. Le halló con colgaduras negras y a todos los habitantes del mismo sumidos en la desolación.

Aquel rapto tan diestramente ejecutado tuvo un resultado bien funesto. Sandrino, instalado en secreto en una amplia y hermosa morada a donde la marquesa iba a verle casi todos los días, murió al cabo de unos meses. Clelia creyó que aquello era un justo castigo por haber sido ella infiel a su voto y a la Madona: ¡había visto tan a menudo a Fabricio a la luz de las bujías, e incluso dos veces en pleno día y con las más tiernas efusiones, durante la enfermedad de Sandrino! Sólo unos meses sobrevivió a su hijo, mas tuvo la dicha de morir en brazos de su amante.

Fabricio estaba demasiado enamorado y era demasiado creyente para recurrir al suicidio; esperaba volver a ver a Clelia en un mundo mejor, pero era demasiado consciente para no sentir que tenía mucho que reparar en éste.

Pocos días después de la muerte de Clelia, firmó varios documentos asegurando una pensión de mil francos a cada uno de sus criados y reservándose para él una renta igual; cedía a la condesa Mosca tierras por valor de unas cien mil libras de renta, otro tanto a la marquesa Del Dongo, su madre, y lo que quedara de la fortuna paterna, a su

hermana mal casada. Al día siguiente, después de enviar a quien correspondía la dimisión del arzobispado y de todos los cargos con que le había favorecido sucesivamente la predilección de Ernesto V y el afecto del primer ministro, se retiró a la Cartuja de Parma, situada en los bosques vecinos del Po, a dos leguas de Sacca.

La condesa Mosca había mostrado su absoluta aprobación a que el conde Mosca volviera al ministerio, pero jamás quiso consentir en volver ella a los Estados de Ernesto V. Tenía su propia corte en Vignano, a un cuarto de legua de Casal–Maggiore, en la orilla izquierda del Po y, por consiguiente, en los Estados de Austria. En aquel magnífico palacio de Vignano que el conde había hecho construir para ella, recibía los jueves a toda la alta sociedad de Parma, y todos los días a sus numerosos amigos. Fabricio no dejaba un solo día de ir a Vignano. La condesa reunía, en una palabra, todas las apariencias de la felicidad, mas sobrevivió muy poco tiempo a Fabricio, al que adoraba y que pasó sólo un año en su Cartuja.

Las cárceles de Parma estaban vacías; el conde, inmensamente rico; Ernesto V, adorado por sus súbditos, que comparaban su gobierno al de los grandes duques de Toscana.

FIN

---

[1]Una prueba explícita, no la única, del interés (a favor de los liberales) con que Stendhal seguía los episodios de las guerras carlistas españolas.

[2]Muy probablemente esta «licencia» de cortar cae dentro de la imposición que el editor exigió a Stendhal de reducir en muchas páginas la extensión del manuscrito. Es evidente el contraste entre la morosidad sostenida casi hasta aquí y la precipitación de estos capítulos finales.

[3]Stendhal repite aquí, casi idénticamente, un pasaje de *Rojo y negro,* cuando enferma un hijo de madame de Rénal y ésta reacciona lo mismo que Clelia en este momento.

# Apéndice de Honoré de Balzac

Es evidente que, en nuestra época, la literatura tiene tres caras; y esta triplicidad, expresión forjada por Cousin por odio a la palabra *trinidad,* lejos de ser un síntoma de decadencia me parece un efecto bastante natural de la abundancia de talentos literarios: es el elogio del siglo XIX, que no ofrece una sola y misma forma como el siglo XVII y el XVIII, que obedecieron más o menos a la tiranía de un hombre o un sistema.

Estas tres formas, caras o sistemas, como queráis llamarles, están en la naturaleza y corresponden a unas simpatías generales que tenían que declararse en una época en que, con la difusión de las luces, las letras vieron crecer el número de apreciadores y progresar en medida inaudita la lectura.

En todas las generaciones y en todos los pueblos, hay mentes elegíacas, meditativas, contempladoras, que se consagran más especialmente a las grandes imágenes, a los vastos espectáculos de la naturaleza y que los llevan en sí mismas. De aquí toda una escuela que yo llamaría de buen grado la *Literatura de Imágenes,* a la que pertenecen el lirismo, la epopeya y todo lo que depende de la manera de ver las cosas.

Hay, en cambio, otras almas activas que gustan de la rapidez, del movimiento, de la concisión, de los choques, de la acción, del drama, que rehúyen la discusión, que son poco inclinadas a las abstracciones y mucho a los resultados. De aquí otro sistema muy distinto al que corresponden las obras que yo llamaría, por oposición al primero, *Literatura de Ideas.*

Por último, ciertas gentes completas, ciertas inteligencias *bifrontes, lo* abarcan todo, quieren el lirismo y la acción, el drama y la oda, creyendo que la perfección exige una visión total de las cosas. Esta escuela que sería el *Eclecticismo literario* requiere una representación del mundo tal como es: las imágenes y las ideas, la idea en la imagen o la imagen en la idea, el movimiento y la meditación. Walter Scott ha satisfecho enteramente a estas naturalezas eclécticas.

¿Qué partido predomina? No lo sé. No quisiera que de esta distinción natural se sacaran consecuencias forzadas.

No quiero, pues, decir que este o el otro poeta de la escuela de imágenes carece de ideas, y que este o el otro de la escuela de ideas no sabe inventar bellas imágenes. Estas tres fórmulas se aplican solamente a la impresión general que deja la obra de los poetas, al mundo en el que el escritor pone su pensamiento, a la tendencia de su mente. Toda imagen responde a una idea o, más exactamente, a un *sentimiento* que es una colección de ideas, y la idea no se traduce siempre en una imagen. La idea exige un trabajo de elaboración para el que no son aptas todas las mentes. Por eso la imagen es esencialmente popular, se comprende fácilmente. Supongamos que *Notre-Dame de*

*Paris,* de Victor Hugo, aparece al mismo tiempo que *Manon Lescaut; Notre-Dame* ganará a las masas mucho antes que *Manon, y* parecería superior a quienes se prosternan ante la *vox populi.*

Pero, cualquiera que sea el género del que procede una obra, sólo obedeciendo a las leyes del Ideal y a las de la Forma permanece en la Memoria humana. En literatura, la Imagen y la Idea corresponden bastante a lo que en pintura se llama el Dibujo y el Color. Rubens y Rafael son dos grandes pintores, pero gran error sería creer que Rafael no es colorista, y los que negaran a Rubens la calidad de dibujante podrían ir a arrodillarse ante el cuadro que el ilustre flamenco puso en la iglesia de los jesuitas de Génova, como un homenaje al dibujo.

Monsieur Beyle, más conocido por el seudónimo de Stendhal, es, a mi juicio, uno de los maestros más distinguidos de la *Literatura de Ideas,* a la que pertenecen Alfred de Musset, Mérimée, Leon Gozlan, Béranger, Delavigne, G. Planche, Madame de Girardin, Alphonse Karr y Charles Nodier[1]. Henri Monnier está ligado a ella por lo verdadero de sus proverbios, a menudo desprovistos de una idea madre, pero no por ello menos plenos de esa naturalidad y de esa estricta observación que es una de las características de la escuela.

Esta escuela, a la que debemos ya bellas obras, se recomienda por la abundancia de los hechos, por su sobriedad de imágenes, por la concisión, *por* la claridad, por la pequeña frase de Voltaire, por una manera de contar que ha tenido el siglo XVIII, sobre todo por el sentido de lo cómico. Beyle y Mérimée, a pesar de su profunda seriedad, tienen un no sé qué de irónico y de burlón en la manera de presentar los hechos. En ellos lo cómico está contenido. Es el fuego en la piedra.

Victor Hugo es desde luego el talento más eminente de la literatura de imágenes. Lamartine pertenece a esta escuela que Chateaubriand tuvo en la pila bautismal y cuya filosofia fue creada por Ballanche. De ella es Obermann. A. Barbier, Théophile Gautier, Sainte-Beuve son de ella, así como muchos imitadores impotentes. En algunos de los autores que acabo de citar, el sentimiento se impone a veces a la imagen, como ocurre en Senancourt y en Sainte-Beuve. Alfred de Vigny, por su poesía más que por su prosa, corresponde a esta escuela. Todos estos poetas tienen escasamente el sentido de lo cómico e ignoran el diálogo, con excepción de Gautier, que tiene de él un vivo sentido. El diálogo de Hugo es demasiado su propia palabra, no se transforma bastante, se mete en su personaje en lugar de convertirse en el personaje. Pero esta escuela, como la otra, ha producido obras bellas. Es notable por la amplitud poética de su frase, por la riqueza de sus imágenes, por su poético lenguaje, por su íntima unión con la Naturaleza; la otra escuela es Humana, y ésta es Divina, en el sentido de que tiende a elevarse por el sentimiento hacia el alma misma de la Creación. Prefiere la Naturaleza al Hombre. La lengua francesa le debe el haber recibido una fuerte dosis de poesía que le era necesaria, pues ha desarrollado el

sentimiento poético al que durante mucho tiempo resistió el *positivismo* —perdonadme esta palabra de nuestra lengua—, y la sequedad que le imprimieron los escritores del siglo XVIII. J. J. Rousseau, Bernardin de Saint-Pierre fueron los promotores de esta revolución que yo considero afortunada.

El secreto de la lucha entre clásicos y románticos está por entero en esta división bastante natural de las inteligencias. Durante dos siglos ha reinado exclusivamente la literatura de ideas, los herederos del siglo XVIII tuvieron que tomar el único sistema literario que conocieron para toda la literatura. ¡No censuremos a esos defensores de lo clásico! La literatura de ideas, llena de hechos, concisa, está en el genio de Francia. La *Profession de foi du vicaire savoyard, Candide, Dialogue de Sylla et d'Eucrate, La grandeur et la décadence des Romains, Les Provinciales, Manon Lescaut, Gil Blas,* están más dentro del espíritu francés que las obras de la *Literatura de Imágenes.* Pero debemos a ésta la poesía que los dos siglos precedentes ni siquiera sospecharon, con excepción de La Fontaine, André de Chénier y Racine. La Literatura de Imágenes está en la cuna y cuenta ya con varios hombres cuyo genio es indiscutible. Pero al ver la importancia de la otra escuela, creo más en la grandeza que en la decadencia en el imperio de nuestra hermosa lengua. Terminada la lucha, puede decirse que los románticos no han inventado nuevos medios, y que en el teatro, por ejemplo, los que se quejaban de una falta de acción se han servido ampliamente de la tirada y del monólogo, y que todavía no hemos oído ni el diálogo vivo y rápido de Beaumarchais ni hemos vuelto a ver lo cómico de Molière que procederá siempre de la razón y de las ideas. Lo cómico es enemigo de la meditación y de la imagen. Hugo triunfó soberanamente en este combate. Pero las personas instruidas recuerdan la guerra que se hizo a Chateaubriand en los tiempos del Imperio; una guerra que fue tan encarnizada y tan pronto apaciguada porque Chateaubriand estaba solo y sin el *stipante caterva* de Hugo, sin el antagonismo de los periódicos, sin la ayuda que aportaban a los románticos los brillantes genios de Inglaterra y de Alemania, más conocidos y mejor apreciados.

En cuanto a la tercera escuela, que participa de las otras dos, no tiene las posibilidades de las dos primeras para apasionar a las masas, poco amigas de los *mezzo termine,* de las cosas complejas, y que ven en el eclecticismo una avenencia contraria a sus pasiones en el sentido de que las calma. Francia ama la guerra en todo. En paz, sigue batiéndose. Sin embargo, Walter Scott, Madame de Staël, Cooper, George Sand me parecen bastante importantes. En cuanto a mí, me alisto bajo la bandera del eclecticismo literario por la siguiente razón: no creo posible pintar la sociedad moderna con el procedimiento severo de la literatura del siglo XVII y del siglo XVIII. Me parece indispensable introducir en la literatura moderna el elemento dramático, la imagen, el cuadro, la descripción, el diálogo.

¿Lo confesamos francamente? Gil Blas es aburrido como forma: la acumulación

de hechos y de ideas tiene algo de estéril. La idea hecha personaje es de comprensión más bella. Platón dialogaba su moral psicológica.

A mi juicio, *La Chartreuse de Parme* es, en nuestra época y hasta ahora, la obra maestra de la literatura de ideas, y Beyle ha hecho en ella concesiones a las otras dos escuelas, que son admisibles para las buenas inteligencias y satisfactorias para los dos campos.

Si he tardado tanto en hablar de este libro a pesar de su importancia, créaseme que me era difícil lograr una especie de imparcialidad. Y todavía no estoy seguro de observarla: tan extraordinaria me parece esta obra en una tercera lectura lenta y reflexiva.

Sé cuántas burlas suscitará mi admiración. Seguro que me acusarán de apasionamiento, cuando todavía estoy simplemente en el entusiasmo, al cabo del tiempo en que habría debido terminar. Dirán que las personas de imaginación tardan tan poco en concebir como en olvidar su amor por ciertas obras de las que el vulgo pretende orgullosa e irónicamente no entender nada. Algunas personas sencillas, o hasta inteligentes, y que rozan con los ojos la superficie, dirán que me entretengo en paradojas, en dar valor a lo que no lo tiene, que tengo, como Sainte—Beuve, mis desconocidos predilectos. Lo que pasa es que yo no sé tratar con rodeos la verdad.

Monsieur Beyle ha escrito un libro en el que brota lo sublime de capítulo en capítulo. En un tiempo en que los hombres *encuentran* rara vez temas grandiosos, y después de haber escrito una veintena de volúmenes sumamente inteligentes, ha producido una obra que sólo las almas y las gentes verdaderamente superiores pueden apreciar. Ha escrito, en fin, *El príncipe moderno*, la novela que escribiría Maquiavelo si viviera desterrado de Italia en el siglo XIX.

Por eso el mayor obstáculo para la merecida fama de monsieur Beyle está en que *La Chartreuse de Parme* no puede encontrar lectores capaces de gustarla más que entre los diplomáticos, los ministros, los observadores, las personas más eminentes del gran mundo, los artistas más distinguidos, en fin, entre las mil doscientas o mil quinientas personas que están a la cabeza de Europa. No os extrañe, pues, que, al cabo de diez meses de haberse publicado esta obra sorprendente, no haya un solo periodista que la haya ni leído, ni entendido, ni estudiado, que la haya anunciado, analizado y celebrado, que ni siquiera haya aludido a ella. Yo, que creo entender un poco del asunto, la he leído estos días por tercera vez, y la he encontrado todavía más bella, y he sentido en mi alma esa especie de felicidad que produce tener una buena acción que hacer.

¿No es una buena acción intentar hacer justicia a un hombre de un talento inmenso que sólo lo tendrá a los ojos de unos cuantos seres privilegiados, y a quien la trascendencia de sus ideas quita esa inmediata pero pasajera popularidad que buscan los cortesanos del pueblo y que las almas grandes desprecian? Si las gentes mediocres

supieran que tienen una posibilidad de elevarse hasta las gentes humildes entendiéndolas, La *Chartreuse de Parme* tendría tantos lectores como tuvo *Clarise Harlowe* cuando se publicó.

Hay en la admiración legitimada por la conciencia unos goces inefables. Así, pues, todo lo que voy a decir aquí lo dirijo a los corazones nobles y puros que, pese a tantas tristes declamaciones, existen en cualquier país, como pléyades desconocidas, entre las familias de espíritus dedicados al culto del arte. ¿No tiene aquí abajo la humanidad, de generación en generación, sus constelaciones de almas, su cielo, sus ángeles, según la expresión favorita del gran profeta sueco, de Swedenborg, pueblo privilegiado para el que trabajan los verdaderos artistas y cuyos juicios les hacen aceptar la miseria, la insolencia de los advenedizos y la despreocupación de los gobiernos?

Espero que se me perdone lo que los malintencionados llamarán pesadeces. En primer lugar —lo creo firmemente—, el análisis de esta obra tan curiosa y tan interesante dará mayor satisfacción a las personas más difíciles de la que les procuraría el cuento inédito que pudieran leer en su lugar. Por otra parte, cualquier otro crítico emplearía por lo menos tres artículos tan extensos como el presente si quisiera explicar debidamente esta obra, que muchas veces contiene todo un libro en una página y que sólo un hombre a quien la Italia del norte le es un poco familiar puede explicar. Por último, créaseme que, con ayuda de monsieur Beyle, procuraré ser lo bastante instructivo para que se me lea con gusto hasta el final.

Una hermana del marqués Valserra del Dongo, llamada Gina, abreviatura de Angelina, cuyo primitivo carácter, el de la joven soltera, se parecía bastante, si es que una italiana se puede parecer alguna vez a una francesa, al carácter de madame de Lignolle en Faublas, se casa en Milán, a disgusto de su hermano, que quiere casarla con un viejo autócrata, rico y milanés, con un conde Pietranera, pobre y sin un real.

El conde y la condesa son del partido francés y constituyen la gala de la corte del príncipe Eugenio.

Cuando comienza el relato estamos en tiempos del reino de Italia.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

He aquí el retrato de Mosca. Estamos en 1816, ¡fijaos en este punto!

«Podía tener cuarenta o cuarenta y cinco años, tenía facciones grandes, ningún vestigio de importancia, y un aire alegre y sencillo que predisponía a su favor; hubiera podido estar todavía muy bien si un capricho de su príncipe no le hubiera obligado a llevar el pelo empolvado, como prueba de buenos sentimientos politicos.» Resulta que los polvos que lleva Metternich, y que le dulcifican el semblante ya tan dulce, se justifican en Mosca por la voluntad del príncipe. A pesar de los prodigiosos esfuerzos de monsieur Beyle, que, de página en página, hace naturales inventos maravillosos para engañar a su lector y desviar sus alusiones, la mente está en

Módena y no se aviene a permanecer en Parma. Quienquiera que haya visto, conocido, tratado a Metternich cree oírle hablar por boca de Mosca, le presta su voz y le adjudica sus maneras. Aunque, en la obra, Ernesto IV muere y el duque de Módena existe, nos acordamos siempre de este *príncipe tan famoso por sus severidades que los liberales de Milán llamaban crueldades.* Tales son las palabras del autor hablando del príncipe de Parma.

Esos dos retratos, comenzados con intenciones picantes, no tienen por lo demás nada de hiriente, nada que huela a venganza. Por más que monsieur Beyle no tenga nada que agradecer a Metternich, que le negó el *exequatur* del consulado de Trieste, y aunque el duque de Módena no pudo ver nunca con gusto al autor de *Roma, Nápoles y Florencia, de Paseos por Roma,* etc., estas dos figuras son de un gran gusto y de una alta conveniencia.

He aquí lo que seguramente ha ocurrido en la elaboración misma de estas dos creaciones. Llevado por el entusiasmo necesario para quien maneja la arcilla y la espátula, el pincel y el color, la pluma y los tesoros de la naturaleza moral, monsieur Beyle, que partió para pintar una pequeña corte de Italia y un diplomático, acabó por el tipo de *El príncipe y* por el tipo de los primeros ministros. El parecido, que comenzó con la fantasía de los ingenios burlones, termina allí donde se le aparece al artista el genio de las artes.

Una vez hecho el convencionalismo de las máscaras, el lector, vivamente interesado, acepta el admirable paisaje de Italia que pinta el autor, la ciudad y todas las construcciones necesarias para sus relatos, que, en muchas partes, tienen la magia de un cuento oriental.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

El retrato del príncipe Ernesto IV, la recepción de la duquesa, sus primeros tratos con cada personaje de la familia reinante, todos estos detalles son maravillas de ingenio, de profundidad, de concisión. Nunca jamás se ha pintado así el corazón de los príncipes, de los ministros, de los cortesanos y de las mujeres…

Toda esta parte de la novela[2] es de una extraordinaria solidez literaria. Esta pintura tiene la grandiosidad de un cuadro de cincuenta pies de largo por treinta de alto, y al mismo tiempo la factura, la ejecución es de una fineza holandesa. Llegamos al drama, y el drama más completo, más penetrante, más extraño, más verídico, más profundamente ahondado en el corazón humano que jamás se inventara, pero que ciertamente ha existido en varias épocas y que reaparecerá en las cortes donde volverá a representarse, como Luis XIII y Richelieu, como Francisco II y Metternich, como Luis XV, la Dubarry y Choiseul lo representaron ya.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

No hay en la obra una palabra que pueda hacer pensar en las voluptuosidades del amor ni inspirarlas. Aunque la duquesa, Mosca, Fabricio, el príncipe y su hijo, Clelia;

aunque el libro y los personajes sean, de una y de otra parte, la pasión con todas sus furias, aunque sea Italia tal como es, con su sutileza, su disimulo, su astucia, su sangre fría, su tenacidad, su alta política en todo momento, *La Chartreuse de Parme* es más casta que la más puritana de las novelas de Walter Scott. Hacer un personaje noble, grandioso, casi irreprochable, de una duquesa que hace feliz a un Mosca y no le oculta nada, de una tía que adora a su sobrino Fabricio, ¿no es una obra maestra? La *Fedra* de Racine, ese papel sublime de la escena francesa que el jansenismo no se atrevió a condenar, no es tan bello, tan completo, tan animado…

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

A Fabricio le horroriza la *canallocracia.*

A la voz del gran diplomático, que le presenta la vida como es, vuelan las ilusiones del joven. No había comprendido lo que para los jóvenes es incomprensible, el *no tengáis celo* de Talleyrand.

—«Piensa —le dice Mosca— que una proclama, un capricho de corazón precipita al hombre entusiasta en el partido contrario a sus simpatías futuras.» —¡Qué frase!

Las instrucciones del ministro al neófito que no debe volver a Parma hasta ser *monsignore,* con medias moradas, y al que manda a Nápoles, a hacer sus estudios, con cartas de recomendación para el arzobispo, un hombre inteligente amigo suyo; estas instrucciones dadas, jugando, en el salón de la duquesa, son admirables…

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

La pasmosa y sutil superioridad de Mosca no falla jamás, ni en acción ni en palabras; esa superioridad hace de este libro un libro tan profundo de página en página como las máximas de La Rochefoucauld. Y observad que la pasión hace cometer faltas al conde y a la duquesa, tienen que poner en juego su talento para repararlas. Si un hombre le consultara, el conde le explicaría las desgracias que le esperaban en Parma cerca de Ernesto IV. Pero su pasión le ha cegado completamente en cuanto a sí mismo. Sólo el talento sabe encontrar esa comicidad desgarradora en uno mismo. Los grandes politicos no son al fin y al cabo más que unos equilibristas que ven derrumbarse, por falta de atención, su más bello edificio. Si Richelieu se salvó de su peligro en la «Journée des Dupes», fue únicamente por el caldo de la reina madre, que no quiso ir a Saint—Germain sin haber tomado la leche de gallinas que le conservaba el cutis. La duquesa y Mosca viven por una tensión perpetua de todas sus facultades; por eso, el lector que sigue el espectáculo de su vida está en trance de capítulo en capítulo: tan bien planteadas, tan inteligentemente explicadas están las dificultades de esa existencia. Además, fijémonos bien, esas crisis, esas terribles escenas están tejidas en la trama misma del libro: las flores no son añadidas, forman cuerpo con la tela.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

Esta gran obra sólo ha podido concebirla y realizarla un hombre de cincuenta

años, en toda la fuerza de la edad y en plena madurez de todos los talentos. Se ve en todo la perfección. El papel del príncipe está trazado de mano maestra, y es, como ya he di*cho, El príncipe.* Se le concibe admirablemente, como hombre y como soberano. Si este hombre estuviera a la cabeza del imperio ruso, sería capaz de gobernarlo, sería grande; pero el hombre seguiría siendo lo que es, susceptible de vanidad, de celos, de pasión. En el siglo XVII sería, en Versalles, Luis XIV y se vengaría de la duquesa como Luis XIV de Fouquet. La crítica no puede reprochar nada al más grande ni al más pequeño personaje: son todos lo que deben ser. Aquí está la vida, y sobre todo la vida de las cortes, no dibujada en caricatura como Hoffniann intentó hacerlo, sino seria y maliciosamente. En fin, este libro nos explica admirablemente todo lo que la camarilla de Luis XIII hacía sufrir a Richelieu. Esta obra, aplicada a unos intereses tan vastos como los del gabinete de Luis XIV, de Pitt, de Napoleón o del gabinete ruso, habría sido imposible por los largos incisos y explicaciones que habrían requerido tantos intereses velados, mientras que abarcamos bien el Estado de Parma, y Parma nos hace comprender, *mutato nomine,* las intrigas de la corte más importante. Las cosas eran así bajo el papa Borgia, en la corte de Tiberio, en la de Felipe II, y así deben de ser en la corte de Pekín.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

La huida de Fabricio, los paisajes del Po, la pintura de los lugares célebres por donde pasa el joven prelado, sus aventuras durante su destierro de Parma, su correspondencia con el arzobispo, otro carácter admirablemente trazado, hasta los menores detalles son de una ejecución literaria que lleva la marca del genio. Y todo es italiano como para coger la posta y salir para Italia a buscar allí este drama y esta poesía. El lector se transforma en Fabricio. Durante esta ausencia, Fabricio va a ver los lugares de su nacimiento, el lago de Como y el castillo paterno, a pesar de los peligros de su posición frente a Austria, muy severa por entonces. Estamos en 1821, época en la que no se bromeaba en cuestión de pasaporte. El prelado reconocido como Fabricio del Dongo puede ir a Spielberg. En esta parte del libro el autor acaba la pintura de una hermosa cabeza, la de un abate Blanès, simple cura, que adora a Fabricio y que cultiva la astrología judicial. Este trato está hecho tan seriamente, resplandece en él una fe tan grande en las ciencias ocultas que las bromas de que pueden ser objeto estas ciencias sobre las que volveremos y que no se fundan, como se ha creído, en bases falsas, expiran en los labios de los incrédulos. Yo no sé cuál es la opinión del autor, pero da razón al abate Blanès. El abate Blanès es en Italia un personaje verdadero. Se ve en él lo verdadero, como se ve si una cabeza de Tiziano es el retrato de un veneciano o una fantasía.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

Ocupémonos de Fabricio preso para centrar mi análisis de este capítulo, que es uno de los diamantes de esta corona.

Ni el episodio de los ladrones en *El Fraile*, de Lewis, su *Anaconda*, que es su mejor obra, ni el interés de los últimos volúmenes de Anne Radcliffe, ni el de las peripecias de las novelas agrestes de Cooper, ni nada de lo más extraordinario que conozco en los relatos de viaje y de presos se puede comparar con la reclusión de Fabricio en la fortaleza de Parma, a trescientos pies y pico de la primera explanada. Este espantoso encierro en una Vaucluse: en él Fabricio realiza el amor con Clelia, en él es feliz, en él despliega el ingenio de los presos, y prefiere su prisión a lo más seductor que el mundo ofrece. La bahía de Nápoles sólo es bella con los ojos de la *Elvira* de Lamartine; pero en los ojos de Clelia, en los trinos de su voz, hay universos. El autor pinta, como él sabe pintar, con pequeños hechos que tienen la elocuencia de la acción shakespeariana, los progresos del amor en estas dos bellas criaturas, en medio de los peligros de una muerte inminente por envenenamiento. Esta parte del libro la leerán, cortada la respiración, ávidos los ojos, todos los que tienen imaginación o solamente corazón. En ella todo es perfecto, rápido, real, sin inverosimilitud. Aquí, la pasión en toda su gloria, sus angustias, sus esperanzas, sus altibajos, sus abatimientos, sus inspiraciones, las única que igualan a las del genio. Aquí nada se olvida. Aquí leeréis una enciclopedia de todos los recursos del preso, sus maravillosos lenguajes en los que se vale de la naturaleza, los medios con que da vida al canto y sentido al ruido. Leído en prisión, este libro puede causar la muerte a un preso o hacerle abrirse una salida de una cárcel.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

¡Le ayudará![3] ¡Qué bella pintura la de esta italiana sumida en la desesperación y que no puede escapar de esta corte odiada! Entonces —se dice—

*¡adelante, infeliz mujer!* (se llora leyendo estas grandes palabras de las mujeres), ¡cumple tu deber, finge que olvidas a Fabricio! *¡Olvidarle!* Esta palabra la salva, hasta esta palabra no ha podido llorar. En consecuencia, la duquesa conspira, conspira con el primer ministro al que ha hecho caer en desgracia ostensiblemente, pero que, por ella, pondría a Parma a sangre y fuego, mataría a todo el mundo, hasta al príncipe. Este verdadero amante reconoce que es culpable, que es el último de los hombres. ¡Pobre disculpa ésta!; no creía a su señor tan falso ni tan cobarde ni tan cruel. Admite, pues, que su amada sea implacable. Le parece natural que, en este momento, Fabricio lo sea todo para ella, tiene esa debilidad de los grandes hombres por sus amantes y que les lleva a comprender hasta la infidelidad por la que pueden morir. ¡El enamorado viejo es sublime! En la escena a la que Gina le ha hecho acudir para la ruptura, Mosca no se dice más que una palabra. Una sola noche ha hecho estragos en la duquesa.

«¡Santo Dios —exclama Mosca para sí mismo—, hoy tiene sus cuarenta años!»

Qué libro éste en que se encuentran, y en cada página, estos gritos de pasión, estas palabras profundas de los diplomáticos. Obsérvese, además, esto: en este libro

no se encuentran nunca esos entremeses tan justamente llamados *tartines*. No, los personajes actúan, piensan, sienten, y el drama no decae un momento. El poeta, dramático por las ideas, no se agacha jamás en su camino para recoger la mejor flor, todo tiene la rapidez de un ditirambo.

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

Debo dejaros el placer de leer los admirables detalles de esta trama continua en la que el autor maneja cien personajes con la misma habilidad que un cochero hábil lleva las riendas de un carruaje de diez caballos. Todo está en su sitio, no hay la menor confusión. Se ve todo, la ciudad y la corte. El drama es pasmoso de habilidad, de factura, de claridad. En el cuadro se ve hasta el aire, no hay ni un personaje no justificado…

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

No me será fácil explicar aquí el mérito de esta escena[4]. Monsieur Beyle no tiene nada de predicador. No incita al regicidio, presenta un hecho y lo presenta tal como ha sido. Nadie, ni siquiera un republicano, siente al leerlo, el deseo de matar a un tirano. Es el juego de pasiones privadas, nada más. Se trata de un duelo que exige armas extraordinarias, pero iguales. La duquesa se sirve de Palla para envenenar al príncipe como el príncipe se sirve de un enemigo de Fabricio para envenenar a Fabricio. Se puede vengarse de un rey, bien se vengaba Coriolano de su país; bien se vengaron Beaumarchais y Mirabeau de su época, que no los valoraba. Esto no es moral, pero el autor nos lo ha dicho y se lava las manos como Tácito de los crímenes de Tiberio. «Me inclino a creer —dice— que la alegría inmoral que en Italia encuentran vengándose se debe a la fuerza de la imaginación de ese pueblo; los otros pueblos no perdonan, olvidan.» Así explica el moralista a ese pueblo enérgico en el que se encuentran tantos inventores, que tiene la más rica, la más bella imaginación, y sus inconvenientes. Esta reflexión es más profunda de lo que a primera vista parece, explica las tonterías declamatorias que pesan sobre los italianos, el único pueblo comparable al pueblo francés, un pueblo que vale más que los rusos y que los ingleses y cuyo genio tiene esa fibra femenina, esa delicadeza, esa grandiosidad por las que, en muchos aspectos, es superior a todos los pueblos…

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

El adiós de Palla Ferrante a su ídolo es una de las cosas bellas de esta obra en la que tantas bellas cosas hay; pero llegamos a la escena capital, a la escena que corona la obra, a la quema de los papeles donde consta la instrucción hecha por Rassi y que la mayordoma mayor consigue de Ranucio Ernesto V y de la princesa madre, una escena terrible en la que la duquesa se ve tan pronto perdida como salvada, a merced de los caprichos de la madre y del hijo, que se sienten dominados por el genio de esa especie de Princesa de los Ursinos. Es una escena que no tiene más que ocho páginas, pero no hay otra como ella en el arte literario, nada análogo con lo que se pueda

comparar: es única…

… … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … … …

Ahora conocéis la armazón de este inmenso edificio y os he hecho recorrerlo. Mi rápido análisis, atrevido, creédmelo, pues atrevimiento hace falta para intentar datos una idea de una novela construida con hechos tan rigurosamente ceñidos como los de *La Cartuja de Parma;* mi análisis, por esquemático que sea, os ha trazado las masas de la obra, y podéis juzgar si la alabanza es exagerada. Pero es difícil detallar las esculturas finas y delicadas que enriquecen este sólido edificio, detenerse ante las estatuillas, los cuadros, los paisajes, los bajorrelieves que la decoran. He aquí lo que me ha ocurrido. En la primera lectura, que me asombró por completo, encontré defectos. Al releer la obra, los pasajes que me habían parecido demasiado largos ya no me lo parecían, veía la necesidad del detalle que antes me había parecido demasiado pesado o difuso. Para describirla bien, he recorrido la obra. Entonces, ganado por la tarea, he contemplado más tiempo de lo que quería este hermoso libro, y todo me ha parecido muy armonioso, ligado con naturalidad y con arte, pero concordante.

He aquí, sin embargo, los errores que encuentro, más que desde el punto de vista del arte, teniendo en cuenta los sacrificios que todo autor debe saber hacer al mayor número.

En la primera lectura encontré confusión; ésta será la impresión de la mayoría, y por consiguiente este libro carece, sin duda, de método. Monsieur Beyle ha dispuesto bien los acontecimientos, tal como han ocurrido y como debían ocurrir; pero en la compaginación de los hechos ha caído en la falta que cometen algunos autores, tomando un tema que es verdadero en la naturaleza y que no lo es en el arte. Al ver un paisaje, un gran pintor se librará muy bien de copiar servilmente; más que la letra nos debe el espíritu. Moñsieur Beyle, en su manera de contar, sencilla, simple y sin apresto, corre el riesgo de parecer confuso. El mérito que requiere ser estudiado corre el riesgo de pasar inadvertido. Por eso a mí me gustaría, por interés del libro, que el autor empezara por su magnífico boceto de la batalla de Waterloo, que redujera todo lo que antecede a algún relato hecho por Fabricio o sobre Fabricio mientras yace en el pueblo de Flandes donde está herido. Seguramente la obra ganaría en ligereza. Los Del Dongo, padre e hijo, los detalles sobre Milán, todo eso no es el libro: el drama está en Parma, los principales personajes son el príncipe y su hijo, Mosca, Rassi, la duquesa, Palla Ferrante, Ludovico, Clelia, su padre, la Raversi, Giletti, Marietta. Consejeros inteligentes o amigos dotados de simple buen sentido habrían podido hacer desarrollar algunas partes que al autor no le han parecido tan interesantes como son, habrían pedido la supresión de varios detalles inútiles pese a su agudeza. Por ejemplo, la obra no perdería nada con que el abate Blanès desapareciera enteramente.

Yo iré más lejos y no transigiré ante esta hermosa obra sobre los verdaderos

principios del arte. La ley dominante es la unidad en la composición; ya se coloque esta unidad en la idea madre o bien en el plan, sin ella no hay nada más que confusión. Quiere decirse que, a pesar del título, la obra queda terminada cuando el conde y la condesa Mosca vuelven a Parma y Fabricio es arzobispo. La gran comedia de la corte ha terminado.

Tan bien terminada está y tan bien la ha sentido el autor que es en este lugar donde coloca su *moraleja,* como hacían antes nuestros antecesores al final de sus fabulaciones.

«Se puede sacar esta moraleja —dice—: el hombre que se acerca a la corte compromete su felicidad, si es feliz, y, en cualquier caso, hace depender su porvenir de las intrigas de una criada.

»Por otra parte, en América, en la república, hay que aburrirse todo el día haciendo la corte seriamente a los tenderos de la calle y volverse tan tonto como ellos; y allí nada de ópera.»

Si, bajo la púrpura romana y la cabeza bajo la mitra, Fabricio ama a Clelia convertida en marquesa de Crescenzi y el autor nos lo cuenta, quiere hacer de la vida de este joven el tema de su libro. Pero si quiere contar toda la vida de Fabricio, el autor, hombre tan sagaz, debe titular su libro FABRICIO, o *el italiano en el siglo XIX*. Para lanzarse a tal empresa, era necesario que no sobrepasaran a Fabricio figuras tan típicas, tan poéticas como lo son los príncipes, la Sanseverina, Mosca, Palla Ferrante. Fabricio debería representar al joven italiano de este tiempo. Erigiendo a este mozo en la figura principal del drama, el autor tendría que haberle dado un gran pensamiento, dotarle de un sentimiento que le hiciera superior a las personas extraordinarias que le rodean y del que carece. En realidad, el sentimiento es igual que el talento. *Sentir* es el rival de *comprender,* como *actuar* es el antónimo de *pensar.* El amigo de un hombre de gran talento puede elevarse hasta él por el afecto, por la comprensión. En el terreno del corazón, un hombre mediocre puede superar al artista más grande. Aquí radica la justificación de las mujeres que aman a imbéciles. Así resulta que, en un drama, uno de los recursos más ingeniosos del artista es (en el caso en que suponemos a monsieur Beyle) hacer superior por el sentimiento a un héroe que no puede luchar por la inteligencia con los personajes que le rodean. En esta relación, el papel de Fabricio tendría que rehacerse. El Genio del catolicismo debería llevarle de su divina mano hacia la Cartuja de Parma, y este genio debería abrumarle de vez en cuando con las conminaciones de la Gracia. Pero entonces el abate Blanès no podría desempeñar ese papel, pues es imposible cultivar la astrología judicial y ser un santo según la Iglesia. La obra debe, pues, ser o más corta o más larga[5].

Quizá las largas páginas del principio, acaso ese final que recomienza un libro y donde el tema queda estrangulado, perjudicarán al éxito, tal vez le han perjudicado

ya. Por otra parte, monsieur Beyle se ha permitido en este libro algunas repeticiones, que sólo pueden notar los que conocen sus primeros libros, pero estos mismos son necesariamente personas entendidas y se muestran difíciles. Monsieur Beyle, que profesa este gran principio ¡ay del que, en amor o en las artes, lo dice todo!, no debe repetirse, él, siempre conciso y que deja mucho que adivinar. A pesar de sus costumbres de esfinge, aquí es menos enigmático que en sus otras obras, y sus verdaderos amigos le felicitarán por ello.

Los retratos son breves. A monsieur Beyle, que pinta a sus personajes con la acción y con el diálogo, pocas palabras le bastan; no cansa con descripciones, va derecho al drama y llega a él con una palabra, con una reflexión. Sus paisajes, de un dibujo un poco seco que, por lo demás, corresponde al país, están trazados con presteza. El autor se planta en un árbol, en el lugar donde se encuentre, nos presenta la linea de los Alpes que rodean por todas partes la escena de la acción, y ya está terminado el paisaje. El libro es valioso especialmente para los viajeros que han errado en torno al lago de Como, en Brianza, que han bordeado las últimas masas de los Alpes y recorrido las llanuras de Lombardía. En este libro se acusa sutilmente el espíritu de esos paisajes, se siente bien su bello carácter. Se los ve.

El lado flojo de esta obra es el estilo, en cuanto a la disposición de las palabras, pues el pensamiento eminentemente francés sostiene la frase. Las faltas que comete monsieur Beyle son puramente gramaticales: es descuidado, incorrecto a la manera de los escritores del siglo XVII[6]. Las citas que he hecho indican el tipo de defectos en que cae. Ya un desacuerdo de tiempo en los verbos, a veces la ausencia del verbo, ya algunos *c'est,* algunos *ce que,* algunos *que,* que cansan al lector y hacen el efecto de un viaje en un coche con malas ballestas. por una carretera de Francia. Estos defectos de bastante bulto indican una falta de trabajo[7]. Pero si el francés es un barniz puesto sobre el pensamiento, hay que ser tan indulgente con los que ponen ese barniz sobre unos cuadros bellos, como severo con los que no tienen más que el barniz. En monsieur Beyle, si ese barniz es aquí un poco amarillento, allá resquebrajado a trozos, al menos se ven debajo de él una serie de ideas que se deducen con arreglo a las leyes de la lógica. Su frase larga está mal construida, su frase corta no está redondeada. Escribe aproximadamente en el estilo de Diderot, que no era escritor; pero el concepto es grande y fuerte; pero la idea es original y con frecuencia bien expresada. Este sistema no se debe imitar. Sería demasiado peligroso dejar que los autores se crean profundos pensadores[8].

Monsieur Beyle se salva por el sentimiento profundo que anima al pensamiento. Todos los que aman a Italia, los que la han estudiado o comprendido, leerán *La Cartuja de Parma* con delicia. El espíritu, el genio, las costumbres, el alma de este bello país viven en este largo drama siempre interesante, en este gran fresco tan bien pintado, de tan fuerte colorido, que penetra profundamente en el corazón y satisface a

la mente más difícil, más exigente. La Sanseverina es la italiana, una figura trazada con la fortuna que Carlo Dolci tuvo en su famosa cabeza de la Poesía, Allori en su Judit y Guercino en su Sibila de la galería Manfrini. En Mosca pinta al hombre de genio en política luchando con el amor. Es el amor sin frases (la frase es el defecto de Clarisa), el amor en acción, siempre semejante a sí mismo, el amor más fuerte que los negocios, el amor como las mujeres lo sueñan y que da un interés más a las menores cosas de la vida. Fabricio es el joven italiano moderno en lucha con el despotismo bastante torpe que comprime la imaginación de este bello país; pero, como acabo de decir, el pensamiento dominante o el sentimiento,que le impulsa a renunciar a sus dignidades y a acabar en la Cartuja carece de desarrollos. Este libro expresa admirablemente el amor como es en el sur. Desde luego el norte no ama así. Todos estos personajes tienen una sangre caliente, febril, una vivacidad de mano, una rapidez mental que no tienen ni los ingleses ni los alemanes ni los rusos, los que sólo llegan a los mismos resultados mediante los cálculos del ensueño, mediante las meditaciones solitarias, el razonamiento del alma enamorada, el incendio de su linfa. En esto, monsieur Beyle ha dado a esta obra el sentido profundo, el sentimiento que asegura la vida de una concepción literaria. Pero, desgraciadamente es casi un arcano que requiere ser estudiado. *La Cartuja de Parma* tiene una altura tan grande, exige al lector un tan perfecto conocimiento de la corte, del país, de la nación, que no me extraña el silencio absoluto con que ha sido recibido un libro como éste. Es la suerte que espera a todos los libros que no tienen nada de vulgar. El escrutinio secreto en el que votan uno por uno y lentamente las mentes superiores que hacen la fama de estas obras tarda mucho en realizarse. Por otra parte, monsieur Beyle no es cortesano, siente un profundo horror por los periódicos. Bien sea por grandeza de carácter o por sensibilidad de amor propio, en cuanto aparece su libro, él huye, parte, se va a doscientas cincuenta leguas para no oír hablar de ese libro. No reclama artículos, no acosa a los «folletinistas»[9]. Así ha procedido en la publicación de cada uno de sus libros. A mí me gusta este orgullo de carácter o esta sensibilidad de amor propio. Se puede disculpar la mendicidad, pero nada permite defender esa postulación de loas y de artículos a la que se dedican los autores modernos. Eso es la mendicidad, el pauperismo del espíritu. No existen obras maestras caídas en el olvido. Las mentiras, las complacencias de la pluma no pueden dar vida a un libro malo.

Después de la valentía de la crítica viene la valentía del elogio. Ya es hora, ciertamente, de hacer justicia al mérito de monsieur Beyle. Nuestra época le debe mucho: ¿no es él el primero que nos reveló a Rossini, el más extraordinario genio de la música? Ha abogado constantemente por esta gloria que Francia no ha sabido apropiarse. Aboguemos a nuestra vez por el escritor que mejor conoce Italia, que la venga de las calumnias de sus vencedores, que tan bien ha explicado su espíritu y su genio.

En doce años, yo me había encontrado dos veces con monsieur Beyle en sociedad, hasta el momento en que me tomé la libertad de felicitarle por *La Cartuja de Parma* al encontrarle en el Boulevard des Italiens. Cada vez que le he visto, su conversación no ha desmentido lo más mínimo la opinión que, por sus obras, tenía yo de él. Cuenta las cosas con ese ingenio y esa gracia que poseen, en alto grado, monsieur Charles Nodier y monsieur de Latouche. Hasta tiene algo de éste por la seducción de su palabra, aunque su fisico —es muy grueso— está en desacuerdo, a primera vista, con la finura, con la elegancia de las maneras; pero lo supera enseguida, como el doctor Koreff, el amigo de Hoffmann. Tiene una hermosa frente, los ojos vivos y penetrantes, la boca sardónica; en fin, tiene enteramente la fisonomía de su talento. En la conversación pone ese giro enigmático, esa singularidad que le *hace* no firmar nunca ese nombre ya ilustre de Beyle, llamarse un día Cotonnet, otro Frédéric. Me han dicho que es sobrino del célebre trabajador Daru, uno de los brazos de Napoleón. Naturalmente, monsieur Beyle fue empleado por el emperador.

1815 le arrancó necesariamente a su carrera, pasó de Berlín a Milán, y a este fuerte contraste de la vida del norte y la del sur, que le impresionó, debemos este escritor. Monsieur Beyle es uno de los hombres superiores de nuestro tiempo. Es difícil explicar cómo este observador de primer orden, este profundo diplomático que, ya con sus escritos, bien con su palabra, ha dado tantas pruebas de la elevación de sus ideas y de la extensión de sus conocimientos prácticos, no es más que cónsul en Civitavecchia. Ninguno más adecuado para servir a Francia en Roma. Monsieur Merimée conoció pronto a monsieur Beyle y tiene algo de él; pero es más elegante y más fácil. Las obras de monsieur Beyle son numerosas y sobresalen por la sutileza de la observación, por la abundancia de las ideas. Casi todas esas obras se refieren a Italia. Es el primero que ha dado noticias exactas sobre el terrible proceso de los Cenci; pero no ha explicado suficientemente las causas de la ejecución, que fue independiente del proceso e impuesta por facciones, exigida por la codicia. Su libro *Del Amor es* superior al de monsieur de Sénancour, sigue las grandes doctrinas de Cavanis y de la Escuela de París; pero peca por esa falta de método que, como acabo de decir, desdora *a La Cartuja de Parma.* En este pequeño tratado lanzó la palabra *cristalización* para explicar el nacimiento de ese sentimiento, palabra que se ha utilizado, sin dejar de burlarse de ella, y que quedará, por su profunda exactitud. Monsieur Beyle escribe desde 1817. Empezó con cierto sentimiento de liberalismo; pero yo dudo que ese gran calculador se haya dejado ganar por las simpatías del gobierno de las dos cámaras. *La Cartuja de Parma* tiene un sentido profundo, que no es por cierto contrario a la monarquía. Se burla de lo que ama[10], es francés.

Monsieur de Chateaubriand decía, al frente de la decimoprimera edición de *Atala*, que su libro no se parecía en nada a las ediciones anteriores: tanto había corregido. El conde de Maistre confiesa que escribió diecisiete veces *Le Lépreaux de la Vallée*

*d'Aoste*. Yo deseo que monsieur Beyle tenga ocasión de retocar, de pulir *La Cartuja de Parma* y de imprimirle el carácter de perfección, el sello de irreprochable belleza que monsieur de Chateaubriand y monsieur de Maistre han dado a sus libros amados.

---

[1]Obsérvese que varios de estos autores citados por Balzac como maestros en su tiempo no los conoce casi nadie hoy; exactamente lo contrario de lo que ocurre con Stendhal. *(N. de la T.)*

[2]Se trata de varias páginas en las que Balzac recoge la descripción del príncipe, sus personajes, sus intrigas, la actuación de Mosca y la Sanseverina. *(N de la T)*

[3]Se refiere a la Sanseverina. *(N. de la T.)*

[4]Se refiere al largo y decisivo encuentro (capítulo *21)* de la Sanseverina con Ferrante Palla. *(N. de la T.)*

[5]Esto, tan evidente, me ratifica en mi parecer de que el insuficiente desarrollo de la última parte de la novela se debe al draconiano corte impuesto por el editor. *(N. de la T.)*

[6]Estos «defectos» o «incorrecciones» desaparecen casi siempre (o cambian por otros) en la traducción (por lo menos en la mía). Por otra parte, ¿sabía Balzac que Stendhal había dictado esta larga novela en seis semanas? *(N. de la T )*

[7]Véase en mi prólogo lo que Stendhal piensa (y escribe a Balzac) sobre las frases «redondeadas» y los floripondios del estilo. *(N. de la T )*

[8]Curiosa coincidencia con Ortega cuando éste dice en *Amor en Stendhal* refiriéndose a éste y a Baroja: «Parecen filósofos. *Tant pis!* Pero no lo son. *Tant mieux!»*. *(N. de la T )*

[9]*Feuillettinistes. Es* de suponer que esta palabra (que no se encuentra en el diccionario francés Larousse) no tiene el sentido de la española «folletinista», sino de autor de artículos periodísticos largos; en este caso de «críticos». *(N. de la T.)*

[10]Balzac se equivoca aquí radicalmente. No conocía bien al hombre Beyle (él mismo dice que le había visto dos veces) ni al autor Stendhal: no había leído una gran parte de su obra ni naturalmente, sus escritos autobiográficos, que se imprimieron, todos, póstumamente. Sólo así se explica que Balzac piense y escriba que Stendhal no era contrario a la monarquía; y que la amaba. La verdad es que no sólo odiaba hasta la náusea a la monarquía borbónica de la restauración: despreciaba también a la monarquía «liberal» de Luis Felipe (gracias a la cual sus amigos pudieron proporcionarle la triste sinecura consular que le permitió vivir, tan mal a gusto, los doce últimos años de su vida). *(N. de la T.)*